JOSEP MARIA DE SAGARRA

Vida privada

PRÓLOGO DE MARCOS ORDÓÑEZ

COMENTARIOS DE FÉLIX DE AZÚA, JUAN MARSÉ,
EDUARDO MENDOZA, TERENCI MOIX
Y MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

VIDA PRIVADA

JOSEP MARIA DE SAGARRA

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: octubre de 2019

© imagen de cubierta, Pere Pruna, VEGAP

© Herederos de Josep Maria de Sagarra, 1932, 1965, 1984

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1994
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4096-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

«VIDA PRIVADA»: HISTORIA DE UNA NOVELA

1. JMDS EN 1932

No sería aventurado afirmar que uno de los hombres más envidiados de la Barcelona de preguerra se llamaba Josep Maria de Sagarra i de Castellarnau. A sus treinta y ocho años era el escritor más popular de Cataluña, uno de los poquísimos —por no decir el único— que se ganaba la vida escribiendo, hacía lo que le daba la gana, se lo pasaba muy bien y encima tenía un enorme éxito. Soltero codiciado, hijo de una aristocrática familia catalana, vivía con su padre —Ferran de Sagarra i de Siscar, sigilógrafo, historiador, regidor de la Lliga en el Ayuntamiento, diputado de la Mancomunitat y presidente del Ateneo — en su piso de Diagonal 400, amueblado con las mejores piezas de su palacio de la calle Mercaders, derruido al abrirse la Vía Layetana. Empezaba la jornada a las ocho de la tarde y la concluía a las ocho de la mañana; bebía Pernod, picón y whisky; llevaba sombreros ingleses, trajes de tela inglesa, zapatos ingleses, camisas y corbatas de seda natural; frecuentaba tertulias intelectuales (con la Penya Gran del Ateneu a la cabeza) y restaurantes de lujo, prostíbulos y dancings. Practicaba la esgrima, jugaba al bridge en el Ecuestre, tomaba el aperitivo en el Savoy o en el Colón, donde Malraux situaría el comienzo de *L'Espoir*; comía en el Hostal del Sol o en la Maison Dorée y cenaba en el Café Suizo de la Plaza Real; trasnochaba en el Gambrinus, el Pingüino o la barra del Excelsior; era un habitual de las madrugadas del Edén, la Buena Sombra o el Continental y, como cuenta Lluís Permanyer en su imprescindible biografía,[1] «sabía perfectamente dónde llevar a Careo o a Ehrenburg, a Pirandello y a Chevalier». Y, para acabar de llenar el vaso de las envidias, todavía tenía tiempo para escribir, mucho, muchísimo, y para ganar batallas en todos los frentes, desde muy joven.

En 1913, a los diecinueve años, había obtenido la Englantina d'Or de los Juegos Florales de Barcelona con aquel *Joan de l'Ós* que

emocionó a Guimerà hasta las lágrimas. Se había licenciado en Derecho en 1914, año en el que publica su *Primer llibre de poemes*. En 1916 ingresa en el Instituto Diplomático y Consular de Madrid (el Madrid vivísimo de la «cacharrería» del Ateneo, de las tertulias en Pombo y el Colonial, que retrataría en sus *Memorias*, y donde habría de conocer a Aleixandre, a López de Ayala, a Ramón y Lorca y Unamuno) abandonando la carrera diplomática para dedicarse plenamente a la literatura. En 1918, a su regreso de Madrid, estrena su primera obra teatral, *Rondalla d'esparvers*, escrita por encargo, bajo la conjunta influencia de Valle y D'Annunzio, y aparece su segundo libro de poemas, *Cançons d'abril i de novembre*. En 1919 publica su primera novela, *Paulina Buxareu*, traducida poco más tarde al italiano (*La Zia Paolina*) por Alfredo Giannini,[2] y a instancias de Ortega y Gasset entra en el mundo del periodismo profesional como corresponsal en Berlín del diario *El Sol*, cargo que ocupa hasta 1921.

Entre 1922 y 1932, de vuelta en Barcelona, escribe poemas satíricos en el *Bé Negre*, artículos semanales y crítica teatral en *La Publicitat* (1922-1929), y su sección «L'Aperitiu» (19291936), que aparece en *Mirador*, la revista «europea» por excelencia de la época, se convierte en una de las más leídas de la ciudad; da a la imprenta cuatro libros de poemas (entre los que cabe destacar *Cançons de totes les hores*, en 1925, Premio Fastenrath, y los nueve mil versos de *El Comte Arnau*), estrena veintidós obras de teatro (con grandes éxitos como *Fidelitat*, 1924, que Margarita Xirgu pasea por toda España, en traducción de Eduardo Marquina; *La corona d'espines*, 1930, o *L'Hostal de la Glòria*, 1931), le piden canciones y *sketches* para las lujosas revistas musicales del Paralelo, y traduce, entre otros, a Molière, Goldoni, Leopardi, Tennyson, Pagnol y Pirandello, para cerrar esta fecundísima década con un hecho sin precedentes: abarrotar el Palau de la Música con la lectura de su *Poema de Nadal*, dejando a tanta gente en la calle que hubo de ofrecer otra sesión al día siguiente.

Este es el Sagarra que, en lo más alto de su fama y sus facultades, va a escribir una de las novelas capitales de la literatura patria de este siglo, a batir récords de venta y a protagonizar un escándalo social semejante al de Truman Capote levantando los tejados de la alta sociedad neoyorquina con *Plegarias atendidas: Vida privada*.

2. VOCES EN EL DESIERTO

Para un lector como al que va dirigida esta edición, poco familiarizado con la historia de las letras catalanas, una primera constatación que quizás pueda sonar excesiva: entre 1900 y 1930 prácticamente no hay

novela en Cataluña. Incluso podría afirmarse que la «Reinaixença» produjo desde sus inicios una poesía idiomáticamente madura (la *Oda a la Pàtria*, de Aribau), pero la prosa, pese a los estimables intentos de Narcís Oller, virtual Padre Fundador de la novela catalana con *La febre d'or*, no fue mucho más allá, como bien señaló Joan Fuster, de un calco de los modelos gramaticales y estilísticos del castellano, con las voces aisladas de Joaquima Ruyra, Víctor Català y Prudenci Bertrana. Más tarde, los modernistas rechazaron el naturalismo de sus mayores y, pese a haber nacido casi todos ellos en Barcelona, no demostraron demasiado interés ni por la ciudad como materia narrativa ni por la novela como género, optando en bloque por la poesía.

Las pocas novelas destacables (casi todas ellas de carácter marcadamente rural) que aparecen en los primeros años del siglo son debuts y despedidas que imposibilitan el asentamiento del género: en 1901, Raimon Casellas, un Pereda menor, publica *Els sots feréstecs*; en 1905, Víctor Català (seudónimo de Caterina Albert) hace sonar su flauta narrativa por casualidad con *Solitud*, posiblemente la pieza de mayor fuerza de su tiempo junto con algunos relatos («La parada») de Joaquim Ruyra; en 1906, Bertrana publica su *Josafat*; en 1907, Santiago Rusiñol enlaza en *L'Auca del senyor Esteve*, y bajo el engañoso epígrafe de «novela», diversas estampas costumbristas de la pequeña burguesía barcelonesa de finales del XIX; en 1912 aparece *La vida i la mort de Jordi Fraginals*, de Josep Pous i Pagès. No hay mucho más, la verdad.

Tampoco los hombres del «Noucentisme», período que cabría datar entre 1911 y 1931, manifiestan un especial interés por la novela, no en vano sus pontífices máximos son un pensador y ensayista, D'Ors (*La ben plantada*, de 1911, es más una serie de glosas en torno a un personaje central que una novela), y un poeta, Josep Carner, «El "Noucentisme" —continúo citando a Fuster—[3] se caracteriza por una especie de miedo a la realidad; un recelo o un desinterés por el espectáculo de la vida cotidiana en sus más amargas facetas. No será necesario indicar, pues, que con tales aprensiones la novela era imposible.»

La generación de Sagarra, la de los nacidos entre 1891 y 1901, lo que se acabaría definiendo *grosso modo* como «Neonoucentisme» contaba en sus filas, igualmente, con muchos más poetas que narradores —Carles Riba, Clementina Arderiu, Joan Salvat-Papasseit, J. V. Foix, Joan Oliver, Agustí Esclasans, Joaquim Folguera, Marià Manent, Tomàs Garcés—, e iba a estar igualmente marcada por ese «miedo a la realidad» del que habla Fuster y que daría título a un texto programático de Sagarra —«La por a la novel·la», que aparecería (seguido de «La utilitat de la novel·la») en las páginas de *La Publicitat* — y que iba a determinar algo así como una Nueva Frontera para la

narrativa catalana.

En estos artículos de 1925 Sagarra se pregunta: «¿Por qué nuestros literatos no escriben novelas? ¿Es por impotencia, por pereza o por miedo?» Su toque de atención parte de una concepción casi notarial del género —de «soberbios notarios de su tiempo» calificaba a los grandes novelistas del XIX— y netamente ochocentista («Nuestras clases sociales están por definir: ni la vieja aristocracia ni los nuevos ricos, ni la burguesía, ni la menestralía, ni los obreros, payeses o marineros viven de una forma sólida y poliforme en las novelas catalanas como lo hacen en las novelas de cualquier país con tres dedos de cultura y de preocupación»), aunada a una voluntad patriótica («Definir el espectro social y constituirse, por tanto, en compendio de otras formas de cultura, accesibles a un público amplio gracias a esa forma democrática por excelencia del arte de la palabra») y, en última instancia pero nunca en último lugar, el avistamiento de un mercado virgen y, por tanto, explotable: «La novela es el género literario más adecuado a nuestros tiempos, y con más posibilidades de lectores… El público catalán está pidiendo con la boca abierta y a gritos desesperados que le den novelas… Haced la prueba y no os arrepentiréis…»

Poco más tarde, Carles Riba retoma y amplía el tema en «Una generació sense novel·la», su famosa conferencia en el Ateneo, donde también deja muy claro que sin novela, sin posible «lectura mayoritaria», el hecho literario del catalán corre el riesgo de marchitarse sin trascender un pequeño círculo de mandarines, llegando a proponer la mimesis pura y simple —«plantar en nuestro suelo, para que arraigue, una rama de la novelística extranjera hasta que de ella nazcan frutos independientes»— como inicial medida de urgencia.

Pese a la dictadura de Primo de Rivera, que suprime las subvenciones de los organismos locales para la cultura catalana, a finales de la década de los veinte comienzan a publicarse y traducirse novelas como nunca hasta entonces. «La novela —prosigue Fuster— vuelve a ser posible. El escritor vuelve a estar atento al mundo que le rodea, aunque la novelística “neonoucentista” (Carles Soldevila, Miquel Llor, Francesc Trabal, Cèsar August Jordana) casi no refleja la sociedad del momento o lo hace de una manera más bien brumosa, hasta el punto de que, cuando estalle la guerra, apenas acusará el impacto: la guerra, la revolución y el exilio solo aparecerán en narradores de la generación anterior, como Puig i Ferreter (*El pelegrí apassionat*), o de la siguiente, como Rodoreda (*La plaça del Diamant*), Rafael Tasis (*Tres*) o Xavier Benguerel (*Els fugitius)*.»

Sea como fuere, entre 1928 y 1938, la colección «A tot vent», de

Edicions Proa, dirigida por Puig i Ferreter, traduce obras de Stendhal, Proust, Dickens, Huxley, Zweig, Constant, Moravia, Hardy, Virginia Woolf o André Gide; la Llibreria Catalònia, animada por Antoni López-Llausas, continúa, a partir de 1923, la «Biblioteca Literària» que en 1917 había iniciado Editorial Catalana, y en 1925 despega una nueva colección, «Biblioteca Catalònia», dedicada exclusivamente a la narrativa. De igual modo, la «Biblioteca Univers» (dirigida por Carles Soldevila), Edicions Diana, la «Biblioteca Europa» de Edicions Mentora, la colección «Les ales esteses» y, más adelante, los «Quaderns Literaris» de Josep Janés contribuyen a familiarizar al público con las novelas en catalán.

La Generalitat, atenta a ese estado de cosas, se hace eco de una propuesta de la Penya Gran (la legendaria tertulia ateneística presidida por el doctor Joaquim Borralleras, «estéril genial», en palabras de Permanyer) y auspicia en 1928 el Premi Joan Creixells de novela catalana, en memoria del escritor y periodista fallecido dos años antes. «Los estatutos iniciales —cuenta Pere Calders—[4] contemplaban que la dotación económica se obtendría por suscripción entre un cierto número de personas que habrían de entregar cien pesetas cada una hasta llegar a la cantidad mínima de diez mil, repartidas del siguiente modo: cinco mil para el autor y las otras cinco para la edición del libro y para pagar a los miembros del jurado.» El Premi Creixells de 1930 va a parar a Miquel Llor por *Laura a la ciutat dels sants*, una de las más altas cotas de la novelística de preguerra, claramente influenciada por la novela francesa del momento, con Gide y el Mauriac de *Thérèse Desqueyroux* a la cabeza, que obtendría un extraordinario éxito de crítica y público, mereciendo varias ediciones.

De entre los novelistas de esos años hay que mencionar, no solo por su calidad sino también por sus concomitancias de varia índole con Sagarra, a Carles Soldevila, C. A. Jordana, Francesc Trabal y Llorenç Villalonga. El primero, hijo de France y de Maurois, director del sofisticado magazine *D'Ací i d'Allà*, famoso como articulista por su sección «Fulls de dietari» en *La Publicitat*, irónica, elegante y extremadamente civilizada, se daría a conocer como narrador con *Fanny* (1929), el primer monólogo interior de la literatura catalana, más próximo a *La señorita Elsa* de Schnitzler que a Joyce, primera entrega de una trilogía de inspiración gidiana (*L'école des femmes, Robert* y *Geneviève ou la confidence inachevée* no estaban lejos) a la que seguirían *Eva* (1931), emparentable con la obra de Jacques Chardonne (cuyo *Eva ou le journal interrompu*, narrada igualmente, pese a su título, por un personaje masculino, aparece en 1930), y, ya en 1933, su culminación, *Valentina*, que se alzaría con el Premi Creixells de ese año: tres disecciones sutiles y un tanto morosas de lo que se daba en llamar «alma femenina», con la vida burguesa de la Barcelona de los

años veinte y treinta como telón de fondo, y un sustrato de pasiones turbulentas —el amor libre en *Fanny*, la sombra del incesto en *Eva*, la muerte del padre en *Valentina*—que, sin que llegara la sangre al río, hicieron alzar más de una ceja conservadora.

Mayor polémica provocó Cèsar August Jordana en 1932 por la supuesta crudeza erótica de *Una mena d'amor*, que también tiene algún punto de contacto con Sagarra en lo tocante al retrato de ambientes burgueses y, en palabras de Fuster, a la «sardónica denuncia de las fatales fatigas y limitaciones del sexo», aunque en un tono infinitamente más frío. O Francesc Trabal, el novelista más original e innovador de su generación, que había publicado hasta entonces algunas humoradas absurdas y geniales en la línea que tantos años más tarde caracterizaría a Boris Vian —*L'home que es va perdre* (1929), *Judita* (1930), *Quo Vadis Sánchez* (1931)— y que en *Vals*, Premi Creixells 1936, su novela más compleja, retrataría a la juventud de la alta burguesía de su tiempo con un estilo elegiaco y desesperado que debe no poco al Sagarra de *Vida privada*, aunque a la postre haga pensar en un casi imposible maridaje transoceánico entre el Breton de *L'amour fou* y el Scott Fitzgerald de *Los relatos de Basil y Josephine*. Por último, cronológicamente hablando, en 1931 aparece el más claro hermano de sangre de Josep Maria de Sagarra, el mallorquín Llorenç Villalonga, aristócrata como él, que con *Mort de dama* da comienzo a una obra (que culminará treinta años más tarde con la magistral *Bearn*) en la que alterna la nostalgia por un tiempo perdido elevado a la proustiana categoría de mito con el más feroz sarcasmo contra la momificada burguesía de la isla. Como *Vida privada, Mort de dama* (que hubo de firmar con el seudónimo Dhey) provocó un considerable escándalo, pero la novela no trascendió más allá de Mallorca, sin alcanzar en la Cataluña continental la estima que merecía hasta su tercera edición, aparecida en Barcelona en 1954.

3. TRES NOVELAS, TRES CLASES

En 1931, cuenta José Carlos Llop,[5] un grupo de socios del Círculo Mallorquín, el casino de la clase acomodada palmesana, arrojó al mar un ejemplar de *Mort de dama* «por no arrojar a su autor». Sagarra no tuvo tanta suerte y acabó con el trasero remojado en la playa de Llafranc por obra y gracia (poca) de un grupo de energúmenos que buscaban dar un «castigo ejemplar» al autor de *All i salobre* (1928), su primer gran escándalo literario y, según declararía, su primera auténtica novela, pues consideraba *Paulina Buxareu* un mero «pecado de juventud».

Antes de hablar de esa novela y ese escándalo, resulta interesante detenerse a observar que mientras en su producción teatral casi nunca habló Sagarra directamente del tiempo que le tocó vivir (quizás con la excepción de las piezas del período 46-49 —*La fortuna de Sílvia, Galatea* y *Ocells i llops*— en sintonía con las corrientes existencialistas del momento, que había conocido, de primera mano, en París, y que se saldaron con el rechazo del público y su retorno a la forma del poema dramático que tantos éxitos le había deparado antes de la guerra), en lo tocante a su narrativa acabaría cumpliendo casi al pie de la letra la voluntad notarial programáticamente expuesta en los artículos de *La Publicitat* y *Mirador* anteriormente citados, levantando acta de la burguesía industrial de principios de siglo en *Paulina Buxareu*, la comunidad rural en *All i salobre* y, como pronto veremos, la aristocracia y la alta burguesía barcelonesa de la década 20-30 en *Vida privada*.

Como *Vida privada*, también sería *All i salobre*[6] una novela calculadamente explosiva, «una de las producciones más negras de la literatura catalana», en palabras de Domènec Guansé. Ambientada en Gerona y en una Costa Brava que había descubierto gracias a su amigo Josep Pla y que pintó sin el menor tipismo, sin la menor concesión, resultó una bomba totalmente inesperada: los lectores habituales de Sagarra buscaban un fresco colorista y pintoresco y se encontraron con un tenebroso aguafuerte de lujuria impotente, alcohol triste y fariseísmo cobarde, pintado con el blanco y negro de la desesperación y la náusea.

Poco antes de su edición, Sagarra había dado a conocer un capítulo, «Les pedres de Girona», en el tercer número (marzo de 1928) del semanario *L'Opinió*: el texto, una evocación virulenta de las fiestas patronales de Sant Narcís (con frases del calibre de «algunas gerundenses parecen llevar una bombilla eléctrica en el bajo vientre para que la gente se percate de su condición femenina»), provocó tales iras en las fuerzas vivas del lugar que Sagarra optó por suprimir los más conflictivos párrafos en la edición de la Llibreria Catalònia, sin que ello sirviera para tranquilizar los ánimos: «monstruoso» e «incomprensible» fueron los términos que más se repitieron en las críticas. En resumidas cuentas: nadie le negaba su valía como poeta, articulista y dramaturgo, pero todos parecían reacios a concederle el estatuto de novelista.

Los éxitos de *La corona d'espines* (1930), de *L'Hostal de la Glòria* (1931) y el apoteósico triunfo de *El Poema de Nadal* en el Palau, así como el nombramiento de Mestre en Gai Saber, lograron disipar el escándalo de *All i salobre*. Sagarra continuaba, sin embargo, empecinado en su voluntad de demostrar su valía como narrador y de obtener el reconocimiento de público y crítica en ese campo, el único

que le faltaba por conquistar. El 5 de mayo de 1932 publica un artículo, «Olor de novel·la», en su semanal «Aperitiu» de la revista *Mirador*, donde explica que llegó a la novela a partir de su pasión por la historia, y en el que hace referencia a un proyecto que parece llevar entre manos: «… puedo decir que he comenzado a escribir una cosa con el intento de que sea una novela. Aún no sé si lo llevaré adelante, pero no quiero traicionar ni repudiar este aroma de novela que hoy siento desprenderse de todo».

En realidad, nos dice Marina Gustà,[7] Sagarra estaba hablando de un proyecto vastísimo, de un ciclo novelesco que acabaría abandonando y de cuya condensación surgió *Vida privada*. Así, el 23 de octubre de 1932, el diario *La Publicitat* recogía, bajo el título «Josep Maria de Sagarra parla del naixement d'una novel·la», la conferencia-presentación que el escritor dio en la Llibreria Catalònia la tarde de la aparición del libro, de la que Marina Gustà entresaca este significativo fragmento: «En un principio, tuve la ambición de escribir una crónica de mi época, una crónica que abarcara un siglo, que explicase la Barcelona de antes, durante y después de la guerra. Asustado ante la vastedad de mi ambición —una ambición que muy pocos escritores han llegado a cumplirdecidí al fin hacer un ensayo, una prueba de más reducidas dimensiones. Pero, sin darme cuenta, el asunto comenzó a crecer en mis manos, y de este modo, después de dos meses de trabajar sin descanso, salieron las ochocientas cuartillas que integran hoy los dos volúmenes de *Vida privada.*»

Así pues, Sagarra escribe *Vida privada* en los dos primeros meses del verano del 32, a poco de haber iniciado las relaciones con la que se convertiría en su esposa, Mercè Devesa (a la que había conocido cuando ganó el Primer accésit de los Juegos Florales del año anterior), y entre la concesión del Premi Ignasi Iglesias por *L'Hostal de la Glòria*, su nombramiento de vicepresidente de los Juegos Florales y los ensayos de *Desitjada*, que a principios de otoño habría de estrenarse en el Romea: ochocientas cuartillas escritas de un tirón, cada tarde y cada noche de esos dos meses, en el Ateneo, sin abandonar por ello su colaboración semanal en *Mirador*, como puede comprobarse por las fechas que, a pie de artículo, aparecen en la recopilación *L'Aperitiu* de sus *Obres Completes*.

4. *VIDA PRIVADA*: NOTAS DE LECTURA

En tiempo real, los personajes de *Vida privada* viven el presente de la acción en dos momentos, 1927 y 1932, que corresponden a las dos partes del libro, con el elíptico telón de fondo, entre ambas, de los

cambios detonados por la Exposición Universal del 29 y, sobre todo, por el paso de la Dictadura a la República, aunque las frecuentes rememoraciones y vueltas atrás, ya del autor o de sus criaturas, acaban trazando la saga de tres generaciones de la aristocrática familia De Lloberola —los padres (don Tomás y doña Leocadia, marqueses de Sitjar, arruinados y en franca decadencia), los hijos (Federico y Guillermo, perdido el primero entre la falsa pompa y la ociosidad, portaestandarte el segundo de la amoralidad más absoluta) y los nietos (Fernando y María Luisa, insertos ya en la «Nueva Sociedad» republicana)— que cubre, sin embargo, un período mucho más vasto, desde las postrimerías del XIX; un tiempo definitivamente perdido (la patria espiritual de Sagarra) cuya esencia cristaliza en un personaje secundario pero que acaba siendo el más emblemático del relato, Pilar de Romaní, condesa de Sallent, que morirá, a la proustiana usanza, para cerrar la novela y clausurar una época, ese ochocentismo que, por azares de la historia, perduró en la sociedad barcelonesa hasta el fin de la Gran Guerra.

A primera vista, la estructura un tanto errática de la novela se diría hija inequívoca de su circunstancia, de esos dos meses de escritura compulsiva, torrencial y un poco *à la va-comme-j'te pousse*. Hija natural de su circunstancia, desde luego, pero legitimísima del temperamento de su autor, poco amigo de las lentas arquitecturas, de las pacientes reelaboraciones formales: su pluma estaba cargada con la misma gasolina que gastaba Paul Morand, perfumada con el volátil alcohol de monóculo de Valéry Larbaud.

Nunca, que se sepa, condujo Sagarra un automóvil, y sin embargo nada se parece tanto a su prosa como un Hispano de cuatro cilindros: percibimos a cada párrafo los chispazos de la ignición, los arranques a toda máquina y los súbitos cambios de velocidad por nada, por jugar con las posibilidades del motor, para luego, de repente, detenerse un rato a contemplar el paisaje de una ruta que parece definirse a medida que avanza ese cochazo tan brillante, tan soberbiamente seguro de su potencial. Josep Pla, que siempre tuvo una envidia feroz de su talento de narrador, que le respetaba mientras permaneciera en territorios poéticos y dramáticos pero no podía tolerar una competencia tan avasalladoramente directa en su mismo circuito (de ahí el absoluto ninguneo de sus *Memorias*, cuando aparecieron, y al redactar su necrológica), no dejaba de recomendarle que no corriera tanto, que «se tomara su tiempo». Es posible que la prosa de Sagarra se hubiera perfeccionado con una mayor decantación, pero algo me dice que no: de haberse «tomado más tiempo» a buen seguro habría acabado por aburrirse y abandonado la carrera, dejando el libro en la cuneta. Era, clarísimo, uno de esos autores que funcionan mucho mejor bajo

presión, por el gusto de correr o acicateados por la inminencia de un plazo o del cobro de un dinero que, en su caso, iba a venirle de perlas para pateárselo en un restaurante de lujo, una docena de camisas de seda, unas vacaciones en Biarritz. Gran escritor pero ante todo gran vividor, quizás sin esas espuelas de inmediatez hubiera acabado por no escribir ni una línea.

Abundando en ese sentido, hubo quien insinuó que su prisa en la ejecución se debía a la necesidad de presentarse al Premio Creixells, que se fallaba en otoño; algo más que probable, aunque nunca fue un autor de cálculo fácil, e incluso en sus momentos más descaradamente miméticos (la concepción, al final de su vida, de *La ferida lluminosa*, nacida al socaire del éxito de *La muralla*, de Calvo Sotelo) siempre supo echar palpitante carne vital y estilística en el asador. El único cálculo deliberado de la novela estribaría en su voluntad, ya señalada, de imponerse como narrador con una obra que sabía iba a resultar tremendamente atractiva por sus elementos de escándalo y su condición de *roman à clef* de la alta sociedad barcelonesa, pero sin convertir en plato fuerte lo que era mera guarnición, ni jugar en ningún momento, nobleza obliga, la carta de halagar los bajos instintos lectores: el material más explosivo del libro (el *ménage à trois* de Guillermo, Concha Pujol y Antonio Mates, el chantaje subsiguiente y su amoralísima resolución) no estaba lejos de Hoyos y Vinent y otros decadentistas de su pelaje, pero la fuerza de la prosa y su innato buen gusto narrativo impiden el menor resbalón. Como bien señalaron Vázquez Montalbán y José Agustín Goytisolo en el prólogo conjunto de la primera edición castellana, «siendo plenamente un modernista, Sagarra no cae en la trampa erótico-social del modernismo. Es decir, no cae en la pornografía. El comportamiento sexual de sus protagonistas no es estético o excitante, como en las novelas de Trigo, Retana, López de Haro o José Francés».

Siempre atento a echar jarros de agua helada sobre cualquier efusión falsamente romántica, Sagarra contempla los acoplamientos de sus personajes con una mirada casi entomológica y sus pasajes más eróticos son siempre los más imprevisibles: dentro de poco el lector podrá comparar el formidable voltaje sensual de la escena de las cuatro jóvenes bañistas, María Luisa y sus amigas, en la cala desierta, con la peregrinación por los antros del Barrio Chino (La Criolla, La Sevillana), motivadora en su día de incontables vestiduras rasgadas, y que resulta tan «excitante», «lujuriosa» y «subida de tono» como las ilustraciones de un tratado sobre la blenorragia.

Vida privada no es ni más ni menos que un fiel reflejo de su autor, y como tal hay que tomar este libro excesivo y, si se quiere, descompensado, con sobrecarga metafórica, con pasajes alargados y otros que, como no dejaría de señalar cualquier circunspecto analista

literario, «podrían haber dado mucho más de sí»; con esa voz narradora —*«omniscient sense maníes»*, en certera definición de Maurici Serrahima— que a ratos resulta enojosa por su constante juicio y su moralización innecesaria (innecesaria porque las conductas de los personajes son explícitas y se explican sobradamente a sí mismos) y que es, en suma, la voz de un gran contradictorio, capaz de escribir el *Poema de Montserrat* con una mano y la más salvaje poesía anticlerical de la época —la *Balada de Fra Rupert* que entusiasmó a Lorca y a Rivas Cherif— con la otra, siempre entre Ariel y Calibán, siempre dividido entre un *côté cour* pagano, descreído y casi anarquista y un *côté jardin* en el que todo tenía que estar tan ordenado como el Hostal de la Glòria.

El analista de marras no dejará de subrayar, por ejemplo, un claro desequilibrio entre la primera parte —esa serie de episodios concéntricos detonados, como en una novela del XIX, por una letra de cambio, girando en torno a un hecho central, el chantaje de Guillermo de Lloberola al barón de Falset— y la segunda, en la que la acción se disgrega y atomiza. De hecho, los críticos de la época no solo tacharon a *Vida privada* de escandalosa sino, ceguera superior, de escasamente narrativa y hasta de «periodística»; imagino que con eso querrían decir que el comentario y la glosa primaban sobre la acción dramática.

Desde ese punto de vista, decimonónico en el peor sentido, cierto es que, salvo algunos episodios tan «novelescos» como el antedicho chantaje, como la agonía paranoica y el suicidio de su víctima o el asesinato de Dorotea Palau, no ocurren grandes «acontecimientos» en el relato, y se comprende, conociendo a la grey crítica, que arrugasen un tanto la nariz al ver que Sagarra paraba el coche para demorarse en *tableaux* como el de la verdurinesca *soirée* de Hortensia Portell o deleitarse en las evocaciones del pasado de los personajes más laterales (como los extraordinarios retratos de la juventud de la viuda Xuclá o la tía Paulina, novelas completas en sí mismas) y, acto seguido, poner la directa y dejarles con un palmo de narices «zanjando» en tres páginas (memorables) el *boom* de la Exposición del 29, la caída de Primo y la llegada del nuevo régimen, en vez de cumplir con lo que de él se esperaba y dibujar un colorido «fresco histórico» del advenimiento de la República. Pero, como es sobradamente conocido, los analistas literarios siempre suelen dejar de lado algo que rara vez están capacitados para apreciar: la fuerza y la vida de la prosa.

Respecto a esos «desequilibrios estructurales» es evidente que Sagarra debía de tener un plan general del argumento, aunque a juzgar por los cambios de tono y de ritmo del texto parece que iba «encontrando» la novela a medida que la buscaba, tocando de oído, fiándose de su aguzadísimo oído para las cadencias musicales de la

lengua y de su no menos cultivado olfato de gran lector, siempre a caballo de la herencia de los grandes (con Stendhal, Proust y Balzac a la cabeza) y de las más recientes incorporaciones a su acervo de filias, hijos de su siglo y hermanos de sangre como Martin du Gard, que comienza a publicar *Les Thibault* en 1922 (y cuyo eco puede percibirse cuando Tomás de Lloberola rememora —¡todo un mundo en apenas veinte líneas!— el baile de debutantes en el que conoció a Leocadia), o la fragmentación alternativa de Huxley, que da a conocer su *Contrapunto* en 1928.

Imagino que él debía de ser el primero en sorprenderse hallando fulgurantes condensaciones metafóricas como, para citar solo un ejemplo de los innumerables detalles significativos que pueblan *Vida privada*, ese perro disecado con una liga en el cuello que contempla a Federico con sus ojos muertos en el dormitorio de Rosa Trénor, en el umbral del primer capítulo, y que sintetiza a la perfección la atmósfera de lenta irrealidad y deterioro que envolverá al personaje, mientras que la presentación del hermano menor, Guillermo, es, por contraste, mucho más dinámica: le conoceremos *in media re*, presentándose en casa de Dorotea Palau para prostituirse por trescientas pesetas, como si Sagarra, que nunca perdía de vista las posibles reacciones de su público, hubiera intuido en ese justo momento —a eso llamo yo «tocar de oído»que ese cambio de velocidad no solo era conveniente para la novela y el personaje sino también, y esencialmente, para un lector acaso fatigado por el ritmo lento de la obertura.

O la gradación de la mirada, de la ferocidad: la acidez extrema de la primera parte a la hora de describir a los personajes, ese vuelo en círculos de águila desdeñosa que de súbito desciende sobre su presa, sea un burgués filisteo o un falso aristócrata, para roer sus tripas sin la menor clemencia, va cediendo paso, a medida que avanza el libro, a un contrapeso moral, como si se hubiera percatado, también sobre la marcha, de lo excesivo de sus juicios, y es así como restituye a Hortensia Portell, dibujada con vitriolo en la escena de la *soirée*, una dignidad última insertando el abortado arranque de su conmovedora autobiografía; o hace gala de un tratamiento mucho más comprensivo, aunque les condene al fracaso, de los personajes de María Luisa y Fernando, para culminar en el emocionantísimo, extraordinario *grand finale* (una de las más espléndidas clausuras de la historia de la novela catalana, de la novela *tout court*) de la muerte de Pilar de Romaní y la imagen de su hijo Bobby vagando por la Rambla, perdido entre dos épocas, definitivamente huérfano, definitivamente condenado a ser «un hombre gris, de mejillas indefinidas, de edad indefinida, con el estómago lleno de whisky y el corazón lleno de rosas rojas», tras la que cerramos el libro con una poderosa sensación de

deslumbramiento. El que produce haber estado contemplando los fascinantes mecanismos mentales y la suntuosa imaginación verbal de un hombre muy superior a la media de su tiempo, que había vivido y conocido mucho más, con mucho mayor intensidad y aprovechamiento que sus contemporáneos: el vuelo de un águila.

5. ADIÓS A LA NOVELA

El 7 de octubre de 1932, Josep Maria de Sagarra estrenaba *Desitjada* en el Romea. Quince días más tarde, Antoni López Llausás ponía a la venta la edición de *Vida privada* bajo el marchamo de Llibreria Catalònia: una «temeraria aventura editorial», según cuenta Martí Sans en su *Breu història de l'Ateneu Barcelonès*, ya que, dada su extensión, hubo de publicarse en dos volúmenes, fijando el precio de veinte pesetas, del todo inhabitual para la época. Aun así, Sagarra se encontraba por esos días en lo más alto de su popularidad, y el despliegue propagandístico —cuenta Marina Gustà— «alimentó la expectación con dos cartas de efecto seguro: el anuncio de que se trataba de una novela *"de Barcelona"* y la revelación *"dels secrets més amagats"* de *"personatges que tots coneixem"*», propiciando que en poco tiempo se agotara la primera edición y que, al cabo del año, se hubieran vendido nada menos que cinco mil ejemplares de la novela.

La acogida crítica se dividió entre la frialdad y la más escandalizada ira, Domènec Guansé, que con el tiempo habría de prologar la prosa completa de Sagarra valorándola en términos bien distintos, no sabe a qué carta quedarse en su crítica publicada en *La Publicitat*: acusa su «estructura excesivamente fragmentaria», la califica de «crónica más que novela» y acaba con la sorprendente valoración de que *Vida privada* pretende «ser divertida sin conseguirlo». El juicio de Manuel de Montoliu, en *La Veu de Catalunya*, no difiere en demasía del «¡Monstruoso, incomprensible!» que exclamara con motivo de la publicación de *All i salobre*.

La novela, previsiblemente, sentó como un tiro entre la alta sociedad barcelonesa. Lluís Permanyer señala en su biografía que a Mercè Devesa muchas amigas de la aristocracia le retiraron el saludo: «Casi todos los personajes de la novela —dice— eran personalidades muy conocidas en la ciudad. No le perdonarían nunca verse retratados en aquel aguafuerte sin ningún tipo de maquillaje.»

Entre tanto, *Vida privada* seguía vendiéndose como agua de mayo, y aunque la votación no fue unánime obtuvo el Premi Creixells a los dos meses escasos de su publicación, ganando la partida, en palabras de Marina Gustà, «a toda la producción prosística del año, que

contaba con obras como *Laia*, de Espriu, o *Terres de l'Ebre*, de Sebastià Joan Arbó». Pero Sagarra se mostraba desilusionado en una entrevista con su amigo Melcior Font: «Pese al éxito de venta, la novela no ha sido apreciada por quienes aprecian mis versos. No tienen razón quienes dicen que es moralmente tendenciosa. Hay en ella una gran ambición literaria que no han querido o no han sabido ver. Y en cuanto a su inmoralidad, al lado de la realidad no pasa de ser una modesta novela rosa. ¿Sabes qué sucede? La gente de este país que hacen un poco de críticos y un poco de público conceden que yo escriba poesía relativamente bien, pero no admiten que escriba relativamente bien la prosa. ¿Es cierto? No lo discuto, aunque yo continuaré escribiendo prosa porque, de hecho, es lo que más me divierte.»

Tenía razón: hacía demasiadas cosas, era inclasificable (ni vanguardista ni simbolista, ni realista ni «posnoucentista») y, sobre todo, demasiado popular. Ya comenzaba a regir entonces la idea de que un escritor que vendía tanto y gustaba a tanta gente no podía ser bueno. Y, además, ¿cómo podía ser buena una novela escrita en el desfachatado plazo de dos meses, según tenía el impudor de declarar su propio autor?

Sea como fuere, lo cierto es que no volvió a escribir ninguna otra novela. Quizás, a fin de cuentas, llevasen parte de razón quienes se empeñaban en repetirle que no tenía temperamento de novelista; quizás fuera demasiado inteligente para la novela. Sagarra era, como dijo Fuster parafraseando a Huxley, «una alarmante fuerza de la Naturaleza disfrazada de poeta», un ojo capaz de registrarlo todo (las ideas, los colores, los sabores) y mezclar luego, sin esfuerzo ni fórmula, los más aleatorios ingredientes, por distantes que pudieran parecer, con la sabiduría combinatoria de un alquimista. La novela, a fin de cuentas, requiere unas ciertas cualidades bovinas y más culo que cabeza: demasiado pronto los placeres de su arquitectura han de dejar paso al trabajo rutinario del albañil, y el glorioso trazado de puentes, aéreos voladizos e inverosímiles juegos de perspectiva se ve sustituido por el rebañado del cemento sobrante, la preparación de esa sempiterna pasta gris que cubrirá fisuras y enlazará arcos incompletos.

Tras *Vida privada*, Sagarra escribirá textos extraordinarios como *La ruta blava* o las *Memorias* pero no novelas, quizás desengañado por la acogida de la crítica, quizás porque ya no necesitaba un entramado ficticio para recrear mundos perdidos. *La ruta blava*,[8] comenzado en Marsella en octubre del 36 y concluido en París en el verano del 37, va mucho más allá de la crónica de un viaje —equiparable a lo mejor de Morand— por los mares del Sur, Tahití y la Polinesia: es una huida al paraíso para escapar de una Barcelona que acababa de saltar en pedazos, de un mundo que jamás volvería a ser lo que fue. Y sus

Memorias, publicadas en 1954, constituyen la prueba definitiva de la innecesariedad de una trama novelesca para levantar un acta elegiaca de ese mundo desaparecido. Sin siquiera esperadas revelaciones confesionales: escribir sobre esa pérdida era, a fin de cuentas, la forma más elegante de hablar de sí mismo, de trazar su más profundo autorretrato.

6. EN EL PURGATORIO

En la década de los cincuenta, Sagarra cometió un doble pecado, imperdonable a ojos del catalanismo militante: comenzar a escribir en castellano y dejarse querer por Madrid. Daba igual todo lo que hubiera hecho hasta entonces: impulsar la reconstitución del Institut d'Estudis Catalans, cuyas reuniones se celebraban en la más absoluta clandestinidad, o el difícil renacimiento del teatro catalán con el reestreno, en 1946, de *L'Hostal de la Glòria*, una de las primeras representaciones en lengua catalana de la posguerra, o, algo que pocos conocen, jugarse literalmente el tipo convirtiendo su piso del Paseo de la Bonanova en punto de enlace entre la Resistencia francesa y los ingleses para el intercambio de documentación militar secreta.

Podía haberse quedado en París con su mujer, Mercè, y con su hijo Joan, nacido allí en 1938, traduciendo clásicos bajo el mecenazgo de Cambó, pero optó por regresar a su ciudad, a una Barcelona empapada en tristeza, miseria y miedo (de la que había tenido que escapar tras el asesinato a manos de la FAI de su amigo el escritor Josep Maria Planas y el aviso de que la siguiente bala iba para él) pero que seguía siendo su ciudad, y donde los catalanistas más estrechos de miras y los acólitos del poeta Carles Riba no dejarían, para su amarga sorpresa, de acusarle de frívolo, descomprometido y, finalmente, traidor a la causa.

El rechazo comenzó en 1950, a raíz del estreno de *La cruz de Alba*, versión castellana de *El prestigi dels morts*, en el madrileño María Guerrero, seguido de frecuentes viajes a Madrid, con motivo de su reciente cargo de consejero de la Sociedad General de Autores, para reencontrarse con sus amigos de juventud, desde el maestro Guerrero hasta Ortega y Gasset. En 1951 las acusaciones se intensifican cuando lee en castellano el pregón de las fiestas de la Merced y comienza a escribir también en castellano en la sección «Antepalco»[9] en *Destino*, reminiscente de sus «Aperitius» de preguerra en *Mirador*, mientras —otro agravio aún más difícil de perdonar— sigue cosechando éxitos en el teatro catalán como *L'hereu i la forastera, Les vinyes del Priorat* y *La ferida lluminosa*.

En 1957 entrega una colaboración semanal a *La Vanguardia* y,

gracias a la insistencia de José Pardo, director de la editorial Noguer, aparece una versión castellana de las *Memorias*,[10] publicadas en catalán tres años antes; una cumbre literaria que suscita el lógico entusiasmo de Aleixandre, de Ortega, de Azorín, de Pérez de Ayala… y de Jesús Rubio, ministro de Cultura, que decide concederle la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. La imposición de la misma por el ministro y presidente del Ateneo Pedro Gual Villabí el 19 de mayo de 1961, y el hecho de que rindiera una visita protocolaria a Franco para agradecerle la condecoración acabaron de hundirle en el pozo de los apestados: únicamente Salvador Espriu le envió una carta de felicitación. Josep Maria de Sagarra murió apenas cuatro meses más tarde.

7. LA RECUPERACIÓN

Tras la muerte del escritor, su viuda y su hijo iniciaron las gestiones para reeditar su obra, comenzando precisamente con *Vida privada*. Maria Borràs de Quadras, viuda de Josep M. Cruzet, el editor de la Selecta, se negó en redondo: seguía considerando la novela escandalosa e inmoral, «pese a la sentencia favorable de un jesuita», [11] aunque no le quedaría otro remedio que incluirla, claro está, en las *Obres Completes: Prosa*, aparecidas en 1967. Descartada la reedición catalana, Mercè Devesa y Joan de Sagarra se dirigen en 1962 a Joan Batista Cendrós, presidente de Aymà Societat Anònima Editora. Fraga Iribarne acababa de ser nombrado ministro de Gobernación, y le remiten una carta solicitando autorización para reeditar en castellano *Vida privada* y *Ajo y salobre*, aduciendo, entre otras consideraciones, la reciente publicación de las obras de Moravia, «cuyo tono es muy similar al de las novelas que sometemos a su consideración». Poco más tarde, el editor Cendrós y el poeta Joan Oliver, a la sazón director literario de Aymà, visitan a Robles Piquer, responsable de Cultura, y se autoriza la edición con diversos cortes de censura, «aligerándose» los pasajes eróticos, el enfrentamiento entre don Tomás de Lloberola y mosén Claramunt, y el ácido retrato de Primo de Rivera.

Así, en 1966 y bajo el membrete de Aymà salen a la calle la edición catalana, en la colección «Zenit» (con una delirante «corrección de estilo» de Joan Oliver que, más fabrista que Fabra, «normaliza» el catalán de Sagarra,[12] ignorando a buen seguro que el propio lingüista guardaba como oro en paño —lo cuenta Lluís Permanyer, poseedor del valioso ejemplar— un volumen de *Vida privada* profusamente subrayado, a partir del cual se proponía realizar numerosas entradas de su Diccionario General de la Lengua Catalana),

y la edición castellana, con traducción, prólogo y notas de Manuel Vázquez Montalbán y José Agustín Goytisolo.

La «recuperación» crítica del escritor puede decirse que comienza, pues, con la reedición de *Vida privada*. En el n.° 54 de la revista *El Pont*, en 1971, Vázquez Montalbán (que años más tarde le rendiría un homenaje inequívoco en su comedia musical *Flor de Nit*) califica la novela de «obra rotunda, como podrían serlo *Jude el Oscuro* en relación con Hardy, *Leviathan* respecto a Julien Green o *Fortunata y Jacinta* en el caso de Galdós». También en 1971, Joan Fuster pone las cosas en su sitio con «El cas a part de JMDS», el esclarecedor ensayo recogido en su *Literatura catalana contemporània*, donde define a Sagarra como «modernista extemporáneo y romántico», cuya «riqueza lingüística es infinitamente superior a la de cualquier "noucentista", Carner incluido», seguido, el mismo año, por Terenci Moix en su sección «Voces y ojos de mi tiempo», de *La Vanguardia*, que dedica dos artículos entusiastas a la novela y la figura de su autor. Hasta entonces, el vacío había llegado a cotas tan escandalosas como la exclusión pura y simple: Joan Triadú tuvo el tupé de borrarle de su *Antología de poetas catalanes*, e incluso el siempre certero Gabriel Ferrater ni siquiera le menciona en los artículos de su particular «Who's Who» de la literatura catalana, escritos durante los años cincuenta y sesenta y publicados bajo el título *Sobre literatura* (Edicions 62, 1979).

La recuperación, pues, de Sagarra y de su obra acabará siendo, salvo excepciones como la ya citada de Fuster, de Josep Palau i Fabre («Josep Maria de Sagarra no es un escritor, es una literatura») o de Juan Ramón Masoliver, un empeño plenamente generacional en el que coincidirán Marsé, Terenci, Montserrat Roig, Lluís Permanyer y Pere Gimferrer, quien no solo hizo aparecer a uno de los personajes de *Vida privada*, Rosa Trénor, en *Els miralls*, su primer libro de poesía en catalán, sino que además escribiría en su *Dietari*[13] las siguientes palabras: «Mientras un libro como *La ruta blava* no ocupe el puesto que merece en la estimación de nuestra prosa moderna, mientras una novela como *Vida privada* siga circulando con un tajo de la censura franquista y unas misteriosas correcciones estilísticas respecto a la primera edición del 1932, mientras toda su obra no sea leída, estudiada y debatida, seguiremos bajo la huella de la anormalidad.»[14]

En 1983 apareció al fin la edición íntegra a cargo de la Fundació Enciclopèdia Catalana, poseedora de los fondos de Aymà (con una nota en la que se indicaba que dicha edición «reproduce el texto completo de la primera, respetando los numerosos castellanismos y determinadas construcciones sintácticas discrepantes de las hoy normativas: tan solo se han corregido las erratas de la primera edición

de 1932 y adaptado a la norma actual la grafía de algunas palabras»), seguida por su homónima castellana en Plaza & Janés, al año siguiente.

Cabe señalar, por último, que la novela (por cuyos derechos de adaptación al cine se habían interesado numerosos realizadores, desde Leopoldo Pomés hasta Fassbinder) fue llevada a la pequeña pantalla en una coproducción entre el ICC y la RAI, con guión de Francesc Betriu, Gustau Hernández y Juan Marsé y diálogos de Jaime Gil de Biedma, bajo la dirección de Betriu. La serie, *Vida privada*, se emitió por la primera cadena de TVE, en cuatro capítulos de una hora, durante el mes de noviembre de 1987, protagonizada por Josep Maria Pou, Nino Castelnuovo, Analía Gadé y Lilí Murati al frente de un extenso reparto. En 1988 se publicó la novela en Francia, con el título de *Vies Privées* (Pierre Beifond, París), traducida por Nicole Pujol. En 1994, con motivo del centenario del nacimiento del escritor, proliferaron los artículos de homenaje sin una sola voz disidente: ya nadie duda en considerar que *Vida privada* es un clásico incontestable.

MARCOS ORDÓÑEZ
Barcelona, junio de 1994

VIDA PRIVADA

PRIMERA PARTE

Los párpados, al abrirse, hicieron un clac casi imperceptible, como si estuvieran pegados por una pretérita convivencia con las lágrimas y el humo, o bien por esa secreción que se produce en los ojos irritados después de una lectura muy larga bajo una luz insuficiente.

El dedo meñique de la mano derecha frotó las pestañas, como en un rápido golpe de peine, y las pupilas intentaron ver algo. De hecho, la visión consistió en un panorama de sombras fofas y semilíquidas de gran imprecisión: lo mismo que captaría un hombre deslumbrado por la luz de la calle al penetrar en un acuario. Entre las sombras se imponía una especie de cuchillo largo y vaporoso, del color que suele tener el jugo de las naranjas aplastadas en el puerto. Era un rayo de luz que se filtraba por la ranura de los postigos y que iban agriándose al contacto con la atmósfera cargada de la habitación.

Probablemente serían las cuatro de la tarde y algo más. El hombre de los párpados irritados, Federico de Lloberola, se despertaba normalmente. Nadie le había llamado, ni le había sobresaltado ningún ruido; sus nervios estaban hartos de dormir; había aprovechado hasta el máximo un sueño absurdo y descolorido, de esos que tenemos cuando en la vida no pasa nada, y de los que, al despertar, apenas si recordamos el argumento.

Federico no tardó ni ocho segundos en ponerse a nivel de la realidad.

Sobre las baldosas desnudas yacían prendas de vestir de él dolidas de su desorden, mezcladas con unas medias de gasa y una camisa de mujer, de punto de algodón, deshinchada y, por si fuera poco, sucia.

Las cuatro sillas estaban cargadas de cosas de ella; el pequeño tocador parecía cansado de tantas botellitas, polveras, pinzas y tijeras, y el armario abierto era como una exhibición de lúgubre pompa, porque, en los colgadores, los vestidos y abrigos, vivos de colores y aplicaciones, parecían princesas de barraca de feria excesivamente delgadas, a las que hubieran decapitado y hubieran clavado un anzuelo en la tráquea. Sobre el armario dormían vacías cajas de sombreros, cubiertas de polvo, en compañía de un perro disecado. Este perro había ido a parar a manos de un taxidermista inhábil, que lo rellenó deplorablemente, dejándole al descubierto todos los puntos de sutura entre el pelo del vientre frecuentado por las polillas. Su ama le había adornado el cuello con un pedazo de liga pasada de moda, en la que languidecían tres minúsculas rosas de satén, como tres gotas de

sangre.

Federico empezó a percibir los olores de la habitación cerrada. Como en las medicinas difíciles de tragar, había un olor dominante: el del tabaco consumido.

El humo acumulado era lo que impregnaba las sábanas y la piel de Federico, mezclándose con las reminiscencias de un perfume industrial y con todo lo que produce la transpiración de dos cuerpos abandonados y que la noche guarda con malicia para ofrecerlo despiadadamente cuando la tempestad ha pasado y cuando el sueño ha puesto un muro de incomprensión entre un adormecimiento de contactos llenos de esperanzas y un despertar lívido, inapetente y escéptico.

Federico, para combatir la agresión de los olores externos y del mal gusto de boca, alargó el brazo y cogió de encima de la mesita de noche un camel y el encendedor. Solo dos chupadas y basta; el experimento del cigarrillo fresco no daba resultado.

Federico palpó la tela rosa de la almohada que yacía al lado de la suya; era una tela ligeramente húmeda e impregnada de grasas olorosas; los dedos de Federico se entretenían sobre la tela, reposaban estúpidamente, y con las uñas arrancaban una débil sonoridad al relieve de las iniciales bordadas: una R y una T. Iba siguiendo las letras: R…T… R…T…; efectivamente: Rosa Trénor. Sus labios pronunciaban quedamente, débilmente, este nombre, con una insistencia mecánica… En la almohada había aquel poco de grasa, aquel poco de humedad; la huella del cráneo; pero todo lo que ella había dejado de su sueño ya estaba muerto de frío; se había ido helando, intoxicando con el humo y con el aliento de Federico, que estaba solo en el lecho desde que ella había cerrado la puerta, viviendo su sueño brutal, desconsiderado, un poco tumultuoso por la hiperclorhidria, pero insaciable.

Federico miró el reloj con recelo. En una situación como la de Federico siempre produce cierto pánico comprobar la hora exacta; hace falta un cierto ánimo para hacer frente a la realidad. En efecto, eran las cuatro y media de la tarde.

Federico se preguntaba por qué se había dejado abandonar, por qué había hecho aquella concesión. Lo ocurrido era una cosa explicable. Federico había resistido quince años. Desde su ruptura con Rosa, contempló a distancia las evoluciones de esta mujer de una forma desganada y aparentemente fría. La ruptura con Rosa le fue impuesta a Federico en el momento de su matrimonio; hay que hacer constar que Federico mantuvo las relaciones con su amiga solamente por pura vanidad. No es que Rosa fuese vulgarísima, como creían los amigos de Federico; pero él no veía en aquello más que la intimidad con una mujer que ostentaba una cierta historia y que no se podía de

ningún modo encasillar entre las entretenidas corrientes.

En Rosa, Federico apreciaba «la clase»; todas las demás características personales de aquella mujer no las valoró nunca, mientras duraron sus relaciones, anteriores al matrimonio. Más aún: Federico, con una absoluta inconsciencia, mantenía otras relaciones, tan efímeras como fuese preciso, con otras mujeres meramente comerciales, y entre sus experiencias amorosas, ya se tratara de Rosa o de las otras, nunca halló ninguna diferencia ni nada que diese una pizca de lirismo a la más elemental fisiología.

Era posible que la vanidad de Federico, fundamento de su amistad escandalosa con Rosa Trénor, comprendiese a la vez un elemento anárquico, una especie de sentimiento de rebeldía contra las conveniencias de su propia clase, por otra parte inmotivado, ya que Federico, como todos los Lloberola, era cobarde y débil y su juventud estuvo muy falta de imaginación.

Si Federico hubiese escogido como amante a una desconocida, de extracción inconfesable, habría hecho como todos los Lloberola; y tal vez la única ocasión que le deparaba la vida para ser un poco original era convertirse en el amante de Rosa Trénor, de una mujer que se había tuteado con sus primas, que era posible que se hubiese preparado con ellas para hacer la Primera Comunión y las tuviera por vecinas en el dormitorio del colegio.

Ya hemos dicho que las experiencias amorosas de Federico no pasaban de la más elemental fisiología, en la época que precedió a su matrimonio. Federico era de esa clase de hombres que en la intimidad del amor no se preocupan en absoluto del elemento femenino que colabora; la mujer era para él como un accesorio fatal para la completa satisfacción de su instinto. Federico, excesivamente egoísta y nada inclinado a la reflexión, falto de toda clase de malabarismo crítico, sin haber sentido nunca la necesidad de comparar sus propias sensaciones con las de los demás, podríamos asegurar que, si por una parte había tratado y conocido a bastantes mujeres, de hecho no tenía la más mínima conciencia de lo que era una mujer.

Pero con el matrimonio cambiaron completamente las cosas. Se dio el caso de que aquello que él nunca hubiera adivinado por intuición, ni jamás se hubiera tomado la molestia de saber si existía, a medida que fue discurriendo su vida matrimonial, tomó estado y se fue precisando poco a poco en la conciencia de Federico. María Carreres, de soltera, había sido una mujer excitante. Federico se acostumbró a su amor, con esos momentos de rapto tierno y lacrimógeno que son propios de los egoístas más vulgares. Federico, en medio de su trivialidad y de su inconsistencia moral, tenía una idea vaga de lo que era un caballero, e incluso ciertos sentimientos —tal vez atávicos— de caballero auténtico. Y, con el disfraz de caballero aceptado por todo el

mundo, Federico llegó al matrimonio.

Pero desde los primeros días se produjo una desavenencia, incluso una repulsión, por parte de ella, en esos momentos de sombra y contacto, cuando se libra la batalla nerviosa y angélica del instinto, del pudor y de la bestia. Federico, sexualmente, había hecho un mal negocio, María Carreres era una de esas fisiologías insensibles y poco hospitalarias, que reaccionan con una frialdad de cementerio y provocan la insatisfacción viril. Federico soportó su decepción con dignidad; dejó pasar días y meses, esperando una posible solución a su drama conyugal. Pero, después de tener el primer hijo, la situación se agravó. Entonces Federico se dio cuenta de que la sexualidad de las mujeres era un artículo más heterogéneo de lo que él suponía; al encontrarse ligado a una persona insuficiente para él, a la que se había propuesto ofrecer una fidelidad absoluta, poco a poco, la idea de esa fidelidad se le convirtió en una idea odiosa; Federico se arriesgó en aventuras de una tarde que no pudieran comprometerle ni le complicasen la vida para nada.

En estas aventuras, Federico se encontró a sí mismo, recuperó el gusto perdido por el amor tal como él lo entendía; y aquellas pequeñas evasiones le traían vagas reminiscencias —a veces recuerdos precisos— de lo que había sido su felicidad máxima en materias eróticas: sus relaciones con Rosa Trénor.

Al cabo de seis años de matrimonio, Rosa se había convertido en una obsesión para él; pero si Federico era un hombre de conciencia blandísima, no dejaba de ser un tímido. Su mujer le daba miedo; le daba miedo el apellido que llevaba, los bigotes blancuzcos de su padre y hasta el botoncillo de la camisa que se le clavaba en el cuello. Iniciar cualquier negociación con su examiga le producía un pánico explicable, porque Rosa Trénor, en el supuesto caso de que aceptase algo con Federico, no sería una de esas aventuras de una tarde, sin compromiso. Federico temía, con razón, las consecuencias que podrían derivarse de esas relaciones. Además, los años no habían pasado en balde para Rosa Trénor. Probablemente aquella mujer que conoció había sufrido pronunciadas evoluciones en el tenue ramaje de sus nervios, y el perfume del corazón de Rosa Trénor tal vez ahora sería para él como el aroma de los barcos que han navegado por muchos mares y desconciertan con las resonancias contradictorias de los puertos que han visitado.

Federico había pasado quince años en esas dudas. ¿Por qué pendientes se había deslizado el alma de Federico de Lloberola hasta llegar a aquella habitación de aire viciado ante los ojos de vidrio de un perro disecado que lucía una liga en el cuello?

Hacía ya meses que Federico y Rosa Trénor se veían en el bar del

Colón, y el hombre apreciaba en los ojos de ella, entre la disciplina impuesta por el rímel, una mirada que no era de indiferencia ni de antipatía. La piel de su examante, con un maquillaje severo y vista de lejos, aún producía cierto efecto. Federico conocía por sus amigos la tristísima situación de Rosa. Había perdido toda clase de protección fija, y solo con su arte —reconocido por muchos de los que la habían tratado— y con el imperativo de eso que una mujer que ha sido muy bonita nunca pierde del todo, Rosa Trénor podía arriesgarse, en torno de sus cuarenta años, a hacer un papel de dama en las comedias de amor y a mantener la dignidad bajo la piadosa condescendencia de una media luz.

Si los habituales y profesionales del mercado alegre se sabían de memoria a Rosa Trénor, y su presencia o su recuerdo provocaban comentarios sin entrañas, una que otra vez se aventuraba por su mesa un caballero de buenas intenciones, provisto de un relativo entusiasmo y, a última hora de la noche, o, si se prefiere, a primera hora de la madrugada, las floristas de los cabarets más efervescentes escogían para Rosa Trénor el mejor ramo de camelias, que se encargaba de pagar sin regateos uno de esos hombres que beben con moderación y que no consiguen desvergonzarse del todo ante la pintura de unos labios; esos admirables señores, generalmente ridículos a los ojos de los juerguistas y de los jovenzuelos estridentes, pero que tienen el mérito de considerar que una mujer nunca es, ni en las peores condiciones, una bestia inferior al hombre, a la que se pueda brutalizar como si no tuviese alma.

Uno de los amigos más fieles de Federico, Roberto Xuclá, a quien todo el mundo llamaba Bobby Xuclá —y daba risa este nombre pretencioso y casi propio de un gigoló en un soltero maduro, con claros en el cabello, de piernas cortas y abundante en grasas, en el que se unían las más inofensivas esencias del barcelonés familiar y patriarcal—, fue el alma buena mediadora entre Federico y Rosa Trénor.

Rosa, por su pasado brillante, por una especie de cinismo y de proceder excéntrico propio de la aristocracia, e incluso por su gusto por las lecturas y las discusiones, tenía un prestigio reconocido de mujer superior entre un clan vaporoso de entretenidas que podían estrenar brillantes y aun plantar a un cabrito de lujo con relativa impunidad. Entre aquellas muchachas estaba Mado, la amiga de Bobby por entonces. No es que Bobby fuese el único; Mado era una muchacha de una hospitalidad apetecible, inconstante, efímera y absolutamente desprovista de inteligencia, como una rama de lila. Para Mado, la fidelidad era una cosa tan imposible como llevar unas ligas sujetas a la faja; siempre que había intentado ponerse esa especie de ligas había tenido que desistir porque sentía mareos; por eso Mado

se estiraba continuamente las medias, particularidad que contribuyó a dotar de una gracia desgarrada, casi canalla, a la muchacha, una gracia de puerto y de taberna de marineros.

Si Mado se dedicaba a poner en ridículo a Bobby cada noche, él era un hombre comprensivo, y muchas veces, incluso cuando entraba en el piso de su amiga, lo hacía con ese aire correcto y un poco aturdido del hombre que tiene miedo de estorbar.

El pisito de Mado era el lugar preferido por Rosa Trénor cuando le venían aquellas ganas irresistibles de ejercer su pontificado espiritual. Mado le tenía un gran respeto, aunque se dedicara a pincharla y desprestigiarla y dijese de ella cosas monstruosas. Más de una vez la amabilidad y los buenos sentimientos de Mado o de otra amiga habían librado a Rosa Trénor de un compromiso; y siempre que había recibido un favor de aquellas muchachas, Rosa Trénor se revestía de una dignidad tal y afectaba unas sonrisas tan de gran señora, que nadie hubiera puesto en duda que era precisamente Rosa Trénor la que había hecho el favor y la que acababa de sentirse generosa.

A través de Mado y de Bobby, Federico iba acumulando ideas sobre las cuerdas sensibles de Rosa Trénor. En cierta ocasión, Bobby le había arrastrado casi hasta la mesa de ella, pero Federico opuso resistencia. No quería de ningún modo que el hecho se produjera en un lugar público; una de las características de la insignificancia de Federico era creerse una especie de personaje central sobre el que convergían todas las miradas.

En otras ocasiones, Bobby había intentado encararlos, porque Federico se moría de ganas, pero las circunstancias todavía no habían madurado.

Bobby se fue enterando de la situación irregular de Federico, de sus desastres familiares; pero, aunque la suya era una amistad de muchos años, Bobby había adoptado en este aspecto la más absoluta discreción.

Federico —por una manera de ser propia de los Lloberola, que nunca habían querido renunciar a su casaca de grandes señores—, pese a la confianza que siempre le había inspirado Bobby, nunca le dijo ni media palabra de esas cosas que él llamaba «desagradables».

Federico podía contar a Bobby una vileza por él cometida; podía explicarle una intimidad de su mujer con la crudeza, grosería o ferocidad de un señor feudal; podía prolongar los comentarios más burdos sobre ciertas cosas de orden fisiológico de su propia persona; pero Federico nunca dijo, en sus tristes confidencias a Bobby, que su padre hubiese hipotecado tal finca o que él se hubiese visto obligado a empeñar las joyas de su mujer.

Y Federico, al decidirse, cuando ya habían madurado las circunstancias para que se produjese la entrevista con Rosa Trénor,

también ocultó a Bobby la causa «desagradable», la causa inmediata determinante de su decisión. Y eso que se trataba de un acontecimiento vulgarísimo. En aquellos últimos años, el desorden económico de su mujer y el suyo había llegado al escándalo. Todo el mundo estaba enterado de la situación de Federico y de su padre. Todo el mundo sabía que los Lloberola habían tenido que vender mucho, prescindir de muchas cosas. Pero Federico no quiso renunciar a su cresta de histrión; había cosido los rotos de cualquier manera y, en el momento en que se inicia esta historia, Federico se encontraba con la amenaza de una letra a punto de vencer. Era un crédito personal concedido a Federico sin garantía. Federico no podía pagar. Había hablado de renovar la letra, pero no se admitía la renovación sin el aval de su padre. Naturalmente, Federico no era capaz de negar su firma ni de arriesgarse a las consecuencias de la falta de pago. Pero si esto le parecía horrible, le producía tanto o más pánico la entrevista con su padre. La cantidad aceptada era lo suficientemente respetable como para que se produjesen unas escenas que Federico no se veía con ánimo de afrontar.

La inquietud por el dinero había constituido la dispepsia de toda su vida, pero ahora esto se había agudizado. Federico había aguantado mucho; por primera vez se le presentaba la posibilidad de no aguantar, de no querer aguantar, de no hacer el más pequeño esfuerzo por aguantar.

Federico no se asustaba ante la posibilidad de adoptar una actitud desaforada: de, si estaba enfangado por un lado, acabar de enfangarse por otro; de mezclar la desgracia económica a una escandalosa osadía galante, y resolver eso que las personas resuelven bajando la cabeza, con un cinismo llorón y declamatorio.

Las cosas ya estaban en su punto. Federico quería veinticuatro horas de evasión, o veinticuatro horas para estar con la cabeza bajo el ala como el avestruz; un día lejos de su familia y de la letra de cambio.

Por todos estos motivos, Federico pidió a Bobby que le acompañara a casa de Mado, donde seguramente encontraría a Rosa Trénor.

Y Federico, al día siguiente de aquella decisión, metido entre las sábanas, interrogando con los ojos de una manera mecánica al perro disecado, y volviendo a pasar ligeramente las uñas por las iniciales del cabezal, para hacerse totalmente a la idea de que se encontraba dentro de la cama de Rosa Trénor, iba reconstruyendo las escenas de la noche anterior.

Sobre las once y media Bobby y él subían la escalera. Mado en persona abrió la puerta; llevaba un pijama colonial y plata, y los

pechos, al tensar el satén del pijama, hacían el efecto de dos cajas de bombones de las que a principio de siglo se veían sobre el piano de las familias modestas. Federico se fijó mucho más en el truco pectoral de Mado que en el beso explosivo que la chica dejó en los labios de Bobby, al tiempo que le metía en las narices las escurriduras del humo que le quedaba en las encías. Federico se pasó por los labios la uña del dedo meñique de Mado, y ella, con una risita casi musical, empujó con suavidad a los dos hombres hacia el comedor.

En el comedor de Mado todo el interés general se centraba en el *tournant*; el juego dilataba las pupilas, hacía olvidar la presencia del rímel y precipitaba los escozores y las lágrimas naturales. En un mundo como aquel, cuando las cosas tomaban mal cariz, los tics, el frío en el estómago o en las plantas de los pies y el desplazamiento de los maxilares y arrugas nasales que rompen el equilibrio de las líneas y marcan en los rostros unas atávicas reminiscencias simiescas, se producían de una manera incontrolada.

Entre la concurrencia figuraba Reina, una muchacha jovencísima, con el cabello plateado y la espalda a la intemperie hasta más abajo de los riñones, de músculos blanquecinos y sin sangre, adaptados a la funda de piel más vegetal y decorativa.

Reina era la gran amiga de Mado, y había quien les atribuía determinados gustos, porque Reina trataba a los muchachos que la rodeaban como si siempre le quedara una rendija por donde dejar escapar la anguila de su alma.

Cuando jugaba, el interés de Reina sobrepasaba los límites de la corrección más primaria; no admitía bromas; su sonrisa, forzadísima, mostraba los dientes con un exceso de secreción salivar producido por el estado nervioso, a semejanza de la que sueltan las hienas cuando han convenido entre ellas una visita al cementerio. Reina, más supersticiosa que cualquiera de los asistentes, cuando le daban carta, antes de mirarla solía presionarla con el índice hasta hacerse daño, y dejaba la carta ligeramente escarbada por la uña; los maliciosos lo atribuían a un intento de marcar el juego, cosa completamente falsa, porque Reina, al hacerlo, no pensaba en ninguna trampa. Era una exteriorización de su superstición, que había de completar levantando la cara como si no mirase a ningún punto determinado, y entonces los ojos de Reina tenían ese brillo buscado y artificial de las piedras falsas. Aquella especie de mirada fue lo primero con que toparon los ojos de Federico en el momento de entrar en el comedor, empujado por la risa de Mado. Federico, que conocía a Reina y a las otras chicas de la partida, sintió la repulsión de aquellos ojos, que se le presentaron como una cosa nueva y hostil; la primera reacción fue retroceder, en vez de seguir adelante hacia Rosa Trénor. La mirada involuntaria de Reina, sin ninguna intención contra Federico, había

hecho bajar la temperatura de su audacia, y Federico había vuelto a sentirse cobarde; pero, antes de tomar ninguna clase de decisión, la mano pequeña y gordezuela de Rosa Trénor había ido a parar a los labios de Federico, que se sintió ligado por la seda áspera y tibia de aquella mano.

Rosa, en el comedor de Mado, no gastaba ninguna clase de tocado complicado; llevaba un vestido sencillo, y encima del vestido un suéter de color cereza; la misma indumentaria que hubiera llevado para andar por casa una noche de invierno en que hubiese tenido jaqueca o hubiese estado algo resfriada. Aquella despreocupación por el vestido era apreciada como una característica de buen tono; una vez llegada la hora de las despedidas, Rosa envolvía su carne y las ropas gastadas que la sujetaban dentro de un gran abrigo de castor, algo raído y castigado, con la tierna despreocupación de una persona que se iba a descansar sin intención de hacer sufrir a nadie.

Rosa, cuando efectuaba esta especie de visitas a sus amigas, llevaba un bolso inmenso de piel de serpiente, que abría suspirando con la unción de un filántropo de leyenda popular que se dispusiese a repartir pan y queso a una banda de golfillos. De hecho, Rosa no repartía nada de lo que llevaba dentro del bolso; removía todo lo que había en el interior y sacaba madejas de lana de colores llamativos y un suéter recién empezado. Revueltos con aquella pequeña labor femenina, Rosa llevaba libros, papeles, carnets, una botellita de pippermint, las llaves del piso y toda la batería de colores, espejos, polveras y peines. El bolso de Rosa Trénor era una de sus cosas más personales. Hablaba de «su» bolso de la misma manera que un peluquero fantasioso habla de «su» líquido para hacer crecer el pelo.

Rosa, cuando iniciaba su labor, se demoraba en medias palabras y miradas significativas para interesar a sus admiradoras. Atribuía una mentira que acababa de leer en una novela infecta a un personaje de moda —a un personaje de «su mundo», como decía Rosa Trénor— alejado del clan de las entretenidas y famoso por las pieles y las infidelidades de su mujer. Rosa tenía una gracia especial para mezclar *potins* y contar temas canallas y desgarrados sin variar el tono de voz ni la monótona gesticulación de los labios. A veces, su conversación se desviaba por los caminos de la ternura y la moralidad, y fingía horrorizarse ante tal o cual cosa que un señor honorable le había explicado de una de las damas de más reputación.

La gracia natural de Rosa fluía de una especie de barcelonismo negligente y auténtico, que ella, hija de un notario y nacida en el barrio viejo de la ciudad, no había podido perder pese a la bastardía de sus contactos y al desbarajuste de su vida.

Cuando llegaba el momento de barajar las cartas, Rosa dejaba de pontificar y se dedicaba de lleno al trabajo de probar suerte, de esa

manera esponjosa y voraz empleada por las sanguijuelas cuando se trata de chupar sangre de una piel maltratada. Rosa enseñaba en aquellas ocasiones una cantidad discreta de dinero y lo arriesgaba en las apuestas con esa mueca amarillenta propia de las personas que sufren del hígado. Generalmente, Rosa acostumbraba perder poco, y cuando le sucedía esta desgracia, el suéter se volvía más rojo, por contraste, porque todo el colorete de las mejillas de Rosa era insuficiente para disimular su palidez.

En el juego, aquellas amigas que simulaban los sentimientos más desinteresados las unas por las otras eran de una tacañería y una ferocidad solo registradas en el mundo de los insectos.

Los hombres neutralizaban la tensión corrosiva de las jugadoras. Eso no quería decir que alguno de ellos, como el barón de Foixá, un tuberculoso sin importancia, aplicase al juego una técnica complicadísima, fuese intransigente y no admitiese ninguna clase de ironía cuando se trataba de su dinero. El barón de Foixá era riquísimo, y más de una vez se había cobrado una deuda de bacará apropiándose de un brillante o yendo él mismo a empeñar un abrigo de martas, sin hacer caso de las lágrimas de ellas ni de los comentarios fuertes que hacían sus compañeros acerca de su «legalismo». Había quien afirmaba que una vez el barón perdió los favores de una muchacha, de la que estaba enamoradísimo, por el puntillo de cobrar una deuda de juego insignificante que había contraído con él aquella chica.

Rosa Trénor recibió a Federico con una sonrisa de indiferencia, sin distraerse de las cartas, como si solo hiciera media hora que no se hablasen. A los que conocían a Rosa no les sorprendió aquella actitud, sabiendo como sabían que le gustaba hacerse la original y desconcertar a su público.

Rosa, pese a que, de una manera muy vaga, conocía la situación precaria de su examante, tenía la esperanza de que Federico podría volver a ser una solución. Ella creía que si la fortuna de Federico no era, ni mucho menos, lo que había sido antes, no podía considerar a aquel hombre como a un indigente, y que su sexualidad, un poco más débil y disminuida de encantos por los años, se presentaría con algo de ternura enfermiza que Rosa sabría explotar; las posibilidades de Federico serían más generosas, su abandono más incondicional, y Rosa sabría administrar el sentimentalismo de Federico más provechosamente —conociéndole como le conocía— que cualquier otra piel más tierna y más inexperta.

Rosa poseía entonces una mentalidad estomacal. En las comedias de amor no perdía el tiempo en las escenas secundarias, e iba directamente a la «escena del sofá»; en esta escena, si Rosa no podía hacer uso de las armas de sus dieciocho años, poseía una perfección técnica para abrir y cerrar el patético interruptor, y para algunos

podía resultar una mujer peligrosa. En definitiva, Rosa, por vanidad y por instinto de conservación, creía en ese aforismo rústico que dice: gallina vieja hace mejor caldo.

El bacará prosiguió sin más formulismos con las aportaciones de Federico y Bobby; las apuestas aumentaban en medio de la vibración eléctrica de los maxilares y de las órbitas.

Las mujeres acabaron ganando, como siempre, salvo Mado, que pagó las pérdidas con la cartera de Bobby, considerando que no estaba bien que la dueña de la casa ganase toda la vida.

Mado ofreció a las amistades, aparte de las bebidas, un poco de caviar esparcido sobre unas galletas saladas, que todo el mundo aceptó, menos Rosa Trénor, que, con sus pretensiones de gran señora a la antigua, hacía ascos al caviar; y ella misma fue a la cocina a prepararse unas tostadas untadas con tomate, que mordió vorazmente con una intencionada despreocupación rural.

A la hora de retirarse, Bobby guiñó el ojo a Federico, y Rosa Trénor no manifestó ningún deseo de envolverse en el abrigo de castor. Mado dijo que se encontraba algo mareada, y Reina se ofreció a quedarse a dormir con ella. Bobby, comprensivo como siempre, se despidió de su amiga con los besos explosivos de costumbre, y empezaron a bajar las escaleras, acompañados de unas risas en sordina para no escandalizar a los vecinos, Bobby, Marta, Gisèle, el barón de Foixá, Ernesto Montagut y Pepe Arnau, el más joven de los hijos del conde Tavertet, un mozo gordo e inocente como un cerdo, que no pasaba nunca de la puerta del domicilio de sus amigas.

Rosa Trénor había dicho que se quedaría media horita para acabar de enseñar el punto de suéter a Mado, y todo el mundo encontró muy natural que Federico, sin despedirse de nadie, destapase una botella de cristal y se sirviera una respetable cantidad de coñac.

Entonces, Mado y Reina se fueron al dormitorio de Mado, no sin que esta dijese antes a Rosa Trénor: «Ya sabéis, como si estuvieseis en vuestra casa», y en el diván forrado de seda, de un colorcillo de pechuga de tórtola, ante las copas a medio vaciar, las cartas esparcidas y algún granito rancio de caviar, que había ido a morir sobre el mantel, por su repugnancia a morir entre la dentadura de Bobby, Rosa Trénor y Federico de Lloberola iniciaron el diálogo.

Después de unas palabras de tanteo de Federico, en las que solo intervenía la corrección, y unas segundas de cambio sin malicia, para ver cómo ella se lo tomaba y para llevarla a su terreno, Rosa Trénor, de una manera vaga y aparentemente fría, empezó a hablar en el tono desganado de «su mundo»:

—Sí, francamente, me ha sorprendido.

Después, a una pregunta desgraciada de Federico:

—¿Rencor? No, no te lo guardo; en absoluto…

Silencio, un gran suspiro de Rosa, un pestañeo y una sonrisa natural.

—Pero ahora ya nos hemos saludado, ya volvemos a ser amigos… ¿Quieres creerme? Vete a tu casa… Yo…

Federico empezaba a sospechar algo terrible: que Rosa Trénor hablase con sinceridad. Federico aventuró:

—Es lo mejor que podemos hacer…

Pero tuvo miedo de que estas palabras fuesen demasiado rudas, y añadió:

—No, ya no es necesario hacer más comedia. He querido hablar contigo porque te necesito…

Entonces Rosa soltó una carcajada entre desgarrada y ofensiva; Federico se tragó la carcajada a la fuerza, haciendo una mueca; a Rosa, una vez acabada la carcajada, se le suavizó la voz:

—¿Me necesitas, Federico? ¿Ahora te das cuenta…? Después de… ¿Cuánto hace?

Federico, mal comediante, cayó de bruces en la pregunta, pero la coquetería de Rosa le tapó la boca en el momento de contestar:

—¡No, no! No digas los años; eso de hablar de años es una cosa de mal gusto, Pero, vaya, hace tiempo, ¿eh? Se nota que me necesitas…

Rosa, maternal, falsificó una mirada de piedad entornando un poco los párpados, y Federico, sonriente, dijo:

—¿Tan mal… me encuentras…?

Rosa le acarició la camisa y el lazo de la corbata, y le arregló el cabello, que había dejado de ser frondoso; Federico la dejó hacer como un conejo doméstico, y Rosa le miró ladeando la cabeza como suelen hacer los fotógrafos.

—No, no te encuentro mal; aunque puedes estar seguro de que yo no toleraría una corbata como la que llevas… Pero ahora que me doy cuenta: yo también te necesito; no por lo que tú imaginas… Es para hablarte de Eugenia D. Sí, hombre, sí; la prima de tu mujer; debes saberlo…

Federico abrió unos ojos de ignorancia. Rosa creyó oportuno prolongar la situación y volver a hacer uso de su habitual lenguaje desgarrado:

—La otra noche en el Grill no se hablaba de otra cosa. Pero las que allí se regodeaban del chisme son cuatro tías tiradas, cuatro borrachas como Mado y Kity, la que ahora va con ese loco de oculista Bonsoms. Total, nada: unas chachas que todavía huelen a estropajo.

A Federico, a quien ofendía el lenguaje afectadamente desaprensivo en boca de una mujer, se le ocurrió como solución simular que el léxico de Rosa le complacía mucho:

—Eres admirable, Rosa; oírte hablar… No sé…

—¿Qué es lo que no sabes?

—¡Creo que me quito años de encima!

—¡Uy! Desde que no nos tratamos he cambiado mucho; me he «refinado»; pero no me tomes el pelo. Di: ¿qué sabes de Eugenia D…? ¿Es verdad lo del brillante?

Federico se dio cuenta, algo contrariado, de que su elogio no había producido el efecto que pretendía, y entonces, sin fingir, le dijo en un tono bastante nervioso:

—Tengo otro trabajo. No me ocupo de las parientas de mi mujer. Como puedes suponer, no he venido a verte para hablar de la familia.

Rosa estaba radiante, ya que su conversación «molestaba» a Federico, y añadió sin inmutarse:

—¡Ay, qué despiste eres! Ese imbécil de Bobby, que no se da cuenta de nada, lo sabe, y resulta que tú… Pero, como puedes suponer, a mí no me interesa; lo decía por hablar de algo. Al fin y al cabo puedes suponer que no seré ni más rica ni más pobre si una prima tuya le regala joyas a una muerta de hambre del Bataclán.

Los comentarios de Rosa, de la menos espiritual de las indecencias, se entretenían con la parienta y la artista del Bataclán sin ninguna consideración. Federico estaba algo inquieto; Rosa seguía en sus trece y, con una condescendencia que hubiera podido dar a entender que Federico era el interesado, añadió:

—Además, si le apetece… Es lo que yo les decía ayer a esas mocosas: con tal que no me venga a mí con cuentos… Porque tú sabes que nunca me han gustado esta clase de porquerías…

Rosa Trénor sabía, a través de Bobby y de otros amigos de Federico, que Eugenia D. era la gran amiga de su mujer, que además del parentesco se tenían una confianza y un afecto de verdad, y estaba convencida de que las sospechas de un vicio de Eugenia D. —completamente falsas, por otra parte— tenían que ofender a Federico. Él, consciente de que no había nada que hacer, para contestar algo a aquel «tú sabes que nunca me han gustado esta clase de porquerías», dijo con un tono completamente idiota:

—¡Siempre serás una anticuada!

Del mismo modo que le hubiera podido decir: «Siempre serás una impertinente» o «siempre serás una mala pécora». Rosa Trénor hizo como si no se diera cuenta del tono de Federico y contestó rápida:

—Di lo que quieras. Es lo que siempre les digo a esas mocosas. En mi casa éramos de otra manera… Un hombre, sí. Con un hombre, todo lo que quieras. Pero que sea bien educado, que sea «señor». ¿Crees acaso que yo no tendría unos brillantes como los de Mado si no anduviera con mucho cuidado y me metiera en el catre con el primer

cabrito que se presenta en el Excelsior?

Federico, pese a que en aquel momento empezaba a encontrar un gusto especial al acercarse al clima infeliz y acanallado de Rosa Trénor, no quiso reprimir una risita escéptica.

—Bueno, bueno, no te rías —añadió Rosa—; claro que no quiero decir que el primero que encuentras ya te ha de traer los brillantes; pero después de uno viene otro; si no tienes escrúpulos, no te das cuenta y ya los tienes colgados de las orejas. Y mira, ya hace años que los míos los tiene el quitamanchas.[15]

Rosa, convencida de que esta primera parte de maceración ya había sido bien administrada, un poco más ondulante y humanitaria, llevó la conversación por otros caminos:

—Te estoy aturdiendo; sí, sí, no me lo niegues, te doy una gran lata… Mira qué curioso… Me da la impresión de que era ayer cuando hablábamos… No sé, todo esto lo encuentro natural; ¿cómo te lo diría…? Como si te tuviese la misma confianza que antes…

Entonces vulgarizó el inicio de un aria con un estornudo y con la anécdota de un perfume:

—Estoy resfriada, ¿sabes…? Todo el día con el pañuelo en la nariz.

Rosa obligó a las narices de Federico a compartir el pañuelo, y él descansó un momento en el olor, cerrando los ojos y buscando la manera de atacar el gran tema.

—Te gusta este perfume, ¿eh? No, si ya te convencerás de que no he perdido el buen gusto. Mado y Reina echan la misma peste: una porquería de Guerlain que no se puede aguantar, y piensan que es de lo más *chic*. Sara les trajo una muestra; cuatrocientos francos, y además lo que tuvo que pagar a los carabineros de Portbou. No sé cómo hoy no me he mareado. ¡Tengo suerte de que la nariz no me tire…! Pero, hijo, ¡qué ojos de sueño! Hazme caso: coge el sombrero y vete. Yo quiero echarles un vistazo a esas tontitas. ¡No creas! ¡Total, nada! Deben estar leyendo una indecencia; Reina, se entiende, porque Mado no sabe leer. Bobby les ha prestado un libro con dibujos. Es de lo más sucio… Hazme caso, vete a dormir; ¿qué dirá tu mujer…? Los casados tenéis la obligación de ser buenos chicos…

Federico levantó la frente y arrastró por los ojos de Rosa una sonrisa ácida, y ella añadió a sus últimas palabras:

—Aunque conmigo… ¡Imagínate!

Federico empezó a tener miedo, pero las últimas palabras, aquel «Aunque conmigo… ¡Imagínate!», le daban un cierto derecho a pinchar. Federico dijo:

—Escucha, Rosa, ¿no te has dado cuenta de que eres la mujer más excitante, más divertida, más inteligente?

Y Federico emitió un sonido grotesco, inarticulado, algo así como

el gemido de un perro, porque Rosa le puso la mano sobre la boca sin dejarle decir más adjetivos; pero Federico, terco, con la boca tapada, quiso continuar, y cuando se convenció de que era inútil, le dio un mordisco leve en la parte carnosa de la palma de la mano, le cogió la mano con violencia y se la cubrió de besos. Rosa le dejó hacer… Hubo un resuello por parte de los dos. Rosa improvisó dos lágrimas:

—No, criatura, no; ¡que se me corre el rímel! ¿Ves qué ojos me has puesto…? ¡Vamos! ¿Qué tienes? ¿Tú también…? ¿Estás llorando de verdad, Federico?

Federico se acusó como en los melodramas de suburbio («Me porté contigo como un cretino; sí, como un cretino»), o se acusó como en las óperas italianas («No debí tolerar aquella infamia»). Federico evocaba su pasado amor con Rosa, evocaba ciertas intimidades, se atragantaba o se ponía encarnado, porque aquellas intimidades comportaban algún detalle ridículo o indecente, y él, como era natural, lo omitía; pero aquello mataba el efecto de la frase, que le salía desplumada, sin vuelo. Federico, al final de la confesión, se asustó a sí mismo ante palabras como estas: «Nosotros vivíamos el uno para el otro; esta ha sido la única verdad de mi vida…»

El discurso de Federico fue una especie de compás de espera. Rosa abandonó la letanía desgarrada y, después de escuchar a Federico, adoptó una actitud de Niobe abandonada, adornándose con los pliegues de su túnica más solemne. Rosa representó su gran papel de cara a las posibilidades emotivas de Federico y produjo un efecto maravilloso. La abandonada Niobe alzó danzarinamente los pliegues solemnes de su túnica, y él se encontró en las manos la blanda pantorrilla de Rosa Trénor, tibia bajo la media de gasa. Rosa había tenido —y todavía tenía— fama de poseer unas piernas perfectas. El usufructo de aquellas piernas había sido uno de los orgullos más legítimos de Federico, y en aquellos momentos críticos eran las piernas lo que de una manera más positiva tenía la fuerza evocadora del pasado, con todas las consecuencias de un brutal entusiasmo.

Federico consideró inútiles las palabras, e intentó —aun respetando las fronteras que separan a un hombre de un gorila— llegar a unos resultados definitivos, sobre la seda de color pechuga de tórtola del diván; pero Rosa, púdica sin dejar de ser muy insinuante, objetó:

—No, Federico, aquí no…

—¿Por qué?

—Porque no…

Rosa se levantó como en un vuelo, convencida de que todo se estaba produciendo de una manera perfecta; se envolvió en el abrigo de castor y dijo:

—Vamos. Esas ya deben dormir… ¡Qué criaturas!

Federico, sin decir ni pío, obedeció a Rosa Trénor y empezaron a bajar las escaleras del piso de Mado. La calle Muntaner tenía color de leche y ceniza. Federico quería parar un taxi; Rosa insinuó:

—No hace falta…, son dos pasos…

Federico sintió en el espinazo toda la tristeza, todo el frío del día que empezaba. No se veía con ánimo para continuar viviendo su capítulo de novela con Rosa Trénor. Cuando llegaron a la puerta de la casa de ella, Rosa abrió el bolso famoso, hizo girar dos veces la llave y después ofreció la mano a Federico; pero, entonces, el Federico de la letra y de los problemas familiares tuvo una breve disputa con el caballero de Lloberola. Acababa de oír el ruido de las ruedas de un tranvía mañanero dentro del raíl, en el momento de frenar; aquel ruido que da escalofríos resonó dentro del pecho de Federico de una manera demasiado mecánica, de una manera dolorosa pero liberadora; Federico sintió como si le limpiaran la purulencia del corazón; Federico ya estaba harto de Rosa Trénor; pero su orgullo —quién sabe si la debilidad y cobardía propias de los Lloberola— no le permitía abandonarla. Todas las conveniencias, todas las comodidades le empujaban hacia su casa, pero el caballero auténtico —esta era la ilusión que se hacía Federico— ha de rechazar las comodidades y seguir por el camino del deber. Y su deber entonces consistía en meterse en la cama con Rosa Trénor. Rosa, gran señora, sabía entenderse perfectamente con los caballeros; y después de una mirada de Federico, Rosa se encogió de hombros, sonrió —una sonrisa de dieciocho años— y empezó a subir las escaleras con Federico del brazo.

Federico sintió cómo le frotaba la americana la piel de castor, como si fuese un verdadero castor vivo, con toda la grima o la repugnancia que pudiera producirle un animal de esta clase.

Una vez arriba, en el piso, a Federico ya todo le daba igual. Continuó el diálogo dentro de la cama, y Federico hizo promesas maquinalmente; los proyectos se estructuraban a través de un sueño extraño y doloroso.

Rosa Trénor puso el despertador para las once en punto; tenía que levantarse sin falta. Se trataba de la modista. Federico se durmió con la boca de Rosa Trénor pegada a sus dientes por una viscosidad visceral o por una viscosidad de flor aplastada… ¿Qué clase de flor? Federico no estaba seguro, porque todo aquello era ya impreciso y monstruoso, todo aquello entraba ya de lleno en el clima de los sueños…

Federico, tendido entre las sábanas, acabó de situar y reproducir las escenas mentalmente. De todo lo sucedido deducía que había

cometido una gran idiotez.

Iba apreciando la arquitectura incómoda de la habitación de Rosa Trénor, todo el encogimiento y desorden que tenían las sillas y el armario. Federico se sentía como un náufrago recogido por caridad, que despierta en una casa particular en la que tienen unas costumbres más groseras que las suyas y un modo de vida más duro y descoyuntado.

Rosa Trénor, pese a sus escrúpulos, era una mujer marcada por la necesidad, y por la necesidad de haber tenido que pasar noches con hombres a los que había conocido media hora antes. Rosa, como las entretenidas de su clase, no tenía el pudor del domicilio; y de la misma manera que se permitía una absoluta confianza física con la piel de un desconocido, consideraba que este tenía que adquirir la misma confianza con todo lo que era de ella: con su cama, con sus muebles, con su perro disecado; que debería hallar muy natural el hecho de despertar en una habitación en la que la ropa colgada del desconocido se había de sentir fatalmente avergonzada, con la desagradable sensación de estorbar.

Y Federico, después de los quince años transcurridos y en la ignorancia del piso de Rosa, era ese desconocido, era ese náufrago metido dentro de la cama, haciéndose cargo de una clase de ambiente que le acobardaba y le repugnaba.

Rosa, en la creencia de que su novela *Federico. Segunda época*, podía considerarse ya un hecho, había querido tratar a Federico con una franqueza conyugal, con la alegría y la despreocupación de una mujer ante el marido que llega de un largo viaje durante el cual la mujer ha cometido una infidelidad y, para alejar sospechas, finge un tierno y despreocupado «andar por casa». Por eso Rosa se había vestido y había dejado a Federico roncando, dueño del piso, sin ceremonias, convencida de que aquella era la mejor manera de que Federico recuperase todo «el gusto de ella». Pero la «propiedad» de aquel piso abrumaba a Federico; no veía llegar el momento de echar a correr, y al mismo tiempo una absoluta pereza corporal le mantenía atenazado a las sábanas, a aquella hora inconfesable, las cuatro y media de la tarde. Sus manos reseguían, sin decidirse, la húmeda tibieza de su camiseta adornada con el trofeo de unas lágrimas de Rosa Trénor, un poco teñidas del rímel que con la precipitación de última hora no se había acabado de quitar de las pestañas.

Si el primer término del paisaje moral de Federico —la noche pasada con Rosa Trénor— hubiese tenido un colorcillo más estimulante y un volumen más agradable, hubiera sido posible que el segundo término no se hubiese presentado tan negro y tan de prisa. Como cuando se inicia una jaqueca en las sienes —una vez pasadas las características precursoras del ataque— y se empieza a apreciar el

dolor verdadero de una manera débil, insinuante y traidora, en el paisaje moral de Federico se iba borrando la imagen de Rosa, para reproducirse —casi con el mismo dolor físico de la jaqueca— la imagen de una letra de cambio y la imagen del padre de Federico. El primer término era muy distinto. No era un capítulo de novela pretérito y medio fracasado, sino una angustia futura, pero de una inminencia apremiante y de una realidad que no dejaba lugar a dudas.

Federico tenía que hacer un esfuerzo supremo; ya habían pasado las veinticuatro horas. Yacían al pie de la cama unos calcetines acusadores que esperaban. Federico empezó a vestirse con la repugnancia de tenerse que poner aquellos calcetines que no salían precisamente del armario. Federico fue directo al baño; pero allí cualquier intento sería inútil; además, no había tiempo para nada. Tampoco sabía cómo funcionaba aquel calentador. En la bañera remoloneaban dos dedos de agua sucia y una esponja flotando como una tripa en remojo. Aquel cuarto de baño, pequeño, encogido, con el juego de gomas rojas colgando de las paredes y con las curvas inexpresivas de los aparatos sanitarios, tenía algo de criminal y de pornográfico a la vez. Federico se lavó sumariamente y se indignó porque todas las toallas estaban usadas y sucias de colorete, de *rouge* o de rímel. Federico opinaba que Rosa Trénor era una persona descuidada e imposible. Al hacerse la corbata sintió como una humillación al contemplar su cuello sudado con sombras de miseria. Sintió la humillación de no poderse cambiar de cuello. A pesar de este sentimiento, Federico se hizo el nudo de la corbata con una displicente coquetería. Otra humillación se la proporcionaban sus mejillas mal afeitadas; para disimular la barba naciente utilizó la borla de polvos de Rosa, pero se frotó con rabia, hasta lastimarse la piel, con una toalla rusa, porque los polvos no sirvieron de nada. Se contempló al espejo largamente: tenía un aspecto lamentable; pero la vanidad pueril de Federico recibía una compensación al percibir su figura alta y recia, sin infamantes obesidades; lo mismo su prominente maxilar, que él consideraba un signo de aristocracia gastada, e incluso, si se quiere, un poco degenerada; y con un dedo se alisó los dos triángulos pequeños y simétricos, de un negro brillante, que le servían de bigote.

Federico se dio cuenta de que en el piso de Rosa Trénor no vivía nadie más. Todo iba a la buena de Dios. Probablemente una mujer de esas que se dedican a la limpieza de pisos de realquilados variables había subido para poner en orden las cosas y se había retirado tímidamente para no despertarle. Tal vez Rosa había advertido que no subiera nadie. Federico echó un vistazo a la cocina y vio una taza con un poso de café con leche y azúcar. Estas materias se habían descompuesto, y una gata exangüe —que probablemente había entrado por una ventana abierta, porque no era de creer que Rosa

tuviese una gata tan impresentable— estaba lamiendo el interior de la taza; al ver a Federico, se puso a maullar con una rítmica y resignada acritud.

Federico se iba intoxicando de la tristeza del piso y sentía una profunda lástima por Rosa Trénor, la cual tenía que fingir, envolverse en los velos de las pretensiones y aguantar la brutalidad de cualquiera, todo para mantener una miseria de perfumes y sábanas rosas. Federico conocía un poco aquellas humillaciones y aquellas comedias; pero la amarga realidad de Federico no era una cosa tan corrupta, tan macabra como aquella taza de la cocina, que traqueteaba e iba produciendo un débil ruido, como de animal espantadizo, mientras la gata apuraba su contenido.

La historia de los Lloberola era una de las tantas historias familiares que tienen un final desagradable y pobre, sin que haya una reacción que le dé cierta nobleza trágica o, cuando menos, una vivacidad escandalosa o pintoresca. Don Tomás de Lloberola y Serradell, cabeza de familia, había visto desvanecerse en sus manos toda la pasada grandeza, para encontrarse convertido en un pobre hombre desarmado, gris, con su figura insignificante, casi anónimo dentro de la geometría uniforme propia de los pisitos de Barcelona.

Heredero de un patrimonio importantísimo en apariencia, pero ya esquilmado por las guerras carlistas y por las locuras de su padre, cargado de hipotecas, y con la obligación de pagar legítimas, legados y pensiones interminables, don Tomás se encontró a los veintiocho años dueño de un caserón de la calle Baja de San Pedro,[16] con un título universitario que no le servía para nada, con una mujer gorda y escrupulosa que tampoco le servía para nada, y con una ignorancia total de todo lo que hace falta para utilizar los dientes y las uñas, para sacar partido de las situaciones, y, en todo caso, para conservar la propia piel ante las embestidas o los halagos de la ferocidad del prójimo.

En cambio, don Tomás de Lloberola tenía, como compensación para ir pasando, la conciencia de su mágica superioridad, porque procedía directa y legítimamente de treinta generaciones que nunca habían dado golpe. Don Tomás esgrimía el orgullo familiar como su única arma de defensa, sin un pelo de ironía, sin una sola pizca de malicia.

Los Lloberola pertenecían a ese tipo de casa, todavía pujante en las postrimerías del XIX, que en su profunda ignorancia del tiempo y del espacio cobijaba la carcoma que había de convertirla en un inofensivo espectro. Familias aferradas a una tradición no excesivamente vieja, que formaban parte de la pequeña aristocracia rural, ennoblecida en los siglos XVII y XVIII por los reyes españoles, que ocuparon algún cargo burocrático de más o menos lustre en las colonias, que

obtuvieron, por la gracia o desgracia de los enlaces matrimoniales, el parentesco con nombres más acreditados e ilustres, dieron un contingente notable de segundones y mozas a los conventos, a la clerecía secular o a la milicia, y conservaron, a través de procuradores y administradores, su contacto con los payeses,[17] aunque estas familias, en la época de la expansión de Barcelona, se hubiesen construido grandes caserones —muchos de ellos desaparecidos en la actualidaden los barrios más rancios, más patinados y llenos del espíritu de la menestralía medieval.

En familias como los Lloberola, el contacto con la tierra tenía un carácter meramente estomacal. Conservaban en alguna finca la reminiscencia de un señorío perdido, del que solo quedaba la propiedad de los bancales y de alguna casa habilitada con un confort primario, para ir a pasar los meses de verano, o para disparar, de vez en cuando, cuatro perdigonadas a una liebre. Los Lloberola, como tantas familias de su clase, solo apreciaban la renta de la payesía que los había engendrado, siempre esquilmada y filtrada por las marrullerías de los masoveros[18] y administradores; en muchas de sus fincas nunca habían puesto los pies, ni habían procurado mejorarlas. A veces ordenaban la brutal tala de un bosque, sin ninguna clase de miramientos y en perjuicio del país, para satisfacer una necesidad apremiante, casi siempre producida por la vanidad o la imprevisión.

Pero en los cálculos de aquellas familias no figuraba nada que representase una especie de inclinación espiritual por la tierra o, al menos, una cierta industria y viveza para sacarle partido y valorarla, que hubiera significado un contacto inteligente y moral con un trocito de mundo que era de ellos, y que muchas veces representaba una gran riqueza. Contemplaban a los masoveros y campesinos con un paternalismo ofensivo, y aceptaban la pelotilla, los pollos o las ensaladas de una merienda de media tarde como los arrumacos de un perro que está obligado a hacerlos, sin tener en cuenta que aquellos masoveros —una vez destruido en nuestro país el mágico prestigio del amo— eran sus propios enemigos y los que en muchos casos acabarían apoderándose de las fincas y echándoles de casa; y si no eran ellos no faltaba nunca una arañita al acecho de las veleidades aristocráticas que, con la ayuda de la usura, hacía suya una propiedad medio abandonada y valorada a bajo precio, para convertirla en una explotación de primera categoría.

Con el desamor a la tierra, producido a comienzos del siglo pasado, coincidió la castellanización de una gran parte de esta pequeña aristocracia de nuestro país, convertida en una especie de parásito, vuelta enteramente de espaldas a la verdadera tradición y a todas las esencias sentimentales autóctonas que se iban desvelando poco a

poco. Las guerras civiles contribuyeron al suicidio económico y moral de muchas de estas familias. Y, una vez acabadas las guerras, puede decirse que terminó aquella pasión política por la que muchos arriesgaban incluso la piel, y solo se mantenía una disipada ferocidad anacrónica, consecuencia de las discordias producidas por las propias guerras. Por entonces, para muchos de estos señores, la política solo consistía en el espíritu de caciquismo más bajo de miras, a base de amistades y relaciones con la Corte; o bien para un fin utilitario, como la concesión de una carretera que mejoraba una propiedad; a veces, para satisfacer el corazón lleno de mojigangas de un personaje nulo, que se pateaba materialmente el patrimonio para conseguir un acta de senador.

El sentimiento religioso vivía aferrado a aquella aristocracia en la forma del más ineficaz clericalismo; los contactos de sangre que tenían con la Iglesia, a través de innumerables parientes curas, canónigos y hasta obispos, hacía que en estas familias la mecánica de la religión fuese observada a un ritmo perfecto. Cada familia disponía de su parroquia o su capillita para darles tono en una misa determinada. Formaban parte de las juntas de la obra parroquial, de las asociaciones benéficas o de las asociaciones meramente devotas, y usaban uniformes de grandezas extintas y cirios más benditos que los cirios corrientes en los lugares preferentes de las solemnes procesiones. Cada familia tenía su número determinado de órdenes religiosas que proteger; y en los salones de estas casas frías y húmedas que conservaban una pompa entre sepulcral y carnavalesca, calentaron las sillas de damasco infinitas parejas de monjas con los más variados escapularios y las tocas más heterogéneas.

En muchas ocasiones, la única posibilidad que uno de esos aristócratas tenía para hacer resaltar su personalidad con un color definitivo sobre el gris popular era un solemne acto religioso, en el cual podía caminar al lado de un obispo, con la casaca llena de galones y el tricornio adornado con plumas sensiblemente apolilladas.

Esta mecánica religiosa comportaba una especie de capirote moral, que tenía una función muy definida tanto en el recibidor de los caserones como en los momentos más íntimos de las alcobas. Aquellas alcobas oscuras, de grandes camas con dosel, en la vecindad de las cuales se habían sustituido el baño y los aparatos higiénicos por toda clase de imágenes coloreadas y vestidas de una manera patética, conservadas dentro de jaulas de cristal, acompañadas de pilas de agua bendita o de grandes armarios negruzcos coronados de escudos y llenos de ropa interior que nunca se había estrenado, y donde los encajes se habían puesto amarillos de tristeza.

La moral externa era tan rigurosamente observada en aquellas familias, que muchas veces se consideraba un escándalo nombrar a

una actriz o una bailarina famosas, o el título de una novela, o el nombre de un autor inteligente. Jamás, en las visitas a la señora de la casa, salía de los labios un tema de conversación que pudiera interpretarse como algo remotamente libre, y en los diálogos solo se podía hablar de religión, de enfermedades, de la educación de los hijos, de cuestiones referentes al servicio o a la propiedad y, de una forma muy vaga y con un criterio muy pintoresco, se comentaba la política.

La rigidez moral, puramente exterior, no era obstáculo para que en el corazón de las familias de más lustre se produjesen en secreto todas las miserias sexuales imaginables, que se registrasen casos de degeneración infamante, y que un respetable señor de barba blanca, portador de palios y cirios, fuese un invertido, con todas sus consecuencias, o un sádico que mantenía sus inclinaciones con una solapada cobardía y con la complicidad de la gente más ruin.

En una época en que la vida galante de nuestra ciudad no había adquirido las proporciones y el impudor de ahora, algunos de aquellos aristócratas desahogaban sus inclinaciones sexuales en un clima plebeyo y corrompido; no tenía nada de particular que muchas veces toda la lujuria se condensase en las medias de una cocinera o en la gruesa opulencia de una nodriza forastera. Era considerado un desaprensivo y un hombre que ofendía públicamente a su clase el aristócrata que regalaba un collar de diamantes a una bailarina del Liceo o compraba a la oficiala de una modista un sombrero adornado con camelias de tela y con alas de pájaro exótico.

La característica más acusada de las familias como la de Lloberola era un vivir aislado y un relacionarse solo con un número limitadísimo de otras familias, y atribuirse, entre ellas, todo lo que de valor moral y social pudiera tener el país. Consideraban como personas inferiores a quienes no iban de visita en berlina —aunque fuese cochambrosa— con escudo en la portezuela, y no disponían de salones húmedos y lúgubres, de sofás forrados de seda perleante, si bien con las patas hinchadas de artritismo, para chismorrear con los canónigos, con los generales o con las costureras, que muchas veces eran el único consejero de la señora de la casa.

Y mientras en Barcelona se iba creando una vida completamente nueva, y los piratas, los alpargateros y los emancipados de las fábricas se convertían en grandes industriales; mientras los pequeños tenderos, ahorrando céntimo a céntimo, se encontraban con un capital considerable y se dedicaban a nuevas construcciones y al engrandecimiento de la ciudad, esta aristocracia, sin imaginación, sin ni una sombra de iniciativa, se fue deshinchando, empobreciendo, aniquilando del todo. Algunos elementos surgidos de ese tipo de familias se modernizaron, pactaron con lo que ellos llamaban la gente

ordinaria, representada por los industriales, y algún matrimonio, llamémosle morganático, se convirtió en un buen negocio para determinadas familias. Otros tuvieron la suerte de una feliz inversión de capital o les favorecieron circunstancias muy especiales. A otros, como a los Lloberola, no les quedó más remedio que la anulación absoluta, porque la decadencia que llevaban en la sangre ya no tenía ninguna fuerza para reaccionar.

Don Tomás de Lloberola vivía en un piso de la calle Mallorca. Los restos de su época floreciente sirvieron para amueblar aquel piso de una manera desgraciada e impropia, y alguna cómoda o algún espejo, famosos dentro de la historia de la casa, hacían en el piso el papel estúpido y desvencijado de una reliquia. Leocadia, que era el nombre familiar de la señora Lloberola, no toleraba que alcanzasen estos muebles manos mercenarias, y cada mañana, al volver de misa, se dedicaba a quitarles el polvo y a acariciarlos con ternura, como si se tratase de acariciar las mejillas de una abuela paralítica que en un tiempo lejano hubiese sido una mujer de rompe y rasga.

La situación de los Lloberola pasaba casi desapercibida; de no ser por Federico, que mantenía ciertos contactos con el mundo de alto copete —ya es sabido que para mantener tales contactos no es obstáculo una posición turbia, irregular o precaria—, los Lloberola, fuera de la parentela más próxima, puede decirse que no se relacionaban con nadie, no se les invitaba a ningún sitio, y jamás se les veía en ninguna fiesta notable. Muchos de los que conocían a Federico no sabían ni una palabra de su familia y lo aceptaban como a un recién llegado cualquiera. Además, Leocadia, cada día más escandalizada con las costumbres de la gente que reía y gastaba, e influida, sobre todo, por la bronquitis de su marido, aclimató su vejez a una vida triste, hogareña y devota.

Leocadia, que nunca había sido una belleza, y a la que una prematura obesidad privó, siendo joven, del excitante especial que los hombres sabían encontrar en el polisón y en las mangas ajamonadas, era, sin embargo, una mujer fina, llena de delicadeza y docilidad. Leocadia se casó con Tomás de Lloberola sin ninguna clase de pasión, pero con el convencimiento de que en el mundo no podía existir para ella otro hombre que su marido. Inocente como era, y con unas normas morales irreductibles metidas en la médula de los huesos, aceptó el pequeño esparcimiento que le ofrecía la intimidad con un hombre pesado, poco gracioso y formulario, con la tierna resignación de Sara en la cama de Abraham; y, llena de escrúpulos, aún aturdía los oídos de sus directores espirituales con su cuchicheo de lechuza púdica, difícil de tranquilizar, y que solo se aplaca con la palabra persuasiva de un sacerdote de prestigio que aconseja que en el santo matrimonio la mujer sea condescendiente y tenga un poco de

paciencia. Con la costumbre, Leocadia fue encontrándolo todo muy natural, y llegó a querer de verdad a don Tomás. Y, además, por esa especie de mimetismo que se observa en algunas especies animales y en algunos matrimonios, Leocadia perdió su finura inicial y el sello característico de su familia para asimilar en su alma y hacer visibles en todas sus evoluciones los motivos más banales que formaban parte de la manera de ser del señor Lloberola.

Leocadia hizo suya la vanidad familiar de don Tomás y, en este sentido, fue un ama de casa a la antigua, de esas que se anulan y se encogen ante el señor de la casa, que nunca le hacen quedar mal, y que jamás mantienen una opinión contraria; solo ante los grandes disparates económicos y los desenfrenos absurdos de su marido, Leocadia protestó tímidamente, aconsejó, insinuó, con el espíritu conservador y práctico que generalmente tienen las mujeres; pero nunca con energía, sino de una manera linfática, propia de su organismo linfático, y sin poder evitar ninguna catástrofe.

A medida que, con una evidente falta de inteligencia, don Tomás de Lloberola hacía pésimos negocios, creyendo que ataba los perros con longaniza, y después, como consecuencia, aceptaba un préstamo en condiciones usurarias o una segunda hipoteca que le ataba de pies y manos, Leocadia no abría la boca, lloraba a escondidas y ofrecía cirios, atribuyendo a la desgracia lo que no era otra cosa que la inepcia constante de su marido.

Don Tomás, pese a haber sido dos o tres veces presidente de la Asociación de Católicos y haber figurado en la junta del Comité de Defensa Social, que era una de las formas más bovinas y acarameladas de ser reaccionario, no había desaprovechado, sin embargo, la oportunidad de ser infiel a su mujer, y los tresillos del Círculo del Liceo[19] sirvieron más de una vez de tapadera a ciertas aventuras que el señor de Lloberola no quería que trascendieran; y Leocadia, aunque siempre tan inocente y confiando en la buena fe de su marido, no estuvo exenta, una o dos veces, del tormento de la sospecha. En tales ocasiones, en lugar de poner el grito en el cielo, prefirió callar y ofrecer sus devociones al ángel de la guarda de don Tomás.

El golpe más duro para Leocadia fue la venta de la casa solariega, que se hizo, no porque dicha venta fuese un gran ingreso de dinero, sino porque el mantenimiento de la casa representaba una continuidad de gastos insostenibles. Hasta aquel momento, ella y su marido iban pasando la maroma ante las amistades; se decía que los Lloberola iban un poco apuradillos, pero nadie sospechaba que una familia de tanta tradición y un patrimonio tan importante se pudieran deshacer con tal rapidez. La renuncia a la pompa pasada se realizó poco a poco; si don Tomás, al percatarse de su situación, hubiese cortado por lo sano, se hubiera apretado el cinturón sin remilgos y hubiese enseñado las

cartas a todo el mundo, es posible que salvara mucho más de lo que salvó, y es posible también que los Lloberola hubieran seguido haciendo un papel relativamente brillante; pero la terca vanidad, patrimonio secular de la familia, y aquel empeño en aparentar más de lo que tenía, fue la causa de que las transacciones y los préstamos se negociasen siempre a escondidas, en condiciones pésimas, y a veces el señor de Lloberola —que se creía un lince— resultaba positivamente estafado.

El primer grito de alerta de la sociedad barcelonesa anunciando que los Lloberola se tambaleaban —el mismo grito aparatoso, con desinencias de carcajada y con una falsa sordina de compasión, que se produce en un vuelo de cuervos en el momento en que el más insidioso y podrido descubre una vaca muerta— se lanzó el día del santo de Hortensia Portell, cuando, en el salón de aquella viuda, muchas de las señoras que fueron a visitarla vieron colgado en la pared el famoso gobelino que presidía la sala verde de los Lloberola. Aquel magnífico tapiz, uno de los mejores que poseían las casas con solera de Barcelona, era tan conocido por la gente de pro, y tan familiar, no solo a los ojos de las damas, sino también a los de los tenderos del barrio y la menestralía, que nunca lo habían visto, que cuando querían designar a los Lloberola decían: «esos señores que tienen un tapiz tan bueno»; así pues, la sorpresa general que se produjo en el salón de Hortensia Portell fue de las más agrias y más rellenas de untuosos comentarios de chismes. Todo el mundo preguntaba, añadiendo teatralmente: «¡Válgame Dios!», y Hortensia, entre avergonzada y sonriente, decía: «Sí…, ya veis, los pobres Lloberola…, hace tiempo que se veía venir. Yo lo he comprado a muy buen precio, ¡imagínate!, porque no tengo posición para cosas como esta; pero no lo dejé escapar; más vale que se quede aquí, si no, ¡sabe Dios adónde hubiera ido a parar!» Después, de un modo más íntimo y en voz más baja, Hortensia abandonaba el tono lacrimógeno y criticaba como quien hace uso de esas tijeras de cocina que rajan el vientre de una merluza sin compasión.

Hortensia Portell era por entonces una viuda todavía fresca y brillante; rubia, gordita, con sus impertinentes y un maquillaje excesivo —en aquella época las señoras aún no se pintaban—, atraía a su alrededor una mezcla de aristocracia auténtica, de trepadores, artistas y hombres de letras. Hortensia, que era muy escrupulosa y honestísima, tenía fama de mujer libre, y algunas señoras, como Leocadia, la encontraban cursi, ordinaria y desvergonzada, y por eso, si bien no se atrevían a negarle la sonrisa y el saludo, de ninguna manera la hubieran invitado ni se hubieran dignado poner los pies en su casa. Hortensia las consideraba unas «rancias» y unas infelices, y se reía de sus escrúpulos y de su falta de elegancia, aunque, en el fondo,

le sentaba muy mal el vacío que le hacían aquellas damas, y en la compra del tapiz de los Lloberola puede decirse que Hortensia puso más amor propio y espíritu de venganza que entusiasmo artístico.

El «escándalo» del tapiz se disolvió en cincuenta mil cucharadas de sopa nocturna dentro de los pisos barceloneses, hasta que llegó el escándalo de otras ventas importantes y la traca final de que los Lloberola abandonaban la casa.

Don Tomás y Leocadia —ella por el espíritu de mimetismo del que hablábamos antes— siguieron la táctica del avestruz con la cabeza bajo el ala; la gente, por consideración, aceptaba aquel trato hueco y protector del señor de Lloberola, que continuaba hablando de sus grandezas en el mismo tono de voz, y si alguna vez hacía el ridículo en su mesa de juego del Círculo del Liceo, los habituales disimulaban, y el señor de Lloberola carraspeaba con aquella especie de rugido leonino, convencido de que nadie se daba cuenta.

Federico y Guillermo, sus dos hijos, y Josefina, su hija, constituían la tortura de don Tomás. Josefina, casada con el joven marqués de Forcadell, se había librado de la quema, y aunque quería mucho a su madre, y tenía la misma condición de mujer linfática, apagada y condescendiente de aquella, su egoísmo de casada y el clima de confort que le aireaba los pulmones hacían que pusiera los pies en el piso de la calle Mallorca lo menos posible. Don Tomás, que no tenía pelos en la lengua y que ante los hijos era un *pater familias* impúdico y tempestuoso, fulminó sobre las grasas de Josefina, ablandadas por el masaje, las quejas más duras; habló del desagradecimiento, de la poca consideración, de la ligereza de costumbres y de la falta de respeto, en aquel tono vivo y enzarzado que gastaba la lengua de los buenos profetas. Josefina lloraba y protestaba, y Leocadia hacía el papel de Sara al lado de aquel Abraham sin armas ni bagajes, pero no obtenía más resultado que una regañina del señor Lloberola; y madre e hija desaparecían envueltas en un húmedo velo de lágrimas. Josefina volvía a su casa, lo comentaba con su marido, se hacía la víctima, y el joven marqués de Forcadell terminaba afirmando que su suegro era un bestia y que no valía la pena tenerle tantas consideraciones.

Federico, el *hereu*,[20] al que hemos conocido metido en la cama de Rosa Trénor, era la misma estampa de su padre, con todos los vicios familiares, pero sin la teatralidad ni el «trémolo» de don Tomás, sin su gracia; porque don Tomás, bien mirado, tenía cierta gracia. Como eran tan semejantes como dos gotas de agua, Federico y su padre no se podían ver. Don Tomás, cuando debía citar un ser en el que se juntasen todas las calamidades morales, citaba a Federico, y este, cuando quería imaginarse a la bestia del Apocalipsis, pensaba fatalmente en su padre. Federico intentó estudiar muchas cosas en su primera juventud, pero no logró aprender nada; su trufado cerebro de

heredero de casa bien acabó mandando los libros a paseo y haciéndose el propósito de vivir de renta. Pese a los escándalos y los castigos de don Tomás, Federico —que por entonces estaba convencido de la solidez del patrimonio familiar— se salió con la suya. Y medio a escondidas medio rebelándose, se impuso a la debilidad de su padre, a quien en el fondo se le caía la baba al ver a su hijo tan brillante, tan moderno, que sabía vestir tan bien y al que perseguían unas cuantas madres de familia. La boda con María Carreres no fue del todo satisfactoria para don Tomás, que ambicionaba por nuera a la hija de un duque madrileño. María Carreres pertenecía a una burguesía distinguida y, naturalmente, no podía cotejarse con los escudos y la tradición de los Lloberola; pero tenía buena dote y parecía una muchacha excelente.

Dos Tomás empezó a notar los sinsabores de su ruina a la hora de casar a su hijo; la venta del famoso tapiz coincidió con el nacimiento de su nieta María Luisa. Desde entonces, las relaciones entre Federico y don Tomás se enturbiaron. Federico procuró salvarse por su cuenta; intentó un negocio, se pilló los dedos en dos o tres ocasiones, y en una, más grave que las otras, enterró la dote de su mujer. Los Carreres y los Lloberola riñeron. María Carreres, torpe y declamatoria, fue la Ifigenia de la situación. Federico disimuló carraspeando, claro está que con un rugido más débil que el empleado por su padre en la mesa de juego del Círculo del Liceo. Al no poder manejar más dinero, se encontró como un gato con una lata atada al rabo; acostumbrado a gastar sin ton ni son, aceptar un empleo en el Banco Vitalicio fue un golpe demasiado fuerte para él; un empleo poco brillante y mal retribuido, porque el heredero de los Lloberola apenas si sabía leer y escribir. Cuando don Tomás vendió la casa, se separaron el matrimonio viejo y el joven, y gracias a haber ido a parar a manos de un abogado decente los Lloberola salvaron algo de dinero para ir viviendo y para que don Tomás pudiese pasar una pensión a su hijo, ya que una vez perdida la dote de la nuera el sueldo del Banco Vitalicio resultaba una miseria. Entre las cosas que había salvado don Tomás, le quedaba la finca de Can Lloberola, en el término de Moyá, finca que él no habría vendido por nada del mundo, porque le hubiese parecido que le chupaban de las venas el líquido imponderable que representaba su nebulosa ascendencia feudal.

Federico, que renegaba de los envaramientos y los aires tradicionalistas de su padre, y quería ser un hombre moderno y despreocupado, no dejaba de considerar con orgullo su nombre, su escudo y la finca, llamada el castillo de los Lloberola, y siempre que podía llevaba allí a cazar a sus amigos, entre los que no faltaba Bobby, pese a que nunca pudieron matar ni una triste urraca.

Guillermo, el otro hijo de don Tomás, vivía con sus padres. Entre

los dos hermanos había una diferencia de edad de doce o trece años, porque Leocadia fue de esas madres desgraciadas que, doblegándose con una sumisión animal a un insaciable trabajo de procreación, vio su conducta chapuceramente gratificada por el destino, que solo le concedió la vida de tres hijos, y todo lo demás se perdió en abortos y en criaturas de poca vida que fueron a parar al cementerio antes de tener uso de razón.

Don Tomás de Lloberola, que empezaba a verse en las últimas, había perdido insensiblemente las muelas de león; los achaques le habían acercado a Leocadia. Puede decirse que, cuando los hijos no estaban presentes, su blando despotismo se transfiguraba en un gesto más humano y más comprensivo; Leocadia y él ya se acercaban al final; habían dormido tantas noches uno junto al otro, se sabían tan de memoria los ronquidos y las sonoridades guturales, que a veces, en aquellos momentos de líquida tristeza que tienen los ancianos, aquellos momentos desprovistos de pasión y de ambición, don Tomás se cobijaba en la piel de fruta invernal de Leocadia, como si intentase reavivar en ella la alegría de sus nervios vacíos.

Cuando se encontraban los dos solos en la mesa, y don Tomás, porque había encontrado cierto resabio en el aceite de la coliflor o porque se atragantaba con un grumo de sémola, empezaba a decir palabras biliosas contra su hijo mayor, o contra su hija, Leocadia contemplaba la explosión volcánica de la dentadura de su marido con aquella especie de humareda artificial que le formaban los cuatro pelos del bigote, despeinados y sucios de sémola, y a medida que él iba gastando la pólvora, las pupilas de Leocadia, veladas por una telaraña de otro mundo, limpiaban de pimienta la lengua de don Tomás, que terminaba con una tosecita, y se enfrentaba resueltamente a la comida; después de un silencio, marido y mujer se miraban medio avergonzados, y en el rabillo del ojo de cada uno aparecía el temblor de una lágrima.

Entonces don Tomás se daba cuenta de que, de todo lo que había cosechado en su mundo de vanidades, solo le quedaba aquello: un montoncito de carne y huesos, unos cabellos blancos, unos ojitos y unos dientes a la deriva. Don Tomás se daba cuenta de que, para él, el amor, la amistad, la alegría sexual y las esperanzas más prometedoras se habían reducido a la sonrisa de una dama paliducha que respiraba con penas y fatigas y se llamaba Leocadia…

¡Leocadia!, aquella gruesa flor romántica, inexpresiva, pero llena de todas las virtudes, como un licor antiguo, que él conoció en un baile famoso que se dio en Barcelona con motivo de la primera boda de Alfonso XII. Entonces Leocadia llevaba un corsé estrangulador y un vestido de satén rosa con polisón y cola de volantes, y entre la combinación de puntos y pespuntes y cortinas de castidad, respiraba

la piel del pecho de Leocadia, como hecha de camelias blancas, sosa, inodora, sin promesas, limitada por el escote discretísimo y por un gran lazo de terciopelo azul celeste que le ceñía como un collar de perro. Leocadia iba acompañada de su padre, el viejo señor de Cisterer, tuerto a causa de un balazo que le pegaron los liberales, tieso y gordo como un contrabajo, con las mismas sonoridades roncas, graves y solemnes de un contrabajo. El viejo Cisterer presentaba en sociedad a su hija menor, que no se atrevía a levantar los ojos del suelo, y que cuando se topó con el heredero Lloberola, por entonces flamante, riquísimo, imposible, sintió que las camelias del pecho se le movían insensiblemente, de una manera lírica y devota, como si obedeciesen al vientecillo producido por el ala de una paloma.

A don Tomás de Lloberola, en aquellos momentos de visión desértica que seguían al aceite adulterado o al grumo de sémola, con los ojos medio cerrados, le gustaba descubrir, en las fracasadas pretensiones de su paisaje íntimo, la Leocadia del vestido rosa colgada del brazo rígido del viejo Cisterer, bajo las innumerables arañas de cristal, con sus mil lengüetas amarillas de las llamitas de gas, y siguiendo instintivamente el ritmo de unos rigodones; la música de aquel baile tenía cierta resonancia de parada militar, y al señor de Lloberola le gustaba seguir las evoluciones complicadas del rigodón, porque le parecía que evocaban un ambiente castrense; aquella musiquilla sin espíritu ni pasión, alimentada por el más incoloro frenesí mecánico, le traía al corazón todo el temblor de sus horas de adolescente, con los carlistas en la montaña, las barricadas y las charangas de viento, que lo mismo acompañaban a un obispo que a un ladrón al que iban a dar garrote, que a los pobres lisiados que el día de Carnestoltes,[21] bajo un vil disfraz, pasaban ante el caserón de los Lloberola; él salía al balcón y les lanzaba un par de piezas de aquellos chavos que sirvieron para cobrar la indemnización de la guerra de África. Pensando en el polisón de color de rosa don Tomás revivió sobre los manteles de su comedor a aquella Leocadia y aquella Barcelona para las que él representaba algo. Todo había cambiado para don Tomás; para consolarse de su miseria actual repetía a cada momento: «Todo esto no es de mi tiempo»… «Yo soy de otra época»… Su Leocadia también era de otra época; la señorita del polisón que colgaba del brazo del viejo Cisterer era una pobre señora vieja, insignificante, que nadie respetaba, que nadie consideraba, que en una tienda de tejidos no era objeto de ningún envaramiento especial, y que solo en la puerta de una iglesia del barrio antiguo, cuando Leocadia iba para una devoción especial, encontraba a una mujer tan anacrónica como ella misma, que hacía años que pedía limosna allí, y si Leocadia se agachaba hasta el platillo limosnero y dejaba caer una pieza de cinco céntimos, la pobre la miraba con unos ojos de glacial

adulación y le decía sin ningún esfuerzo:

—¡Dios se lo pague, señora marquesa…!

A la misma hora en que Federico oía en la cocina de Rosa Trénor aquel ruidito débil y rítmico de la taza de café víctima de los lengüetazos de una gata fosforescente, en la casa de modas de Dorotea Palau ocurrían unas escenas bastante curiosas.

Dorotea había sido una costurera familiar de la señora de Lloberola; Leocadia la tenía dos tardes a la semana. Siguiendo la tradición de las damas antiguas, que preferían, hasta donde fuese posible, que las cosas se hicieran en casa, Leocadia empleaba mucha parte de su tiempo en la confección de ropa interior para su marido y sus hijos y en otras cosas de finalidad más decorativa. Entonces Dorotea era una muchacha silenciosa y apagada, con un óvalo de cara muy romántico y unos ojos entre grises y verdes, sin brillo, como las alas de esos insectos tranquilos que se confunden con las hojas de las plantas. Dorotea era una excelente trabajadora; la acompañaba un joven que, según ella, era su hermano y que debía de tener unos cuantos años más que ella; todo el mundo estaba convencido de la modestia y la buena fe de Dorotea, hasta que un día, sin que nadie supiera nunca los motivos, Dorotea dejó de prestar sus servicios en casa de los Lloberola y, a consecuencia de esto, don Tomás y Leocadia se pusieron mala cara durante una semana. Más tarde parece ser que se supo que Dorotea era la protegida de un señor importante que pasaba temporadas en París, y que ella terminó casándose con un peluquero francés; otros decían que no se había casado pero había tenido un hijo; otros decían que Dorotea se había muerto; pero todo esto son historias viejas y, probablemente, mentiras.

Veinte años después de haber dejado el servicio de los Lloberola, Dorotea Palau era una soltera que había cumplido los cuarenta, rica, espléndida de trato y directora de una casa de modas de su propiedad, visitada por señoras muy conocidas en los mejores círculos.

Aquella tarde, ante la puerta de Dorotea, en la que toda persona que supiera leer podía apreciar una placa que decía «Palau-Modas», se detuvo un hombre que no se acababa de decidir a pulsar el botón del timbre. Aquel hombre era un joven que todavía no debía de haber cumplido los treinta años y al que nadie le habría dado más de veintitrés o veinticuatro; vestido como los jóvenes que por entonces se preocupaban de la elegancia masculina, pero con la ropa visiblemente aprovechada, aquel joven clavaba los dientes en un puro agonizante y maltrecho como una escoba vieja, entornaba los ojos, bajaba hasta la nariz el ala del sombrero, y después de contemplar la placa, se encogió de hombros y apretó el timbre, con la fuerza y la inquina pueril de una criatura que aplasta el vientre de una hormiga.

Dorotea, en el recibidor, acogió con sonrisas la presencia del

muchacho, y después, en un tono maternal y para romper el silencio, dijo:

—¡Pero si todavía no son las cinco! ¡Hoy sí que ha llegado usted temprano!

—Estaba harto de dar vueltas, Dorotea, y ya sabe usted que antes me tengo que preparar. Soy como los grandes actores: necesito mucho rato para maquillarme.

—¡No hable tan alto, por Dios! ¡Tengo veinticinco chicas trabajando en el taller de delante y dos señoras esperando en el probador!

—¡Usted, Dorotea, siempre dándose importancia!

—No es importancia, hijo, es el trabajo; y con tanto trabajo tener que entretenerme encima en estas cosas que, naturalmente, no nos dan ningún gusto, ni a usted ni a mí.

—¡Lo que es a mí, puede estar tranquila, Dorotea!

—Pero ya verá usted, ella es la mejor clienta que tengo.

—Sí, yo también puedo decir que es la mejor clienta que tengo.

—¡Qué sinvergüenza está hecho usted!

—En fin, Dorotea, no me puedo quedar toda la vida en este recibidor…

—Sí, sí, vaya pasando; yo vuelvo enseguida.

—¿No hay nada en el comedor, Dorotea? Tengo un poco de hambre.

—Busque por ahí; ya sabe, sin cumplidos…

El joven se levantó de puntillas, como si así respirase mejor el aire femenino que llegaba del taller, volvió la espalda a Dorotea y, corredor adelante, fue a parar al comedor de la casa, oscuro y desierto. Encendió la luz y comenzó a fisgonear por el bufete; y después de tirar el puro, que solo tenía gusto de horno crematorio, se tumbó en el diván que Dorotea utilizaba para hacer la siesta y empezó a masticar un improvisado bocadillo.

Cuando estaba a punto de terminar el bocadillo, y en el momento en que se limpiaba en las cortinas los dedos, algo untados por la grasa del jamón, Dorotea entró en el comedor.

—¿Vamos?

—Espere, no sé si lo tengo todo preparado…

—No se preocupe, mujer, no se preocupe…

—Oh, bueno, eso lo dice usted. Son personas muy escrupulosas.

—A cualquier cosa le llama usted personas.

—¿Por qué no? Yo no me meto con los gustos de la gente. Pero pase usted por aquí…

Dorotea hizo entrar al visitante en una habitación inmediata al

comedor; era el dormitorio de Dorotea.

Retratos familiares, una oleografía de la Virgen de los Dolores, una cama de caoba cubierta por un gran edredón de color calabaza y, sobre el edredón, un paquete de ropa envuelta en un pañuelo. Dorotea inspeccionó el paquete.

—Sí, sí, creo que está todo.

El joven se sentó en una butaca baja y empezó a deshacerse el nudo de la corbata, a quitarse la ropa poco a poco para sustituirla por prendas sucias, rotas y miserables que Dorotea guardaba en el paquete que estaba sobre el edredón.

—Lo que más me revienta, Dorotea, es este papelón de Frégoli que usted me obliga a hacer…

—¡No le voy a dejar presentarse tal como va! ¡Todavía no me he vuelto loca! Ellos se creen que usted…, imagínese…, si sospechasen…

—Sí, sí, pero algún día meteremos la pata y se armará la gorda.

—¡Dios no lo quiera!

—¡Vaya haciendo aspavientos! Un día me lo encontraré al salir del Ecuestre del brazo de mi hermano, y entonces…

—No se lo creo. ¿Piensa usted que él le reconocería? ¿No ve que los dos se imaginan…?

—¿Qué le parecen estos calzoncillos, Dorotea? Están remendados por todas partes. Mi madre no deja que los tire a la basura por esa manía de ahorrar que les ha entrado en casa. No me los pongo nunca, solo en estas ocasiones solemnes…

—¡Cuánto tiempo hace que no he visto a su madre! Me han dicho que está muy delicada de salud.

—Sí, apenas sale de casa… ¿Y la camisa qué? ¿También me he de cambiar de camisa?

—¡Usted dirá! ¿No se ha dado cuenta de que esta camisa es de seda?

—¡Ya protesta lo suyo mi padre, ya! Pero, francamente, Dorotea, ¿quiere que me ponga esta porquería? Oiga: ¿de dónde saca tantos andrajos? No, no; esto no me lo pongo; corro el peligro de coger…

—Le juro que la ropa está desinfectada. ¡Ah! La medalla del cuello y la cadenita de oro, traiga, démela…

—Si no fuese porque mi madre se moriría del disgusto, le diría que ya se puede usted quedar la medallita; un día, en los baños, estuve a punto de tirarla al mar.

—¡No presuma de hereje!

—Dorotea, creo que tendrá usted que buscarse otro…, porque…, no sé…

—¡Eso sí que no! Solo faltaría que ahora me hiciese usted quedar mal: no es fácil encontrar una persona…

—Que tenga mis tragaderas, ¿eh? Pues no me gusto vestido de esta manera; me parece que tengo el aspecto de un colillero, y, francamente, aunque mi padre se haya pateado todo el dinero, no hemos caído tan bajo.

—Por favor, escuche: ¿cree usted que unas mejillas como las suyas son presentables? ¿No le dije que no se afeitara hoy?

—No me he acordado, ¡Qué quiere que le haga! Sí, resulto demasiado guapo; cuando uno es de buena familia no puede disimularlo.

—Tal vez con un poco de sombreado con maquillaje azul…

—¡No está mal pensado el truco…! Estas manchas producen un gran efecto…

—¡No, no! ¡Se pone demasiado! Deje, ya se lo haré yo; esto le da un aire de sucio… natural.

—Gracias por el cumplido.

—Hombre, no quería ofenderle.

—No se esfuerce, Dorotea; hoy ya se sabe que hasta los golfos se perfuman y toman un baño cuando tienen una cita con una señora de la aristocracia; la higiene está tan extendida… No les sorprenderá si me encuentran demasiado limpio…

—Ay, qué enfundada debe estar la señora Planell… Hace una hora y media que la tengo en el probador…

—¿Quién es esa Planell?

—¿No la conoce? La señora de don Enrique Planell, una mujer preciosa, joven; ¡oh, le gustaría mucho!

—Bien, no me haga la puñeta a estas horas… Mire, están llamando.

—No creo que sean ellos todavía, pero como esa mujer siempre va como loca…

—Se lo juro, Dorotea…, si no fuese porque… En fin, no se lo quiero explicar porque usted es demasiado chismosa.

—¡Ingrato!

—No, quiero decir que estoy hasta la coronilla de todo esto.

—Tome esto con paciencia, hijo…, trescientas pesetas son trescientas pesetas… Y ahora pase aquí…, al «cuarto del crimen»…, y, por Dios, no hagan tanto ruido como el otro día…, en un piso como este se oye todo…

El «cuarto del crimen» era una habitación convertida en dormitorio de lujo, con un aire perfumado, lustroso y canalla, imitación de esa pompa que ya no se estila en las casas de buen gusto, pero que es muy corriente en ciertos prostíbulos parisienses de tarifa alta, visitados por los padres de familia sudamericanos y de los que Dorotea, si bien no los conocía por experiencia, tenía informes bastante precisos.

En aquel dormitorio, el chico de «buena familia» disfrazado de golfo aguardó un rato contemplando la iconografía galante de las paredes, con una risita cínica, y encendiendo y apagando el mechero, mientras en la puerta del piso Dorotea saludaba con una amabilidad afectada a una dama y a un caballero de aspecto honorable, invitándoles a pasar a uno de los probadores. Aunque el momento del saludo había sido muy breve y la pareja ya había desaparecido tras una cortina, la dama no pudo evitar ser vista por Claudina C., la cual, después de torturar por espacio de dos horas a Isabel, la aprendiza principal de la casa, y habiendo terminado de probarse, cogió por el brazo a Dorotea y, muy acalorada, le dijo, con un pie en el piso y otro en el rellano de la escalera:

—Esa tal Concha parece que no sepa ir por el mundo sin el mariquita de su marido.

Y Dorotea, con ganas de no comprometerse, contestó:

—Son un matrimonio ejemplar; él da su opinión sobre todo lo que ella hace; y la señora baronesa no deja que demos ni una puntada sin consultarle; se quieren con locura, y tenga en cuenta que él ya no es ningún crío.

—¡Calle, mujer, calle! Ese hombre es un calzonazos; tendría que darle vergüenza. Yo le aseguro que si mi marido me viniera con esa clase de historias… No sé qué pensar de todo esto…

—¡Por Dios, doña Claudina! ¡Es usted muy maliciosa! Son muchos los señores que vienen a acompañar a sus mujeres.

—Otra clase de «mujeres», querrá decir; ya nos entendemos. Pero usted tiene trabajo, y yo le estorbo… Sobre todo que el vestido esté para pasado mañana, ¿eh? Mire, me enfadaría mucho…

—Vaya usted tranquila, doña Claudina.

—¡Ah! Isabel me ha enseñado aquella falda. Si no me la rebaja, no me la quedo.

—Pero si no podemos, doña Claudina; ya sabe que le hago este precio por tratarse de usted.

—¡Siempre la misma comedia!; nos conocemos hace tiempo, Dorotea.

—Por Dios, doña Claudina…

—Ya lo pensaré…

—Como usted mande, doña Claudina…

Dorotea cerró la puerta y entró en el probador en donde esperaba la honorable pareja.

—¿Les he hecho esperar…? Perdonen.

—¿Está completamente aislada la habitación? ¿Nadie puede escuchar? Hay tantas chicas, y acostumbran a ser tan fisgonas…

—El señor barón puede estar tranquilo.

—Abreviemos, Dorotea. ¿Es el mismo de la última vez?

—Sí, el mismo. Pero el señor barón me permitirá decirle que esta vez no puede ser por menos de mil pesetas.

—Esto es un abuso, Dorotea. Me parece que tratándose de una clienta como mi mujer…

—La señora baronesa también lo comprenderá. Piensen a lo que me expongo…

—A lo que nos exponemos todos, querrá usted decir.

—¡Ah, no, señor! No puede ser por menos de mil pesetas. El señor barón sabe que yo no estoy obligada a hacer esto. Además, ustedes exigen una cosa muy cara, que cuesta mucho de encontrar. Yo les aseguro que si el señor barón y la señora baronesa no tuviesen los escrúpulos que tienen, se podría encontrar otro tipo de personas, digamos de una clase más decente, de una clase más educada, un señorito, en una palabra; entonces el precio sería más razonable.

—¡Pero Dorotea!

—Entiéndanme, hay muchas ocasiones; pero ¿quién se fía de una persona así, de un señorito de esos? El que yo les ofrezco…, pueden poner la mano en el fuego; es incapaz de comprometer a nadie, y además es de verdad, es auténtico. No les engaño, cuesta encontrar una persona así. Ustedes no saben las repugnancias que una ha de vencer, las diligencias que una ha de hacer; y todo con aquel tiento, con el miedo de que alguien pueda sospechar. ¿Qué pensarían las clientas y hasta el personal de la casa si vieran entrar a un «sinvergüenza» de esa clase? Yo estoy dispuesta a todo por la señora baronesa; pero, compréndanme, por Dios, compréndanme…

—En fin, no hablemos más, Dorotea; mil pesetas.

—Créame si le digo que no quisiera ganar este dinero; me quema en las manos, señor barón… Si no fuese por la consideración que ustedes me merecen…

—Basta, basta ya; abreviemos, Dorotea.

—Un momento; voy a ver si todo está preparado, y si está «libre» el paso hacia el comedor; no fuera que nos encontrásemos… ¿Comprende?

—Está bien, está bien, Dorotea.

La pareja que se había quedado sola en el probador tenía un aspecto agobiado. Las facciones de la cara del barón parecían hervidas, como chupadas por una especie de fiebre interior inexplicable. Las mejillas tenían una palidez gris, y los ojos, de aire blando y mate, recordaban los de las liebres muertas. No se atrevían a mirarse ni a decir una palabra. Solo les temblaban un poco los labios, con un ritmo de muñeco mecánico. En los museos etnológicos pueden contemplarse esas cabezas reducidas que consiguen los salvajes del

Ecuador, en las cuales parece que la reducción de las distintas partes del rostro haya sido hecha por una especie de fuerza extraña que tirase desde el centro del cráneo y fuese prensando y comprimiendo los músculos externos, que fuese chupando el volumen de la carne hasta dejarla convertida en una cantidad exigua, pero horriblemente expresiva.

Y en el probador de Dorotea, las cabezas de él y de ella hacían pensar en las cabecitas repugnantes de los museos etnológicos, porque también allí parecía existir la fuerza que tensa y que encoge y hace más expresivos los rostros. Probablemente la purulencia moral que les producía el deseo era la que reducía las facciones, las empobrecía, y las descarnaba de una manera demasiado cruel, inyectándoles una aguda expresión de espectros.

La extraordinaria belleza y elegancia de aquella mujer desaparecía. La moral también tiene una estética; y las catástrofes dentro de esa estética son implacables.

Después, cuando volvió Dorotea, se levantaron «el señor barón» y «la señora baronesa», y tanto él como ella reaccionaron; los rostros, con un esfuerzo —tal vez pariente del amor propio—, habían sustituido el gris pálido por un color de piel más normal. Dorotea les acompañó hasta el «cuarto del crimen» y cerró la puerta suavemente.

Si alguien hubiera sorprendido la sonrisa de Dorotea en el momento de cerrar la puerta, no habría comprendido bien si se trataba de la sonrisa de una suegra experimentada que encierra a los novios en la habitación después de la cena nupcial, o si se trataba de la sonrisa de aquellos verdugos imperiales que cosían a un hombre dentro de un saco, en compañía de un gallo, una serpiente y un simio.

Al cabo de hora y media, el joven disfrazado de golfo se había quitado el disfraz y estaba enjabonándose la cara y el cuello en el lavabo de Dorotea. Dorotea, a dos pasos de él, contemplaba los brazos desnudos del muchacho y la espuma del jabón que le caía por las mejillas, con cierta admiración, como contemplaría a Simbad el Marino después de salir del agua, todavía envuelto en el misterio de la cueva submarina de la que procedía; porque Dorotea, servicios especiales como el que acababa de realizar, no los hacía exclusivamente por una finalidad lucrativa. En la alcahuetería de aquella mujer se habían refugiado elementos que escapaban a una comprensión normal. Dorotea era una aficionada, e incluso una coleccionista, de casos clínicos. Probablemente, en el clima secreto de Dorotea, debía de habitar también algún monstruo insospechado, y una de las consecuencias de ese monstruo era la escena que acababa de ocurrir en la casa de modas; Dorotea sabía que aquellas delicadezas y aquellas atenciones con sus clientes podían reportarle contrariedades que la comprometieran seriamente, y era precisamente la fiebre del

riesgo y del peligro lo que le hacía más gustosa su original mediación. Alguien había afirmado que Dorotea tenía un piso alquilado para la solución de negocios muy peculiares; esto no se había podido nunca poner en claro, pero era evidente que Dorotea, al utilizar la casa de modas en horas de trabajo normal para aquel tipo de trabajos anormales y secretos, daba a su sexualidad deformada o, si se quiere, a su perversión una vivacidad ondulante, que iba del vuelo perlado de una pieza de seda a la imaginería pornográfica del «cuarto del crimen», y del chismorreo grosero y autoritario de una doña Claudina —ante el cual Dorotea se inclinaba con una sádica humillación—, al diálogo del joven de casa bien que iba a cometer la imprudencia de olvidarse la medallita de oro colgada en el cuello. Por eso Dorotea, al contemplar los brazos desnudos y las manos enjabonadas del muchacho, hubiera querido tener en las pupilas como un punzón que hubiese penetrado dentro del misterio; hubiera querido saberlo todo, hasta los detalles más inexplicables; y Dorotea, un poco jadeante por el deseo, pero haciendo ver que no le ocurría nada, iba dejando caer preguntas que el joven contestaba con evasivas y medias palabras y con la voz deformada por la toalla al restregarse la cara.

—Verá usted, Dorotea, todo esto es secreto profesional. No…, no se lo quiero decir…, las trescientas pesetas no le dan derecho a más.

—Pero ¿y él?

—Él es un puerco, Dorotea, algo… Parece imposible… No, no…, ¡se lo juro!; nunca más…, la otra vez estaba más «cohibido»…, pero hoy…

—Es curioso; un señor tan formal, tan buena persona…

—Casi no me han visto la cara; entre que no había luz y el truco de la almohada que usted me aconsejó…, y nada de palabras…, supongo que no se ha oído ningún ruido.

—¡Si les hubiera visto en la puerta cuando se despedían! Dos ángeles, sí, dos ángeles.

—Pero ¡nunca más, Dorotea! ¡Búsquese otro pobre! ¡Qué asco…! Yo tengo mucho estómago… y por trescientas pesetas se puede poner a prueba, ¡pero no tanto!

—Ay, olvidaba devolverle la medallita…

En el recibidor, el joven de «casa bien» vuelto a su personalidad natural había topado con una muchacha joven, desenvuelta y elegantísima que iba del brazo de un hombre gris y correcto, de esos que no pueden disimular los celos; la muchacha, al ver al falso golfo, se ruborizó y le dijo, por decir algo:

—¡Hola! ¿Tú por aquí?

El falso golfo sonrió y les cedió el paso.

Al bajar las escaleras, el hombre gris y correcto que no podía

disimular los celos le preguntó a su pareja:

—¿Quién es ese tío sinvergüenza?

—¿No le conoces? Es Guillermo de Lloberola, un chico de muy buena familia, que ahora dicen que no tienen un real. ¡Ah! Te aseguro que es un chico simpático; va con un grupo de esos que escriben versos e indecentadas…

—¿Qué te lías tú con los versos? Siempre serás una atontada; ya sabes que me molesta que te trates con «gentuza».

—¡Ay, chico! ¡Qué susceptible…!

Guillermo, el fruto tardío de don Tomás y de Leocadia, había utilizado una táctica completamente distinta a la de su hermano Federico. Algunos opinaban que este muchacho se parecía a la madre; ciertas cosas que se contaban del viejo Cisterer y de los hermanos de Leocadia —un carácter untuoso, con arrebatos de fantasía, una manera de ser amable y ladina, un egoísmo escondido bajo una solicitud refinada— parecían reflejarse en la forma de nadar y guardar la ropa adoptada por Guillermo en todas las tempestades familiares.

El muchacho había empezado a vivir en la época en que ya no era posible disimular el cataclismo económico. La educación de Guillermo, tan diferente a la de Federico, había topado con un don Tomás de Lloberola débil y gastado; con un padre que, si bien aparentemente tenía una guardia de honor de truenos y rayos, se distraía cada dos por tres y se le podía dar gato por liebre con gran facilidad. Nunca se le había aplicado a Guillermo aquel régimen de vigilancia, nunca se le había espiado detectivescamente si todos los viernes, cuando decía que iba a comulgar, iba de veras. La inspección de sus cajones íntimos, de los libros de su habitación, se había descuidado o no se había tenido humor para hacerla. Cuando en las noches invernales llegaba mediada la cena, el interrogatorio paterno era sumarísimo y de un tono algo vaporoso. Guillermo podía perfeccionarse sin inconvenientes en el arte de decir mentiras y esconder verdades, que es el arte exhibido más corrientemente por los hijos ante el padre. Así como Federico se rebeló muchas veces francamente y provocó conflictos estúpidos, consecuencia de su genio tieso, infeliz y caballeresco —de su temperamento de Lloberola auténtico—, Guillermo, bajando los ojos a tiempo, callando o diciendo «sí, papá» o un «perdón, papá», con una inflexión aterciopelada y femenina, evitó muchos conflictos y tapó cierta clase de cosas, de las que don Tomás vivió en una crasa ignorancia; tan solo una simple sospecha de ellas habría bastado para que, al menos, quedase un poco averiada alguna costilla de su hijo pequeño.

Guillermo estudió la carrera de abogado por estudiar algo. Se presentó a dos o tres oposiciones sin resultado, porque, en primer

lugar, su abulia y distracción habían impedido que se preparase, y, en segundo lugar, porque no había tenido ningún interés en ganarlas. A Guillermo le producía horror, cada día más, cualquier clase de disciplina, algo que le obligase a levantarse a una hora determinada o a recibir órdenes de alguien. Prefería su miseria de hijo de familia inútil, con pretensiones de literato incomprendido, y alimentarse en la forma parasitaria que fuese, a tener un poco de orden y de independencia económica. Guillermo había cumplido treinta y un años y usaba esa falta absoluta de sentido de la responsabilidad que tienen los hijos menores de familia de pro cuando pueden extraer un duro del bolsillo que sea, con el criterio de que aún son unos niños y de que siempre serán niños y nunca deberán preocuparse de las cosas que preocupan a las personas mayores.

La manera de ser de los Lloberola y las condiciones en que se produjo su ruina —condiciones de vanidad y desorden— eran las más adecuadas para criar mentalidades juveniles como las de Guillermo, y eran las más adecuadas para que un muchacho como él se hallase cada día más falto de sentido moral. Guillermo no tenía el menor respeto por su padre; la presencia de don Tomás era vista por su hijo a través del cristal de aumento de la ferocidad más desnaturalizada. Mientras Federico, pese al odio aparente y a la incompatibilidad de genio que le separaba de su padre, tenía un fondo de respeto y de consideración por el viejo, Guillermo hubiera podido verle agonizar, fingir las lágrimas más tibias y en su interior quedarse frío como el mármol. Entre don Tomás y Guillermo se abría un abismo de años; todas las excelencias que don Tomás contaba de su época, a Guillermo solo le producían asco. Miraba a su padre como a un pobre señor infeliz que lo puso en el mundo por casualidad, en el crepúsculo, cuando ya estaba agotado de engendrar hijos; consideraba que don Tomás no había hecho nada por él; que no había padecido, que no le había querido, que solo por un criterio de educación grotesca y clerical le privó de gustos porque sí y le impuso unos deberes religiosos y morales que nunca había cumplido de buena fe y que solo le habían servido para cimentar su hipocresía.

Guillermo nunca se paró a pensar que, pese a todos los defectos que pudiera tener don Tomás, aquel buen señor le quería de verdad; que por él había pasado noches en blanco, había sufrido angustias, y que incluso hecho verdaderas estupideces. Guillermo no quería admitir que aquel pobre viejo todavía era capaz de cualquier cosa por salvarle. Y no se trataba de que Guillermo fuese un criminal; simplemente, que todavía no se le había presentado la ocasión de meditar un poco sobre la situación dramática de padres e hijos. Guillermo vivía su vida aparte; vivía unas preocupaciones que no podían tener el menor punto de contacto con las de su padre.

Guillermo respiraba un clima amoral, de debilidad, de egoísmo y, aunque él no se atreviese a confesárselo, de falta de dignidad. Guillermo podía ser un chico mucho más inteligente y fino que Federico, pero su comprensión fallaba siempre cuando se trataba de su padre. Inclinado a la vida fácil, le indignaban ciertas miserias de don Tomás, sus negativas cuando pedía dinero y sus sermones ante cada factura del camisero o ante cada gasto que el señor de Lloberola consideraba inútil o vicioso.

Aquel muchacho no hacía nada de provecho. Más que nunca, don Tomás había dejado de preocuparse por él. Se le toleraba todo; don Tomás le decía: «Espero que te espabilarás alguna vez, porque si has de confiar en lo de casa…» Pero Guillermo no se espabilaba, y si muchas veces lo hacía, era de una forma inconfesable, porque cuando necesitaba un billete no tenía escrúpulos. De la inepcia tradicional recibía su característica más decadente: el deshinchamiento absoluto de la voluntad ante la catástrofe, hasta llegar a bajezas que él consideraba un mérito y una gracia de su cinismo aristocrático.

Guillermo, fuera de casa, era un personaje completamente distinto. En el trato con ciertos amigos y ciertas mujeres era considerado un chico brillante y simpatiquísimo que mezclaba la cara dura con la elegancia; no se sabe de nadie que como él haya aceptado un billete de manos de una mujer con una sonrisa más noble y franciscana a la vez, esa sonrisa de los buenos *jongleurs* en la pista del circo, al final de un ejercicio comprometido.

Guillermo contaba entre sus amistades desde la gente más selecta y más original hasta cierta clase de sujetos con los cuales se ponía de acuerdo con solo guiñar el ojo y a veinte metros de distancia.

El mundo de Guillermo era un mundo completamente diferente del de Federico; aquello le había permitido siempre vivir en buenas relaciones con su hermano, e incluso aprovecharse de algunas gangas que le habrían resultado imposibles en una comunidad de amistades.

Leocadia observaba a Guillermo con sus ojos tan inflamados de orgullo e ignorancia, pero tan delicadamente tiernos, de las madres. Le parecía que las mejillas, el perfil algo femenino e infantil y los dedos, con un desasosiego de manicura, todo lo que le fascinaba en su hijo, pese a que ella lo hubiese puesto en el mundo, no tenía nada que ver con ella ni con lo que ella hubiera querido que fuese aquella criatura, último retozo de su fecunda madurez.

Leocadia le besaba con un suspiro de admiración, de respeto, de angustia, y con la ternura animal que sentimos por lo que nosotros hemos creado, a pesar de que sea monstruoso, a pesar de que nos dé miedo.

Debían de ser las seis de la tarde cuando Federico empezó a subir las escaleras de la casa de la calle Mallorca. Hacía un mes que no

había puesto los pies en ella; su padre y él, cuanto menos se veían, mejor. María, la mujer de Federico, llevaba de vez en cuando a los chiquillos para que viesen a los abuelos. En estas visitas de puro cumplido, todos pasaban un mal rato. Desde que los consuegros riñeron y las cosas fueron de mal en peor, la nuera, tan inhábil como víctima de la situación, no hacía más que encajar palabras agrias, y el casquete y la bufanda de don Tomás acababan de completar el cuadro desdibujado de la presencia de su marido; en aquel caballero decrépito, escrupuloso y reaccionario, María hallaba el complemento de la intimidad de Federico. Al contrario de Leocadia, María no pudo adaptarse de ningún modo a la mentalidad de los Lloberola.

A través de María, Federico se enteraba de las oscilaciones del reuma de don Tomás y de los progresos del canario de Leocadia; pero el asunto que aquella tarde encaminaba al heredero a casa de sus padres era de mayor importancia y no podía delegar la embajada en su mujer. Es curioso que a Federico, en los momentos críticos de su aventura con Rosa Trénor, se le borraba la figura de su examante y sentía más cerca del corazón la entrevista con el padre y el compromiso de la letra de cambio; y ahora que la entrevista era inminente, que tan solo le separaban de ella cincuenta y siete escalones de mármol, no podía arrancarse de la imaginación la cocina de Rosa Trénor, la gata espectral y la bañera con dos dedos de agua sucia. Tristemente distraído en estas cosas, Federico no se dio cuenta de que se abría una puerta —una puerta con una plaquita del Sagrado Corazón que decía: «Reinaré»— y una voz dulce, como un hilillo de agua que se filtraba entre la hierba de los campos más luminosos de su vida infantil, se le metió en la oreja, y oyó estas palabras de su madre:

—¡Gracias a Dios, Federico! ¡Dichosos los ojos que te ven!

Federico besó la mejilla de su madre, y de una manera teatral y afectada, como si hubiese un muerto en la casa, le preguntó:

—¿Cómo sigue papá?

Leocadia, entre una mueca y un suspiro, añadió:

—Está en su despacho; ha pasado mala noche, está algo fatigado…, por Dios, hijo mío, no volvamos a empezar…, piensa que tu pobre padre…

—Pero, mamá…

Y Federico pasó la mano delicadamente por la sotabarba arrugada de Leocadia, y pareció como si este tenue masaje filial sirviese de garantía a la señora de Lloberola, que, sin decir nada más, golpeó la espalda de Federico y se lo llevó corredor adelante, hacia la habitación de su padre.

Don Tomás se pasaba todo el día metido dentro de lo que él llamaba su despacho. En definitiva, la palabra «despacho» era

superflua y obedecía al vicio de don Tomás de enfatizar las cosas. En los caserones viejos de Barcelona, aunque el cabeza de familia no hubiese escrito nunca dos líneas, ni hubiese dado un consejo a nadie, siempre había las habitaciones destinadas a despacho. A lo máximo que se llegaba era a recibir a algún administrador, firmar los recibos de algún alquiler o leer aquellas revistas que hablaban de milagros y de la educación de los peces. Don Tomás, en su piso de la calle Mallorca, había querido conservar el despacho, aunque, entonces, todo lo que hacía referencia a las fincas, a cobrar y pagar, había quedado reducido a unas proporciones mínimas. Don Tomás utilizaba su despacho para mojar bizcochos, echar siestecitas, toser como vicio crónico y, una vez cada quince días, escribir un fragmento de sus memorias. De vez en cuando, el masovero de la única finca que le quedaba, o un triste cura que de seminarista había servido a los Lloberola, o un pariente, o uno de esos hombres pobres sin oficio ni beneficio que van de casa en casa contando enfermedades, daba al despacho de don Tomás el aspecto de algo que no acababa de ser una caja de muertos.

En un barrio *standard*, con unas casas pensadas según unos criterios geométricos sin imaginación, de tal manera que, si trazáramos unas verticales desde el terrado hasta las tiendas, podríamos enhebrar cinco sartenes con su tortilla correspondiente, o cinco matrimonios haciendo el amor, o cinco cocineras cantando todas el mismo tango, don Tomás había querido cobijar en su despacho esa mezcla personalísima y un tanto abigarrada de la decoración de las casas viejas, en las que, por un aluvión de generaciones, se peleaban los estilos y se arrinconaban las piezas más absurdas. Los muebles del despacho de don Tomás —unos de su abuelo, otros de su bisabuelo, otros comprados por él, otros legados por un primo que se fue a Filipinas o por una tía que tenía un gusto mezcla de aberraciones, conchas y pájaros disecados—, encogidos dentro de una estancia insuficiente, doblados como contorsionistas para dejar sitio a los cuadritos, a las estampas, a los documentos con firma regia o a los retratos familiares, y además con la responsabilidad de que pudiera respirar el busto de un Papa o pudiesen asomar la nariz unas montañas de Montserrat, hechas con uñas, pieles de conejo y cáscaras de cantárida —obra de un tío Lloberola que estaba algo chiflado—; los muebles de don Tomás, todos ellos de las caobas y jacarandas más acreditadas, con mosaicos e incrustaciones, pero tuberculosos, minados por la carcoma, con pátina de lágrimas y decepciones, ablandados por el aliento retórico de doscientos años de Lloberolas, en aquellas habitaciones del piso de la calle Mallorca, resultaban de una incongruencia recargada.

En el caserón de la calle Baja de San Pedro, toda aquella madera

cepillada, repujada, con incrustaciones de metales y nácar, brillante por los barnices y las gomas más ultramarinas, afectando desinencias panzudas o un gótico envaramiento catedralicio, tenía una razón de existir y colear, porque el caserón era como aquellos muebles, y las paredes y la decoración se soportaban y se ayudaban para dar aquel sentido, que ya hemos denunciado y que era un poco absurdo, pero que tenía sus puntos de grandeza. Pero en aquel piso de la calle Mallorca solo se conservaba el absurdo, aún más exagerado por el espacio canijo, por el amontonamiento de las piezas; y todos los muebles históricos de don Tomás de Lloberola, con el recuerdo estridente aferrado a la madera de cada uno, parecían, a los ojos del forastero que no sabía por dónde iba la cosa, una cuadrilla de desgraciados que se habían escondido en el primer sitio que habían encontrado para salvarse de la quema, y no se sabía si lloraban, si pedían limosna o si mostraban impúdicamente las grietas y la carcoma de su desgracia porque estaban convencidos de que su suerte estaba echada.

En la presidencia del *bric-à-brac* de la tradición había una pintura amarillenta por el aceite de linaza que representaba a don Tomás de Lloberola y de Fortuny, marqués de Sitjar y de Vallromana, envarado dentro del uniforme de maestrante de Zaragoza. El pintor plasmó su fisonomía cuando ya estaba tumbado en el lecho de muerte y, aunque hizo todo lo que pudo, le salió el retrato con el *dies irae* arañándole los labios. Menos mal que le recargó los galones de plata, y de un encarnado impulsivo las solapas, y se entretuvo añadiéndole un tupé ceniciento y convirtiéndole en flameantes escarolas las patillas que disimulaban la difunta grasa de sus mejillas.

La sotabarba del marqués de Sitjar descansaba incómodamente sobre un cuello que parecía un cuchillo cortante. Daba la impresión de que el marqués de Sitjar solo se había puesto aquella indumentaria tan asfixiante dos veces en su vida: cuando se casó y cuando lo llevaron al cementerio.

Bajo aquel retrato descansaba en un sitial frailuno el nieto del marqués de Sitjar, don Tomás de Lloberola y Serradell. En el nieto, el uniforme galonado del abuelo se veía sustituido por una americana de ala de mosca, deformada y con algunas manchas; don Tomás llevaba el cuello de la camisa desabrochado y, en lugar de corbata, medio se envolvía en un pañuelo de seda de un color vago y sufrido. Todavía conservaba todo el cabello canoso bajo un casquete de maestro, y sobre el bigote, vetado de blanco y negro, avanzaba la proa de una nariz rojiza, enorme, la *remença*.[22] Los azulinos ojos de don Tomás se defendían tras las gafas de oro, y unas mejillas monásticas y una sotabarba deshinchada se hundían con su piquitín de coquetería en el frescor del pañuelo que se enrollaba al cuello, como si tomasen un

baño de seda. Don Tomás era un hombre alto, hinchado, apoplético, un poco pasmado, de movimientos lentos y respiración fatigosa; tosedor pertinaz, se aclaraba continuamente la garganta por vicio, porque en definitiva no tenía nada.

La visita de Federico le sorprendió en pleno ataque de tos; después de pasarse el pañuelo por la boca, don Tomás miró por encima de las gafas, frunció las cejas, hizo una mueca y bajó la cabeza enseguida, mientras miraba de reojo a su hijo, de una manera desconfiada y expectativa. Federico avanzó hasta la mesa de su padre, y don Tomás le ofreció la mano, que Federico besó sin ninguna clase de efusión y más bien con repugnancia.

—¡Hola, chico! Parece que todos hayáis salido del hospicio; parece que no te acuerdes de que tienes padre, y de que tu padre ha estado enfermo, muy enfermo…

—Pero, papá, yo no sabía nada de todo esto. Acaba de decírmelo mamá…

—¡No lo sabía…, no lo sabía! Se os ha de explicar todo. Anteayer estuvo aquí tu mujer; ¿no podía decírtelo? Naturalmente, los pobres abuelos… Del árbol caído todo el mundo hace leña. Si tienen quebraderos de cabeza, ¡que se los pasen solos…!, y tu santa madre aguantando; solo te acuerdas el día en que has de cobrar la mensualidad. Como un criado cualquiera, como uno que no tiene afecto a la casa y solo espera acabarse de llevar lo poco que entre todos me habéis dejado. ¡Ay, señor, si ahora estuviera en mis manos…!

—Pero, papá, por Dios, no empecemos; después se queja si no venimos a verle.

Federico dijo esto porque ya no podía aguantar más; pero se dio cuenta de que iba por mal camino e hizo marcha atrás…

—Si supiese los quebraderos de cabeza, las penas que pasamos María y yo; usted, al fin y al cabo, se queja de cosas que no tienen importancia. Yo no sé por qué ha de estar de mal humor; le aseguro que tiene muy buena cara, que tiene un magnífico aspecto; mire, incluso cuando le he visto me he alegrado.

—¡Qué sabes tú de si hago buena cara y de si me siento bien! ¿Pensáis que tenéis que engañar? ¿Que yo no me doy cuenta de mi estado? Naturalmente, los viejos y los enfermos estorban. Pero dejémoslo correr; ya sé que no puedo exigir agradecimiento de nadie, y de los hijos menos todavía…

—Papá, piense que también yo tengo hijos; créame, le repito que paso más malos ratos que usted… Ahora mismo, si lo supiera… Precisamente venía a decirle, a confesarle…

—¿Confesarme? ¿Qué me has de confesar? ¿Qué barbaridad has

hecho, eh? ¡Federico, hijo mío, ya eres un hombre hecho y derecho! ¿Te das cuenta? ¡Un hombre hecho y derecho! Prefiero no saberlo…

—Papá, créame; me siento más solo que usted; no tengo a nadie; mi mujer…

—Tu mujer, tu mujer…, ¡vaya otra desgracia, tu mujer!

—Ella es como es; no tiene ninguna culpa…

—En fin, hijo mío, dime, dime qué te pasa… ¡Pero tenedlo en cuenta, tenedlo en cuenta, criaturas! Si me queréis matar…, si ya estáis hartos de vuestro padre…

—No hable así; francamente, no hay derecho. Si cree que soy de piedra…

—No, no, no eres de piedra; pero no me has ahorrado disgustos…

—¿Volvemos a las andadas?

—No, no, dime, dime. Explícate, veamos: ¿qué te pasa…?

—Siento tener que confesarlo, imagínese; pero la cosa no tiene remedio; se trata de una letra…

—¿De una letra? ¿Otra dichosa letra?

—Sí, una letra. Una letra aceptada por mí y que vence pasado mañana; la he intentado renovar, pero el tenedor no acepta la renovación si no lleva otra firma, ¿comprende? Quiere una garantía…

—Una firma, ¿de quién?

—Imagínese la pena que siento al tener que decírselo, al tener que preocuparle, y sobre todo al no estar usted bien; pero es que me ponen la pistola en el pecho, puedo ir a la cárcel… Solo se trata de poner la firma; yo pagaré más adelante, tendré el dinero suficiente; le juro que no hay el menor peligro.

—No tienes ninguna necesidad de jurar, ¿lo oyes? No sé cómo os habéis vuelto; ya no sabéis hablar con el mínimo respeto…

—Papá, perdóneme; pero se lo pido por lo que más quiera. Estoy ahogado, acorralado; si usted me quisiera avalar esa letra…

—¿Y qué crédito tengo yo? ¿Y quién soy yo, pobre de mí? ¿Avalar yo una letra? Esto ya es demasiado, créeme, esto ya es demasiado. ¡No puedo! ¿Entiendes? No puedo…

—Pero, papá, le prometo que no hay el más mínimo peligro.

—¿Y a cuánto asciende esa letra…?

—Nada extraordinario…

—¿Pero a cuánto?

—Cincuenta mil pesetas…

—¿Cincuenta mil pesetas? ¿Te has vuelto loco? ¿Adónde irás a parar, hijo mío? ¿Adónde iremos todos a parar? No, Federico, no; la culpa es mía, sí, completamente mía…

—Pero, papá, yo tendré esas pesetas; he tenido la mala suerte de

que esto me haya cogido en un mal momento…

—Y tu suegro, ¿qué?

—Mi suegro… Es inútil; no me atrevo a pedirle nada a mi suegro; ¡imagínese…!

—Y, naturalmente, quien pague las consecuencias ha de ser tu pobre padre; no tienes bastante con haberle hecho todo lo que le has hecho, y no te detendrás hasta convertirle en un pobre, más pobre de lo que soy ahora, que acabe pidiendo limosna. Es eso lo que quieres, ¿verdad? ¡Eso es lo que queréis todos! ¡Cincuenta mil pesetas! Supongamos que llega el nuevo vencimiento y que tampoco las puedes pagar; ¿entonces qué? ¿Qué nos queda en casa?

—Papá, ¡nos queda mucho! ¡Madre de Dios! ¡Cincuenta mil pesetas son una porquería! Pero le repito que no hay ningún peligro…

—Pues no, no, no y no. Llegó el momento de cortar por lo sano, ¿me entiendes? Es inútil; yo no avalo la letra. Busca a uno de esos amigos tuyos tan ricos, busca a quien sea, pero a mí no, de ninguna manera.

—Francamente, papá, qué quiere que le diga; considero su actitud un poco… injusta…

—¡Injusta! ¡Injusta! ¿Eh? ¡Injusta! ¿No te da vergüenza, a tu edad, con tres hijas, llegar a este extremo de hombre inútil, de hombre vicioso…?

—¡Bueno, papá, hágame el favor…!

—¿El favor de qué? ¿No me sobra la razón? ¿Para esto vienes a ver a tu padre enfermo? ¿Por eso te acuerdas de tu pobre madre? ¿Para matarnos a disgustos? ¿Todavía no tienes bastante? ¡Siempre has sido lo mismo! No tienes remedio, no lo tendrás nunca, ¡nunca!

—¡Basta, papá, basta! He venido a pedirle que me ayude, no a que me suelte un sermón. Ya he aguantado demasiados sermones.

—Pues si no quieres sermones, te los tendrás que tragar. Porque soy tu padre y porque tengo derecho a echártelos. ¿Me has entendido? No quieren oír sermones… ¡Vaya humos! ¡Los señoritos! Créeme, yo nunca, nunca, me hubiera atrevido a contestar a mi padre en el tono en que tú me contestas. Pero, está claro, los tiempos cambian. Hoy no hay ninguna clase de respeto por los viejos; los viejos, que se mueran; los pobres padres no cuentan para nada; ¡sinvergüenza! Haces toda clase de sacrificios por ellos, te desvives por complacerles, les das todo lo que quieren, y aún se atreven a levantar la voz; ¡no les digáis nada, que son de azúcar! ¡Se ofenden! ¡Su padre les ofende! Si, sí, que Nuestro Señor se me lleve pronto; yo no estoy hecho para…, yo no estoy hecho para…

—Créame, papá, usted no se da cuenta, usted me merece todos los respetos; pero, francamente, debería comprender un poco más las

cosas; no se da cuenta, y cuando se pone de esta manera…

—¿De qué manera me pongo? ¡Acabemos! ¿De qué manera? Tienes la poca vergüenza de venirme a pedir cincuenta mil pesetas, porque en definitiva lo de la letra son cuentos; llegará el día del vencimiento y se echarán sobre mí, y para detener un ejecutivo no tendré otro remedio que pagar, ¿me entiendes?, pagar, pagar; hace cuarenta años que no hago otra cosa que pagar, y yo soy un viejo, ¡y yo no me puedo ganar la vida!, ¡y ya no queda dinero! ¡Y menos para tus vicios de degenerado!

—Papá, ¡se lo pido por Dios! Yo tengo mucha cuerda, pero…

—¡Cuerda! ¡Cuerda! ¡Vicios es lo que tienes! Con la pensión que te doy, con lo que ganas en el banco y con lo que le queda a tu mujer, podríais vivir como príncipes. ¡Cincuenta mil pesetas! ¡Inútiles, gandules! ¿Crees que yo no sé que te pasas los días y las noches jugando en el Ecuestre[23] y haciendo otras cosas que quiero ignorar, porque me da vergüenza que lleguen a mis oídos? A mí, mi padre me enseñó que antes morir que abandonarme a esas debilidades. Y digo debilidades para hacerte un favor, ¿me entiendes? Y un cristiano, un católico, un caballero, un hombre decente, que es padre de familia…

—¡Basta, papá! ¡Basta…!

—¡Qué basta ni qué ocho cuartos! ¡Eres un mal hijo, eso es lo que eres! ¡Un mal hijo! Mira, ¿lo ves?, este es tu bisabuelo. ¿Sabes quién era este señor? Pues era un hombre con conciencia. Ya conoces la historia del tío Manuel, ¿verdad? ¿No la conoces? Pues el tío Manuel cometió un acto indigno, un acto de esos que las personas piadosas se abstienen de comentar, y mi abuelo, este señor que ves aquí retratado y que era el padre del tío Manuel, no le quiso perdonar nunca, y en su lecho de muerte tampoco le perdonó, y le maldijo, ¿me entiendes bien?, ¡le mal-di-jo! ¡El tío Manuel pasó toda su vida con la maldición de su padre clavada en el corazón! ¿Qué te parece? El abuelo era un santo, un hombre recto, de los que hoy en día en Barcelona no queda ni uno. ¿Me has comprendido bien? Y ahora escúchame: ¿qué quieres?, ¿qué esperas? ¿Quieres repetir en nuestra familia el caso del tío Manuel, el caso de aquel desgraciado? ¿Quieres que tu padre te maldiga…?

—¡Basta, papá! Ya estoy harto de tanta estupidez. Tanto me da que me maldiga o que haga lo que quiera. ¿No me quiere ayudar? ¡Estupendo! Este potaje de sermones no es otra cosa que mezquindad; miedo de perder cincuenta mil pesetas. ¡Muy bien, hombre, muy bien! ¡Tantos santos, tantos humos y tanta conciencia! Al fin y al cabo, ¿qué ha hecho usted? Perder la fortuna ridículamente. En su vida ha dado golpe. ¿Ha hecho algo de provecho? ¿Qué educación y qué ejemplo nos ha dado? Yo podré ser un inútil; pero ¿quién tiene la culpa? Y no hablemos de vicios, ni de personas piadosas. Usted ha hecho todo lo

que hace la gente, no le ha hecho ascos a nada; no presuma ahora de virtuoso como excusa para no poner una firma; sabemos perfectamente los disgustos que ha pasado mamá por culpa de sus enredos…

—¡Ah, canalla! ¡Canalla! ¡Hijos míos! ¿Esto es lo que son mis hijos…? ¡Matadme, sí, acabadme de matar…, no puedo más!

Don Tomás de Lloberola quiso toser congestionadísimo pero se atragantó, se ahogó materialmente; de una manera convulsiva clavó las manos en los brazos de madera del sitial, y, por fin, al poder respirar un poco, rompió en un lloro desgarrado y cálido. Federico, asustado por el aspecto de su padre, intentó acercársele, pero él le apartó violentamente…

—No, no me toques…, me quieres asesinar…, déjame… ¡Leocadia, Leocadia…, me muero…, me quieren asesinar!

Leocadia, avezada a aquellas escenas, entró con paso resignado y práctico, no dijo ni media palabra; se acercó a su marido, él le cogió las manos y le dijo entre sollozos, ahogándose:

—Mamá…, la pobre mamá… Ya lo ves, eso son nuestros hijos…, eso es lo que tú has puesto en el mundo…, ¡pobre mamá!

Leocadia ofreció a Federico una mirada seca y tímida de queja, de lástima, incluso de comprensión, y sin abrir la boca ayudó a levantar la mole de don Tomás, quien, renqueando y gritando: «¡Ay…, ay! ¡Me muero, Leocadia…! ¡Mamá…!, ¡me muero…!», desapareció hacia su dormitorio. Federico se quedó inmóvil en medio de la habitación, mordiéndose los labios y diciendo bajito: «¡Cuánta comedia…! ¡Cuánta comedia!», mientras llegaban a su oído los gemidos de su padre, a quien Leocadia había ayudado a tenderse sobre el lecho. Al cabo de unos minutos, cuyo número exacto Federico no pudo precisar, apareció Leocadia.

—¡Hijo mío! ¡Ten en cuenta su estado!

—¡Pero si no tiene nada, mamá!

—Sí, tiene, sí; ¡vosotros no lo veis como lo veo yo! Reclama al doctor Claramunt, quiere ver al doctor Claramunt cueste lo que cueste, quiere confesarse.

—Mamá, ¡eso es absurdo, eso es ridículo! ¡La gente dirá que nos hemos vuelto locos!

—Él es así, ya lo sabes, es así. Es la única manera de tranquilizarle.

—¿Pero ahora…?

—Sí, hijo mío, te lo pido; hazlo por mí, hijo mío…, por tu pobre madre.

—Por Dios, mamá, no nos pongamos de esta forma.

—Hazme este favor, vete a buscar al doctor Claramunt: le encontrarás en su casa. Dile de qué se trata. El doctor Claramunt lo

conoce…

—Está bien, mamá…, está bien…, pero esto, francamente, es demasiado.

—Date prisa, hijo mío…, no te entretengas…

Desde hacía muchos años, para la familia Lloberola había dos personas trascendentales: una era el doctor José Claramunt, canónigo penitenciario de la catedral; la otra era don Ignacio Serramalera y Puntí, doctor en medicina, catedrático de la facultad, académico, director y consejero de hospitales y médico de cabecera de la familia. Estas dos personas, cuando estaban en boca de uno de los Lloberola, tenían una doble consideración. En primer lugar, la del respeto que se concede a las eminencias de un carácter mágico y sublime, y, en segundo lugar, la consideración entre egoísta y perdonavidas que tienen las familias de tradición hacia un objeto, hacia un animal o hacia una persona que les pertenece, que ellas disfrutan en exclusiva y cuyas excelencias solo ellas conocen y pueden sacar todo su jugo. Don Tomás, cuando hablaba del cura o del médico de la casa, lo hacía con el convencimiento con que hablaría de un específico al que debiese la vida. Para don Tomás no había mejor médico que el doctor Serramalera, ni un cura más sabio, más prudente, más virtuoso que mosén Claramunt. Si alguien tocaba a una de estas dos personas, don Tomás se ponía hecho una furia. No es preciso decir que la inmunidad, el prestigio y la superstición que habían creado solo se podían comparar a los efectos producidos por un brujo pintarrajeado con sangre de niño, en medio de una tribu africana de las más cafres. Todo cuanto insinuaban estas dos personas se consideraba artículo de fe, y, en definitiva, eran los árbitros de la salud temporal y eterna de la familia.

Cuando se moría algún pariente lejano, don Tomás decía: «Les está bien empleado, por tozudos. No han querido que les visitase el doctor Serramalera, y claro, tienen un médico que no vale nada…»

Y estos dos prestigios eran dos pobres señores viejos, de una inepcia y una vulgaridad aplastantes. Todo su valor provenía de los Lloberola, que los habían forjado o los habían impuesto. Los Lloberola tenían el orgullo de que tanto el médico como el cura eran como aquellos calzoncillos de hilo que cortaba y cosía la madre de don Tomás, unos calzoncillos sólidos, invulnerables, asegurados contra las roturas y todas las coladas, y los Lloberola, por llevar estos calzoncillos, se creían superiores al resto de los señores de Barcelona. Mosén Claramunt había sido criado de la casa en su época de seminarista, y el viejo marqués de Sitjar había pagado los estudios al doctor Serramalera. Además, tanto el uno como el otro, al haber respirado tanto el aire del caserón de la calle Baja de San Pedro, conocían como nadie los resortes de las debilidades de los Lloberola:

les adivinaban el pensamiento, les contradecían cuando lo que exigía el paciente en su subconsciente era una contradicción; muchas veces dejaban de acudir a una visita solicitada, porque precisamente lo que deseaban los Lloberola, para su tranquilidad, era que el médico no diese importancia a una supuesta enfermedad y se olvidase de ir.

Hasta las personas más simples y desprovistas de imaginación —como don Tomás— tienen para un psicólogo dispuesto a perder horas en ellos sus repliegues originalísimos, sus cavernas misteriosas, y un hombre que sepa de memoria todos los repliegues y todas las cavernas puede conseguir el dominio absoluto de la persona estudiada. Lo que el doctor Serramalera o mosén Claramunt no habían adquirido por fina percepción o por maña psicológica, se lo había dado la práctica, la rutina, los años de contacto con los muebles, con el polvo y con la vanidad de los Lloberola.

Aún tenían otra virtud para don Tomás y doña Leocadia, la más fuerte de todas quizá; pero esta virtud la apreciaban inconscientemente, porque don Tomás y doña Leocadia nunca se dieron cuenta de que la tuvieran; de todas las personas que habían conocido a los Lloberola, el cura y el médico eran los únicos que continuaban tratándoles en la derrota exactamente igual que en las épocas de opulencia; la misma sonrisa respetuosa y familiar que mosén Claramunt dejaba escapar cuando don Tomás le contaba, en los salones de la casa vieja, que su cuadra de caballos era la mejor de Barcelona era la que después mosén Claramunt administraba cuando entraba en el comedorcito del piso de la calle Mallorca, mientras don Tomás mordisqueaba una avellana con dos lágrimas en los ojos. En los labios del reverendo, tan «señor marqués» era ahora como antes: y esto para don Tomás, aun cuando, como se ha dicho, no lo advirtiera, era como mantenerle una ilusión, significaba que pudiese extraer de las pupilas marrulleras del señor canónigo el delicado brillo de una mentira piadosa que le alargaba la vida.

Federico, después de unas diligencias que le hicieron el efecto de que le derramaban gotas de cera caliente en el corazón, en un momento de rabia comprimida y desesperación impotente, consiguió meter al canónigo Claramunt dentro de un taxi. Hacía solo dos horas que el perro disecado y con la liga en el cuello le obsesionaba en el dormitorio de Rosa Trénor; aquella cosa monstruosa y mal cosida se le aparecía de nuevo, sin que, en realidad, la comparación fuese justa al encontrarse junto al señor canónigo dentro del taxi. El doctor Claramunt le producía el efecto de un ser inhumado, de un personaje mal cosido; aquellas mejillas del señor canónigo, por las que cada mañana hacía pasear una navaja de puntillas, como si fuese una virgen metálica que caminase tímidamente sobre un rastrojo bendito, le parecían al heredero Lloberola unas vísceras disecadas de museo

anatómico, que un perverso biólogo hubiera enharinado y les hubiera dado cuerda. Las mejillas del señor canónigo se movían nerviosamente, el escaso músculo facial que aguantaba la grasa y los pellejos saltaba arriba y abajo, los labios se estiraban, la punta de la barbilla avanzaba o se encogía refugiándose junto a la nuez del cuello, como si el canónigo tuviese una inflamación en las encías y el dolor le obligase a esta maniobra tan semejante a una mueca.

Federico descubría que al lado de una bañera con dos dedos de agua sucia y una esponja flotando y al lado de las facciones de un canónigo respetable, puede tenerse la misma sensación de clínica, puede sentirse las mismas ganas de evasión.

El doctor Claramunt hablaba solo dentro del taxi. Federico le había explicado vagamente de qué se trataba; el señor canónigo, con los ojos clavados en el cogote del chófer, iba soltando palabras que resultaban de una gran vaciedad algo untada de miel.

—*Bueno, bueno, bueno. Conque* el señor marqués. *Bueno, bueno*. ¡El señor marqués! ¡Claro, claro, claro! Sí, sí, sí, naturalmente. ¡Ya lo comprendo, ya lo comprendo! *Bueno, bueno, bueno*. A su edad un disgusto, ¿eh? Una contrariedad, ¿eh? *Bueno, bueno, bueno*… ¡El corazón, claro, el corazón! *Bueno, bueno, bueno*… Sí, sí, ¡aprensivo! ¡Todos los Lloberola son aprensivos! *Bueno, bueno, bueno*.

El señor canónigo se frotaba las manos, como si percibiese un olorcillo a cartas y compañeros para un tute subastado, con esa pizca de concupiscencia blanca y desapasionada propia de los teólogos…

Al señor canónigo, en realidad, aquella inoportuna visita de Federico le había hecho la pascua; él era un hombre metódico y rutinario, y con toda seguridad, de no tratarse de don Tomás, el señor canónigo no habría salido de casa en el momento que destinaba a sus devociones y a la clasificación de sus hierbas, porque el canónigo Claramunt era un botánico de fama. Empezó el estudio de las plantas porque se acercaban más a la idea que él tenía de la castidad, y lo que empezó en un sentido situado entre la moral y el lirismo terminó siendo una auténtica vocación científica con todos los requisitos.

Al llegar al piso de la calle Mallorca, el doctor Claramunt, después de cruzar dos palabras con Leocadia, se introdujo en la habitación del paciente, y Federico pasó al comedor, a fumar un camel y renegar en voz baja.

No renegó solo mucho rato, porque Guillermo acababa de telefonear, y cuando le dijeron que don Tomás no se encontraba muy bien y que el señor canónigo estaba en casa, se fue directo hacia una espiral de humo que se delataba bajo la lámpara central del comedor. Federico, con los codos sobre la mesa y la cabeza escondida entre las manos, dejaba pasar los minutos sin preocuparse de fumar el camel que se consumía solo. Al oír los pasos de su hermano levantó los ojos

y lo miró con gran indiferencia. Guillermo se sacó tres billetes de cien pesetas del bolsillo y los examinó en silencio. Federico, sonriente, con esa sonrisa forzada que adoptamos al despedirnos del dentista que acaba de sacarnos una muela, le dijo a Guillermo:

—¡Parece que estás boyante!

—Sí, un pequeño negocio, poca cosa. Tres billetitos; son azules, de un azul pálido de mes de María. No sé por qué maquillan los billetes de este color tan inocente. Aquí está el rey Felipe II; qué pinta, ¿eh? ¿No te parece que papá, en los retratos de cuando era más joven, se parece a Felipe II? Tiene la misma boca con las mandíbulas salidas y los ojos del que contempla la procesión del Corpus. Si papá hubiese sido Felipe II, ya me habría hecho asesinar como al infante don Carlos. Y a propósito: dice que no se encuentra bien y mosén Claramunt le hace la pelotilla.

—Sí, nos hemos peleado; supongamos que yo tengo la culpa.

—No sé cuándo aprenderás a tratar a papá. ¿No ves que todo es inútil? Él y nosotros no nos entenderemos nunca.

—Te aseguro que si no me obligase la necesidad, a nuestro padre no le dirigiría nunca más ni media palabra.

—Te lo tomas a la tremenda; no os avenís porque sois como dos gotas de agua. Tú eres igual que papá… un poco modernizado, si te empeñas.

—Mira, Guillermo, no me vengas con puñetas.

—Habla bien, hombre, que si mamá te oye…

—Chico, te aseguro que no estoy de humor.

—Pero ¿qué te pasa?

—No te importa. Tampoco podrías hacer nada por mí.

—¡Quién sabe, hombre, quién sabe! Os habéis peleado por cuestión de dinero, ¿no?

—Hombre, es que papá es de una manera que no hay derecho. Le pido que me avale una letra; él no corre ningún riesgo con eso, al menos por ahora; dentro de un año ya veremos. Y se me pone hecho una furia.

—Lo considero muy natural. No sé cómo te atreves a proponerle ciertas cosas.

—No hablo en broma, ¿sabes?

—¡Ni yo tampoco!

—Es que has de comprender, aunque seas un crío, que en la vida hay momentos de gravedad, y yo…

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si no quiere avalar la letra está en su perfecto derecho; pero que si para excusarse me dice que yo soy esto y aquello, y me amenaza con maldecirme…

—¿Y tú haces caso de sus palabras?

—Es que aunque sea mi padre no tiene derecho a decirme estas cosas, y yo no tengo pelos en la lengua y le he cantado las cuarenta. ¡Qué tanta virtud, tanta santidad y tantos…!

—Por Dios, hombre, por Dios, no grites y no digas esas indecencias. Eres muy poco diplomático, hombre. Oh, y además lo matarás. Sí, sí, en una de estas se nos queda frío y entonces aún es peor, porque el fantasma de papá aguanta aún un sinfín de cosas; no sé si te has dado cuenta.

—Pues mira, a mí ya todo me da igual. ¡Que reviente todo!

—Oye, ¿a cuánto asciende esa letra?

—A cincuenta mil pesetas.

—¿Aún encuentras quien te deje cincuenta mil pesetas?

—¡No seas idiota! Naturalmente que me las dejan. La letra me la renovarán, pero quieren la firma de papá.

—¿Y quién es esa persona tan… previsora?

—No le conoces. Es uno de mi mesa de bridge en el Ecuestre.

—¿No se puede saber el nombre?

—Hombre, sí…, es Antonio Mates, el del algodón…

—¿Antonio Mates? Oye, esta sí que es buena… ¡Antonio Mates!

—Pero si no sabes quién es, criatura, si no le conoces. ¿A qué santo estas carcajadas sin ton ni son? Además, es mi amigo, ¡un perfecto caballero!

—Antonio Mates… El que compró el título de barón…, de barón… ¿de qué?

—Sí, hombre, sí, el barón de Falset…

—¿Y con esos cerdos te relacionas?

—Te digo que es una persona decentísima, que me hizo un gran favor; pero, naturalmente, abusé de su generosidad y ahora el chico quiere una garantía.

—Está bien, hombre, está bien. Te felicito por las amistades que tienes.

—Escucha, Guillermo, ¿sabes que eres un cretino?

—Ya lo sabía; pero, mira, ahora hablemos francamente, hablemos como hablan los hombres.

—No adoptes ese tono de suficiencia.

—Federico, supongo que tú no tienes las cincuenta mil pesetas.

—Claro que no.

—Ni las tendrás dentro de un año…

—Es muy posible.

—¿Y papá no quiere saber nada?

—No quiere saber nada.

—¿Y no conoces a nadie para irle con el cuento de la lágrima?

—A nadie.

—¿Entonces qué?

—No lo sé.

—¿Antonio Mates se la envainará?

—¡Qué cándido eres!

—¡Oh, el cándido eres tú, que vas diciendo que es tan caballero y tan amigo tuyo! Suponte que Antonio Mates quiere cobrar, que pasa por encima de tu amistad y por encima de tu mesa de bridge… ¿Crees capaz a Antonio Mates de hacer estas cosas?

—No solo le creo capaz, sino que estoy convencido de que lo hará.

—Entonces, ¿la gran amistad…?

—Hombre, amigo, amigo…, cuando se trata de dinero no hay amigos; además, Antonio Mates no está obligado a nada conmigo; se sintió generoso, tal vez llevaba un exceso de whisky encima; ahora, desde hace una temporada, nuestras relaciones han variado un poco.

—Escucha, Federico: ¿quieres recuperar esa letra firmada por ti? ¿La quieres?

—Hombre, me parece que sin pagar no hay manera.

—¡Qué imbécil eres! Si se tratase de pagar un céntimo no te haría esta pregunta.

—¿Me quieres dar a entender que la robe?

—¿Robar? ¡Qué palabra tan poco elegante!

—Pues no te entiendo.

—A mí tu «gran amigo» me debe una clase de favores que pueden obligarle a un acto de generosidad absoluta, ¿me entiendes?

—Escucha, a mí me gusta jugar limpio.

—¿Jugará limpio Antonio Mates si tú no le pagas?

—No lo sé, pero jugará legalmente.

—¿Aunque tú revientes?

—Dejémoslo correr. Si te quieres divertir, diviértete con otro.

—No me quiero divertir, quiero salvarte, ¿comprendes? Si te sientes «caballero» con Antonio Mates, la deuda se la pagas cuando puedas; pero ahora permíteme que te hable con egoísmo. Soy tan hijo de tu padre como tú, llevo el mismo apellido «ilustre» que tú, y ¿comprendes, Federico?, a mí también me perjudican tus «irregularidades» y que el apellido de los Lloberola esté a merced de un Antonio Mates cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Que a mí me interesa que tú no pagues la letra y que Antonio Mates te la envíe como si te regalase una caja de puros; me interesa no solo por ti, sino por mí, y por papá, y por mis negocios particulares.

—En fin, Guillermo, estás de broma, te aseguro que Antonio Mates no será tan generoso; es imposible, ¿sabes?, es imposible.

—¿Qué te apuestas?

—Mil pesetas.

—Escucha, con una condición: que si pierdo no pagaré, porque no las tengo; pero si gano me las pagarás tú.

—Es una condición un poco imbécil, pero la acepto. ¿Quieres hacerme caso? No hagamos más el animal, porque yo no creo en milagros… ni en tus simplezas…

Mientras los hermanos se entregaban a este diálogo, el canónigo Claramunt dejó oír su voz en el corredor:

—*Bueno, bueno, bueno*; ahora, al reconciliarse con Nuestro Señor, el señor marqués estará más tranquilo; *bueno, bueno, bueno*… Más tranquilo, más tranquilo. No es nada, no es nada, no es nada…, *bueno, bueno, bueno*. Aprensión, un leve disgusto; lástima, lástima que en las familias piadosas…, *bueno, bueno, bueno*…

Federico acompañó al señor canónigo y Guillermo se escabulló hacia su habitación disimuladamente, para evitar las teológicas inconveniencias del doctor Claramunt.

Cuando a Guillermo le entró por la oreja el nombre de Antonio Mates, una especie de arañazo suave, muy voluptuoso y absolutamente canalla, le recorrió la médula. Esta sensación inconfesable la mantuvo Guillermo ante los ojos de su hermano, bajo una sonrisa helada, casi imperceptible. Guillermo había combinado esta ganga de carácter sensorial, que no todo el mundo puede tener, con un sentimiento tierno, noble, de tipo infantil, porque Guillermo, como ya se ha podido notar, no era precisamente una «mala persona» en el sentido estricto de la palabra; solo era un chico débil, amoral, egoísta, sin dignidad; un producto de la degeneración familiar, infeliz en el fondo, y en ciertos momentos capaz de un afecto y de un sentimiento puro y, sobre todo, capaz de esa relación biológica que existe entre los frutos de un mismo árbol.

Se da el caso frecuente de que dos hermanos se tengan indiferencia el uno por el otro, antipatía, incluso odio. Los fratricidios son hechos que se producen con cierta frecuencia; pero todo esto no es obstáculo para que, al mismo tiempo, exista un sentimiento especialísimo que solo se registra en las relaciones fraternales. Es el sentimiento que hace que un hermano ayude al otro y que, en un momento de peligro, anteponga su hermano a todo. Conocemos familias en las que los hermanos no hacen más que ponerse verdes los unos a los otros, las diferencias físicas y morales entre ellos son fortísimas, cada cual encamina su vida por sendas diferentes u opuestas, pero en un momento de peligro verdadero —los peligros de verdad son casi

siempre los que atacan la salud física o la salud económica de las personas; porque ante esto la salud sentimental pasa a un segundo término— los hermanos se encuentran y hacen lo que no harían por nadie; además, a este sacrificio que se hace por un hermano no se le da la importancia del que se hace por un amigo, porque se considera natural, se considera algo de orden biológico, una obligación fatal que tienen entre ellos. Es en esos momentos de peligro cuando la familia, aparentemente disgregada por las circunstancias, se contrae, se convierte en una masa homogénea y defensiva. La reminiscencia de la entraña materna, que ha creado una serie de individuos aparentemente distintos, se hace imperativa, se convierte en una cuerda sólida que liga el corazón de los hermanos para ayudarse mutuamente.

Hemos conocido familias que, después de las más inhumanas peleas, a la hora de una muerte, de una operación difícil, de un desastre económico, han borrado las disputas y los respetos y el amor propio, y un hermano ha estado junto al otro, en una forma y con unas palabras que tal vez sean las únicas íntegramente afectivas y desinteresadas que se produzcan en el mundo, porque, como hemos dicho, no obedecen ni al libre albedrío ni a la simpatía, ni a ninguna clase de gusto sentimental, sino que son un producto meramente biológico y caen dentro de la categoría del instinto de conservación que tienen todos los seres vivos.

No es que Guillermo sintiese por su hermano ninguna clase de afecto; vivía apartado de él, como vivía apartado de sus padres; normalmente eran dos hermanos unidos por la indiferencia. Pero, al oír el nombre de Antonio Mates, Guillermo vio la posibilidad de salvar a su hermano. Es posible que entre las amistades de Guillermo hubiese un muchacho por el que tuviera gran simpatía, pero también es posible que por ese muchacho, suponiendo que se hallase en un caso parecido al de Federico, Guillermo no hubiera visto la posibilidad de salvarle de una manera tan rápida, tan imperativa, tan biológica. Y como en este mundo los buenos sentimientos se mezclan a veces con sentimientos pésimos, Guillermo, junto a la posibilidad de salvar a su hermano, vio la posibilidad de hacer una rufianada. Se trataba de una rufianada de esas que para llevarlas a cabo se necesita una cara durísima; se trataba de un chantaje infecto. Naturalmente, la persona a la que se dirigía el chantaje no era un ser inmaculado, o al menos no lo parecía a ojos de Guillermo; pero, de hecho, la acción que el muchacho se proponía llevar a cabo no dejaba de ser repugnante y, según las circunstancias, incluso peligrosa.

Guillermo, en sus evoluciones por el mundo, había resultado un personaje inofensivo y cobarde, como todos los Lloberola. Las bajezas que se le conocían se habían ido sucediendo por graduación, esa

graduación que produce la desaparición del sentido moral poco a poco, sin dolor, sin esfuerzo, sin reacciones vivas. Guillermo se creía un hombre normal dentro de la medianía desaprensiva de la sociedad que le cobijaba; nunca había hecho un gesto de esos de dar la cara que resultase bien acabado, con un cierto sentido artístico, con un argumento y una *mise en scène* que tuviesen pies y cabeza; en aquel momento se le presentaba la ocasión, y se le presentaba precisamente para salvar a Federico. Claro está que Federico no sospechaba nada y que nunca sabría nada; e incluso la diligencia secreta y misteriosa con la que Guillermo creía que su golpe no podía fallar acababa de dar emoción e interés a la canallada de su proyecto.

Guillermo meditaba el plan encerrado en su habitación. Hizo un delicadísimo trabajo de estrategia. La vanidad y la satisfacción de Guillermo serían apoteósicas cuando viera la cara de su hermano en el momento en que él le «regalase» cincuenta mil pesetas. Las mentiras que tendría que decir Antonio Mates y las mentiras que tendría que decir él para justificarlo todo le llenaban de alegría.

En plenas meditaciones y pensamientos, Guillermo se dio cuenta de que eran las nueve de la noche y que le esperaban a cenar en el Suizo.[24] Y a todo esto, Guillermo aún no había sido capaz de entrar a ver a su padre. Abrió tímidamente la puerta del dormitorio de don Tomás y se lo encontró sentado en la cama, envuelto en una gran toquilla de lana rota y comiéndose la famosa sopa de sémola, más fresco que una rosa.

—¿Qué ocurre, papá? Dicen que no estás bien…

—No, no estoy bien; y me parece que valía la pena…

—Papá, acabo de llegar ahora mismo: tengo que cenar fuera de casa…

—¿Acabas de llegar y ya te vuelves a marchar? ¿Y tu pobre madre qué? ¿Tiene que cenar sola…?

—Es un compromiso…

—Adelante, adelante, haced lo que queráis, hijos míos, haced lo que queráis; mañana lloraréis, mañana lloraréis…

—Si lo hubiese sabido; pero es un compromiso…, ahora quedaría muy mal…

—¡Sí, sí! ¡No te digo yo…! Haz lo que quieras, chico, ¡haz lo que quieras!

—¡Buenas noches, papá…!

Y don Tomás de Lloberola y Serradell, envuelto en aquella toquilla de lana rota, que le daba un aspecto de pobre de las conferencias de san Vicente de Paúl, iba sorbiendo la sopa de sémola metido en la cama de su bisabuelo, una gran cama de caoba y metal dorado de la época del Terror, que llegó de París en diligencia, como aquellas

señoras que se escapaban de la guillotina para ir a parar a la Fonda de las Cuatro Naciones en compañía de alguna bailarina italiana, destinada a la cama del capitán general o a la del presidente de la Audiencia de Barcelona.

Cualquiera pensaría que Guillermo huyó de la sopa, las acelgas y la tortilla familiares para asistir a una juerga de ligas, salsa inglesa y depravación. Pero la cena a la que iba Guillermo era de una normalidad y una honestidad perfectas. Efectivamente, el muchacho cenaba en el Suizo con un matrimonio, y no porque estuviese destinado a colaborar con matrimonios la colaboración siempre había de ser precisamente inconfesable. Él era un abogado joven, amigo de Guillermo de toda la vida; se llamaba Agustín Casals. Agustín Casals era de extracción humilde; su padre, excelente trabajador, había criado a un buen puñado de hijos y les había dado carrera y situación a todos. Ella era una muchacha inteligente que, sin ser ninguna belleza, tenía mucha simpatía y mucha vitalidad. Agustín Casals se ganaba la vida espléndidamente y mantenía un piso montado con gusto y gracia; sus libros estaban bien escogidos; tenía una especie de horror a parecer excéntrico, y su inteligencia, e incluso su modestia natural, le impedían tener ni un pelo de esnob. Bajo su barniz de hombre corriente, Agustín Casals era un chico bastante espiritual y comprensivo, si tenemos en cuenta que la vida le había tratado con cierta dureza, que el campo de sus visiones siempre se había visto limitado por el trabajo, por el noviazgo y por la familia, y que sus conocimientos del mundo no se desperdiciaron en aventuras galantes, ni en viajes, ni en hospitalidades sentimentales demasiado complicadas. Puede decirse que solo conocía a una mujer; porque sus deslices de soltero no le dieron tiempo ni a un mínimo de reflexión, Agustín Casals procuraba leer bastante y enterarse de las cosas cuando pasaba por la calle; pero conservaba una frescura inocente que no intentaba disimular ni le avergonzaba confesar. Sobre algunos aspectos de la vida poseía un criterio primario y cerrado, y con ese optimismo brutal de hombre sano y sin ninguna clase de droga Agustín Casals imponía su criterio a gritos, a carcajadas, o ruborizándose y renegando como un loco.

Agustín Casals sabía perfectamente quién era Guillermo de Lloberola; lo conocía desde niño, y la amistad del muchacho le había producido siempre la impresión de la amistad con el embajador de un país completamente desconocido que se sinceraba en su ambiente.

El mundo de los Lloberola era el mundo más opuesto al de la familia de Agustín Casals; él era hijo de esa Barcelona democrática y menestral presidida por el ahorro de tiempo, el ahorro de espacio, el ahorro de dinero y el ahorro de ropa. El piso en que había nacido era un piso sin ninguna personalidad; su educación, la cocina de su casa,

los zapatos comprados hechos y las camisas de saldos que había llevado siempre, todo, absolutamente todo, había carecido de personalidad, como las monedas de diez céntimos. Agustín Casals había hecho uso del Paralelo,[25] del Tibidabo, de Las Planas,[26] de los baños de San Sebastián,[27] de los cafés de la Rambla y de los prostíbulos corrientes de una manera anónima, como tantos estudiantes, aprendices y empleados que se apellidaban Casals como él y no tenían ningún orgullo de familia ni sabían a ciencia cierta quién era su abuelo. Por eso, en la persona de Guillermo de Lloberola, además de un muchacho de carne y hueso como él, Agustín Casals veía al representante de otra raza. Como Guillermo era un muchacho charlatán, brillante y simpático, a Agustín Casals y, una vez casado, a su mujer más que a él les hacía mucha gracia oírle referir las grandezas y los desastres familiares, sus recuerdos de niño en la casa de la calle Baja de San Pedro, las pintorescas visiones que tenía de la parentela y los rollazos enormes de su padre, referentes a las guerras carlistas y a la Barcelona aristocrática del XIX. Agustín Casals escuchaba las explicaciones de su amigo con ternura, porque, pese a que su sangre no participase en aquel *bric-à-bracrancio*, en sus excursiones de estudiante por los barrios viejos se había detenido más de una vez dentro del patio de una casa de nombre ilustre, y sentía una admiración delicada por ese mundo selecto e inútil que hoy día ha fracasado tristemente y del que era una muestra específica don Tomás de Lloberola.

A la mujer de Agustín Casals, una muchacha sana que vivía satisfecha y enamoradísima de su marido, pero que hablaba de una manera libre y atolondrada, le gustaba la conversación de Guillermo por las cosas que explicaba de algunas señoras muy conocidas del mundo, ocioso y brillante, con las que la mujer de Agustín Casals ni había soñado codearse, aunque, dentro de su posición discreta, era una muchacha fina y de natural nada cursi que habría podido hacer un buen papel donde fuese. Guillermo conocía su punto débil, e inventaba y exageraba, a veces inocentemente, a veces espoleado por sus pretensiones literarias, procurando, sin embargo, no traicionarse nunca, ni explicar con demasiado apasionamiento ciertas cosas acerca de las que Guillermo tenía la experiencia de un profesional.

A Agustín Casals le gustaba invitar a su amigo de vez en cuando a cenar en el Suizo, porque este restaurante, que respira las palmeras y la noble arquitectura de la Plaza Real (actualmente plaza de Francesc Macià), reunía todo el regusto de los estertores de aquella Barcelona que él intentaba descubrir en la piel amoral y débil de Guillermo de Lloberola. El Café Suizo, hoy día un poco abandonado pese a las reformas hechas antes de la guerra, conservaba —y todavía conserva— el aire de los antiguos cafés y restaurantes de tono. Conservaba el

prestigio de una buena cocina y de un servicio que parecía desconocer todavía el comunismo. A Agustín Casals le gustaba comer bien; el gusto por la cocina esmerada era algo que Agustín Casals había descubierto recientemente y, ante un buen plato, le entraba una especie de emoción temblorosa de advenedizo.

La buena cocina formaba parte de su sentimentalismo un tanto literario y de su devoción por la Barcelona antigua. Sabía por Guillermo que por el Café Suizo habían desfilado los buenos *gourmets* enamorados de francesas opulentas que llevaban martirizantes corsés y sombreros con plumas de aves del paraíso, y echarpes larguísimos, hechos de pluma de avestruz teñida de anilina, y que en invierno escondían unas manos pequeñas, llenas de diamantes, dentro de unos manguitos cilíndricos de piel de marta.

Agustín Casals lamentaba que aquel restaurante, tal vez afectado por la crisis o por los gustos de la gente, se hubiese quedado sin la antigua clientela de calaveras flamantes y entretenidas olímpicas. En el momento en que cenaba con su mujer y con Guillermo, el Suizo tenía un aire conventual y pacífico. En las otras mesas había algún extranjero que ya conocía la fama del restaurante antes de llegar a Barcelona, o se sentaba algún señor de los habituales y fieles a la misma mesa; pero todo tenía un aire de día laborable.

Después de cenar, la sobremesa se alargó y se animó; en la conversación de los amigos hubo la natural excitación producida por la bebida, el café y el humo, por esa especie de oasis de felicidad que da la digestión de un buen filete de buey acompañado de un coñac auténtico. Los dos amigos habían iniciado un tema que hacía sonreír y hacer ascos a la señora Casals, lo que no impedía que, de vez en cuando, se metiese en el ajo, en una forma un poco inocente y pretenciosa.

Puede decirse que estaban a la mitad del tema y a la mitad del puro habano; Agustín Casals hablaba con su vitalidad habitual, con su aplomo de hombre sin complicaciones.

—¿Qué quieres que te diga, Lloberola? A mí todo eso me produce cierta risa. Lo que pasa en Barcelona es que hay muchas ganas de hacer el gili; en resumen, mucho cuento. No me harás creer que, entre eso que tú llamas «aristocracia», pasen estas cosas. De hecho aquí no hay aristocracia. Todo tiene un aire encogido de clase media con humos. Imagínate que yo ahora me pongo a hacer el marqués. Haría reír, ¿no?

—No, hombre, no, no te subas a la parra. Lo que yo te decía no tiene nada que ver con la aristocracia. De acuerdo en que todo es clase media, burguesía enriquecida. Si quieres, con un tufillo a borra y a aceite de máquinas que da pena; lo que yo te decía no obedece a ninguna clase de refinamiento ni de decadencia, pero existe. Existe

aquí como en todas partes. A veces son los hombres más insignificantes, más grises, los matrimonios más aparentemente vulgares y decentes.

—No sé qué decirte…, no sé qué decirte… Tú porque tratas un mundo de fulanas y vagos, y nada, hombre, ves visiones. Ahora esto está de moda. Después de la guerra la gente no sabe qué hacer para envilecerse y ser original. Se ha perdido el respeto que antes tenía la gente. Tú lo puedes saber mejor que yo. Todos hemos perdido un poco la vergüenza, porque, sin ir más lejos, ahora hablamos de unas cosas delante de mi mujer que estoy seguro que mi madre ignoró toda la vida, y, probablemente, tu madre también. Eso no es distinción ni nada, es pura imbecilidad.

—¿Quién te habla de distinción? Es un hecho, una lacra, una enfermedad de la época en que vivimos…

—Nada, hombre, nada; literatura imbécil, literatura para gente desengañada como tú.

—¡Chico, te lo tomas a la tremenda! ¡No gritéis tanto! Aquel señor del parche en la mejilla se cree que os estáis peleando y no os quita el ojo de encima. —(Esto, naturalmente, lo dijo la mujer de Agustín Casals.)

—Tú no te metas, ¿entiendes? Déjanos hablar como nos venga en gana. Al fin y al cabo, a nadie le importa de qué hablamos, y después de trabajar todo el santo día me puedo permitir el lujo de gritar un poco. ¿Entendidos? Y, volviendo a lo que decíamos, puedes estar seguro, Lloberola, de que todo eso más que otra cosa es una preocupación literaria. Ahora están de moda Proust y Gide, y esas salvajadas que ha publicado en Madrid el doctor Marañón. Porque habéis leído a Proust queréis descubrir en todas partes lazos misteriosos, sociedades anormales; estoy de acuerdo en que eso existe en Barcelona, como en todas partes, y que hay tantos desgraciados como quieras; son personas que viven a la luz del día, lo llevan pintado en la cara, forman parte de un mundo perfectamente delimitado; pero esos matrimonios, esas combinaciones extrañas, esa gente respetable y respetada…

—Sí, sí, todo eso existe…

—¿Porque lo dicen unos cuantos? ¿Porque lo propaga cierta clase de personas? No, hombre, no; ya es sabido, ¿a quién no le han colgado una historia de esas? Se dice de tanta gente… Pero lo que importa son las pruebas. ¿Lo has visto tú? ¿Te consta positivamente…?

—Hombre, contigo no se puede discutir. Oye, ¿es que no tienes olfato?

—¿Olfato? ¿Por qué?

—Para oler ciertas cosas, para atar cabos, para hacer deducciones.

—Comprende que tengo otras cosas que hacer; he de atar otra clase de cabos. En este mundo piensa mal quien obra mal…

—¿Te das cuenta, te das cuenta de que eres un simple? ¿Te das cuenta de que contigo no se puede discutir?

—Claro, tiene razón Lloberola; además, él lo conoce mejor que tú; conoce a esa gente. —(Esto también lo dijo la señora Casals.)

—¿La oyes? ¡Las mujeres siempre contra el marido! ¿Qué sabes tú lo que conoce Lloberola? Estaría mejor que hicieras como que no escuchas y te callaras…

—No sé por qué…

—Eso es lo de menos; hablemos de otra cosa. Yo te lo contaba, Casals, porque sé que te interesa, porque tienes algo de temperamento de novelista, y lo que me han contado de ese matrimonio es algo sencillamente apabullante.

—¿Pero quién es ese matrimonio?

—Hombre, como puedes suponer, la persona que me lo ha contado es una de las interesadas en el negocio; los nombres se los calla. Tengo fama de tener la lengua larga… Pero me ha jurado que se trata de un matrimonio conocidísimo.

—Pero, en definitiva, ¿qué pasa? Porque aún no lo has explicado con claridad…

—¡Por Dios, Casals! ¿Quieres que te explique todos los detalles? ¿Delante de tu mujer…?

—Te advierto que yo lo he entendido perfectamente. —(Esto también lo dijo la señora Casals, pero ruborizándose un poco.)

—Pues yo no lo he entendido del todo. Es decir, no me cabe en la cabeza…, lo encuentro demasiado desquiciado… ¿Qué decías tú?

—¿Quieres hacérmelo repetir? Están ella, él y un…, llamémosle un alquilado…, no un amigo, ¿entiendes…? Uno que cobra.

—Sí, adelante.

—Pues el marido…, el marido hace un papel digamos pasivo con respecto a su mujer… y activo (si es que se puede llamar activo, porque es un poco complicado) respecto al otro; y el otro y la mujer…, ¿comprendes…?

—Sí, hombre, sí, comprendo…

—Pero lo curioso es que el marido, para hacer esto, necesita la presencia de la mujer…, y la mujer…

—La mujer necesita la presencia del marido…

—¡Ahí está! ¿Qué te parece?

—Me parece una solemne porquería… ¿Y dices que la mujer es una muchacha guapísima?

—Guapísima…, ¡bueno!, eso es lo que me han dicho. Y lo curioso es que ese señor no tiene otra forma de expansión que esta. Quiero

decir que por su cuenta nada…, o sea, que no es de esos anormales vulgares, ¿entiendes…? Sin la presencia de su mujer «legítima» no hay nada que hacer…

—Pero él y su mujer, cuando están solos…

—Tampoco pasa nada…

—¡Todo eso es monstruoso…!

—Monstruoso, naturalmente; quién lo duda…

—Lo que no puedo comprender es que haya una persona que pueda precisar tanto, que lo sepa de buena tinta, que sepa, por ejemplo, que él y su mujer nada…

—Hombre, verás, te lo cuento como me lo han contado; yo no lo he visto, como puedes comprender…

—¿Y el sinvergüenza que se presta a hacer el papelito de tercero?

—Parece ser que en Barcelona hay más de un sinvergüenza de ese tipo…

—Pues se necesita tener un estómago…

—Lo mismo digo yo; se necesita un estómago fenomenal…

Federico estaba convencido de que su hermano era un desgraciado: «¿Qué tipo de relación puede tener Guillermo con Antonio Mates? ¡Ah! ¡Si creo que ni se conocen…! Si yo encontrase la manera de tomarle el número a ese judío… Porque, en definitiva, ¿qué me puede pasar? No pago, ¿y qué? ¿Me meterán en la cárcel? ¿Será tan bestia mi padre como para permitir que su nombre vaya por los juzgados de esa forma? Además, si no pago, Antonio Mates, aunque sea un hijo de p…, no tendrá agallas para proceder contra mí.» Esto iba pensando y diciendo a media voz Federico, después de haber dejado a mosén Claramunt. La escena que había tenido con su padre le interesaba ya poco. No era la primera ni sería la última: «Mi padre es un comediante, un infeliz, un pobre hombre.» Federico pensaba, tal vez para distraerse un poco, en el papel que acababa de representar el señor canónigo. Él tenía una idea arbitraria y peyorativa de los curas por la forma en que los había visto actuar siempre dentro del círculo familiar. El anticlericalismo de Federico era cobarde y vergonzante, como todas sus cosas. Él no se atrevería a confesar a su madre que hacía muchos años que no practicaba, y lo más curioso era que tampoco se atrevía a confesárselo a su mujer. Delante de los hijos, Federico fingía siempre un gran respeto por las cosas religiosas, y en la época de la calle Baja de San Pedro no había hecho ascos a la asistencia a procesiones con uniforme de maestrante, agarrado a la barra del palio. Después se había reído con los amigos, diciendo todo lo que se le había antojado, pero una especie de extraño miedo le había impedido siempre comer una chuleta en viernes de Cuaresma. Tras el fracaso de sus últimos negocios, había perdido un poco más de respeto a su conciencia, hasta formularse ideas que años atrás le hubiera dado miedo concebir. Estaba tan furioso y acorralado, que su impotencia se vengaba en la nariz y en las mejillas de mosén Claramunt. Aquel chapucero decrépito que se le había impuesto desde que tenía uso de razón, le parecía un farsante vil. Se imaginaba la escena del señor canónigo confesando a su padre: «¡Vaya juerga! Mi padre pidiendo la presencia de ese tío por el miedo de ir al infierno, para tranquilizar su conciencia. ¿Y de qué se ha de confesar? ¿De habernos arruinado a todos? ¿De haber sido el mayor egoísta de este mundo? ¿De haber amenazado con maldecirme? ¡Maldecirme! Pero ¿qué se ha creído ese pobre hombre? ¿Que me va a quitar el sueño con su maldición? ¡No quiere avalar una letra y por eso llama al cura! ¡No quiere ayudar a su hijo y por eso necesita al señor canónigo! ¡Tiene miedo de morir! ¡Imbéciles, hipócritas! ¿Para qué quiere el dinero? ¿De quién han de ser sino míos los cuatro cuartos que le quedan? Y ese simplón debe de estar ahora cenando y pensando que

ha hecho algo excepcional. Ha ido a confesar al señor marqués. No, ese simplón es más listo que mi padre; ya sabe lo que se hace, ya… Dormirán tranquilos pensando que han cumplido con la ley de Dios… Dios tiene otras cosas en que ocuparse antes que hacer caso a esos miserables… Y, mientras tanto, su hijo que reviente. Así entienden la religión…»

Es muy posible que la idea que Federico tenía de la religión fuese más pobre que la idea de don Tomás, porque Federico razonaba como un analfabeto contrariado, como un egoísta que no puede salirse con la suya, como un hombre flojo, vanidoso y sin convicciones que se había tragado a su padre y todos los prejuicios religiosos y tradicionales y, cuando le venía en gana, afirmaba que los aristócratas auténticos como él eran de una raza superior y cantaba las excelencias de su familia, hasta llegar a la puerilidad de describir su escudo a una persona a quien le importaban un pito los escudos, y que podía apreciar claramente que Federico de Lloberola era un ser tan vulgar, tan poco distinguido y tan insignificante como cualquier tendero o conductor de tranvía. Federico había prometido a Rosa Trénor que se reunirían antes de cenar, pero tener que ver a aquella mujer le producía una pereza terrible. Es curioso comprobar cómo cambian en veinticuatro horas los hombres inconsistentes que creen ser una figura extraordinaria, y que, de hecho, tienen lo justo para ir nada más que tirando. Federico vivía con el cerebro enjabonado por una espuma quijotesca; minuto a minuto la realidad le demostraba su vulgarísimo fracaso, pero la sangre de los Lloberola servía, si no para otra cosa, para ir creando ilusiones. Un día antes Federico creía en una novela de rebelión flameante y escandalosa. No es que Federico, debido a su vida matrimonial íntima, careciese de motivos para desear cualquier cosa. Pero un hombre corriente hará las locuras que se presenten por gusto o por necesidad, sin que intervenga ningún deber caballeresco. Federico creía que incluso en las locuras, en las bajezas, en lo que la gente llama «malas acciones», tiene que haber el control del deber caballeresco. Para él ese deber consistió en ir a reunirse con la mujer que había sido su amante hacía quince años, porque así, según Federico, la novela tenía un perfume romántico que la desinfectaba del tufillo plebeyo y poco distinguido del vencimiento de una letra que no podía pagar. El recuerdo de las excelencias sexuales de Rosa Trénor el día anterior se hacía cada vez más incandescente; también se le agudizaba el asco por su mujer legítima. El proyecto de una situación rebelde y novelesca de aquel tipo era, aunque parezca paradójico —en un pobre hombre como Federico todo puede parecer paradójico—, lo que exigía la intervención del «deber caballeresco», la espuma jabonosa de Don Quijote que le trastornaba el cerebro. Si Federico hubiera sido un poco más realista, es posible que —en el

supuesto caso de que Rosa Trénor fuera una ganga— hubiera escogido un momento más amable para la reconciliación o la aventura, un momento menos cargado de preocupaciones y de letras vencidas. Pero a Federico eso le hubiera parecido vulgar; la gente más positivamente prosaica e insensible es la más emperrada en revestir sus actos de una trompetería patética y literaria; las porteras son las personas que saben encontrar las palabras más hinchadas y melodramáticas en determinadas circunstancias. Desde muchos puntos de vista, Federico de Lloberola tenía una mentalidad de portera.

De la misma manera que, de pronto, se crea una situación novelesca, esta situación se deshincha y se convierte en una mansa cobardía que va caminando a pie y ya no piensa en caballos legendarios; esto es lo que le sucedía a Federico. Rosa Trénor había constituido una decepción, sin que esto quiera decir que hubiera sido una decepción absoluta; Federico había vuelto y ella dejó que volviera, pero las cosas sucedieron sin entusiasmo. La noche transcurrida, las conversaciones con don Tomás y con su hermano y la visión de mosén Claramunt habían deshecho la novela. Federico vio la inquietud de la letra a través de los ojos de Rosa Trénor; después, apenas si podía ver a Rosa Trénor, y la visión real de la letra de cincuenta mil pesetas era una visión que —tal vez por su mayor proximidad— era más cínica, más tranquila, más resignada; y, además, todavía quedaba la duda de si su hermano Guillermo podía hacer un milagro. Claro que él no creía en el milagro; era como la ilusión puesta en el gordo de Navidad; uno combate esa ilusión como si fuese de las más gratuitas y absurdas, pero de todas maneras uno piensa: «Alguien ha de sacar el gordo; ¡quién sabe! Todo es posible.» Y, naturalmente, la ilusión persiste.

Y Federico de Lloberola, después de dejar a mosén Claramunt, en vez de ir a ver a Rosa Trénor, decidió irse a su casa.

Federico vivía en un piso de la calle Bailén. La escalera apestaba a caldo de gallina, a caliqueño y a cubo de basura; ese tufillo especial de las casas del Ensanche de Barcelona[28] que todo el mundo tolera y de cuyas causas nadie se preocupa; los inquilinos lo constatan cinco o seis veces al día y se quejan a la portera; la portera se queja al administrador; pero no se hace nada. Y al tufillo natural de la escalera se le añade ese tufillo de queja, mal humor, rencor, protesta sin impulso. A veces el tufillo procede del lavadero; a veces, del piso de un alemán que se dedicaba al comercio de drogas o de correas especiales, y el tufillo del piso del alemán se combina con el del sórdido bacalao que hierven los porteros; entonces en la escalera se produce una reacción química que rememora la barba de los caballeros que iban a Tierra Santa o la camisa de dormir de la concubina de un antiguo rey de Castilla. A veces el tufillo proviene de

las almas de los señores del piso principal, que están completamente muertas y echan esa peste a alma muerta con la que ni siquiera los cuervos quieren saber nada.

El piso de Federico tenía todo el aspecto del abandono. Las gentes acostumbradas a vivir con cierta pompa y sin ahorrar, cuando les llega el momento de apretarse el cinturón, sienten una especie de displicencia elegiaca que les ablanda los huesos y se contagia a todo cuanto les rodea; se aposenta en los muebles y en el peinado de las cocineras; se la adivina en las copas descantilladas, en la lámpara del comedor, donde faltan dos bombillas que nadie se preocupa de restituir; en la triste figurilla decorativa con una mano rota, y en la alfombra que va perdiendo el pelo y acaba enseñando las venas y agujereándose. Esta dejadez enseña los dientes cariados y la camisa sucia en las partes más íntimas de la casa, como son el cuarto de baño y el dormitorio. El calentador nunca funciona del todo bien, el agua es insuficiente y las toallas siempre están mojadas. Cuando hay un enfermo y un forastero ha de entrar en el dormitorio, la señora de la casa pasa un calvario para disimular los detalles, las taras de la habitación, el papel que se deshilacha o la silla de asiento estropeado. La escasa corrección del piso se conserva en el saloncito, se procura que todo esté en su sitio y que las señoras visitantes puedan tomar una taza de té con la vista tranquila y no sientan una incomodidad que sería tan negra como la vergüenza de los dueños.

La sensación de dejadez resultaba más triste en el piso de Federico, porque los muebles eran de mal gusto pero de buena calidad, y excesivos para el espacio del piso; el recibidor lo tenía Federico completamente lleno de escudos, e incluso había alguna armadura falsificada, y lo mismo sucedía en el comedor y en la sala; signos heráldicos de grotesco e impropio envaramiento, junto a cromos miserables y pinturas colgadas sin ningún criterio, compradas en cualquier parte a unos precios vergonzosos.

María, la mujer de Federico, era una persona sin iniciativa, quejica, agria, displicente, a la que poco a poco se le había ido contagiando el linfatismo polvoriento de su casa. María vivía fuera de su época; había aceptado todas las modificaciones introducidas por la posguerra en el arreglo de las mujeres; era clienta de buenos peluqueros, de buenas manicuras y masajistas; pero todo lo soportaba sin nervio, sin darse brío, sin considerar que el trabajo realizado por el instituto de belleza, para ser eficaz, necesita una constante colaboración de la persona que allí acude. Al día siguiente de arreglarse las uñas, ya tenía unas manos completamente impresentables. Si se quería maquillar demasiado era peor, porque no tenía ninguna clase de tino. Había perdido el deseo de gustar, de interesar, de crear a su alrededor un aire que tuviese algún atractivo. Las amigas de María afirmaban que eso no era nuevo, que

siempre había sido así, y además aseguraban que era sucia. El mal gusto de María se notaba en que nunca sabía combinar nada que valiese la pena; y, a veces, con un vestido de noche elegante llevaba unos zapatos deformados y viejos, con la piel o la seda raídas por el uso. Como todas las personas abandonadas, María gastaba de una manera absurda. Era incapaz de ahorrar o de sacar provecho a nada. Con los años se le había acentuado un pietismo extraño, que no consistía en ningún fervor religioso ni en una práctica continuada, sino en criticarlo todo y hacer ascos ante todo por cuestiones de decoro y de moral.

María tenía un cabello bonito y un cutis agradable; pese a sus hijos, ya mayorcitos —la niña por entonces había cumplido catorce años—, conservaba una cintura flexible y no necesitaba fajas ni trampas ortopédicas para sostener su busto, algo abundante pero todavía fresco. Con otro temperamento, María hubiera sido una mujer de primera; pero parecía obsesionada en matar todos los efectos, en reducirse, en ser una persona sin el menor *sex-appeal*.

El hecho de haberse emparentado con una familia que no había sabido conservar la riqueza y que le había dilapidado la dote, a María le daba rienda suelta a los instintos de la queja impúdica, del lloriqueo sin motivo. Así como Federico no quería que en sus relaciones se comentase que era un dejado y conservaba infantilmente los humos de los Lloberola y hablaba de miles de pesetas como si fuese un gran señor, María hacía todo lo contrario. Cuando una amiga suya contaba las excelencias de un abrigo, de un frigorífico, de un perro o de un aparato para cascar huevos, María empezaba a lanzar ayes y a poner los ojos en blanco, función seguida de muecas y encogimientos de hombros y siempre del mismo comentario: «¡Dichosa tú! Yo, pobre de mí, no puedo. ¡Con los gastos de casa, imagínate! ¡Hemos de ahorrar! Ahora mismo nos arreglamos solo con una criada. ¡Cuando se ha pasado la desgracia que hemos pasado nosotros!» Si las señoras hablaban de ella, siempre decían «la pobre María». Esta ostentación de su miseria llegaba a extremos de un grotesco irritante. Si en una casa de confianza la recibían en el comedor mientras comían, hacía un comentario a cada plato: «¡Qué espárragos tan preciosos! Claro, vosotros podéis daros este gusto. Hace tiempo que no entran en casa espárragos así. ¡Al precio a que está todo!» A los amigos que comían los espárragos estos comentarios les producían ganas de decirle: «Toma, María, come espárragos y calla.» Naturalmente, eso no solía suceder; pero la pobre familia amiga pasaba un mal rato y acababa comiéndose los espárragos con asco. Cuando la invitaban a una fiesta cualquiera y ella se moría de ganas de ir, solo para hacerse la interesante, lloriqueaba: «Imposible; irán fulana y mengana, y yo no tengo vestido apropiado; tendría que ponerme aquel negro de

georgette, que ya me han visto tres veces.»

Esta manera de conducirse adquiría unos tintes sepulcrales en la intimidad de la familia. La poca maña en evitar cosas evitables, el sadismo en enseñar siempre los remiendos y echárselos en cara a su marido —aunque nunca violentamente, siempre con el escurrimiento de una gata apaleada, con un sonsonete marrullero, agrio y de aparente resignación— convertían a María en una mujer odiosa; si hubiese existido la compensación de los ratos tiernos y apasionados de algo animal y vivo, tal vez algún hombre la hubiera podido considerar medianamente soportable. Pero en la intimidad era fría, de una sensualidad rígida e imperceptible, de un suspirar vengativo y disgustado.

La única persona con la que se avenía era con su madre. La señora Carreres, cargada de dinero y brillantes, parecía como si se deshiciese de voluptuosidad cuando contemplaba el estado precario de su hija y su yerno. Sentía una especie de alegría de mala fe pequeñoburguesa al ver cómo los Lloberola se lo habían pateado todo, incluso la dote de su hija. Cuando se casó María, la señora Carreres se enteró de que los Lloberola fruncían el ceño ante aquel matrimonio y consideraban a los Carreres poco distinguidos. Años después, la madre de María se bañaba en agua de rosas al verse tan llena de vida, tan abdominal, tan bien administrada, en el momento en que Federico de Lloberola se tenía que rebajar a implorar clemencia, a veces por cantidades ridículas. La señora Carreres cultivaba el impudor lacrimógeno de su hija, achuchándola contra la familia de su marido y creando una situación tirantísima. Ya hacía años que los consuegros no se trataban y Federico toleraba a los padres de su mujer por pura necesidad. La señora Carreres, en vez de evitar un poco el contacto y no hacer tan evidente el contraste de fortunas, se pasaba todo el santo día al lado de su hija diciéndole: «¡Pobrecita! ¡Qué desgraciados somos, Dios mío!», y era incapaz de dar un céntimo. A veces, cuando Federico llegaba a casa, se las encontraba a las dos en un rincón del comedor. Cuando él entraba apenas si le decían algo. María bajaba la frente, y la señora Carreres le miraba con unos ojos que parecían a punto de echarse a llorar, moviendo la cabeza con un ritmo de vaca defraudada, de esas que viven clandestinamente dentro de los barrios más superpoblados y pobres de Barcelona. Federico se tragaba todo el brillo viscoso de aquellos ojos de rumiante, y entonces, como si no se diese cuenta de nada, se ponía a explicar grandezas o a contar chismes picantes que sabía ofenderían a la suegra, que paulatinamente iba adoptando un ademán de víctima ácida y blanda, rascándose las mejillas con unas uñitas como de juguete. Federico terminaba por plantarlas, lamentando no poder ser un Lloberola medieval y despótico y no poder permitirse el gusto de emparedarlas vivas a las

dos.

Cuando Federico dejó al señor canónigo y decidió irse a casa, pensaba que hacía más de veinticuatro horas que no había puesto los pies en ella, y que, pese a que las relaciones con su mujer habían llegado últimamente a una frigidez glacial, tenía que decir una mentira y simular una excursión con Bobby para justificar aquella noche fuera de casa; pensaba en que volvería a ver a sus hijos, los mismos manteles y las mismas vinajeras, y es posible que las mismas anémonas de dos días antes, ya en un estado de marchita descomposición, porque, en su dejadez, no sería extraño que su mujer no se hubiese preocupado de cambiar las flores.

Al volver a pensar en la letra y en Antonio Mates, Federico llegaba a la conclusión de que si las cosas se presentaban mal, no le quedaría otra solución que marcharse. Y entonces el Federico novelesco contemplaba aquella noche pasada como un posible preludio de un drama de emigración. Veinticuatro horas antes, su mujer, su familia en bloque, le parecían intolerables; su liberación era Rosa Trénor. Después de dejar al señor canónigo iba husmeando a su familia, desde lejos, con un olfato de patética ternura. Hacía un instante que había hecho salir de sus casillas a su padre con una grosería tabernaria. Después, con su debilidad inconsecuente, Federico llegaba casi a tolerar la idea de que toda la culpa era suya. No todas las cincuenta mil pesetas habían servido para cubrir necesidades imperiosas. Federico sabía muy bien que veinte mil pesetas se las había gastado en una aventura que al principio le obsesionaba, pero que luego le decepcionó, como las otras; eran los días en que su mujer se quejaba porque no se podía comprar un abrigo que solo valía cuatro mil pesetas, y Federico, cobardemente, cometió la vileza de decirle que se había vuelto loca, y que ni pensar en lo del abrigo. María no se enteró y todavía no sabía nada de la letra famosa, porque Federico había puesto un especial cuidado en esconderle todos esos líos, confiado en que la cosa se resolvería favorablemente, y en que Antonio Mates no se opondría a una renovación en las mismas condiciones.

Federico, que en su gran egoísmo de niño mimado siempre encontraba razones para justificarse y hacerse el mártir, también tenía sus momentos de infeliz *mea culpa*, tan exagerados y miserables como sus momentos de suficiencia. En veinticuatro horas, el cambio había sido radical y, a medida que se acercaba a su casa, la idea de emigrar, de abandonar a su familia, de hundir para siempre su nombre ilustre, iba adquiriendo cada vez unos tintes violetas más desesperados.

Hacía un momento se decía: «¡Bah! Aunque Antonio Mates es un hijo de p…, no se atreverá a proceder contra mí.» Adoptaba una posición de cinismo resignado, una posición de quedar a la espera de acontecimientos. Después, no se sabe a ciencia cierta por qué, tal vez

algo que había visto expuesto en una tienda, tal vez una simple anécdota de calle, le habían sugerido un cambio sentimental; en un hombre como Federico las reacciones a veces tienen la causa más absurda. No sabía si debía confesárselo todo a su mujer o si, de una manera vaga, dejaría escapar la idea de un posible viaje, de una situación angustiosa; si obraría fríamente, sin concederle demasiada importancia, o si adoptaría un tono declamatorio, con una actitud entre arrepentida y desesperada. Dependería del humor que tuviese su mujer, dependería de la cena, de las vinajeras, de las anémonas podridas.

Cuando Federico entró, la sopa ya estaba encima de la mesa. María apenas si hizo un comentario sobre la falsa excursión, demostrándole con ello su absoluta falta de interés por todo lo que hacía referencia a él. Federico no podía decir nada delante de sus hijos. A medida que iba engullendo la sopa de mala gana, iba desistiendo de sus proyectos melodramáticos y de sus intentos de confesión. «Con una mujer así no hay nada que hacer», pensaba Federico, mientras María reñía sin motivos a Luis, el menor de sus hijos. «Déjale en paz, mujer, déjale en paz, no le fastidies más», dijo Federico. Entonces María, perdiendo el control y sin hacer caso de la presencia de los niños, empezó uno de sus monólogos de víctima irritada que Federico escuchó sin abrir la boca. Las lágrimas acabaron de quitar el apetito a María, y la cena terminó como el rosario de la aurora.

Federico iba diciendo para sí: «Soy un desgraciado.» Abrió un periódico e hizo como si leyera. En realidad no veía nada. Federico sentía el deseo de huir de aquella casa, no por la letra y el peligro que corría, sino por todo; huir sin dar explicaciones. De nuevo volvía a asumir el papel de víctima. De nuevo Rosa Trénor adquiría el aspecto de una odalisca deslumbrante. La imagen de su padre volvía a presentarse ante sus ojos con todas las lacras de la crueldad, de la repugnancia y la incomprensión. Probablemente Bobby estaría en el Ecuestre; los otros compañeros también estarían allí, como cada noche. Solo le asustaba encontrarse frente a Antonio Mates; pero ¡qué diablos!, aún faltaban dos días para el vencimiento de la letra, y en dos días se pueden hacer muchas cosas. Poco antes pensaba irse a América; después de cenar esta solución le parecía ridícula. Tal vez Bobby, tal vez lo que su orgullo de Lloberola nunca le había permitido realizar, sería más práctico. Poner a prueba la amistad de Bobby…, quién sabe…

Después de cenar, Federico no dijo ni media palabra a su mujer, se cambió de pies a cabeza y huyó de su familia, con un asco y una pena iguales al asco y la pena que le habían causado la cocina de Rosa Trénor, la sucia taza de café y los lengüetazos de la gata espectral…

El abuelo de Concha Pujol había ganado mucho dinero en Cuba, en la época de la trata de negros. En su casa fabricaban velas de barco y eran unas personas muy acreditadas y dignas, de Sant Pol de Mar.[29] El abuelo de Concha dejó las velas y los fogones y formó parte de una compañía explotadora, con unos pocos duros que robó nadie sabe a quién, una pipa, tres camisetas, un cuchillo y una pistola.

Al poco tiempo, el abuelo de Concha Pujol era un personaje conocido en las factorías de la costa de Guinea y en los puertos antillanos. Fue un hombre de suerte. Después cambió el negocio de la piel color café por el café auténtico, tuvo cargos oficiales en las colonias y, cuando era una calavera viviente, con una barba bíblica, se presentó en Barcelona con una mulata a cuestas y se construyó una casa de piedra en la Rambla de Santa Mónica. La mulata se fue expandiendo como una dalia perezosa y ondulante, en las mecedoras de la casa de la Rambla, bajo un peinador de seda mantecosa que dejaba transpirar todo el perfume ultramarino de su piel.

El abuelo Pujol murió de un cáncer en la vejiga de la orina, y dejó un hijo contrahecho y enfermizo que con el tiempo hizo las mil y una, y acabó siendo un señor riquísimo y respetable, gerente de una famosa casa consignataria.

Concha Pujol era hija de aquel señor y de una tal Sofía Guanyabens, procedente de la más gris clase media, la cual murió de sobreparto. Concha Pujol había sido una niña morena, magnífica, con una imponderable piel de fruta y unos ojos fosforescentes de bestia tropical. Toda la familia decía que Concha se parecía a su abuela, aquella mulata que el viejo Pujol trajo a cuestas. Concha tenía un no sé qué de perla perezosa, pero con sus momentos de frenesí. En Sant Pol de Mar, donde su padre había agrandado y hecho confortable la casa de sus abuelos, Concha pasó los veranos de su adolescencia, con noches vaporosas, llenas de estrellas fugaces, perfumadas de vainilla. El señor Pujol conservaba en aquella casa recuerdos del antiguo oficio de la familia y recuerdos de la navegación, los negocios y las costumbres del abuelo. Las horas de pereza de Concha Pujol entre las paredes blancas de la casa de veraneo eran sueños de velas, de estampas de Puerto Rico, de negros con blancos calzones a rayas rojas, a quienes quitaban el sudor de la piel a latigazos, de pájaros que tenían un velo serpenteante, como si tuviesen el vientre lleno de ron; todo un ritmo de agua y de tumba, una sensualidad completamente madrepórica y coralina.

Concha Pujol revolvía libros de impresionantes grabados, diarios de navegación, cartas y retratos de familia; en la playa se dejaba tostar la piel con una paciencia de esclava, se iba a un lugar apartado entre cañas afiladas y sedientas para que no la viese nadie, donde se podía estar casi desnuda sobre la arena y contemplar cómo sus pechos, de

una proporción perfecta, adquirían ese brillo dulce y ambarino del fruto de las palmeras.

El padre de Concha Pujol la tenía medio olvidada, hundido en la opulencia de sus negocios, y Concha, en su adolescencia, no tenía otro control que el de Madame Pasquier, una francesa de Tolón, fea, viciosa y literaria.

Madame Pasquier dejaba que Concha hiciese todas las barbaridades imaginables y contribuyó a despertar su mentalidad de esnob. Concha no sentía ninguna clase de atracción hacia los muchachos de su clase; en cambio, los ojos fosforescentes de Concha lanzaban dolorosas chispas cuando veían a los jóvenes pescadores arrastrar las barcas con las yuntas de bueyes o irse a la pesca de la sardina o a la *encesa*.[30] Concha tenía un corazón de medusa histérica. Hubiera querido que aquellos muchachotes brutales e inofensivos se hubieran arrojado desnudos al mar con un cuchillo en la boca y le hubiesen llevado hasta la arena un monstruo marino, viscoso y fascinante. Concha también hubiera ambicionado otras cosas más, y uno de aquellos muchachos brutales e inofensivos se dio cuenta de esta ambición, al enseñarle su blanca dentadura un día en que «la señorita de los Pujol» se arriesgó a acercarse demasiado a las camisetas favorecidas por el tufo y la sal. Concha se entregó a la democracia privada, y una mala lengua aseguraba que una noche la habían visto revolcarse entre las barcas como un dentón sacado del agua, bajo las expansiones poco refinadas de un muchacho, conocido entre los marineros como «el Mala Jeta».

Pero ninguna de estas cosas se había comprobado; en Sant Pol se comentaban con cierta acidez, y a Barcelona llegaban ya muy diluidas.

Lo cierto es que el señor Pujol se dio cuenta de que el casamiento de su hija era algo tan necesario como el pan que comían todos. Concha, enigmática, con ese dejar hacer tropical que había heredado de su abuela, no protestó en absoluto cuando pidió su mano Antonio Mates, un hombre que tenía veinte años más que ella, pero inmejorable como partido económico y social, ni tampoco cuando tuvo lugar la boda en la barcelonesa iglesia de la Merced, con una pompa barroca e insultante.

Una vez casada, Concha —puede decirse que era casi una niñapasó al primer plano entre las mujeres que en Barcelona tenían un éxito mayor en miradas y suspiros. La señora Mates lograba unos efectos de elegancia original y desconcertante, que solo le caían bien a ella y que otras damas querían imitar, pero sin saber hallar el punto justo ni poseer la piel de Concha, aquella piel ultramarina que era el cómplice insustituible para conseguir lo que Concha conseguía.

Cuando las modistas de más fama querían imponer un sombrero de precio excesivo, utilizaban el argumento de que era un modelo que

había escogido la señora Mates, pero que luego había desdeñado por uno de esos motivos que saben inventar las modistas. Lo mismo sucedía con todo: «Ahora hacemos uno igual para la señora Mates.» «Ahora la señora Mates nos ha encargado tres.» «Ahora vendrá la señora Mates a probárselo.»

No es preciso decir que Concha había sido asediada por la flor y nata de los «castigadores» de altura, como consecuencia de la convivencia con las más dulces panteras, que no creían incompatible el sacramento del matrimonio con la existencia de un macarrón, e incluso de un señor que en un momento determinado pagase una facturita. Pero, pese a lo que había de real y a lo que se inventaba sobre todo esto, nadie había conseguido nada, y era curioso, porque de una mujer de la que de soltera se habían contado leyendas, parecía natural que, una vez casada con un hombre que no estaba como para perder la cabeza, se hubieran podido contar algunas más. La verdad, aunque triste para alguien, era que el matrimonio Mates parecía unido por un misterio anatómico como el de los hermanos siameses y que no había mujer en Barcelona que hiciera más elogios de su marido ni afectase una adhesión más constante al matrimonio que le había tocado en suerte y que, además, lo demostrase. Concha había renunciado al golf porque las obligaciones no permitían que el marido la acompañase, y solo iba algún domingo, de vez en cuando. Igual que al golf, había renunciado a muchas cosas y toleraba ser criticada en este sentido y que otras señoras casadas la considerasen una tonta.

La actitud de Concha era, en el mundo en que vivía, aún más rara y opuesta a la concepción moderna de la «elegancia», si se tiene en cuenta que el matrimonio no había tenido hijos y las tareas maternales, que hacen excusables muchas cosas, no podían aducirse en el caso de Concha. Y lo que se preguntaban algunos hombres maduros aficionados a la cotización del adulterio era lo siguiente: «¿Qué diablos debe ver esta mujer en ese pedazo de desgraciado de Mates?»

«Ese pedazo de desgraciado», barón de Falset por obra y gracia de la Dictadura —porque Mates era oriundo de Falset y había costeado unas escuelas a cuya inauguración había invitado al general Primo de Rivera—, tenía una historia que no se apartaba de la vulgaridad. Antonio Mates era hijo de un trapero y de una mujer que vendía gallinas en el Borne. Cómo el trapero se hizo amigo íntimo del cacique Planas y Casals, y cómo pudo construir dos conventos en la Bonanova[31] sin que su fortuna se resintiese, son cosas que tienen muy poco interés dramático y que en Barcelona tienen una fácil explicación. Antonio Mates era uno de los algodoneros más fuertes. Su padre le había enviado unos cuantos años a Inglaterra y, pese a su complexión poco deportiva, se aseguraba que había sido un buen

jugador de hockey. Antes de la guerra se había hecho famoso en Barcelona por su sombrero color de azufaifa y por un caballito negro que arreaba a todo gas Paseo de Gracia abajo.

Después de casarse, Antonio Mates dejó los caballos y los sombreros y se convirtió en un hombre dulce, apagado, devotísimo y reaccionario, y solo enseñaba los dientes de trapero en su despacho y en los infinitos consejos de administración de los que formaba parte. Escéptico ante la vida y sin convicciones políticas, se inclinó ante la Dictadura como un perro. Alguna tarde iba al Ecuestre a jugar al bridge y cuando tenía sed pedía un Johnnie Walker; eran las dos únicas cosas algo británicas que le habían quedado en la piel, porque si algún domingo, muy raras veces, acompañaba a su mujer al golf, se tumbaba y escuchaba el canto de los pájaros mientras se aburría como una ostra.

El barón de Falset se había levantado, como cada mañana, antes de las nueve, y cuando se hallaba en el cuarto de baño distraído ante el espectáculo de un cuerpo que habría hecho el ridículo en un campo de nudistas, el criado llamó a la puerta.

—Señor barón, un joven desea verle.

—A estas horas no recibo a nadie.

—Dice que se trata de algo muy urgente, que interesa mucho al señor barón.

—Ese joven, ¿cómo se llama?

—Guillermo de Lloberola.

—¿Guillermo de Lloberola? ¡Ah, sí…! Está bien; hazle pasar a la sala; dile que haga el favor de esperar.

Veinte minutos después, Antonio Mates y Guillermo de Lloberola cambiaban los saludos de rigor, y Antonio Mates, al oír la voz de Guillermo, tuvo un instante de pánico, de pánico horrible, que disimuló como pudo. La voz del muchacho le había recordado otra voz; sí, sí, Antonio Mates conocía aquella voz o una que era casi idéntica; recordaba haberla oído recientemente, en un estado de fiebre, embriaguez o sueño, en un momento de contorsión de nervios, de sudor, inconfesable; pero, claro, no era posible. Era una pura casualidad, una de esas similitudes idiotas y sin lógica que uno encuentra en la vida. La figura, el aire del muchacho, también, también daban mala espina al barón de Falset, pero no podía precisar los recuerdos; había tan poca luz y él se encontraba en un estado… No, no, el algodonero era víctima de un pánico gratuito; era imposible, absolutamente imposible. Guillermo de Lloberola, Guillermo de Lloberola… Conocía perfectamente el apellido; la indumentaria y la actitud del joven le tranquilizaron. Había hecho todas estas consideraciones en menos de tres segundos. El pánico ya

había pasado.

—No tengo el gusto de conocer personalmente al señor barón, pero creo que es muy amigo de mi hermano.

—Uno de sus mejores amigos, ya lo creo. ¿Nunca va usted al Ecuestre? ¿No le gusta jugar al bridge?

—No, no señor.

—No vaya usted a creer, yo juego muy poco; se pierde mucho tiempo. ¡Tengo tanto trabajo! Por mi gusto allí me pasaría horas enteras como su hermano. Pero los que hemos de trabajar, comprenda… Y dígame, dígame… ¿Qué le trae a usted por aquí? ¿Le puedo ser útil en algo?

—Le vengo a ver por algo que precisamente afecta a mi hermano; y no se trata solo de mi hermano, sino también de mi pobre padre. Papá está muy delicado; cualquier disgusto puede matarle; ayer mismo nos dio un verdadero susto. Mi hermano Federico es un poco ligero, usted ya le conoce…

—¡Oh, no! Un hombre simpático, elegante, su hermano es un compañero de primera…, de primera…

—Oh, bien, fuera de casa puede resultar simpático… y hasta elegante; usted es muy benévolo y tiene un concepto poco exigente de la elegancia… En fin, comprendo que le hago perder unos minutos preciosos, señor barón; lo que le he de decir me resulta violentísimo; me veo obligado a ello más por mi pobre padre que por él…

—Dígame, dígame; todo lo que dependa de mí…

—Creo que usted tiene en su poder una letra aceptada por mi hermano…

—Pero, perdone, señor mío; del asunto de la letra hablamos anteayer, es decir, me habló él…, es una cuestión entre su hermano y yo…, es un asunto que, francamente, no puedo comprender cómo se interesa usted por él…, cómo su hermano, en fin, le ha revelado a usted…

—Perdóneme, señor barón. Ya le he dicho que mi hermano me importa poco, y que si vengo a su casa es por mi pobre padre…

—Bien, hombre, bien; explíqueme su deseo…

—Simplemente que usted no… exija el aval de mi padre, que mi padre no sepa que Federico… Comprenda: la situación de papá es un poco crítica… Mi padre y Federico viven en una situación bastante tirante…

—Usted es muy joven, señor mío; usted es un crío, y tal vez no sepa el alcance de ciertas cosas… Yo hice un favor a su hermano; me fié de él y de otras dos personas que tenía por buenos amigos; lo que su hermano me ha hecho es algo…, ¿cómo se lo diría…?, muy poco limpio. Su hermano me ha engañado. Yo podría proceder contra él,

¿comprende? No sé cómo le habrá explicado las cosas su hermano, pero la verdad es que la manera de actuar de su hermano puede calificarse de abuso de confianza. Usted, naturalmente, podrá objetarme que no se trata de una cifra astronómica, que ni mi casa ni mi posición particular dependen de esas cincuenta mil pesetas que me debe su hermano. Pero comprenda también que no tengo ninguna obligación de dejarme estafar. Yo conozco la situación de ustedes. Sé perfectamente que las grandezas que su hermano cuenta con toda la cara (y perdone) a sus amigos son una trola; pero también sé que su padre puede responder, sin que ello le cueste la vida, de esas cincuenta mil pesetas, que al fin y al cabo son mías.

—Pero ¿no se podría encontrar otra persona como fiador, alguien que no fuese mi padre…?

—Claro, una persona que me ofreciese garantía; pero eso son cosas de su hermano; usted comprenderá que no voy a ser yo quien le proporcione un avalador en bandeja. ¡Estaríamos frescos, amigo mío! Ustedes, los «aristócratas» de sangre (porque ha de saber que su hermano siempre nos saca a relucir su sangre azul), son un poco tranquilos o un poco distraídos… o, bueno, ya me entiende…

—Pero si mi hermano no encuentra a esa persona…

—Naturalmente, porque nadie se fía de su hermano. Él, muy simpático, mucha broma, muchas amistades a la hora de pagar el champaña; pero en los momentos difíciles, amigo, cómo se lo diría, a la gente le gusta ser realista…

—Pues seamos realistas, señor barón. Es decir, permítame que yo sea algo realista…

—¡No deseo otra cosa, hijo! ¡No deseo otra cosa…!

—Señor barón, creo que usted da una cierta importancia al crédito material y al crédito… moral.

—Naturalmente, al crédito moral; sobre todo al crédito moral. En nombre de ese crédito moral, no tuve inconveniente en dejar esas pesetas a su hermano, en la creencia de que trataba con un caballero y no (perdóneme, comprendo que la palabra es un poco fuerte) con un estafador.

—Exacto, señor barón, con un estafador, le sobra razón. Es decir, no le sobra porque mi hermano todavía no le ha estafado nada, y comprenda que mi padre no lo toleraría, y antes pediría limosna que consentir que alguien pudiera pensar de nosotros que…

—No lo dudo. ¡Nunca he dudado del honor de su padre…!

—Estupendo, señor barón; «crédito moral», «honor». Esas son las cartas que me hacen falta…

—¿Para qué le hacen falta? ¡No le entiendo!

—Se lo diré: para jugar una partida que, lo confieso (usted, que es

aficionado al bridge, se hará cargo), me parece muy dura de pelar. Supongo que usted, señor barón, además de su fortuna aprecia su crédito moral, su honor, su situación inmaculada e invulnerable dentro del mundo del dinero y de las personas decentes. Usted se ha enterado de la posición de mi padre; yo también me he permitido enterarme de la posición de usted. Y le felicito, señor barón: es una posición envidiable. Su conciencia escrupulosa, sus relaciones con gentes de honestidad y capital sólidos. Sus clientes… Esa insignia de perseverante que lleva en el ojal de la solapa…

—Perdone, no comprendo adónde va a parar; no lo comprendo y de paso le advierto que me molesta un poco…

—Lo considero naturalísimo, señor barón. Pero es preciso que antes le haga estas manifestaciones para que podamos ponernos de acuerdo. Usted sabe que en Barcelona, entre un mundo un poco a la buena de Dios, un mundo que vive al día y sin demasiados escrúpulos, y que, además, no tiene nada que perder, ciertas cosas, ciertos vicios…, no tienen ninguna importancia. Pero en el mundo de usted, en el mundo de los prejuicios y el «crédito moral», en el mundo donde hay que conservar clientes a base de golpes de pecho y costear capillas y escuelas, hay cierta clase de escándalos que hacen daño de verdad. Una clase de escándalos que, no sé si me explico, obligan a la víctima a una solución desesperada a veces, casi siempre fatal. Hay cosas que la gente no comprende… o no quiere comprender… ¡La gente es tan hipócrita y tan cruel con el pobre caído! ¡E imagínese cuando ese caído es un señor que tiene mucho que perder!

—Considero que razona usted de una manera admirable. No sé a qué escándalos se refiere, pero, ¡bah!, los supongo; ahora bien, amigo mío, no veo que eso tenga nada que ver con las cincuenta mil pesetas que me debe su hermano…

—Aguarde un poco, señor barón, y contésteme una pregunta, si quiere, claro está…

—Hombre, según de qué se trate.

—Es muy sencillo. ¿Qué le pasaría a usted si se viera envuelto en un escándalo, uno de esos escándalos infamantes? ¿Comprende? ¿Y si, además, se viera envuelto en él como protagonista?

—Óigame, «joven señor de Lloberola». Su pregunta me parece una imbecilidad. ¿Por quién me ha tomado? ¡Es como si me preguntara qué pasaría si en vez de una nariz tuviera cuatro!

—La comparación no la considero justa; la encuentro exagerada. ¡Usted, señor barón, me parece un optimista formidable! Bueno, si no quiere contestar la pregunta, no la conteste. Le dirigiré otra más concreta: ¿qué hacía usted ayer por la tarde, a las seis, en casa de la modista Dorotea Palau?

Antonio Mates había presentido una catástrofe hacia la mitad del diálogo. El rayo de pánico inicial se había repetido en dos o tres palabras de Guillermo; a medida que el muchacho hablaba, el barón de Falset era como uno de esos filántropos que se tienden en un lecho de operaciones y se prestan a una transfusión de sangre; el barón se iba debilitando poco a poco, era una pérdida de calorías morales que, al llegar al punto de la pregunta concreta, adquirió las proporciones de un colapso.

El barón estaba materialmente helado; sintió un pinchazo bestial en la raíz de cada cabello, como si en cada raíz estuviera estratégicamente situado uno de esos parásitos que acostumbran habitar las pilosidades de la gente sucia, y que en un momento preciso todos esos parásitos, al toque de una trompeta imaginaria, hubiesen hundido sus pinzas monstruosas en la piel del señor barón.

Fueron precisos tres segundos para que le volviera la sangre al cerebro e imaginase la respuesta. Una respuesta que soltó sin mucha convicción y con poca esperanza de éxito.

—Oiga, joven, no creo estar obligado a contestarle la pregunta, pero considero que no he de ocultar nada de lo que hago; a las seis de la tarde, en casa de la modista que usted ha citado, acompañaba a mi mujer para la prueba de unos vestidos. Claro que a usted tal vez le parezca ridículo que yo acompañe a mi mujer a la modista, porque los jóvenes, me refiero a los jóvenes de hoy día, no comprenden, a veces, ciertas atenciones que las personas como yo creemos dignas de tener. En fin, considero…

Es evidente que este grotesco comentario de Antonio Mates, este arrastrarse para justificar algo tan sencillo como era acompañar a su mujer a la modista, era un puro producto patológico; en definitiva, el barón no sabía lo que se decía, se hacía un lío, se hundía estúpidamente, porque, aunque no fuera ningún águila, tampoco era tan imbécil. Guillermo pasaba momentos de cruel voluptuosidad escuchando aquellas «teorías» sobre la atención, la comprensión y la incomprensión; pero, como Guillermo tampoco las tenía todas consigo y estaba un poco frenético, cortó en seco los comentarios del barón con estas palabras:

—Permítame, señor barón. No haga más comedia. Le he preguntado qué hacía a las seis de la tarde. No tengo ninguna necesidad de que me lo explique. Sé tan bien como usted, o mejor que usted, todo lo que hacía. Es poco elegante especificar detalles. Usted y yo sabemos perfectamente de qué se trata.

Ahora el barón parecía un boxeador que, abatido en el ring y escuchando: cinco, seis, siete, ocho…, se da cuenta de todo, quiere hacer un esfuerzo para levantarse, pero las piernas le mantienen pegado a la lona.

—¿Le sorprende, señor barón, que le hable con esta seguridad? Solo hay dos personas que puedan saber lo que usted hacía ayer a las seis de la tarde, ¿no es cierto? La señora baronesa y… otro, un…, me da igual el calificativo que usted prefiera aplicarle. Y sobre todo me extraña muchísimo, señor barón, que no se haya dado usted cuenta de que ese «otro» era yo.

Si Antonio Mates hubiera sido un hombre normal, un hombre fisiológicamente como la mayoría de los hombres, tal vez habría reaccionado de una manera orangutanesca, saltando al cuello de aquella criatura cínica, intentando estrangularle, hacer algo, algo viril; pero de sus labios cerrados se escapaba una supuración de triste miseria y, con la mirada baja, las mejillas lívidas, absolutamente idiota, como un mártir dispuesto a recibir bofetadas, el barón de Falset no podía decir nada; tal vez al cabo de unos segundos encontraría el modo de articular palabras; pero de momento era inútil. Guillermo, que se daba perfecta cuenta de todo y se complacía en bordar aquella escena de teatro, se sacó una pistola del bolsillo.

—Señor barón, reconozco que lo que hago con usted es una incalificable canallada. Y le doy una solución para que, si usted quiere, acabe con ella de una vez. Solo ha de disparar; la pistola está a su disposición. Aunque le tiemble el pulso, es casi seguro que acertará a tan poca distancia. Pero considere a lo que se expone. Es difícil justificar un asesinato a estas horas, en esta sala, en estas circunstancias, ¿me entiende? No le aconsejo un suicidio, porque sería grotesco. Además, para suicidarse hacen falta algunas agallas. Hasta ahora, «eso» solo lo sé yo; también lo sabe su mujer y también (no con todos los detalles, naturalmente) Dorotea Palau. Que «eso» no lo sepa nadie más le interesa a usted; a mí también, pero a usted más que a mí. El procedimiento es muy sencillo: se trata de que la letra de cincuenta mil pesetas, aceptada por mi hermano, pase inmediatamente a mi cartera.

Antonio Mates había encontrado la manera de articular palabras. Una manera poco hábil, porque, de hecho, estaba vencido. Tal vez Antonio Mates se hubiera sentido en posesión de cierta dignidad si el que le hacía el chantaje no hubiera sido la misma persona que había «colaborado» en el asunto secreto de casa de la modista, aunque aportase todos los datos para comprometerle; pero el hecho de ser la «misma persona» le producía una vergüenza tan intensa, un desmoronamiento tan inaguantable, que todo lo que dijo Antonio Mates se ha de considerar como un gran mérito, porque su impulso natural era abandonarse a un llanto gutural, a un alarido de bestia. Aunque parezca extraño, Antonio Mates no contaba con esto; le parecía imposible que esto pudiera ocurrir. Ese modo de ver las cosas es perfectamente normal en un hombre como Antonio Mates. Toda

persona que tiene una lacra vergonzosa que le obliga de una forma imperativa a conducirse fuera de lo normal, es víctima de cierta inocencia, porque el deseo es más fuerte que otra cosa y no mide las consecuencias. Cuando alguien le proporciona la manera de satisfacer su anormalidad, por pocas garantías que se le ofrezcan, va enloquecido tras la satisfacción, aunque las garantías sean insuficientes. En esto estriba la inocencia de ciertos anormales; consiste en creer en la buena fe de los demás, sobre todo en la buena fe del cómplice, en hacerse la ilusión de que aquello quedará en secreto. Y a veces aquello se produce en unas circunstancias imprudentes, en unas circunstancias que imposibilitan que el secreto se mantenga; pero el pobre anormal no lo ve. Se entrega, tristemente; pasará por todo, como un niño incapaz de sospechar el peligro. Y cuando se da cuenta de que el secreto no es tal secreto, y se apercibe de la posibilidad de un escándalo y de sus proporciones, el pobre anormal, cuando se llama barón de Falset, se desmoraliza, pierde todo el control, toda la dimensión de hombre. En el caso de Antonio Mates, agravaba la situación la clase de expansiones a las que se había entregado; era su envilecimiento, el envilecimiento de su mujer, una monstruosidad conyugal que no admitía excusa. Antonio Mates se daba cuenta, veía claras todas las consecuencias de ese chantaje. Una persona fuerte, un rufián de verdad, habría podido afrontar las consecuencias, habría podido hacer cincuenta mil cosas, cortar por lo sano, aniquilar al perfecto canalla que se había prestado a un oficio tan vil por trescientas pesetas. Un pirata sabe hacer frente a las ocasiones que se presenten; pero Antonio Mates solo enseñaba los dientes de trapero en las reuniones de los consejos de administración, y en un juego como aquel no podía enseñar otra cosa que la débil dentadura, una inofensiva dentadura de hembra.

—Bien, ¿quiere usted la letra de cincuenta mil pesetas? La quiere, ¿verdad? Suponga que le digo que no me da la gana de dársela. Entonces ¿qué? Usted puede divulgar lo que quiera, tiene mil maneras de hacerlo. ¿Quién le creerá?

—Todo el mundo…

Este «todo el mundo», estas palabras monótonas y graves, pronunciadas por Guillermo con un son de campana lúgubre, habían sido dichas con una fuerza de convicción tan grande que Antonio Mates comprendió realmente que «todo el mundo» lo creería, que «todo el mundo» lo sabría; se imaginó las caras equívocas, las sonrisas delatoras, los susurros a su alrededor; se vio manchado por una lepra especial, como si su ropa despidiera un hedor que no se pudiera disimular. Sin embargo, todavía —de una manera totalmente irracional— encontró estas palabras de audacia:

—¿Y qué?

—¡Usted verá!

—Pero las pruebas, las pruebas…

—¿Qué mejor prueba que mi propia confesión, que mi propio envilecimiento? Cuando un hombre se envilece hasta el punto de explicar lo que yo puedo explicar de usted y de mí, hay que creerle a la fuerza, ¿entiende?, a la fuerza.

Naturalmente, Guillermo dijo eso seguro de que iba a ganar la partida y no tendría que contar nada, e incluso, si era preciso, podía encontrar la fórmula de contarlo sin descender a ciertos detalles.

—Usted, claro…, qué le voy a decir… Usted es un…

—No me diga nada, señor barón, es mejor que lo tratemos como un negocio: las explicaciones serían demasiado enojosas. Yo le ofrezco, y ahora en serio, una garantía absoluta. Al fin y al cabo considero que le sale bastante baratito por cincuenta mil pesetas.

—Yo puedo ser… En fin…, qué sé yo lo que soy, pobre de mí… Pero su cinismo…

—Señor barón, estos comentarios…

—Entonces… ¿Dorotea Palau…? Entonces, ¿qué seguridad…?

—No, Dorotea Palau ha obrado con una buena fe absoluta, se lo juro. Lo mejor, créame, lo digo por su bien…, lo mejor es que usted no haga nada, no se queje de nada, y que Dorotea Palau no se entere de esta escena. ¡Entonces sí que el escándalo sería inevitable!

—Supongamos que le doy la letra. ¿Cómo justifico esta «generosidad» a ojos de su hermano?

—Muy sencillo; de eso me encargo yo… Ah, le advierto que mi hermano es lo suficientemente animal como para no aceptar este favor de usted; tiene mucho «orgullo» mi hermano…

—¿Y entonces qué?

—Entonces le concedo que usted vaya renovando las letras y mi hermano las vaya aceptando hasta el infinito…, pero sin el aval de nadie…, ¿me entiende…?, de nadie…, y, además, supongo que tendrá la amabilidad de no cargarle los intereses…

—Pero ¿me puedo fiar de usted? ¿Usted…?

—Naturalmente, usted sería idiota si se fiara enteramente de mí; pero, por ahora, creo que puede fiarse…

—¿Qué quiere decir por ahora?

—Quiero decir que en cierto modo le tengo en mis manos…

—Ya veremos.

—Lo mejor es no ver nada; no se descomponga, señor barón. Lo mejor es que no veamos nada, créame…

—¿Quiere la letra ahora mismo?

—Si me hace el favor…

Antonio Mates se levantó. Tenía un aspecto, una manera de caminar, que daba pena; a los tres minutos volvió con la famosa letra. Guillermo se la guardó en el billetero.

—Escuche, señor barón, antes de mediodía tendrá usted el borrador de la carta que ha de escribir hoy mismo a mi hermano. No se asuste; será una carta que podrá firmar tranquilamente…

Antonio Mates acompañó hasta la puerta a Guillermo, sin contestar.

—¿No me quiere dar la mano, señor… barón…?

—No sea más cínico… Váyase…

El mismo día en que Guillermo visitó al barón de Falset, Federico recibió una carta que le dejó sin habla. La carta era del propio barón; le trataba de «apreciado amigo», le tuteaba y acababa diciéndole: «un apretón de manos de tu buen amigo». El contenido de la carta era como para perder la cabeza. ¿Era cierto que Guillermo había sido capaz de hacer milagros? Federico no salía de su asombro. En la carta, entre otras cosas, podía leerse lo siguiente: «Una persona que yo suponía pariente tuyo —sin tener el gusto de saber que erais hermanos— me ha venido a hablar de tu situación y de la de vuestra familia. Lamento que no hayas sido lo bastante sincero conmigo y no me hayas contado las dificultades que encontrabas para que tu señor padre avalase la letra; si me hubieras hablado con claridad, ya hubiésemos encontrado otra fórmula de arreglo; es decir, lo hubiéramos arreglado según tu conveniencia. Pero ahora ocurre lo siguiente: entre tu hermano y yo había una cuestión muy importante por liquidar que afecta al negocio de casa. Por unos servicios especialísimos, que nunca agradeceré lo suficiente, tu hermano se había hecho acreedor de mi reconocimiento y de una deuda considerable por mí contraída. Me ha dicho que vivíais un poco distanciados, y que ni tú ni tu señor padre estabais enterados de las relaciones comerciales existentes entre él y yo. Entonces tu hermano, dando pruebas de un altruismo y de un desinterés que tú, como hermano suyo y conociéndole bien, podrás comprender mejor que yo, me ha pedido que, para enjugar parte de mi deuda, le diese la letra aceptada por ti, que si no recuerdo mal vence mañana o pasado mañana, jurándome que su intención era darte una sorpresa y evitarle un disgusto a tu padre; que él te daría la letra y que ya os pondríais de acuerdo después entre vosotros. También me ha insinuado a medias que él te debía grandes favores, que se había enterado de tu apurada situación a última hora, y que las circunstancias habían venido rodadas para que pudiera hacerte objeto de esta amabilidad.

»Al encontrar todo esto muy natural, le he dado la letra y, a petición suya, te he escrito estas líneas.»

Federico iba leyendo sin comprender nada. «Al encontrar todo esto muy natural»; Federico decía: «¿Muy natural? Lo considero completamente misterioso y estrafalario… ¿Qué clase de relaciones puede tener Guillermo con ese idiota? ¿Acaso Guillermo es capaz de ganar algún dinero, de trabajar en algo serio, de hacer algo de provecho? ¿Será auténtica la carta de Antonio Mates? Sería fantástico que todo fuera un enredo de Guillermo.» Federico leía y volvía a leer. Después de la firma, el barón de Falset decía las siguientes palabras: «Te agradeceré con toda el alma que rompas y quemes esta carta.» «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significa? —comentaba Federico—. ¿Que queme la carta? Al fin y al cabo no creo que pueda comprometer a nadie nada de lo que dice.»

La recomendación de «quemar la carta» era una libertad que se había permitido Antonio Mates; lo habla añadido al copiar el borrador que le había enviado Guillermo. Pese a vivir bajo el mayor abatimiento, pese a su anonadado estado de ánimo y a su desconcierto, el barón creyó obrar con prudencia al pedir a Federico que «quemase la carta».

La perplejidad de Federico no tenía límites. El día anterior, después de dejar a mosén Claramunt, cuando pensaba en Antonio Mates, decía para sus adentros: «Si encontrase la manera de hacerle una jugada a ese judío», y al día siguiente «ese judío» le escribía la carta más absurda y más extraña que nunca hubiera podido imaginar; la cobardía y la desconfianza de Federico le insinuaron rápidamente esta idea: «¿Por qué le ha dado la letra? Es decir, ¿desde esta mañana mi hermano está en posesión de una letra aceptada por mí? ¿Qué quiere hacer mi hermano con esa maldita letra? ¡Este muchacho puede ser capaz de una canallada!» En su estado de excitación y sorpresa, Federico no recordaba que entre su hermano y él había una apuesta de mil pesetas, apuesta que Federico había considerado una broma. No recordaba que Guillermo había prometido devolverle la letra. No duraron demasiado las dudas de Federico, porque Guillermo había calculado el tiempo, absolutamente confiado en el estado de dócil postración en el que había dejado a Antonio Mates. Y en el instante en que Federico empezaba a inquietarse, Guillermo llamó a la puerta de su casa y rápidamente entre los dos hermanos se suscitó este diálogo:

—Pero, Guillermo, ¿qué significa esto?

—Significa que he ganado la apuesta. Aquí tienes la letra…

—Pero ¿qué clase de relaciones tienes tú con Antonio Mates?

—Eso no te importa. Rompe la letra y ya no debes ni un céntimo a nadie. Es decir, ya no debes esas cincuenta mil pesetas al señor barón de Falset.

Federico, después de coger la letra que Guillermo le devolvía, añadió con un aire de Lloberola ofendido:

—Pero tú comprenderás que yo no puedo aceptar…

—¿Qué es lo que no puedes aceptar? Veamos: Antonio Mates, para «pagarme» unos servicios que me debe, me traspasa un crédito que tiene contra ti, y yo, en vez de hacer efectivo el crédito, te lo perdono, te regalo el dinero. ¿Qué es lo que no puedes aceptar? ¿Tener un hermano tan generoso?

—No sé qué decirte. Todo esto lo veo extrañísimo. Querría saber qué clase de servicios son los que te ha de pagar…

—Escucha, Federico. Tengo treinta y un años, ¿sabes? Quiero decir que ya soy mayorcito y que no te has de meter para nada en mis negocios. Yo no te pregunto qué haces, qué comes, si pierdes o ganas jugando, si vas a pedirle dinero a tu suegra…

—Está bien; pero yo a ti te debo cincuenta mil pesetas. Eso es evidente…

—Tal vez sí… Pero no te has de preocupar en absoluto para devolvérmelas… Yo no te haré aceptar ninguna letra. Y me parece que en vez de adoptar ese tono doctoral, sería más conveniente que me dieras las gracias. Si lo consideramos, creo que te he sacado de un compromiso bastante desagradable…

Federico Lloberola no estaba muy convencido. ¿Qué misterio podía haber allí? ¿Su hermano era capaz de una canallada especialísima? Conocía a Guillermo; sabía que era un vicioso inofensivo, buen chico en el fondo, incapaz de algo deshonroso, de algo que tuviera que ver con el Código Penal. Pero ¿por qué ni Antonio Mates, en su carta, ni Guillermo se explicaban con la suficiente claridad?

Por otra parte, Federico se veía salvado. Aquella letra era auténtica, la que él aceptó. La carta de Antonio Mates, también. Se deshacían las angustias de un montón de meses; desaparecían de su cabeza las tenebrosas novelas de aventuras; y su salvador era su hermano Guillermo: así pues, cediendo Federico a su cobardía natural, a su modo parasitario y egoísta de comportarse ante todas las cosas de la vida, una vez con la letra en las manos, una vez en posesión de la carta de Antonio Mates, que justificaba, tan misteriosamente como se quiera, los hechos, pero en definitiva los justificaba, decidió no preocuparse más, fingir que todo lo encontraba «muy natural», como el barón de Falset, y cogiendo a su hermano por el brazo dijo:

—No lo entiendo, chico. Me parece estar soñando. Es como si me hubiera tocado la lotería, sí, algo así. Guillermo, te juro que toda la vida recordaré el gran favor que me has hecho…

—Te digo que no vale la pena. ¿Tienes la carta del barón?

—Sí, está ahí encima…

Guillermo leyó la carta minuciosamente. Constató que el barón de Falset se había portado como un hombre; pero al final frunció el ceño:

«¿Qué significa eso de que queme la carta?», pensó Guillermo; y entonces se le ocurrió una idea de auténtico cabrito: Guillermo consideró que había sido un imbécil al molestarse tanto únicamente por hacer un favor a su hermano; claro está que él no renunciaba a explotar al barón; pero la carta dirigida a Federico simplificaría muchas cosas; en el caso de que Guillermo intentase nuevos ataques, evitaría que en el chantaje él debiera representar un papel excesivamente «personal». Guillermo pensaba: «Ese solemne puerco debe de haberse visto completamente perdido; verdaderamente no debe de saber lo que se hace, porque un hombre con dos dedos de frente no hubiera cometido la estupidez de firmar esta carta y añadir la recomendación de que sea quemada.» Al considerar estas cosas, Guillermo miró a su hermano y le dijo en tono de queja:

—Bien, Federico, muy agradecido, ¿verdad? Pero ¿y la apuesta?

—¿Qué quieres decir?

—Las mil pesetas que me debes…, las de la apuesta de ayer. Mejor dicho, no me las des las mil pesetas; me conformo con la carta de Antonio Mates…

—Imposible. No te puedes quedar la carta.

—No entiendo por qué.

—Hombre, ya ves lo que me recomienda; lee aquí, al final…

—«Te agradeceré con toda el alma que rompas y quemes esta carta.» Bien, ¿y qué?

—Que mi deber es quemar la carta…

—Eso es muy discutible. Dice «te lo agradecerá con toda el alma», nada más. Te lo agradecerá, pero no te lo exige…

—Hombre, me parece claro… Además, ¿para qué la necesitas…?

—No sé. Me hace gracia…

—Guillermo, todo esto es muy extraño…

—¿Otra vez? ¡Qué merluzo eres! Mira, me quedo la carta y no se hable más del asunto: lo peor que nos puede ocurrir es que él «no te lo agradezca con toda el alma».

Guillermo se quedó la carta, y Federico no insistió más; tenía el convencimiento de que era cómplice de algo muy turbio. Su hermano adquiría ante sus ojos un aspecto desconcertante. Federico no insistió más y se encogió de hombros. Ya hemos dicho que los Lloberola eran débiles y cobardes.

Los Xuclá procedían de familia judía. Los antepasados de Bobby movían una barbita de pelos de cabra y unas uñas finas, sucias y comerciales en aquel barrio de Barcelona que todavía hoy se llama El Call.[32] Pero estos judíos barceloneses, ya en el siglo XVIII, eran considerados personas honorables y medio ennoblecidas, y las alianzas

matrimoniales les inyectaron sangre de la mejor calidad. El padre de Bobby había sido uno de los hombres más elegantes y calaveras de Barcelona, y pese a esto, en vez de perder el patrimonio, sacó gran provecho de los últimos contactos coloniales. Su relación con los Momilles, los Arnús, los Girona y otras familias que entonces cortaban el bacalao comercial, y el hecho de ser el señor Xuclá un hombre vivo, diligente, de mucho mundo y mucha gramática parda le proporcionó una situación sólida y brillantísima, que iba ensanchándose paulatinamente y adquiriendo cada día más prestigio. Junto a la personalidad bancaria del viejo Xuclá, ávida y rapaz, pero barnizada de una flexibilidad generosa, convivía su personalidad galante. El arte del viejo Xuclá era el de saber nadar y guardar la ropa y conseguir que las aventuras y los escándalos nunca comprometiesen el negocio y fueran considerados por sus amigos a veces con admiración y siempre con condescendencia. El viejo Xuclá murió de un empacho de trabajo, erotismo, audiciones de sinfonías y regalos de brillantes.

Algunos consideraron a su viuda como una víctima. Se compadecía a «la pobre Pilar» porque tanta riqueza y tanta elegancia no le compensaban que el marido saliese cada mes con una nueva adquisición, extraída de un ambiente prostibulario, y la inundase materialmente de perlas, y tampoco le compensaban aquellas largas estancias del banquero en Viena, en las que, con el pretexto de los negocios, hacía correr la pólvora de su temperamento entre un violín agitanado y una rosa de Bulgaria.

El viejo Xuclá vivió en plena época del vals y las patillas cuadradas, y por eso, cuando estaba en París, tenía el corazón en Viena, porque allí las mujeres eran más altas, más blancas, más rubias, más animales, tenían la risa más fácil y un sexo más primario y, sobre todo, eran unas pieles líricas y dóciles, debido a la costumbre de ser brutalizadas por el brillo despótico de militares y campesinos.

En verdad, a «la pobre Pilar» todo esto le importaba un comino; además, ella nunca había querido a su marido, y le resultaba más agradable tener a su lado a un calavera pomposo y espiritual, que por otra parte la colmaba de atenciones, que habérselas con un Tomás de Lloberola reaccionario, cargado de egoísmo e incomprensión, que entre procesiones y trisagios le hubiera dado una vida pésima.

Pilar de Romaní y de Miralles era la hija menor de los condes de Sallent; rechazó una boda madrileña que le proponía la familia con un sobrino de los Medinaceli, porque el novio, además de ser castellano, era soso y tenía los dientes verdes. Después de otros tres o cuatro pretendientes, se decidió, con gran contrariedad de sus padres, por el banquero Xuclá, ya un poco maduro, porque este tronera conocía el perfecto uso de las gardenias y de las frases picantes. El hecho de preferir a un hombre de ascendencia semítica representaba en Pilar —

por entonces la criatura más hermosa y fina de Barcelona— un gesto de su temperamento especial opuesto a la tónica de la familia. Los condes de Sallent tenían —como sus primos, los Lloberola— la sórdida vanidad de lo azul de su sangre; querían por yernos a tipos reumáticos con corazón de conejo poco peligroso y fieles a la tradición; si pescaban un título aragonés o castellano, mucho mejor, aunque por medio hubiese algo de sífilis. En cambio, Pilar era una jovencita original, delicadamente anárquica, y por uno de esos milagros biológicos que nunca pueden entenderse, la hija de los condes de Sallent salió con personalidad propia, una personalidad barcelonesa anterior a la Exposición del 88, sensible a los olores coloniales, al aceite de las fábricas, a la eficacia de las hilaturas de algodón y a las comedias de Pitarra.[33] De niña sufrió severos castigos de su madre por la manía de hablar siempre en catalán, que era la lengua de la cocinera, del cochero que preparaba los caballos de casa y de los poetas que se reunían en el Café Suizo.

Pilar tenía una mentalidad democrática y, sin que ella se diera cuenta, su corazón colaboraba en el aire de renacimiento que en aquella época se acentuaba cada día más en Barcelona.

Al casarse con el banquero Xuclá, la personalidad de Pilar se fue afinando, se fue delimitando poco a poco. A su barcelonismo tradicional y popular se unía una elegancia natural y una belleza perfecta. Pilar era la señora menos afectada y más sencilla que se pueda pedir. Pilar oponía la desvergüenza de una naricilla respingona de modistilla y una risa que venía de los carros de verduras y de los calzones rojos de los soldados, a aquella aridez timorata representada por los armarios negros, las cómodas lúgubres, el polisón, la falta de higiene, los capirotes, el provincianismo y todas las otras características que convirtieron a la aristocracia catalana de final de siglo en una especie de arrabal reaccionario y apolillado del Madrid de la Restauración.

Una vez casada, no tardó en presentarse una situación de correcta frialdad dentro del matrimonio. El banquero Xuclá estaba muy satisfecho de su mujer porque era inteligente, decorativa y la persona más deslumbrante de Barcelona; pero el banquero Xuclá tenía otra clase de gustos, y su temperamento polígamo le conducía a la caza de la perdiz fresca. Pilar se rodeó de un mundo heterogéneo y sentía un gran desprecio por las relaciones de su familia. Pese a que en las grandes fiestas tenía que estar fatalmente en primer término, y hacía respetar su puesto, sus burlas y su manera de hablar desaprensiva escandalizaron a un sector de las relaciones de los condes de Sallent, y empezó a correr la voz de que Pilar era una casada alegre. Otra parte del sector aristocrático mantenía firmemente la creencia en la austeridad de las costumbres de Pilar; aquel sector era el que la

compadecía, el que decía «pobre Pilar» y acusaba a su marido de las mayores bajezas.

En los comentarios opuestos había, como siempre, una parte de verdad y mucha de mentira. Entre los detractores, alguna marquesa momificada e imposible afirmaba que Pilar Xuclá era peor que una *cocotte*, que no le bastaba con una docena de amantes, y que su marido hacía muy bien en buscar distracciones. Todo esto era exagerado; Pilar no se andaba con escrúpulos como otras señoras; en su casa de la calle Ancha había invitado a comer a artistas de teatro, y sobre todo había sido bastante amiga de una bailarina que había actuado en dos temporadas del Liceo, famosa por su impudor y por un chantaje del que había hecho objeto a un príncipe de la Casa de Orleáns. El día en que la bailarina actuó en los salones de Pilar, ante un público escogido, en muchas familias de Barcelona se produjo un pánico como los de la Bolsa. El escándalo fue sublime. Todavía hoy algunas personas lo recuerdan. Los condes de Sallent hicieron como si no se hubieran enterado de nada para no tener que reñir definitivamente con su hija; para evitar comentarios se pasaron cuatro meses fuera de Barcelona.

Pilar aguantó con firmeza. Tres señoras, de las más principales de por entonces, tuvieron una conferencia para decidir si la volverían a recibir en su casa. Esta conferencia —según personas que también la recuerdan— parece ser que batió el récord de la ferocidad femenina. Las tres damas fracasaron; Pilar era demasiado bonita, demasiado brillante; su marido tenía demasiado dinero y estaba demasiado ligado a los intereses de muchos detractores. Bastó con que la señora Xuclá exhibiese un gran abrigo de armiño para que las lenguas femeninas se dedicasen al abrigo y olvidasen las ligerezas de la persona que lo llevaba.

De todos los deslices atribuidos a Pilar, parece ser que solo hubo algo con el pintor Sebastián Ripoll. Este pintor, amigo y discípulo de Martí i Alsina,[34] que murió podrido por la miseria en París cuando Ramón Casas y Santiago Rusiñol fueron a descubrir Montmartre, era el hombre que poseía la barba negra más excitante de Barcelona en la época de la juventud de Pilar. Sebastián Ripoll, apartado de la bohemia, hijo de un fabricante, amigo de coristas opulentas y de desocupados con gustos artísticos, tenía siempre un plato puesto en ciertas mesas privilegiadas y una silla en las peñas de club en las que se exageraba todo con los comentarios de moda.

Sebastián Ripoll era un pintor fácil y agradable, a la medida del gusto burgués de por entonces; pintaba pierrots, pobres, odaliscas y retratos de encargo, en los que disolvía la carne con caramelo y los blusones con tinta de calamar, y dejaba escapar, entre labios y ojos, cierta gracia declamatoria que, todavía hoy, colgada en las paredes,

no es del todo abominable.

Sebastián Ripoll, aparte de los pinceles y de una infantil vanidad erótica, era un hombre delicado y vital, y Pilar lo escogió entre sus amigos como el dictador artístico de la casa. El banquero le regalaba unos habanos de día de fiesta, y el pintor Ripoll aseguraba que en la calle Ancha era donde se hacía el café más espeso de Barcelona y donde una señora sabía ser tiernamente espiritual, con un trato sabroso de pimienta y canela, sin hacer aspavientos a veces ante el ajo más auténtico del país.

Pilar y Sebastián vivieron una novela corta, en la que no puede decirse que intervinieran exclusivamente las alcobas, los edredones y la fisiología. El banquero casi no se inmutó ante esta novela; había una comprensiva independencia dentro del matrimonio, y él siguió tratando al pintor con esplendidez. Y cuando cruzaba la frontera, no le quitaba ni una hora de sueño el pensar que sus mejores amigos, con una caña de horchata pegada a los labios o un clavel ante las narices, afirmaban categóricamente que su mujer le ponía los cuernos.

El banquero Xuclá había heredado de sus antepasados un buen cutis hebraico y tenía unas ideas muy claras e inteligentes sobre el honor viril. Pilar estaba de acuerdo con las ideas de su marido, pero procuraba no abusar, y no precisamente por respeto a aquella especie de sátiro enguantado y fantasioso, sino porque Pilar, hija del siglo XIX, aún creía que una señora que se preciara de serlo no podía perder el corpiño en cualquier sitio, como una carnicera de las que volvían de Montjuïc la tarde del Miércoles de Ceniza.[35]

Se conserva un cuadro de la Pilar de entonces, obra del pintor Ripoll, en casa del coleccionista D. Separando de la pintura la parte de pasión personal que puso el hombre de la barba negra, y contemplada la tela incluso con una pizca de escepticismo, no se puede evitar el sentir el perfume de una Barcelona extinguida que llega al corazón de los que saben apreciar estas cosas. En este retrato, Pilar está de pie, con una sonriente inmovilidad de Juno; el escote le deja desnudos los brazos y descubre un generoso triángulo de piel bajo la garganta; la falda, de cola larguísima y avolantada, es de satén malva y se ciñe delicadamente a las caderas y a los muslos. Lleva los guantes, de una blancura de hueso pulimentado, hasta más arriba del codo, y dos dedos de la mano derecha sostienen un antifaz de seda. En un sofá, colocado estratégicamente, yacen un dominó de plata y un gran ramo de camelias rodeado de un envoltorio de papel adornado.

El pintor Ripoll grabó en el rostro las ansias de su ambición, hasta hacer salir sangre de los labios más académicos; la nariz, ligeramente afilada y respingona, todavía parece respirar el sudor y las esencias de una mascarada, y en los ojos solo se ve una gran discreción escondiéndose en las verdes pupilas, de un verde grisáceo

impenetrable como el lomo viscoso de los rodaballos, y el cabello, entre oro y ceniza, tiene un algo de temporal y de musgo de roca, algo de romanticismo geológico que nos hace pensar en los versos de *La Atlántida*.[36]

Pero esta Pilar Romaní del cuadro es muy anterior a los hechos iniciales de la historia que contamos. Cuando Bobby acompañaba a Federico a casa de Mado, la viuda Xuclá era una señora que había rebasado la setentena; ella y Bobby, el único hijo que tuvo del banquero semita, todavía vivían en la casa de la calle Ancha.

A la viuda Xuclá, en su vejez, le había salido la intransigencia de casta ante el materialismo y la falta de control del mundo elegante de Barcelona. Esta señora, que en su juventud escandalizaba por su gesto democrático y una pizca desgarrado, al darse cuenta del desquiciamiento de principios que afectaba a las bellezas de última hora, esgrimía la rigidez de su tiempo, de la que, en parte, ella había sido una víctima. Pilar Romaní se indignaba, y no precisamente en el tono en que lo hubiera hecho una dama del talante de Leocadia, sino en el de una gata vieja de vuelta de todo, pero que exigía cierta corrección y cierta dignidad incluso en las cosas inconfesables; como cuando le decían que fulana tenía por macarra a un hortera sin otro mérito que el de hacer un poco de bíceps en el Club Náutico; o cuando le explicaban que la señora R. ponía en ridículo a su marido de palabra y obra ante un grupo de muchachos en el golf; o que otra iba a un *meublé* de la Diagonal en taxi; o que la baronesa de T., aprovechando la tramitación de su divorcio, comparecía en un cabaret en el que solo había putas y algún inexperto matrimonio provinciano. Si bien ella no había tenido prejuicios y no se preocupó demasiado de la moral de su época, tuvo mucho cuidado en hacer según qué cosas, e incluso en sus vicios y ligerezas, Pilar Romaní procuró revestirlo todo de una gasa romántica, de una delicada sombra de poesía y distinción. Si ella y el pintor Ripoll habían dado que hablar, el pintor Ripoll no era una pasión vulgar, y Pilar Romaní supo bordar en sus relaciones las letras de una novela sentimental y mentolada. Cuando hablaba de algunas damas jóvenes desaprensivas, la viuda Xuclá usaba un lenguaje pintoresco muy suyo, un lenguaje bastante crudo, que con el tiempo se le había agriado, y alguna frase pronunciada por Pilar se repartía luego por media docena de caminos y se hacían comentarios, se soltaba la risotada entre hombres, se le sacaba todo el jugo y llegaba fatalmente a oídos de la interesada. A espaldas de Pilar Romaní, se calificaba su humor de «rabietas de vejestorio vicioso»; pero nadie se atrevía a plantarle cara.

Con el tiempo, la viuda Xuclá dejó las visitas y las reuniones e iba a muy pocas casas. Una de las pocas que visitaba de vez en cuando era la de Hortensia Portell. Si esta dama daba una fiesta, se esperaba la

presencia de Pilar Romaní; cuando entraba tenía aires de reina, y todas las señoras le cedían sitio; la pinchaban, la incitaban a hablar; algunas veces se mostraba reservada y fúnebre y fingía permanecer sorda a ciertas conversaciones demasiado libres; otras veces estaba de un humor fresco y se dedicaba a morder de una manera fina y eficaz, como los hurones. La viuda Xuclá siempre iba vestida de forma algo pasada de moda, con tonos tal vez demasiado claros y demasiado llamativos para una señora de su edad. Era alta y fuerte; nadie hubiera adivinado la edad que tenía; parecía un magnífico ejemplar, y sus facciones arrugadas y marchitas todavía se rebelaban contra la senectud para demostrar las reminiscencias de una gran belleza.

La viuda Xuclá iba al salón de Hortensia Portell, ante todo, por una simpatía especial que sentía por aquella dama gordita y esnob, y porque entre el conjunto de elegancias vulgares descubría a algún hombre inteligente, algún personaje triste y escéptico, sin pretensiones, con el que le gustaba hablar largo rato y enterarse de cosas del país que tuvieran algo de espíritu y no poco de gracia. Porque ella no se enteraba de nada directamente, ni leía periódicos ni libros nuevos; vivía de sus recuerdos. Todo el arte y toda la literatura se acabaron para ella antes de la guerra de Cuba, cuando invitaba a su casa de la calle Ancha a la gente más sensible de entonces: Pilar Romaní opinaba que la flor y nata ya se había terminado, que los literatos escribían para que no les entendiese nadie, que la pintura moderna —el concepto que tenía de la pintura moderna era más original que ella misma— era insoportable; que los pintores se empeñaban en afear la vida y en deformar la gracia de las cosas.

De algunas damas jóvenes criticaba la falta de interés y de gusto, la ignorancia absoluta, su precaria iniciativa, que se dejasen llevar por la corriente y la moda sin poner ni una gota de su personalidad; criticaba la moral acobardada de estas y el impudor injustificado de aquellas, y lo que le producía más asco eran el esnobismo y las modas americanas. Se lamentaba de la falta de carácter y de la mezcla que se había operado en Barcelona. Las grandes casas de modas y las marcas de automóviles lo habían igualado todo. Pilar Romaní se hacía cruces al pensar que una mujer que nadie sabía de dónde había salido, por el hecho de poseer un Hispano magnífico, fuese invitada a comer y a cenar en casa de las hijas de aquellas aristócratas rancias que a ella la habían puesto de vuelta y media.

La viuda Xuclá hallaba una complacencia especial en el hecho de ir sola; muchas mañanas salía con su chófer y marchaba carretera adelante hasta encontrar un lugar adecuado donde, con la ayuda de las gafas, poder continuar un suéter para la hija de los porteros o para alguien que trabajaba en su casa; porque la viuda Xuclá se interesaba enormemente por las personas de condición humilde; le gustaba

hablar con los operarios y con los criados, y se pasaba horas y horas con la gente del campo, en verano. Era espléndida y generosa como nadie, y con cuatro lágrimas le sacaban lo que querían.

Sus verdaderas amistades eran contadísimas; salía bastante con otra señora de su época, parienta lejana de ella. Esta dama era la marquesa de Descatllar, más ácida, más encastada y absolutamente escandalosa. Hacía años que la marquesa vivía separada de su marido, y de ella sí puede decirse que no se trataba con nadie. Pilar Romaní la defendía siempre entre sus amistades, y afirmaba que había sido muy desgraciada y que era una gran señora. La marquesa tenía la piel morena y unas facciones duras y viriles. Iba con los ojos entornados como si todo le diera rabia o asco. Fueran cuales fueran los derroteros de la moda, siempre le colgaba sobre la frente un montón de plumas de ave del paraíso teñidas de negro, que parecían arrancadas de la cofia de un caníbal importante. Se contaban de la marquesa vergonzosos contactos con gente brutal y de la más baja condición. Muchas tardes se iba con el chófer y el criado al Paralelo a ver espectáculos acanallados o revistas donde se exhibía mucha piel desnuda; generalmente permanecía medio escondida en un palco del primer piso. Pilar Romaní la acompañaba algunas tardes a estas excursiones teatrales. Les gustaba mucho el vodevil catalán, cuando salían a escena camas y calzoncillos.

La marquesa tenía un aspecto mágico, vista desde lejos. En la época en que por el Paseo de Gracia solo corrían coches de dos caballos, la marquesa, oscura y solitaria dentro de su berlina descubierta, contrastaba con las entretenidas de color crema pálido, verde de legumbre o azul turquesa, que reían estúpidamente bajo un sombrero colosal, acompañadas de un perro, probablemente robado de un cuadro de Van Dyck.

En pleno verano, la marquesa de Descatllar y Pilar Romaní cruzaban juntas la frontera. Unos años se instalaban en Marienbad, pero, después, cuando fueron envejeciendo, encontraron demasiado largo el viaje y no pasaban de Luchón, o se dejaban caer unos días en Biarritz.

En la playa, las dos damas se reían de las modas y costumbres femeninas, de la ausencia de pecho y de las nalgas languidecientes. Les parecía absurda la manía de convertir la piel en un producto que recordaba la semilla de cacao y los muebles de jacaranda. Las dos damas se pasaban horas y horas en la terraza, protegidas por una sombrilla estridente y anacrónica, y con la ayuda de unos impertinentes destruían el tejido de los trajes de baño más llamativos y la escasa piel que tapaban. El pestañeo de la marquesa era implacable, igual que una maquinilla de cortar el pelo.

A veces se encandilaban con el traje de baño y la cabeza rizada de

un muchacho deportivo, cafre y optimista y lo iban saboreando desde lejos, con calma; hacían una especie de digestión de serpiente, lenta y cuidadosa, con toda la amargura e impotencia de viejas viciosas.

Otra amiga de la viuda Xuclá, completamente distinta de la marquesa, era Lola Dussay.

Lola Dussay era más vieja que Pilar, pero no mucho; vivía en la calle Montcada, en una casa tricentenaria que ya empezaba a caerse y en cuya planta baja había dejado el espacio de las cuadras y el gran patio en manos de un inquilino que tenía allí un almacén de drogas. Lola ocupaba el principal, inmenso para ella y las dos criadas y el criado que la servían. Lola era soltera, religiosa, remilgada, pero tenía en común con la viuda Xuclá el gusto por la tradición y las cosas populares. Lola no tenía ni dos dedos de inteligencia; era escandalosa, melindrosa e impertinente. Cosas que compensaba con un corazón inmenso y un desinterés absoluto. Lola daba una fiesta en su casa cada año, y esta costumbre solo la abandonó cuatro primaveras antes de morir. Sus invitados eran gente rancia, reaccionaria y desteñida; matrimonios que vivían fuera del mundo y chicos que iban a cazar novia con una medalla al cuello, un escudo heráldico entre los pelos de los dedos y la más legítima imbecilidad diluida por todo el cuerpo. Lola exhibía en estas fiestas la inocencia de un pulpo y, según parece, alguien se había aprovechado de esta inocencia utilizando los pasillos oscuros, húmedos e inacabables de la casa de la calle Montcada, cuando en los salones temblaban las arañas, excitadas por el estrépito de una polca.

Lola se pasaba los días y las noches velando enfermos, visitando parturientas y dando pésames. Su pasión dominante era la cocina y su felicidad máxima la matanza del cerdo. Lola tenía el cabello blanco como la nieve y un gran vientre, y mejillas rojas y tirantes como consecuencia de las comidas fuertes. Se pasaba en la cocina largas horas, sudada y acalorada, combinando salsas y vigilando asados. Entre sus mejores amigos se contaba don Feliciano Pujó, un solterón viejo como ella, presidente de los hermanos de la Paz y la Caridad. Era frío, tierno, delicadísimo; llevaba patillas blancas e iba siempre con sombrero de media copa. Había quien daba por descontado que Lola Dussay y don Feliciano Pujó estaban casados en secreto. Lo que está comprobado es que Lola hacía partícipe a don Feliciano de sus maravillas culinarias. Algún mediodía, cuando don Feliciano volvía de tomar el sol, encontraba en el recibidor de su casa al criado de Lola Dussay con la siguiente embajada:

—Doña Lola me manda a decirle que hoy le han salido unos pies de cerdo de primera y quisiera que el señorito fuera a probarlos.

Don Feliciano Pujó encogía los hombros tristemente, porque era dispéptico, se ponía el sombrero de media copa, cogía el bastón que

siempre llevaba, con una cabeza de perro de marfil, y se encaminaba hacia la calle Montcada a comer pies de cerdo. Después, en su casa no había suficientes cánulas ni suficiente agua de tomillo para calmarle la irritación de los intestinos.

Pese a sus devociones, a Lola Dussay le gustaba hablar un poco de asuntos verdes, y no por malicia, sino por su gran estupidez, ya que a veces no captaba el doble sentido de las palabras y repetía todo lo que oía decir, tanto si venía a cuento como si no.

Pilar Romaní apreciaba en ella sus grandes condiciones de cocinera y aquel aire desocupado, original y pintoresco de su manera de vivir.

La casa de la calle Ancha, decorada con el gusto del banquero Xuclá y con el asesoramiento de personas que Pilar consideraba selectas, como el pintor Ripoll, tenía toda la pompa pesada y dorada del final de siglo. Bobby había incorporado aportaciones más modernas, pero con mucha moderación, para no herir la susceptibilidad de la viuda.

Bobby quería mucho a su madre, a pesar de que pasaban días y días sin dirigirse la palabra. Bobby, mucho más inteligente que la mayoría de las personas con las que se relacionaba, era un hombre apagado y bastante tímido; tenía la costumbre de no discutir ni contradecir a nadie, más por pereza que por otra cosa. Era escéptico y tolerante; casi nunca reía, pero tampoco se enfadaba. Bobby había heredado de su madre una elegancia natural sin ninguna afectación, y un barcelonismo puro, por encima del tiempo y del espacio, de la literatura y de la política. Bobby no se daba cuenta de nada ni se interesaba por nada. Exponía acerca de todo unas opiniones muy vagas y muy poco comprometedoras. Del semitismo de la familia, Bobby poseía quizás esa indiferencia, esa flexibilidad lagartona que le hacía adoptar una sonrisa de ni fa ni fu ante las cosas que apasionan a los hombres; una sonrisa de tanto-me-da, pero nada ofensiva, más bien de pura pereza o de un delicado egoísmo de no preocuparse por nada.

Bobby comprendía la vida de su madre y la respetaba íntegramente. Tenía una gran idea de su padre; comprendía su dinamismo y sus infidelidades, y procuraba aprovecharse con un criterio prudentemente conservador de la fortuna que les había dejado.

Bobby era el amante ideal. Su trato constante con las mujeres no se debía a la vanidad ni a que fuese un hombre muy temperamental. Las mujeres le distraían, porque Bobby generalmente se aburría mucho, y con las mujeres, de paso, evitaba tener que hablar; dejaba que lo hicieran ellas; le gustaba aquel mundo de chanchullos y chismorreos, y sobre todo le gustaba respirar la tibieza superflua que va de la sangre a las perlas y de las perlas a las confidencias.

Por este motivo Bobby se sentía tan a gusto en un mundo de

entretenidas como en un mundo de casadas jóvenes, o en la mesa de Hortensia Portell y en un confortable salón de té. Bobby era un hombre en busca de un cómodo sillón y unos labios que bebiesen y hablasen por su cuenta.

La viuda Xuclá quería que su hijo se casase; cuando los sermones iban por ahí, Bobby nunca contradecía a su madre; la dejaba hablar y se rascaba el bigote dejando entrever que había más días que longanizas.

La viuda Xuclá no tenía la menor simpatía por los hombres del clan Lloberola; consideraba que Federico era una nulidad, un fantasmón; el viejo don Tomás le parecía una momia llena de rosarios e hipocresía. En cambio, sentía un afecto real por Leocadia, y Leocadia, pese a ser una mujer tan distinta a Pilar y a vivir con paciencia, encogimiento y devoción, no dejaba pasar un mes sin visitar a la viuda de la calle Ancha. La conversación de las dos viejas era un poco angustiosa. A Pilar no le interesaba nada de lo que interesaba a Leocadia. Se pasaban muchos ratos en silencio, pero no sabían prescindir de aquellas visitas, y Pilar, siempre que hablaba de Leocadia, la ponía por las nubes en todos los sentidos. Leocadia, tan escrupulosa, siempre fue una de las que dijo «pobre Pilar», en la época de mala fama de la viuda. Si alguna vez Federico hablaba a su madre de las ligerezas y fantasías de la viuda Xuclá, Leocadia, incluso con un poco de energía, daba esta respuesta: «Ya sabes que me molesta que hables así de una de las personas que más quiero; y, además, estoy segura de que todo eso es mentira.»

Cuando se produjo el crac de los Lloberola y dejaron de relacionarse con casi todo el mundo, la viuda Xuclá tuvo un especial interés en ser amable con Leocadia y en visitarla más a menudo.

Don Tomás agradecía la actitud de la viuda Xuclá, porque era hija de los condes de Sallent, porque los abuelos de ambos eran primos y en el escudo de los Romaní había una rama de romero,[37] un perro y una media luna, y estas cosas tenían una gran importancia para don Tomás.

Federico había ido al Ecuestre, al encuentro de Bobby, la misma noche del patatús de su padre y de la comedia del señor canónigo, y Bobby estaba cenando en el Liceo como cada noche. Federico le telefoneó y Bobby se presentó inmediatamente.

Federico estaba acorralado y no sospechaba que al día siguiente las cosas se resolverían de un modo tan favorable, como sucedió.

Bobby creía que su amigo le contaría alguna particularidad de Rosa Trénor o le explicaría cómo se había desarrollado la reconciliación; Federico tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo para manifestar a Bobby que se trataba de dinero. Bobby puso una cara

poco propicia. Federico se dio cuenta, pero insistió. Bobby, al ver la cuantía de que se trataba, se echó atrás y dijo que nada podía hacer por el momento sin consultarlo con su madre. Federico sabía que la salida de Bobby era una excusa de mala voluntad. Sabía que su amigo podía disponer de aquella cantidad y de mucho más sin consultas previas. Federico sintió un odio especial por su amigo, vio cómo se paseaba por aquellas mejillas la sangre de un judío conservador, aquellas mejillas consideradas como las más indiferentes y generosas de Barcelona. Federico dijo alguna palabra que Bobby consideró poco correcta y transcurrieron cinco difíciles minutos entre los dos amigos. Federico, al ver que no conseguía nada bueno por aquel camino, abandonó su orgullo de Lloberola y su aire de perdonavidas y habló un poco con el corazón en la mano. Tal vez incluso se humilló en exceso ante Bobby y mostró demasiado su miseria; pero Bobby no cambió de actitud.

En el fondo no sentía ninguna simpatía por Federico; lo había tolerado toda la vida por la pereza de tener una cuestión personal con él. Había escuchado con asco, pero cubriéndose de una sonrisa amable, todas las historias que Federico le explicaba, todas sus «grandezas». Bobby simulaba tener una gran amistad con Federico precisamente por la antipatía que los hombres de la familia Lloberola inspiraban a su madre. Aun queriendo mucho a Pilar Romaní, a Bobby le gustaba llevar la contraria a su madre en lo que hacía referencia a Federico, por uno de esos puntillos ridículos que existen entre las personas que se quieren.

Pero lo que Federico deseaba ahora de Bobby era algo desagradable; representaba una molestia para aquel hombre tan pasivo, tan egoísta y tan perezoso como era Bobby Xuclá. Al ver cómo Federico se humillaba, cómo le explicaba ciertos detalles de su miseria familiar, se vengaba íntimamente de los rollos heráldicos, de las grandes aventuras y de toda la retórica inútil que Federico, inconvenientemente, le había ido acumulando en el hígado, sin darse cuenta de que le molestaba. Bobby se refugió en su bigotillo rubio y su mirada azul y muerta; escuchó a Federico con verdadero deleite, y Federico, lanzado, quiso impresionarle, quiso tocarle el corazón. Si Federico hubiese sido un hombre más inteligente, tal vez se hubiera dado cuenta de su falsa situación, tal vez hubiera comprendido lo que querían decir el bigotillo y la mirada muerta de Bobby.

Cuando Federico hubo sacado todos sus trapos sucios al sol, Bobby, más frío que nunca, pero algo satisfecho, dijo dos o tres palabras, las mismas palabras de excusa. Mantenía su posición, y aunque hubiese visto a los hijos de Federico machacados a sus pies, no la habría abandonado. Sin asegurarle nada, Bobby dijo que hablaría con su madre y al día siguiente le daría una respuesta definitiva.

Federico se desesperó a solas, se avergonzó de su debilidad, de haberse confesado a un judío; pero la necesidad acuciaba, y era capaz de hablar él mismo con la madre de Bobby, con aquella «mala p… de la tía Pilar», como él repetía en sus monólogos de hombre acorralado.

Al día siguiente, las cosas cambiaron como por milagro. Ya sabemos cómo se apoderó Guillermo de la letra y cómo quedó libre Federico de su compromiso con el barón de Falset. En cuanto Federico se vio salvado, corrió a casa de Bobby a escupirle a la cara todo su desprecio.

Por su parte, Bobby había hablado del caso de los Lloberola con su madre; Bobby le explicó la escena con Federico, fríamente y en un tono de voz monótono y perezoso, de tal manera que la viuda Xuclá no comprendía si se alegraba o le disgustaba. Pilar aconsejó a Bobby que ayudase a Federico, no porque «ese fantasmón se lo merezca, ni porque tenga arreglo, porque de los Lloberola no quedará nada, sino por Leocadia, tan desgraciada ella y que siempre ha sido mi amiga».

Bobby, que veneraba, como ya se ha dicho, a la viuda Xuclá, percibió una piedad elegante y fresca, de gran señora, en esta manera de hablar de su madre; decidió avalar la letra o, si fuera preciso, librar a Federico un talón de cincuenta mil pesetas, y terminar con el asunto, sin fijar nada sobre la devolución.

Pero aquella «piedad de gran señora» no se había inyectado en la sangre de Bobby en forma de «piedad de gran señor». Bobby tenía ganas de humillar un poco a su amigo, de hacerle consciente del favor que le concedía. Si se hubiera tratado de otro tipo de hombre, Bobby hubiese obrado de una manera fría, indiferente e incluso elegante; pero lo que le escocía a la lengua de Bobby eran los veinticinco años de suficiencia, de intolerable vanidad de Federico.

Cuando se encararon los dos amigos, el heredero de los Lloberola, resoplando, sonriente, algo acalorado y con la mueca despectiva del que acaba de descubrir las Américas y se encuentra a un ratoncillo olisqueándole los talones, escupió lentamente estas palabras sobre el bigotillo rubio y la mirada muerta de Bobby:

—Vengo en tu busca para decirte que no es preciso que te molestes, que agradezco tu desinterés, pero que no hace falta que digas nada a tu madre; afortunadamente no necesito favores de nadie… He resuelto el conflicto de la letra…, lo único que siento es haberte hecho perder tiempo y haber tenido que hablar de cosas desagradables… a una persona que…

Bobby se indignó profundamente. La mirada muerta cobró una vida especial, como si una avispa le picase la pupila; sentía la pupila llena de sangre y de rabia, igual que las mangostas en presencia de una cobra. Bobby estaba furioso, porque se le iba a paseo la escena de la humillación de Federico, de hacerle pagar veinticinco años de

suficiencia; Bobby habría dado la mitad de su fortuna para poder hacerle mascar las cincuenta mil pesetas como a un perro.

Pero el dinamismo colérico todavía no había contagiado la punta de la lengua de Bobby, e insinuó en su tono habitual, pero a punto de sustituirlo por el tono que conviniese:

—Me alegro mucho…, pero te aseguro…, si quieres te lo enseñaré…, que tenía firmado un talón de cincuenta mil pesetas a tu favor…

—Gracias, hombre, gracias; eres muy generoso, pero no lo necesito…

—Escucha, Federico, hablas en un tono impertinente que me ofende; cualquiera diría que te he hecho una jugada; me explicaste un sinfín de miserias que me importan un comino, ¿lo entiendes bien?, me importan un comino; estaba dispuesto a ayudarte generosamente…

—¡Generosamente!

Federico lanzó una carcajada a lo Rigoletto, y Bobby ya no aguantó más; se lo soltó todo, le insultó, le llamó grotesco, ridículo, asno, a él, a su padre y a toda la familia. Pero Federico, radiante, aún dio una réplica más fuerte entusiasmado al poder ofender a aquella persona a la que se había considerado siempre muy superior, a la que siempre había considerado infeliz, y a la que ahora veía inflamada, pequeñita, gordita y con el bigotillo rubio, ante él, tan alto, tan bien plantado, tan Lloberola de la cabeza a los pies; perdió el control, y entre las groserías hizo alusiones a la viuda Xuclá: «¿Qué tienes tú que decir de mi madre?», gritó Bobby en falsete, contribuyendo con ello a que Federico le mirase con más desprecio. Y, naturalmente, Federico se creyó en el derecho de poder decir muchas cosas, y las dijo de la manera más estúpida, más irreflexiva, más gratuita.

Bobby le clavó las uñas en la cara. Federico no lo aplastó porque Bobby estaba en su casa, y entre caballeros no es costumbre aplastar al dueño de la casa cuando se va de visita.

Por un pretexto de los más tontos, casi sin ningún motivo, dos amigos, aparentemente inseparables, riñeron para toda la vida.

Aquella noche Bobby no fue a cenar al Liceo; se quedó a hacer compañía a su madre. Bobby aceptaba la mentalidad de la viuda Xuclá, consideraba muy humanas sus ligerezas pasadas, todo le parecía bien, porque Bobby era un escéptico y utilizaba una moral podrida; pero aquella noche Bobby, como reacción a las groserías que Federico se había permitido decir sobre la viuda Xuclá, veía a su madre como a una santa. Y, sobre todo, apreció más que nunca su piedad y elegancia de gran señora. Bobby descubría en los pliegues de los labios, en la barbilla un poco salida, en las arrugas, en los ojos

cansados y en los cabellos blancos de aquella decrépita majestad, todavía alta y sonriente, toda la esencia de una Barcelona aristocrática y comercial, popular, orgullosa, un poco infantil, de la que ya se iba perdiendo el rastro.

Y Bobby tenía razón; la viuda Xuclá representaba todo eso; además, una mujer vieja que ha vivido mucho mantiene más que un hombre la huella del pasado y la sensible permanencia de todos los recuerdos. Porque la mujer tiene los nervios más pasivos, tiene un alma más receptiva, no se gasta ni se abandona totalmente a la acción como el hombre; es más avara y más previsora; tiene la buena fe de coleccionar sueños dentro de los pliegues de su piel arrugada, de arrinconar aventuras y conservar allí lo que no se ve y solo se respira: el perfume de la historia.

El barón de Falset no contó ni media palabra a su mujer del chantaje de Guillermo; pasó dos meses horribles. Al día siguiente de haber escrito la carta a Federico, se dio cuenta de la estupidez que había cometido escribiéndola. Guillermo le dejaba en paz, pero se temía un nuevo ataque de un momento a otro. Al cabo de dos meses, un hecho que conmovió a muchas señoras de Barcelona y que adquirió todo el aire de un crimen sensacional alivió un tanto las terribles angustias del barón de Falset. El hecho en cuestión fue el asesinato de la modista Dorotea Palau.

Se encontró a Dorotea en un conocido *meublé* con un puñal clavado en el corazón, en compañía de un sujeto francés que, aunque protestó y aseguró que no tenía nada que ver con el crimen, como todas las circunstancias le comprometían, fue condenado por el tribunal.

El supuesto asesino era totalmente inocente. Para que el lector caiga en la cuenta de cómo ocurrieron las cosas, es preciso que nos adentremos un poco más en la vida privada de los barones de Falset y de su chófer y sigamos así una trayectoria secreta y desconocida hasta ahora.

Antonio Mates y su mujer habían pasado unos primeros años de matrimonio aparentemente normales. Concha no se sentía nada satisfecha de su marido; las aventuras «personales» de Concha en aquella primera época de matrimonio, y sobre las que habremos de insistir en otros puntos de esta historia, eran algo que nadie sospechaba.

Antonio Mates hacía unos esfuerzos terribles para vencer lo que no se atrevía a confesarse a sí mismo, algo que había creído liquidado. Pero a medida que los esfuerzos eran impotentes y la, llamémosla, enfermedad le quemaba la sangre, Concha se volvía más fría, más vegetal, hasta llegar al punto en que Antonio Mates tenía la sensación, a veces, de que dormía con una muerta.

La belleza de Concha era, como se ha dicho, de un picante

especial; Antonio Mates estaba enamorado de ella como un loco, pero con un amor admirativo y extraño, que no le satisfacía ni era capaz de apagar la otra sed que le consumía.

Ni él ni ella se atrevieron a confesarse la frialdad y el vacío de los contactos; entre el matrimonio se produjo un estado de tristeza patológica, sorda y muda, que disimulaban fingiendo públicamente una luna de miel de las más finas.

Una tarde el matrimonio salió de excursión con el propósito de pasar un par de días en un pueblo de la costa. Antonio Mates tenía un chófer nuevo; hacía solo dos semanas que servía en la casa. Era un muchacho muy joven, con aires de señorito deportista y castigador. Tenía cierta gracia aniñada y resultaba muy amable y servicial. Cuando oscurecía, el matrimonio y el chófer llegaron al pueblo donde pensaban quedarse; la fonda, bastante limpia y confortable, estaba casi vacía porque aún no había empezado la temporada de verano. Como si el tiempo en que habían convivido escondiéndose aquel secreto el uno al otro hubiese actuado sobre los nervios de cada uno, como si lo que la razón había negado lo hubiese delatado el instinto o el animal, durante la cena, Concha y su marido miraron simultáneamente al chófer, sentado tres mesas más allá, distraído ante su plato de chuletas, sin atreverse a mirar hacia los amos. La mirada del marido y de la mujer debió de ser muy especial y no tan rápida, porque después, cuando se dieron cuenta de lo que estaban haciendo, y cuando se toparon los ojos de ella con los de él, enrojecieron, temblaron los dos y se desconcertaron; esto duró unos segundos, porque Concha, con un gran suspiro, volvió a mirar a su marido, y entonces sonrió; él se acogió a su sonrisa, y por los ojos del marido pasó como una llamarada liberadora; vio claramente que Concha le comprendía y que aceptaba lo que él nunca se hubiera atrevido a confesar; y él, de paso, aceptaba el pensamiento de Concha. Las ideas viciosas de los dos —completamente diferentes la una de la otra, pero tendentes a un mismo objetivo, a un mismo deseo, que sería apreciado de distintas maneras— quedaron perfectamente explicadas y aprobadas sin decirse ni media palabra, sin hacer el menor comentario, solo con el rubor de las mejillas, el azoramiento, los suspiros y el brillo de los ojos.

Concha acabó de formular los conceptos en silencio. El asunto no le horrorizaba; le parecía excéntrico y muy *chic*. Su marido le daba asco y nada le importaba.

Había leído novelas que hablaban de parecidas combinaciones; en París, estas costumbres estaban a la orden del día entre los desengañados del gran mundo. Por otra parte, que su marido era «aquello» ya lo sospechaba, mejor dicho, lo sabía con seguridad desde hacía mucho tiempo; en resumidas cuentas, Concha daba a todo el

asunto mucha menos importancia que su marido.

Los acontecimientos se sucedieron a la perfección cuando se fueron a la cama. Destinaron la mejor habitación de la fonda al matrimonio; dos puertas más allá dormiría el chófer. Antonio y Concha dejaron la puerta entornada, y ella empezó a desnudarse; él también. El chófer silbaba por lo bajo. Antonio Mates, en un estado de excitación muy especial, con voz temblorosa, llamó al muchacho; él contestó con la amabilidad acostumbrada. Antonio Mates le ordenó que viniese y el pobre muchacho objetó que ya estaba a punto de meterse en la cama: «Es igual, ven enseguida», contestó Antonio Mates, cada vez con una voz más infrahumana. El chófer se puso los pantalones y se detuvo en la puerta. «Entra», dijo Antonio Mates. El muchacho, asustadísimo, entró. Iba descalzo, con pantalones y con una camiseta sin mangas. Concha estaba tendida en la cama casi desnuda; Antonio Mates cogió el brazo del chófer; el chico no comprendía nada, le daba vueltas la cabeza. Pero no protestó; se dejó envolver por la misma ola, estúpidamente, y los tres cayeron sobre la cama.

Desde entonces Antonio Mates fue feliz. Ella toleraba, e incluso saboreaba, la absurda combinación; el chófer, un poco asustado, comprendió, sin embargo, enseguida que aquello era una mina y que le interesaba ser discreto.

La tranquilidad duró cuatro años. Fue en esta época cuando Antonio Mates se convirtió en un hombre más dulce, más devoto y más reaccionario que nunca; fue cuando el matrimonio daba la sensación de perfecta unidad, y marido y mujer eran como hermanos siameses. El chófer vivía como un príncipe; explotaba a sus dueños y cantaba las excelencias de aquella colocación. Decía a sus compañeros que el señor Mates —entonces aún no le habían dado el título de barón— le trataba como a un hijo, que la señora era la mujer más guapa de Barcelona; y esto lo decía con unos aires y con un malicioso guiño de ojo, como si entre la señora y él hubiese quién sabe qué.

El chico procuraba no comprometerse ni comprometer a nadie; pero al cabo de cuatro años empezó a asquearse un poco y a sentirse realmente enfermo.

Antonio Mates organizaba excursiones y arreglaba las cosas de manera que nadie pudiera sospechar nada; tan lanzado iba, que es posible que cometiera alguna imprudencia; pero nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta.

El estado del chófer alarmaba a los amos. El pobre muchacho tuvo un día un vómito de sangre y en cuatro semanas se fue al otro barrio.

Pocos días antes de su muerte, el chófer de Antonio Mates se había reunido en un bar de la calle Aribau con otros muchachos de su edad; acostumbraba hacerlo cada sábado, y allí era donde contaba las excelencias de su cargo. Pero aquella noche, sea porque había bebido

más de la cuenta, sea por un mal humor que hacía presentir su muerte próxima, el muchacho, que ya se sentía muy enfermo, habló en demasía; no lo explicó todo, pero poco le faltó. Los otros amigos dieron muy poca importancia a lo que decía su compañero y supusieron que era una burla o una mentira que le dictaba su imaginación de borracho. En la mesa de al lado estaba, sentado, un hombrecillo gris, mal vestido e insignificante que escuchaba con gran atención; el hombrecillo estaba al corriente de todos los chismes de Barcelona; aquella noche, en la calle Aribau, lo que le importaba era que el chófer soltase un nombre que él ignoraba. El chófer lo soltó, y el hombre ya no quiso saber más. Lo que los otros compañeros tomaban como burla o mentira, para el hombrecillo gris era una revelación importantísima.

El lector recordará que, cuando hemos hablado de los antecedentes de la modista Dorotea Palau, hemos apuntado que Dorotea, en la época en que trabajaba en casa de Leocadia, iba acompañada por un joven, algo mayor que ella, al que Dorotea hacía pasar por su hermano. Y el hombrecillo gris que escuchaba la conversación del chófer y de sus amigos en el bar de la calle Aribau era precisamente el joven que veinte años atrás había acompañado a Dorotea Palau al hogar de los Lloberola.

No era cierto que fuesen hermanos; solo tenían un parentesco bastante lejano. Aquel muchacho creció en el ambiente servil y viscoso de un *café-concert*, donde trabajaba medio como criado, medio como alcahuete. Enfermizo, canijo y, según decían sus compañeros, completamente impotente, pero amabilísimo y servicial como nadie, aquel hombrecillo entrometido despertaba una repugnancia especial. Había vivido del cuento sin prosperar demasiado, y cuando sorprendió la conversación del chófer del matrimonio Mates hacía bastantes años que trabajaba de camarero en uno de los *meublés* más concurridos y confortables de Barcelona.

El hombre se llamaba Pedro Ranalies, pero entre sus compañeros era conocido por el mote de «el Fraile», que tal vez le aplicaban burlescamente por el hecho de no habérsele visto nunca con mujeres. Pedro Ranalies poseía, sin duda, el cerebro frío y agrio que tienen los gatos de taberna, a los que, por si no bastara con haberlos capado, solo se les permite apurar las espinas de arenque que dejan los carreteros. Pedro Ranalies había prestado grandes servicios a su parienta Dorotea Palau cuando la muchacha era una jovencita desconocida que iba abriéndose paso gracias a la costura y al amor. El Fraile sentía un gusto especialísimo viendo la prostitución de su parienta y otras prostituciones en las que había intervenido, siempre en el papel más miserable. Cuando Dorotea se fue a París, pasaron unos años casi reñidos; más tarde, a su vuelta, hicieron las paces; pero

la modista ya había remontado el vuelo y le daba bastante asco el diálogo con su pariente. Pese a esto, lo toleraba en según qué lugares y según a qué horas —para que no le comprometiese la compañía de aquel hombre— y conseguía algún pequeño negocio de aquellas conversaciones y Pedro Ranalies, a su vez, aprovechaba una buena comisión.

El Fraile tenía un considerable archivo de la vida privada de Barcelona; conocía las miserias y los deslices de muchos señores y de un montón de señoras importantes. El puesto que ocupaba en el *meublé* era un cargo de absoluta confianza. Todo el mundo sabía que su obligación era callar y no escandalizarse por nada. Las parejas que iban a parar a sus manos en busca de una habitación le miraban con la misma tranquilidad con que un asesino mira a un perro en el momento del crimen, sin dudar de que el perro es mudo y no conoce el domicilio del juez. Ranalies no ejercía su cargo con la indiferencia del que se ha de ganar la vida y tanto le da una cosa como otra; ponía en su tristísimo oficio toda la malsana voluptuosidad de su impotencia; era un cerebral del cotilleo erótico, pero lo guardaba todo para sí, lo gozaba secretamente y no lo aprovechaba más que para su negocio. Adquirió tanta frialdad y tanta autoridad en el gremio, que algún señor de Barcelona fue en su busca para poder realizar las diversiones más monstruosas. Ranalies, por su cuenta y en sociedad con las alcahuetas más hábiles, era capaz de proporcionar lo que no proporcionaba nadie. Aberraciones inverosímiles y hechos increíbles, en los que no se había ahorrado la sangre más tierna, tuvieron como punto de origen el hígado glacial de Pedro Ranalies. Se sabía de memoria todos los suburbios y los barrios más podridos. Era un policía perfecto; operaba sobre la miseria y sobre la piel de los monstruos. Siempre le habían salvado su silencio, su sonrisa melosa y su reverencia acrobática. En su parte de vida confesable resultaba un pobre hombre ejemplar; vivía realquilado en un piso de la calle Riereta, y la dueña de la casa, que era una buena mujer, le mimaba como si fuese de la familia. Él iba a misa cada domingo, nunca se emborrachaba; ahorrador y cuidadoso, no promovía ningún conflicto, se avenía a todo, e incluso no utilizaba interjecciones ni palabras groseras en su lenguaje, y tenía una voz untada de humildad y patinada por la resignación.

Cuando se presentaba algún negocio de importancia que debía prepararse con tiempo y exigía colaboración experta, Pedro Ranalies iba al encuentro de su parienta Dorotea Palau. La modista también era una golosa de platos de aquel tipo y tenía el talento especial de combinarlos.

Cuando Ranalies se enteró en el bar de la calle Aribau de la muerte del chófer, fue a ver a su parienta y le explicó toda la historia. Antonio

Mates no estaba incluido en la lista del Fraile, y él —que lo sabía todo — no había sospechado nada hasta entonces de aquel señor tan conocido y acreditado. Ranalies pensaba que, si aquello se confirmaba —cosa que no dudaba—, había mucho dinero que ganar. Ahora bien, debía hacerse todo con mucho tacto; aquel asunto resultaba una operación delicadísima, y tal vez Dorotea encontraría la manera más hábil, más natural y eficaz de negociarlo. A Dorotea le pareció magnífico, y, con su listeza y su experiencia en asuntos de aquel tipo, no le fue difícil iniciar el ataque.

Dorotea, que aún no tenía el honor de contar entre sus devotas a la señora Mates, le dirigió un alud de invitaciones y le hizo ofertas a precios imposibles, la visitó en diversas ocasiones; por fin Concha la recibió y le encargó trabajo. Dorotea, con un tacto exquisito, con filigranas de gran *vedette*, conquistó el corazón de la clienta, y como Antonio Mates se había impuesto la obligación de no dejar ni a sol ni a sombra a su mujer, Dorotea empezó a conquistar de paso el corazón del marido. Un día, al volver de uno de sus viajes a París, Dorotea explicó al matrimonio Mates —acababan de hacerles barones por entonces— las historias más deslumbrantes y fascinadoras, con mucha gracia y al mismo tiempo con una pizca de comprensión y delicadeza, y también con una pizca de entusiasmo, hasta tal punto que el matrimonio se olvidó del tiempo y del espacio. Desde la muerte del chófer la vida volvía a ser negra para el reciente barón. Antonio Mates sufría una mezcla de temor y remordimiento; quería por una parte renunciar a su vicio, pero, sobre todo, lo que le producía escalofríos era pensar que alguien pudiera sospechar una cosa así. Dorotea adivinó, por los ojos del señor barón y de la señora baronesa, que podía tirar la caña al agua, porque el cebo era infalible, y entonces hizo unas vagas, debilísimas ofertas, se presentó como si estuviera dispuesta, como si la cosa no tuviera nada de particular para ella. Una situación así entre personas normales es casi imposible; pero Dorotea sabía con qué clase de sujetos se las había, porque Pedro Ranalies le presentó el caso clínico con un diagnóstico perfecto. En el supuesto de que Ranalies hubiera fallado el tiro, Dorotea se exponía a perder una clienta; pero también tenía la probabilidad de ganar otras muchas. Si la baronesa de Falset la «protegía» con la clase de protección que ella esperaba, la casa Palau Modas subiría a las nubes. Dorotea acercó más la capa roja a los cuernos de la bestia, esperó unos segundos, durante los cuales la sangre no le llegaba al corazón, y en lugar de una cogida mortal recibió una ovación. Los barones se entregaron al tacto, al talento y a la discreción de la modista.

En un primer estadio el Fraile proporcionaba a su parienta el material necesario. Un material excelente, en muy buenas condiciones y de una seguridad garantizada. La clientela de Dorotea Palau, con la

propaganda de la baronesa de Falset, se convirtió en la mejor de Barcelona. Dorotea cambió de casa y escogió un piso de acuerdo con las exigencias de los señores barones. Un día Dorotea se enteró de la existencia de un determinado grupo de jóvenes más o menos elegantes que no tenían ninguna clase de escrúpulos. Dio la casualidad de que uno de aquellos jóvenes era de muy buena familia; Dorotea lo había conocido en una casa señorial, cuando ella era una jovencita y él un niño de diez años, muy mono, muy aplicadito, con un vestido de marinero y un cabello rizado que tentaba los dedos de las señoras. También se enteró Dorotea de que la familia señorial vivía casi de caridad y de que el joven era capaz de muchas cosas por un billete de cien pesetas; así pues, Dorotea encontró una ocasión de mostrarse agradecida haciendo un «favor» al hijo de una gran dama que había demostrado tener un corazón excelente para con ella. Dorotea pactó con el joven; le habló claro desde el primer momento, y el joven aceptó. El resto de la historia de Dorotea, el joven y los barones de Falset ya lo conocen nuestros lectores.

Pero Ranalies, que hasta entonces había chupado del bote, a partir de las negociaciones de Dorotea con Guillermo de Lloberola se sintió víctima de una total desatención por parte de su parienta. A Dorotea le estorbaba el Fraile, ya no lo necesitaba para nada. Además, Dorotea era de una tacañería reconsagrada; el Fraile exigía a su parienta dinero atrasado y afirmaba que aquel «mal bicho» le había estafado. El Fraile atravesaba momentos de miseria; se le habían evaporado los ahorros en la famosa quiebra de un banco que conmovió a media Barcelona. Naturalmente, el Fraile era ambicioso; se veía perdido y tenía derecho a reclamar lo que reclamaba a Dorotea. Ella se negó y amenazó con denunciarle a la policía por un montón de cosas. El Fraile, que era aún más listo que Dorotea, se rió descaradamente y dijo que «parecía mentira que fuese tan burra». Viendo que Dorotea no soltaba un céntimo el Fraile le aseguró que la mataría. A ella le hizo bastante gracia; consideraba al Fraile como una especie de mosquito repugnante e inofensivo.

Pedro Ranalies se compró un cuchillo para matar a Dorotea Palau. No sabía cuándo ni cómo, pero se había jurado que su parienta se las pagaría todas juntas. Ranalies creía en brujas. Un asesinato como el que se proponía era un tanto difícil cometerlo con absoluta impunidad; pero Ranalies creía en brujas. Además, su cerebro, solo poblado de monstruos impotentes y aberraciones que daban náuseas, necesitaba una truculencia de otra clase. Ranalies era un enfermo frío, tranquilo, plenamente consciente. Quería matar como los gatos, sin hacer ruido, con las manos limpias y la sonrisa en los labios. ¿Cuándo y cómo? Estaba seguro de que la suerte le protegería. Dorotea caería en sus manos; preveía el momento, saboreaba la impunidad de su

crimen, oía el chillido ahogado de Dorotea, olía la viscosidad de la sangre… y con sus dedos blandos y helados acariciaba el cuchillo, una navaja flamante, de cinco muelles, igual que las de la época de los chulos; de esas que se hundían en las entrañas de un hombre haciendo un delicado *plongeon*, de nadadora de gran estilo.

Efectivamente, la suerte o las brujas protegieron al camarero Ranalies. Dorotea había tenido un amigo en Francia; un tío bastante turbio, bigote rubio, sombrero recio, uñas sucias y anillo con brillante en el dedo pequeño; llevaba trajes de segunda mano, muy bien disimulados en la tintorería, unas *pochettes* vaporosas de colores claros y unas corbatas metálicas, con una aguja de oro en el nudo y un diente —probablemente de alguna criatura de la que se había bebido la sangre— engarzada en el centro. Era un «sinvergüenza» brillante y alegre; cantaba canciones, bebía vino tinto a todas horas, le gustaban los desayunos al aire libre y sabía hacer el amor de una manera picaresca, galante y declamatoria, como un personaje de Beaumarchais. Dorotea fue bastante *tripotée* por aquel hombrón, y, después de dejar París, él siguió escribiéndole. El amigo de Dorotea tenía unos negocios de vino en Perpiñán, y alguna vez cruzaba la frontera y se llegaba hasta Barcelona para celebrar *un dîner fin avec la belle Dorothée*.

En una de estas escapadas, Dorotea le acompañó a tomar un pernod en uno de los cafés silenciosos que había en las proximidades de la plaza de Palacio; el francés se animó y se fueron a Can Soler[38] de la Barceloneta. A él le gustaba el chisporroteo del aceite frito y los pedazos de sandía del Paseo Nacional y todo el pequeño comercio de pesca, de navegación, de aguardientes, que le recordaba al puerto de Marsella. Comieron unas langostas con tomate y un ajiaceite excitante. «*Comme ça sent bon, ma belle*!», decía el francés, con las mejillas oscuras, casi moradas, como dos riñones de ternera.

El francés había traído a Dorotea *quelque chose de très chic*: un collarcito de cuentas de cristal que materialmente saltaban sobre la grasa del cuello de Dorotea, sacudidas por sus carcajadas.

Después fueron al Teatro Cómico a ver una revista. El francés la consideraba sosa y un poco bestia. Después aún tomaron una copa, y el francés consideró que Dorotea, pese a su condición de peso fuerte, aún tenía una caída de ojos aceptable. No podían ir al hotel del francés situado en la Boquería; Dorotea tampoco quería compromisos en su casa, y adoptaron la solución más práctica. El chófer del taxi paró ante el *meublé* que entonces tenía mejor acogida. Después de correr las cortinas, les abrió la puerta un hombrecillo bajito, gris, apolillado, con la chaqueta blanca de la casa. Dorotea se disgustó profundamente, pero disimuló. El Fraile hizo como si no viera a su parienta; los metió en el *lift* y los depositó en la habitación treinta y

dos. Aquella noche en el hotel había tres personas de servicio; era un día laborable y la temperatura erótica no era tan elevada como otras noches; en el *meublé* no se mataban a trabajar. El Fraile atendía la puerta y el teléfono, los otros dos daban vueltas por los pisos superiores. Habían pasado unas dos horas y media cuando el francés telefoneó y pidió un taxi; cinco minutos después el taxi ya estaba en la puerta. El francés bajó y dijo que volvía enseguida, cuestión de media hora. Cuando el Fraile preguntó por la dama, el francés, sonriente y en tono como el del que está un poco bebido, contestó: «*Elle dort, la belle Dorothée… Dommage de la réveiller… Je reviens tout à l'heure…*» Al francés le había ocurrido algo comprensible: cuando Dorotea, bastante cansada y asqueada de todo, empezó a dormirse, el francés se dio cuenta de que había olvidado ciertos papeles que no le convenía perder en una chaqueta de la fonda y, como era desconfiado y también creía en brujas, se puso nervioso y acabó por vestirse sin hacer ruido, para no despertar a Dorotea.

Una vez que el Fraile encerró al francés dentro del taxi, se palpó el cuchillo y pensó en si el francés habría cometido la tontería de dejar abierta la puerta de la habitación. Valía la pena aprovechar un momento de calma. El Fraile subió rápidamente y comprobó que los otros dos empleados de servicio no se daban cuenta de su maniobra; empujó con mucho cuidado la puerta de la treinta y dos y la puerta cedió; dentro solo encontró la oscuridad y los ronquidos de Dorotea. El Fraile, de puntillas, encendió la lucecilla roja; Dorotea seguía roncando. Él cogió una toallita higiénica que estaba en el suelo, por si tenía que tapar la boca de alguien, y empuñó el cuchillo. Dorotea emitió un ronquido gutural, muy débil, que a nadie había de alarmar, porque en una casa como aquella los ayes proceden de causas nada peligrosas y no les hacían caso. El cuchillo le penetró en el corazón y la hemorragia saltó como un surtidor. El Fraile dejó el cuchillo clavado; antes, por si acaso, lo había limpiado bien y se había puesto los guantes blancos que utilizaba para llevar el servicio a las habitaciones de más precio. Cubrió a la muerta con una sábana, apagó la luz, espió si el pasillo estaba desierto, abrió la puerta y a los tres minutos volvía a estar junto al teléfono. La maniobra había salido perfecta; ni una gota de sangre. Se miró al espejo: tenía la misma cara gris, el mismo aspecto de buena persona de siempre.

Alrededor de media hora después, volvió el francés. El Fraile le acompañó a la habitación y el francés cerró la puerta por dentro. Se desnudó a oscuras, para no despertar a Dorotea. Cuando se metió en la cama, sintió en las piernas la viscosa humedad de la sangre. El francés, asustado, no debió de darse cuenta de que las cosas habían adquirido unas proporciones tan terriblemente trágicas, porque tuvo valor para decir: «*Voyons ma belle! Pas de blague…*!» Le puso la mano

sobre el pecho izquierdo, topó con el cuchillo y el chistoso francés chilló como un cerdo al que estiran del rabo. Estaba desnudo, encerrado en aquella habitación con una mujer muerta; estaba completamente sucio de sangre y el cuerpo de Dorotea aún caliente. El francés no tenía tanta tranquilidad como para no darse cuenta de que su situación era de las más comprometidas. Hasta que no se hubiese vestido, hubiese gritado y subieran… Su misteriosa salida era el único punto de defensa, pero entonces le parecía que aún le comprometía más. Se dio por vencido, llamó por teléfono, dijo dos palabras incomprensibles y se dejó caer sentado en la cama, sin ganas de vestirse, contemplándose las manos, el pecho, el vientre, las piernas, completamente indefenso, completamente sucio de sangre.

Ranalies acudió al teléfono y avisó inmediatamente a la pareja de policías que estaba a cuatro pasos del *meublé*. Unos guardias civiles que también estaban apostados cerca de allí llegaron rápidamente. Ranalies llamó al segundo criado que estaba en el último piso; el tercero había bajado ya a la puerta y se encontró a Ranalies en el momento en que volvía de avisar a la pareja. Subieron todos a la habitación; el francés gritaba como un loco, lloraba, no podía vestirse, no encontraba manera de abrir la puerta. El francés dijo que era inocente y que era inocente, pero nadie le creyó; le ataron, llegó el juez con los ojos hinchados por el sueño y sucedió todo lo que acostumbra a suceder en estos casos…

Las declaraciones de Ranalies y de los otros dos criados no dejaban lugar a dudas, y, además, aunque el francés explicaba su historia, el juez se reía por debajo de la nariz; todo le acusaba, todo estaba contra él. ¿Quién podría dudar de los criados, sobre todo de Ranalies, un hombre ligado a la casa durante tanto tiempo? ¿Qué interés podía tener alguien del servicio en cometer un crimen así? Cuando se identificó el cadáver y los diarios dijeron que la asesinada era la famosa modista Dorotea Palau, reinó gran consternación entre muchas señoras de las mejores familias: «¡Pobre Dorotea! ¡Quién lo iba a decir! ¡Una persona que parecía tan decente! ¡De una moralidad tan poco dudosa…!»

La única persona que respiró un poco ante aquel crimen fue el barón de Falset. Guillermo de Lloberola no se sentía conmovido en absoluto, ni siquiera se sorprendió: «Una mujerzuela como Dorotea forzosamente debía acabar de esta manera.» Esto es lo que pensaba Guillermo.

Antonio Mates pensaba que, una vez desaparecida Dorotea, había una persona menos capaz de comprometerle; Dorotea se había quedado muda para siempre. Antonio Mates dejó de ir al Ecuestre; hacía tiempo que no había visto a Federico, y no tenía ningunas ganas de encontrarlo. A Federico le ocurría otro tanto: se había salvado, y no

tenía el menor interés en analizar demasiado los detalles, pero cuando se encontraba solo le venía al pensamiento que lo que habían hecho él y su hermano era poco limpio, Federico procuró evitar la presencia de Guillermo; en cambio, Guillermo estaba satisfecho, radiante… Novato en el ejercicio de la rufianería auténtica, encontraba en ella todo el sabor, toda la parte de gran juego y aventura; aún no le había llegado la hora de la decepción, ya no digamos del remordimiento porque no es necesario, sino de esa especie de tristeza, de rutina gris que hay en todas las cosas, incluso en coleccionar asesinatos.

Guillermo consideraba al barón de Falset como una especie de víbora sin veneno, repugnante, cobarde; a sus ojos no merecía ni una pizca de lástima. Guillermo creía hacer un bien a la sociedad hundiendo moralmente a un hombre como el barón de Falset, exprimiéndole el dinero como a una esponja. Utilizaba las armas más sucias, más criminales; pero Guillermo no lo veía, o no lo quería ver; consideraba que la rufianería de altura era una posición tan brillante, tan viva, tan humana, como dejarse clavar en una cruz. Sentía la voluptuosidad artística de su juego y aceptaba cobardemente toda su bajeza estomacal, todo el provecho económico que pudiera sacar, porque Guillermo estaba sediento de llevar buenos trajes y buenas corbatas, de cenar en buenos restaurantes y dormir con mujeres de primera. Después de chantajear a un hombre de la categoría del barón de Falset se le exacerbaba el desprecio que sentía por su padre y por todos los prejuicios de su familia. La imaginación libresca del joven Lloberola se pobló de una flora satánica, un poco infantil sin embargo. En el corazón de los hombres se dan dos fenómenos de una fuerza sexual terrible: el primero es el gozo de envilecerse, de arrastrarse como un perro y experimentar la molestia y el dolor físico para acercarse a la divinidad, a la idea de la divinidad y de la unión integral con Dios, a la que han aspirado algunos místicos de confesión monoteísta, utilizando estos procedimientos un tanto sádicos. El otro fenómeno lleno de fuerza sensual consiste en ahogar dentro de uno mismo las reminiscencias del temor o de la piedad, todo el subconsciente religioso y moral que parece irreductible, incluso en los temperamentos gélidos, y llegar a la falta absoluta de pudor o de escrúpulos ante quien sea. Guillermo, de una manera pueril y literaria, se inclinaba por este último fenómeno.

Guillermo planeó un nuevo chantaje al barón de Falset; lo formuló por escrito, una maravillosa redacción. Poseedor de la carta auténtica de Antonio Mates, Guillermo presentaba las cosas de tal manera que no tenía necesidad de adjudicarse ningún papel de actor en los hechos vergonzosos que constituían el argumento del chantaje; se contaban las astracanadas del matrimonio con una tercera persona, cuyo nombre silenciaba; pero Guillermo podía asegurar que existía y que él

había conocido los hechos a través de una autoconfesión hecha por aquella persona. Además, dada la posición social de Antonio Mates, aquella tercera persona tenía muy poca importancia. Como pruebas, Guillermo presentaba la existencia del anterior chantaje y el testimonio irrecusable de la carta del barón a su hermano. En caso de que Antonio Mates no quisiera entregar a Guillermo las cantidades exigidas, este encontraría la manera de difundir la noticia difamatoria en aquellos lugares que pudieran perjudicarle más. Sin embargo, Guillermo no creía tener que llegar a ese extremo, y siempre contaba con que el barón pagara.

Dos días después de saberse la noticia del asesinato de Dorotea Palau, Guillermo solicitó otra entrevista con Antonio Mates, el cual, naturalmente, desquiciado como estaba, poseído por un terror pánico, se la concedió. Guillermo cobró una cantidad considerable. El barón se la entregó con una cierta dignidad, sobre todo si tenemos en cuenta la angustia y la rabia que le consumían. Poco tiempo después Guillermo dio otra vuelta de tuerca. Fue entonces cuando el barón perdió el control, lloró, se revolcó por el suelo, amenazó de muerte a Guillermo y luego le pidió que le matase para librarle de aquella tortura; finalmente, el barón aflojó; Guillermo realizaba magníficas demostraciones de serenidad, sangre fría, mala voluntad. Después de pagar a Guillermo, el barón fue a un consejo de administración muy importante. Por entonces se realizaban los preparativos para la Exposición de Montjuïc. Vivíamos en plena juerga dictatorial y el barón de Falset entreveía magníficas gangas. Aquella era su realidad brillante y espléndida; dentro de la caja de su pecho escondía las torturas, el miedo, su realidad secreta e inconfesable. El barón llegó a pensar en si no era víctima de alucinaciones extrañas; al fin y al cabo el muchacho podía decir lo que le diese la gana; en resumen, nada de nada; ¿quién le creería?; y si le creían, ¿qué? El barón pasó algunos días tranquilo, pero de vez en cuando volvía el miedo, otra vez pensaba en la carta que había escrito; la famosa carta no le dejaba dormir. Podía haber ido en busca de Federico y echarle en cara su indelicadeza al no quemar la carta tal como él se lo pidió, exigirle que le devolviera aquel documento. Pero enseguida desistía, porque hubiera significado delatarse y revolver las cosas, y a él le interesaba que todo permaneciese absolutamente quieto, que nada respirase.

Es preciso tener siempre en cuenta la debilidad, la cobardía de un hombre anormal como el barón de Falset, y también la clase de prestigio de que gozaba y la gente que le rodeaba, para comprender un caso de acoquinamiento, un caso de pánico tan agudo, tan indefenso, como el que torturaba al barón.

Antonio Mates acudió a un jesuita famoso; él tenía cartel de gran católico y gran creyente, aunque en el fondo su religiosidad era una

farsa. Pero intentó, hizo la prueba de si aquella religión era algo vivo, de si en caso de que sobreviniera una catástrofe podía encontrar algún consuelo.

El jesuita, que era un hombre inteligente, se vio perdido. El barón de Falset era un pellejo moral; en él no había fe, ni resignación, ni arrepentimiento, ni nada; solo había un miedo conejil, asfixiante, y nada más. Antonio Mates también se dio cuenta de que todo era inútil por este camino.

Como a un hombre cobarde situado en un callejón sin salida se le ocurren increíbles vilezas, también al barón de Falset se le ocurrió una idea grotesca y criminal. Él tenía ascendiente sobre elementos turbios del Ministerio de Gobernación —el ministro era Martínez Anido— que estaban en contacto con otros elementos más turbios y de acción más directa. El barón de Falset creyó que pagando cuanto fuese preciso habría manera de que Guillermo de Lloberola desapareciese del mapa, bajo forma de accidente o —¿por qué no?— de asesinato. Habían desaparecido tantos así en Barcelona, que uno más ni se notaría. Estuvo a punto de comunicar la idea a una persona que con toda probabilidad la habría acogido muy favorablemente, pero no pudo, no tuvo valor; dudó de la persona a la que se dirigía.

Guillermo, siempre seguro de sus armas, inició un nuevo ataque. El barón tenía uno de esos días en que los nervios están más templados que de costumbre y declaró que el asunto no le interesaba. Entonces Guillermo dijo:

—¡Está bien, allá usted! ¡Yo haré lo que me parezca!

Ante el aspecto decidido del muchacho, el barón propuso una transacción, pero Guillermo entonces intentó hacer más bestial la jugada y le dijo con gran aplomo:

—Su dinero no me importa; es a usted a quien quiero perder; me lo jugaré todo, me da igual. Ni que me diera toda su fortuna callaría, ¿me entiende? Usted, que es un miserable sin la más mínima imaginación, no puede comprender la inmensa alegría que siento al hundir a una persona como usted. Aunque detrás me pierda yo, aunque eso cueste la vida de mi padre. Ya puede suponer que la muerte de un padre, o la muerte de quien sea, no significa nada ante el gozo de romper una careta tan bien sujetada como la que usted lleva sobre la nariz. No tiene ningún mérito ensuciar con un escándalo a un miserable como yo, a un gandul, a un inútil que no sirve para nada; el mérito consiste en destruir las mentiras de un farsante como usted, rodeado de curas y cuentas corrientes, harto de créditos y consideraciones. Contemplar cómo esa sociedad hipócrita a la que usted pertenece se retuerce asquerosamente por las carcajadas y los escalofríos al ver que uno de sus peces más gordos se queda en calzoncillos en medio de la calle, manchado por la infamia;

comprenda que si está en mis manos el darme este gusto, no seré tan imbécil de desaprovecharlo. Le juro que lo sabrá todo el mundo; todo el mundo sabrá quién es el barón de Falset, ¡se lo juro!

Dichas estas palabras, Guillermo dejó al barón materialmente aterrado, con la palabra en la boca.

Desde aquel día Guillermo se divirtió elaborando una infame crueldad; encontró la manera de hacerse presentar a personas que trataban muy a menudo al barón y a otras que estaban a sus órdenes; en compañía de ellas se situaba en lugares estratégicos donde el barón pudiera verle hablar y sonreírles significativamente; tuvo la cara dura de meterse en el mismísimo despacho del barón y conversar con unos cuantos de sus empleados más importantes.

Antonio Mates se consideraba perdido; quienquiera que le saludase, quienquiera que hablara con él, su susceptibilidad espantosa le hacía adivinar que aquella persona lo sabía todo, que se lo habían explicado todo; cualquier palabra la interpretaba como una indirecta; captaba un doble sentido en las cosas más inocentes. En su despacho, en sus visitas de compromiso a gentes de alto copete, en los innumerables consejos de administración, por doquier, descubría unos ojos imaginarios que le miraban, que se reían de él, que le despreciaban como al más repugnante y desgraciado de los viciosos. Y este miedo, este terrible miedo, empezó a pintársele en el rostro; le modificaba la voz, el gesto, el andar; las personas que le veían a menudo y las que no le habían visto desde hacía algún tiempo observaban en él una inquietud rarísima que no sabían a qué atribuir; pasaban los días y cada vez era más negra su situación, y finalmente todo el mundo acabó por extrañarse, todo el mundo se dio cuenta de que algo grave le ocurría, y nadie podía adivinar la causa; solo Guillermo de Lloberola, que gozaba en silencio, callado como un muerto, contemplando el martirio lento de aquel pobre hombre cargado de millones, de respetos humanos y de cobardía.

La situación era aún más sórdida en el seno de la vida conyugal. Concha preguntaba a su marido qué le pasaba. Desde que Guillermo le dio el primer sablazo, Antonio Mates manifestó a Concha su remordimiento por todo lo que había hecho, por el extremo al que había llegado, envileciéndose y envileciéndola a ella. Concha no le comprendió; ella era una mezcla de cinismo y otras cosas que el barón no sospechaba. Pensó que su marido se había vuelto idiota; en realidad, puede decirse que ella siempre le había considerado un idiota. Pero cuando el miedo adquirió aquellas proporciones de locura, Concha se asustó. Antonio Mates ocultaba la intervención de Guillermo en su desgracia; y, naturalmente, Concha no sabía nada, ni nunca supo nada de cómo Guillermo estaba hundiendo a su marido.

Concha llamó a dos o tres médicos; tal vez era un caso de

surménage, una flojedad pasajera; tal vez se podía paliar con un poco de reposo. Cuantas más cosas le recetaban a Antonio Mates, peor; no le cabía la menor duda de que todo el mundo lo sabía, de que inspiraba asco y lástima. Volvió a aceptar la idea de hacer desaparecer a Guillermo, pero ya era inútil: ¿qué obtendría con ello? La muerte de aquel muchacho ya no resolvía nada, y al horror que entonces le embargaba se hubiera unido el horror de un crimen.

Antonio Mates estaba desesperado; en tres meses, el hombre famoso por su aplomo y su sagacidad en los negocios, por su invulnerable posición social, se había convertido en un títere alicaído, impotente para limpiarse los pulmones de aquella imaginaria enfermedad infamante que no le dejaba respirar.

Le costó mucho admitirlo, pero al fin Federico comprendió que había hecho una tontería. Bobby era para él un amigo seguro y de fiar; un hombre de la vehemencia, ligereza y torpeza de Federico, necesitaba un elemento pasivo y paciente, y no todo el mundo era capaz de soportarlo con la calma, la sangre fría y la corrección de Bobby. Si Federico hubiera sido una persona reflexiva y se hubiera sabido mirar al espejo con una buena fe crítica, sin la pasión y la vanidad que le dominaban siempre que se trataba de sus cosas, tal vez no hubiera necesitado tanto a Bobby. Para un hombre sin imaginación como Federico, incapaz de tener un poco de vida interior, resultaba más molesto romper con un amigo como Bobby que romper con una amante, por muy acaramelado que estuviese. Porque las personas como Federico miran a la mujer como a un ser que les llena y les satisface durante unas horas o unos días determinados, ratos extra, al margen de las horas normales y grises. Relaciones amorosas con una mujer de esas que hacen perder la cabeza, al hombre que las sostiene pueden parecerle algo único, de una sugestión perlina, de un calor y de una imperiosidad insustituibles. Muchas veces —la inmensa mayoría— estas sugestiones y estas imperiosidades se pueden sustituir simplemente por otra mujer; e incluso se da el caso —frecuentísimo— de que, de momento, no hay necesidad de sustituirlas; es decir, se compensan por una sensación de calma, de liberación, de reposo y claridad. La vida gris y normal continúa exacta, continúa tal vez un poco más transparente, y aquellos momentos de vida privada, de incandescencia y de lirismo, una vez que se han eliminado, se ven, ya un poco pretéritos, con mucho menos lirismo y sin tanta incandescencia; antes bien, se recuerdan como una imposición que nos oprimía y de la que hemos tenido la suerte de liberarnos, y si realmente ponemos empeño, no nos resultará muy difícil pescar otra relación que produzca el mismo efecto de incandescencia y lirismo.

En cambio, si somos radicalmente perezosos, esa persona que nos

aguanta todas las trastadas, que nos acompaña a pasear si tenemos ganas o se sienta con nosotros si estamos cansados, que tiene la suficiente falta de iniciativa como para ir al teatro que queremos nosotros o para dejar de ir después de habérselo propuesto si nosotros, en vez del teatro, preferimos una novena; la persona que posee el mérito de escucharnos y de sabernos escuchar, que nos contradice cuando queremos y deseamos que nos contradiga y calla cuando nos apetece el silencio; la persona que nunca tiene un no, pero que tiene la gracia de hacer ver que niega muchas cosas; la persona con la que hemos convivido durante años y años y nos es tan útil como unos zapatos viejos que descansan los pies después de una larga caminata; este tipo de persona, si la hemos tenido como amigo sin darnos cuenta de su valor —porque lo hemos considerado natural, como una dentadura sana o unos ojos descongestionados—, el día en que desaparece de nuestro camino normal y gris por una razón cualquiera, los ratos se nos hacen interminables y nuestro paseo, nuestro club, nuestras confidencias, nuestro aperitivo, nuestro no hacer nada, e incluso nuestra abulia, no son los de antes; les falta lo que les daba apoyo. Nuestra vida es como esas mesas de café que bailan, que son incómodas y no hay manera de tomar nada sobre ellas. No todo el mundo es idóneo para sustituir a un amigo que lo era desde la adolescencia; las dificultades son más duras que cuando se trata de sustituir a una amante por otra. Las horas del amor y de la vida sentimental son fáciles de resolver; en cambio las horas descoloridas, la vida sin compensación, la digestión lenta de los minutos desnudos de pena y gloria o vestidos con las sombras de la tristeza del enardecimiento, son las que no se resuelven así como así y las que agradecen más —porque son las que más la necesitan— una colaboración desinteresada.

No es que Bobby fuese exactamente este amigo ideal de Federico; pero de todos sus conocidos era el que más se aproximaba, el que le daba esa sensación de reposo, calma y compañía. Federico nunca se había detenido a pensar en el valor de la amistad; Bobby solo le ofrecía paciencia y corrección, y estas cosas —que para Bobby no representaban un gran esfuerzo— Federico las aceptaba como si fuesen elementos de una amistad auténtica. Federico se había peleado con todo el mundo durante sus años de soltero y también después de casado; le duraba muy poco tiempo un compañero, porque, en general, para tomarse en serio a Federico era preciso ser tan poca cosa y tan inconsciente como él; eran fáciles los choques y la intemperancia colaboraba. Solo Bobby, tan diferente a Federico, tan incapaz de apasionarse o entregarse a nada, y de interesarse vivamente por la suerte de nadie, proporcionaba a Federico, mal psicólogo, el gozo de poder creer que le era fiel y, de paso, saborear el placer de

considerarse superior a Bobby.

Federico pensó que le faltaban muchas cosas después de su estúpida pelea, cuya mayor parte de culpa fue suya, y a causa de la que había perdido el trato con un hombre de primera, el único al que tenía por un buen amigo. Cuando salía del Banco Vitalicio para ir a sentarse a la terraza del Colón, no había nadie que le escuchase cuando decía que el mundo era un asco, que el país era una m…, que los catalanes eran la gente más ordinaria y más mal educada, que tenía cosquillas en el cuello, que el matrimonio era una estupidez, que no existía el amor, que los señores de aquí no saben ser señores, etc. Cuando encontraba a una mujer y le guiñaba el ojo, no podía correr a volcarse en unos oídos pacientes y proclamar que acababa de ver a una mujer despampanante, que él era el único hombre que sabía tratarlas, que era asunto hecho y que, para simpático e interesante, nadie como él; cuando los brazos le pedían un centenar de carambolas, no podía conseguir un par de brazos inteligentes y comprensivos dispuestos a dejarse ganar según el humor de Federico; cuando le habían explicado un chisme de carácter íntimo, no había esponja que lo absorbiera sin protestar, o incluso demostrando cierto interés y curiosidad; cuando quería hacer la puñeta a alguien, tirarle bolitas de pan, clavarle un mondadientes en el hígado o simplemente decirle que era un «animal», ese conejillo de Indias de sus experimentos de banalidad, de ligereza o de egoísmo, había huido de la jaula. La jaula estaba completamente vacía. Los compañeros de bridge servían para el juego y nada más; los compañeros de oficina servían para asquearle; la familia para enrarecerle el aire; el recuerdo de su padre para hacerle odiar la vida. Solo le quedaba una puerta de evasión; pero los resultados de su evasión no le ofrecían muchas garantías. Solo le quedaba Rosa Trénor, ¿Por qué precisamente Rosa Trénor? La aventura nocturna de la calle Muntaner había fracasado, estaba ligada al desasosiego de una letra de cambio, a una inmediata pelea paterna, a la ilusión novelesca de recuperar la vida de quince años atrás. Todo estaba prendido por alfileres, era epidérmico, como la mayoría de las cosas de Federico, que se montaban y desmontaban porque sí. Pero después de haber reñido con Bobby, la presencia de Rosa Trénor ya no tenía para él un interés erótico o sentimental ni un interés de rebelión y escándalo dentro de la rutina de una paz familiar falsa e indigesta; Rosa Trénor representaba para él una posible compañía y una posible amistad. Cuando años atrás fue su amante, Federico convirtió a Rosa Trénor en la receptora de todo su egoísmo; confiaba en ella; le consultaba desde el color de una corbata hasta una orientación de orden moral que se había impuesto. Rosa le conocía, le toleraba, lo entendía perfectamente. Rosa era entonces lo que nunca había conseguido ser María: la mujer de Federico. Pero pasados los

años, ella, gastada, deshecha y no tan exigente, y él, castigado, vencido, menos escrupuloso y tal vez más tolerante con las humillaciones, es decir, despojada ella de la pacotilla de mujer fatal y resignado él a acumular unos cuantos cálculos hepáticos, era posible llegar a un idilio sin violines pomposos y con una piadosa abundancia de cataplasmas.

Y así fue, Rosa prescindió un poco del contacto con Mado por la incompatibilidad de Bobby y Federico, y cada vez espació más la aceptación de ramos de camelias de última hora, porque Federico le adelantó todo el dinero que pudo, y más aún.

Federico se familiarizó con el piso de la calle Muntaner; incluso llegó a encontrar simpática a la gata espectral que lamía la taza de café, y descubrió que era una bestia que se permitía todos los gustos y prodigaba sus visitas saltando por la ventana de la cocina. Le hacía gracia verla sobre el edredón mientras él explicaba a Rosa Trénor, grotesca dentro de un pijama color vino de Alella,[39] una teoría que se acababa de inventar sobre el cultivo del guisante o sobre la manera de abortar sin peligro.

Federico intercedió en favor de la gata; Rosa le hacía traer por la portera un poco de pescado. La gata engordó y perdió su personalidad de espectro.

Un día Rosa contó a Federico la historia del perro disecado. El amo de aquel perro había sido un general vallisoletano, pequeñito, delgadito, con una vocecilla de ángel, al que pegaba su mujer. El general se enamoró de Rosa, iban a pasear cada día ante el monumento de Prim, visitaban el parque zoológico, y a la una en punto el general cogía el tranvía. El perrito, que era una especie de terrier con cruce de seminarista, los acompañaba en su paseo; se ponía pesadito y gruñón, y Rosa le llevaba dos terroncitos de azúcar que él cazaba graciosamente, abriendo la boca y poniendo los ojos en blanco como un tenor.

Un día la mujer del general se enteró del cuento; se acabó el idilio, y el general murió del disgusto. Rosa, al salir del Grill-Room, encontró una madrugada al perrito perdido por la Rambla y este le puso las patitas sobre el abrigo de castor. Rosa se indignó por el atrevimiento y lanzó un chillido, pero inmediatamente reconoció al perro del general y lloró, lo recogió maternalmente, lo metió en un taxi y se lo puso sobre la falda. El perrito vivió dos años con Rosa, hasta que un neumático le aplastó el cuello y le dejó tumbado en medio de la calle Muntaner, con los ojos abiertos a punto de reventar y un hilillo de sangre en el morro. Rosa tuvo un disgusto terrible. Conservaba en sus cajas de cartón una liga que no usaba; precisamente fue una de estas ligas la primera cosa que tocaron las uñas tétricas del general cuando ella se entregó al idilio. Rosa confió el perro a un viejo taxidermista

que disecaba animalitos para el museo del Colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana y que lo hacía baratísimo.

Una vez que estuvo disecado, Rosa le puso la histórica liga en el cuello y le hizo sitio en su dormitorio y negocio.

A Federico no le hacía la menor gracia aquella reminiscencia militar plantada sobre el armario, y pidió a Rosa que por su amor sacrificase aquel recuerdo del general. Rosa se resistió mucho; un día en que Federico hizo el disparate de ser un poco más pródigo que de costumbre, Rosa cedió a sus súplicas, y al día siguiente el trapero se llevaba el perro.

Con estas bromitas inocentes, Federico se olvidaba del lloriqueo agrio de su mujer y del tétrico cuadro familiar. Federico pasaba muchas noches fuera de casa sin dar ninguna excusa. A María ya le daba igual. Se sentía completamente divorciada de su marido, y sexualmente su naturaleza no le pedía nada. María ya tenía bastante con el órgano de los pulmones apocalípticos de su madre. Los chicos se pasaban el día entero en el colegio. La niña acababa de cumplir quince años, y los niños llevaban pantalón de golf y masticaban *chewing gum*.

Todavía no tenían ideas propias, pero María, y sobre todo su madre, les predicaban una especie de guerra santa contra Federico.

El idilio de Rosa Trénor y Federico de Lloberola duró cuatro meses y tres días; más o menos el mismo tiempo que duró la agonía de Antonio Mates, barón de Falset.

Hortensia Portell tenía una gran casa con jardín en el Paseo de la Reina Elisenda. Había acondicionado la planta baja para recibir visitas y pensando que cupiese mucha gente; un *hall* espaciosísimo, tres salones a la derecha y el comedor, y todavía otro salón un poco más pequeño, a la izquierda. En el piso de arriba estaban las habitaciones correspondientes a la vida más privada de la casa. La arquitectura era simple, de bastante buen gusto, pero un poco de pacotilla. Una de esas casas hechas en serie, que antiguamente daban sensación de opereta y ahora se resienten demasiado de la influencia del cine.

Hortensia tenía las vitrinas llenas de cosas de las bisabuelas: abanicos magníficos, tabaqueras, cajas de música, chinelas, encajes y objetos de uso desconocido para quien no fuese un experto en todas las martingalas absurdas, rancias, maravillosas y apolilladas que se guardan en las vitrinas.

Hortensia conservaba de la época del modernismo un retrato de ella y su marido tomando chocolate en un jardín, sentados sobre unas sillas rústicas pintadas de color verde regadera.

Entre los otros cuadros había falsos Grecos, falsos Goyas, falsos

Riberas. No es que tuviera demasiados cuadros falsos; últimamente los había sustituido por pinturas de moda. Era la única señora en Barcelona que poseía un Matisse y un Derain de la mejor calidad. De cuando en cuando compraba algún cuadro en las exposiciones locales, asesorada por amigos algo entendidos. Estaba muy satisfecha de su Picasso. La tela representaba un adolescente desnudo y delgaducho, que escandalizaba mucho a las señoras que entraban en la casa. Hortensia lo tenía en un lugar muy visible.

En el salón principal ocupaba un lugar preferente el histórico tapiz de los Lloberola, que, como el lector sabe, Hortensia Portell había comprado hacía ya bastantes años. Representaba una escena bíblica. Jacob, con guantes de piel de cordero, se arrodillaba a los pies de un Isaac cargado de perifollos. Isaac tenía la nariz notarial y la cabellera como formada por *spaghetti*. Rebeca les sonreía a los dos mientras cogía por las patas a una especie de ave que parecía un pollo.

Al fondo se veían los hijos y las hijas del pueblo elegido en actitud de hacer grandes aspavientos y cediendo el paso a un hombrón hirsuto y rojizo que llevaba a cuestas un jabalí, y que era Esaú.

Después del tapiz, lo más importante de aquel salón era un sofá Luis XVI, de una admirable pureza de diseño, con la fragilidad de una ninfa.

Cogió la manía de sentarse en aquel sofá el general Arbós, un caníbal sexagenario que pesaba ciento cuarenta y tres kilos; la manía del voluminoso general hacía padecer terriblemente a la dueña de la casa.

Por entonces la viuda Portell estaba gordísima. Su cabello de un rubio exagerado, y sus gafas de carey, unidos a una figura bajita y redonda, le daban un aspecto de actriz característica de comedia alemana, de esas que tratan un tema pedagógico o social. Hortensia no parecía una mujer del país, a no ser por su manera de hablar un poco agria y alborotada y por cierto aire de vecina de la calle Princesa; cualquiera que la hubiese visto la habría considerado una consecuencia del turismo internacional.

Hortensia, generalmente, daba una fiesta en su casa una vez al año. El plato fuerte consistía a veces en un cantante de tangos o en una artista de gran categoría como María Barrientos, amiga de Hortensia, aunque en aquellos últimos años parecía como si se hubiesen enfriado sus relaciones. A veces, cediendo ante los ruegos de algunas damas, organizaba una fiesta flamenca con buñuelos y churros en el jardín, y todas se ponían mantones de Manila que, para ser sinceros, era lo que más les gustaba ponerse sobre el escote, porque las damas barcelonesas siempre han tenido una probada debilidad por el flamenquismo.

La fiesta que celebró Hortensia Portell en los días en que el barón

de Falset estaba más atacado por su especial manía persecutoria, no tenía un gran objetivo artístico. Más que por otro motivo, se daba para que se reuniesen ciento cincuenta personas, para que las hojas del jardín temblasen de risas y suspiros, y para que el jazz desconcertase a los que, arriesgándose a bailar, aún tuviesen la pretensión de no abandonar el diálogo. Era a mediados de junio y hacía un calor colonial y grasiento.

A las once de la noche los salones estaban casi llenos; se rumoreaba que comparecería el dictador, que por aquellos días estaba en Barcelona en el Círculo del Ejército, y había prometido asistir después del ágape a la fiesta de Hortensia Portell.

En el *hall* se habían situado estratégicamente unos cuantos jóvenes poco conocidos, algunos de ellos jovencísimos, que querían ver a todas las personas en el momento de entrar.

Deslumbraba en los salones el brillo de brazos y espaldas; la crema rosada de las pieles y el ritmo de las respiraciones producían como un mar de olas lentas y anchas ligeramente teñidas de sangre; entre las olas flotaba de vez en cuando la medusa herpética de un cogote.

En el muestrario de escotes se daba el contraste de lo sublime y lo abominable. Aún no se había establecido la moda de la falda larga, y la flora de las piernas y los tobillos, y alguna rodilla distraída, con la diversidad de las medias de gasa, despertaban en el pensamiento la imagen de un bar con sodas ligeras, picantes y policromas.

Entre las piernas de gran estilo, se hinchaban lamentablemente, como los globos grotescos que se regalan a los niños, algunas extremidades artríticas o piernas puramente sedentarias y deformes por una maternidad excesivamente continuada. Otras llegaban a la elefantiasis, como las de Salomé Roca, una señora del peso fuerte que llevaba una cortísima túnica plateada y enseñaba todo lo que podía con una agresividad de satiresa.

Predominaban los vestidos de encaje, especialmente en negro; había muchas manchas blancas y rosadas, y algún tono de granadina y verde legumbre acompañando a las musculaturas ágiles, los brazos delgados y los tobillos de *girl*.

Aún no se habían inventado los collares de fantasía, y la reunión no respiraba el aire de otras fiestas posteriores, en las que las señoras, con tanto cristal de colores encima, parecían comparsas de una ópera faraónica. En la fiesta de Hortensia Portell solo tenían cabida las hileras de perlas y los brillantes bien dispuestos.

Muchas de las damas invitadas conocían vagamente a Hortensia Portell; otras tenían poquísimas relaciones entre los reunidos aquella noche y andaban un poco perdidas, ocupaban rincones del *hall* y no se atrevían a exhibirse a plena luz al lado de las que se habían apoderado de los sofás y los cojines.

Los hombres estaban distribuidos entre la seda y la piel, como los trocitos negros de trufa entre la carne blanca y rosada del fiambre. Muchos hacían rancho aparte o habían escogido a una muchacha para tres y reían hasta ahogarse; otros se iban a fumar bajo los árboles.

En la sala más pequeña estaban reunidos los abdómenes un poco irritados por la pretina del frac y las exigencias de la camisa con pechera almidonada. Estos abdómenes debían conformarse con unas mejillas de más de sesenta años y con una bronquitis crónica.

De vez en cuando, algún señor de la vieja guardia iba a refrescarse los bigotes blancos en la grasa perfumada de los escotes más tiernos, y volvía con una anécdota cogida entre dos dedos, delicadamente, como si fuera una mariposa, y la dejaba volar entre las narices y las risas, para untar con un poco de miel y cinismo la falta de imaginación de la arterioesclerosis.

Hacía rato que se había iniciado el baile, pero muchos chicos no bailaban. Por entonces empezaban a intoxicarse los saxofones de *blues* y de *black-bottom*, el *charleston* ya era plato de suburbio. Se atravesaba la época más espectacular y candente de Josefina Backer; el cincuenta por ciento de los hombres que estaban en casa de Hortensia Portell la habían devorado en el Folies-Bergère mientras salía de su esfera plateada enseñando las nalgas de caucho más dinámicas que nunca se hayan visto.

Muchas chicas sentían por la Backer la misma veneración que sus tías habían sentido, años atrás, por la Virgen de Montserrat. Todo estribaba en decidir la piedad por una piel negra o por otra, y en el clima de Hortensia Portell tenía más partidarios el paganismo colonial. El gobernador civil de Barcelona, que se llamaba Milans del Bosch, no sentía la misma adoración por la Backer que las tiernas bailarinas del *black-bottom*, e hizo retirar un retrato de la negra que habían exhibido en una tienda de discos, por considerarlo pornográfico.

Hortensia Portell dejaba a sus invitados una absoluta libertad de acción; los grupos se formaban según el imán de la simpatía y la amistad. Muchos grupos habituales de mesas de bridge permanecían sentados sobre un arca de novia en la misma actitud del juego, pero sin mesa y sin cartas. Los dedos de algunos muchachos no sabían qué hacer sin poder pellizcar el as de trébol o el rey de corazones, ni siquiera tenían ganas de fumar; los más desesperados se aferraban a la carne de un brazo tierno y se lo llevaban al jardín para explicarle la última historia que no tuviese un color verde subido; se contentaban con cuatro gotas de pippermint en un vaso de agua.

Las mujeres perdían personalidad con escote y peinado nocturno; tenían demasiadas aberturas en el vestido y demasiado cutis a la intemperie; se les evaporaba el alma e incluso la malicia. Ocurría algo

similar a lo que ocurre en las plazas. En general, las mujeres conservan mucho mejor el erotismo en un paseo de tarde, en un hipódromo o en una misa de doce que en la piscina.

Los hombres normales, cuando ven a tantas mujeres de media edad escotadas, con una exhibición forzada de linfatismo, creen hallarse en uno de esos prostíbulos del sur de Francia en los que toda carne es buena y no hay que ir con remilgos. Estas cosas estragan el gusto y producen efectos contraproducentes.

Había admirables ejemplares entre la vulgaridad de la etiqueta y la provocación; algún cándido coleccionista de pieles hubiera podido admirar desde los brazos de Clementina Botey, de un blanco puro teñido solamente por un tenue rubor de rosa, hasta la espalda de la condesa de Mur, de una seda criminal, casi metálica, aprisionada por un pigmento intenso y oloroso que recordaba las tostadas alucinaciones del mar Caribe.

Hortensia se sentaba bajo el tapiz, en el sofá Luis XVI. A su alrededor se distribuían las damas más respetables. La viuda Xuclá llevaba un anticuado moaré de color yema de huevo y todo el escote cubierto por estrellas de brillantes. Rafaela Coll y su hermana, la marquesa de Cardó, dos viejas jugadoras de póquer, «marcaban» a Pilar como dos prudentes *equipiers*, para que la viuda no hiciera un peligroso *sprint*. Entre el grupo destacaba la hipopotámica anatomía de la señora Valls-Darnius, que, debido a una considerable estafa de su marido en un negocio de cemento, se había jurado a sí misma no decir nunca más ni una palabra en catalán y había dado voces para que le proporcionasen un muchacho que le hiciera cosquillas de vez en cuando, costase lo que costase. Esta señora quería entrometerse en todo y resultaba un poco pesada. Del *team* de la Restauración, la más cómica era Aurelia Ribas, de los Ribas de las sedas, como todo el mundo los llamaba; tenía cuatro hermanos marqueses, y ella se había quedado sin título; solo era viuda de un procurador insignificante. Aurelia tenía cara de pez, recordaba el perfil rígido, inexpresivo y plateado de las salpas. Tenía setenta y ocho años cumplidos y acababan de operarla de un tumor de matriz; la pobre Aurelia era tan cándida que lloraba esta desgracia como la hubiera llorado una joven dama a quien la operación hubiera impedido tener más descendencia. No será preciso añadir que los lamentos de Aurelia a propósito de su matriz hacían reír delicadamente a las jugadoras de póquer.

La condesa de Sallent, cuñada de la viuda Xuclá, presidía otro grupo en el que había ejemplares de rancia nobleza. En general, esta nobleza vestía de una manera más apagada y no utilizaba tanto los institutos de belleza como la nobleza de título más fresco. Algunas de estas damas eran positivamente horribles y atortugadas. La mismísima condesa de Sallent, con todo y proceder directamente de una rama

lateral de los Cardona, parecía una castañera, y hablaba un castellano lleno de expresiones tan duras y grasientas como una torta de chicharrones. Teodora Macaia, al lado de la condesa de Sallent, tenía la magnífica y antipática majestad de un ave del paraíso. Otras, como la vieja marquesa de Figueres, estaban avergonzadas de su ridículo escote y de su piel degenerada; no se atrevían a alzar la cabeza y hablaban bajito como si rezaran el rosario.

De vez en cuando se veía algo así como una combinación de gardenias y mala fe riéndose estrepitosamente, agitando el casco flameante del cabello y avergonzando a las perlas del pecho, tal la joven baronesa de Moragues, mujer de un fabricante de objetos de goma, profundamente ordinaria pero profundamente excitante.

Un *team* deportivo de casadas jóvenes y solteras en libertad era el que formaba el grupo más numeroso y el que atraía a más hombres. Se olía allí un perfume de bebidas secas y de hierba de campo de golf. Generalmente, en este grupo estaban las mujeres más bonitas y los tocados que más recordaban el *music-hall*. Mostraban dentaduras brillantes y encías de piel de cereza unas cuantas muchachas madrileñas procedentes de la gran aristocracia, recién casadas con títulos catalanes o con industriales de aquí; estas madrileñas exhibían una delicada amargura de hueso de fruta y eran las que mantenían una conversación más desgarrada y tal vez más inteligente.

La Dictadura había facilitado, nadie sabía por qué, un intercambio femenino entre Madrid y Barcelona, dentro del mundo llamado aristocrático. También se debía a la Dictadura una resurrección de pompa grotesca, de exhibición y compraventa de títulos nobiliarios. Por entonces el régimen halagaba la vanidad de los tenderos y la pequeña nobleza a base de paradas militares de oro y uniformes y charangas. Muchas personas que nunca habían sido nada, y a las que su sórdida insignificancia no había permitido otras iniciativas que cobrar el alquiler de las casas y cortar los cupones de sus acciones, pero siempre con miseria y con miedo a empobrecerse, en aquellos años de dictadura sintieron el deseo de gastar y de lucir, de ver su nombre en los periódicos y a su mujer a cuatro metros de la reina, con un amante y una bandera para apadrinar en cualquier pueblecillo de la costa. Este aire de advenedizos y resucitados colgaba como una telaraña o como un sacudidor de la camisa con pechera de muchos caballeros que se paseaban por aquella fiesta y por otras infinitas fiestas públicas y privadas que por entonces tenían lugar en Barcelona.

Los señores de rancias familias, convencidos de que no servían para nada, arrinconados por la política democrática e industrial del país, aquellos señores que se contentaban talando bosques de sus fincas durante la guerra, criando canarios y haciendo ejercicios espirituales, salieron a la luz del día con la chatarra de sus escudos y

su infelicidad. Muchos hijos de aquellas familias ocupaban puestos en la burocracia parasitaria creada en Barcelona con motivo de la Exposición a punto de realizarse y en muchas obras públicas emprendidas por doquier. La gente que trabajaba en Hacienda, en el Gobierno Civil, en los bancos, en la administración de Aduanas, casi toda ella de Extremadura, con una vida aparte y protestataria dentro de la expansión sentimental de Barcelona, también se inventó títulos y uniformes durante la Dictadura, y también presentó señoras linfáticas y acharoladas y criaturas picantes y tabarinescas admitidas por la burguesía de pro.

Hortensia Portell no simpatizaba ni mucho menos con todo el aluvión acanallado y pomposo de la época, pero tenía a la mayoría de sus amistades y relaciones dentro del juego. Se encontraba en él como casi todas las damas de la burguesía de entonces, aficionadas a la publicidad y la exhibición. Hortensia era una mujer débil y no tenía un no para nadie; en el fondo era muy liberal y muy tolerante, pero sin convicciones arraigadas. Aquellas grandes reuniones eclécticas en su casa las inventaba su epidermis perfumada de ligereza y divagación.

Porque aquella noche, en el Paseo de la Reina Elisenda, junto a un mundo descastado y vacío, Hortensia recibía a gente que había figurado en la antigua política catalanista; hombres desligados de la mascarada, algún comerciante de buen tino, alguna cabellera gris escéptica y alguna mirada joven llena de comprensión.

La reunión de Hortensia conservaba ese aspecto de mezcla que siempre se ha observado en Barcelona en las manifestaciones pomposas. Una mezcla producida por la improvisación, el crecimiento rápido, la carencia de tiempo para controlar las cédulas personales y por esas cosas que pasan en un mundo un poco materialista en el que se respeta la marca y el precio del automóvil antes de conocer a la persona que va dentro bien repantigada, y a esa persona se le abre un crédito moral y un crédito de elegancia en proporción al precio y a la marca del automóvil. Todas estas cosas eran consecuencia de la guerra, que se disfrazaban de espantajos aristocráticos, espoleados por la mentalidad de la gente de la Dictadura.

Entre los diferentes grupos se mantenían unas conversaciones que, colocadas unas junto a otras, habrían producido el efecto del monstruo de Horacio, pero con la particularidad de que los miembros integrantes del monstruo se hubieran engullido los unos a los otros.

La parte más picante era la dominada por las lenguas de más de cincuenta años; los pulmones más aireados pasaban de los tangos al amor y del amor a los tangos.

La mayoría de los muchachos divagaban sobre chasis, carrocerías y blenorragia. Era una conversación de zumbido de moscardón, con

música de *La Montería*, que apestaba a aceite mineral y tenía color de permanganato.

Entre la gente de peso se iniciaban tímidamente los temas políticos y también se mezclaba el arte románico con la media docena de muslos más acreditados de la fiesta. Se hablaba con satisfacción de los grandes acontecimientos barceloneses, de las obras de la plaza de Cataluña, de los dos mil canónigos de las diversas diócesis españolas que vendrían a vigilar los objetos del Palacio Nacional y se pasearían por la Rambla vestidos de paisano y fumando un puro. El tema anticlerical tenía cierta aceptación entre el elemento masculino.

Las damas del salón del tapiz estaban bastante excitadas. Muchas ponían en duda la llegada del dictador. Hortensia las tranquilizaba. La joven marquesa de Lió, con su estridencia guacamayesca, decía para que la oyese todo el mundo: «He visto a Miguel esta tarde y me ha asegurado que vendría.» Las informaciones de la marquesa hacían reír por debajo de la nariz a cuatro viejas, porque se decía que la marquesa y el general Primo de Rivera se entendían.

Produjo gran expectación la llegada de Concha Pujol, baronesa de Falset; la expectación se debía a que la baronesa venía sin su marido; la acompañaban sus cuñados, que daban la sensación de que habían acudido a la fiesta solo por no dejarla sola.

Era la primera vez que Concha iba a un sitio como aquel sin su marido. Había llegado al punto culminante de su belleza. Concha debía de tener treinta o treinta y un años; todos los ojos masculinos se le clavaron como sanguijuelas en el escote; la piel de Concha era el producto más ultramarino y más ensoñado que se paseaba por Barcelona.

La presencia de esta mujer despertó muchos comentarios. El tema de Antonio Mates se hizo vivísimo e impertinente. Todo el mundo aportaba experiencias personales sobre el estado del famoso algodonero; muchos aseguraban que se había vuelto loco. Secretamente, en un grupo, se facilitaban unas referencias más turbias, pero las razones iban absolutamente desencaminadas; la causa principal de estas referencias era sin duda la propia manera de conducirse del barón de Falset, y tal vez algún detalle especial del pánico, porque Guillermo de Lloberola no había utilizado ninguna de las armas de que disponía en contra del barón.

Concha fue a parar al *team* deportivo después de haberse prestado a la comidilla de las viejas y de haberse dejado hacer algunas preguntas de mala fe.

Hortensia se escapó del *team* reumático y fue a respirar el perfume de hierba fresca que rodeaba a Concha Pujol. Como única excusa, la baronesa dijo que su marido estaba algo cansado, pero que ella no quería renunciar por nada del mundo a la fiesta de Hortensia.

Entre los hombres que fueron a mover el rabo junto a las medias de Concha Pujol, se acercó un joven de cabello rizado y facciones aniñadas, que dijo dos o tres palabras entre el fárrago de hombres que se deshacían por la piel de la baronesa. Parece ser que nadie conocía a aquel joven, porque todo el mundo preguntaba quién era.

Bobby, que estaba en un grupo de hombres, aclaró:

—Es Guillermo de Lloberola.

—¿De Lloberola? —dijo su interlocutor—. ¡Ah, ya! El hermano de aquel animal, bueno, quiero decir de tu examigo.

—Eso es —añadió Bobby, y ni él ni su interlocutor hicieron más comentarios.

Pero entre otras dos personas del grupo, Guillermo provocó las siguientes pregunta y respuesta:

—¿Quiénes son esos Lloberola?

—¿Cómo te lo diría yo…? Unos sablistas…

La marquesa de Perpinyá de Bricall y de Sant Climent protagonizó otra llegada sensacional. Entró como una reina destronada en compañía de su yerno, de dos coroneles y de su cuñada, que era de Valencia y lucía el título de duquesa de Benicarló. La marquesa de Perpinyá llevaba un vestido negro de gran severidad y un chal de oro echado sobre la espalda; era feísima y deforme, tenía la piel como estucada por un material deficiente, de un blanco de muerta. La marquesa pertenecía a la nobleza más auténtica del país. Se afirmaba que era persona de influencia decisiva en todas las cosas del régimen, que destituía capitanes generales y que en Madrid se le escuchaba como a la que más. Cada día el dictador iba a tomar café a su casa. Desde el golpe de Estado, la marquesa se había hinchado como un batracio; se decía que el golpe de Estado se decidió en su palacio de la calle Carders.

La presencia de esta dama tranquilizó a muchas señoras, porque quería decir que, efectivamente, el dictador llegaría de un momento a otro. Sin esta seguridad, la marquesa de Perpinyá no se habría tomado la molestia de ir a la fiesta de Hortensia Portell. La marquesa pasó muy tiesa entre las filas de boquiabiertos y fue a sentarse bajo el tapiz, entre la pompa ponzoñosa que ya empezaba a presentar un estado comatoso. Los generales le besaban la mano con una reverencia litúrgica y achulada, y ella reía entre hipos, con una voz seca, infrahumana, que recordaba el ruido de las nueces cuando las remueven dentro de un saco. En un rincón del *hall* había dos hombres de mediana edad; uno con un bigotito gris y un aire desengañado y ausente, y el otro con una apariencia despierta y una boca de chacal. El del bigotillo gris, al ver a la marquesa de Perpinyá, dijo a su acompañante:

—A propósito de lo que hablábamos sobre el barcelonismo, ahí tienes a esa mujer. Conozco un poco la historia de su familia; mi padre me ha hablado de ella muchas veces. El abuelo de la marquesa se lo jugó todo a la carta carlista. Vivió desterrado en Francia durante diez años; se empeñó hasta la camisa: el Gobierno liberal le había confiscado los bienes, y él aguantaba como un hombre…

—Un esfuerzo inútil, algo imbécil…, si me permites…

—Tan imbécil como quieras, pero la gente de entonces tenía un poco más de tono, sabían sacrificarse, se tomaban la vida…

—Bueno, ella también sabe sacrificarse, según he sabido. Dicen que se vendió un bosque para pagar la fiesta que ofreció el año pasado a los reyes…

—Claro, eso sí lo sabe hacer, vender bosques. Cuando no le quede ninguno por vender, ya verás. Y no es cosa de ella; son imposiciones de su yerno. ¿Qué se puede esperar de un duque excrupier y campeón de polo? Hincha su vanidad con el dinero de su suegra…

—No me negarás que es una mujer que sabe ser señora, que tiene una cierta majestad…

—La majestad del domicilio…

—No te entiendo.

—Sí, hombre, sí: a personas como la Perpinyá y otras familias chapadas a la antigua, sácalas de la casa en donde viven y no queda nada. Están acostumbradas a no moverse de sus roídos caserones, en las calles más antihigiénicas de Barcelona. El caserón tiene jardín, salones y capilla. ¿Sabes lo que significa vivir en un piso inmenso en el que la mitad está destinada a cuartos trasteros, y que, además, tiene capilla y un cura que dice misa? Toda su tradición consiste en la humedad de las paredes; más allá de esas paredes está la vida que ellos nunca han comprendido, está Barcelona, ¿me entiendes? ¿Qué ha hecho toda esta gente por el país, qué esfuerzo han aportado? Absolutamente nada. Mientras tengan bosques por talar, un cura que les diga la misa a domicilio y un par de criados que les quiten el polvo de las sillas, irán tirando. Cuando se les acaba esto, ya no son nadie. Esta marquesa tiene la mentalidad de su palacio de la calle Carders; una mentalidad muy triste e inútil. Su padre era un catalán que aún hablaba en catalán. ¿Y ella qué es? Esta mujer ¿de qué manera siente su país y su nobilísima tradición? Pues ya lo ves: casando a la única hija que tiene con un «cartagenero», un duque arruinado que, según parece, es un perfecto canalla, y yendo con la lengua fuera detrás del imbécil que nos hace la puñeta a todos…

—No grites tanto, hombre, no grites tanto…

—Juzga tú mismo si tengo o no razón en eso de la majestad del domicilio. Aquí hay un ejemplo: los Lloberola. Mientras el marqués de

Sitjar vivía en la Baja de San Pedro, parecía ser alguien; ahora los tienes arruinados, en un pisito casi de menestral; es un pobre señor Tomás y nada más. Son gentes incapaces de reaccionar, de vivir la vida tal como venga. Y los hijos del marqués son peores que los hijos de mi zapatero. Ahí tienes al pequeño, sí, ese que hablaba con la mujer de Mates; es un sinvergüenza que acabará en la cárcel…

—Todo esto me lo cuentas para convencerme de que la aristocracia catalana ha fracasado; pero no sé si son mejores esos tocineros con título que encontrarás a montones aquí dentro.

—Hombre, no sé si son mejores o peores; moralmente tal vez sean peores, que ya es mucho decir. Pero a su vanidad de recién llegados unen un interés por el trabajo, un interés incluso, si quieres, por robar y hacer negocios sucios; ya es algo…

—¡Hombre, gracias!

—Sí, quiero decir que entre ellos puede haber gente tan baja como quieras, pero tienen una iniciativa, una ambición; montan fábricas y bancos; dan trabajo al estómago del país… Muchas señoras de estas que llevan tantos brillantes y hablan un castellano tan cafre, tienen un pobre marido que trabaja las doce horas del día…

—Tu argumento no me convence; eres un materialista…

—¡Tal vez…!

—Además, toda esta gentuza, enriquecida Dios sabe cómo, va detrás del dictador y del régimen actual como los viejos aristócratas que tú condenas.

—Aún van más. Van porque les conviene; y las mujeres, por vanidad. Como son personas sin convicciones, van sin rodeos; hoy son partidarios de este general estúpido y mañana serán partidarios de una república o de un régimen comunista si ven la manera de ganar dos reales. Muchos de esos señores que ahora se inclinan y colaboran en las cosas que más envilecen al país han votado por la Lliga,[40] han aparecido como catalanistas y han paseado a sus niños con la capuchita de los Pomells de Joventut…[41]

—Sí, no te falta razón; ¡habéis hecho un papelito los catalanistas…!

—Hay pocos catalanistas. Prat de la Riba[42] decía que no llegaban a un centenar.

—¿Y desde los tiempos de Prat de la Riba no habéis aumentado un poco el grupo?

—Creo que más bien ha disminuido… ¿Ves a aquel muchacho que parece comerse el escote de Aurora Batllori? Pues aquel muchacho era de los más fanáticos e inflamados, y ahora ha aceptado un cargo muy importante que le ha proporcionado el marqués de Foronda,[43] y hay quien asegura que es confidente de la policía…

—¿Tú crees…?

—No me extrañaría. En fin, me voy bajo los árboles porque debe estar a punto de llegar esa «bestia»…

—Ya, y tú que gritas tanto, no sé cómo vienes a sitios como éste. ¡Un separatista como tú! Mañana los diarios pondrán tu nombre en los ecos de sociedad junto al de esas personas que te dan tanto asco.

—¡Qué quieres! Tal vez me criticas con toda razón. Vengo por mi amistad con Hortensia; porque divertirme, lo que se dice divertirme, me divierto muy poco… Al fin y al cabo, todos somos bastante cobardes…

Guillermo de Lloberola había sido presentado a Concha Pujol hacía muy pocos días, en el Ritz; presentado en grupo y de pie. La baronesa no notó nada especial en aquel muchacho, ni se fijó, y tampoco puede decirse que se fijara en él durante la fiesta de Hortensia. A Concha le habían presentado muchos muchachos como Guillermo y enseguida se le borraban de la memoria. Ante Guillermo, a Concha no le sucedió lo mismo que al barón de Falset; no recordó ninguna voz, ni sintió ningún pánico, porque prescindiendo de que en las dos aventuras amorosas en que intervino Guillermo había una mezcla de oscuridad y misterio, aquellas dos anécdotas miserables que para Antonio Mates —después del chantaje— representaban el más espantoso fantasma de su vida, para la mujer de Antonio Mates solo representaban dos miserables anécdotas, entre muchísimas otras miserables anécdotas.

Concha, ya en la época del chófer, e incluso antes, había tenido sus bacanales. Como una dama de Juvenal, muchas tardes había visitado casas infames y había aprovechado viajes al extranjero para dedicarse a un deporte en cuyo ejercicio no pudiera ser reconocida nunca por nadie de su mundo. Concha lo hacía por el placer de que la brutalizara la chusma. Cansada de los halagos de todo el mundo, encontraba una voluptuosidad especialísima en el empujón y el mordisco de un marinero borracho. Aquella criatura, que según las malas lenguas se retorcía como un dentón fuera del agua en Sant Pol de Mar, seguía retorciéndose como todos los peces del mar.

Debido a sus misteriosas aventuras de tarde, sufrió un percance que requirió la intervención del dermatólogo Cuyás; Concha tuvo que dar algunas explicaciones; pero el dermatólogo, como buen dermatólogo, sabía guardar el secreto profesional.

Cuyás se encontraba entre los invitados de Hortensia y sonrió a la baronesa de Falset correctísimamente. Los compañeros del dermatólogo, dos muchachos más bien rubios, tenían opiniones encontradas sobre la baronesa.

—En resumen, nada, todos sabemos de dónde ha salido; no comprendo el bombo que se le da…

—Es despampanante…

—Como tantas otras…

—Bueno, bueno, no exageremos. Te digo que es despampanante, pero lo que se dice muy despampanante…

—También es muy despampanante una muchacha a quien nadie hace caso y que está al alcance de todos. Sí, sí, no mires así; tan despampanante como ella.

—¿Cómo se llama esa preciosidad?

—No tiene apellido, solo nombre: Camelia.

—¿Y el domicilio?

—Calle Demóstenes, treinta y uno. Cada tarde, de cuatro a ocho; precio, veinticinco pesetas…

El dermatólogo sonrió sin decir ni media palabra; con unos ojillos que comentaban: «Este idiota de la calle Demóstenes no sabe lo que se dice; quiere pasar por *enfant terrible*, y, sin embargo, tal vez no se aleja demasiado de la verdad.»

Cuando ya habían dado las doce se produjo un gran revuelo y una especie de ¡aaah…! Cinco o seis personas envaradísimas acababan de entrar en la casa. Entre ellas venía un hombre alto, de escaso cabello blanco, sofocado, fatigado, vulgar, mezcla entre inspector de policía y jugador de siete y medio, y con algo de eclesiástico y de domador de tigres. Este hombre era el general Primo de Rivera.

Muchas damas se le echaron materialmente encima. El dermatólogo Cuyás susurró al oído de su vecino:

—¡Ay, señor, cuántas damas de las aquí presentes darían lo que fuera para poder ser violadas por esa «mona»!

Primo se dirigió al grupo más brillante y más gratinado. La piel de Teodora Macaia hacía brillar los ojos del dictador y le llenaba los labios de una saliva concentrada. Primo estaba cansado de toda la jornada. Llevaba en las mejillas el maquillaje natural del vino.

Las señoras lo estrujaban; él tenía palabras espiritualísimas. A las más íntimas les contó una historia de cuartel, sin mutilar nada; las damas se ahogaban de risa.

La marquesa de Lió, que no le abandonaba, dijo:

—*¡Ay, Miguel! Has estado saladísimo, saladísimo, saladísimo*…[44]

Y entre el cacareo de las ancianas, aquel «saladísimo» se iba repitiendo e iba flotando como el zapato de un náufrago.

La broma se prolongó hasta las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Al día siguiente de la fiesta de Hortensia, durante la partida de póquer que muchas tardes se celebraba en el domicilio de Rafaela Coll, se organizó una excursión a los barrios bajos, al llamado «barrio chino».[45] Los conjurados para la calaverada eran Rafaela, Teodora

Macaia, su gran amiga Isabel Sabadell, Hortensia, Bobby, el conde de Sallés, Pepe Arnau y Emilio Borrás: dos viudas, dos divorciadas, tres solteros y un casado. Rafaela era la viuda de más edad; ella había estado ya en La Criolla y en otros sitios parecidos. Hortensia también. Las que no lo conocían eran Teodora e Isabel, las dos divorciadas. Isabel y Teodora, amigas desde niñas, ambas desgraciadas en el matrimonio, estaban un poco hartas de sensaciones. Teodora ocultaba muy pocas cosas; Isabel, más bonita y más sentimental, aún creía en el amor y en la relativa fidelidad de su amigo Fernando Castelló. Entre los hombres, el conde de Sallés, el casado, resultaba uno de los personajes más excéntricos y llenos de simpatía. Se tomaba completamente en serio la etiqueta, las corbatas y el colorete. Era romántico, infantil y un poco tonto; cuando invitaba a cenar a una entretenida, hacía que las rosas de la mesa fueran del color del alma de la mujer a la que había invitado. Ya se tratase de una persona interesante o de una vulgarísima cazadora de cabritos, el conde se comportaba con ella como si el cielo le hubiera concedido la gracia de cenar con la momia de Madame de Sévigné o de Madame de Lafayette.

Hablaba de literatura, política y elegancia internacional con cierta fantasía inocente, sin darse cuenta de que muchas veces aburría a la mujer, y se le toleraba como se tolera a un niño que, además de ser muy correcto, paga espléndidamente y sin ofender nunca. El infantil conde tenía sus rabietas y sus escapes líricos; a veces se detenía en seco en plena conversación, emitía una beatífica sonrisa y por sus ojos claros se veía pasar una minúscula barquita. Era la barquita que le llevaba a pasear tranquilamente por las aguas muertas de la luna. El conde era una mezcla de hombre fino, original y de eso que se llama un mastuerzo. Su sociedad no le comprendía; se reían un poco de él; le consideraban un rollo y un pesado, pero en el fondo le apreciaban porque era una buena persona. En realidad, el conde era muy superior a todos los que le tuteaban y se sentaban a su lado en la barbería del Ecuestre. Preocupadísimo por los refinamientos y la aristocracia, vivía en Barcelona como Robinsón en la isla desierta y se escapaba a París para ver a sus amigos del Jockey, o a alguna duquesa del Faubourg St.-Germain, de lo más loco y parecida a una figura de cera con la que podía hablar de perros, de caballos, de religión y de Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses.

Emilio Borrás, tan original como el conde, era un matemático que se interesaba mucho por las artes plásticas y por la moda de las señoras. Le gustaba el mundo elegante y un poco desgarrado, como un mero espectáculo; frío, evasivo, de una incongruencia y una fragilidad femeninas, no se entregaba a nada en serio. Había quien decía que no tenía sangre en las venas. Era el prototipo del intelectualista más puro

que se pudiera dar en una sociedad barcelonesa como la de entonces. Emilio Borrás tenía mucho éxito entre las damas, por su chic especial, un poco abandonado y aparentemente desinteresado; gustaba por una timidez particular, que no se acababa de comprender y que, precisamente por eso, era más atrayente, y gustaba también porque su conversación nunca resultaba vulgar y fluctuaba entre la candidez más desconcertante y el cinismo más podrido. Emilio Borrás era católico y vivía de su trabajo.

A Pepe Arnau, que al igual que Bobby formaba parte del grupo, ya le encontramos, como recordará el lector, en la partida de bacará de Mado; al relatar los hechos de aquella noche no dimos importancia a Pepe Arnau, y ahora tampoco se la daremos, porque, ateniéndonos a lo que dijimos entonces, Pepe Arnau no presentaba otras características que las de ser gordo e infantil como un auténtico cerdo.

Las damas y los caballeros dejaron ante el Lion d'Or los coches que les conducían y se metieron a pie por la calle del Arco del Teatro.[46] Era la una de la madrugada, y la calle hervía de sombras de distraída dirección, estaba llena de gases amoniacales, y en el suelo, de vez en cuando, aparecía un gato muerto que dormía su asco eterno sobre un lecho de pieles de naranja.

Las damas iban un poco asustadas, pisando basuras y líquidos infectos, pero llenas de interés y con la ilusión de ver quién sabe qué cosas. Las esquinas y las callejuelas que contemplaban, perdidas dentro de una vaguedad de tinta, más que excitantes arteriolas con temperatura viciosa, causaban la impresión de gran pobreza, de gran suciedad, de una desolación resignada y humilde. En la calle de Perecamps, que baja hasta la calle del Cid, vieron el tétrico color rojo de farmacia que se desprende del gran anuncio luminoso de La Criolla.

Bajaron y se encontraron en aquella parte de la calle del Cid que con tanta gracia ha arreglado el Patronato de Turismo y Atracción de Extranjeros. Por entonces, aquellos barrios se preparaban para la Exposición y los explotadores iban a la caza de chinos, negros, invertidos truculentos y mujeres extraídas de la sala de disección del hospital, a las que, a medio despedazar, ponían unas faldas verdes y un chal de gitana y con un poco de bacalao en remojo colgaban dos cosas que querían parecer dos pechos; una vez arregladas así las clavaban con un clavo de herradura en la puerta de las casas más estratégicas.

Entre aquellas mujeres de sala de disección se veían otras, vivas y enteras, pero que habían pasado por un instituto de desarticulación y deformación de miembros. Alguna, picante y hasta bonita, pero con los pulmones flotándole dentro de un baño de aguardiente, lanzaba una voz ronca y de contracción estomacal como la que gastan las focas de las colecciones zoológicas cuando les echan a las narices una

sardina hedionda. Se veían hombres de todas clases, desde marineros, mecánicos y obreros perfectamente normales, hasta pederastas de labios pintados, con costras de yeso en las mejillas y los ojos cargados de rímel. Entre las gentes de desgraciada condición pululaba una clase de pobres, lisiados y carteristas que solo se encuentran en esos barrios, o es posible que en esos barrios les den un maquillaje especial, ya que los mismos hombres puestos en la Rambla son algo completamente distinto. Entre el vecindario se veían personas de condición humilde, nada pintorescas, como las que se ven en cualquier parte; pero había otras, sobre todo algunas mujeres vestidas de humo, estropajos y pieles de gato, que daban la sensación de que, si las sacaban de allí, se morirían como los peces fuera del agua, y que para poder respirar necesitaban en las venas una inyección constante de ácido úrico y col podrida. Todas las tabernas estaban untadas de extracto de cazalla; esta supuración alcohólica de las piedras es quizá la cosa de este mundo que da más idea de cadenas perpetuas de corazón y embrutecimientos sin remedio. Junto a las tabernas, las tiendas de gomas higiénicas, con bombillas azules y rojas, los objetos de caucho, de vidrio y de tela, junto a los paquetes de algodón, como una alusión canalla y poco lírica a las catástrofes del sexo, producían en el corazón del barrio una especie de mueca cínica y una repulsiva parodia del Eclesiastés: cantaban la vanidad de todo, incluso la vanidad de aquel vicio pobre, sincero, desgarrado e impúdico.

Para justificar el nombre del barrio, había un chino auténtico en un rincón de la acera. Viejo y descolorido como si su cuerpo estuviese formado por hojas de cebolla, tenía en la mano un bote de hojalata con dos dedos de una cosa negra que parecía café. Seguramente el chino estaba agonizando. Los vendedores de cosas para mascar alternaban en medio de la calle con los pobres monstruosos que presentaban mutilaciones que aterraban la vista o mostraban medio cuerpo desnudo con un brazo raquítico y retorcido sobre la espalda. Aquel tipo de pobres los distribuía la policía, que cobraba de las tabernas, para que acabasen de dar color al barrio.

Pese a la acumulación de material patológico, la humanidad allí presente parecía sacarle jugo a la vida con gran naturalidad y con una inconsciencia que bien podría pasar por optimismo; ni siquiera era preciso que el que pasase por allí se abrochara la americana con desconfianza. Las damas y los caballeros parados ante La Criolla llamaban muy poco la atención. El barrio ya estaba avezado a aquella clase de visitas, ya se había escrito mucha literatura sobre el aspecto purulento del Distrito Quinto, y los extranjeros y los curiosos del país eran recibidos en La Criolla de una manera normal y correcta. Al entrar, sobre todo si era víspera de día festivo, como ocurría aquella noche, se debía atravesar un pasillo formado por camisetas, gorras,

algún sombrero, blusones de marino, e incluso alguna trinchera elegante que acompañaba a unos morros pintados y a una pistola plateada. El visitante se veía obligado a apartar continuamente de su nariz una fluida cortina tejida con humo de tabaco, sudor natural y gotitas de ron.

Las damas que nunca habían estado allí se sentían un poco decepcionadas. Les habían contado cosas demasiado truculentas y solo veían una especie de café popular con pretensiones de *dancing*. El establecimiento era un almacén adaptado; las viejas columnas de hierro que sostenían el techo habían sido pintadas para producir la ilusión de que eran palmeras; en el techo, la pintura fingía las hojas. Los músicos estaban en una especie de palco. La orquesta era pintoresca y desacorde. Uno que tocaba la trompeta representaba al excéntrico del lugar y saltaba de un lado a otro del tablado haciéndolo temblar todo con su estruendo metálico. Dispusieron una mesita junto a la pista para los ocho visitantes. El baile estaba lleno. Entre la concurrencia había muchos obreros del barrio que tomaban café tranquilamente y bailaban con total inocencia. Ni se inmutaban si, en pleno baile, su pareja se topaba con dos degenerados o con uno que acababa de robar una bala de algodón en el puerto y lo celebraba bailando con un callo vestido de mujer. Junto al proletariado anónimo, se veían, distribuidos por las mesas, a los que sacaban jugo del prestigio de la casa. Aquella noche no había muchos. Unos llevaban la indumentaria intencionadamente afeminada; otros tenían una manera de vestir achulada. Otros, con la piel clorótica, aquejados de raquitismo o de tuberculosis, tan inidentificables, era imposible saber si eran mujeres o adolescentes, o si eran seres de otro planeta más triste y encanallado que el nuestro.

Algunos se mezclaban con las mujeres, otros se sentaban con los marinos. Teodora Macaia, con ojos de policía maravillado, los iba descubriendo y preguntaba a Bobby si se equivocaba o no; Bobby, que no era un experto en esta especialidad, y que, además, le daba mucho asco, respondía con palabras vagas. En un momento dado cambió la luz del establecimiento y comenzó un juego de luces especiales; un amarillo de ácido pícrico, un azul de metileno, un rojo de permanganato; todos los colores resultaban escandalosamente farmacéuticos y de clínica de enfermedades venéreas. Con estas luces químicas adquiría un relieve repulsivo la parte turbia del establecimiento. Ciertas caras ofrecían una inexpresividad aterradora, traían a la mente ideas de patíbulo, de manicomio, de ficha antropométrica. Poco a poco, Teodora e Isabel, las que se lo pasaban mejor, descubrieron entre las parejas del baile ejemplares de pesadilla. Un muchacho que llevaba una trinchera y un pañuelo encarnado en el cuello, completamente pintarrajeado y con el pelo como el de una

mujer, se fue afinando bajo la luz azul y los pómulos le adquirieron un color gris verdoso, de hierba de cementerio; estaba tan delgado que parecía como si de un momento a otro se le fueran a deshacer todos los huesos y a fundírsele los pulmones; la mirada de aquel muchacho era tan desolada, tan vaga, tan de otro clima, que Teodora cerró los labios, ahogó su sonrisa permanente y desvió la mirada hacia otra parte. El espectáculo humillaba al conde, no por la parte tenebrosa del asunto, porque él era muy comprensivo y muy moderno, sino por la miseria, la falta de confort y el escándalo de los gritos y las risas. Se había prestado a acompañar a las damas porque no tenía un no, y para complacer a Hortensia; pero, aunque quería disimularlo, estaba positivamente intranquilo.

Rafaela y Hortensia estaban muy interesadas por los comentarios de Emilio Borrás. El matemático miraba todo aquello con unos ojos de piedad cristiana, sin embargo sensibles a los efectos de volumen y colorido y a la acritud literaria y *bizarre* del ambiente. Emilio Borrás veía en aquellos marineros, en aquellos invertidos y en aquellas prostitutas, que no tenían otro encanto que el de la más desesperada tristeza sexual metida en los huesos, una especie de escaparate de la sinceridad de todos los instintos, sin amañamientos ni trucos de perfumería que hicieran amable la dolorosa mueca de la bestia. Para Emilio Borrás aquello era auténtico, y las risas, el sudor, el restregarse y los contactos se producían de una manera primaria, sin escrúpulos y sin vergüenza. Aquellos pederastas —algunos de ellos antiguos pistoleros; ladrones profesionales, muchos; meramente carne de prostíbulo, otrossonreían, según Emilio Borrás, de una manera inocente, casi infantil, sin dar importancia a su vicio, con la naturalidad e inconsciencia del loco y de los niños. Emilio Borrás encontraba allí dentro una cualidad de aguafuerte, citaba a los autores rusos y algunos aspectos de la novela picaresca española; sobre todo citaba a los Padres de la Iglesia; hablaba de Jesucristo… «La cuestión estriba en saber comprender estas cosas y las confesiones de san Agustín, porque esto no excluye a san Agustín ni al Kempis. Esto es una profunda verdad humana, es un documento ejemplar, una lección práctica de ejercicios espirituales. Lo considero completamente ascético. Y aquel pañuelo de color de menta es obsesionante, obsesionante.»

La convicción y el patetismo que Emilio Borras ponía en sus palabras impresionaba a Hortensia, tan literaria y tan impresionable; seguía las ideas de Emilio y sintió una gran compasión, una gran piedad por toda aquella gente que se divertía a su manera. Hortensia, que tenía un corazón de ángel, habría llamado a una de las prostitutas, la más arrastrada, la más destruida por la sífilis, la hubiera sentado a su mesa y, con un gesto de princesa de comedia infantil, le

habría puesto su collar en el cuello. Hortensia recordaba el personaje de *Crimen y castigo* de Dostoievski, Raskólnikov, quien se arrodilla a los pies de la hija de Marmeládov convertida en una prostituta ínfima; recordaba la cálida explosión que Dostoievski pone en boca de su criminal, y encontraba una serie de analogías entre aquel mundo de vómito, piedad y sufrimiento del autor ruso y la luz de azul de metileno que hacía más lívidos los rostros y más entomológico el vicio de La Criolla. Hortensia pensaba en su fiesta del día anterior, en el dinero que había gastado en champaña para dar de beber a todo aquel personal linfático y grotesco; recordaba aquel «saladísimo» que repetía la marquesa de Lyon ante el abdomen de Primo de Rivera. Hortensia se sintió miserable. Tenía los ojos humedecidos, pero no hizo ningún comentario; escuchaba a Emilio Borrás, que, en plena excitación, decía cosas agudas, de una notable sensibilidad.

Rafaela, que solo se apasionaba por el póquer y estaba acostumbrada a visitar hospitales y tenía la piel muy curtida para todo, miraba todo aquello como un mundo tan alejado del suyo, que no participaba del enternecimiento de Hortensia; más bien se preocupaba de que, con la animación del baile, ninguna de las parejas se acercase demasiado a su mesa y le ensuciase la falda. El conde hablaba de Verlaine, Oscar Wilde, Gide y Proust, y decía: «*Dégoûtant, dégoûtant, tout à fait dégoûtant.*» Pepe Arnau le explicaba cosas al oído a Isabel, e Isabel gritaba, entre risas: «¡Qué bestia eres, hijo mío! ¡Qué bestia eres!» Bobby se lo tomaba todo con mucha paciencia, y nadie sabe por qué clase de asociación, cuando el matemático acabó el discurso, Bobby preguntó a la viuda Portell:

—A propósito, Hortensia, ¿qué te dijo ayer Concha Mates? ¿No te habló de su marido?

—No, no —respondió Hortensia—; solo me dijo que estaba cansado.

—Te lo decía por lo siguiente —continuó Bobby—: me han asegurado que Concha se divorcia. Sí, sí; por eso me extrañó mucho verla en tu casa, porque parece ser que el pobre Antonio está imposible.

—Todo el mundo lo dice —dijo Hortensia—, y verás, tanto como imposible, no; parece que le han entrado manías…

—¡Oh, manías, manías! —dijo Bobby—; se trata de algo bastante grave y, además, mira, Luis me lo ha explicado. Ya sabes que Luis y él eran uña y carne; pues el otro día fue a su encuentro y le hizo un numerazo; lloró, dijo que estaba completamente perdido; cuando Luis le dijo: «Por Dios, Antonio» y fue a cogerle del brazo, él le gritó como un loco: «No me toques, no me toques; estoy manchado de infamia, de la infamia más vergonzosa de todas», y lloró como un crío. Después se calmó, y parece ser que no se acordaba de nada de lo que había dicho,

pero Luis consideró que todo aquello era muy extraño. Concha está desesperada, y lo bueno es que los médicos dicen que no tiene nada, solo ese miedo extraño y sin motivo; y estos últimos días se dice que solo le ha ido en aumento. Por eso me extrañó tanto ver a Concha en tu casa. O bien esta mujer es una fresca… o ¡no sé qué pensar!

—Es una fresca —saltó Teodora—, ni más ni menos que una fresca; tanto fingir que estaba enamorada de su marido…, tanto criticarme a mí…

—Vete a saber tú lo que hay —dijo Hortensia—, pero ¿cómo se te ha ocurrido hablarme de eso ahora?

—No sé qué decirte, por asociación de ideas —respondió Bobby—. Mates me es profundamente antipático, nunca le he podido tragar…

—Ni yo tampoco…

—¡Ay!, ni yo.

—Ni yo.

—Y yo menos —añadieron rápidamente las cuatro mujeres.

—Pero oye, Bobby —dijo Pepe Arnau—. ¿Por asociación de ideas? ¿Qué quieres decir? No acabo de entenderte.

—Hombre, no tiene importancia; cómo te lo diría. ¿Nunca te ha sucedido que al ver una regadera pienses en el dolor de muelas, o al ver a un cura se te ocurra un décimo de lotería?

—No, nunca me ha sucedido —añadió Pepe Arnau.

—¡Pues por qué diablos me lío yo! —dijo Bobby sonriendo y sin querer dar más explicaciones.

—¿Y si nos fuéramos? —preguntó el conde.

La respuesta fue pagar y levantarse de las sillas; pero Teodora no tenía bastante, quería más «sensaciones», y dirigió una pregunta a Pepe Arnau; Pepe respondió:

—Ah, por mí, sí; no tengo ningún inconveniente.

Tomaron otra vez la calle Perecamps, desierta, y de la taberna llamada Cal Sagristà salió un hombretón que empezó a seguirles. Aquel hombretón era horrible; debía de tener unos cuarenta años, iba pintarrajeado de rojo y tenía los cabellos impregnados de aceite de coco; se plantó ante ellos y, moviendo las nalgas de un modo muy triste, empezó a decir, con una voz de máscara que quiere imitar la de una mujer y con el lloriqueo sosegado y viscoso de los invertidos profesionales: «¿No tenéis un cigarrillo para la Lolita?» A las mujeres les causó una impresión extraña, de un absurdo que no habrían podido definir; en cambio, los hombres, más que sensación de angustia o de asco, sintieron un auténtico pánico. Aquel hombretón inofensivo les daba miedo, un miedo que les impedía darle un empujón o contestarle algo. El hombretón insistía en pedir «un cigarrillo para la Lolita»;[47] intentaron apartarse y apresurar el paso.

El hombretón les seguía lloriqueando y lanzando «ayes» que herían los oídos de los cuatro hombres que huían; unos «ayes» que querían imitar a los del orgasmo femenino.

—Ante algo así —dijo Emilio Borrás— uno no sabe qué hacer; se te seca la garganta y te quedas tan avergonzado que te dan ganas de echarte a llorar…

—Andas con muchos tiquis miquis —repuso Bobby. Y Bobby sentía y pensaba exactamente lo mismo que acababa de decir Emilio Borrás; sentía la misma vergüenza y las mismas ganas de llorar.

De nuevo en la calle Arco del Teatro, procuraron animarse un poco. Pepe Arnau dijo:

—Teodora quiere ir a La Sevillana.

—Un día es un día —dijo Isabel, ante la indecisión de los hombres.

—¿Pero ya sabéis que es algo repugnante? —objetó Bobby.

—¡Nos lo imaginamos! —respondió Teodora.

—Si queréis ir, vayamos; si hemos empezado… —añadió Hortensia.

—Allá vosotras —respondió Bobby.

Teodora insistió:

—Bien, no te lo tomes así; habíamos quedado en que hoy iríamos a por todas.

Acababan de ponerse de acuerdo cuando Pepe Arnau se metió en una entradilla sórdida, con unas letras luminosas que decían: «La Sevillana». Una vez arriba, les abrió la puerta una mujer de cierta edad. Bobby le musitó unas palabras, y la mujer, al pronto un poco maravillada, comprendió enseguida de qué se trataba. No era la primera vez que personas de la sociedad elegante subían las escaleras del prostíbulo infecto para ver eso que llaman «los cuadros».

A Rafaela, como era insensible, no le importaba nada. Hortensia se había ablandado con el recuerdo de Raskólnikov y de Primo de Rivera y con la literatura de Emilio; se quería sentir más rusa. Teodora tenía una fiebre especial, igual que Isabel; se encontraba algo embrutecida y tenía los nervios castigados; aquello era nuevo para ellas; era más vivo, más pintoresco que las escenas de *garçonnière*. Les producía una ilusión entre malsana e infantil. Los hombres seguían como borregos.

La mujer de mediana edad les hizo entrar en una especie de sala y alcoba, y dispuso ocho sillas de ring. La alcoba se había convertido en un pequeño escenario, del tamaño de un puño, semejante a los que hay en los centros culturales de barrio. Dieron la luz de la batería y aparecieron cuatro mujeres y dos seres que probablemente eran hombres. Los actores y las actrices no llevaban más vestido que la piel natural. El decorado lo formaban unas almohadas tiñosas; los muebles, un par de sillas. La mujer de edad mediana iba diciendo el nombre de

«los cuadros»; algunos de estos nombres recordaban un clima versallesco, otros un clima de urinario público. La mujer de cierta edad tenía, con respecto a su compañía de actores, una expresión maternal y amarga, una voz llena de telarañas, como las domadoras de perritos que se presentan en el circo. Cada vez que decía un nombre alegórico, su *troupe* se combinaba en una trabazón de cuerpos; a veces la combinación parecía un monstruo de piel hervida, con doce piernas y doce brazos. Hacía pensar en una divinidad brahmánica o en un dios azteca que hubiese perdido toda la fuerza y fuese desnudo por las carreteras, comiendo polvo y recibiendo escupitajos; era algo imposible de resistir para unos ojos que conservaran algunas gotas de piedad. Las estampas pornográficas que querían reproducir aquellas desgraciadas no pasaban de sueños enfebrecidos de cuartel colonial. La mala calidad de las pieles quitaba todo lo que de excitante pudiera tener el asunto; a veces, la *troupe*, agachada, a cuatro patas, más que realizar un truco cargado de malicia, parecía como si hubiese perdido una moneda de diez céntimos y la quisiera coger con la boca. Aquellos seres dedicados a la más embrutecida mecánica del sexo trabajaban sin el menor entusiasmo; les habían obligado a hacer todas esas aberraciones mil veces, ante un público idiota por el que sentían una gran indiferencia. Eran unos pobres artistas que actuaban en frío, con las venas aguadas por una rutina pálida y sin ningún sentido de rebeldía; algo tan glacial, tan inexpresivo, como la copulación de los insectos.

El espectáculo comportaba cierto silencio. Además, ante una cosa así, aunque al empezar pueda brotar alguna risa, enseguida se detiene la secreción de la alegría, las bocas se cierran, las mejillas se contraen y los ojos se enturbian de un líquido gris; fiebre, tristeza o vergüenza. La *troupeemitía* algún ronquido y algún suspiro; una de aquellas pobres muchachas estaba tan próxima al cuadrúpedo, o quién sabe qué, que se entusiasmó positivamente. Del escenario llegaba un tufillo de sudor y de las esencias que solo se huelen en los prostíbulos pobres.

Los cuatro caballeros estaban completamente avergonzados, no se atrevían a hacer el menor comentario; aquella salita producía una sensación de infinito: la infinita tristeza de las lágrimas y de la bestialidad que todos llevamos dentro. Emilio Borrás estaba clavado como ante un espejo que le permitiera ver todo el pus de su corazón. Bobby estaba rojo como un tomate. El conde quería superarlo, pero era inútil. Las damas, al principio, se contenían, pero enseguida se amilanaron; sentían un mareo bestial, como si dentro del estómago les diera saltos un sapo.

La fantochada duró escasamente veinte minutos; Bobby dio unos billetes a la mujer de mediana edad y salieron a la calle sin respirar.

Emilio Borrás dijo a Teodora:

—Esto hace daño; se necesita una piel de gorila para tolerar un espectáculo así; ahora bien, no se puede negar que es fuerte; ejemplar, ejemplar; solo la piedad de un santo puede comprender estas cosas; yo bien quisiera, bien quisiera…, pero no puedo…

—No sé —dijo Teodora—, me parece que le echas demasiada filosofía; a mí solo me ha parecido repugnante. Y ellas… se ganan la vida con esto.

—¡Quién sabe lo que se ganan!

—No será la gloria del cielo, supongo.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabemos del que se gana de verdad la gloria del cielo…?

—¿Y esto —dijo Isabel— es el vicio?

—No, no; esto es la infinita pobreza de la carne, la infinita tristeza de la carne —respondió Emilio—. El vicio no lo encontrarás en estos barrios. Esto no es vicio.

—Entonces —dijo Teodora—, ¿quieres decir que el vicio… somos nosotros, acaso?

—Quién sabe… —contestó Emilio Borrás.

Tenían un poco de sed, y para completar la noche entraron en Villa Rosa.

En aquella época, Villa Rosa pasaba por un momento brillante. Aparte de los restos de noctambulismo y la aportación de los cabarets, cada noche se daba cita allí un grupo de oficiales de aviación que habían descubierto el establecimiento hacía poco y se iban a saturar las alas de manzanilla y a producir ese alboroto cafre propio de los militares. Eran unos muchachos simpáticos, atezados y un poco acróbatas que tenían mucho éxito entre las mujeres. El elemento germánico y escandinavo, y sobre todo los americanos, amparaban a las artistas gitanas de la casa y se iban poniendo de un color rojo de sangre de buey; daba la impresión de que de un momento a otro les reventaría la piel; se les ablandaba la camisa almidonada y alguno de ellos la tenía completamente gelatinosa, como las tripas de bacalao hervidas. Aquella noche estaba allí un magnífico gigante que aguantaba un vaso de manzanilla sobre la nariz y se le deslizaban dos regueros de lágrimas cara abajo. Entrar en frío en Villa Rosa en una noche como aquélla era casi imprudente. Para adaptarse al estado de ebullición de las almas era absolutamente necesaria una temperatura alcohólica previa y un olfato desaprensivo.

Hacía tiempo que Bobby no había estado en Villa Rosa. Su último recuerdo era pésimo: la marquesa de Moragues le había pedido que hiciera gestiones con dos artistas de la casa para que fuesen a bailar a su casa. Las gestiones se ultimaron a primera hora de la tarde, cuando el establecimiento estaba vacío y solo flotaba el aire estancado de las

expansiones de los estómagos y de las botellas de vino que habían actuado la madrugada anterior a todo gas. Villa Rosa, a primera hora de la tarde, para Bobby, era comparable a ese estado de tristeza cerebral y a ese asco que uno siente de sí mismo después de una borrachera tumultuosa, junto al mostrador lloraba una gitana gordísima y vieja que tenía una pierna estirada sobre una silla baja, exactamente igual que Felipe II en El Escorial. La pierna de aquella mujer era deforme y estaba completamente envuelta por una venda sucia. La gitana se lamentaba porque su mal iba en aumento; decía que la causa de su desgracia era el mordisco de un gato rabioso. Un hombre delgadito, con la piel y el traje del color de jugo de pipa, le palpaba las vendas y le decía que tal vez le tendrían que cortar la pierna.

La visión de la gitana con la pierna vendada persiguió a Bobby durante muchos días. Al entrar en Villa Rosa con sus compañeros de excursión, Bobby todavía veía junto al mostrador la sombra de aquella mujerzuela mordida por un gato rabioso.

Ante una botella de solera y sentados alrededor de una mesa, Emilio Borrás seguía hablando de Jesucristo.

Hortensia, que había sustituido el alma rusa por su buen egoísmo burgués, y a la que el espectáculo del establecimiento le parecía algo artificial y perfectamente recomendable, dijo que todo lo que acababan de ver era «el pus de las heridas de la sociedad». El conde, aficionado a la divulgación científica, dijo que el pus era necesario y consistía en una defensa propia del organismo. Habló de los leucocitos y de las bacterias muertas. Isabel les pidió que dejaran tranquilo al pus y que no dijeran más porquerías.

Teodora empezó a lanzar insistentes miradas a un oficial de aeronáutica que era amigo suyo y que besuqueaba el cogote de una tanguista de veinte años, un poco borracha y bellísima; el oficial, al darse cuenta de que Teodora le miraba, la saludó muy fino, se puso colorado y dejó en paz el cogote de la tanguista.

Las gitanas de la casa, al ver a unos huéspedes tan lujosos, les fueron a cumplimentar. La Tanguera y la Mogigonga se terminaron el vino que ellos no pudieron beberse. La Tanguera les dedicó uno de sus bailes sublimes, con aquellos pataleos delicadísimos de perdiz herida.

Emilio Borrás soltó algunas frases germánicas y freudianas sobre el baile flamenco. Hortensia le escuchaba encantada. El conde quiso hacer un poco el García Sanchiz, pero las damas no se lo tomaron en serio. Bobby se frotaba el bigotillo y pensaba que él, las damas, los otros, absolutamente todos, eran una pandilla de bestias.

Salieron de Villa Rosa casi a las cinco de la madrugada. Llegaron a la Rambla y saltaron dentro de los automóviles de modo similar a cuando uno se despierta de una pesadilla y se encuentra entre sábanas

pacíficas y con el baño a punto. Se hundieron en el tapizado del coche y constataron que, efectivamente, era suyo y que no les había ocurrido ningún percance. Rafaela se pasó los dedos por las orejas, el cuello y los brazos, para asegurarse de que no le habían robado nada.

Hortensia pensaba vagamente en Raskólnikov, en los invertidos, en Primo de Rivera, en el alma rusa, en lo de La Sevillana, en la mujer de Antonio Mates; pero tenía mucho sueño y descansaba la cabeza sobre el abrigo de Isabel. Isabel aún tenía humor para ponerse *rouge* en los labios y polvo sobre el colorete de las mejillas.

Aproximadamente a la misma hora en que Hortensia Portell volvía a su casa del Paseo de la Reina Elisenda, y después de quitarse la ropa y envolverse en una bata japonesa disolvía dos comprimidos de aspirina dentro de un vaso de agua, en el Grill-Room de la calle Escudellers dos parejas de la policía hacían circular a un grupo de curiosos que estaban parados ante la puerta. Dentro del establecimiento había un poco de desorden; la gente sentada en el bar dejaba los taburetes y se iba al saloncillo del restaurante. En el saloncillo había una mesa patas arriba y en el suelo se veían: una mancha de vino negro bastante considerable, una botella rota, medio filete, una docena de patatas y una sopa completa de queso que, fuera del plato y extendida sobre la alfombra, ofrecía un aspecto repugnante.

En un rincón, el servicio de la casa y dos mujeres recién llegadas procuraban sujetar a una muchacha en pleno ataque de histeria, mientras un caballero, completamente abatido y demudado, se limpiaba con una servilleta empapada en agua fría la sangre de una herida que le habían hecho en la frente con una botella de vidrio; otro grupo de mujeres procuraba calmar a una dama que llevaba un abrigo de castor bastante raído, tenía la cara llena de arañazos y estaba sentada junto a un hombrecillo gris y correcto que la acompañaba. Por entonces, escenas así en el Grill-Room no tenían importancia y eran bastante corrientes. En el *match* que acababa de producirse, nadie se había roto ningún hueso, y la policía no creyó necesario hacer detenciones ni molestar a los actores del drama. A los dueños les interesaba dar el asunto por concluido, porque aún había poca gente en el establecimiento, pero se aproximaba la hora de la clientela.

La dama del abrigo de castor y de los arañazos era Rosa Trénor, la cual, rápidamente rehecha, desapareció acompañada por el hombrecillo y por una muchacha joven. Había acudido para organizar la gran escena, y ya no tenía nada que hacer en el Grill-Room aquella noche. El hombre de la herida en la cabeza, Federico de Lloberola, se hizo poner una tirilla de esparadrapo; la herida no tenía ninguna importancia. A la muchacha que iba con él se le había pasado el

ataque de histeria; los camareros limpiaron la alfombra, pusieron otros manteles limpios y trajeron otra botella de vino, otro filete y otra sopa de queso.

Rosa Trénor quería pelearse con Federico, pero en una forma que en verdad no significara un rompimiento definitivo. Federico no tenía ninguna intención de romper con ella, porque en su inconsciencia, y pese a salir con otras mujeres, consideraba sin embargo que las conversaciones y las cenas con Rosa Trénor le daban cierto calor de compañía y una posibilidad de contarle todas las vacuidades que se le ocurrían; y, además, pasar una noche con su amiga de vez en cuando tampoco era desagradable. Federico creía que Rosa estaba muy satisfecha de él y que el dinero que últimamente le había pedido y que no había podido darle no tenía la menor importancia. Federico creía que eso de pedir dinero lo hacía Rosa Trénor por *sport*, que tal vez ni lo necesitaba, y que si lo necesitaba también podía pasarse sin él; estaba convencido de que Rosa era una mujer poco interesada y de que no tenía precio el agradecimiento que sentía por él, por haberla convertido de nuevo en amiga y confidente de una vida tan importante como la suya.

Por todo ello, Federico empezó a tratar a Rosa Trénor de una manera algo despótica. Desde que el basurero se llevó el perrito del general, Federico dejó de ser generoso; el detalle del sacrificio del perrito fue suficiente para dar a Federico una idea completa de su dominio y de la incondicional adhesión de Rosa. Él, una vez en posesión de esta idea, se permitió el lujo de frenar la solicitud y la galantería acaramelada.

Claro está que Rosa veía las cosas de una manera completamente diferente a como se las imaginaba Federico. Rosa creía que hacía padecer a aquel hombre, que lo tenía en un puño y que las infidelidades de Federico eran despecho y venganza; constituían su correcta desesperación —Rosa creía en las desesperaciones correctas y consideraba a Federico un caballero— ante la negativa a ciertos favores que Federico pedía y que ella no le quería conceder. Estos favores solo existían en la imaginación de Rosa. Durante el primer mes de sus segundas relaciones, Rosa y él fingieron que podrían mantener un *statu quo* comprensivo; pero como los dos eran unos románticos, Rosa dejó de aceptar ramos de camelias de otros hombres (al menos así lo creía Federico), y antes del sacrificio del perrito pasaron unos quince días de verdadero amor. Aquellas cosas habían dado alas a Rosa, pero las negativas de dinero y las infidelidades últimas, que, como ya hemos dicho, ella atribuía al despecho de su amante y no les concedía importancia, la obligaban a realizar algún acto violento, alguna fantochada bastante sonada. Hacía una semana que Federico ni se había acercado por su casa, y Rosa empezó a dudar un poco. De

momento, Federico ya le servía de muy poquita cosa; pero siempre podía ser una torta a falta de pan, e incluso la situación económica de Federico podía cambiar. Don Tomás era muy viejo, podía irse al cielo en un abrir y cerrar de ojos, y a Federico siempre le caería algún dinerito.

Rosa pensó que si le mandaba a paseo de forma irrelevante, tal vez Federico, no tan apasionado como ella creía, aprovecharía la ocasión para dejarla definitivamente; si, por el contrario, Rosa realizaba una ruptura teatral, que tuviera cierta grandeza, con sangre y escándalo, eso impresionaría a Federico y le dejaría un gusanillo en el corazón; para mantener toda la fuerza patética del amor, ella confiaba mucho más en los traumatismos que en los jarros de agua fría.

Rosa se enteró de que Federico iba a la caza de una muchachita del Excelsior, una francesa que acababa de llegar a Barcelona. Montó un pequeño servicio de espionaje y les descubrió en el Grill-Room; para no ir sola pescó a un notario de Manresa, a quien sedujo en el Colón, y le hizo pagar media docena de ostras y un muslo de pollo.

La escena fue de una gran vulgaridad: insultos al hombre, tirones de pelo a la mujer. La francesita resultó ser una gata, y, después de los arañazos de rigor, se entregó a la comedia del histerismo. Federico le dijo algunas palabras duras a Rosa, y ella se permitió rajarle un poco la cabeza con el cuello de la botella previamente rota, poniendo especial cuidado en no hacerle mucho daño.

Después de marcharse Rosa, Federico, aunque había considerado la escena muy desagradable y le escocía el corte en la cabeza, estaba muy satisfecho en el fondo; una cosa así daba cartel a un hombre de su edad, le vestía de cierto prestigio de macarra y le hacía quedar muy dignamente ante el personal de la casa. «Rosa está enamorada de mí —pensaba Federico—. La prueba no falla; si no padeciese por lo que hago, si no tuviese un gran interés, no se habría embarcado en esta escena. Claro: a las mujeres hay que tratarlas así.» Y con estas optimistas ideas se tragó el primer pedacito de filete, con crueldad, clavando los dientes en el trozo de buey sangriento que cedía bajo la presión de sus maxilares, y jugueteando mientras con los pelos del cogote de la francesita, también con crueldad, lo que provocó un chillido voluptuoso en la muchacha y le hizo derramar la primera cucharada de sopa de queso.

«Sí, sí, eso es la menopausia —pensaba Federico—; es el último brote de la pasión, el canto del cisne, pero yo ya estoy harto; por un trasto como esa mujer no vale la pena comprometerse ni disgustarse.» El caballero de Lloberola tenía esta elegante manera de comentar el amor. En verdad le sobraba la razón, y en verdad era cierto que ya estaba cansado y harto de Rosa Trénor; la novela se había terminado.

El personal del Excelsior empezó a invadir el Grill-Room; la florista

despachaba en la puerta ramos de rosas y el trabajo en la cocina se hacía acuciante.

En una de las mesitas de la entrada, delante de la barra del bar, estaban sentados dos muchachos que acababan de llegar y el camarero dejó ante ellos dos whiskies, sin hacerles el menor saludo; más bien les miró con esos ojos entre condescendientes y agrios que usan los camareros con los clientes de poca importancia, que con frecuencia han olvidado el dinero para pagar la consumición.

Uno de los dos muchachos estaba algo excitado, y aunque en general era un hombre de sangre fría, aquella noche hablaba con rapidez, de una manera entrecortada; su compañero le seguía la conversación con ojos aburridos. El joven excitado decía:

—Quisiera escribir una novela sobre un caso que he vivido bastante de cerca y que conozco perfectamente. Un caso de órdago…

—¡Uf!, Barcelona está llena de cuentos; los hay a miles. No conozco el caso al que te refieres, pero solo con explicar la historia de mi madre ya tendría bastante. El argumento tiene poca importancia; la cuestión estriba en saber contar las cosas: saber hacerlas interesantes y vivas. He intentado empezar muchas veces, pero he renunciado; me gano la vida con tranquilidad…

—Yo aún no puedo renunciar. Si alguna vez publico algo, ya sé que dirán que soy falso y truculento, pero la realidad no puede ser más truculenta de lo que es. A la inmensa mayoría de personas, cuando leen una novela en la que se cuenta un hecho que va ligado con otro y con otro, y en la cadena los acontecimientos parecen cada vez más extraordinarios, y los personajes adquieren un claroscuro sin término medio demasiado melodramático, les parece que todo aquello es falso, que no es posible que en la vida se den casos así. Y la verdad es completamente distinta: en una ciudad como la nuestra, aquí, en Barcelona, sin ir más lejos, y dentro de nuestras relaciones, te topas con personajes y combinaciones que si los trasladas a un libro te llaman imbécil; créeme, no es necesario esperar un crimen sensacional y turbio, de esos que suceden de vez en cuando y que las porteras, patitiesas, leen en los diarios. Esos crímenes y esos criminales absurdos y pintorescos tienen, incluso, muy poca importancia; en cambio, hay cada señor y cada señora de quien nadie sospecharía nada, que aparentemente llevan la vida más gris y más correcta, que no son capaces del menor gesto violento ni de nada que tenga un poco de gracia espectacular, que si les pudieras mirar por dentro, si pudieras seguir sus pasos inconfesables, tendrías argumentos para dar y vender; pero argumentos de esos que resulta imposible escupir a la cara del público sin el riesgo de que te apedreen y te echen de la sociedad como un mal bicho indeseable.

—No, eso no lo dudo; estoy convencidísimo. Ahora bien, si yo

supiera escribir como quisiera saber hacerlo, no temería lo que pudieran decir de mí; lo diría sin rodeos. Lo malo es que en nuestro país no hay nadie, al menos hasta ahora no se ha hecho, que dé esta sensación directa y apasionada de la vida de nuestra gente, con todas sus miserias y con la poca grandeza que puedan tener; dices que tienes un caso interesante que contar; pues cuéntalo, prueba. Yo ya sé que no puedo, que no sé; he renunciado hace tiempo…

—Quisiera encontrar la forma de poder decir las cosas. A veces pienso quién sabe lo que soy, y me veo con fuerzas para escribir una gran novela. Pero enseguida me doy cuenta de mi holgazanería, de mi incompetencia; releo dos frases que he escrito y las veo de una cursilería y de una sosería tal que me hace pensar que la cosa no marcha. Conoces algunos de mis versos, y sabes que nunca me he atrevido a publicar nada; en mi casa habría un escándalo. Aunque siento un asco total por mi familia, tengo un poco de respeto por mi madre y me imagino la conmoción que habría, sobre todo si fuera adelante con el proyecto de ahora, ese argumento al que me veo tan ligado, hasta el punto de que en muchos momentos me doy miedo a mí mismo, me veo convertido en una especie de monstruo, que no sé de dónde he salido; es decir, yo no soy el responsable; mi abuelo o mi bisabuelo debían de ser algo muy especial; porque mi padre ya sé lo que es, lo conozco perfectamente y no es más que un monigote de los más infelices; seguramente mi madre es una santa; nunca me he atrevido a juzgarla.

—Tú lo que eres es un perezoso lleno de manías; ya está bien, con una temporadita de hacerse el bohemio y presumir de cínico ya basta, pero tendrías que trabajar en algo, hacer lo que sea; no te puedes pasar toda la vida con ese aire de incomprendido que nunca remonta el vuelo. Prueba a escribir y a continuar algo con seriedad; si no vale nada, lo tiras al fuego y renuncias, como yo he renunciado. No quiero presumir de santo; he hecho el idiota tanto como tú. En mi casa he visto las cosas más desagradables e infamantes que puedan verse, y me he dejado llevar un poco por la corriente, pero llega un día en que te dices «basta», todo se ha acabado. Me pongo a trabajar, me gano la vida y ahora pienso casarme. Tú ya no eres un niño; tampoco eres un asno. Estás bien y sano. Cuando uno es un crío nadie puede decir nada si se comporta como un crío y acepta ese tipo de favores que hacen caerle a uno la cara de vergüenza, pero ha llegado un momento en que todo eso ya no está bien; eres mayorcito; no sé con qué derecho me meto en tu vida, pero, por lo que me has contado, poco puedes esperar de tu casa…

—¡Y tan poco! Y lo más triste es que ahora estoy enamorado; sí, sí, enamorado…

—Ya era hora; es decir, tampoco es la primera vez que lo crees;

estarás enamorado como lo estabas de Gloria, de aquella que cada noche te pagaba la cena en el Lion…

—No, no; te juro que no. Estoy enamorado de la protagonista de mi novela. Una mujer a la que solo he visto cuatro veces y con la que he hablado dos sin decirle nada de particular; no creo que nunca pueda hacerme caso; es una mujer especial, fría, viciosa, absurda; la cerebral más grande de Barcelona…

—¿Ves? Todo eso son tonterías. ¿Te das cuenta de que eres un cursi? ¡Qué vas a estar enamorado! Podrida literatura y nada más; tienes treinta y uno o treinta y dos años y sigues siendo un crío, un crío bastante sinvergüenza, entendámonos…

—Tal vez sí; más degenerado de lo que crees. No me avergüenza confesarlo. Te lo juro: siento una voluptuosidad escandalosa en ser tan sinvergüenza; no lo puedes ni imaginar. La primera vez que hice algo que me pareció vil, sentí como una contracción en el estómago. Después he buscado esa contracción como una droga, como un excitante; luego ya no he notado ninguna clase de contracción, y ahora no sé qué tendría que hacer para sentirla…

—Eres un perfecto infeliz. Con tus manías de atavismos y de turbios destinos familiares acabarás siendo tan animal que un día te volverás completamente loco, y te entrarán deseos de chuparles la sangre a los niños…

—Ya sé que soy un infeliz; pero te aseguro que de vez en cuando hago algún trabajito fino. No tiene mérito; se presenta por casualidad; se trata de saber aprovechar la oportunidad y tener un poco de cara. Si la gente de este país tuviera un poco más de cara, y no creas, ya tienen una de tomo y lomo, pasarían cosas maravillosas. Barcelona parecería un cuento de *Las mil y una noches*.

—No sé qué otras cosas quieres que sucedan para que esto parezca un auténtico berenjenal. Mira, en estos últimos ocho años hemos visto un montón de cosas de todos los colores…

—Y las que veremos. Después dirán que en este país no hay temas para novelas…

En el momento en que el joven excitado acababa de decir esto, asomó la nariz por la puerta un vendedor voceando *La Vanguardia* y *El Día Gráfico*. El joven de los ojos aburridos compró *La Vanguardia*, y el joven excitado vio entre las esquelas de los muertos del día un nombre que le hizo saltar de la silla…

—¿Cómo es posible? ¿Ha muerto?

—Sí, uno de tantos; ha muerto. No era pariente tuyo. No es como para emocionarse el que se haya muerto un hombre riquísimo, que además era una bestia; supongo que no te ha dejado ni cinco…

—Veamos, veamos: déjamelo leer bien. *Ha muerto*, y no pone nada

más, no habla de sacramentos. Este hombre ha debido morir en un accidente o quién sabe cómo. A ver si dicen algo en las noticias locales… Sí, sí…, mira aquí… ¿Cómo? ¡Caray…! ¡Es horroroso! Es evidente que se trata de un suicidio. No lo dice abiertamente, claro, por respeto a la posición del difunto… Deben de haber pagado para que callen… Pero no hay duda; ese desgraciado se ha suicidado… ¡Se ha suicidado…!

—Bien, se ha suicidado; a lo mejor le iban mal los negocios. Pero ¿qué te pasa? ¿Qué culpa tienes tú de que se haya suicidado?

—Es algo muy particular, créeme; es algo interesantísimo… No, no, nunca lo hubiera dicho… Vaya mundo, ¿eh…? Mira, ¿ves allí…? Es mi hermano que está con una furcia. ¡Oh, y está de bandera…! No sé cómo tiene tanta suerte mi hermano… Honra a la familia…

—Oye, ¿cuántos whiskies te has bebido?

—El que tengo delante. ¿Por qué lo dices?

—Porque pareces curda…

—Es que… Créeme…, no, no, no seas idiota, no estoy curda; pero, créeme, la vida se presenta a veces de una manera, que cuando a veces te digo que tengo miedo de mí mismo, es verdad, no hago literatura, te lo juro…

—Mira, chico, vete a dormir; la Jenny te ha dado el plantón hoy; cuando ya no está aquí a estas horas… señal de que ha encontrado un cabrito… Como tu hermano… ¡Calla!, ¡viene tu hermano…! ¿Haréis como si no os hubierais visto?

—No, hombre, no…

Federico de Lloberola había pagado y ayudaba a la francesita a ponerse el abrigo. Salieron del restaurante y, al pasar ante la mesa de los dos muchachos, el que hablaba con voz excitada cogió por el brazo a Federico de Lloberola, y este, al verle, un poco sorprendido, pero sin dar importancia a la situación familiar, dijo:

—¿Tú por aquí? ¿Qué pasa?

—¿Sabes la noticia?

—¿Qué?

—Mira, el barón de Falset se ha suicidado.

—¡Caray! ¿Cómo ha sido eso?

—Es lo que me pregunto yo.

—Si quieres que te hable con sinceridad, no me extraña: me habían dicho que se había vuelto loco…, En fin…, ¡qué le vamos a hacer!

—Oye, ¿qué es eso que tienes en la cabeza?

—Nada, un botellazo…, no tiene importancia.

—¿Sabes que está muy bien esa chica?

—¡Qué animal eres…!

—¿Hay plan?
—Calla, hombre, calla; la acompaño a casa…
—Bien, no te enfades. Adiós…
—Adiós…

Guillermo de Lloberola iba abotonándose el pijama y sentía un frío extraño en la espalda; tenía la boca seca y un dolor de cabeza especial; en realidad tenía un poco de fiebre; se tomó el pulso: latía fuerte y de prisa. Se metió entre las sábanas y empezó a leer un libro; fue inútil, no distinguía ni una letra. Apagó la luz y le pareció tener a su lado, dentro del lecho, a aquel ser repugnante. Ocupaba todo el espacio; apenas si le dejaba lugar a él para poder respirar. Era el mismo hombre, frío, inmóvil, con el cráneo agujereado por una bala; pero de su boca aún salía un ronquido especialísimo, un ronquido bestial, de vergonzosa lujuria. No había modo de echarle de la cama, de echarle a empujones; allí estaba, tendido, rígido, con su grasienta desnudez, blanca, muerta.

Guillermo le había asesinado. El agujerito del cráneo, la sangre coagulada que le ensuciaba el rostro, todo era obra de Guillermo. El muchacho no podía suponer que las cosas tomaran aquellas proporciones. Había jugado al niño perverso, había jugado a ser canalla y tuvo la suerte de encontrar a un infeliz que se prestase a su juego. Si Guillermo hubiera topado con otra clase de hombre, es muy posible que se hubiera reído de su chantaje y le hubiera echado por la escalera. Guillermo, débil y cobarde, como todos los Lloberola, tuvo la gran suerte de topar con uno más débil y cobarde que él. Y Guillermo, criatura sin energía, sin fuerza para nada, se permitió el gusto de creerse algo importante dentro de la cofradía del cinismo. Lo más lamentable de todo era aquel malentendido, aquel engaño ridículo del pobre Guillermo de Lloberola, jugando con un hombre indefenso, metiéndole en la cabeza el virus de la locura, exprimiéndole miserablemente el dinero, y todo por un negocio tan bajo, tan triste. Guillermo, inexperto, no podía pensar que su canallada acabase de una manera tan trágica; creía que explotar a un anormal que tenía mucho, muchísimo que perder, no comportaba más trascendencia que el provecho material y el gusto de poder humillar a una persona que, por su posición económica, estaba muy por encima de Guillermo. No sospechaba que el virus de la locura pudiera actuar con una eficacia y una intensidad tan graves. Creía que solo se trataba de miedo, un miedo mezquino, y que el instinto de conservación de aquel pobre hombre sería más fuerte de lo que era. Guillermo —que también era un triste anormal— no contaba con las reacciones que se producen en las almas de los anormales, aunque sean millonarios, aunque se llamen barón de Falset y aunque estén cargados de respetos humanos.

Por otra parte, Guillermo tampoco podía sospechar que él fuese tan poderoso; le parecía que en el miedo producido por su chantaje había cierta condescendencia por parte de Antonio Mates; que Antonio Mates se había dejado timar porque todo le importaba un comino y las cantidades que había extraído Guillermo al barón de Falset eran muy poca cosa para él. Guillermo no podía creer que entre su temperamento desaprensivo y el temperamento timorato del barón hubiera tanta diferencia. No podía creer que un hombre se tomase las cosas tan a pecho, hasta el punto de olvidarlo todo, de perder el mundo de vista y suicidarse. Como no había podido suponer un final así, estaba aterrado, y, sobre todo, sorprendido.

Sentía el miedo de un niño que juega con otro y se le dispara la pistola y ve que realmente le ha quitado la vida… Guillermo no había querido hacerlo, en absoluto; y por otra parte se daba perfecta cuenta de que no había ahorrado el menor detalle, que había actuado con la suerte y la audacia de un criminal mucho más astuto que él.

En aquel proceso, Guillermo había sido víctima de una autointoxicación, de una embriaguez de literatura y de estupidez. El día en que salió de casa del barón de Falset con la letra de cincuenta mil pesetas en el bolsillo, Guillermo se palpaba el traje y las mejillas para convencerse de que era precisamente él quien había cometido aquella audacia. Y cuando se quedó con la carta del barón dirigida a su hermano, Guillermo tampoco podía creer que aquel hombre hubiese llegado a un extremo de tanta nulidad y de tanta falta de previsión. Después los hechos les arrastraron a los dos. Guillermo, exactamente igual que Antonio Mates, era un pelele movido por la fatalidad. Cuando contaba a su amigo Agustín Casals el *potinvergonzoso* del que él era uno de los protagonistas lo hacía por esa especie de deseo morboso que los anormales tienen de contar en voz alta y sea como sea sus propias vilezas con alegría infantil; de explicarlo de modo que nadie pueda sospechar que se trata de ellos.

A partir de aquel día, Guillermo se sintió animado a hacer todo lo necesario con un ser tan insignificante, y moralmente tan pobre, como Antonio Mates. La confidencia a su amigo, dicha de una manera impune, fue lo que le sirvió para espolearle el ánimo y para decidirse a plantar cara a Antonio Mates, en una escena tan bien trazada, tan digna de un profesional de la canallada.

Enfebrecido, desvelado, era el asesino real de un supuesto suicida. El monstruoso cadáver yacía dentro del lecho, con el mismo ronquido de lujuria bestial que Guillermo pudo apreciar en otro lecho de pesadilla, en el piso de la modista Dorotea Palau. Nadie sabría nunca que Guillermo era el autor de aquel crimen; no tendría que declarar, no tendría que dar ninguna explicación. Había disparado una bala a gran distancia; no quedaba ninguna huella digital en la culata de la

pistola, nada que pudiera hacer suponer que Guillermo era el asesino. Pero aquella noche poseía una facultad que tenía algún parentesco con la conciencia. Después de revolcarse sobre unos pensamientos negros y verdosos, del verde de las ortigas sepulcrales, Guillermo se dio cuenta de que su pijama estaba empapado. Se pasó la mano por el pecho y comprobó que también tenía la piel mojada. Había sudado copiosamente y se le había ido la fiebre; ya no tenía a su lado al cadáver, con su ronquido lujurioso, ya no le impedía respirar… Guillermo estaba muy fatigado y débil; intentó quitarse el pijama y ponerse ropa seca sobre la piel, pero no podía levantar los brazos, estaba abatido sobre el lecho, mareado; y entre el mareo y la inconsciencia acabó dormido como un tronco.

Al día siguiente, era muy tarde y todavía Guillermo no había dado señales de vida. Leocadia entró a despertarle. Oyó cómo su hijo gemía y se retorcía sobre el lecho como si padeciese una pesadilla. Leocadia le puso la mano en la espalda y Guillermo se despertó asustadísimo; tenía un dolor de cabeza fortísimo y tardó unos segundos en darse cuenta de la presencia de su madre.

Leocadia le dirigió dos o tres preguntas, Guillermo no contestó nada; solo sonrió: una sonrisa fresca, abierta, de niño que ha hecho una trastada y se defiende con la simpatía en los labios para que no le riñan.

Leocadia miraba a su hijo con una ternura inefable; veía aquel rostro gracioso, de pillete, un poco femenino, de ojos negros, de boca de fumador, de juerguista, de alocado integral, con su dentadura blanca, afilada, intacta. Leocadia miraba sus cabellos negros y rizados en desorden romántico, y los finos brazos dentro del pijama encarnado; Guillermo mantenía aún su sonrisa infantil. Leocadia se sentía completamente cautivada por aquella sonrisa, prisionera en la red fascinante de los labios y los dientes de su hijo. De pronto, la mirada de Guillermo se oscureció, se le contrajo la boca y apretó los dientes como si sintiera un pinchazo en el corazón. Leocadia, sacudiendo la cabeza, se le acercó hasta tocar la sábana, y entonces Guillermo le pasó los brazos por el cuello y aplastó la boca y las mejillas contra el pecho hundido de la pobre vieja, para poder respirar; sintió como si se le desgarrasen los pulmones de arriba abajo, soltó un sollozo interminable y se puso a llorar con llanto desenfrenado, fisiológico: un llanto como el de los niños, con total impudor, con la máxima sonoridad.

Leocadia soportó el llanto de su hijo sin decir palabra, sin comprender. ¿Qué hubiera conseguido, de haber intentado comprender, si aquella criatura le daba miedo?

Guillermo reaccionó enseguida. Estaba avergonzadísimo de lo que le acababa de suceder. No comprendía cómo había tenido aquella

debilidad, aquel extraño enternecimiento ante su madre. ¡Hacía tantos años que ni su madre ni nadie decían nada a su corazón…!

Guillermo se desprendió de Leocadia y salió disparado hacia el cuarto de baño. Se enjabonó de pies a cabeza y dejó que la ducha fría le cayese con fuerza sobre el pecho. Guillermo estiró los brazos, apretó los dientes y sonrió; pero con una sonrisa desgarrada, con una alegría de animal salvaje.

SEGUNDA PARTE

Habían pasado cinco años desde el día en que el barón de Falset se agujereó la cabeza de un balazo. Durante esos cinco años la vida pública del país cambió considerablemente. En Barcelona hubo sucesos de brillante trascendencia. La Exposición de Montjuïc marcó el momento de más lustre. Todo el plantel de almas que el lector conoció en casa de Hortensia Portell se inclinó ante el gran pavo real; lanzó cohetes por los ojos y confeti por la boca. Aquel verano fue una estación fosforescente; las carrocerías más lustrosas, los yates más cándidos y más empavesados deslumbraban a todos los limpiabotas de Almería que doblaban el espinazo cerca del monumento a Colón y en las terrazas de la plaza de Cataluña. Los cabarets volvieron a segregar champaña helado como en los buenos tiempos de la guerra. Los hoteles de Barcelona estaban hasta los topes; todo aquel que tenía un catre de sobra o una habitación destinada a las pulgas, tuvo como realquilado a un canónigo de Extremadura o a una pescadera de Portbou; se llegó hasta el extremo de colocar colchones en los terrados y utilizar los pararrayos como percheros. Barcelona hervía en un sofrito de grandeza y de sálvese quien pueda. Los ojos, las mejillas, la nariz y el sexo de las personas conseguían infinitos desahogos. Las fiestas nocturnas de la Exposición eran realmente un sueño, un prodigio que anonadaba a los barceloneses. «¿De dónde saldrán los millones para pagar todo este despilfarro?», se decía el hombre de la calle, con un crío en cada brazo y un perrito asomando la cabeza por el bolsillo del chaleco. El hombre de la calle sacaba el pecho para que el azul, el verde, el rosa y el misterio de la fuente del Palacio Nacional le salpicasen la corbata de ballets rusos, lágrimas de nereida y espuma ultraterrena.

Las cenas de Ambassadeurs, de la Rosaleda, de Miramar y las más económicas del Hostal del Sol y de La Pérgola, junto con el vino y las almendras tostadas del Patio del Farolillo, dilataron la inconsciencia gástrica del país. Todo el que tenía cinco duros, y aunque no los tuviese, se iba a Montjuïc. Cuando se cerraba la Exposición, la Rambla y los cabarets reventaban de público. La escuadra americana soltaba a última hora a unos muñecos agigantados, vestidos de niño, llenos de aguardiente y de vino de Málaga, que se caían por los bancos o llevaban las mujeres a cuestas, y a los que después una especie de generales brillantes y desarticulados como un charlestón metían en cintura a porrazos, amontonaban en un enorme camión y, cuando llegaban a la Puerta de la Paz,[48] descargaban en unas canoas, y los

marineros, al caer sobre la madera, producían un «chap» como de bala de algodón mojada.

La inauguración del Estadio constituyó una sublime fusión de aristocracia y democracia. Nunca se había visto una cosa semejante. Los sombreros de copa del rey, de sus hijos, de su cuñado, de sus gentilhombres, de toda la chusma municipal y provincial y de toda la burocracia parasitaria del momento, se convirtieron en las chimeneas del humo del entusiasmo. En Europa, difícilmente se han podido contemplar unos sombreros de copa más resplandecientes, más de epidermis de carbón mineral. Primo de Rivera llevaba aquella tarde un chaleco de fantasía de color coñac; el gran vientre de Primo rozaba con las americanas del pueblo. Sesenta mil sombreros saludaron al dictador y a los reyes de España. Las infantas permanecían estáticas en la tribuna central, con unos vestidos vaporosos hechos de granizados de fresa: eran unas muchachas altas, tímidas, un poco tristes.

La flamante plaza de España vio multiplicada su humanidad el día en que se inauguró la Exposición, como si los hombres fuesen hormigas, o como si todas las hormigas del país se hubieran hecho hinchar por una bomba de aire y hubieran ido a robar las americanas y las faldas de los establecimientos dedicados a su venta.

Aquel día fue la letra inicial de un himno que parecía iba a ser inacabable. Era el himno sexual y estomacal de Barcelona. Los murcianos trabajaban en las obras públicas a un ritmo de java. Los murcianos, negrísimos, con sudor hasta en los huesos, ni tenían tiempo para pensar en huelgas; los jefes sindicalistas que habían escapado a las balas de Martínez Anido estaban en el extranjero; los que consiguieron quedarse se dedicaban a contemplar piernas en el Paralelo y a beber agua con anises que les regalaba el jefe de policía. Barcelona había olvidado la existencia de las pistolas. Había olvidado la existencia de la virilidad; solo creía en aquellos chorros polícromos que se alzaban cada noche desde el Palacio Nacional. La gente apenas si recordaba los nombres de los concejales y de los diputados provinciales. Solo sabía que mandaba Foronda. Foronda lo era todo, más que el dictador, más que el rey; Milá y Camps y el barón de Viver hacían lo que Foronda quería. Quien tuviera la piel un poco dura y espalda propicia a la inclinación, podía hacerse con algún hueso. Toda la rapacidad troglodítica de los empleados de Hacienda, de los coroneles, de los policías y de los canónigos se manifestó con el más vil impudor. Milá y Camps se volvió un poco chalado, se creyó una especie de Lorenzo de Médicis; llamó a todos los pintores, todos los escultores, todos los orfebres. En el Palacio de la Generalitat, la locura de Milá y Camps quedó plasmada en las paredes con las pinturas más grotescas e infames que se hayan pintado jamás. Un puñado de artistas desaprensivos interpretaron la historia reaccionaria de España

al gusto de Milá y Camps. Al fantástico aristócrata se le convirtió la visión del mundo en una especie de manicomio de aristas góticas; el arquitecto Rubió y Bellver le iba hinchando la cabeza con un fuelle para que aún fuese más monstruosa su locura gótica. Milá y Camps quería que le concediesen el toisón de oro, quería que le nombrasen virrey de Cataluña y quería entrar en la catedral en una carroza tirada por todos los leones del Parque. En Madrid le dejaban distraerse con sus rutilantes chiquilladas y daban órdenes concretas a Foronda. En un momento dado, el barón de Viver estuvo a punto de morir ahorcado en los bigotes teñidos y ásperos de aquel marqués, dueño de los tranvías y del dinero de la ciudad.

Se entronizó la imagen del Corazón de Jesús en todas las capitanías generales y en todos los casinos militares, en los que se jugaba al póquer y se proyectaba el asesinato de las prostitutas, como el de una pobre muchacha a la que arrojaron desde un balcón del pasaje Escudellers, con los riñones agujereados por una espada que se había hecho famosa en los desastres africanos.

Los obispos y los arzobispos fomentaban la orgía reaccionaria. Los canónigos enviados a Barcelona para custodiar el tesoro del Palacio Nacional consumían dos mil litros diarios de manzanilla, y les reservaron la carne íntegra de todos los toros que se lidiaban en la Monumental y en las Arenas; para comer un bocadillo del primer toro había cola de canónigos. El dictador resucitó la mentalidad propia de los «generales bonitos» y de algunos cabecillas carlistas del siglo XIX, que aumentaban la temperatura de los prostíbulos y de las sacristías para que el pueblo viviese con la baba acaramelada pegada a los labios. En este aspecto y en otros, el dictador, que en el fondo despertaba una simpatía tartarinesca, recordaba al famoso Savalls.

Barcelona fulguró como una estrella internacional; sin embargo, los «violines» de los magnates de la situación alcanzaron proporciones cósmicas en la propaganda que de la Exposición se hacía en el extranjero: quien no robaba descaradísimamente era porque el pobre desgraciado no tenía dedos.

Pasado algún tiempo, la gente se estremecía al pensar en cómo se habían podido tolerar tantas cosas. Era muy natural que se tolerasen y aceptasen. Los políticos saben que nada hay tan variable, tan engatusable, tan corruptible como una multitud. Y Barcelona, Cataluña y España, entonces, fueron eso: una gran multitud de delgados intestinos y pasmadas mejillas. La Dictadura llenaba de mendrugos los abdómenes canijos y organizaba unos pocos fuegos artificiales para dar un reflejo de roja felicidad a las mejillas. La estupidez y la cobardía de todo el mundo contribuyeron a aquel juego, pero no se puede negar que Barcelona tuvo un momento brillante, maravillosamente decorativo.

La aristocracia rancia y la aristocracia nueva, que han asomado ya la nariz en este libro, se sintieron algo importante. Los neumáticos sobre los que rodaban Hispanos y Rolls tenían cierta grandeza de catapulta romana: el acolchonado de los coches estaba un poco raído, pero tenía un jadeo humano, como los pechos de los esclavos. Las nalgas aristocráticas, que lo aplastaban materialmente al volver de un besamanos a la reina, podían presenciar la genuflexión de todos los murcianos, fijando raíles y reventando cañerías, sin el peligro de un balazo.

Pero no duró mucho tiempo la felicidad; empezaron a tambalear los valores; empezó a tambalear la moneda; el dictador estaba cansado y todo el mundo estaba cansado del dictador. El rey le pegó un puntapié en la tripa con esa frialdad y esa crueldad geológica que gastan los reyes. El dictador tuvo la suerte de morir en París de una manera gris y decente; de este modo nadie pidió su cabeza. En definitiva, fue una biología franca, primaria y nada perversa. Una biología de esas que se crían en los cuarteles españoles, entre una botella de vino, una partida de cartas y una bella Chelito cualquiera, con camisón de lacitos y zarandeando el vientre. El dictador quiso continuar en España la anarquía militar del siglo XIX, detenida por el sistema político de Cánovas. Cuando Primo de Rivera cesó, ni la anarquía militar ni el sistema político de Cánovas se tenían en pie. La monarquía pasó una temporada con el agua hasta el cuello, y todos los cables que le echaron resultaron cortos. En Jaca fusilaron a dos capitanes que soñaban ideas comunistas, pero las cosas aún empeoraron. Unos meses después, los nombres de aquellos oficiales tenían una calle o una plaza en todas las ciudades y pueblecitos de España. Y un día la gente saltó de la cama y se encontró con la República en la calle. La gente se aferró a la República de un modo maravillado e infantil, sin sangre, sin venganzas. El conde de Romanones fue a despedir a la reina al Escorial. El conde estaba en la estación, sentado en un banco de madera, con el sombrero torcido, con el bigote y unos ojillos desoladamente históricos; junto al zapato del conde había una botella vacía de sinalco. En aquella época, en El Escorial, aún bebían sinalco.

La reina salió de España como una señorita de compañía con un collar de lágrimas. Nadie se atrevió a robarle ninguna de las rosas deshojadas que llevaba en un gran ramo pálido y brumoso, regado por el lloriqueo de la aristocracia.

Ya hacía horas que el rey había huido. En Barcelona se proclamó la República Catalana,[49] y la plaza de San Jaime vivió los días más sublimes, más cargados de sudor y entusiasmo de su historia.

Durante aquellos cinco años la vida privada de las personas que hemos conocido en las páginas de este libro fue resolviendo el

interrogante cotidiano con la venda en los ojos que a todos nos pone el Destino. Los Lloberola pasaron muchas espinas. El momento más agrio para don Tomás coincidió con el momento más brillante de la Exposición: fue cosa de una herencia fracasada.

Don Tomás tenía una tía carnal, la hermana menor de su padre, a la que unos cuatrocientos barceloneses llamaban tía Paulina, aunque no tuviesen ningún parentesco con ella. Tía Paulina se quedó viuda bastante joven. Heredó toda la fortuna de su marido sin el menor gravamen; además, no tenía parientes por parte del difunto. Tía Paulina poseía intacta la tajada que se llevó del patrimonio Lloberola, porque, aunque el padre de don Tomás había sido heredero absoluto, la parte de la legítima que le tocó representaba entonces un patrimonio considerable, que quintuplicó su valor con el tiempo.

Los únicos herederos posibles de tía Paulina eran don Tomás, sus hermanos y un primo segundo de don Tomás, el barón de Gresol, que, aunque pariente lejano, era ahijado de tía Paulina, y esta siempre le había demostrado un gran afecto.

Tía Paulina había nacido en 1840, en la casa solariega de los Lloberola. Su nacimiento fue perfumado por los últimos brotes de pólvora de la primera guerra civil. Hizo la comunión con un miriñaque pequeñito que le llegaba por bajo la rodilla, y del miriñaque salían unos calzones abombados de seda blanca que acababan tapándole los piececillos de perdiz con unas coronas de encaje. Tía Paulina fue una criatura anémica y silenciosa, horrorizada por la idea del demonio, de los francmasones y de la reina Isabel II. Pasaba los inviernos encerrada en un colegio de monjas de la Sagrada Familia que le hacían cantar canciones bajo los árboles de un húmedo jardín y le enseñaban a bordar sobre cañamazo. Tía Paulina bordaba sobre el cañamazo la imagen del Niño Jesús, la imagen del general Zumalacárregui y el escudo de la familia Lloberola con lana de todos los colores.

Durante los veranos, tía Paulina se trasladaba a un pueblecillo cercano a Perpiñán donde los Lloberola poseían una finca. Casi todo el viaje lo hacían en unas diligencias monumentales y desarticuladas. Tía Paulina, durante el viaje, se asfixiaba de calor y se ponía encarnada como una fucsia. Una vez, al pasar por la provincia de Gerona, la diligencia fue asaltada y escopeteada por unos bandoleros; un hombrón cogió a tía Paulina y le metió una manaza peluda dentro de la tibiez del corpiño, por si llevaba allí joyas escondidas. Tía Paulina tenía dos pechos pequeñitos y verdosos como dos almendrucos, y se desmayó. Después, durante cuatro años seguidos, contó a los curas que la confesaban que un hombrón la había tocado de aquel modo. Tía Paulina, en la finca de Perpiñán, escuchaba la canción de los grillos y de las currucas. La peinaban cada día y la bañaban dos veces

al año, con el cuerpecillo tapado por una larga camisa como de tela de saco que le llegaba hasta los pies. Tía Paulina era blanca y triste; leía *Les Martyrs* de Chateaubriand y una novelita francesa muy romántica que se titulaba *Le Siège de la Rochelle*. Aquella novela le proporcionó un criterio sobre el amor.

A los dieciocho años la casaron con el señor de Llinars, que, aunque simpatizante carlista por conveniencias familiares, era un volteriano un poco brutal; pasaba con gran facilidad de la pólvora a la risa. Para la pobre tía Paulina la noche de bodas fue una noche monstruosa; de nada le sirvieron las instrucciones que le dio su madre.

A los dos años de matrimonio empezó a sentir una adoración profunda por su marido. Aunque padecía al darse cuenta de que el señor de Llinars no era nada devoto, el bigote de aquel apoplético —un bigote exactamente igual al que llevaba Napoleón III— le había atravesado el corazón.

El señor de Llinars fecundó a todas las camareras y cocineras de su casa, pero no consiguió fecundar las entrañas de tía Paulina.

Las criadas del señor de Llinars, cuando manifestaban su estado, y a veces sin manifestarlo, eran despedidas y se volvían a su pueblo. Los hijos naturales del señor de Llinars recogieron boñigas por las carreteras de las cuatro provincias catalanas. Uno que salió más despabiladlo que los otros entró en un seminario, y con el tiempo escribió un *Mes de María* y murió como un santito.

El señor de Llinars tenía veinticinco años más que su mujer. Las únicas actividades que le apasionaban eran jugar al tresillo y comer las nueces tiernas que le enviaban de sus fincas. Su casa estaba emplazada en la calle Mercaders: era un caserón inmenso, con un jardín cuadrado en el que alargaban el pescuezo dos palmeras como dos condenados dentro de un pozo. El señor de Llinars jugaba cada tarde con don José Rocafiguera, con un aragonés llamado Ceballos y con el abuelo del autor de este libro. Ceballos tenía una sexualidad militar y un alma de espadas y flores de lirio. Mientras jugaban al tresillo, tía Paulina y otras damas, con un braserillo en los pies, tejían calcetines de lana para el señor de Llinars, entre la canción de un canario y los maullidos de una gata insatisfecha. A veces bordaban una capa para una Virgen o cortaban calzoncillos para los pobres de las «conferencias de san Vicente».

Ceballos estaba enamorado de tía Paulina, y alguien sopló algo a los oídos del señor de Llinars, que era celosísimo, más que un tigre. Tía Paulina desconocía la gran pasión de Ceballos, pero notó que el bigote de su marido, cuando pasaba por su sotabarba, tenía las pretensiones de un puñal florentino. Un día el señor de Llinars le espetó cuatro cosas a Ceballos; hubo un duelo. Ceballos tuvo la mala pata de meter una bala en el corazón del señor de Llinars. Abandonó

el sombrero de copa y la pistola en el campo de honor y huyó como un loco. Poco tiempo después se hacía matar en Seo de Urgel, luchando junto a los carlistas, en el mismo momento en que Savalls traicionaba la santa causa, pactando con Martínez Campos, en el Hostal de la Corda.

Tía Paulina enviudó a los treinta y seis años. Ella veía que el alma de su marido había ido a parar al infierno; pero como no estaba totalmente segura, consideró que nada perdía si dedicaba todo lo que le quedase de vida a rogar por el eterno descanso del señor de Llinars.

Desde entonces, la vida de tía Paulina podría citarse como una vida ejemplar si los años no hubieran convertido su corazón en una cosa reseca, amarillenta y ácida; muchos creían que en el lugar del corazón tenía un limón. Al tiempo que el señor de Llinars adiestraba a las criadas por el mal camino, la tía Paulina les hacía cantar el trisagio hasta cuando sacaban las tripas del pescado. Desde que apuntaba el día hasta las nueve de la noche, cuando todo el mundo se iba a dormir, en el inmenso caserón de tía Paulina se oía la música del estropajo, de la escoba, de los zorros, de la pala del lavadero y del aventador de la cocina, acompañando a unas voces rupestres y desafinadas que no cesaban de repetir: «*Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.*» Tía Paulina llenó el piso de jaulas de pájaros; tenía cinco papagayos, que también le cantaban el trisagio, y un mirlo que se lo silbaba. Pero tía Paulina no podía descuidarse, porque los pájaros olvidaban fácilmente el sonsonete piadoso y se les iba el corazón detrás del tanguillo que se cantaba por aquella época, un tanguillo que decía así: «*Cariño, no hay mejor café que el de Puerto Rico*…»

Tía Paulina pasaba unos dramas terribles con sus criadas —mantenía seis o siete, porque la casa era inmensa y ella tenía el vicio de la limpieza—; a veces cogía celos de una y aborrecía a otra. Las criadas la explotaban, la atolondraban, le llenaban los oídos de chismorreo y mala fe. Cuando llegaba alguna del pueblo, todavía tibia por el aliento de una vaca y la lengua de un mozo, tía Paulina le aplastaba el pecho rebelde con la lana de los escapularios. Si sospechaba que tenía novio, tía Paulina se encerraba con ella en una habitación e intentaba fascinarla como una serpiente. Si la muchacha era blanda, sucumbía al ascetismo; si se rebelaba, no le quedaba otra opción que irse a la calle. Tía Paulina reunió un servicio especial, unas muchachas humildes, sin color, sin sexo; todas llevaban hábito y solo salían de noche una vez al año: con motivo de la misa del gallo.

Antes de la reforma de Barcelona, tía Paulina nunca había estado en la plaza de Cataluña, y apenas si había asomado la nariz a la Rambla, pasando por Puertaferrisa. Solo conocía de nuestra ciudad la calle Mercaders, la calle del Puente de la Parra, la Riera de San Juan, la plaza de las Beatas, la Baja de San Pedro, la calle Carders, la plaza

Nueva, la calle del Infierno, la calle Ripoll, la catedral, Santa María, el Pino, San Justo y San Jaime. Durante meses y meses solo salía de casa para oír misa en la capilla de la Ayuda. Los domingos iba dos veces: a primera hora, y después a misa de doce; para ir a la iglesia siempre llevaba una sillita plegable, porque no quería sentarse en las sillas comunes por temor a coger pulgas. Cuando empezaron a acosarla los cabellos blancos y el reuma, se hacía llevar la sillita por una criada, y en la misa de doce de la Ayuda, se paraba un ratito en la puerta a charlar con los pocos conocidos con los que se relacionaba. Uno de ellos era don Manuel Durán y Bas,[50] que también iba a la misma misa del bracete de su señora. Don Manuel Durán y Bas era el abogado de tía Paulina y ella gastaba con él muchos cumplidos. Fue uno de los últimos caballeros de Barcelona que usaron el sombrero de copa a todas horas. En sus últimos tiempos iba cargado de espaldas, y eso le hacía parecer pequeñito; los ojos se le aburrían bajo unas cejas peludísimas y desmayadas, y el bigote —el más blanco y el más poblado del país— le caía ante la boca como un gran telón de tristeza. Don Manuel estaba casi ciego, levantaba la cabeza que se le hundía dentro de la rigidez de la espalda, y a través de unas gafas de oro fijadas en la nariz miraba aquella almendra tostada que era tía Paulina, hinchada por los corpiños, las enaguas, los refajos y la ropa más negra y más desolada del mundo, con cuatro pelos en la peluca blancuzca teñida de amarillo como los dedos de los fumadores, a causa de las aguas que le ponía la peluquera, y con una mantilla tímida y desamparada como un hospicio.

Tía Paulina hablaba con don Manuel de cosas de su tiempo y de hipotecas; también hablaban de una antigua amiga de don Manuel que había ido al colegio de tía Paulina y que murió muy jovencita en una epidemia de cólera.

Cuando tía Paulina precisaba una confesión importante, se iba a la catedral y quemaba un par de horas tras la rejilla del canónigo penitenciario. Si solo se trataba de lo que ella llamaba «reconciliarse», lo resolvía en la Ayuda simplemente, con un fraile cualquiera.

La reforma de Barcelona perjudicó a tía Paulina, porque la demolición practicada en sus barrios la obligó a cambiar la idea topográfica que tenía del mundo.

Don Tomás de Lloberola siempre trató a su tía con grandes consideraciones y con un interés muy especial. En el empeño de atraérsela, don Tomás mantenía una competencia con el barón de Gresol, el pariente ahijado de su tía.

Tenían en cuenta quién le había hecho más visitas al mes, quién le había enviado los chorizos más hermosos con motivo de la matanza del cerdo, el pastel más grande el día de San Antonio el de los burros, o los dulces más de su gusto el día de Todos los Santos. Leocadia la

visitaba con sus hijos, que, cuando eran pequeños, sentían ante tía Paulina una especie de horror; invariablemente la tía les regalaba seis onzas de caramelos de la Abeja, ácidos como ella misma. La competencia entre don Tomás y el barón terminó en un odio encarnizado entre los dos parientes, y se tradujo en chismorreos que iban a explicar a tía Paulina sobre las desatenciones que habían tenido para con ella el uno o el otro de los aspirantes a su herencia.

Las dos hermanas de don Tomás, Claudia, la soltera, y Anita, la casada con don Ramón de Francolí, cada una por su lado, intrigaban agarradas a las faldas de la tía, y entre todos los sobrinos la mantenían en vilo. Cuando se produjo el desastre económico de don Tomás, tía Paulina, pese a su gran avaricia, ayudó un poco a su sobrino. Don Tomás no quiso abusar y lo que hizo fue multiplicar las solicitudes y las ternuras; decía un «tía…» y un «¡ay, tía…!» y un «¡pero, tía…!» que parecían dictados por los ángeles. Don Tomás le hacía carantoñas y se retorcía ante ella como un perro con la cola untada de miel.

Ya antes de la época de los grandes apuros económicos, los sobrinos Lloberola se preparaban, durante el verano, para tener invitada una pequeña temporada, en sus respectivas fincas, a tía Paulina.

Cuando iba a Can Lloberola, Leocadia enfermaba debido a sus esfuerzos por quedar bien. Nada le gustaba a tía Paulina; debían hacerle unos requisitos especialísimos. Cada mañana se libraba una batalla entre la cocinera y Leocadia. Tía Paulina siempre se quejaba de frío. Si hacía un calor asfixiante, la pobre Leocadia debía permanecer con los balcones cerrados para que la tía no se constipase. Se llegó al extremo de matar dos pavos porque hacían mucho ruido por la mañana temprano y no dejaban dormir a la tía. Si paseaban por un camino y veían venir a dos trabajadores del campo, se apartaban o volvían atrás, para que, caso de pasar junto a la tía, los dos trabajadores no soltaran una palabra un poco fuerte que pudiera disgustarla.

Durante los últimos años Leocadia tuvo que soportar todas las impertinencias y todas las rarezas de tía Paulina, que, pese a su avanzadísima edad, aún tenía la cabeza clara y daba más guerra que nunca. La única esperanza de don Tomás de Lloberola era la herencia de tía Paulina. Encerrado en su piso de la calle Mallorca y reducido a un estado precario, don Tomás aún pensaba en el posible bocado de aquella herencia. La tía no gastaba nada, acumulaba las rentas, y los Lloberola le calculaban una respetable fortuna.

Pero ni don Tomás, ni sus hermanas, ni el barón de Gresol, contaban con la bestia negra que les daría al traste con todas las combinaciones. Cándidos, no se dieron cuenta de que otra persona, sin hacer tantas visitas, ni enviar tantos pasteles, ni degollar ningún

inocente pavo, tenía aquel ácido limón que era el corazón de tía Paulina en su mano fría, untuosa y servil, pero dispuesta a exprimir lo que fuese. Aquella persona era el doctor Claramunt, canónigo penitenciario de la catedral.

Mosén Claramunt, criado como quien dice en las tetas de los Lloberola, producto de la munificencia del padre de don Tomás y del propio don Tomás, durante los últimos años de la existencia de tía Paulina tuvo un ascendente absoluto sobre el corazón de aquella dama. El sagaz canónigo le insinuó delicadamente la idea de que todos sus parientes no la apreciaban más que por el dinero de la herencia y, de paso, le reavivó el miedo a la posible condenación del señor de Llinars y le hizo creer que para expiar los graves pecados del difunto no bastaba con la vida de castidad, devoción y sacrificio que ella había observado. En sus confesiones, el canónigo la iba amedrentando, presentándola en cierto modo como una mujer poco desprendida, demasiado apegada a su dinero y nada dispuesta a las limosnas y obras pías. Tía Paulina empezó a verse acosada por el miedo. El sagaz canónigo le insinuó un borrador de testamento delicadito. A tía Paulina le gustó tanto que se lo aprendió de memoria, pero el canónigo no se fiaba del todo y la atornilló aún más por el lado del miedo. Tía Paulina, que ya había dejado atrás los ochenta años y empezaba a tener la cabeza desquiciada, se dejó adueñar enteramente por aquel miedo y llegó a ver visiones; se le aparecía el señor de Llinars, desnudo, con una cadena al cuello y envuelto en llamas, y el canónigo, en vez de apaciguarla, le hacía más patética la aparición. Tía Paulina fue a hacer testamento, flanqueada por el canónigo, en casa del notario Martí y Beya. Mosén Claramunt, como si el testamento aquel todavía le supiera a poco, fue filtrándole la moneda con el pretexto de limosnas y misas; tía Paulina la entregaba besando las manos del eclesiástico. Todos los valores y todo el dinero en metálico fueron a parar a la cómoda del canónigo. Mosén Claramunt se había apoderado, como depositario y como administrador a su antojo, para lo que creyera oportuno, de una cantidad que rebasaba el millón de pesetas.

Los cinco últimos años que vivió tía Paulina los pasó completamente tullida, en un estado de semiimbecilidad que daba angustia. Las pobres muchachas de la servidumbre tenían que lavarla y hacérselo todo; le daban el poquitín de sopa que engullía como a un crío. Leocadia y sus cuñadas les echaban una mano. Sin embargo, tía Paulina reconocía a todo el mundo, hablaba a duras penas y demostraba un gran desafecto a todas las mujeres que la cuidaban. En cambio, si alguna vez iba a visitarla el señor canónigo, los ojos de aquella vieja alelada cobraban cierto destello y su boca hundida, monstruosamente contrahecha por la parálisis, forzaba un amago de

sonrisa.

Tía Paulina murió dos días después de la inauguración de la Exposición de Montjuïc. Tenía ochenta y ocho años, y durante los últimos cuatro meses había sido un esqueleto con un poco de piel; dentro de su cuerpo quedaban un pedazo de pulmón que fingía respirar y unos intestinos que no digerían nada.

El señor canónigo la ungió con los santos óleos y Leocadia le cerró los ojos. Sus sobrinas Claudia y Anita se preocuparon de amortajarla; le pusieron el hábito de las terciarias franciscanas y el rosario de la primera comunión entre los dedos.

Cuando el notario Martí y Beya leyó el testamento de tía Paulina, don Tomás tuvo un arrebato de ferocidad y después un desmoronamiento absoluto. Nunca hubiera podido esperar aquello; no podía suponer que el canónigo Claramunt le hiciera aquella jugada. Hubiera podido dudar de sus hermanas, del humilde y quisquilloso barón, pero nunca del canónigo. Tía Paulina lo dejaba todo, absolutamente todo, para obras pías y para beneficencia; el único heredero de confianza con potestades libérrimas era el doctor Claramunt. Ni un miserable legado, ni un indecente recuerdo a ningún miembro de su familia, nada. Nada tampoco a las pobres criadas que se habían sacrificado por ella, ni a la desgraciada Carmencita, que la había servido durante más de cuarenta años, una impasible mártir de las grandes impertinencias de la difunta. Menos mal que tía Paulina ya estaba en el cementerio, porque si no las criadas estaban tan encolerizadas que habrían escupido sobre su cadáver y le habrían arrancado el corazón para que se lo comieran los gatos.

Nunca se ha ido al otro mundo una difunta en compañía de una letanía de voces más desgarradas y de una indignación tan vigorosa y directa.

El canónigo Claramunt decía: «*Bueno, bueno, bueno*, la santa señora, la piadosa señora, *bueno, bueno, bueno*…»

Don Tomás no podía digerir aquello; era demasiado fuerte para él; ¡su única esperanza, su única cuerda de salvación, quemada vilmente, destruida por un eclesiástico intrigante dominado por el apetito del dinero, por la más sórdida de las avaricias!

El choque entre don Tomás y el canónigo fue sublime. Nunca se había visto un odio tan lleno de cardenillo, escondido tras las muecas y las sonrisas más litúrgicas; nunca se había visto una cara dura como la del canónigo, ni una indignación como la del marqués. Era la batalla de la morsa y el cocodrilo, el encontronazo de los hielos antárticos y del lodo cálido de los ríos africanos.

Parecía increíble que dos acérrimos católicos, dos reminiscencias del carlismo militante, dos pálidas sombras de la reacción, una vestida de canónigo penitenciaria y la otra con una americana de marqués

llena de manchas, llegasen a una incontinencia propia de carretera llena de polvo, llegasen a la furia de dos arrieros biliosos con la lengua saturada de ajiaceite.

El testamento de la tía era inexpugnable. Nada se podía hacer. Así lo dijeron el notario Martí y Beya y todos los abogados.

Don Tomás, completamente ido, citó al canónigo frases de novelas de Pereda, y terminó llamándole «inmunda sabandija». El canónigo soltaba una risita histérica; iba repitiendo su «*bueno, bueno, bueno*», y conminó a don Tomás con la amenaza de las penas eternas del infierno por el pecado de la codicia y por la falta de respeto a los ministros del Señor. Don Tomás quería hacer algo; si Leocadia no le hubiese contenido había decidido emprender una campaña de prensa en *El Diluvio*. A estos extremos de obcecación había llegado.

Todo el mundo creyó que moriría del disgusto, pero la Providencia reservaba para otras pruebas el alma dolorida de don Tomás.

La última prueba fue la proclamación de la República. No es que don Tomás creyera realizados sus sueños con la Dictadura, pero el carlismo de don Tomás ya estaba muy cadavérico, y en la Dictadura apreciaba, cuando menos, una especie de pacto entre el Sagrado Corazón de Jesús y el rey Alfonso XIII. El medianero de este pacto era el general Primo de Rivera, y las tonalidades del pacto consistían en enaltecer la religión y la moral y en aniquilar el anarquismo, el sindicalismo, el comunismo y el catalanismo, que era lo que más horrorizaba a don Tomás. Don Tomás creía que con unos cuantos años de Martínez Anido y del cardenal Segura sería posible instaurar en España un tribunal que se pareciera al anacrónico tribunal del Santo Oficio.

La caída del dictador hizo temblar al viejo Lloberola, y cuando se vio la República encima, las últimas reservas de energía que le quedaban le convirtieron en un erizo. Don Tomás recordaba la revolución del 69 y la República del 73. Recordaba el baile de los soldados sobre el altar de la parroquia de Belén y todos los horribles sacrilegios decimonónicos.

Lo que venía con la Segunda República aún le parecía más negro que los desastres de la Primera. Don Tomás, que ya no se relacionaba con nadie, y que desde el disgusto del testamento de la tía se había convertido en un polluelo sin iniciativas, con los acontecimientos del mes de abril de aquel año puso un poco de aceite en el candil de su corazón; y en unión de los parientes más próximos, de los antiguos conocidos de conferencias, obras pías y juntas parroquiales, estibas decrépitas con las cuatro patas a medio camino del cementerio, carlismo apaleado, perseverantes,[51] curas y expistoleros del sindicato libre, don Tomás asistió a reuniones secretas, visitó sacristías y casas particulares, y, con unas piernas que apenas le sostenían y con

El Correo Catalán en el bolsillo, se sintió conspirador. Sin embargo, las iglesias y los conventos quemados en España constituyeron una especie de cicuta para el pobre don Tomás. Se encerró en su despacho y lloró bajo la efigie de su abuelo; don Tomás estaba vencido, no creía en la eficacia de las «peñas blancas»;[52] ya solo confiaba en los rayos del Sinaí. La noche en que circuló por Barcelona la noticia de que también habría jaleo en los conventos de la ciudad, don Tomás refugió en su casa a dos monjas de la Esperanza, parientas lejanas. Don Tomás se sentía un héroe; fue algo así como la famosa «noche triste» de Hernán Cortés en México. Todos los horrores imaginables se acumulaban en los oídos de don Tomás: los aullidos de los eclesiásticos martirizados en medio de la plaza de Cataluña por los de la FAI y los de Estat Català;[53] el obispo Irurita quemado vivo en el domicilio del señor Macià,[54] mientras el doctor Aiguader removía las brasas con la virola de su vara de alcalde; el diputado Companys[55] paseando a cuatrocientas mujeres desnudas por la Rambla, que proclamaban el amor libre y otros vilipendios… Don Tomás creía oír y oler estas cosas; contemplaba a sus dos parientas profesas mientras comían sopa de ajo junto a la silenciosa y desolada Leocadia, y se temía que de un momento a otro llegarían los monstruos del anarquismo a reventarle el piso y a violar a las dos monjas, no sin antes haber pasado sobre su cadáver.

El canónigo Claramunt, que, como es natural, estaba reñido con los Lloberola, no veía las cosas tan negras como don Tomás, y en los primeros días de la República decía: «*Bueno, bueno, bueno*, mientras dejen en paz a los pobres sacerdotes, mientras no ataquen a la religión, *bueno, bueno, bueno*…» Después, el canónigo Claramunt también participó del mismo pánico, y ese pánico fue la causa de que iniciase una reconciliación, a la que don Tomás no quiso doblegarse.

Cuando el señor de Lloberola vio en las revistas gráficas lo que habían hecho en España con algunas iglesias y conventos, dijo: «¡Esto es el fin de la República! ¡Esto no puede durar más! ¡Es el comunismo! ¡Peor que en Rusia, mucho peor que en Rusia!»

Una semana después de haber dado refugio a las dos monjas, don Tomás ya no se levantó de la cama. Todas las vísceras le funcionaban mal. Alta temperatura, un delirio continuado. Los sueños rojos de don Tomás le ahogaban; los comunistas le quitaban las sábanas y le marcaban el estómago con un hierro candente. Se pasó tres días padeciendo y gritando. Un padre carmelita le dio los sacramentos; Leocadia y sus hijos estaban en la cabecera de la cama. Leocadia como inmunizada ya por el dolor, y los hijos con unas ganas terribles de que su padre se muriese de una vez y no les molestase más.

El gran desfallecimiento llegó al cuarto día; ya no decía nada, apenas si reconocía a la gente; después, los estertores agónicos y el

colapso final.

El fraile carmelita que le confortó hasta el último momento tuvo una frase brillante: «Este santo ha muerto asesinado por la República…»

Leocadia quería amortajarlo con el hábito mercedario; Federico se peleó con su madre y le impuso el uniforme de maestrante de Zaragoza. Los dorados y los rojos del uniforme le iban estrechos; cortaron la casaca por detrás y ataron unas cintas para unir la escisión del uniforme, que quedó convertido en una especie de corpiño como el que se ponen las coristas en las zarzuelas de época.

Don Tomás, muerto, producía el efecto de un disfraz malsano; un muñeco espantoso imaginado por el temperamento de un canalla.

Aún se pudo hacer un entierro con un poco de pompa. Asistieron cuatro gatos.

Así murió don Tomás de Lloberola y Serradell, de Genís y de Fontdeserta, séptimo marqués de Sitjar y cuarto marqués de Vallromana.

En el comedor de Hortensia Portell se celebraba una cena medio política. Hortensia se había convertido en una republicana de las más fervientes. Trituraba el pescado con sus dientes blanquísimos y contaba anécdotas divertidas de la marquesa de Perpiñán, de la baronesa de Moragues, de la marquesa de Lió y de la baronesa de San Rafael: todas eran sus amigas, a las que el advenimiento de la República había puesto aún más de relieve la infinita vacuidad en que vivían. La marquesa de Perpiñán se había ido a Francia a llorar junto a los reyes destronados, imitando a algunas damas de la aristocracia madrileña. Cuando supo que don Alfonso cruzaba la frontera, huyó de su mansión y se fue a vivir a un hotelito modesto bajo un nombre falso; naturalmente, todo el mundo la conocía, y el servicio del hotel creyó que se había vuelto loca.

Aquella dama, como otros personajes de su mundo, solo pensaba en el comunismo y en la venta de casas y haciendas para llevarse el capital fuera de España. La ley que prohibía la exportación de dinero desbarató sus planes, pero se las ingeniaron para conchabarse con contrabandistas y gente desaprensiva. Hortensia Portell contaba cómo el marqués de Puigvert, uno de los más asustados, quería pasar a Francia, por Puigcerdá, una cantidad de dinero importantísima; le acompañaba un criado e iban los dos en un vagón de tercera. Antes de decidirse a cruzar la frontera se asustaron amo y criado, y un barbero que se dedicaba a muchos oficios y era hijo de un pueblo cercano, se prestó a pasar cuarenta mil duros en billetes ante las narices de la Policía. El marqués, su criado y el barbero, los tres con gorra y alpargatas, se instalaron en el tren; el habilísimo barbero llevaba los

cuarenta mil duros del marqués nadie sabía dónde; el caso es que no le inquietaron ni los carabineros ni la Policía. Una vez en Francia, cuando el marqués y su criado se disponían a recuperar el capital, vieron con estupor que el barbero había desaparecido, y aún le están esperando.

El marqués, avergonzadísimo y desesperado, tanto por la pérdida del dinero como por la tomadura de pelo, calló como un muerto, pero no lo suficiente como para que la cosa no llegase a oídos de Hortensia Portell.

De la marquesa de Lió se contaban cosas más graciosas aún. En el momento en que se produjo el golpe revolucionario, la marquesa se mostró consecuente. Aguardó a que los comunistas fuesen a violarla. Llevaba un pijama excitante y hasta tenía la puerta entreabierta. Se sintió mártir de la monarquía, no quería huir, quería dar su sangre y su honra por la causa del rey. Al ver que nadie la violaba y que los republicanos eran gente pacífica, la marquesa de Lió se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. Tenía ya hechas las maletas para irse a Francia, cuando recibió la visita de un gran amigo suyo, don Luis Figueres, uno de los hombres más brillantes de la Dictadura. La marquesa creía que don Luis huiría con ella, pero don Luis estaba muy tranquilo, y todo aquel asunto de la República le hacía cierta gracia. La marquesa se quedó en Barcelona y pocos días después hablaba de política feminista y creía que las mujeres debían intervenir en el nuevo régimen; incluso se hizo presentar a un concejal de la Esquerra[56] y llegó a sentir simpatía por el señor Alcalá-Zamora.

La que batió el récord fue la hipopotámica señora Valls-Darnius, que conocimos en una fiesta, precisamente cuando dicha señora había jurado no decir nunca más una palabra en catalán, como consecuencia de una solemne estafa que había hecho su marido, gracias a la Dictadura. Dicha dama, para que la estafa de su marido prosiguiese dando los mismos frutos bajo la República, afirmaba que siempre se había sentido republicana y que su catalanismo era bastante anterior a las Bases de Manresa.[57]

La baronesa de San Rafael, más romántica que su pobre marido, huyó a comer el pan del exilio con otros aristócratas. Así lo comunicó a sus conocidos, mientras el pobre barón se iba a pescar a Palamós. Lo que hizo la baronesa fue huir con su macarra a Biarritz a bailar tangos. Cuando se acabó el dinero, la baronesa volvió al hogar a llorar las últimas lágrimas monárquicas que le quedaban.

En general, la aristocracia del país se movió muy poco y no abusó de la venta y la conversión de valores. La mayoría se quedó en casa a ver qué pasaba, y un grupo considerable se puso la etiqueta republicana. Sin embargo, querían una República moderada y clerical y, ante lo que llamaban demagogia de las Constituyentes, lanzaban

unos marramiaus homéricos. El clero, desde el púlpito, ayudaba a hinchar el marramiau predicando la aparición de la Bestia del Apocalipsis sobre nuestro país. Los afectos al rey destronado y los carlistas hicieron causa común contra la República y celebraron misas solemnes. Cuando murió don Jaime de Borbón le dedicaron unos magníficos funerales en la catedral de Barcelona. Aquellos funerales fueron una de las manifestaciones monárquicas más desvergonzadas. Después, unos devotos que salían de los funerales asesinaron a un pobre muchacho que pasaba por la calle, a fin de que las solemnes exequias se vieran prestigiadas por una sangre inocente. Según se comprobó, eran unos religiosos monárquicos, partidarios de los sacrificios humanos.

Todo lo que sucedía pública y privadamente en aquellos días interesaba a Hortensia Portell. Ella, con la República, se sentía como pez en el agua; no es que se hubiese peleado con los reaccionarios ni con los desesperados; consolaba las lágrimas de los afligidos por el nuevo régimen, e incluso, en ocasiones, les seguía la corriente; pero, en la forma y en el fondo, Hortensia se sentía republicana. Creía en el progreso y en la evolución, y no quería quedarse a la zaga en cuestión de modernidad. Por eso Hortensia quería conocer y relacionarse con las personalidades republicanas del país, y aquella noche tenía en su casa a José Safont, y había invitado a Rafaela Coll, Bobby e Isabel Sabadell. Isabel ya era amiga de José Safont, y aún pretendía ser más republicana que Hortensia.

José Safont ocupaba cargos importantes. Era un muchacho atolondrado, de familia burguesa y confortable, pero que toda la vida se había sentido revolucionario. Había sido sindicalista y comunista, habla estado en la cárcel y vivido bastante tiempo en el exilio. Una vez en posesión de su cargo gubernamental, a José Safont le dio por establecer contactos con la aristocracia y fingir aventuras amorosas con señoras del gran mundo. Safont era un chico bajito y delgadito, rubio, con unas gafas de carey y una voz levítica. Creía ser el mundano más irresistible y contaba sus victorias galantes a medias, guiñando el ojo y dándose una importancia extraordinaria. Las damas le tomaban un poco el pelo, pero él, como es de suponer, no se daba cuenta. Isabel Sabadell simulaba enternecerse por Safont, y él afirmaba que en cuanto se estableciera la ley del divorcio probablemente se casaría con Isabel.

Aquella noche Safont estaba brillantísimo; las señoras le escuchaban con deleite; Hortensia, la más sentimental de todas, ponía los ojos en blanco cuando Safont explicaba las torturas a las que le había sometido la policía; comentaba sus luchas y las amenazas de muerte en la época del pistolerismo. Safont nunca había sido torturado, y, en medio de todas sus desgracias, siempre se lo había

pasado bastante bien; en París su padre le enviaba dinero a espuertas, y Safont, más que conspirar, se dedicó al amor intensivo. Safont tenía una imaginación muy meridional, y ante las mujeres resultaba lo que se llama un *pavero*.

Rafaela consideraba que era poco distinguido. Rafaela creía que todos los hombres de la República eran unos ordinarios y unos mal educados, y que con gente así no se podía ir a ninguna parte. Era de las que afirmaban que los concejales y los de la Generalitat vivían del hurto y que habían convertido los palacios de la plaza de San Jaime en una especie de Sodoma y Gomorra. En casa de Hortensia, Rafaela se reprimía un poco y, en el fondo, estaba muy satisfecha de oír hablar a Safont, porque Rafaela era curiosa e intrigante y le gustaba meterse en todo.

Bobby, perezoso, pesimista y correcto, no creía en nada; ni en los hombres de la República ni en los de antes; era un escéptico absoluto; la política le daba un asco total. A los ojos de Bobby, Safont era un arribista como los otros y sentía un gran desprecio por Hortensia e Isabel, a las que se les caía la baba ante aquel hombre rubio y bajito.

Junto a los *potins* sobre las personas del viejo régimen caído empezaban a circular *potins* divertidos sobre las personas del nuevo régimen. Entre la gente brillante de Barcelona siempre ha habido un cierto espíritu provinciano, y lo que producía más efecto eran los *potins* suscitados por cosas acaecidas en Madrid. Rafaela contaba frases del ministro Indalecio Prieto como ejemplos de grosería; a Isabel y Hortensia les hacían mucha gracia. Safont sabía nuevas anécdotas que se celebraban oportunamente. De los *potins* que circulaban por Barcelona, los más apreciados eran los que hacían referencia a la señora Casulleres. La señora Casulleres era la mujer de un personaje público importante, una morena guapaza y pretenciosa que siempre había vivido en una gran miseria, y a la que, según parecía, el cargo de su marido le iba un poco ancho. De esta señora se contaban cosas ciertas y cosas falsas. En los grupos aristocráticos que odiaban a la República, las señoras contaban monstruosidades de aquella mujer a la que meses atrás nadie conocía y que en pocos días se hizo popular en toda Barcelona. También se hablaba mucho de la señora Sabater, una pobre dama cursi y grotesca que tenía pretensiones de Madame Tallien y ofrecía tés en los que ella recitaba poesías ante unos herpéticos entusiastas del comunismo. El tema más suculento era el que hacía referencia a los despilfarros y a los negocios turbios. En este sentido la fantasía y la calumnia llegaron a lo sublime. Se contaba de la esposa de otro hombre público que había adquirido y pagado al contado joyas por valor de cien mil duros. No había probador de modista, confesionario, habitación de *mueblé*, alcoba de recién casados, que no hubiese escuchado unas cincuenta mil veces la

historia de las joyas.

Muchas señoras estaban convencidas de que las mecanógrafas y las secretarias de las oficinas públicas debían entregar su virginidad a algún concejal o diputado para conseguir su cargo. El chismorreo más vil y más lacayesco era el alimento de las damas despechadas o de las que creían que el comunismo consistía en no cortar la circulación urbana en la tarde del Jueves Santo.

Esta protesta contra el nuevo régimen, esta tristeza al ver finiquitadas las paradas militares y eclesiásticas, tenía aires de col hervida y de cobardía doméstica. En general, el ambiente había cambiado poco y la vida sentimental del país era la de siempre.

Lo que apasionaba de verdad eran los temas feministas, el voto de las mujeres y, sobre todo, el divorcio. En los grupos como el de Hortensia Portell se hacían cábalas sobre los divorcios inmediatos, una vez implantada la ley. Esto daba lugar a conversaciones y discusiones terribles. Hortensia era partidaria del divorcio, del voto de las mujeres y de que las mujeres fuesen ministro y todo lo que fuera preciso.

Unas muchachas le habían pedido una conferencia, pero no se atrevió. Querían que hablase de la moda y de la República; cuando Rafaela se enteró lo divulgó por todas partes, y afirmó que Hortensia había aceptado; durante unos cuantos días fue el hazmerreír de sus amistades más íntimas.

Isabel Sabadell, muy republicana y muy amiga de Safont, aún no había abandonado las viejas costumbres; aprovechaba todas las ocasiones para hablar en castellano y hacer la pelotilla a unos jóvenes aristócratas que se reunían en un pisito y conspiraban escuchando la marcha real en un disco de gramófono. Estos pobres muchachos se dedicaban a gritar: «*¡Viva el rey!*» a la salida de los cabarets y hacían prosélitos entre las prostitutas y los limpiabotas. De hecho no tenían ninguna importancia; pero como pertenecían a familias muy ricas y que habían figurado mucho durante la Dictadura, Isabel Sabadell y otras damas como ella no podían apartarlos totalmente de su corazón, aunque después se entretuvieran relatando sus miserias.

Hortensia, que pretendía ser una republicana pura, le echaba en cara esta debilidad, e Isabel se molestaba por la crueldad de Hortensia, porque ella, ante Safont, quería ser más radical que ninguna, incluso simpatizante con el comunismo.

Muchas damas y muchas jovencitas, espoleadas por los muchachos tortolitos, hablaban de Rusia con un entusiasmo grotesco. El plan quinquenal, cuyo significado desconocían la mayoría de las señoras, era tema de conversación por ser conceptuado como *chic* y elegante. La afición por Rusia les vino a través de las películas soviéticas que por entonces se proyectaban en Barcelona. Las autoridades locales tenían la manga bastante ancha en cuestión de espectáculos y

permitían que se diera pábulo al esnobismo. El público asistente a las sesiones especiales de Cinaes, en las que se daban a conocer las películas más importantes de propaganda bolchevique, era un público heterogéneo formado por elegantes y por eso que se llama intelectuales y artistas; pero predominaban las señoras y los jovencitos deportistas de buena familia que aplaudían como desesperados ante cosas a veces infantiles y a veces lamentables. Aquella monotonía e insistencia del cine soviético les parecía el último grito del buen gusto y del refinamiento.

En el mundo de Hortensia Portell y de otras damas como ella, por mucho que hablasen, todo lo que ocurría en el país, todos los cambios considerables, eran contemplados como un espectáculo. En el fondo todo aquello no les importaba demasiado. Existía, naturalmente, el miedo a las huelgas, el miedo a perder el dinero y la tranquilidad, pero incluso este miedo era muy relativo. Era difícil reducir el optimismo estomacal de la gente. Aquella noche, en casa de Hortensia, José Safont era una especie de espectáculo; hasta para Isabel era un espectáculo, porque ella veía claramente que aquel hombre no pertenecía a su mundo ni a su ambiente. José Safont no acababa de encajar dentro del aire viciado por una burguesía demasiado saturada de antiguo régimen. Hortensia y aquellas damas se preocupaban sobre todo por su mundo de chismorreos localizados en cincuenta casas de Barcelona. Es preciso confesar que Hortensia, dentro de todo, tenía cierto mérito. Era una mujer generosa y honesta; su edad no le permitía ninguna aventura y, por otra parte, tampoco la deseaba. Hortensia necesitaba llenar su vida, y lo hacía simulando un interés por la política y el mundo intelectual; se pegaba cuatro ideas vulgarísimas a la epidermis y se paseaba por el mundo con el perfume de estas ideas. En aquel momento se sentía republicana porque le parecía más inteligente y porque empezaba a estar de moda en Barcelona que las mujeres se inclinaran un tanto del lado de la inteligencia.

Hortensia no comprometía nada. Si era criticada en sus relaciones aristocráticas porque había invitado a cenar a José Safont y a otros revolucionarios y descreídos, Hortensia se disculpaba atribuyendo aquellas invitaciones a la curiosidad, la misma curiosidad que la había llevado a un cabaret o a ver a los invertidos de La Criolla. Hortensia era católica, pero muy a su manera y muy poco clerical. Creía que no pecaba, y que una persona como ella ya estaba de vuelta de todo y podía asistir a todos los espectáculos de la vida. Hortensia era una burguesa egoísta y conservadora. Si en un momento dado parecía partidaria del divorcio y hasta del amor libre, nada perdía en ello; estos problemas no la afectaban. Así como en otras épocas había recibido en su casa a artistas de teatro de fama desgarrada, cantaores

de flamenco y generales como Primo de Rivera, se podía permitir el gusto de recibir a un comunista o a un republicano como José Safont. Su virtud no salía perjudicada.

José Safont abandonó la sobremesa de Hortensia sobre las once y media pretextando que tenía que asistir a una reunión del partido. En cuanto salió, Rafaela empezó a triturarle. Hortensia, por llevarle la contraria, lo defendió totalmente. A Isabel le hacía mucha gracia, porque adivinaba en los ojos de Safont la suficiencia y la vanidad pueril de aquel hombre. Físicamente, José Safont no le gustaba nada, pero consideraba que no era tan infeliz ni tan ordinario como Rafaela suponía ni tan sublime como Hortensia afirmaba. Dentro del partido republicano en el poder, Isabel creía que había chicos más inteligentes y espectaculares que Safont; citó dos o tres nombres.

Hortensia no conocía a ninguno y se quejó a Isabel de que en lugar de Safont no le hubiera traído a los que creía más notables. Bobby, satisfecho como siempre ante una conversación entre mujeres por el ambiente de enredo y gallinero que le disculpaba de dar cualquier opinión, se rió con cierta crueldad de Hortensia y le dijo que no tenía otra opción que invitar a los dos o tres que le había citado Isabel y que su unción republicana le resultaría cara en cenas.

Bobby solo hablaba de política cuando estaba entre sus amigas y únicamente por no hacerles un desaire.

Bobby consideraba innoble la actitud de muchos de sus compañeros de club que por entonces se pasaron al partido lerrouxista. No quería discutir; pero cuando un conocido aristócrata de los más inclinados ante la Dictadura y de los más enamorados del rey, le propuso que ingresase en el partido radical porque el señor Lerroux era la única garantía de las ostras con hielo y de las partidas de póquer, Bobby, con un parpadeo y sonriendo sin abrir la boca, le dejó sin habla.

La vileza de algunos elementos de la Cámara de la Propiedad y del Fomento del Trabajo Nacional llegó al extremo de creer que el señor Lerroux era tan buena persona que, si se lo pedían con buenos modos, les devolvería al rey, rebajaría los salarios al precio de antes de la guerra y que, en noches de difícil digestión, les enviaría un canónigo y un guardia civil para que les dieran masajes en el vientre.

Ya durante la Dictadura, se habían establecido en Barcelona un tipo de contactos sociales que hacían temblar a las familias más fieles a una moral refractaria. El mundo de las mujeres de vida libre, que solo era admirado por la belleza natural, por la cara dura o por las anécdotas que contaban los calaveras brillantes y los artistas desengañados, fue admirado, tolerado y apreciado con más íntimo conocimiento de causa. Una bailarina escandalosa, a la que solo habían aplaudido desde el palco de un teatro, años después era

recibida no como número sensacional de una fiesta particular, sino como una amiga íntima de la dueña.

Algunas damas del clan de Hortensia Portell, como Teodora Macaia o la baronesa de Moragues, visitaban los escenarios y asistían a cenas de última hora en compañías ambiguas. Se hacía tranquilamente y como la cosa más natural de este mundo lo que una auténtica señora de Barcelona, o una respetable burguesa, no se había atrevido a hacer, años atrás, sin exponerse a un escándalo.

Las actrices y las bailarinas de gran categoría iban a tomar el té o a jugar al bridge con las nietas de aquellas damas que bordaban banderas para el ejército carlista y que antes de cumplir los actos íntimos del sacramento del matrimonio rezaban un padrenuestro y consideraban el amor como casi un sacrificio en aras de la conservación de la especie.

Los contactos entre diferentes climas sociales producían a veces patéticas tempestades, pero generalmente no ocasionaban otro desastre que una mayor flexibilidad en ciertas almas agradables, un cultivo más pintoresco de la idiotez o del esnobismo desenfrenado y una secreción más intensa en todas las glándulas del chismorreo.

Las señoras refractarias, los moralistas y los curas predicaban contra lo que llamaban la relajación de las costumbres. Durante la Dictadura, los obispos, ayudados por las autoridades locales, impusieron castigos y prohibiciones referentes al vestido de las mujeres y a la piel que se podía enseñar y a las cosas que se podían hacer en las playas de veraneo.

Pero, pese a las prohibiciones y a los ejercicios espirituales, se imponía día a día el temperamento de una sociedad más fisiológica, más deportista, más desengañada y, sobre todo, menos conservadora moral y económicamente. Y no es que esto representase una dentadura rebelde ni un renegar de los principios; era solo que se respiraba en el aire. Se hacía por un sistema evolutivo, y puede decirse que se producía sin la menor malicia. Las actitudes y las palabras que comportaban un relampagueo de audacia se introducían en el corazón de las casas más rígidas de una manera imperceptible.

Cuando llegó la República, aquella libertad de relaciones adquirió un perfume de mezcolanza aún más pintoresco. La propaganda en favor del divorcio y de los derechos de la mujer, la consideración de los méritos personales con un control que no era precisamente el confesionario, la relativamente apaciguada vociferación de los curas, la propaganda nudista y bolchevique, que se hacía impunemente y por doquier, la disolución de los jesuitas y el hecho de no considerar el adulterio como una gran desgracia, si bien concentró en determinados núcleos durísimos tumores de reacción y protesta, a la gente normal y corriente, a la gente de convicciones tibias y de una doctrina de ir

tirando, le proporcionó un pulmón más dilatado para respirar todo lo que se presentase y una retina más tolerante que la decantaba hacia la fresca teoría de no andarse con remilgos.

Con la República, las mujeres de procedencia menestral o de burguesía humilde, que por sus tendencias intelectualizantes y publicitarias o por la condición política preeminente de sus padres y maridos llegaron a ser material de conciliábulos de escalera o delicada bruma de murmullos en los tés de cinco pesetas, se mezclaron con algunas odaliscas del régimen caído que se habían pintado los labios con un rojo de carmañola y merodeaban por los ambientes oficiales, a veces para fascinar a un hombre público o simplemente para hacer el gilipolla.

Las notas de sociedad de los periódicos añadían a las dos docenas de nombres de primera categoría, aceptados por los profesionales de la elegancia, los nombres de otras damas que, procedentes de un clima modesto, para ponerse en condiciones de conseguir el éxito galante que ambicionaban, abusaron de institutos de belleza, modistas, lecturas, macarras y excéntricas volteretas.

Las damas que ya habían olvidado el té y se dedicaban al gin, ante las advenedizas de la República, adoptaron los aspavientos del desprecio. Por ejemplo, muchas damas del antiguo régimen dejaron de ir al Teatro del Liceo para no toparse con las familias de las autoridades republicanas. Era una mansa y económica manera de conspirar.

Pero, como se ha dicho, las mujeres de espíritu conciliador, algunas de ellas antiguas clientes del abdomen dictatorial, se pasaron a la República; el esnobismo de las veteranas y el de las novicias las juntó bajo capa de conciertos, exposiciones de arte, fiestas benéficas y celebraciones íntimas.

Estas explicaciones sirven para que el lector no se sorprenda ante lo heterogéneo de la sociedad que, unas noches después de la presentación de José Safont a Hortensia Portell, se hallaba reunida en casa de la bailarina Niobe Cases.

Niobe era hija de unos gitanos de Tarragona; cuando niña había comido hierba y había aplastado la cabeza de las ranas entre aquella vegetación grasa espinosa y erótica que rodea el Puente del Diablo. Mientras vivió con los gitanos tenía la importancia de una bestezuela de cobre; devoradora de gatos como toda la familia, de noche dirigía la naricilla de cara a las estrellas y descabezaba el sueño acompañada de un grillo romántico y vicioso que le cantaba canciones sobre el pergamino tostado de su vientre.

Un día en que el aire apestaba a cola de zorra, se la llevaron dentro de un saco. Pasó días y días encerrada en unas largas salas sin personalidad, con pianos, trapecios, barras fijas y otros instrumentos

de tortura, y a los quince años, sin saber de dónde venía, sin saber nada de nada, se encontró vestida con un tutú y bailando el «Vals de las horas» de *La Gioconda* en el teatro San Carlos de Nápoles.

Sin embargo, Niobe tenía ideas propias y una ambición dura, brillante y roja como una cereza. No le costó demasiado encontrar a un pintor ruso que comía mejillones mientras escuchaba las guitarras de Possilipo y cazaba pilletes a una lira la pieza para reproducir las intimidades del emperador Tiberio. Niobe mandó el tutú a hacer gárgaras y se colgó del cuello del ruso, que no le hizo ningún daño, sino que le enseñó a enroscar *spaghetti* y, de paso, el camino de la gloria. Niobe saltó a Moscú, y de Moscú a París, siempre colgada del cuello de alguien que frecuentase los buenos restaurantes; en París se saturó de surrealismo; la condesa de Noailles le regaló una pipa, y un aristócrata madrileño le regaló un traje de hombre.

Un día se dio cuenta de que París le perjudicaba la secreción biliar, y, para hacer un poco de nudismo, se instaló en una cala de la Costa Brava, en compañía de dos poetas y de dos perros de Pomerania. De la Costa Brava pasó al Paseo de la Bonanova, y hacía ya cuatro años que había instalado allí un bar, una sala de operaciones y una piscina, en el momento en que se disponía a recibir a la heterogénea sociedad de la que hablábamos.

Niobe Cases no sabía a ciencia cierta por qué se llamaba Niobe ni por qué se llamaba Cases; en sus vueltas por el mundo había usado nomenclaturas propias de la botánica, de la perfumería y del comercio de alcoholes; en Barcelona se hacía llamar Niobe Cases, y estos nombres probablemente se los sugirió un profesor de arqueología que tenía tostados el cuerpo y el alma como la arena del club de natación, de la que él nunca se apartaba.

Físicamente, Niobe era un producto excelso; un moreno de pipa quemada, unos ojos negros y brillantes, de caparazón de escarabajo, con un reflejo metálico con tonalidades violetas, una nariz desvergonzada, un poco bestial, amplia en la base, una boca muy vista en las pinturas de Gauguin, y el pelo como un gran mechón de seda platinada, maltratado por el peine como el pelo de un macarra; todo esto, en abierta oposición unos elementos con otros, hacía de la cabeza de Niobe algo que obligaba a entornar los párpados y a ir chupando de la irradiación de sus mejillas un maquillaje extracto de embrutecimiento celestial.

El cuerpo de Niobe no tenía nada que ver con la humanidad; pequeño, flexible, cimbreante, conservaba un parentesco zoológico con la mangosta y con los maquis de Madagascar; en sus brazos y en sus nalgas, para los ojos de un hombre normal, había una paradoja de atracción y repulsión. Los dedos de las manos, largos, finos y negros, acababan en unas uñas plateadas, de un plateado de baratillo,

ofensivo, horrible. Niobe usaba distintas clases de vestidos para andar por casa; tan pronto llevaba los pantalones de un pijama y se dejaba el cuerpo desnudo y se ponía sobre los pechos unas gafas deportivas de las que se llevan en los coches descapotables, como se ponía un mono de mecánico, una falda larga y un escote discreto. Toda la decoración del piso era a base de vidrio y de níquel, menos el piano, un Steinway legítimo. La comida se la hacían en el bar. Siempre comía a base de fiambres, y para beber seguía a rajatabla el libro de cócteles de Rip ilustrado por Paul Colin. Como el lector puede apreciar, vivía y comía peor que los condenados a cadena perpetua. Se pasaba muchas horas del día dando pellizcos de foie-gras a sus peces, o permanecía junto a la piscina, envuelta en un albornoz y con unas alpargatas de payés en los pies, haciendo pompas de jabón, masticando *chewing gum* o echada boca arriba, con una bolsa de agua caliente sobre el estómago.

Niobe hablaba un catalán tartajoso, mezclado con caló y francés de la Villette. No profesaba ninguna religión conocida, y hacía el amor como un protozoo.

Las danzas de Niobe estaban relacionadas con la pena de muerte a través de los climas y las culturas, con la mecánica industrial y con las costumbres de los insectos. Admitía muy poca música, unos cuantos acordes africanos y basta; afirmaba que Stravinski era un «pasmao», y solo soportaba un poco a Schönberg. No usaba ningún vestido durante sus danzas; se camuflaba la piel como los barcos durante la guerra; los colores eran vivos y mates, y la decoración casi precolombina. Si tenía un público delicado se ponía un *cache-sexe* reducido a las mínimas proporciones y decorado con alas de cantárida; pero si el público estaba constituido por los íntimos no se ponía nada.

Todas estas gracias convertían a Niobe en un imán poderoso para los aficionados al comunismo y a la imbecilidad trascendental. Niobe tenía dos amigas; una era Amelia Nebot, una muchacha burguesa que había plantado a su marido y se había ido a Milán a estudiar *bel canto*; daba conciertos en el Palacio de la Música Catalana, escribía artículos feministas para los semanarios radicales y asistía a las reuniones de una peña de jóvenes aficionados al cultivo del cacto y a la poesía soviética. En aquella peña había dos dibujantes que tenían una fama poco viril. Amelia Nebot era gorda, vulgar y espiritista. La otra amiga de Niobe, más admiradora que amiga, ya es conocida por el lector; era Teodora Macaia.

Teodora solicitó asistir a una de las fiestas íntimas y ya no se movió. Acompañaba a Niobe a cenar al Colón y al Hostal del Sol; Niobe solo probaba el caviar y los espárragos de lata. Teodora comía como un lobo, y de paso le proporcionaba nuevos admiradores. Teodora presentó a Niobe a Hortensia Portell, pero la viuda no quiso saber nada de ella; la gitana tarraconense le parecía un tango

demasiado desgarrado.

Cuando llegó la República, Teodora se desmandó más de lo que estaba. Hacía mucho tiempo que vivía separada del marido; tenía un amante oficial y, además, se dedicaba a la caza del chófer en París. Esto no era obstáculo para que Teodora, miembro de una gran familia, figurase en primer plano en todas las solemnidades culturales y elegantes. Teodora conservaba una voz hospitalaria y una epidermis de gran señora. Era una de las pocas damas de Barcelona con las que un hombre un poco escéptico se encontraba como pez en el agua.

Con la admiración por Niobe, Teodora buscaba una manera de pasar el tiempo y un motivo para que algunas amigas y parientes la pusieran de vuelta y media.

Niobe mantenía una ebullición ecléctica de admiradores. En primer lugar el profesor Pinós. Pinós había estudiado en Halle filología románica y trabajaba mucho para la institución Bernat Metge.[58] Era un temperamento erótico y estomacal de los más cursis. Se le conocían una media docena de amantes, todas mayores de cuarenta años. Se pasaba la vida en congresos internacionales y en banquetes indigestos. Los domingos por la tarde olía todos los sobacos cachupinescos del Ritz con la excusa de bailar un chotis; asistía a todos los festivales de rítmica y danza, estaba casado con una aragonesa ninfómana y tenía un niño que quería ser cura.

El doctor Pinós empalmaba a Niobe Cases con las bailarinas órficas, con la civilización predórica y con el falismo dionisíaco. Niobe le escuchaba como escucharía el ladrido de un perro. Él había intentado disponer de las gracias íntimas de la gitana, pero Niobe se ovillaba en su cáscara como ese marisco llamado *Pagurus bernhardus*; el único favor que le concedía era echarlo desnudo dentro de la piscina y hacerle coger una esponja con la boca.

El segundo admirador era el ensayista Miquel. Miquel era otro universitario cargado de puñetas; se dedicaba a dirigir mecanógrafas por el camino de la cultura; Miquel resultaba el antípoda de un hombre de bien. Irascible y pedante, no admitía la menor broma; hablaba un catalán injertado de dialecto homérico y de tango argentino. Los que le conocían aseguraban que era el hombre más grotesco de Barcelona.

Miquel adoraba a Niobe y había escrito cincuenta y dos artículos estableciendo un paralelismo entre la gitana y Teresa de Jesús. Unos cuantos bobos tortolitos que se tomaban en serio a aquel rucio molieresco, recortaban sus artículos y se los leían a las desgraciadas del Bataclán o del Moulin Rouge que salían a enseñarlo todo desde el escenario. El ensayista Miquel también iba por las tardes a aquellos lugares acompañado de su mujer, la hija de un usurero que se volvió más sabia que su marido. Con el dinero de su mujer, el ensayista

encontró la manera de convertirse en un refinado sin necesidad de dar golpe.

Aquella noche, Miquel debía leer un artículo bastante largo sobre los muslos de Niobe Cases y la filosofía de los estados inminentes. Miguel, con su filosofía, solo decía procacidades confusas y poco graciosas, que Amelia Nebot consideraba sublimes.

El banquero Salazar, hijo de padres castellanos, era natural de Roda. Rico, gordo, fresco y risueño, asistía a la reunión, más que por la bailarina, para ver si podía conseguir algo de la señora Casulleres. Uno de los admiradores era el diputado Renom, delgado, gris, silencioso. Había conseguido una subvención para un recital de danza que Niobe dio en el teatro del Palacio de Proyecciones; solo había hecho esto y, sin embargo, se creía con derecho a pasarse las horas postrado a los pies de Niobe, con esa cara de animal disecado que tienen los leones y los tigres, convertidos en alfombra cara por el régimen capitalista.

Había media docena de poetas en la reunión. Algunos de ellos excelentes muchachos, con mucha buena fe y una gran modestia, no tenían otro defecto que tomarse en serio al más poeta de todos, un tal Sabartés. Sabartés tenía en común con Niobe la negrura, pero localizada en la camisa, los puños y las uñas. Sabartés pertenecía a la peña de los desesperados; había hecho estafas que no pasaban de una especie de representante barcelonés de esa bohemia poética que todavía existe en Madrid en el Café Universal y en el Café Colonial. Sabartés operaba en los establecimientos cercanos a la Rambla; entre la calle San Pablo, la calle Unión, la calle Nueva, la calle Escudellers, pero aún no se atrevía a pontificar desde la terraza del Lion o del Café del Liceo o de La Granja o del Gambrinus. El mundo de los intelectuales que no llegaban a la Rambla era por entonces considerable. Muchos habían estado en la cárcel, y no precisamente como presos políticos; a Sabartés aún no se le había hecho esta justicia. En definitiva, era un pobre diablo con la lengua y el corazón llenos de pus. Entre los poetas que rodeaban a Sabartés, dos iban al club de natación y tenían un cochecito, pero nunca dejaban subir en él a Sabartés.

El grupo trascendental cien por cien se completaba en la reunión con el músico Cascante y los dibujantes Corminola y Saladrigues. Saladrigues hacía económicas reproducciones a lápiz de las postales pornográficas conocidas. Corminola solo dibujaba llamitas de gas. Los dos tenían fama de otra cosa, pero eran dos excelentes muchachos. El músico Cascante solo hacía música para Niobe y durante los veranos tocaba el saxofón en los entoldados.

Junto a aquellos muchachos se veía a gente como el conde de Sallés. La República hizo reaccionar de una manera insospechada a

aquel hombre delicado. El conde, amigo particular del rey destronado y de los pocos reyes que quedaban en Europa, adoptó una actitud inteligente y comprensiva ante el desastre monárquico; en vez de hacer aspavientos y de ir a enjugar las lágrimas de la marquesa de Perpiñán en la aduana de Portbou, el conde se fue al hotel Formentor de Mallorca acompañado de una muchacha chilena. Allí meditó copiosamente sobre el amor y la política y, después de mucho cavilar, decidió que las cosas no iban mal del todo y que lo mejor que podía hacer la aristocracia era ayudar a la consolidación de la República y predicar el catalanismo integral. Claro que él no hizo nada de esto, porque al volver de Mallorca se aposentó en una butaca del Ecuestre, mientras se hacía cosquillas en la barba, según su costumbre. Los ratos que descansaba de la butaca, regaba las orquídeas de su jardín y despachaba su correspondencia científica. Teodora Macaia le convenció de que Niobe y él hacían buena pareja, y el conde, deferente y correctísimo con todos los tunantes y descamisados que rodeaban a Niobe, se dispuso al entusiasmo, restregándose la nariz británica con un pañuelo y asomando en los labios una sonrisa llena de cosmético que le duró toda la noche.

En el grupo de admiradores mundanos estaba la señora Sabater, esposa del prestigioso político del mismo nombre que, como hemos dicho en páginas anteriores, ofrecía tés comunistas y recitaba sus poemas entre pasta y pasta. Aquella mujer era macrocéfala, y tan segregadora de conversación imbécil, que dos amantes suyos no se atrevieron a prolongar sus relaciones más allá de un mes.

De las mujeres producidas por la situación republicana, la más exultante, la que opinaba más, la que llegaba a la máxima inconsciencia verbal y a ese extremo de soltarlas sin manías, era la señora Casulleres. El banquero Salazar se la comía con los ojos. La señora Rull y sus hijas Adela y Conchita eran amistades particulares de Niobe. Adela y Conchita eran dos muchachas tiernas y fofas, semejantes a las legumbres aliñadas, que se dejaban obsequiar por los dedos que se les acercaban.

Junto a Teodora Macaia había una pareja conocida por el lector: Concha Pujol, baronesa viuda de Falset, y Guillermo de Lloberola. La baronesa fue la última en llegar; Niobe le dejó palpar ligeramente las uñas plateadas y enseguida empezó el concierto.

Amelia Nebot de pie y Cascante sentado ante el Steinway interpretaron el programa siguiente: *Berceuse juive*, de Darius Milhaud; *Villancico del corazón asesinado por las penillas del alma*, del andaluz Cuérnigas; *Égloga piscatoria*, de Respighi; *Rondeau*, de Machault, y una especie de blues para saxofón, piano y voz humana, del joven músico Sagristá, sobre una letra de Ausias March que dice: «*Qui no és trist de mos dictáis no cur.*»[59] El joven músico Sagristá tuvo a su cargo el

saxofón.

El público escuchó el concierto con una pasión vehemente y con una tristeza pliocénica. Lo que gustó más fue el *Villancico*.

En cuanto empezó el concierto, Niobe huyó para no escuchar a Amelia Nebot y para preparar sus danzas. Compareció envuelta en un *trench-coatde* cuero calabaza que se quitó enseguida, y no quedó completamente desnuda porque, en atención a los neófitos, se había puesto el *cache-sexe* de cantáridas. Llevaba pintadas en la piel pipas, botellas de Pernod, juegos de cartas y sombreros; todo en gris y negro según el estilo cubista de Juan Gris.

Cascante no abandonó nunca los mismos acordes; una obsesionante monotonía sudafricana inventada por Cascante y, según los expertos, robada de una película americana llamada *Trader-Horn*. Niobe bailó tres danzas: *La Fumeuse d'étoiles, Paprika y L'artériosclérose*. En medio de una estupidez cósmica, Niobe tuvo momentos de graciosa lubricidad. El ensayista Miquel sudaba médula y hojas de laurel, sudaba toda su grandeza. Algunas damas no pudieron contenerse y cubrieron de besos a Niobe; les quedaron los labios llenos de pintura cubista. La señora Sabater aseguraba que, gracias a la República, Barcelona acabaría siendo la ciudad más refinada del mundo. Según la señora Sabater, ni la mismísima condesa de Noailles había soñado nunca una fiesta como aquella, una alegría ocular como aquella. El conde de Sallés presentó alguna objeción, porque él era muy amigo de la Noailles y había asistido en su casa a un pase privado de la película *L'âge d'Or*.

Después de los comentarios, el ensayista Miquel, con la cara iluminada por una luz roja de sandía, empezó a leer su gran rollazo. Niobe, Amelia, Teodora, la señora Sabater y el conde le echaron el aliento sobre las cuartillas. A los diez minutos de lectura, la sala se había deshinchado. Toda la pandilla de poetas y gandules, con Conchita, Adela y dos casadas, se dedicaban a reproducir las danzas de Niobe por los pasadizos de la torre del Paseo de la Bonanova, entre porcelanas de clínica y sobre lechos de reconocimiento médico. En un rincón, una sobrina de la señora Casulleres y el poeta Sabartés llevaban el ritmo de una manera mucho más humana. La sobrina lanzó un chillido de golondrina herida.

El ensayista Miquel estaba en la cuartilla cincuenta y tres, y el conde de Sallés aún no había perdido su simpática corrección. Cuando el ensayista acabó, todo el piso tenía un tambaleo sardanapálico. El banquero Salazar no había perdido el tiempo con la señora Casulleres. Niobe estaba satisfecha de su éxito.

La baronesa viuda de Falset fue la primera en despedirse, acompañada de Guillermo de Lloberola. Subieron al coche de la baronesa y se dirigieron a un estudio de la calle Casanova.

Por el camino, Guillermo decía a la baronesa:

—No comprendo cómo toleras estas imbecilidades. Te juro que nunca más vuelvo, nunca más. Si una cosa así te distrae, vas tú sola, que ya eres mayorcita, pero yo no te acompaño. Comprendo que Teodora se divierta con esto; Teodora ya está en las últimas, y le sería difícil encontrar a una persona que la considerase como ella quisiera, y claro, para distraerse no se anda con chiquitas. Pero tú, no; eres una mujer demasiado inteligente, demasiado comprensiva para que te confundan con esa chusma infecta. La gente que tiene cara y ojos se ríe de todo esto. Niobe no vale nada, absolutamente nada; la mayor parte de las fulanas que salen a bailar en los *music-halls* tienen un poco más de gracia. Si no fuera por los artículos del pedante de Miquel, todo el mundo ignoraría su existencia. ¿Has conocido alguna vez a un hombre más asno y más ramplón? ¿Crees que pueden admitirse rollos como esos en los tiempos en que vivimos? Y, en resumen, ¿quiénes son todos los que han lanzado a Niobe? ¿Hay alguien solvente entre ellos? Teodora es una esnob; pobre Teodora, ¿qué sabe ella? ¿Y ese simplón del profesor Pinós, y esa imbécil de la Casulleres? ¡A lo mejor creerás que me divierte horrores el escuchar a unas porteras que presumen de refinadas! No, no, te lo juro, nunca más. Pídeme lo que quieras, pero eso no. Cuando veo que sonríes y te interesas por una pornografía de dos reales como la de Niobe, te veo tan ridícula, me das tanto asco…

A medida que Guillermo se iba exaltando y se le afilaba la lengua, la baronesa viuda acercaba su cuello, después la mejilla y finalmente los labios a la boca de Guillermo, y él, convencido por la excelencia del cutis, iba aflojando hasta que toda la cólera se traducía en un cierre de ojos y en un beso lento.

Después del suicidio del barón de Falset, Guillermo encontró un sentido a su vida. Aquel chorro de ducha fría que le golpeó el pecho le agotó el linfatismo del alma. Hasta entonces había sido un niño jugando al juego de la perversidad. Cuando reaccionó, corrió un peligro: el de deshincharse en un remordimiento grotesco, el de seguir siendo tan vil y tan niño como antes, pero con el truco de las lágrimas y de la cobardía viscosa. Corría el peligro de que considerase de buena fe que él había sido el asesino del barón de Falset. Afortunadamente, una ducha de agua fría a tiempo le convirtió en un hombre. No en un buen hombre, eso no; Guillermo arrastraba en su corazón todo el cardenillo de la familia Lloberola.

Cuando Guillermo estuvo con Concha Pujol en casa de la modista, había apreciado un cuerpo magnífico, una criolla deslumbrante; pero se entremezclaban otras cosas, aquello era demasiado bajo, demasiado miserable, para que las ideas de Guillermo se elevasen hacia una

esfera luminosa. Fue en la fiesta de Hortensia Portell cuando Guillermo se dio cuenta de lo que era la baronesa; fue necesaria la reacción que producía aquella mujer en una jaula elegante. Ver cómo reaccionaba la virilidad de los hombres que la contemplaban, en el temblor admirativo de los ojos, en el deseo contenido de la respiración. Fue necesario apreciar cómo la baronesa encajaba los golpes en aquella muda y correcta lucha sexual; ver cómo los labios, los brazos y los brillantes de ella daban la réplica, sin entregar nada, sin dar la más mínima esperanza. Entonces, con el vestido de noche, con toda la contención de la etiqueta, con toda su fuerza solitaria, sin el vergonzoso apéndice de su marido, la baronesa de Falset se dio a conocer plenamente a un muchacho que, camuflado con los estropajos de la más sórdida bajeza, sin embargo sabía apreciar como ningún otro de los presentes en la fiesta todo el punto de tragedia irreductible que hay en una mujer bella. Para Guillermo aquella noche empezó la verdadera lucha; el bagaje para el combate era nulo, porque Guillermo solo conocía dos tardes de la baronesa, nada más. Guillermo no sabía con qué clase de animal se jugaba la felicidad; ante Concha Pujol, Guillermo solo podía guiarse por su instinto, y Concha no era una mujer vulgar.

La muerte del marido estuvo a punto de estropearlo todo, pero las ambiciones de Guillermo dieron una reacción positiva; el mal siguió su curso; el espectro del barón de Falset había desaparecido. Guillermo no vio nunca más en sueños a aquel cadáver a su lado, con sus ronquidos lúbricos, con el hilillo de sangre saliendo por el agujero de la bala. En lugar del vecino espantoso, Guillermo sentía a su lado, en sueños, un tupido ramo de gardenias que olían a mujer.

Hacía tres meses que la baronesa era viuda; el escándalo del suicidio de su marido fue comentado de muchas maneras; en algunas conversaciones la gente llegó a acertar un poco el motivo de la catástrofe, pero vagamente, sin poder precisar nada, porque, en definitiva, ninguno de los que hablaban sabía algo que no fueran ciertas incoherencias dichas por el barón pocos días antes de meterse la bala en la cabeza, y era natural que no se atribuyese ninguna autoridad a las incoherencias, porque todo el mundo tenía al barón por un loco. La causa de su trastorno mental era un secreto que solo sabía una persona, y esta persona, como ya hemos dicho, calló y siguió callando siempre. Tras los primeros días, las cosas se fueron olvidando; la baronesa viuda fue recobrando lentamente su color natural, el color característico de su maquillaje. Teodora, Hortensia y otras amigas le hacían compañía; ella procuraba distraerse y no hablar de la desgracia; en el fondo, Concha se había liberado del peso más desagradable de su vida y empezaba a respirar a gusto. El vestido negro la hacía más fascinante.

Tres meses después del suicidio la abordó Guillermo de Lloberola. La baronesa apenas le conocía; en el Ritz y en la fiesta de Hortensia, Guillermo le había dicho poquísimas palabras; era uno de tantos entre muchísimos, y él suponía que Concha no se acordaría de él.

Guillermo se dirigió a Concha de una manera un poco teatral; la detuvo en mitad de la calle, colocándose a su lado, como hacen esos ociosos abordadores de la primera que se presenta queriendo iniciar un diálogo que muchas veces no pasa de monólogo corto y triste, porque la mujer ni se toma la molestia de volver la cara. Guillermo así lo hizo, ante un escaparate, en el momento en que Concha se había detenido a contemplar unos frigoríficos. Los objetos expuestos en la tienda que interesaban a Concha le hubieran dado tema a uno de esos aficionados al erotismo de calle para poder hablar del frío y del hielo del corazón de una mujer insensible; Guillermo estuvo a punto de caer en la tentación de las márgenes y de las sugestiones plásticas, pero no dijo nada de aquello; simplemente le enseñó un billete de cincuenta pesetas, asegurándole que se le había caído del portamonedas. Concha miró el bolso, perfectamente cerrado, lo abrió, comprobó el dinero que llevaba y le dijo a Guillermo que muchas gracias, pero que se había equivocado.

Guillermo no se apeaba de su actitud tozuda de entregarle el billete. Entonces, Concha, sin comprender la insistencia, se echó a reír en su cara, por hacer algo. Guillermo bajó los ojos y se puso rojo como una cereza. A Concha le hizo gracia aquella situación y preguntó con un cierto aplomo:

—Oiga, ¿con todas las mujeres emplea usted el truco del billete de cincuenta pesetas?

Guillermo alzó los ojos y, mirándola con todos los atributos de su cara dura, contestó:

—A todas no; a las que creo que valen menos de cincuenta pesetas les enseño un billete de cinco duros; y de las que creo que valen menos, procuro ni darme cuenta.

Hasta que no hubo dicho la última palabra, Concha no le reconoció; efectivamente, le habían presentado a aquel chico; ¿se llamaba…? Concha, sin inmutarse, e incluso con una cierta amabilidad, añadió:

—Pero, oiga, a usted yo le conozco…, usted es…

—Sí, señora baronesa. Yo soy Guillermo de Lloberola; una persona que tuvo el gusto de ser presentada a usted el día…

—¿Y puede saberse qué ángel le ha inspirado para cometer una grosería semejante a una señora que…?

—¡Ningún ángel! He cometido lo que usted llama una grosería por si tenía la suerte de que usted no me reconociera, de que no se

acordara de mí. Cabía la posibilidad de que se cumpliera mi deseo de no ser reconocido; la penumbra, la manera imprevista de abordarla, favorecían mi esperanza; entonces he pensado… que a usted, una señora tan conocida, tal vez, ¿cómo se lo diría yo…? Tal vez le haría gracia encontrar a un hombre que no solo no la conociera, sino que la tomase por una…

—Es original…

—No, señora, es naturalísimo; es tan vulgar que hasta me da vergüenza, porque usted tendrá un concepto de mí…, es decir, no es que me interese que usted me considere como una gran cosa o que me tome por un imbécil; su opinión me es indiferente…

—Entonces, entonces, ¿qué quiere? No entiendo esta comedia; ¿por qué se ha tomado la molestia de…?

—Por caridad, señora, por caridad…

—¿Por caridad?

—Sí, señora, para darle un gusto, para proporcionarle una distracción…

—No le entiendo…

—Naturalmente, señora; le he dicho por caridad y lo sostengo. No lo he hecho por mi interés, sino por el de usted, exclusivamente el de usted. Mire, es muy sencillo: me imagino lo insoportable que ha de resultar para usted hacer ese papel pasivo constante en el juego de la admiración y el entusiasmo. Sentirse conocida por todo el mundo, y hoy, después del suicidio de su marido, aún más conocida y más admirada. Imagino que para usted ha de ser un tormento (un tormento tal vez es exagerar un poco, pero, vaya, un aburrimiento) el ver que nunca puede dejar de representar su comedia; que en cuanto una persona se topa con usted, usted no tiene otro remedio que aguantar la máscara que los demás le han atribuido. Porque si usted es bonita e interesante, cosas que yo no pongo en duda, naturalmente, su interés y su belleza y su elegancia se convierten ya en un tópico, en algo, por otra parte, aceptado por todo el mundo, y son esa voz colectiva, esa admiración general y esa popularidad (aunque la palabra no es justa) los elementos que componen su manera de ser o su manera de representar la comedia; y usted es esclava de eso, de lo que es usted y de lo que los demás han acumulado sobre su prestigio natural; usted no puede huir de ninguna manera. Al principio, cuando uno se da cuenta de ese poder, de un poder de fama como el suyo, no dudo de que puede agradar; pero, después, la persona favorecida, como usted, se debe de cansar, no debe de encontrar el menor placer en ese entusiasmo constante, en ese elogio y en ese deseo que usted ve en todos los ojos. Mire, baronesa, yo creo que un rey, por ejemplo, o un hombre eminente, de una popularidad extraordinaria, deben sentir ganas de evadirse de la majestad o de la fama y un día darse el

gustazo de que nadie les reconozca, de que nadie les respete ni les admire, de ser como la gente anónima que pasa por la calle. ¿Comprende? Y cuando una mujer es como usted, participa del prestigio de la realeza. La mayor parte de los hombres que la tratan lo hacen de una manera vil, canina, podríamos decir, que es la manera de tratar a los reyes y a los genios, de tratar a los hombres que tienen una piel tan pública, tan escandalosa, que no pueden evadirse de su propia piel, pese a tener todas las ganas de este mundo. Creo que a usted le sucede algo parecido, porque la considero una persona sensible. Y por eso, créame, yo he cometido, no la grosería, sino la atrocidad, la monstruosidad de simular que no la reconocía. Por caridad, señora, he querido que usted sintiera la alegría (tal vez me equivoco, pero creo, señora, que debe de haber una especie de alegría por su parte) al ver que un hombre como yo, que soy de Barcelona y que no tengo cara de chuparme el dedo, no solo no la reconozca, no solo le proporcione el placer de que usted deje de ser para mí la baronesa viuda de Falset (fíjese, señora: he dicho viuda), sino que la tome por una mujer que se vende y que yo creo poder comprar por cincuenta pesetas. Y al obrar así, señora, le hago la caridad, el inmenso servicio de proporcionarle un cambio de personalidad, de proporcionarle la manera de dejar la piel maquillada para la adoración de todos los que saben que usted es la baronesa de Falset y pueda entrar en la piel de una vulgar prostituta, dentro del mundo más opuesto al de usted, dentro de un aire que usted nunca, ¡nunca!, podrá respirar, ¿me entiende? Al decirle la grosería que le he dicho, le he abierto una puerta nueva; su curiosidad me hubiera contestado si era una puerta tentadora o no. Ya sé que usted, no su curiosidad, me dirá que nunca podrá tentarla una puerta así, y para hacerme un favor me dirá que me he vuelto loco, si es que usted es lo suficientemente amable o piadosa para no decirme con todas las letras que soy un canalla o un indecente. Pero eso podrá decírmelo la señora que representa la comedia, no la sinceridad, ¿comprende?, no la verdad íntima de la mujer obligada a hacer comedia y que, por añadidura, la comedia le pesa…

—Perdone…

—¿Qué…?

—Que es muy original…, sí, sí, todo esto es muy interesante…

—Aún no he terminado, señora…

—Pero es que se me hace tarde, ¿comprende?; le escucho con mucho placer, pero…

—Pues quedo a sus órdenes para cuando no tenga prisa y así poder acabar de explicarle…

—¿Mañana a las cinco de la tarde?

—Perfectamente. ¿Dónde?

—En la Gran Vía, esquina con la calle Bruch… ¿Le va bien?

Guillermo de Lloberola besó la mano de la baronesa y ella notó una especie de humedad en la piel; aunque había oscurecido, cuando Guillermo levantó la cabeza, la baronesa le vio los ojos llenos de lágrimas…

Guillermo vivía satisfecho de sí mismo; era muy posible que hubiera impresionado a la baronesa su monólogo relativamente pirandelliano (en aquella época Pirandello estaba de moda en Barcelona). Si Guillermo, en su borrosa cultura sobre la piel de Concha Pujol, hubiera tenido ciertos elementos de juicio que hemos descrito en la primera parte de nuestra historia, cuando relatábamos la fiesta de Hortensia Portell, si hubiese conocido las inconfesables escapadas y las aficiones prostibularias de su ídolo, tal vez no habría recalcado tanto aquello del «mundo más opuesto al de usted» y lo de la «puerta nueva».

También es muy posible que si Concha Pujol, en vez de ser lo que positivamente era, no hubiera sido más que una simple aficionada, una simple turista clorótica de esas que se emocionan ante *il gabinetto pornografico* del Museo Nacional de Nápoles y no pasan de ahí, a las primeras palabras de Guillermo, ante la insólita truculencia, hubiera llamado a un policía. Concha Pujol, saturada de admiradores mucho más viscosos y más cortos de entendederas que Guillermo, no es que se sintiera herida ni convencida, pero acudió puntualmente a la cita del día siguiente.

Con una precisión de la que él mismo se admiraba, Guillermo continuó el tira y afloja entre un cinismo literario lleno de anisetes y árnicas y una pasión auténtica e infantil, casi sardanística. A los diez meses de aquel juego, Concha accedió a desnudarse en su presencia y a meterse en la cama con él. De momento, Concha quedó medio convencida, y Guillermo se encontró a sí mismo. El hecho de que la baronesa viuda fuese corporalmente una caja mágica, con todos los resortes y todas las trampas de la más corrosiva voluptuosidad a disposición de un hábil malabarista, no era suficiente para que Guillermo se sintiera tan hundido, tan evaporado entre las hojas de aquella pita sublime; era la mentalidad de Concha, desconcertante, inquietante y torturadora la que daba a las mejillas de Guillermo aquella palidez quemada de los peregrinos apasionados. Concha quedó convencida a medias, de momento, porque ella quería precisamente aquello: un hombre en un estado constante de fiebre, una sexualidad siempre despierta, iniciando siempre trampas más disimuladas, ambicionando trucos de mayor eficacia, como un cazador de monstruos imposibles, y siempre con el aire de derrota acompañada de la esperanza de triunfo. Porque Concha se escabullía; él no podía dominar en absoluto aquella ondulante debilidad de perfume, y si por

un momento tenía la sensación de dominarla, se evadía por el resquicio más increíble; a veces el resquicio era la profunda brutalidad de un monosílabo pronunciado tenuemente con una fonética angélica; a veces era solo un poco de aire que salía de los pulmones y, con la boca cerrada, Concha lo sacaba por la nariz acompañado de una mirada vidriosa y ausente y de una sonrisa apenas dibujada, pero que se clavaba en el corazón como los incisivos de un hurón. Guillermo se encontró a sí mismo, porque el único justificante que veía en la monótona actividad del sexo era la inquietud de la peripecia, aquel constante jugar y perder, el estímulo de la derrota y el odio y la destrucción disimulados por una gelatina de lágrimas que presta interés a la piel de los machos y de las hembras. En resumen, lo que tanto él como ella sentían en el fondo del fondo era un cierto sadismo. Guillermo estaba avezado al oficio de macarra sin dificultades. Tenía aplomo y confianza absoluta en sí mismo; siendo desesperadamente viril, era desesperadamente femenino; disponía de una insospechada facilidad para adaptarse con todos los dimes y diretes a todas las mujeres que trataba; una prostituta vulgar podía encontrar en él el mismo eco de vileza, de meticulosidad canalla, de chismorreo de colorete, que habría podido encontrar en otra prostituta. Era el personaje ideal para tratar a una mujer y echarle agua a la nariz. Al mismo tiempo nunca se precipitaba, aprovechaba el momento oportuno; tenía preciosas ausencias, delicadas inapetencias y una tierna frialdad pasiva para esperar su hora; no tenía escrúpulos, no era celoso y se conformaba con papeles que nunca tolera un hombre decidido que quiere pagar y dominar. Discreto y reservado en sus éxitos, poseía una fértil imaginación para la mentira, y todo eso lo acompañaba de una simpatía especial y de una fisiología segura y poco exigente.

Su manera de triunfar le había dado a Guillermo una pésima idea de las mujeres; solo conocía de ellas la parte que interesaba a su egoísmo: la facultad de entregarse al prestigio de Guillermo. Las mujeres solo le presentaban un aspecto de celos o de adoración puramente animales; las apreciaba por la piel y por las reacciones íntimas y nada más. Guillermo nunca se había enamorado, y alguna vez se preguntaba si era capaz de enamorarse, de sentir la profunda frondosidad lírica de angustias, entusiasmos y brillos siderales que, según él, debía de ser el amor. Las mujeres no habían ofrecido a Guillermo la posibilidad de espiritualizar un poco su carne, al menos las mujeres que había tratado hasta entonces. Él, que era un chico muy sensible, se daba perfecta cuenta de aquello, se daba cuenta incluso del embrutecimiento que se desprendía de sus éxitos. Corría el peligro de convertirse en una máquina fisiológica montada sobre un sentimiento insatisfecho. Aunque era muy joven, ya tenía una excesiva

experiencia; le había pasado el tiempo de las grandes arias que él no había conocido; su debilidad por acanallarse y no andarse con chiquitas le había protegido la piel con una coraza escéptica. Guillermo se daba cuenta de todo esto con cierta melancolía. No se trataba de que Guillermo no se mostrase satisfecho ante la profusión y diversidad acumuladas en su carnet erótico y que otro muchacho hubiera considerado como una inapreciable ganga, pero empezaban a fatigarle, empezaba a no encontrar ningún mérito en ello y a descubrir todas las pinceladas grises de la monotonía. Por eso la presencia de Concha Pujol le renovó; el miedo al fracaso, la pérdida de confianza en sí mismo, el tener que afinar todas sus potencias para dominar una piel escurridiza, el dolor que sentía por su situación insegura, la recuperación del amor propio, las lágrimas secretas, la densidad sensorial de los contactos y, sobre todo, el perfume superior de aquella biología inconsecuente y contradictoria que él trababa con sus músculos y su aliento, ofrecieron a Guillermo la posibilidad de algo que, cuando menos, imitaba las flamantes vestiduras de un amor patético y real.

A veces, Guillermo, ante la infinita batalla, impotente para desvelar el misterio, había sospechado que Concha Pujol nunca se entregaría del todo, ni a él ni a ningún hombre. Aquella dama no era físicamente un caso de frigidez ni de indiferencia; al contrario, Guillermo le adivinaba unas posibilidades volcánicas que, sin embargo, él no podía hacer estallar. Tampoco se podía aceptar la tesis de que la baronesa perteneciese a ese tipo de mujeres de sensibilidad exprimida por una constante y variada brutalización; una dama casada desde muy joven con el hombre con quien se había casado y a la que hasta entonces nadie había descubierto ningún amante, más bien hacía suponer un temperamento intacto. Guillermo quería relacionar sus intimidades de entonces con las dos vergonzosas aventuras en las que él intervino, pero aquellas aventuras no podían servir en modo alguno de pauta. Era preciso delimitar la parte de voluntad que la baronesa puso en el asunto; era preciso separar justamente la responsabilidad de ella y la de su marido, y eso era imposible. Guillermo, en momentos de ofuscación y derrota, cuando creía inalcanzable su deseo, estuvo a punto de hacer una confesión a la baronesa; intentó explicarle con todo el cinismo su doble personalidad, pero comprendió que una explicación así probablemente le habría cerrado todas las puertas. Aunque la baronesa fuera muy original, Guillermo no estaba seguro de su posible reacción al comprobar que Guillermo de Lloberola era aquel golfo andrajoso que le había proporcionado su modista. Tiempo después, cuando Concha accedió, cuando ya se había establecido entre ambos una intimidad absoluta, Guillermo sentía otra vez, en los momentos de depresión, el

deseo de producir un efecto teatral, de contar a Concha las escenas de la «cámara del crimen» de Dorotea; pero también se aguantó, y entonces se le presentó a Guillermo una nueva duda; la duda de si lo que él había creído de buena fe, de si la seguridad que tenía en que la baronesa no le había reconocido, era una mera ilusión que él se había hecho. Guillermo llegó a temer que Concha, mucho más lista que su difunto marido y con una memoria más afinada, había disimulado y se había hecho la sueca cuando reconoció en Guillermo de Lloberola al mismo sujeto proporcionado por la modista. Guillermo se excedió en su miedo, porque Concha Pujol no le reconoció ni nunca llegó a sospechar que Guillermo estuviera en el intríngulis de aquellos hechos.

Como ya hemos dicho, Guillermo imaginaba que Concha nunca se entregaría del todo, ni a él ni a ningún hombre. Guillermo empezó a temer que en el misterio de su amante había otra mujer; que todos los resquicios, todas las evasiones y la inalcanzable posesión integral del cuerpo, del alma, de la voluntad e incluso de la infelicidad de ella, no tenía otra explicación que una corrupción, natural o adquirida, de su temperamento; que Concha era una lesbiana, y que la integridad de su pasión nunca sería de Guillermo, porque Concha la guardaba para otra mujer.

El miedo al lesbianismo en la vida de los «castigadores» es a veces de lo más grotesco e infundado. Cuando un hombre que se cree irresistible se da cuenta de que una mujer no se le entrega del todo, que hay un misterio que no puede dilucidar, enseguida acusa a la mujer de un vicio anormal. El orgullo y la vanidad del macho a menudo le hacen ver visiones y, en el caso de la baronesa, Guillermo también veía visiones. Concha era una viciosa original, un temperamento poco claro; pero imaginaba la intimidad con otra mujer con un asco sin atenuantes.

El peligro no venía por ese lado. Concha accedió a la fiebre de Guillermo, en parte porque sí, y en parte porque Guillermo le parecía distinto de otros admiradores. La grosería inicial del monólogo de Guillermo dejó entrever a Concha un «asunto». Un «asunto» como los que ella había buscado deformando su personalidad y en aventuras entre sábanas abyectas. Lo que Concha había conseguido «metiéndose en otra piel» —es decir, haciendo lo que Guillermo le proponía en su monólogo— tal vez Guillermo se lo proporcionaría sin necesidad de metamorfosis por parte de ella, aceptándola como la viuda de un barón algodonero y millonario. Sin embargo, Concha se daba cuenta de que Guillermo, pese a su cinismo literario, a la hora de la verdad era un crío tan poco hábil como los demás niños bonitos que infectaban su ambiente. Además, la baronesa se dio cuenta, con el trato, de que Guillermo siempre había frecuentado mujeres sin ningún

interés. Ella, en su carnet de aventuras, tenía anotada una noche en Hamburgo en la que había experimentado el total desquiciamiento del cuerpo y del alma y el espasmo más fogueado, en compañía de un caníbal fascinante; cada gesto del caníbal fue un imprevisto y, de paso, una obra maestra. Concha había vivido pocas aventuras como aquella; no es que fuera tan poco inteligente como para suponer que las encontraría en cada esquina o que se las proporcionaría un sujeto del ambiente y la educación de Guillermo. No esperaba tanto de aquel muchacho, pero al menos quería que la descubriese, que le encontrase su ángel, y como Guillermo, por otra parte, no la hacía sentir como ella soñaba, la baronesa siempre mantenía aquel estado de dominio sobre el muchacho, lo desconcertaba, lo humillaba, se reía de él en momentos en que un hombre es incapaz de reírse, en los momentos íntimos en que una risa es peor que un insulto y pone en evidencia todo lo grotesco de la fisiología incandescente. Guillermo, desesperado, no podía sustraerse a la fascinación de aquella mujer y estaba completamente desconocido, sus preocupaciones llegaban a sangrar, y Concha le mantenía en aquel estado imposible a base de simuladas ternuras, fáciles concesiones, para volver al desplante y al humor retráctil, para enseñarle la más inhumana dentadura de mujer fatal, siempre con la esperanza de que Guillermo llegara donde ella quería que llegara, por su propio impulso, por intuición.

A Guillermo le sucedía algo aún más grave y que le impedía llegar donde Concha hubiera deseado. Adoraba la belleza de Concha. Aquella mujer estaba tan maravillosamente bien hecha, tenía una calidad de piel y una expresión tan ultraterrena, que Guillermo se sentía pasmado e indigno; la emoción que le producía Concha durante sus abrazos le inyectaba en los nervios todas las vacilaciones, todas las tosquedades de un inexperto. Y lo que en una mujer normal y tiernamente femenina hubiera sido un motivo de entrega absoluta y hubiera producido entre hombre y mujer un intercambio de jadeo y de secreta melodía, en el caso de Concha se convertía en una asqueante desesperación, en motivo de risas que avergonzaban al decepcionado amante.

Para un observador frío, Concha hubiera aparecido en aquellas ocasiones como un mal bicho. Y en el fondo, Concha padecía tanto y deseaba tanto como Guillermo. Si ella hubiera confesado su ideal erótico y Guillermo hubiera intentado complacerla, tal vez Concha hubiera vivido momentos más gratificantes, pero hubieran sido producidos artificialmente; para satisfacerla, Guillermo se habría puesto un disfraz sugerido por ella misma. El recuerdo de Concha almacenaba demasiadas brutalidades auténticas para contentarse con comedias y farsas de prostíbulos de lujo. Una confesión era indigna de ella, y, además, Concha poseía esa dignidad romántica que exige que

una mujer nunca confiese nada y se lo deje quitar todo con los ojos cerrados y los dientes apretados. Si no era así, la cosa no tenía gracia.

En los primeros tiempos de sus relaciones íntimas, Concha y Guillermo se veían una vez cada semana como mucho, en un lugar secreto que nadie pudiera descubrir. Ni él ni ella infundieron sospechas sobre sus relaciones, y este estado de cosas se prolongó hasta dos años después del suicidio del barón. Guillermo, siempre insatisfecho y cada vez más enamorado de aquella mujer, durante aquellos dos años pasó por todos los calvarios imaginables. Guillermo afectó siempre ante ella una gran dignidad; le hablaba muy poco de su vida pasada y de su familia y evitaba que ella se enterase de la triste situación económica en la que vivía.

Tras aquellos dos años de lucha, Concha empezaba a darse cuenta del fracaso de Guillermo, y Guillermo, que al principio se había encontrado a sí mismo, porque aquella desazón en la que Concha le hacía vivir era el único justificante que él veía en la monótona actividad del sexo, también se daba cuenta de la ineficacia de su desazón y de que, efectivamente, Concha era irreductible.

En el momento de la decepción, un hecho muy vulgar cambió totalmente las cosas. En los dramas eróticos, incluso en los más anormales y absurdos, muchas veces juega un papel decisivo un elemento tan poco vaporoso y tan poco literario como el dinero.

Guillermo tenía un mal humor diluido por todo el aparato digestivo, que le atacaba la cabeza y no le dejaba vivir; ya hacía días que había renunciado a la soñada posesión de Concha; se había acostumbrado a la constante adoración y se sabía de memoria todos los rincones hospitalarios de la piel de su amante. Guillermo necesitaba una cantidad importante de dinero, no para una deuda ni para un compromiso, sino por ganas de tenerla y pateársela. Se le metió entre ceja y ceja que aquella mujer, con la que él siempre se había portado de un modo correctísimo, era precisamente la que se la había de dar. Le ilusionaba la idea de presentarse ante Concha con un traje de *profiteur* desaprensivo; tal vez sería la manera de reñir definitivamente y acabar con el sufrimiento.

Guillermo, con una sangre fría absoluta y en presencia de la desnudez de Concha, le pidió el dinero. A Concha se le iluminaron los ojos, le dijo que le daría la cantidad con mucho gusto y que le pidiera cuanto necesitase. A Guillermo le extrañó la excesiva generosidad de Concha, e incluso que encontrara naturalísima su petición. Sin embargo, Concha enseguida cambió de actitud y, con un lenguaje desconocido para Guillermo, inició una especie de monólogo sarcástico en el que le comunicaba que para solicitar dinero de una amante utilizaba una manera de amar demasiado pueril, pero que, pese a todo, no tenía inconveniente en darle lo que pidiese, e incluso

en mantenerle y en pagarle camisas y unos calcetines más elegantes que los que llevaba; que lo consideraba como un niño por el que sentía un afecto maternal, pero que como macarra era una birria.

Guillermo había sufrido ya otras veces humillaciones como aquella, pero nunca con la ferocidad y la mala intención de entonces. Además, aquel día Guillermo estaba sulfurado, y cuando Concha terminó de desahogarse con su piltrafa moral, Guillermo se irguió frente a ella; tenía todos los músculos en tensión, inyectados de sangre; Concha le invitó con una sonrisa de hielo, y entonces él, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le arreó dos bofetones con toda su alma. Concha se quedó lívida, pero aguantó los golpes; ni la menor señal de protesta; solo un ancho suspiro que le enderezó las puntas erectas del pecho y le dilató las costillas. Guillermo vio que de los labios de Concha empezaba a salir un aliento misterioso que parecía el alma. En los ojos de su amante, la vidriosidad había perdido su dureza; las pupilas tenían una consistencia más líquida, más humana; la mejilla cobró una blancura cadavérica, y el colorete presentaba soluciones de continuidad poco hábiles sobre la piel exangüe. Guillermo estaba furioso, y a las dos bofetadas siguió un puñetazo directo contra la boca; los labios se contrajeron doloridos, pero reaccionaron inmediatamente con una sonrisa débil, tiernísima, una sonrisa de beatitud integral. Concha se abandonó sobre el lecho, y entonces él, con el espinazo rígido, como los gatos, sintió que se le deslizaba por la médula un licor hirviente, tal vez la atávica reminiscencia de un Lloberola que en tiempos de Maricastaña había comido carne humana, tal vez la rabia contenida de su fracaso de dos años.

Guillermo le dejó los dientes marcados en la espalda; Concha aulló con un entusiasmo bestial, y los dos vivieron el momento erótico más importante de su vida.

Concha no tenía motivos para envidiar en nada la noche de Hamburgo. Como una de aquellas maravillosas actinias que se encuentran bajo el agua del mar, con las antenas contráctiles desconfiadas y repletas de viscosidades corrosivas, que en un momento dado se abren y van expandiéndose en un desmayo multicolor que hace pensar en los crisantemos más amañados y en las orquídeas más artificiales, así el alma de aquella mujer, y el sexo, y la ferocidad, y el gozo, y el entusiasmo, y la ternura, se iban licuando, entregando y rindiendo en un gelatinoso misterio de efusión, en una melodía de suspiro mucho más allá de la fisiología, en un sudor perfumado de todos los atavismos ultramarinos, de todas las noches negras con resplandor de estrellas fugaces; la piel hasta entonces seca, insaciable y fría, como la piel del vientre de las iguanas, suavizada, porosa, caliente, regada por mil arteriolas internas que seguían el

ritmo de la sinceridad, adherida a la piel del hombre, iba comunicando de corazón a corazón todas las angustias concentradas en los momentos de orgasmo estéril y deseo insatisfecho.

Guillermo y Concha se levantaron de la cama con el convencimiento del triunfo. Ni media palabra, ni un comentario. Todo lo que había sucedido nada tenía que ver con el mundo de la lógica. Tampoco tenía nada que ver con el mundo de la fisiología. Sería muy triste renunciar a creer que dentro de la piel de los hombres y las mujeres a veces hay algo de destello divino, y los dioses se confunden con los monstruos. Los dioses se ríen delicadamente de la moral y de la razón.

Al día siguiente Guillermo recibió el doble de la cantidad que había pedido a su amante. Guillermo no intentó rechazar, ni siquiera agradecer; se quedó el dinero como se lo habría quedado un lobo.

Desde entonces Guillermo fue el amo absoluto de Concha. Poco a poco cambiaron sus temperamentos. Concha se fue sintiendo día a día más tierna, más femenina, más inferior; a la inversa, Guillermo se sentía dueño de sí mismo, recuperaba el aplomo, la frialdad y la dureza. Las inapetencias de Guillermo desesperaban a la baronesa, pero ya no podía renunciar a él. Después de la embriaguez, Concha no tenía fuerzas ni para juzgar ni para analizar. A sus ojos, Guillermo era cada día un ser más adorable. Concha probó los amargos efectos de los celos y conoció toda la gama de las lágrimas.

Sus relaciones continuaban siendo secretas y Guillermo explotaba a Concha en todos los sentidos. Cuando murió don Tomás de Lloberola, la situación de Concha y Guillermo era la situación de una apasionada deshecha y de un chulo vulgar.

En los últimos tiempos, Concha empezó a perder la vergüenza y se exhibía en algunos lugares acompañada por él; sus amigas no tenían nada que objetar. Concha siempre negaba, pero todo el mundo sabía la verdad.

Guillermo de Lloberola, cada día más distanciado de su familia y más independiente, llegó a ser uno de los chicos de moda. Su futuro económico estaba asegurado.

—Probablemente allí estaba la puerta de entrada: piedra natural, nada de pintura, nada de yeso, nada de mezcla. Los sillares quizá procedían de la cantera de Gusi o tal vez los iban a buscar más abajo. Los subían unos hombres peludísimos; el sillar clavado en la espalda y atado con correas. El espinazo y los riñones de aquellos hombres debían de hacer *crac* a cada cuatro pasos, como si se les rompiera algún tendón. Se detenían a respirar y a rascarse los pelos del pecho. Entre los pelos del pecho tenían arena, barro y hojas de olivarda trituradas, y tal vez un saltamontes les arañaba un pezón con la sierra

de las patas. Mientras echaban al saltamontes de un uñazo y se secaban el sudor de los ojos, sentían un pinchazo en el muslo; era un palo de boje con una punta de hierro que manejaba un hombre seco y estirado, enfermo de los pulmones, que no servía para otra cosa que para pinchar los muslos de los otros. De vez en cuando, aquellos pinchazos rompían la piel y hacían daño de verdad. De noche alguna de aquellas piernas llenas de pinchazos del palo de boje, se hinchaba horriblemente, el herido tenía la boca seca, veía un centelleo encarnado y se ponía a gritar. Los otros hombres que dormían con él, hacinados, carne contra carne, dentro de un gran porche con tres dedos de paja y nada más, le daban un puñetazo y la herida se hinchaba aún más. Al día siguiente lo encontraban muerto y nadie se tomaba la molestia de enterrarlo; había demasiado trabajo en la subida de sillares; lo echaban allí detrás, probablemente en la hondonada del señor Domingo; allí se lo comían las hormigas, los saltamontes, los escarabajos y los grillos; las urracas lo probaban un poquito, nada más; las urracas tenían los nidos en aquel erial, que por entonces estaba completamente lleno de pinos negros.

»Los hombres que acarreaban la piedra no debían ser del país. Algunos habían vivido diez años en galeras; otros, más. Tenían la piel sufrida. Eran pequeños criminales, de los que roban un pellejo de vino rancio o cogen a una moza por la pierna y la tumban sobre las gavillas. Mirándolo bien, era gente que solo servía para acarrear piedra; sin poder traer los sillares desde la cantera de Gusi y sin que les pinchasen las piernas, seguramente hubieran muerto de tristeza; eran cosas normales en aquel tiempo.

»¿Cuántos palmos tendría la pared delantera? ¡Quién sabe! Sobre la puerta de entrada estaban los agujeros de las aspilleras. Había un pequeño foso y un puente levadizo. Aunque de todo esto no se aprecie ningún rastro, es imposible que no hubiera puente levadizo.

»Para levantar este castillo emplearon un montón de años, y tal vez más de un centenar de piernas. Así debía ser; era la moda de la época.

»Dentro del castillo debía de hacer un frío espantoso. ¿Quién sabe si ya habían inventado las chimeneas? Probablemente. Lo que no habían inventado era el calentador de camas y la tumbilla. Los braserillos llegaron mucho después. Dentro, las paredes también eran de piedra desnuda; no debían gastar mucho dinero en tapicería. Nuestro tapiz era muy posterior, creo que del siglo XVI, y todavía no era un tapiz español.

»¿Cómo debía ser el primer señor de Lloberola que se paseaba por los corredores de este castillo? Aún no usaba nuestro escudo. Los tres lobos y los tres pinos. Según decía papá, este escudo es del siglo XVII. Papá exageraba; creo que debía de ser mucho más antiguo; si no, no tendría gracia.

»Después del primer señor de Lloberola debieron venir el segundo, el tercero, el cuarto, quizá veinte, quizá treinta… No, treinta es demasiado; treinta generaciones representan setecientos años. Aquí, como mucho, los señores de Lloberola debieron vivir doscientos o trescientos años. Cuando nacían, debían traer a las parteras de Moià o de alguna masía que les prestaba vasallaje. Sería curioso saber si a los señores de Lloberola también les ataban el cordón umbilical con una cinta de alpargata y les ponían un diente de ajo, como todavía hacen en algunas casas de payés. Debe de ser una costumbre muy antigua, y probablemente los payeses la aprendieron de los señores.

»Me parece que allí dentro, el primer señor de Lloberola, o el segundo (da lo mismo), se debían aburrir espantosamente. Mirándolo bien, no debían servir para nada, no debían dar golpe en toda su vida, igual que papá. En el asunto de no dar ni golpe, papá era todo un señor. Cuando murió, la nariz no se le puso amarilla; tenía la misma rojez, la misma hinchazón que en vida; tal vez más exagerada aún. A los de ahí arriba les debía de pasar lo mismo; tal vez también me pase a mí, pero mi nariz es más noble y afinada que la de papá.

»De todas maneras, ser un Lloberola de los de entonces tendría más interés que ser lo que yo soy, por ejemplo. ¡Ser un señor de Lloberola, poder disponer de la vida y hacienda de los demás y no tener que oler el tufo de la escalera del piso de la calle Bailén. Creo que me verán muy poco el pelo por aquel piso. Aquí se nota el olor de los establos…, pero más aireado… ¡Ser un señor de Lloberola! ¡Un señor de Lloberola…! Todo lo que pienso es algo ridículo, pero ilusiona; tener una sangre ligada a estas piedras, a esta historia… Diga el diario lo que quiera… Aunque Companys y los *rabassaires* no den su parte al dueño… ¡Los *rabassaires*…! Ah, si uno pudiera… ¡Si uno pudiera disponer de la guardia civil…! Lo único bueno que papá ha hecho en toda su vida es morirse para no ver tantas canalladas… ¡La República…! ¡Qué pandilla de rufianes! ¡A mí lo mismo me da! Para lo poco que me queda… Ya pueden venir los *rabassaires*, Companys, todo el mundo…, ya pueden llevárselo… La casa no; la casa es nuestra, mejor dicho, es mía… Claro que la casa no es muy vieja, que digamos… Papá decía que del XVIII…, yo no entiendo mucho…, en fin, da igual que sea del XVIII, pero se vive tranquilo, mejor, mucho mejor que en el piso de Barcelona. Ellos que se queden allá…, ¡son gente para vivir a gusto dentro de un piso…! Mis hijos no pueden comprender todo esto… Han salido a su madre… Yo aún soy un señor de Lloberola, ¡pues estaríamos frescos! Lloberola es un diminutivo de lobera, vaya, me parece… Lloberola quiere decir lobera pequeña. Una lobera es una madriguera de lobos… Lloberola una madriguera pequeña; todo pequeño; lobos pequeños; eso es lo que somos nosotros, lobos poco alimentados, de pocas uñas, lobos cobardes… Siempre he

creído que los Lloberola éramos unos cobardes… Pero ¿por qué? Como todo el mundo. Entre nosotros y los otros cobardes está la diferencia de que nosotros aún somos unos señores… No se trata de que lo creamos, ¡es que lo somos…! Tenemos una morbidez de señores…, un menosprecio…, ahora "desprecio" se llama menosprecio…, el catalán es una lengua horrible; mejor dicho, la han hecho horrible los catalanistas… Esos sí que nunca serán señores, nunca… ¿Qué dices tú? ¿Qué opinas, con esa cara y esas babas? Contesta. ¿No soy un Lloberola auténtico…?

Por toda respuesta oyó un «muuu…» alargadísimo, porque el ser interpelado por aquel comentarista de la historia, la política y la filología era una vaca que estaba masticando unas fibras de cañeta tierna. Del supuesto castillo de los Lloberola solo quedaban vagas reminiscencias de pared seca, en un erial improductivo que formaba un montículo sobre la masía.

La imaginación de Federico comentando la historia de aquellas piedras será tan gratuita como se quiera. Probablemente aquello nunca había sido castillo ni había pertenecido a ningún Lloberola. Es posible que no tuviera nada de medieval y fuera un pedazo de caserón abandonado, como tantos otros que se encuentran en el paisaje de nuestro país, que sirven de refugio al ganado y de punto de reunión a lagartos y zarzales. Don Tomás fue quien descubrió, nadie sabe cómo ni con qué medios de erudición, que aquello era sin duda el castillo de los Lloberola, señores de aquel término desde mediados del siglo XII. Es evidente que los Lloberola eran unos payeses ricos que ocupaban aquella masía llamada Can Lloberola desde hacía tres centurias. La masía había sido antes de unos payeses llamados Sitjar, y una *pubilla*. [60] Sitjar se había casado con un segundón Lloberola. El primogénito Lloberola murió sin descendencia, y todos los bienes se acumularon en los dueños de la casa de payés que habitaba Federico con sus masoveros.

A comienzos del siglo XVIII los Lloberola se establecieron en Barcelona, y fue entonces cuando el rey Fernando VI les concedió el título de marqueses de Sitjar. Los rupestres Lloberola, a los que antes de ser marqueses se había concedido el título de ciudadanos honrados y poco tiempo después el de caballeros, usaban un escudo que no era precisamente el de los lobos y los pinos. El escudo consistía en una cruz y una cabeza de morueco con unos grandes cuernos, porque, según parece, los antiguos Lloberola se habían enriquecido con el comercio de ganado lanar. Pero un rey de armas, de los muchos que había en el siglo XVIII, y que se dedicaba a embaucar payeses con ascendencias mitológicas, les ofreció los tres pinos verdes y los tres lobos negros sobre campo de oro por si les caía en gracia, porque lo de los cuernos resultaba un poco indiscreto en unos marqueses de casaca

y peluca, forrados de dinero y llenos de humos.

Federico desconocía la modesta historia nobiliaria de su casa. Prefería aceptar las fantasías de don Tomás y de los reyes de armas y ver positivamente que aquellas cuatro piedras situadas a media hora de su casa solariega habían sido la madriguera brillante de todas las leyendas románticas de un Lloberola con coraza y armadura, despanzurrando ferocísimos berberiscos, violando sarracenas perfumadas y ejerciendo sus derechos feudales sobre una machacada multitud de siervos.

En el erial del castillo nunca había nadie, aparte de Federico, que pasaba allí muchas tardes. En la pendiente que llevaba a la masía había crecido un buen trecho de hierba poco tupida, y allí se enviaban de vez en cuando las cuatro vacas del masovero de Can Lloberola, para que descansasen un poco del establo y recogiesen las migajas de hierba que la tierra daba sin pedir nada a cambio.

Can Lloberola había sido una finca muy importante; la mejor del término municipal; pero los últimos años de don Tomás presenciaron su desmembración. Los bancales, vendidos en parcelas, pasaron a diversas manos y, después de la muerte de don Tomás, a Federico le correspondió la casa junto con unos cuantos jornales de tierra que explotaba el masovero por su cuenta, mediante el pago de un arrendamiento ridículo.

En los buenos tiempos de don Tomás la casa había llegado a tener presencia. Gastó mucho dinero en obras y la amuebló dignamente para poder pasar los veranos en ella y recibir invitados; pero después todo se fue abandonando. Del jardín ya no quedaba nada. Los masoveros, que como buenos payeses no sentían ni la estética ni la necesidad de las cosas superfinas, convirtieron en tierra de labor todo lo que fuera decorativo. Se apoderaron de los muebles del amo, invadieron poco a poco las habitaciones destinadas a los señores, y así, cuando Federico recibió los residuos del testamento de su padre, vio que, si quería vivir en Can Lloberola, casi debía adoptar la actitud de un realquilado. A pesar de los inconvenientes y de la marrullería rural, Federico respiraba allí como un auténtico señor. El masovero, que era un bribonazo y le conocía de cuando niño —tenía diez años más que el dueño—, procuraba seguirle la corriente, y se hacía el sueco cuando Federico, de vuelta de la caza, exigía que le desabrochase las polainas Soledad, la hija mayor del masovero, una muchacha que ya usaba colorete y medias de gasa; y Federico, mientras ella le desabotonaba las polainas, lanzaba sus ojos, como perdigueros medievales, al pozo del escote de la muchacha, dentro del que suspiraban con cierta rebeldía los frescos limones de sus pechos.

A Federico le producía tristeza ver cómo se habían modernizado y banalizado aquellas nobilísimas paredes rurales. El masovero tenía

una gramola y un aparato de radio con un altavoz montaraz, que lanzaba rayos y truenos, tangos y discursos de los diputados de la Esquerra, mientras los mozos se rascaban el cascabillo de las orejas y Francisca colgaba en los llares de la cocina una gran olla llena de judías blancas.

Por las noches, en la mesa de los masoveros y los mozos se hablaba de fútbol, de los *rabasaires*, de Macià, de Companys y de Greta Garbo. Todos eran de la Esquerra, menos dos mozos que eran de la FAI y se iban a cavar patateras con la *Soli*[61] en la faja… Federico se desesperaba al ver estas cosas. Percibía en los ojos de los labriegos una mirada de desafecto; apenas le daban los buenos días o las buenas noches. Todo el mundo sabía en el pueblo que estaba arruinado, que no le quedaba ni un céntimo, que el masovero era más dueño que él y que pronto ni siquiera cobraría lo poco que cobraba del arrendamiento. Si los domingos por la tarde el señor de Lloberola entraba en el café, no era tratado con más miramientos que los de la faja y la gorra. Había olvidado el bridge; jugaba al burro y al subastado con el secretario y dos payeses; para ponerse un poco a tono con los de la mesa, fingía haber leído los diarios y se abstenía de opinar y de decir todo lo que pensaba de la República.

Federico mantenía una aventura amorosa con una casada del lugar. Se trataba de una muchacha joven, educada en Manresa; era un tanto escrupulosa en materia de higiene, y sórdidamente banal en todas las restantes cosas de este mundo. La casada se llamaba Montserrat; su marido tenía un negocio de vinos y pasaba muchos días en Barcelona. Montserrat, cuando niña, e incluso de mayor, se había alimentado con la literatura de Folch i Torres.[62] Su marido le corrompió la moral y la aficionó a los vodeviles y a los chistes verdes. Ella se enamoró de Federico porque era noble y muy desgraciado; él le hacía una visita tras otra; todo el mundo chismorreaba por el pueblo; pero el comerciante de vinos era de esos que tienen oídos y no oyen.

Federico siempre había demostrado un gran apego a la finca de los Lloberola; en la época de esplendor eran famosas las cacerías de Federico y sus compañeros. Alguna vez habían ido con mujeres, y el masovero se las ingeniaba para que don Tomás nunca supiera aquellos desacatos.

Tres años antes de la muerte de su padre, Federico, con la excusa de vigilar la finca, empezó a pasar allí largas temporadas completamente solo, dejando a la mujer y a los hijos en el piso de la calle Bailén; pero con la muerte de su padre y la llegada de la República, Federico se decidió a alargar la temporada tanto como pudiera. De hecho, María y él vivían como divorciados. Desde la ruptura con Rosa Trénor, contada al fin de la primera parte de esta historia, Federico, que como todos los Lloberola estaba un tanto

chiflado, empezó a manifestar una especie de grotesca melancolía, a hacerse el interesante, a quejarse de cosas absurdas y a armar grandes escenas a su mujer y a sus hijos. María, en lugar de encajar, azuzaba, y los últimos cuatro años de matrimonio fueron inaguantables. Federico se indignó tanto o más que su padre ante la llegada de la República; pero, en vez de entretenerse en contubernios clericales y conspiraciones baratas, sintió una especie de tristeza y asco por las gentes de Barcelona que se preocupaban por la política e iban promoviendo alborotos democráticos. Sus hijos, ya mayores, le acabaron de irritar; Fernando había salido del colegio y empezaba la carrera de arquitecto y, aunque tímidamente, se permitía opinar delante de su padre. La melancolía, mezclada con la estupidez de Federico, se manifestó en forma de crisis aguda: un día arrojó una botella contra la cabeza de su hijo y le hizo bastante daño. En otra ocasión le amenazó con echarle de casa. María siempre se ponía del lado de los hijos frente a su marido, y la señora Carreres, más necesaria que nunca, desde un punto de vista económico, llegó a decir a su yerno que era un monstruo y un mal hombre, y que si no era capaz de educar y mantener a una familia, se marchase y les dejara tranquilos.

Las escenas del piso de la calle Bailén fueron de las más lamentables e idiotas que se producen en la vida privada de la burguesía de nuestro país, a veces por motivos irracionales. Nada consolaba a Federico. Iba mal vestido, sus amigos del Ecuestre se apartaban de él. Algunas veces pasaba la tarde aburriéndose solo en un café de barrio. El testamento de don Tomás dejó bien sentado que a los Lloberola les tocaba una miseria, y Federico ya no podía aguantar más humillaciones y más favores de los suegros. Le quedaban la finca y la compañía de unos masoveros que le habían sido fieles toda la vida y para los que siempre había sido «el señorito» y luego «don Federico». Le quedaban aquellas piedras en lo alto de un erial que el quijotesco Federico imaginaba como el castillo de sus glorias pasadas y el justificante de su orgullo y su tristeza. Le quedaba una vaca manchada de amarillo y blanco que, mientras masticaba la hierba, escucharía sus discursos sobre la grandeza y decadencia de las vanidades humanas. Federico no era un pobre hombre vulgar, como muchos creían, como creía el propio Bobby, con el que nunca se reconcilió. Federico tenía algo de loco, como todos los Lloberola; era ese algo de locura lo que le hacía estar solo, casi realquilado entre los masoveros de su casa, soportando los rayos y truenos de la radio y las opiniones sobre comunismo que soltaban cuatro mozos hartos de judías, perfumados por el natural y repulsivo olor de la agricultura.

Mientras tanto, en su casa había tranquilidad. Pese a todo, Federico era un caso curioso. Hay hombres que pasan por el mundo

sin dejar nada de provecho, sin haber ejercido la menor influencia sobre nada; una vez muertos nadie se acuerda de ellos, a nadie hacen falta. Mientras dura su contacto con los demás, ni epidérmica ni pasajeramente se les puede tener en cuenta una maldita anécdota, y lo poco que hacen es totalmente negativo, incluso para ellos mismos. Se dedican a gastar, a destruir, a agriar las cosas, a hacer desagradables los minutos. Acostumbran adoptar una inútil seriedad; no son aptos para el humor, la risa ni nada que tenga un color simpático. Parece que lo más natural sería que nadie se diera cuenta de la existencia de estos hombres, que se prescindiese de ellos, que no constituyeran obstáculo para ningún proyecto, porque, en definitiva, ni su criterio, ni su valor, ni su volumen pesan. Pero lo curioso es que estos hombres estorban de una manera especial, preocupan a los demás, se convierten en espectros interceptores de movimientos; a veces hasta parece que roben el aire de la habitación y no dejen respirar; sus ojos, que no dicen nada, que no revelan ningún atisbo especial, son más inquisitivos que los ojos de los demás y su lengua contradice por ganas de contradecir. Ante hombres de este temple hay personas que dan media vuelta o dejan de hacer lo que sea con tal de evitar esa contradicción estúpida, inofensiva, que no tiene valor, pero que, sin uno saber por qué, molesta de una manera intolerable. Federico era ese tipo de hombre en su casa, entre sus amigos, en sus relaciones. Irritaba la suficiencia de su analfabetismo; capaz de descubrirlo todo, de meterse en todo, nunca sabía callar a tiempo, alargaba las discusiones, retorcía las cosas más absurdas, no por ganas de ofender, sino porque se creía poseído por una especie de soplo divino, como si fuese una pitonisa. Los amigos o conocidos procuraban evitarle; siempre tenían prisa cuando se lo encontraban por la calle, o buscaban a una tercera persona para no verse obligados a mantener un cuerpo a cuerpo con él. Federico, pese a ser un hombre correcto, una persona bastante decente y educada y tener don de gentes, era pesadísimo, pesadísimo como nadie. Don Tomás se salvaba por lo pintoresco, por lo patético, por los aspavientos, por algo molieresco a lo Orgón, a lo Enfermo Imaginario, que le había impregnado la nariz, el bigote y la bufanda. Don Tomás era otra época, con todas las payasadas y todos los capirotes reunidos, y como espectáculo, si era cortito, se le podía tolerar. Federico, no; Federico era gris, triste, sin contrastes en la piel ni en el alma; era un verdadero hueso que no había por dónde roer.

Un hombre así, metido en una familia, aunque sea una familia anodina y sin pizca de sentido crítico, termina por llenar todas las habitaciones de un salfumán irrespirable. Su mujer tenía muchos de sus defectos, pero rebajados de tono, en sordina, como si dijéramos: era apagada, mojigata, llorona, borrosa, ácida de una acidez diluida con mucha agua. Su mujer no se daba cuenta de qué clase de persona

era Federico; repelía su trato por unas razones que no eran precisamente las que lo hacían imposible —infidelidades, regañinas, manías, falta de dinero—, cosas que hubieran sido tolerables de no haber sido Federico un pelmazo. Y lo más doloroso es que no era un pelmazo vulgar, no. Si Federico hubiera sido un hombre vulgar y normal, tan triste e insignificante como se quiera, tal vez también se le hubiera podido tolerar. Federico, dentro de su peculiar forma de ser, era un original, un hombre de excepción; un excepcional pelmazo, vil y caballeresco, inocente y mal pensado, generoso y lleno de miserias, responsable, ligero, vocinglero, falso y cobarde, con las ilusiones más quijotescas y más sublimes, desarmado ante la vida como nadie, fracasado y lleno de orgullo.

Su influencia en sus hijos fue funesta; si había un hombre que no tuviera la más mínima idea de lo que es educar a un hijo, ese hombre era Federico. Don Tomás, cuando le educó a él, creía en algunas normas; tenía un criterio, bueno o malo, echaba mano del ascetismo, la moral, la nobleza, las hojas dominicales o lo que fuera; y entre sotanas y pescozones imponía su criterio. El procedimiento le dio pésimos resultados, pero seguía un procedimiento. Federico, no; había llegado a perder el pudor ante sus hijos, pasaba de los castigos, los gritos y la violencia a dejarles hacer lo que les viniese en gana. Sus hijos no le tenían el menor respeto; la acritud y la pelea conyugal eran el espectáculo cotidiano. No hay ninguna duda de que algunos de los percances que sufrió la descendencia de Tomás de Lloberola y de María Carreres, y que el lector conocerá si sigue leyendo esta historia, obedecían a la pésima educación y al mal ejemplo de un hogar en el que el cabeza de familia era una nulidad como padre y como todo.

No es que en este mundo podamos fiarnos demasiado de la pedagogía ni de las sanas influencias de los padres sobre los hijos, porque cada casa es un mundo y todas las técnicas fallan; pero lo cierto es que, en temperamentos débiles como los de la familia Lloberola, la presión de un hombre como Federico, al que no se podía llamar criminal, ni ladrón, ni excesivamente libertino, ni alcohólico, ni perverso, ni nada parecido —porque estos vicios, cuando aparecen acusados en el padre, a veces actúan como reactivos en los mismos hijos y se convierten en repulsivos—, sino solamente pelma, inconsecuente, infeliz, llega a producir la desmoralización más absoluta, que es la del cansancio, la del ahogo, la que hace perder el respeto e incluso hace desear la desaparición o la muerte de una persona a la que naturalmente se ha de querer y respetar.

Y eso sentían los hijos de Federico, azuzados por la cara de pocos amigos de María y por todos los suspiros de la abuela Carreres. El más culpable de este desafecto y este cansancio era el propio Federico. Había puesto tres hijos en el mundo sin entusiasmo, porque, al perder

la ilusión por su mujer, perdió la ilusión por la paternidad. No es que no les quisiera, no es que no sufriese cuando de niños se daban un golpe contra el ángulo de una mesa; pero les quería de una manera muy especial; el sufrimiento provenía más de la molestia al oír los lloros que de la ternura y la compasión por el niño que se había hecho daño. En el fondo le estorbaban y huía de casa en cuanto podía; aquellos hijos no le costaban esfuerzos, ni quebraderos de cabeza, ni nada; ya tenían a la madre, a los abuelos, a las niñeras; él estaba ocupado en jugar en el Ecuestre, en probar un auto, en abordar a una mujer, en soltar rollos, en discutir y en sentarse. Cuando las cosas empezaron a irle realmente mal, cuando tuvo que humillarse, cuando tuvo que aceptar un triste sueldo en el Banco Vitalicio, su egoísmo cobarde se desahogó en sus hijos, que no tenían ninguna culpa, y eso según el humor que le poseía.

Como pretendía ser más sabio que nadie, en un gesto hecho por uno de los niños con la mayor inocencia —en un encogimiento de hombros, por ejemplo— Federico veía la prueba de un terrible instinto de depravación, que era preciso corregir, y entonces imponía al niño un castigo angustioso, humillante e idiota, que el niño cumplía, pero ya no con inocencia, sino con una resignación llena de odio positivo contra su padre, consciente de su poquedad y obedeciendo para que la poquedad no pasase a extremos peores, y porque los niños, muchas veces, tienen más sentido común y más manga ancha que las personas mayores.

Es evidente que en el piso de la calle Bailén respiraban mucho más a gusto cuando Federico, después de verse atacado por la melancolía rural, se sentía como liberado al olvidar a su familia.

Federico pensaba a veces en los suyos, especialmente en María Luisa, la hija mayor, que ya tenía casi veinte años. Pensaba en ella, no para hacerse algún reproche a sí mismo, ni para presentarse desnudo ante su conciencia, sino al contrario; sus hijos no le querían, según creía él, porque su mujer les había inculcado una especie de odio contra su padre. Él era una víctima de sus hijos como había sido una víctima de don Tomás. En las peleas y desavenencias con don Tomás, Federico nunca había sospechado que en este mundo la culpa se reparte a medias, y que muchas veces no hay culpa por parte de nadie, sino que es la mera fatalidad, la biología idiota y contradictoria, la causante de conflictos risibles, y que, según a qué ojos, llegan a parecer inabordables montañas. Federico se creía puro, bien intencionado, un ángel; los demás eran siempre sus enemigos y los culpables de todo. Esto no era manía persecutoria; era, simplemente, vacuidad cerebral.

Una de las cosas que acreditan más la paciencia o la estupidez de Rosa Trénor es el haberle podido soportar como amante; ya sabemos

que Bobby, gracias a su temperamento especial y a su pereza, era insensible a los latazos e impertinencias de Federico.

Federico se iba embruteciendo cada día más en Can Lloberola; llegó a distraerse con la radio, llegó a escuchar con cierta distensión de nervios las discusiones comunistas de los mozos. A veces pasaba tres días sin afeitarse. Se enternecía con una afectividad rupestre cuando Soledad le desabrochaba las polainas y se ponía encarnado si Francisca se daba cuenta de la maniobra. Los payeses que jugaban con él al burro le llamaban «señor Federico» y uno le llamaba «señor Federiquín» sin que él hiciera ni una mueca, obsesionado con las cartas.

Si había luna, después de cenar iba a pasear entre los pedruscos del castillo; se sentía el corazón bucólico y el vientre pesado, escuchaba el canto de los grillos con un sentimentalismo de cromo. Las piedras del castillo le devolvían a las nubes del ideal; solo, bajo el relente que empezaba a delatar los efectos del artritismo, procuraba mantener el tipo, adoptar una digna actitud de Lloberola que hablaba con las sombras medievales de sus antepasados. Él estaba allí contra todas las democracias, contra todos los socialismos, defendiendo la tradición de un país del que nunca había tenido conciencia. Para él, haber nacido en Cataluña y llamarse Lloberola significaba jugar al bridge, traer hijos al mundo porque sí, perder una fortuna y estrenar corbatas. Todo lo demás era perder el tiempo. Frente a las ruinas, su criterio se modificaba un poco. Le daban asco el bridge, los hijos, la fortuna y las corbatas. Sentía la solemnidad de los arroces y las ensaladas rurales, la gracia de los pechos de Soledad, el olor de los establos, la canción de los grillos y la inmutable luna de un amarillo pálido que creaba un teatral claroscuro sobre sus ruinas atávicas.

Al caer la tarde, Federico se iba a ver a la mujer del comerciante de vinos. Se cansaba un poco; su abdomen, su cabello gris y las arrugas de la cara le delataban. En los juegos de amor con la mujer del comerciante no podía ser demasiado pródigo con su fortuna. Federico era un hombre bastante acabado. La impotencia prematura era bastante corriente entre los Lloberola, y Federico empezaba a acusar aquel achaque familiar. No es que fuese un viejo: acababa de cumplir cuarenta y ocho años; pero Federico encontraba cada día más síntomas alarmantes en su fisiología íntima. La mujer del comerciante de vinos le envolvía en un sentimentalismo viscoso, de los más ordinarios. Soledad, con su colorete y sus medias de gasa y con los apretujones de todos los rufianes de la sala de baile, era mucho más delicada. Pero Federico necesitaba que le adulasen, que le compadecieran. La mujer del comerciante de vinos le sabía compadecer y se emocionaba ante el hecho de que todo un señor de Lloberola se dignase echarse en su cama, en una alcoba que olía a piel

de cordero, a cofradía de la Virgen de los Dolores y a agua de colonia barata.

Federico iba acostumbrando su olfato y su corazón a todas las miserias. Hasta llegó a considerar interesante una camisa de seda estampada que llevaba la vinatera. Era una camisa negra con unos bebés color calabaza que parecían robados de un hospicio.

Leocadia levantó el piso de la calle Mallorca después de la muerte de su marido. Guillermo tan pronto vivía en un hotel, como en una pensión, como no se sabía dónde iba a dormir ni dónde tenía la ropa. Leocadia pasó los primeros meses en casa de Josefina; pero la pobre dama no se sentía a gusto entre los marqueses de Forcadell. Era una casa de mucho bullicio y demasiado ruido. Josefina siempre tenía invitados, los niños armaban gran jaleo y el marqués no demostraba el menor afecto por su suegra. Leocadia se levantaba muy temprano, estaba acostumbrada a comer y cenar a horas fijas; en cambio, en casa de su hija había un desorden total. El marqués, después de hacerlas esperar hasta las diez de la noche, telefoneaba diciendo que no iba a cenar. Josefina se apasionó por el golf como una desesperada y muchos días se quedaba a comer en Sant Cugat. Todo esto mareaba a Leocadia, y les dijo a su hija y a su yerno que lo mejor que ella podía hacer era retirarse con las monjas de Cluny. Estas monjas admitían en su convento a señoras solitarias, víctimas de una manía especial, de una viudez o de un terremoto, y no es que en el convento encontrasen lujo, calma y placer, pero sí encontraban orden, reposo y disciplina, y todo el confort necesario a sus exigencias. En general, las damas que se retiraban al convento de las monjas de Cluny eran de buenas familias y de excelente educación, pero escasas de fortuna y afectos.

Ni a Josefina ni a su marido les pareció totalmente correcto el propósito de Leocadia; creyeron que sus amistades se lo criticarían. No estaba bien que la marquesa viuda de Sitjar, con dos hijos y una hija casada con un hombre de buena posición, se retirase como una viuda pobre o como una solterona vulgar, Josefina opinaba así por el qué dirán, no porque sintiese un gozo extraordinario teniendo a Leocadia en su casa. En el testamento de don Tomás se asignaba a Leocadia una cantidad en valores que producían la escasa renta mensual de cuatrocientas pesetas. Con esto Leocadia tenía bastante para pagar la pensión de Cluny y para sus gastos, que eran insignificantes. Pese a la oposición —débil— de los marqueses de Forcadell, Leocadia se instaló en una habitación amable del convento, arregló todas sus cosas y vivió con más independencia y más tranquilidad que en el piso ampuloso y truculento de su yerno.

Algunas personas viejas, podría decirse que la inmensa mayoría, que han vivido a gusto en una época determinada de su vida, o se han

sentido identificadas con unas modas o unas ideas pasadas, aceptan después los años y los cambios posteriores no sin protesta, no sin incomprensión. En realidad, todas esas personas son hoy unos supervivientes de aquella época, de aquellas modas, de aquellas ideas.

Los viejos que han tenido un buen momento en el pasado mantienen una constante controversia con la vida nueva que se produce cada día. Si dicen que una cosa actual es mala, no lo es por las razones que ellos aportan; es mala para ellos, porque es distinta de otra pretérita que aceptaban como buena. Si un viejo afirma que las mujeres con el cabello corto son menos excitantes que las mujeres con el cabello largo, es porque en la época en que ellos se excitaban las mujeres llevaban el cabello largo; y si una vieja afirma que los hombres están mejor con barba y bigote, es porque el primer hombre por el que sintió algo llevaba barba y bigote.

Cuanto más intenso y lleno haya sido el momento pasado de una persona anciana, más fuerte es la controversia, más dura es la incomprensión y más encarnizada es la protesta frente a la evolución de las cosas.

Este criterio, que puede aplicarse a la mayoría de las senectudes respetables, no podía aplicarse a Leocadia, por la sencilla razón de que no había vivido intensamente ninguna época de su vida. Leocadia siempre había sido un mero elemento receptivo, sin criterio y sin pasión.

Por eso Leocadia era una vieja deliciosa. Cuando su hija jugaba al golf, ni un solo instante se ponía a considerar que entre su época y la de su hija había una notable diferencia, y la palabra golf se incorporaba a su vocabulario fuera del tiempo y del espacio; lo único que objetaba a este deporte era que la hacía comer tarde o que la hacía comer sin su hija. Y lo mismo que le sucedía con el golf le sucedía con todo. Cuando su nieta María Luisa iba sola a visitarla, envuelta en un *trench-coat*, al salir de la oficina en que trabajaba como secretaria, la marquesa viuda de Sitjar no se lamentaba ni se extrañaba de la situación de su nieta, aunque en la juventud de Leocadia ninguna muchacha de su clase iba sola por la calle, ni llevaba *trench-coat*, ni se alquilaba como secretaria para ganarse la vida.

Si Leocadia no hubiese tenido esta dulce impasibilidad, sus últimos años hubieran sido muy negros; porque aquella dama que tan escrupulosamente trataba los muebles familiares, reliquias del esplendor de los Lloberola, en el piso de la calle Mallorca, vendió después con gran indiferencia la mayor parte de los muebles, y esto solo se explica aceptando que el escrúpulo y el cuidado de antes no eran otra cosa que el reflejo de la importancia que su marido daba a los muebles. Una vez desaparecido don Tomás y la exaltación

fachendosa y patética que gastaba con todo lo que hacia referencia a su historia pasada, Leocadia se sintió pasiva e indiferente ante los muebles y ante todo. Ya dijimos en otra parte de esta historia que en el matrimonio Lloberola se produjo una especie de mimetismo y que ella se adaptó y se anuló completamente. También hemos dicho que las protestas de Leocadia ante los despilfarros y los disparates de don Tomás fueron muy débiles y solo respondían a aquel instinto de conservación natural en las mujeres.

Gracias a su temperamento, Leocadia no sintió ninguna humillación viviendo como pensionista en el convento de Cluny. Y como en el mundo las mismas causas producen en los individuos efectos de una moral contradictoria, tal vez también gracias al temperamento de Leocadia, transmitido en herencia, su hijo Guillermo tampoco sintió la menor humillación cuando aceptó trescientas pesetas de la modista Dorotea Palau y cuando más tarde aceptó todo lo que fue preciso de la baronesa viuda de Falset.

La persona de la familia con la que Leocadia trataba más era María Luisa, la hija de Federico. María Luisa quería a su abuela porque nunca veía ni una pizca de acritud ni sorpresa en sus ojos clarísimos; Leocadia era como una niña sin entusiasmo; María Luisa era una niña apasionada; Leocadia sentía por su nieta exactamente lo mismo que sentía por su hijo Guillermo: una gran ternura mezclada con miedo. Aquella muchacha de veinte años, tan decidida pero tan reservada, tan zalamera pero tan escurridiza, hacía temblar a la abuela. Nunca Leocadia dijo nada a María Luisa, ni le hizo ningún sermón, ni intentó comprenderla. Leocadia presentía que nada conseguiría.

María Luisa había cumplido veinte años, y su vida sentimental ya empezaba a presentarse en estado de descomposición. «*Qui n'a pas l'esprit de son âge / De son âge a tout le malheur*», dice en unos famosos versos Voltaire a la marquesa de Châtelet; y esto, que puede parecer un agudísimo aforismo, falla en personas determinadas, como por ejemplo en María Luisa. Ella poseía de una manera brutal el espíritu de su época y de su edad, y este exceso de espíritu de la época tal vez era la causa de su desgracia.

En todas las familias hay un individuo que mantiene las cualidades y los defectos propios de la familia, exagerados y concentrados por el camino de lo grotesco y lo desagradable; este individuo acostumbra a ser un tío que no se casa y que tiene un hijo natural con la cocinera. Junto al personaje que vive para la farsa, en todas las familias también se acostumbra a dar un individuo en el que los mismos defectos se convierten, dentro de su piel, en elementos de gracia, de frescura y de elegancia; concentra la parte más alada, más picante y más olorosa de la familia. Este individuo acostumbra a ser, generalmente, una muchacha, y dentro de la costra grasienta, purulenta y reaccionaria de

los Lloberola, la persona favorecida para representar el papel de fruta helada y de perfume impresionante era María Luisa.

Si una matriz abandonada, quisquillosa y poco amable no pudiera producir ejemplares de una vitalidad tan azul y tan temblorosa, como el despreocupado desacorde de melodías que lanzan los pájaros en el momento de mojarse el pico; si las señoras como María Carreres no pudieran tener hijas como María Luisa, este mundo sería de una lógica infame que nos abocaría al apaga y vámonos.

A María Luisa la habían encerrado en un colegio de monjas de Sarriá, como a la mayoría de las niñas de su clase. En la época en que los niños sienten que les estalla la pubertad como un clavel desagradable, desvelador de escrúpulos y de deseos, María Luisa no fue víctima de ninguna de estas enfermedades que atacan al sexo en la vida de los pensionados. No se enamoró de ninguna monja, ni de ninguna imagen de la capilla, ni al besar la mejilla de una muchacha le contagiaba el bozo, poco higienizado, intenciones contenidas y nebulosas, de esas que se marcan con una ternura estúpida en la voz y con una pincelada azulada bajo los ojos. Cuando María Luisa se ponía la camisa de dormir se podía asegurar que aquella tela frágil solo escondía una adolescencia esterilizada e independiente.

A los dieciséis años María Luisa poseía un cabello rojo caoba y unos ojos como dos granos de uva helados. Pegó un zapatazo bastante solemne en las teclas del piano, porque no servía para la música, y decidió que a una muchacha que tenía la desgracia de ser hija de un padre como Federico de Lloberola y de una madre como María Carreres no le quedaba otro remedio que despabilarse por su cuenta y ganarse la vida. Esta decisión produjo un gran escándalo; pero María Luisa era la única de los Lloberola sin los dos defectos más peculiares a todos ellos: la debilidad y la cobardía. María Luisa se salió con la suya, y a los dieciocho años trabajaba como secretaria en un banco de la calle Fontanella.

Fue entonces cuando empezó a complicarse su vida sentimental. Hasta aquel momento, María Luisa había vivido alejada del fuego; ello no quiere decir que fuese inocente ni que estuviese en la luna. Comprendía muy bien que su gracia natural era suficiente motivo para que las cajas de bombones, los ramos de flores, las solicitudes y las invitaciones para que fuese a la Diagonal o al parque de Montjuïc a dar un par de vueltas dentro de un cochecito muy apaisado y muy brillante no fueran otra cosa que formas disimuladas de buscarle el cuerpo. Pero hasta entonces nadie había tocado a María Luisa, ni ella se había enamorado de nadie. Su temperamento era más bien frío; el sexo no le pedía otra cosa que una ducha, una raqueta y un poco de maquillaje en la cara. Cuando bailaba escuchaba la música y basta; contestaba por rutina y sonreía por instinto, sin que el cuerpo

supurase ninguna sustancia idílica, de esas que hacen perder el compás y quitan el sueño.

A los dieciocho años María Luisa dejó de ser una católica practicante. Con excusas deportivas esquivaba a su madre a la hora de ir a misa y decía todas las mentiras precisas para quedar bien y no escandalizar a la familia. En el último año de su estancia en el colegio puede decirse que María Luisa no creía en nada de lo que explicaban las monjas y el cura. Lo que más le rebelaba era hacer ejercicios espirituales y tener que representar una comedia que no sentía.

Las primeras vacaciones estivales de María Luisa, pocos meses después de haber entrado en el banco como secretaria, las pasó junto al mar, con unas primas.

Federico no quería dejar ir sola a su hija a aquel lugar, la playa de Llafranc; se oponía, como se había opuesto a que entrase en una oficina, no por ninguna razón, sino solamente por prejuicio y vanidad de Lloberola, y por aquel modo de ser suyo, incomprensivo y fatigante, de no estar conforme con nada. Pero por entonces Federico ya había perdido el rubor, ya se veía claramente que la familia le era intolerable, y como María, para llevarle la contraria, se puso del lado de María Luisa, todo se redujo a una escena entre padre, madre e hija, y la muchacha terminó marchándose a Flaçà en el expreso de la tarde y, después, hasta Llafranc, en el coche de sus primas.

Las primas eran de la rama Carreres, hijas de una hermana de María, casada con un importante comerciante del sur de Francia que pasaba temporadas en París y temporadas en el Ampurdán.

Las muchachas se llamaban Henriette y Suzanne. Una tenía veintiún años y la otra diecinueve; pero eran tan exactamente iguales, que quien no las conociese bien las confundía. Tenían un cutis muy fino y muy sanguíneo, propenso a manifestaciones herpéticas, y unas formas más bien agigantadas. Esta conformación les venía del padre, un francés de negro bigote y mejillas de cornudo de vodevil, que se llamaba Gastón. Por parte de madre habían heredado cierta ternura clorótica y una devoción por la Virgen de Montserrat. Henriette y Suzanne tenían la cara fresca, los ojos y la boca grandes; inspiraban mucha simpatía, pero eran poco excitantes; largas de piernas y brazos, poco concentradas, poco femeninas, parecía como si toda su malicia interior se evaporase por la piel y se perdiese entre el agua del mar y las risas, sin germinar en ninguna mirada viril. Su padre les había comprado un Talbot color menta, y se pasaban el volante de la mano de una a la de la otra, haciendo virajes sensacionales y tosiendo con unos aspavientos de pato cuando los coches de línea les llenaban el maquillaje de polvo.

Henriette y Suzanne recibieron a María Luisa con una explosión de botella de *extra dry* de buena cosecha. María Luisa lloraba de

felicidad. Las tres muchachas presentaban una batería de pijamas, maillots, pingüinos y panteras de goma, pelotas, gorros, babuchas y albornoces para enloquecer a todas las playas del mundo. Tenían una canoa y dos patines, y una amiga de las tres que pasaba los veranos en Llafranc con su madre y que se llamaba Dionisia Balcells. Dionisia era una de esas chatillas deliciosas que conservan toda la vida una cara un poco cómica y aniñada; la boca grande, los ojos de perdiz, el cabello muy oxigenado, cortado y peinado como el de un *boy*, fina y con las piernas erguidas, con el pecho y las nalgas poco expansivos y con toda la musculatura apta para el movimiento rápido, para el aspaviento y la risa que llega hasta las uñas de los pies; una de esas muchachas tan intencionadamente *à la page*, tan inocentemente cultivadoras del truco y la mueca excéntrica, de esas que cuando se entregan al amor no queda nada, solo una tibia cucharada de miel que se desliza con una primaria ternura fisiológica.

Dionisia tal vez era la más infantil de las cuatro, pero también la más moderna y la más libre. Había estudiado la carrera de ciencias naturales, pasaba largas temporadas en Madrid y en Argel y había estado todo aquel invierno en París. Pese a ser tan jovencita, Dionisia era en Madrid de las que hacía más alardes de feminismo y más ruido en la Residencia de Estudiantes; era amiga de los poetas surrealistas, de los psiquiatras y de los pintores mexicanos, y tenía los intestinos esmaltados de whisky y los pulmones de Lucky Strike. Aunque charlaba por los codos y le brillaba en la dentadura la saliva de la suficiencia, la muchacha parecía extraordinariamente atractiva y simpática, y su femineidad era de las más auténticas y trastornadoras.

Dionisia y María Luisa se hacían confidencias y lo comentaban todo, se avenían mucho. Henriette y Suzanne se dedicaban más al deporte. Las cuatro juntas sumaban ocho muslos de *girl*, no muy homogéneos, pero tan bien abastecidos de piel y agua que nada tenían que envidiar al mejor escenario del mundo.

Las cuatro, nada más amanecer, se escapaban en la canoa hacia las calas desiertas. Los colorines de los bañadores de punto adheridos al cuerpo y todo el circo ambulante de animales de caucho dejaban en los ojos de los pescadores unas cuantas cuchilladas de lujuria tropical, mientras la canoa rayaba la bahía esparciendo una cola de serrín diamantino.

Las cuatro muchachas practicaban el nudismo en las calas desiertas, tiraban piedras a las gaviotas y comían pedazos de jamón pellizcándolos con unas uñas rojas, brillantes y peligrosas, sucias de granos de arena. Les gustaba sentir en el vientre la transparencia del paisaje submarino con todos los verdores gelatinosos y corrosivos de los vegetales y los zoofitos aferrados a la roca; practicaban el *crawl* con los ojos abiertos dentro del agua, y la piel blanca de las plantas de

los pies flotaba nerviosamente y a rítmicos impulsos, como una rosa pegada a la cola de un pez mecánico.

En las rocas, las retamas encendían las últimas espitas de gas, en las que se quemaban las abejas. Un gas de color salsa holandesa, opaco, perfumadísimo.

Para mantener la línea, las cuatro muchachas hacían cincuenta flexiones abdominales diarias, con las piernas rígidas y tocando con las palmas de las manos las puntas de los pies; en un momento de la evolución, los pechos les quedaban colgantes del torso como dos farolillos periformes; después, cuando alzaban la cabeza y la mata de pelo desplazada volvía a su sitio, en el rostro de las muchachas se dibujaba una mezcla de sudor, sonrisas y fatiga.

Cuando llegaba la gente, volvían a la playa con los ojos velados por la quemazón del sol y llevando en las pupilas el sueño y el prestigio de su aventura en las calas desiertas. Una aventura que espoleaba la médula de los muchachos morenos, tumbados en la arena, que adivinaban una especie de misterio brutal y cándido, pero escandalosamente excitante, en las risas de las muchachas.

La afición a los baños de mar, con el señuelo de la frescura y de esa inocencia de reptil que da la luz solar pegada a la piel y cauterizando dentro de los huesos del cráneo las infestadas heridas de las ideas, es uno de los deportes más destructivos, desmoralizadores y adecuados a la rebeldía cargada de sangre de las adolescencias, para desvelar la floración melancólica, para interceptar el suspiro amplio y animal con una lágrima podrida, para llenar los atardeceres y las noches con sueños de desastre y de naufragio y con visiones de aguas negras y tranquilas en las que flotan dentaduras rotas, sexos de coral y rosas sin destino.

Cuatro muchachas juntas sobre una canoa, ligadas secretamente por la confabulación de los animales de goma, de los albornoces, del maillot lleno de sal y de gimnasia sueca, que ríen con una absoluta impunidad, que se agachan para estirar una cuerda, enseñando, solo durante cuatro segundos, la posibilidad de un pezón perfecto que intenta agujerear el punto de lana; no entregándose a nada, defendiéndose mutuamente con la complicidad de su alegría de animal virgen, son cuatro rayos que caen sin compasión sobre los espinazos fofos de banalidad y de mansa lujuria.

Una mujer gastada y explorada, desde la aburrida más celestial que se entrega a un adulterio sembrado de violetas, hasta la más triste y más opaca que entre el carbón de un muelle saca jugo a la miseria de los ladrones de algodón y alcohol, siempre es una mujer gastada y explorada: siempre es la monótona repetición de todo, de la que nada puede liberarnos, ni el amor ni la locura.

Hasta el más escéptico puede encontrar el brillo de las estrellas en

las mujeres exploradas y gastadas, sin que le escape de los ojos ni una estrella de la inmensa noche; pero siempre será a base de comprensión, de humillación, de renuncia, de embrutecimiento; siempre a base de moral; de humana, triste y purulenta moral. Una mujer gastada y explorada, para el estricto gustador de sensualidad auténtica, nunca llegará al comprimido misterio de cuatro muchachas sobre una barca, con los maillots, con los animales de caucho, con la risa que se les asa en la boca, agrediendo materialmente, con el máximo impudor de la vulva recóndita y virgen, toda la piedad esparcida por el mundo. Cuatro muchachas sobre una barca, aliadas por el sudor de las flexiones abdominales, por las actinias, por las medusas, por las madréporas inconscientes, ligadas por su profunda primavera irresponsable —María Luisa, Dionisia, Suzanne, Henriette—, llegaban a la playa a la hora del gran público, la hora de las piernas negras y nada peludas de ellas, colgadas de la blanca madera del patín e imitando el movimiento de las patas de las aves acuáticas.

Sucedía que al patín le daba como un temblor, como una especie de catástrofe íntima, y un maillot guisante, mantequilla y alquitrán se hundía en el agua acompañado de un chillido; entonces, unas manos de muchacho expertas con el remo temblaban un poco y los brazos se contraían estirando una fruta de piel desnuda y pelada a trozos por las parrillas del sol; los dedos del muchacho resbalaban en el sobaco, visitado periódicamente por la gillette, y aquel tacto que pinchaba un poco y duraba todo lo que él quería era sustituido por el choque de dos limones elásticos forrados de lana coloreada, que se aplastaban un instante sobre el tórax desnudo del muchacho; el aliento y la risa de la muchacha restregaban el suspiro doloroso y disimulado del remero, y pierna aquí, pierna allá, se restablecía el ritmo, y para matar el silencio, la antipatía o la carne excitada, ellos y ellas cantaban una rumba cubana, de las últimamente de moda en los cabarets.

El hermano menor de Isabel Sabadell, que se llamaba Patricio, pero al que nadie llamaba con este nombre tan arqueológico y pretencioso, había venido a pasar unos días en Llafranc con unos amigos. Le llamaban Pat, una palabra más dentro de la estética de los motores de aceite pesado.

Pat tenía entonces veinticinco años, era fresco, infantil, con un pelo muy negro y muy brillante y una dentadura muy blanca. Pat se pasaba la vida ganando primeros premios en festivales náuticos y destrozándose los pulmones dentro de su *out-board* de un color de entraña de pescado. Tenía los oídos llenos de explosiones de gasolina y cuidaba su musculatura como si fuera un perro de lujo.

Pat se dirigió directo, como una bala, hacia la sonrisa de María Luisa. Al segundo día de verla, Pat le explicó su historia, sus ambiciones, sus ideas.

Al tercer día, cuando empezó a llegar la gente, Pat y María Luisa se adentraron en el agua; la mano ligeramente áspera de Pat, avezada a los deportes marítimos, se deslizó dentro del maillot de ella y visitó los secretos que, con la frescura y la colaboración del agua, tenían un tacto de fruta viva y de carne sin alma. María Luisa no protestó y tampoco rió; desinteresadamente y sin ninguna razón, dejaba que los nervios del muchacho succionasen, a través de la epidermis mojada, la intacta electricidad de su cuerpo.

Era la primera vez en la vida que María Luisa se prestaba a una generosidad como aquella. No había nada sentimental en ella; no se creía ligada por nada a la musculatura bien repartida y tostada de aquel muchacho; fue un momento de simple generosidad femenina; no buscaba ninguna compensación moral, no buscaba nada. Los animales que nunca han ido a la universidad, y los dioses que no han aprendido ninguna doctrina referente al sexo, también deben sentir ese espléndido dejarse visitar por una mano que prescinde de la diplomacia.

Pat estaba un poco debilitado por la emoción y el agradecimiento; les faltaban unas cuantas brazadas para llegar a la playa, y Pat nadó un rato al lado de ella haciendo el muerto; María Luisa sentía una alegría de filántropo; nada satisface tanto el egoísmo como un acto de pura caridad. En la mirada del hombre y la mujer que acaban de hacer una caridad hay una chispa, tan insignificante como se quiera, de ese resplandor que, según afirman los teólogos, tienen los ojos de los bienaventurados ante la presencia del Ser Supremo.

Pat y María Luisa llegaron a la playa un poco cansados por el ejercicio; se dejaron caer sobre la arena respirando a pleno pulmón; Dionisia puso en las bocas de ambos un cigarrillo encendido.

Pat se encandiló estúpidamente con la contemplación de las uñas de los pies de María Luisa. Los pies de una muchacha que acaba de nadar, desnudos y mojados y con adherencias de arena, en el supuesto de que sean de una muchacha acostumbrada a las molestias y a las deformaciones de los zapatos, resultan generalmente un espectáculo decepcionante. Pero Pat, bajo la implacable ducha del sol, y con los ojos casi cerrados, sentía unas ganas mortecinas de besar aquellos pies pequeños de María Luisa y morder tenuemente la molla blanquecina del talón, precisamente allí donde la carne se hace dura y la piel tiene un grosor insensible. En el deseo del beso, Pat hubiera querido poner una ternura líquida, como de lágrima de agradecimiento, de adoración, de efusión…

Por la noche, antes de cenar. Pat y María Luisa tomaban un «picón» en un bar decorado con ramas de pino, mientras el mar se iba oscureciendo. María Luisa consideraba que Pat era una criatura vulgar, egoísta y visceral, que solo creía en la eficacia de su *out-board*

y en la fábrica de hilaturas de su padre. Pat explicaba que su padre le obligaba a levantarse a las nueve de la mañana, cuando solo hacía dos horas que se había metido en la cama, entrando en el piso misteriosamente, con los ojos rojos y con el estómago lleno de whisky. Pat había hecho el amor con las entretenidas más bonitas que iban a tomar el aperitivo al bar del Colón, y corrido casi hasta el suicidio con su Chrysler en las costas de Garraf, soportando sobre su corbata todo el colorete que se deslizaba por unas mejillas. Pat le contaba todo esto a María Luisa con una pizca de pueril vanidad y trascendencia tolstoiana, para desnudarse el corazón ante la muchacha. Pat utilizaba al hablar esa gramática propia de los chulos deportistas, con frases hechas, algunas traducidas tontamente del castellano, otras sin traducir, procedentes del *music-hall* por línea directa. En su mentalidad y en su manera de hablar se notaba la influencia de las películas y la decoración de vanguardia y de unas vagas lecturas de la prosa más en boga, inteligente, agradable y epidérmica. Pat simpatizaba con todo esto porque estaba de moda entre algunos de sus amigos más sensibles que él.

En un momento dado, entre sonrisas y chupadas de cigarrillo, la mano de María Luisa despeinó la cabellera negra de Pat; le sacudió el cráneo, y la mejilla de Pat rozó el cuello de María Luisa; pero solo fue un momento provocado y consentido por ella; Pat seguía hablando de películas y de sus cosas; solo le interesaba hablar de él y de lo que pensaba, con el inconsciente egoísmo de los niños; tenía ante sí a María Luisa y no le interesaba saber nada de ella. Pat no creía en la sinceridad de las mujeres; se le había contagiado aquella teoría un poco brutal de los jóvenes deportistas, acostumbrados a sentir el amor de una manera exclusivamente fisiológica, por el trato constante con entretenidas que procuran evadirse del abdomen y de la bronquitis del cabrito oficial con los productos del Club de Natación. Pat era dulcemente grosero con las chicas, e incluso desconsiderado en ocasiones; esto se estilaba como señal de *chic* y buen tono entre sus amigos, y así entendían el romanticismo muchos chicos brillantes de la época.

Sin embargo, esto no quiere decir que una forma de proceder musculosa y mecánica privase a Pat y a otros muchachos como él de la más bautismal inocencia, y que de vez en cuando una ingenuidad de cromo les convirtiese en personajes de *La dama de las camelias*; el motorismo, el whisky y el pubis fatigado de las más cotizadas no les había acabado de romper la cáscara de buenos chicos. Dentro de esta cáscara de ternuras maternales, de facilidades familiares e incluso de regañinas del padre, las criaturas como Pat iban sorbiendo su chocolate con bizcochos representativo de las esencias más conservadoras del país. Pat era un niño mimadísimo, y a María Luisa

le hacía gracia, porque su pavería estaba regada con un alcohol simpático y de buen paladar. María Luisa veía que Pat era un niño egoísta, vulgar y visceral; pero era un niño que le gustaba, tal vez solo físicamente. María Luisa aún no había analizado nada de lo que sentía ante aquel muchacho; pero la conversación, el aperitivo y los brazos negros que salían de la camisa blanca ligaban con el color del alma de la muchacha; era la primera vez en la vida que se liberaba de algo que no sabía cómo definir. Pat le hacía mucha compañía. Cuando el muchacho las siguió a las cuatro hacia el chalet a la crema que las primas de María Luisa tenían cerca del bar, María Luisa se aguantaba el corazón como si allí tuviese una pequeña golondrina viva. Rió mucho en la mesa y comió con un apetito optimista; tal vez comió más que sus primas, que nunca hacían ascos a nada y pesaban el doble que ella.

Después de cenar, María Luisa y Dionisia charlaban; María Luisa quería disimular; a Dionisia, inocente como Pat, solo le interesaban sus ideas.

—Es muy majo, pero me parece que es terriblemente animal. Para tener una pequeña aventura de tres días, bueno. De tres días y se acabó. Creo que al cuarto día ya debe resultar pesado. Si siempre le viéramos en la playa, pase, porque desnudo está bien, tiene mucho *sex-appeal*. Ahora bien, cuando empieza a andar, ya pierde, ¿te has fijado? Además, no sé si te has fijado en otra cosa: cuando pone una pierna sobre otra, marea, siempre se está tocando y moviendo el pie. No tiene ningún interés para mí, no es mi tipo; esta mañana ya le he dejado entender…

—¡Pues no sé qué decirte! A mí me hace gracia precisamente porque es tan animal y tan crío…

—¡Uy, pero si todos son iguales! Claro que este tiene cierto encanto cuando cuenta idioteces… y es simpático…

—Si, es bastante mono; sobre todo tiene unos ojos muy expresivos, y buena musculatura; pero juraría que es un asno.

—Está bien, mujer; pero me parece que para ir a bañarse no hace falta un sabio. Tú, claro, como todo el día te codeas con hombres tan inteligentes… No sé qué te debe pasar con el *sex-appeal* de los sabios del Ateneo de Madrid…

—Hay de todo. Además, el físico me da igual, ¿sabes? A mí me gusta hablar con un hombre interesante, y este chico me hartaría enseguida. Solo sabe hablar de virajes. Eso para tus primas, que están chifladas por el volante, pero tú no sé qué le ves…

—Me parece que tratas muy mal a mi conquista; ¡y yo que estaba tan ilusionada…!

—Embustera; te gusta Pat, porque de todos los niños pera de por

aquí es el más aprovechable. Además, he de hacerte saber que es un sinvergüenza. ¿Sabes qué nos ha pedido a Suzanne y a mí? Pues que si le dejaríamos ir en nuestra canoa a hacer gimnasia; dice que en la cala donde vamos tendría más libertad para enseñarnos el *crawl* de una manera más perfecta… Le he contestado que en la cala nos dedicábamos al nudismo integral…

—¡Qué bestia eres! ¿Le has dicho eso?

—Naturalmente. Y aún ha pedido con más insistencia venir con nosotras. Le he dicho que lo pensaríamos, que lo debíamos decidir las cuatro…

—¡Pero Dionisia…!

—Te advierto que a mí no me importa que venga; le haríamos volverse de espaldas, de frente a unas rocas, y disfrutaría de unas vistas excelentes, porque supongo que es muy mansito y no tiene nada de sátiro. Este mediodía hemos ido un rato en el patín y he podido convencerme… Si no fuese porque las Coll, las Banús y las Jiménez me sacarían la piel, mañana por la mañana le haría levantarse y me lo llevaría en la canoa. No, ahora va en serio, ¿te molestaría que viniera con nosotras…?

—Que viniera con nosotras, no, al contrario; pero ya puedes comprender que entonces se trataría de un plan muy distinto; deberíamos dedicarnos a un deporte no tan vivo, tomado con menos coraje. Además, con él solo nos aburriríamos… ¿Qué quieres hacer con un hombre solo…?

—¿En plan de compañeros y de hacer deporte? A mí no me produce la menor impresión; no sé por qué se le ha de dar tanta importancia a un chico… Sería…, ¿cómo te lo diría…?, como una de nosotras.

—Con alguna diferencia…

—No mucha…

—¡Qué fresca eres!

—Digo en plan de compañeros…

—Explícaselo a él; veamos si es de tu opinión, referente a eso que has dicho de la diferencia…

—Creo que es un chico correcto…

—Pero oye, ¿hablas para hacerme hablar o es que te has vuelto loca?

—Ya te he dicho muchas veces que sobre todo este asunto de la cuestión sexual tengo mis ideas. En París, dos amigas mías, muy amigas, ¿eh?, son de un club nudista, y los domingos se reúnen chicos y chicas y… no pasa nada.

—Pero ¿tú has ido con tus amiguitas a hacer el experimento?

—No, pero he estado a punto; te lo juro, no me haría la menor

impresión…

—Bueno, pero la verdad es que no has ido…

—Tal vez por pereza, porque se levantan demasiado temprano y están cargados de puñetas; la mayor parte son vegetarianos.

—¡Pues sí que les lucirá el pelo!

—¡Uy! Me doy cuenta de que estás muy atrasada. Dejémoslo correr. ¿Tú no eres partidaria de que Pat venga con nosotras?

—Claro que no, mujer; además, ¿imaginas lo que diría la tía si lo supiera?

—No lo sabría, y mamá tampoco. Y, créeme, sería algo bastante original… Nos pasamos los días en un plan completamente ostra; la mayoría de los chicos son unos pasmarotes, y cuando se presenta uno que tiene gracia, vale la pena aprovecharlo…, eso en caso de que no lo quieras aprovechar tú sola…

—¡Vamos, Dionisia! ¿Qué te has creído?

—No, mona, no te enfades, te lo he dicho en broma; ya sé que Pat te es indiferente; no te quiero menospreciar tanto; es de una vulgaridad asfixiante… Te lo juro, ninguno de los muchachos de aquí me hace sentir nada… Y supongo que a ti tampoco, y que tu conquista de Pat… Ahora bien, él se lo cree…

—¿Qué se cree…?

—Que te gusta. No es que me haya dicho nada, pobre chico; pero como tú…

—¿Yo, qué…? No te entiendo…

—Sí, mujer; tú y él, en el aperitivo, os habéis puesto en plan de confidencia… Me ha parecido que estabais liados, y lo considero natural, porque es tan mono…, y él sabe que es mono y se lo hace valer… Tú no te dabas cuenta, pero te miraba con unos ojos de castigador, que ya, ya…

—¡Ay, Dionisia, Dionisia! Tú siempre estás…

—¡Ah, escucha…!

—¿Qué?

—Esta tarde, después de comer, yo leía un rato en el jardín de casa, y él ha pasado y ha hojeado el libro. Yo ya lo terminaba y me ha pedido que se lo dejase; no sé qué hacer…

—¿Por qué? ¿Qué libro es?

—Ese libro de Lawrence; ¿qué harías tú, se lo dejarías?

—Me parece que ya es mayorcito, y si se escandaliza, peor para él…

—No lo digo por él, lo digo por mí; porque imagínate…

—¿Qué quieres decir por ti? ¿Para que no tenga de ti una idea…? ¡Ay, Dionisia!, ¿ves?, nunca hubiera caído; es decir, tal vez soy más

inocente que tú; pero si me hubiera pedido a mí ese libro, se lo habría dejado como la cosa más natural del mundo, sin pensar nada, te lo juro…

—Es que es un poco fuerte. A mí me gustan mucho las cosas fuertes…, pero allí hay unos detalles…, que yo creo…, que vamos…, también se los hubiera podido ahorrar… No hay necesidad de llamar tanto a las cosas por su nombre…, con un poco de imaginación…

—Sí, es un libro bastante cerdo; pero yo lo encontré muy interesante. Ahora bien, es posible que Pat solo se quede con la porquería del libro. Estos deportistas, en realidad, son así… Pero déjaselo…, tal vez…

—¿Tú crees que tal vez con la lectura se despabilará un poco?

—No temas que vaya a convertirse en un sátiro. ¡No hay peligro, mujer…! No creo en la lectura como excitante. Eso solo pasa en el colegio… Es mucho más excitante el mar que todas las lecturas… Y no sé, yo cada día tengo más recelo de ser una mujer fría…, un poco cerebral, ¿sabes?

—Tú podrás ser una mujer fría o imaginártelo, aunque a mí me parece que te haces ilusiones; pero no puedes asegurar lo mismo de Pat, ni puedes aventurar nada sobre la impresión que le puedan hacer los libros. Como creo que debe leer muy pocos, por eso la lectura le debe impresionar más que a ti y que a mí, que devoramos novelas todo el día… Yo, cuando he leído un libro, al cabo de dos días ya no recuerdo el argumento; enseguida voy a por otro…

—¿Sabes qué pienso?

—¿Qué?

—Que hace media hora que hablamos de Pat.

—¡Eh, ahora hablábamos de libros!

—Bueno, no disimules… Considero que podríamos hablar de otra cosa más interesante…

—¿Te molesta hablar de él?

—No, pero le damos demasiada importancia…

Aquella noche María Luisa empezó a vivir unas sensaciones muy nuevas para ella. Dionisia le daba mucha rabia. ¿Qué pensaba Dionisia? ¿Qué pensaba él de su amiga? María Luisa hubiera querido que Dionisia tuviera una tara en la piel que la hubiese hecho repugnante, que su voz fuese profundamente antipática, que su cuerpo tuviera deformidades impresentables. ¿Dionisia estaba enamorada de Pat o, cuando menos, quería jugar con aquel chico y apartarlo de ella? ¿Había sido sincera? No; María Luisa estaba convencida de todo lo contrario. María Luisa creía que su amiga había disimulado mucho más que ella misma. Pero ¿qué tenía Dionisia? ¿Qué podía ver en ella Pat…? María Luisa se comparaba, analizaba su cuerpo ante el espejo; estaba segura de su belleza, de su gracia, de su *chic*. Dionisia era inferior, no tenía la cara tan fina, no tenía una piel tan excitante como la suya. Era imposible que Pat se decidiese por Dionisia. Pero María Luisa tenía miedo, un miedo terrible… ¿Y por qué? ¿No estaba convencida hacía unas horas de que Pat era una criatura egoísta y vulgar, un chico como tantos otros? Lo que había sucedido por la mañana era un incidente sin importancia; la conversación durante el aperitivo, una conversación banal, y, sin embargo, María Luisa, bajo las sábanas, repasaba con la mano los rincones de su cuerpo que había visitado la audacia del nadador; se daba cuenta entonces de que la escena de la mañana no había sido un acto generoso por parte de ella; bajo la tibiez de las sábanas, la piel levemente sudada reconocía que el

acto magnánimo lo había realizado él; él le había hecho el favor del contacto de su mano, un poco áspera sobre la dormida inconsecuencia de su vientre de dieciocho años. Pat le había concedido la gracia de desvelarle el color de un mundo insospechado. Con su mano, María Luisa acariciaba la propia piel y pensaba que, en la piel de Dionisia, Pat nunca podría encontrar aquel temblor encendido y hospitalario. Cada vez era más intenso el odio por Dionisia; tendida en la cama, con el pijama abierto, con todo el cuerpo saturado de oscuridad y de silencio, con la inconsciente respiración de sus primas a dos pasos, María Luisa estaba horrorizada de sí misma. ¿Cómo eran posibles aquellos sentimientos? Había visto tantos y tantos muchachos iguales a aquel seductor acuático y no le habían hecho sentir nada; y él, más vulgar, más crío, más insignificante que muchos de sus amigos, la había trastornado en veinticuatro horas. Y, de hecho, ¿qué existía entre los dos? Muy poca cosa. No podía confiar ni en un solo sentimiento de aquel muchacho. Se daba cuenta de que su corazón marchaba a una velocidad idiota. Pero María Luisa afirmaba que no era precisamente su corazón, que no estaba enamorada de él en absoluto. María Luisa quería convencerse de que todo aquello no era amor. Quería creer que todo era una consecuencia de la conversación con Dionisia. La falsa desgana con que su amiga había hablado de él le despertó el miedo de que fuera Dionisia la que interesaba a Pat. Temía que en aquellos cuatro días ya hubiera habido un contacto serio entre él y Dionisia, y que ella, inocente, no se había dado cuenta de nada; Dionisia era capaz de haberle robado miserablemente aquella musculatura yodizada. Porque María Luisa, al pensar en su nadador, solo veía el vientre, el tórax, los brazos, la risa desnuda y la mirada negra de aquel muchacho; se detenía en la piel, en la irradiación sensual de la simpatía de las palabras…

María Luisa se asombraba de que ella pudiera pensar todo aquello con aquel impudor, con aquel deseo animal, con aquella falta de piedad por su amiga, a la que hubiera querido ver muerta. Y todo, ¿por qué? Por un muchacho al que, como decía Dionisia, daban demasiada importancia.

Henriette oyó los profundos suspiros de María Luisa; tal vez oyó como un sollozo y saltó de su cama para ver qué le pasaba; María Luisa le cogió una mano; Henriette percibió un contacto enfebrecido, pero su prima no decía nada, solo retenía la mano de Henriette, la atraía hacia sí, le pasaba el brazo por la cintura y la hacía tender en su cama. María Luisa necesitaba una compañía, una piel tibia a su lado, una carne desinteresada. Henriette no comprendía nada, y besaba a María Luisa; bajo los besos, María Luisa estalló en un llanto silencioso, abundantísimo, descansando la cabeza contra los pechos rígidos y vibrantes de Henriette. Aquella humedad y aquella tibiez de las

lágrimas de María Luisa transmitieron a su prima una extraña voluptuosidad. Después de desahogarse con el llanto, a María Luisa le pareció que le habían roto una cuerda que le ataba los pulmones. Henriette se apartó de la cama de María Luisa y se metió entre sus sábanas, un poco maravillada, un poco avergonzada de todo lo que había ocurrido.

Cuatro meses después de estas escenas de playa, María Luisa apoyaba el cráneo protegido por la mata desordenada de sus cabellos sobre la americana gris de Pat. Con la mano izquierda aguantaba un casquete de pana negra y con la otra sostenía el cigarrillo manchado de *rouge*. María Luisa entornaba los ojos aguijoneados por un viento fresquísimo y se pasaba por la punta de la nariz la punta húmeda del cigarrillo. La sonrisa de María Luisa era del mismo oro seco y limpio de aquella mañana de diciembre. Pat, con los dedos en el volante, tenía un ojo puesto en la carretera y otro en la mejilla de María Luisa. El cráneo de María Luisa traqueteaba deliciosamente sobre la clavícula de Pat, siguiendo el ritmo de la suspensión. Pat sentía las ideas de ella descansando sobre la lana del traje, sin poder comprenderlas. Por entre las pestañas de María Luisa salía una claridad especial, como si sus pensamientos fuesen peces perlados que se moviesen entre la flora misteriosa de un acuario y que por las pupilas proyectasen un poco del brillo de sus escamas.

A un lado de la carretera, un surtidor de gasolina pintado de rojo se combinaba con la plata agonizante de las hierbas de un margen. Pat se paró para repostar diez litros. María Luisa aprovechó la maniobra para arreglarse los cabellos, las mejillas y los labios. Cuando arrancó el motor fue a parar a los dientes de María Luisa un trocito de melodía de una java pasada de moda. Probablemente el color de sangre de la punta del cigarrillo le sugirió el color de sangre de la melodía. Una java, para María Luisa, era todo un clima: nervios al descubierto con una temblorosa voracidad erótica, pañuelos teñidos de *cassis*, y un cuchillo nadando entre el humo como un calamar, un poco viscoso por el musgo verde del pippermint. En labios de María Luisa, la java era una especie de protesta contra el paisaje pelado y sin ambición de uno y otro lado de la carretera, contra la americana gris de Pat, contra la simetría perfecta del volante y contra el espejito dentro del cual veía la boca de Pat, tan desnuda y sin ambición como el paisaje. María Luisa dejó de cantar y restregó su frente contra la solapa de su amigo, de la misma forma en que se pasa una herramienta por la badana o por la rueda antes de practicar la incisión.

—Pat, ¡a que no adivinas qué estoy pensando!

—¿Qué?

—Me estorba la virginidad…

—*Shocking*…

Desde la noche tenebrosa en que María Luisa hubiera querido ver a Dionisia convertida en un monstruo, Pat había refrenado su audacia. Dentro del agua los contactos eran tan epidérmicos y estaban tan mezclados con las risas, que María Luisa empezó el calvario de la decepción. Pat, por otra parte, era de una ternura meditativa ante las gracias naturales de ella. La manera de conducirse de aquel muchacho no admitía término medio entre la acometida animal y un lirismo delicadamente memo; pero a María Luisa le gustaba mucho, y aún le gustaba más cuando se desprendía de ellas y cuando se peleaba él solo con su *out-board* y llenaba de estruendo las aguas azules. Entonces el muchacho era algo, representaba un elemento vivo y desinteresado de un paisaje de músculos y máquinas, sin cerebro ni malicia, pero que le llegaba al corazón.

En Barcelona, Pat y ella empezaron a encontrarse y a dar vueltas en el Chrysler; María Luisa notaba que la timidez de Pat quería evadirse en un cálculo peligroso de virajes y en una conversación vaga, apartada siempre de la cuestión central. Los besos de Pat parecían un cumplido, como si fueran dados con una ausencia total del sistema nervioso; pero ella adivinaba también que las ganas existían y que Pat sentía un gran respeto hacia ella. Al chico, María Luisa le daba miedo, y le daba miedo una aventura intensa con aquella chica. Al principio creyó que estaba positivamente enamorado; después la consideró demasiado mujer para él. María Luisa le desconcertaba; la malicia de aquella muchacha iba más allá de sus combinaciones. Pat tenía una idea primaria del amor, una idea de romanticismo libresco. Pat creía que había un abismo sentimental fantástico entre las mujeres que él había tratado íntimamente y las muchachas de su clase. Con una chica de su clase que no le interesase en absoluto, consideraba que se podía permitir ciertos abusos y ciertas maniobras sin consecuencias, como las fantasías acuáticas de Llafranc; eran cosas para pasar el rato, que a nadie comprometían y que se aceptaban como una agradable ganga. Ahora, cuando empezaba a interesarle una chica de su clase, Pat imaginaba que el amor se revestía de unos velos tan complicados y se acompañaba de unas genuflexiones tan solemnes, que se veía completamente perdido. Por eso le desconcertaba la forma de ser tan poco protocolaria, tan directa y tan simple de María Luisa. Ella le cogía el brazo, le despeinaba el cabello y le besaba los labios con la mayor naturalidad, como si no le diera la menor importancia, como si Pat fuese una muñeca de sofá o un perrito de lujo. Pat, en los momentos de efusión por parte de ella, estaba cohibido, correspondía a sus caricias con una especie de miedo y falta de gracia. Si María Luisa se hubiera comportado con él como una muchacha reservada y un poco hipócrita, seguramente Pat habría

llegado a la incandescencia, y su ímpetu, siempre restringido por la idea arcangélica del amor, se habría manifestado de una manera más nerviosa. Lo que enfriaba y desconcertaba las cabriolas de Pat era el temperamento de María Luisa. Él, que estaba harto de ir con toda clase de mujeres adoptando la delicadeza desengañada del *amant de coeur*, no sabía cómo habérselas con una mujer como María Luisa, y es que, de hecho, era la primera vez en la vida que se encontraba ante un caso como aquel.

Cuando María Luisa le dijo que le estorbaba la virginidad, Pat se lo tomó como una *boutade*, como ganas de hacer de *enfant terrible*, y sonrió, convencido de que María Luisa daba tanta importancia a aquellas palabras como si le hubiese dicho que le ofendía el perfume de la loción de sus cabellos. Pat no podía comprender de ninguna manera que la muchacha hubiese dicho aquello seriamente, porque el concepto que él tenía de las chicas como María Luisa le obligaba a pensar con un formulismo sin excepciones. Y es que, en el fondo, Pat era un cándido. Como muchos chicos de su clase, se había encontrado en plena actividad sexual sin darse cuenta; la educación burguesa recibida le había impuesto aquel estricto criterio de catalogación de las mujeres de este mundo.

Pat no sabía que la característica esencial de una persona no se encuentra nunca en su posición dentro de la vida, ni en el concepto que las demás personas puedan tener de ella, sino que la característica esencial está en el fondo secreto, independiente del tiempo y del espacio, de la moral y los prejuicios. La equivocación de Pat consistía en creer que una prostituta, por el solo hecho de vivir de su cuerpo, no podía ser más sensible y mucho más buena íntimamente que sus hermanas, y en creer también que una muchacha de la educación y la clase de María Luisa, por el único hecho de ser de aquella clase, no podía decir intencionada, seria y sinceramente que su virginidad le estorbaba.

Y debido a estas fatales equivocaciones, Pat se creía en el derecho de tratar despectivamente a todas las prostitutas, y se creía en el deber de aceptar como una mera extravagancia el que una muchacha como María Luisa le expresase un concepto tan desaprensivo.

En cambio, María Luisa, llevada por una cuestión banal como la java que había tarareado, decía algo ligado a un deseo ardiente, a una experiencia que ella consideraba de primera necesidad.

María Luisa era incapaz de formular un concepto como aquel, aprovechando las circunstancias patéticas de un momento que pudiera ser histórico dentro de su vida. María Luisa escogió una temperatura y un paisaje indiferentes, escogió un tono de voz sin claroscuro, e incluso una sonrisa que neutralizara la importancia de lo que acababa de decir. María Luisa había aprendido muchas cosas en aquellos

últimos meses. Se había hecho muy amiga de una muchacha que trabajaba con ella en el banco; esta muchacha, procedente de una negra extracción, había superado el tufo de mostaza familiar, con juego de nalgas oceánico y con un peluquero pertrechado de ideas disolventes. La muchacha era la amante del subdirector, y lo era con la dignidad esquiva y engañosa de las muchachas que van al grano. Había abortado dos veces, y estaba dispuesta a volver a hacerlo con gran aplomo. María Luisa se tomaba como artículo de fe toda la producción de los labios de su amiga, y con el bagaje subversivo de aquella producción apagaba la luz de su habitación del piso de la calle Bailén. María Luisa contemplaba la catástrofe moral de su ascendencia con la hábil ojeada realista que suelen tener las mujeres por instinto. Veía con horror la inepcia melindrosa y mezquina de María Carreres y la grasa insultante y egoísta de su abuela materna. María Luisa se sentía tan extranjera junto al cabello oxigenado de su madre como junto al bigote de rafia de una divinidad congoleña.

En nuestro país hay familias en plena eficacia y en plena actividad, en las que padres e hijos viven como poseídos por una fiebre de colaboración, de ayudarse los unos a los otros, de preparar los padres la comida de los hijos con los últimos granos de la comida paterna; hay un espíritu de familia a veces agresivo, a veces defensivo. Son gentes que aún llevan la levadura obrera o el encogimiento menestral sobre la espalda. En cambio, hay familias de mucha tradición, tan evaporadas, tan exprimidas, de tan nula eficacia social, que sus miembros sienten un deseo fatal de disgregarse, de huir de la trayectoria paterna, de destruir el espíritu familiar. Los Lloberola y otras familias por el estilo estaban atacadas por este último microbio. María Luisa sentía ante sus padres lo mismo que Federico, Guillermo y Josefina ante don Tomás de Lloberola; cada cual iba por su cuenta, cada cual odiaba y renegaba a su manera de los sentimientos e ideas paternas. María Luisa era igual; no quería saber nada con la encuadernada y lacrimógena cobardía moral de su madre, sentía un desprecio inhumano por Federico; quería ser ella misma: una María Luisa según los impulsos de su corazón, llamada Lloberola por fuerza, pero sin ningún punto de contacto con los suyos.

El sentimiento de disgregación, de destrucción y de menosprecio familiar que obligaba a María Luisa a decir que le estorbaba la virginidad era el mismo sentimiento anárquico que animó a Federico a escoger como amante a una mujer como Rosa Trénor y el mismo sentimiento anárquico que hacía soportable a Guillermo su disfraz de golfo y las trescientas pesetas de Dorotea Palau.

No eran meras palabras. María Luisa había pensado en estas cosas a su manera. Se daba cuenta de que, en aquellos tiempos, un materialismo para unos, o una visión más racional y comprensiva para

otros, había quitado importancia a ciertos principios que la burguesía de la anteguerra defendía a capa y espada. Entre aquellos principios se encontraban los que hacían referencia al pudor y a la vida sexual. Figuras femeninas que prescindían del pudor eran consideradas, admitidas y admiradas por el mundo, aunque solo fuese de lejos, aunque solo fuese en la existencia de la película o de la obra teatral; la distancia de esta consideración iba reduciéndose día a día hasta llegar a las relaciones personales, hasta llegar casi al cuerpo a cuerpo. María Luisa descubría casos, que solo había encontrado en las novelas, a cuatro pasos de ella, en su misma calle, en su mismo trabajo, a un metro de su máquina de escribir. María Luisa conocía muchachas solteras, hijas de familias burguesas, que tenían su amante y tenían sus momentos íntimos de lo más turbios. Algunas se emancipaban de buena fe, otras apasionadas, otras frías, en pos de un fin utilitario o un vicio sin ninguna compensación material.

No es que fuera así todo el mundo con el que María Luisa se relacionaba; junto a todo esto todavía persistía la resistencia pasiva, el mundo del mutismo impasible, de los prejuicios, de los aspavientos, de la devoción por rutina, de la imitación servil, del miedo, de los vicios solitarios; existía el sistema propugnado por su madre, por los Lloberola, es decir, el fantasma familiar que ahogaba a María Luisa y del que quería liberarse saltando al campo de la libertad y del impudor, aceptando todo el riesgo y aceptando todas las posibles catástrofes.

No es que María Luisa sintiese en aquellos momentos vocación de viciosa, ni que su ideal consistiera en un incontrolado libertinaje. María Luisa aún creía en una pizca de heroísmo, en delicadas y fervientes posibilidades si se decidía a romper la urna intacta de su doncellez. María Luisa consideraba que, si empleaba la táctica de su madre, se exponía ante todo a perder el tiempo esperando al que se decidiera a casarse con ella; se exponía, aún más, a que la decisión no llegase nunca; se exponía a que el hombre que se apropiase de ella fuera una equivocación en todos los sentidos. En una palabra, en la táctica de su madre María Luisa sólo veía la fatal dependencia de una boda. María Luisa razonaba de una manera infantil y vulgar, como es posible que razonen muchas jóvenes; pero al menos era consecuente con sus ideas y procuraba no andarse por las ramas. Descartando la técnica materna, por el sentimiento de disgregación y destrucción al que hemos aludido, María Luisa aceptaba como seguro que la virginidad tenía una importancia relativa, y, una vez aceptado esto, su pudor no ponía ningún obstáculo a entregarse a una persona escogida por ella, a un muchacho que físicamente le resultaba simpático y agradable y con el que esperaba vivir momentos dionisíacos, absolutamente desinteresados. Y quería entregarse a aquel muchacho

que llevaba el volante a su lado, porque, viéndole limitadísimo y lleno de defectos, no era él precisamente el que había ido detrás de ella con voracidad e incontinencia, no era Pat quien había tomado ninguna iniciativa en este sentido. Después de aquella mañana en Llafranc, María Luisa se sintió un poco defraudada, pero al mismo tiempo la pasividad del chico le dio motivos para irle observando, para analizar con toda calma si era el muchacho que le convenía para jugar a la máxima intimidad. María Luisa sentía el gozo de escoger a su hombre, sin comprometerse a nada después de haber madurado el momento y en el punto culminante de su deseo. En todo esto soñaban los dieciocho años de María Luisa. Claro que estas cosas entrañaban su riesgo y su peligro, pero ya hemos dicho que María Luisa se había liberado de una de las taras familiares de los Lloberola: la cobardía.

Cuando Pat pronunció la palabra *shocking*, María Luisa cambió de color, se le nublaron los ojos y se le cerró la boca en una especie de mueca triste. Pat detuvo el Chrysler y miró fijamente el rostro de María Luisa; el mozo empezaba a descubrir un nuevo hemisferio, el hemisferio en el que dan vueltas las paradójicas constelaciones de los nervios de una muchacha. Pat, con la ternura desarticulada de un mozo de cuerda acostumbrado a cargar sacos y que se encuentra con un recién nacido entre los dedos, cogió temblorosamente entre sus manos la cabeza de María Luisa y le dijo: «Perdóname», con una voz casi imperceptible. María Luisa despegó un poco los dientes, y por la rendija abierta entre las dos hileras de nieve esmaltada, Pat filtró su lengua quemado por la sed.

María Luisa fue la primera en reaccionar; Pat tenía los ojos completamente húmedos y ella le limpió la cara con su pañuelo.

—Nada de tragedias, Pat; ¿me has entendido?

El muchacho se sentía avergonzado y humillado; llegaron a la Diagonal sin cruzarse ni media palabra. María Luisa seguía cantando su java. Pat tenía bastante miedo por la determinación que había tomado. Al dejar a María Luisa cerca de su casa, su inexperiencia le hizo decir estas palabras:

—Oye, María Luisa, ¿de verdad que no te ríes de mí?

María Luisa le contestó con una sonrisa fresca y natural. Quedaron en encontrarse a las seis de la tarde.

Pat había hablado a sus amigos de María Luisa como de una muchacha que pretendía hacerse la moderna y que tenía la cabeza llena de pájaros. Cuando alguien le insinuaba que si había ocurrido algo definitivo entre él y la muchacha, Pat se indignaba y decía:

—¡De ninguna manera! ¿Qué te has creído?

Los veinticinco años de Pat le daban una gran suficiencia y un gran aplomo al juzgar a las mujeres. Sabía perfectamente dónde podía

llegar con una y con otra; pero no acababa de entender lo suficiente si María Luisa quería pescarle o si solo quería distraerse y pasar el rato. Tampoco acababa de entender si él se dejaría pescar o si solo colaboraría a hacer pasar el rato a María Luisa. Pat estaba convencido de una cosa, y era de que si él cometía la imprudencia de llevar a María Luisa a una habitación donde hubiese una cama preparada, María Luisa se defendería heroicamente y después no le miraría más a la cara. Los hechos de aquella tarde demostraron todo lo contrario; demostraron que el convencimiento de Pat era de los más gratuitos.

Pat fue a buscar a María Luisa a la hora convenida, sin estar seguro de nada, sin dejar de creer que la muchacha le tomaba un poco el pelo. Pat no podía aceptar de ninguna forma que María Luisa hubiese tomado una iniciativa tan importante con aquella ligereza, pero le hacía dudar el color del rostro y el misterio trastornador de los ojos de María Luisa después de haber pronunciado la palabra *shocking*. María Luisa seguía siendo para Pat la misma muchacha enigmática que le daba miedo. Sin embargo, aquella tarde Pat se sentía viril; quería resolver el problema brutalmente, pasara lo que pasara. Se encontraron a las seis.

—¿Adónde quieres ir? —dijo Pat.

—Adonde quieras —contestó ella.

Pat había dejado el Chrysler en el garaje por precaución; un taxi pasaba más desapercibido en caso de que ella consintiese en ir a un *meublé*.

Hasta que Pat no cerró con llave la puerta de la habitación, ella no había dicho nada; dentro del taxi estaba bastante nerviosa, el corazón le marchaba con violencia y sus ojos tenían una humedad brillante. Pat le cogía el brazo con mano temblorosa y casi sudaba, y de vez en cuando le besaba los cabellos y las orejas. Cuando estuvieron solos en la habitación, María Luisa despegó los labios para decirle:

—Si quieres que me desnude has de apagar la luz.

Se quedaron completamente a oscuras y, con la zozobra, el nerviosismo y la emoción naturales, el trabajo de desabotonarse se hizo un poco lento. Tenue ruido de sedas y de lana, ruido grotesco de llaves y de dinero, de los zapatos, que en tales ocasiones son escandalosos como un zueco; luego, el chirrido especial del somier y la protesta de las junturas metálicas de la cama en el momento de abandonarse sobre ella un par de cuerpos desconcertados. El diálogo integral de dos epidermis desnudas se celebró con la locura de un descubrimiento; las palabras no llegaron a articularse; el contacto iba de los labios a la punta de los pies; los dos cuerpos se trababan y se retorcían y las manos querían llegar más allá de las costillas. Cuando los ojos de Pat cobraron la vidriosidad y la fosforescencia adecuadas, el muchacho destruyó aquello que estorbaba a María Luisa. Una chica

tan deportiva y tan flexible como María Luisa ofrecía ya el camino casi allanado. Pat se encontró en una situación natural, apenas si acusó diferencia; de todas formas, ella emitió un leve gemido; la sensación no fue tan intensa como ella se imaginaba. Después, cuando Pat, con el brazo pegado a los riñones de María Luisa, sentía que las mejillas de ella, totalmente empapadas, le refrescaban la piel del pecho, experimentó el momento más tierno, más dulce, más lleno de piedad de su vida; como por instinto, iba besando la frente de María Luisa sin que sus labios hicieran el movimiento del beso, pero María Luisa los sentía en cada gota de su sangre.

En el fondo, lo que acababa de suceder sustituyó el aire de la habitación por un gas de tristeza y de incomprensión. Aquellos dos críos desnudos querían reír, pero no tenían fuerzas, y la boca de uno iba a refugiarse en la boca del otro. Después María Luisa se encerró en el cuarto de baño, y Pat encendió un cigarrillo. Pat se dio entonces cuenta de que estaba satisfecho; por los poros de su piel rezumaba el aceite de la vanidad.

Desde aquel día se multiplicaron las reuniones íntimas en el *meublé*. María Luisa adquirió una perfecta naturalidad, casi una gran indiferencia. Se dio cuenta de que no era una muchacha de gran temperamento. Pat estaba entusiasmadísimo, pero tenía un miedo tal que la camisa no le llegaba al cuerpo. No pudo contenerse y contó a dos o tres amigos la ganga que se había encontrado entre las manos. Al principio, Pat vivió momentos sensacionales, pero enseguida llegaron los escrúpulos y las manías; sobre todo el miedo a que todo aquello se complicara, a que un momento de descuido por su parte, una falta de experiencia higiénica por parte de ella, le crearan un conflicto. María Luisa ni remotamente le hablaba de ningún compromiso, de ninguna obligación, apenas si le hablaba de amor. María Luisa estaba satisfecha; era ella quien lo había querido. Desde la primera tarde del *meublé*, cuando regresaba a casa, a la hora de la cena, miraba a su madre con unos ojos más seguros, sonreía con más frialdad y suficiencia. Su amiga del banco le cauterizó las insignificantes reminiscencias de escrúpulos que le quedaban en el corazón. Procuraba huir del sentimentalismo como de una epidemia contagiosa, y, pese a todas estas cosas, María Luisa sentía su dependencia de Pat, sentía que le amaba, pero no quería confesarlo. Quería creer que Pat era un instrumento para su uso particular, para resolver un problema de su vida íntima y nada más.

La costumbre hizo que Pat fuera desprendiéndose de toda la poesía de los primeros contactos y considerase el cuerpo de María Luisa como uno de tantos. Estaban tan familiarizados, que el amor se les deshacía en una especie de rutina fisiológica. Pat no era un muchacho con la suficiente imaginación como para renovar las situaciones, para vestir

con una pizca de lirismo las nuevas embestidas. La práctica del amor es monótona, digan lo que digan los literatos. Si no se da una fe y una ternura que lo sostengan, el sexo se mecaniza y el aburrimiento agua las venas. Para encontrar compensaciones, Pat intentó acanallar un poco las escenas; María Luisa le secundaba sin gran esfuerzo. Pat estaba excesivamente acostumbrado a tratar solo con una clase de mujeres como para prescindir del procedimiento aprendido, y ejercitó sobre la piel de María Luisa la práctica de aquella clase de mujeres. Al principio su lenguaje era puro; las palabras picantes o groseras alusiones a la función erótica estaban muy lejos de su pensamiento. Después, aquellas palabras y aquellos chistes llegaron uno a uno, primero con timidez, después con cierta desvergüenza; finalmente ya eran usuales y habían perdido toda la pimienta. María Luisa se iba intoxicando con un gas propio de prostíbulos; Pat, con una gran inconsciencia, dejaba que se intoxicara. A medida que María Luisa iba perdiendo la última sombra de pudor, Pat se sentía más tranquilo. Tanto a uno como a otro les había pasado el peligro del enamoramiento. Habían transcurrido unos cuantos meses y todo iba como la seda; se reunían un par de veces por semana; María Luisa salvaba todos los peligros familiares y Pat ya no disimulaba cuando le hacían alusiones a su *collage*, y sonreía con una vanidad simpática, de criatura estomacal.

Parece ser que alguien insinuó cosas de María Luisa en el banco donde trabajaba, y una persona importante de la casa la miró con más interés. La amiga de María Luisa le aconsejó que no fuese tonta, pero ella aún no había llegado a conclusiones parecidas. Al contrario: María Luisa, desde que era amante de Pat, se había convertido en una muchacha mucho más reservada ante los demás hombres. No es que lo hiciera por fidelidad a él; más bien era por egoísmo, por defender la voluntaria agonía del sentido moral detrás de un disfraz de corrección.

Habían transcurrido diez meses desde las escenas en la playa de Llafranc, y era inconcebible el cambio experimentado por el alma de María Luisa. De hecho, lo que le sucedía era una crecida rápida y alucinante de los gérmenes que llevaba dentro sin darse cuenta. Lo más curioso es que María Luisa iba destruyendo día a día todo lo que significase sentimentalismo en su aventura. Incluso se dio cuenta de que no sentía ninguna clase de celos si Pat le soltaba cuatro mentiras para disimular que iba con otras mujeres. María Luisa convertía sus relaciones con aquel muchacho en un negocio deportivo. Era muy cierto que la virginidad le había significado un estorbo, en el sentido más brutal de la palabra. Sin aquel estorbo, y con el comercio constante con un muchacho fresco, joven, bien musculado y peinado, María Luisa se sentía más aplomada para caminar por el mundo, más satisfecha, con más ganas de vivir y con más alegría. Pat encontraba

en ella todas las ventajas de una entretenida llena de sabor, sin inconvenientes ni molestias, porque, además, María Luisa era muy dócil y nada exigente. Si a Pat no le iba bien acudir un día, María Luisa no iniciaba la menor protesta y se avenía a todo.

El cardenillo de los Lloberola había generado en María Luisa un producto que era una variante de su tío Guillermo. Por algo Leocadia sentía la misma ternura y el mismo miedo cuando miraba a su hijo pequeño que cuando miraba a su nieta mayor.

Al cabo de un año de aquellas relaciones, cuando Pat ya había perdido toda clase de escrúpulos y de temores, se presentó el conflicto. Habían pasado más de dos meses sin que María Luisa hubiera experimentado eso que las señoras llaman molestias periódicas. La muchacha estaba un poco asustada; los síntomas parecían bastante claros: dolor en los riñones, desarreglos en el estómago, una leve hinchazón en el tobillo y repulsión por el tabaco y toda clase de olores. María Luisa callaba en espera de una posible solución, pero finalmente se lo contó a su amiga del banco. Aquella muchacha le ofreció un remedio que no era otra cosa que una purga fortísima. A María Luisa le ocasionó un trastorno muy desagradable y no le resolvió nada. Entonces María Luisa se lo dijo a Pat. Al muchacho le cayó como una bomba. Durante los primeros meses no pensaba en otra cosa, pero al cabo de un año le parecía que ya no era posible; se había acostumbrado a la idea de que aquel peligro no existía. Al ver las angustias y la desesperación de Pat, María Luisa se echó a reír en su cara como una loca.

—¡Ya me parecía a mí que eras una gallina!

—Sí, sí, un gallina; ¿qué quieres que haga?

—Nada, hombre, no quiero que hagas nada.

Precisamente Pat empezaba ya a estar harto de aquellas relaciones, les había exprimido todo su jugo; ya solo quedaba la rutina servil, y Pat se distraía con otras cosas. La idea más remota del muchacho era casarse con María Luisa; de momento, Pat no tenía ganas de casarse con nadie, pero aún menos con aquella muchacha; su criterio sobre el matrimonio era ultraconservador; una cosa era una amante y otra su posible mujer legítima. Para él, María Luisa era una muchacha absurda, insegura, depravada moralmente. Él había contribuido a su supuesta depravación, pero no importaba; Pat ni se daba cuenta. Si le hubieran puesto entre la espada y la pared, habría sido capaz de afirmar que, en el caso de María Luisa, él no tenía la menor culpa y que había sido ella quien le había violado. Pat no se veía con ánimos para plantear el problema a su padre; se habría puesto hecho una furia. María Luisa era de una familia noble pero arruinadísima; su familia no tenía ninguna importancia social; ella se ganaba la vida en un banco como una vulgar mecanógrafa. Pat pensaba en su hermana

Isabel, en los humos aristocráticos de los Sabadell, en los millones de su padre, en su fábrica, en su *out-board*, en los amigos del Club Náutico y del Ecuestre. Era monstruoso, era imposible. Y, por otra parte, aquella muchacha no había conocido a otro hombre que a él, y llevaba dentro del vientre una criatura de la que fatalmente Pat debía confesar su paternidad. No es que en la mentalidad de los Sabadell no tuviese cabida la consideración de los casos de conciencia; Pat se daba perfecta cuenta del caso de conciencia y de su obligación como caballero y como hombre, pero no decía nada, aterrado, despavorido; con los ojos inmóviles ante la sonrisa agria de María Luisa, no era capaz de decidir nada. Le daba miedo exponer la idea de un aborto provocado: en todo caso, que lo propusiera ella; una intervención podía ser peligrosa. Pat no entendía nada de aquello, tenía unas ideas muy vagas sobre obstetricia; pero había oído decir que las intervenciones, además de ser consideradas como un crimen, eran peligrosas y a veces mortales. Su mentalidad y su sentimentalismo burgués le hacían repugnante la idea de un infanticidio, pero aún le hacían mucho más repugnante la idea de confesarlo todo y casarse con María Luisa. Pat era un niño débil y mimado, un niño que se ahogaba en un vaso de agua.

Sin decir nada, María Luisa le iba observando y adivinaba la trayectoria de sus ideas, como si un mal espíritu las fuese escribiendo sobre la frente de Pat a medida que se iban produciendo. Todo lo captó María Luisa; vio el aniquilamiento y la cobardía de aquel muchacho: unos veintiséis años escandalosamente conservadores, un alma de industrial sin cabida para lo imprevisto. Pat no se atrevía a romper el silencio, y de una manera casi forzada intentó acercar a María Luisa hacia su pecho y abrazarla teatralmente. María Luisa renunció con mucha delicadeza:

—¿Qué solución me das, Pat? ¿Qué he de hacer, según tú? ¿Qué has de hacer…?

Pat no contestaba; encogió los hombros, y finalmente dejó escapar un «no sé» tan profundamente circunstancial, que parecía dicho por un hombre de cincuenta años y no por un crío de piel morena que se había esmaltado los dientes con el aire del mar y con todas las explosiones deportivas. María Luisa le puso la mano sobre la espalda y le dijo, entre decidida y maternal:

—No sufras más hombre, no sufras más.

Pat insinuó:

—¿Qué pensarás de mí, María Luisa…?

—¿Qué voy a pensar? Que eres un crío… Un miserable crío…

Cuando María Luisa se quedó sola empezó a hacerle efecto su conversación con Pat. Ella ya esperaba algo así de aquel muchacho, pero no tanto. Entonces se daba cuenta de que, pese a su deseo de

ahogar el sentimentalismo, quería a Pat, creía un poco en aquel muchacho. Había sufrido una aguda decepción; María Luisa nunca había pensado resolver su problema con un casamiento, pero esperaba un poco más de generosidad por parte de él, cierta efusión, buena voluntad, al menos. María Luisa sabía perfectamente, y se lo autorreprochaba, que había sido ella quien lo había querido, y su intención era no exigir nada a su amante; pero las mujeres, incluso las más realistas, siempre se hacen alguna ilusión romántica, siempre creen en un posible caballero que haga un gesto de caballero; y aquel muchacho de *out-board* tal vez había resultado excesivamente poco caballero. Pero, como María Luisa era una muchacha decidida, dejó en paz al chico. Ella nunca se rebajaría a pedir nada. Por un momento —María Luisa era una cría de diecinueve años— alimentó la idea de una maternidad con todas sus consecuencias; pero no podía ser. María Luisa contemplaba su panorama familiar; aquel escándalo no podía producirse en una temperatura tan agria, tan disgregada y falta de confort como era el piso de la calle Bailén. Era una humillación demasiado fuerte para ella; el menosprecio que María Luisa sentía por su madre y por todos los suyos, la independencia que se había impuesto a sí misma como primera obligación, no le permitían rebajarse. En su medio familiar, la única palabra aplicable a su caso era «deshonra»; y ella consideraba aquella palabra tan estúpida, tan inhumana, que prefería morir a tolerarla. La idea de huir de casa, de romper con todos los prejuicios, de mantenerse con su trabajo y buscar a alguien que la ayudase, también cumplió su paseo romántico por el cerebro de María Luisa; pero era demasiado bonita, creía demasiado en un sentido deportivo y decorativo de la vida para hacer estos sacrificios. Además, aún no sentía la maternidad: era literatura y nada más. Lo que sentía era inquietud, horror por su estado y ganas de liberarse de él fuera como fuera. La maternidad no era aquello. No se había producido ninguna luz interior, ninguna metamorfosis de afectos. Lo que le sucedía era simplemente una vergüenza y una desgracia. Entre todas las soluciones, María Luisa aceptó la más vil, la más acorde a su temperatura moral, la más expeditiva. Su amiga del banco le arregló las cosas. Se necesitaban aproximadamente unas mil pesetas; María Luisa no las tenía y le sabía mal pedírselas a Pat, pero no hubo otro remedio. Pat entregó el dinero con una hinchazón filantrópica, y le pareció que con aquellas mil pesetas ya había cumplido. María Luisa las aceptó con el propósito de devolvérselas y con el juramento de que él las aceptaría cuando se las devolviera.

La amiga la acompañó una tarde, a primera hora, a casa de una dama conocida suya y de absoluta confianza. Era una señora de unos cuarenta y cinco años, bastante trabajada por el tiempo, pero con la cara todavía bonita. Tenía un piso en la calle Rosellón, decorado con

algún refinamiento. En el piso se respiraba un perfume galante un poco ofensivo. No es que la señora fuera comadrona o del oficio, pero se dedicaba a resolver discretamente y con cierta seguridad los conflictos del amor inoportuno. El colaborador de la dama era un muchacho de unos treinta años, doctor en medicina, delgado, de piel amarillenta y más bien repulsivo. Trataba a las pacientes con melosidad y segundas intenciones.

María Luisa contestó a las preguntas de la dama con una gran naturalidad; pero la dueña de la casa estaba visiblemente emocionada.

El doctor de piel amarillenta entró en funciones en una habitación cándidamente preparada, como la de una clínica. La intervención pudo realizarse con relativa facilidad y con resultado satisfactorio. María Luisa sufrió mucho, pero lo sobrellevó con ese saber hacer de tripas corazón que poseen las mujeres.

Después de la operación estuvo echada durante cuatro horas en la cama de la dueña de la casa. La buena señora le daba consejos y le sugería orientaciones; María Luisa la escuchaba vagamente, porque tenía la cabeza débil. El doctor volvió, una vez dadas las nueve de la noche; tomó el pulso a María Luisa, le dijo que ya se podía ir a casa, pero con mucho cuidado, y le prescribió un tratamiento profiláctico para unos cuantos días.

La señora trabajada por el tiempo y de cara bonita acompañó a María Luisa y su amiga hasta la puerta; al despedirse besó las mejillas de María Luisa con gran efusión. Aquella señora se llamaba Rosa Trénor.

El cerebro de María Luisa tenía voracidad de ideas negativas; había destruido la posibilidad de ese amor que mueve el sol y las estrellas. No creía en ningún san Jorge con chaqueta; tampoco creía en la existencia de los dragones. Para ella el mundo era una masa fofa, estúpidamente materializada. Como ella había nacido de aquella masa, no protestaba; era el agua azul y llena de sal para que sus brazos se adiestraran en un *crawlperfecto*. María Luisa aceptaba la parte más brillante, más amoral y más metalizada de su época. En su paisaje aún admitía la presencia de almas que deliraban y de almas que hacían delirar; ella quería ser de las que hacían delirar. Recordaba vagamente que su abuelo había sido un hombre de principios. Los principios de su abuelo resultaban tan anacrónicos y tan insultantes como un chico que se presentase en una playa vestido de demonio de rondalla. María Luisa sentía pasión por la pacotilla resplandeciente; su imaginación era como los grandes anuncios luminosos que fulguran, se encienden y se apagan adheridos a las simétricas jaulas de piedra y de cemento, fascinando a millones de hombres que arrastran su desazón sobre el asfalto y respiran una noche cargada de alcoholes, de

perfumes, de ambición y de miseria. La táctica de María Luisa era la de muchísima gente de su época: la imprevisión. Esta forma de coger las antenas de la vida fue la marca más fuerte que dejó la guerra en la sociedad que empezó su evolución a partir de 1920. Imprevisión era exactamente lo mismo que decir vivir al día. Barcelona lo acusó extraordinariamente, sobre todo en los medios más espectaculares; la forma en que se hacían y deshacían fortunas, y la facilidad de adquirir una especie de carnet ideal para figurar en el primer término del gran mundo, sin inquirir ni los antecedentes morales ni el estado de la camisa de los sujetos, eran la máxima prueba del confusionismo y de la vanidad intestinal de todo el mundo. En ciertas épocas se ha apreciado el apellido y la tradición familiar de una persona para concederle categoría; otras épocas, más democráticas, tal vez más comprensivas, se han fijado en la inteligencia, en el ingenio, incluso en la belleza física, apreciando siempre la persona monda y lironda; en otras épocas, más recientes, para juzgar a una persona solo se han fijado en su camisero, en su modista, en su perro o en su automóvil. María Luisa pertenecía a una época así; el valor de la persona pasaba a segundo o tercer término; en el primero figuraban la raya de unos pantalones o la calidad de unas medias.

Para afirmar que una señora era sublime, no se citaban sus agudezas, ni sus actos filantrópicos, ni la anatómica perfección de sus nalgas; se comentaba solo el color o la confección de un vestido que llevaba en tal fiesta o en tal concierto. En general, la gente solo empleaba las palabras simpático o antipático; las palabras justo, honesto, valiente, canalla, imbécil, eran palabras de mal tono en el verde de un campo de golf o en el verde de una mesa de bridge. Ser simpático era facilísimo, porque, por otra parte, la época de María Luisa fue de las menos exigentes, y las glándulas secretoras de la simpatía eran unas glándulas de dimensiones equivalentes a cuatro veces el hígado.

Con su año de aprendizaje sexual, María Luisa quedó perfectamente equipada para valorar todas sus gracias físicas sin correr el peligro de las tímidas, las inexpertas y las inocentes. Afortunadamente, Pat era tan inferior a ella que no le dejó el menor rastro ni vicio en las regiones azules y rosadas de su alma. El poco afecto que sentía por Pat, al llegar el momento del desencanto, ante el egoísmo y la cobardía de aquel muchacho, sirvió a María Luisa para reaccionar sin violencias y para que su sangre adquiriese unas cuantas inyecciones de escéptica acritud y para que se formase un concepto —y en este asunto María Luisa se equivocaba— absolutamente peyorativo de los sentimientos masculinos. María Luisa creía que todos los muchachos de su época con cierto valor decorativo, como era el caso de Pat, se comportaban de una manera parecida, y que una

muchacha como ella no podía hacerse la ilusión de esperar nada mejor. María Luisa no tenía las inquietudes de muchas chicas de su edad, que sueñan con un gran amor y que, entre insatisfechas y desencantadas, no se dan cuenta de su fracaso hasta que se encuentran el corazón seco entre los dedos, como un objeto inútil. María Luisa tenía la suerte de adivinar en el mundo temas agradables, que no eran precisamente la muerte de Isolda, ni la imitación de esta muerte que se realiza en las infinitas sábanas de las casas públicas y de las casas particulares. Ya en los primeros tiempos de sus relaciones con Pat, se dio cuenta de que era una muchacha con muy poco temperamento. La sensibilidad de María Luisa vivía tanto o más en sus ojos, en su piel, en su paladar y sobre todo en su imaginación, que en los rincones secretos que la naturaleza ha destinado para la más celestial y nebulosa alegría. María Luisa creía que un *renard* peludísimo, flexible y maquiavélico, o un brillante sin tara, eran dos cosas mucho más interesantes que el quinto canto de la *Divina Comedia*. Y esta teoría de María Luisa no se ha de considerar con unos ojos demasiado escrupulosos; era una teoría perfectamente humana y compartida por personalidades muy ilustres de la época.

Una de las características de María Luisa era su falta de dignidad. Esto se acentuó poco después de la intervención en el piso de Rosa Trénor. La época de María Luisa, basada en una concepción puramente económica, reportaba como consecuencia una cierta relajación del sentimiento de la dignidad personal; pero en María Luisa esta relajación estaba agravada por circunstancias familiares. Es curioso comprobar cómo una familia obrera o una familia artesana, o incluso un burgués medio que se encuentra en pleno período constructivo, sienten mucho más un cierto puntillo, un cierto orgullo, y en definitiva una cierta dignidad, que las familias de gran tradición acostumbradas a no trabajar y en las que la vida fácil ha sustituido las iniciativas, en el momento en que una catástrofe económica inicia toda una descomposición moral. En estas familias la falta de dignidad llega a veces a insospechados extremos.

Ya hemos señalado ciertos puntos de contacto entre María Luisa y su tío Guillermo de Lloberola. Para hacer un favor a María Luisa, hay que hacer constar que su familia no podía ofrecerle lecciones ejemplares. El espectáculo de su padre y de su madre solo servía para despertar la desaprensión y el desafecto. Cuando María Luisa consiguió liberarse un poco de ellos, resultaba que el banco en el que trabajaba, el personal del que dependía y sus amistades, todo estaba constituido por gentes de aparato digestivo y cepillo de dientes. Pat tenía ideas bastante claras sobre el deporte, pero su concepto acerca de la dignidad humana era mezquino, sietemesino, cargado de bufandas, de camisetas de felpa y de pólizas de compañías de seguros.

María Luisa había vivido estas temperaturas, excelentes para la plena existencia del microbio que llevaba en la sangre, un microbio que solo era fatal atavismo y natural consecuencia de la descomposición familiar de los Lloberola.

Las taras de María Luisa, cuando la muchacha estaba a punto de cumplir veinte años, se disimulaban por la piel más tierna, por la sonrisa más espontánea y luminosa, por una manera natural y alada de hacer todas las cosas y por una cualidad de raza y distinción adherida hasta el suéter más vulgar y más estandarizado que contenía la rígida alegría de sus pechos.

Las taras y las excelencias de María Luisa fueron la causa de que en su vida intervinieran personas ya conocidas por el lector, y las páginas que siguen de esta historia explicarán cómo en la existencia de los hombres, no se sabe si por el azar, por la fatalidad o por la predestinación, los hombres que se habían separado vuelven a encontrarse; una especie de hilo invisible va ligando las almas contra las voluntades y, al final, los hombres y las mujeres se dan cuenta de que han puesto toda su sangre en el juego de una farsa inútil, de la que solo les queda un mal sabor de boca y unos cuantos pasos más por el camino de la muerte.

La amiga que había abortado dos veces se llamaba Teresa Martínez; era mayor que María Luisa y hacía tiempo que frecuentaba el piso de Rosa Trénor. Desde que abandonamos a Rosa Trénor en la puerta del Grill Room, después de haberle señalado la cara a Federico y después de haberse envuelto en su raída piel de castor, había dado muchas volteretas. Su vida juerguista y sentimental se vistió de colores respetables. Cuando vio que la explotación de su cuerpo era un negocio que amenazaba ruina, Rosa Trénor optó por la explotación del cuerpo de las otras.

Rosa Trénor montó el negocio discretísimamente; el secreto y el misterio eran sus cómplices. Los amigos de su juventud y los amables clientes de su crepúsculo visitaban la casa de Rosa Trénor con la excusa de beber una copa de champaña o una taza de té. El resto corría a cargo de Rosa Trénor, y las amistades estaban completamente satisfechas. El personal que escogía para el negocio eran muchachas de casas necesitadas, e incluso alguna de casa bien. Desde las mecanógrafas a las socias de clubes de tenis: un poco de todo; pero personal muy reducido y seguro.

Durante la Exposición, Rosa hizo gran amistad con un importantísimo personaje: era un general que no tenía un *no* para Rosa. Entonces ella amplió su negocio en otros aspectos. Compró unos cuantos miles de metros de películas pornográficas e instaló una salita de bacará. El piso de Rosa Trénor era un principal de los menos sospechosos. En la puerta había un letrerito que decía: «La

Aseguradora Agrícola, S. A.». El vigilante del barrio estaba en el ajo e iba muy bien untado. Los concurrentes al piso de Rosa Trénor eran de lo mejor de Barcelona.

Rosa Trénor pudo utilizar en aquel nuevo aspecto de su vida todo el pretencioso repertorio de señora de gran mundo. Era adorable la forma en que recibía a sus clientes, y era adorable aquel desganado rictus aristocrático tomando sitio en la grasa aterciopelada de sus mejillas, con el fin de quitar importancia a las cosas, sobre todo cuando se trataba de concretar precios. Para entrar en el piso de Rosa Trénor eran precisos bastantes requisitos; pero un señor un poco conocido por su honorabilidad y por la importancia de sus cuentas corrientes ya cumplía pasando la tarjeta. El cine pornográfico fue un gran truco de Rosa para llegar a otras cosas con las que hacía un pingüe negocio, especialmente el juego. La Dictadura había prohibido el juego, y se daba el caso de que los aficionados a probar suerte habrían hecho todo lo imposible para jugar un poco fuerte. El bacará de Rosa Trénor curó unas cuantas neurastenias entre los refinados de por entonces. Había clientes exclusivos de las películas pornográficas; casi todos solían tener dentadura postiza y más cabellos blancos que negros. Rosa Trénor toleraba parásitos en su industria, porque entre ellos había las personas consideradas como las más gelatinosas e influyentes. Algún general de la situación, o algún anciano marqués presidente de una piadosa cofradía, cuando salían de las proyecciones obscenas del piso de Rosa Trénor tenían que agarrarse al pasamanos de la escalera para no caerse. Los médicos constataron muchas arterias reventadas entre la senectud más ilustre como consecuencia de aquellas películas.

De vez en cuando, Rosa Trénor hacía sesiones «de encargo», que ella llamaba «para la familia». Entonces solo tenían entrada al piso algunos caballeros y algunas damas integradas en un compromiso secreto. Las señoras que tuvieron la suerte de asistir a una de aquellas sesiones, acostumbraban a hablar de ellas con una vaguedad exquisita, sin puntualizar nada. Algún marido que descubría la madriguera, rutilante de faunesca alegría, ignoró toda la vida que, la noche anterior, su señora había digerido mal una limonada por los trastornos orgánicos que le produjo la visión de una escena de las más marranas que puede inventar una imaginación comercial. Estas tiernas y misteriosas casualidades en la vida de los matrimonios parece que proporcionaban cierto interés a la elegancia de la época.

Con la caída del dictador, Rosa Trénor sufrió graves perjuicios. Fue denunciada por la policía, y tuvo la suerte de hacer desaparecer a tiempo el bacará y la máquina de proyectar indecencias; de lo contrario hubiera sido muy posible que con todos sus refinamientos hubiera ido a parar a la cárcel de mujeres.

En realidad, Rosa no sufrió ningún disgusto de importancia, y un señor muy enterado de todo aseguraba, en la peña más sepulcral de un círculo frecuentado por el artritismo, que Rosa Trénor había encontrado su salvación en la masonería.

Con la República, Rosa se limitó a mantener sus mejores clientes, guiados por un interés sentimental. Rosa iba cada domingo por la tarde al Ritz, acompañada siempre de un par de «sobrinas». Había muchísimas personas, incluso muchachos hábiles en solucionar acertijos galantes, que desconocían el verdadero sentido de la mesita de Rosa Trénor. En aquel aire bastante mezclado y ramplón del domingo, Rosa representaba un dignísimo papel; su vestido era hasta elegante y el maquillaje iba muy de acuerdo con sus cuarenta y cinco años de escepticismo. Cuando algún chico pedía permiso para bailar con una de sus «sobrinas», Rosa le lanzaba una ojeada maternal, de esas que piden al chico que no se extralimite y que tenga consideración para con la pureza y excelente educación de la muchacha que se entrega a sus brazos para absorber cinco minutos de tango.

Algún marido, cliente de Rosa, asistía a la fiesta dominical con su mujer y sus hijas. En general, los maridos que toman el té acompañados de la familia acostumbran ser de una gran depravación. Rosa lo sabía perfectamente; y entre el marido y ella se establecía un diálogo de media hora en el que solo se habían intercambiado tres miradas, pero no se había dejado ni un cabo sin atar. Muchas señoras iban al Ritz con una blanca inocencia, ignorantes de que su marido, cuando ofrecía un *éclair* de chocolate a la muchacha más rubia del convoy doméstico, solo con un simple pestañeo acababa de firmar un condenable acuerdo con aquella dama oscura de delante, que cogía virginalmente un barquillo, como si acercase una azucena a las regiones empolvadas de su nariz.

Cuando Rosa Trénor tuvo como paciente en su casa a la hija de su examante, hacía pocos días que empezaba a ser amiga de Niobe Cases, y esta fue la causa de que Rosa volviera a ver a Bobby a menudo, porque Bobby, con gran estupefacción de sus amistades, se había convertido en el protector de la desconcertante gitana. Fue Teodora Macaia quien le presentó a Bobby, como le había presentado al conde de Sallés. Bobby consideró que las danzas y la gente que rodeaba a Niobe eran de una insufrible estupidez, pero el vientre y los sobacos de la bailarina le produjeron una inmejorable impresión. Niobe aceptó a Bobby sin comprender que adquiría al protector más decente, más liberal y más correcto de Barcelona. Le explotaba de una forma agitanada que no desmentía el origen de Niobe; pero a Bobby no le gustaba discutir y su cuenta corriente era abundante y pródiga. Niobe, con la excepción de sus momentos espectaculares, era una excéntrica

voraz con un fondo conservador y burgués de positiva eficacia. La gitana surrealista era en realidad una farsante, y Bobby se dio cuenta enseguida; su horror a los brillantes solo era de boquilla y, a la larga, se vio claramente que Niobe amaba más los brillantes que las alas de cantárida de su *cache-sexe*. Precisamente Niobe conoció a Rosa Trénor con motivo de una compra de aquellas piedras, porque Rosa también aceptaba cualquier negocio que le cayera de vez en cuando aunque no fuera totalmente indecente, e incluso alguna señora de indiscutible honorabilidad había tenido tratos con aquella mujer para adquirir un *renard* o unas piedras a buen precio.

Bobby y Niobe iban algunas noches al Pingouin; Rosa Trénor era una cliente bastante asidua de aquella casa; al Pingouin no acostumbraba llevar ninguna «sobrina»; generalmente la acompañaba un caballero de cierta edad, y, a veces, incluso se sentaba a la mesa de Rosa Trénor un bailarín profesional o un muchacho jovencísimo que nadie sabía quién era.

A Bobby le gustaba mucho aquel establecimiento de madrugada, porque todo se avenía a su gusto y a su manera de ser. Niobe se olvidaba allí de las danzas, refugiaba en un rincón toda su piel de cobre, y los dientes de la bailarina, lejos de sus admiradores literarios, incluso se arriesgaban con un bocadillo de filete o con una ración de pasta italiana.

De todas las cosas nuevas que se produjeron en Barcelona después de la llegada de la República, ninguna tuvo tanto éxito y tanta gracia como el Pingouin. No se sabe por qué, pero los trasnochadores de la época se sentían atraídos por los divanes de terciopelo sanguinolento y por el bar parecido a una farmacia de aquella casa de la calle Escudellers. Todo el encanto del Pingouin provenía de su gramola con sordina y de la inapreciable decoración de sus paredes, con un oscuro papel de alcoba de menestrales —un papel del año 1893— en el que campeaban unas flores de vino sobre tinta de calamar. El Pingouin presentaba una serie de palcos impracticables a los que no iba nadie; adornados con una especie de lustrina verde, parecían hechos aposta para que un brujo asesinase allí cuerpos astrales o hiciese una paella con ectoplasmas. El techo y las columnas que lo sostenían conservaban aún la pintura sucia de aquel antiguo almacén convertido en madriguera de noctámbulos. El dueño del Pingouin puso bajo el techo una decoración cándida: eran unas tirillas de alambre adornadas con papel pintado que representaban ramas floridas de melocotonero y formaban una telaraña simétrica, verde y rosa, completamente inocente sobre las grises oleadas de humo concentrado.

La música del Pingouin estaba bien escogida: valses de antes de la guerra y rumbas del momento, combinadas con guitarras hawaianas, con balalaicas rusas y ocarinas del Tirol, y con los acordeones canallas

de la República Argentina y toda la cochambre del mundo. Fuera cual fuera la música, adquiría el ritmo del establecimiento: un ritmo de huesos hervidos desprendiéndose de la carne, con convulsiones líricas y filantrópicas, y sobre todo un ritmo de pereza callada, distraída y un poco inconsciente, de esa pereza que no anda pendiente del minuto ni de la hora y que ve marchitarse las rosas sobre las mesas, mientras el sol remonta el cielo y las mangueras han acabado en la calle con toda el agua de la limpieza.

Las mujeres llegaban al Pingouin con los tratos amorosos ya fijados o con el muchacho de confianza; se sentaban sin pretensiones, muchas con el maquillaje corrido y con el whisky empezando a resbalar por los cabellos martirizados por las ondulaciones y las decoloraciones. Los acuerdos a que se llegaba allí dentro eran o completamente recurso o bien debidos a la influencia del rojo de las rosas y del ámbar enfermizo del gin. Una mujer clavada sobre un taburete del bar, que hablaba con una lengua nebulosa de las botellas, a veces hacia las siete de la mañana se colgaba del brazo de un escandinavo solitario que probablemente había hecho voto de castidad. Todo era posible en el Pingouin a última hora. Los diálogos pasaban de lo líquido y vaporoso al realismo lúcido, sin ninguna concesión, sin ni una sombra de piedad. Muchas parejas pasaban por el Pingouin antes de meterse en la cama para recoger cuatro gotas de locura o de resignación que sirvieran de ensalada a la triste carne de la cópula.

El público del Pingouin era una mezcla de personas delicadas y austeras, de poetas bienintencionados y de borrachos de marca, pasando por los forzados de la chusma, los vividores de la piel femenina y los contramaestres sin complicaciones que habían llegado por la mañana en un mercante y llevaban, entre el vientre y la faja, un montón de billetes de banco como mariposas muertas. Estos marineros alquilaban un intérprete que probablemente había sido pistolero de cualquier sindicato y hacía sus entradas y salidas rápidamente, con unos ojos caninos y una chaquetita comprada de saldo, para notificar a los marineros que afuera les esperaban cuatro mujeres como cuatro sirenas fosforescentes, y que eran en realidad las cuatro almas más despintadas de boca de la calle Unión o de la calle San Pablo.

En el Pingouin siempre bailaban dos o tres parejas; a veces entraban juerguistas llenos de humor y de gentileza e improvisaban combinaciones excéntricas. A veces, un señor correctísimo oriundo de un clima boreal, completamente curda, iba bailando solo y haciendo reverencias sin molestar a nadie. La característica del Pingouin era una gran tolerancia; difícilmente se llegaba al puñetazo o al rasguño; el alcohol allí dentro se hacía metafísico, lleno de comprensión y de espíritu. Todo seguía el ritmo de la música, todo tenía la misma sordina, la misma flexibilidad de rumba y de agua de puerto que se

cocía en el vientre de la gramola.

Pocas personas sabían apreciar como Bobby aquella gracia viscosa de medusa flotante que tenía el aire del Pingouin. Saludaba con una sonrisa gris a las entretenidas de más categoría, que llegaban con un cargamento de rosas frescas y un hambre de tigre. Bobby, de vez en cuando, ordenaba que descorchasen una botella de Pommery para dar un poco de grandeza al establecimiento; el champaña le daba asco y solo lo utilizaba para humedecer las puntas de su bigotillo. Aunque Niobe no le acompañase, Bobby iba al Pingouin con un amigo o con algún matrimonio selecto con el que se había topado en el Hollywood, un cabaret a todo gas, también inaugurado por entonces, y al que asistían muchas tiernas burguesas de Barcelona con sus maridos para contemplar los pechos celestiales de las cubanas y bailar tabarinescamente, envueltas por el tibio aroma de las prostitutas.

Rosa Trénor aprovechó una noche del Pingouin para hablar a Bobby de un pequeño negocio que tenía una pizca de interés dramático. Aquella atmósfera confusa, ausente y muerta le pareció la más adecuada para configurar una escena en la que Rosa y Bobby desempeñaban el papel de aparecidos y de sombras de otro clima. Se trataba de María Luisa de Lloberola. María Luisa, con el concurso de su amiga Teresa, se había confiado a Rosa Trénor. Rosa no la había dejado escapar. Aquella maravillosa criatura llevaba la misma sangre que un hombre muy ligado a la historia de Rosa Trénor, y Rosa, tan libresca, tan idiota y tan trascendental como siempre, aprovechó lo que la casualidad le ponía entre las manos para extraer aquel capítulo que acostumbra titularse «veinte años después», y en el que el corazón del protagonista está a punto de reventar de tantos recuerdos y emociones. Rosa no procuraba explotar a María Luisa como uno de los discretos y excelentes negocios de su última época; la vulgarísima mentalidad de aquella mujer apreciaba en las disposiciones despreocupadas de María Luisa una venganza del Destino y el final de un drama en el que Rosa Trénor creía haber puesto emoción, cuando en definitiva solo había puesto un poco de estómago.

El único hombre que podía servir a Rosa para su perversa combinación era Bobby. Otro cliente de categoría habría convertido la escena en una anécdota banal, sin ninguna importancia. Bobby escuchó a Rosa con los ojos semientornados; no dijo ni sí ni no. Bobby era una persona bastante decente: nadie podía echarle en cara una bajeza o una miseria en la trayectoria de su vida, de esas que ensucian la elegancia de un hombre; pero a Bobby, como a la mayoría de las personas de su mundo, escépticas y desengañadas, sin ninguna pasión, a veces le complacía experimentar el gusto de algo que pueda parecer perverso y que incluso tenga el color de una canallada. Bobby, desde su ruptura con Federico, no pensó ni por un momento en hacer las

paces con aquel hombre suficiente y plomizo, pero tampoco le guardaba ninguna clase de odio. Las groserías que Federico dijo de la madre de Bobby eran cosas que a él no le sonaban a nuevo; sabía el concepto que la viuda Xuclá merecía a personas poco comprensivas. A Bobby, Federico le era indiferente; sus desastres económicos, la vida absurda que llevaba en la finca, le importaban un comino; pero las insinuaciones de Rosa Trénor despertaron su curiosidad. Bobby también veía que en aquel negocio había algo de fin de drama y que él podía actuar impunemente en el papel de traidor, que, aunque parezca poco airoso, a veces es el que representaría más a gusto el espectador.

María Luisa sabía quién era Bobby; vagamente conocía la amistad que en un tiempo había tenido con su padre y la fama que en el mundo elegante disfrutaba aquel soltero amargado y correctísimo. María Luisa compartía las ideas de algunas muchachas de la época sobre los hombres excesivamente jóvenes o excesivamente maduros. Se había puesto de moda desprestigiar un tanto a los «niños bonitos» y deportistas, cargados de vanidad física. Se les atribuía ligereza, falta de interés y de discreción; se les atacaba por su conversación vacía y por la poca habilidad en mostrar el camino de las estrellas. Las chicas como María Luisa preferían un hombre hecho y derecho, más trabajado y con más experiencia, a un reventador de motores o un engomado ejecutor de tangos. Además, a las muchachas de poco temperamento como María Luisa les gustaba que las tomasen en serio, que se les concediese una gran importancia y, dispuestas a torturas, preferían una víctima de categoría y con historia que los macarras que estaban demasiado ocupados vistiéndose o desnudándose en otras latitudes más gastadas.

María Luisa y Bobby se encontraron una tarde en el piso de Rosa Trénor, y a Bobby le ocurrió algo que nunca le había ocurrido: se enamoró como un crío.

El papel de traidor se vio sustituido por un papel blanco y tierno de galán de comedia romántica. Bobby disimuló, quiso hacerse el cínico, el hombre de mundo paternal, casi canalla, que demuestra que toda la broma no pasa de ser una fantasía de epidermis. Su manera de conducirse encantó a María Luisa; lo juzgó extraordinariamente simpático; los cincuenta años de Bobby no eran ningún obstáculo. María Luisa quería ser cada día más moderna y el cabello gris era el que más se avenía con sus nervios. Bobby se portó espléndidamente con ella, subrayando la generosidad con una frialdad amable que le permitiera todas las retiradas.

María Luisa no se detuvo a medir las consecuencias; su sistema de imprevisión y de vivir al día le hacía aceptar la amistad de Bobby a ciegas, sin pensar qué sucedería mañana. Lo único preciso era disimular y justificar las atenciones de Bobby. María Luisa había

conseguido una independencia bastante considerable ante su madre, pero le importaba, más que a nadie, evitar cualquier escándalo. A oídos de María Carreres había llegado el rumor de que su hija tal vez era excesivamente moderna; pero María Carreres se sentía impotente ante el empuje de aquella muchacha. Por entonces Federico estaba completamente alejado de su familia, no tenía autoridad sobre sus hijos ni le importaba demasiado tenerla. Federico era un caso perdido; cuando María Luisa conoció a Bobby, hacía poco tiempo que había muerto don Tomás, y Federico se entregaba a los brazos de la mujer del vinatero y a los delirios de la camisa negra con los bebés color calabaza. Federico, en plena respiración del polvo de las piedras de su castillo, no tenía ganas de volver a ver a su mujer ni el piso de la calle Bailén. Tampoco se daba cuenta de la ligera fiebre que le daba cada noche. La gente del pueblo decía que estaba majareta; lo que realmente se iniciaba en el cuerpo de Federico era una tuberculosis que en pocos años le llevó al cementerio. De todo esto nada se sabía en Barcelona, y María Luisa no añoraba ni pizca sus rollos e impertinencias, y, sin él, el aire le era más fácil para deshilvanar el hilo dorado de los sueños.

Un día María Carreres habló a su hija de ciertas cosas, de ciertos rumores; pero María Luisa representó la comedia magníficamente y la madre no tuvo otro remedio que exclamar: «¡Alabado sea Dios! ¡Tú verás lo que haces!» Es decir, todo lo que acostumbran decir las madres cuando ven que no hay nada que hacer.

Más aún, la madre de María Luisa evitó que la abuela Carreres metiera baza en el asunto. En el piso de la calle Bailén, económicamente, dependían de la abuela Carreres, y la poco gustosa mujer de Federico, considerándose impotente ante su hija, creyó más conveniente disimular y echar tierra sobre el asunto, para evitar que la abuela hiciera escenas que, en vez de convencer a María Luisa, habrían creado una situación tirante. Con los años, María Carreres se había convertido en una mujer de moral deshilachada, como una liga vieja; una moral de esas que ni presionan ni soportan. Con un lloriqueo asiduo aceptaba los favores de su madre y digería todas las impertinencias y todas las groserías de la vieja. Prefería no querer ver las cosas, dejarse engañar y dejarse convencer gratuitamente. La psicología de aquella mujer tenía aspecto de ropa aprovechada, como la de su vestido. María Carreres había aprendido de los Lloberola la política del avestruz y de mantener las apariencias. Con un gran impudor, y con sonrisas de felicidad, iba de visita por las casas y hablaba de los suyos como de la Sagrada Familia, cuando todo el mundo conocía la vida absurda de Federico y que su hija trabajaba en un banco y llevaba un collar de perlas de esos que dan que pensar y provocan el chismorreo de las buenas almas.

Bobby recibía a María Luisa en su pisito de operaciones sentimentales. La muchacha plantó unas cuantas fucsias, unos cuantos geranios rojos y unas cuantas violetas en el jardincillo espiritual, sin agua ni luz y sin ni pizca de esperanza, del escéptico Bobby. El frescor de María Luisa, su gracia de la mejor calidad, su forma de alternar el pudor y la desvergüenza, eran cosas que Bobby creía que ya no existían en este mundo, y al reencontrarlas en la piel de María Luisa, empezaba a temer que se había equivocado, que su concepto de la vida y de las mujeres solo le había servido para darle cierta fama de hombre correcto, que ni se entrega ni se descompone nunca, entre las personas más finas y aburridas del país, pero que seguramente le habían inutilizado para sentir todo el gusto de la locura en una boca pura y simple, que además de comunicar el aliento tibio de unos pulmones, comunica el incontrolable misterio de un alma.

En el fondo, todo estribaba en que el pobre Bobby empezaba a hacerse viejo y a írsele el santo al cielo.

«Mi marido empleó conmigo todas las gentilezas disponibles; si no hizo más fue porque materialmente era imposible. No tenía ninguna culpa de su enfermedad medular; era un espectro que se enamoró de mí sin sospechar su estado. A mi marido le engañó todo el mundo; yo fui la única que no le engañó. Mi madre no era mujer como para darse cuenta de lo que yo hacía y de lo que ella casi me obligaba a hacer. Nuestro casamiento fue uno de tantos casamientos de los de entonces. Tampoco fue culpa de mi marido si al volver de Venecia, un mes después de casarnos, yo, que vivía de ilusiones, tuve que resignarme a hacer de enfermera de un agonizante. Mi marido tenía una nobleza que no he descubierto en ningún otro hombre. Su mirada solo me pedía una cosa, siempre la misma: me pedía perdón por haberse casado conmigo, perdón por haberme convertido en una enfermera. Tal vez lo único digno que he hecho ha sido comprender aquella mirada que pedía perdón e incluso agradecerla; agradecerla mucho más que todos los abrazos de un seductor irresistible. Entonces yo habría considerado como la mayor infamia faltar a aquel hombre. Si me hubiese encontrado con un marido sano, dominador, de los que, con todo y ser zalameros, tienen una especie de vanidad de perdonavidas de la mujer, no sé si le hubiera sido infiel; ahora me parece que no, pero no podría jurarlo. Lo que puedo jurar es que ni remotamente me pasó nunca por la cabeza la idea de ofender a mi marido. Creo que nada hay que obligue tanto a la mayoría de las mujeres como sentir a nuestro lado unos ojos suplicantes, unos ojos impotentes que ven en nosotras el prestigio de una madre, que sienten la confianza que da nuestra mano cuando se posa sobre una frente solo para comunicar nuestra desinteresada femineidad. A mí me

obligaban aquellos ojos de niño enfermo de mi marido, un niño que tenía quince años más que yo, y yo entonces solo tenía veinte.

»Escribo estas líneas para consolarme un poco a mí misma; para recordar que a los veinte años no era una muchacha completamente estúpida y sabía comprender toda la avergonzada adoración de la mirada de un enfermo.

»Cuando murió mi marido hice comedia. Yo no sabía que pudieran provocarse las lágrimas sin un sentimiento real. Pero entonces me convencí de que era posible. La cara de circunstancias de los que me rodeaban, con la ayuda de un cansancio nervioso, me facilitaron quedar bien delante de la gente. Lloré, y mucho, pero de una forma completamente artificial. Mentiría si afirmase que sentía una gran ternura por mi marido; pero también mentiría si quisiera hacerme creer a mí misma que no deseaba su muerte. Lo que no comprendo es por qué la deseaba tanto, si al fin y al cabo tampoco me había de resolver nada. Mientras tuve a mi marido, su mirada era algo que me acompañaba, que incluso satisfacía mi egoísmo al ver que yo era útil y representaba un consuelo para aquel pobre enfermo. Después de la muerte de mi marido ni eso me quedó. Confieso que cuando se lo llevaron me pareció que me quitaban una pesadilla del corazón; pero también confieso que años después añoré aquella pesadilla.

»Nunca he sido bonita; nunca he sido una de esas mujeres que los hombres llaman excitantes. No quiero hacerme ilusiones; de esto estoy convencida. He tenido el suficiente instinto y la suficiente sangre fría como para darme cuenta de ello en mi juventud; siempre he sabido distinguir un cumplido de una palabra sincera. Después de la muerte de mi marido he tenido cincuenta mil ocasiones para comprender que mi fortuna material tenía cierta importancia, mucha más que mis gracias naturales. A los veinticinco años era viuda y completamente libre; mi madre había muerto y mi posición era una de las más brillantes de Barcelona. Entonces tuve una manía; creía que resultaba antipática a todo el mundo, me esforzaba, e incluso me humillaba, por hacerme agradable a la gente; pero veía que era inútil. Me reservaban toda clase de atenciones, incluso me halagaban excesivamente; pero a mí me parecía que todo era falso. Ahora, a los sesenta años, pienso que tal vez veía visiones, que era hasta posible que alguien se hubiera enamorado de mí, de buena fe, si yo no hubiera sido tan arisca en el *tête-à-tête* con un hombre y, sobre todo, si no hubiera sido víctima de esa melancolía especial que me obligaba a apartarme de la gente y a adoptar un aire que, ahora que lo imagino fríamente, me parece completamente estúpido. De lo que me sucedió entonces tampoco yo tenía la culpa; además, como mi primer matrimonio había sido una desgracia, tampoco quería exponerme a una segunda. Nadie me sacaba de la cabeza que mi gran fortuna de entonces era una causa

más que suficiente para que cualquiera, con toda clase de garantías, me hubiera fingido el más vivo de los amores. No creo que esta idea estuviera equivocada; contra lo que opinan la mayoría de mis amigos, soy una mujer muy inocente; incluso ahora cualquiera me engaña. Naturalmente, ahora tanto me da, porque no hay motivo, pero a mis veinticinco años tenía motivos más que suficientes para ser desconfiada y estar alerta sobre mi inocencia. Como ya empezaba a conocerme un poco, tenía el temor de que si aceptaba el riesgo de que me engañasen, me engañarían positivamente; por eso, por una parte hacía esfuerzos para parecer amable y para vencer la antipatía que creía inspirar a los demás, y, por otra parte, si iniciaba el diálogo con un hombre, procuraba evitar toda clase de insinuaciones.

»En muchos momentos pienso que mi esfuerzo de entonces era completamente inútil, y que tal vez habría salido ganando dejándome engañar. También pienso todo lo contrario en otros momentos, y pienso que obraba muy santamente, porque viviendo sola como he vivido y con una gran independencia, me ha sido posible conocer mundo y sacar un provecho a las cosas que con el matrimonio difícilmente hubiera podido conseguir. De todas maneras, tanto da que piense una cosa como otra, porque ahora tengo sesenta años y no hay nada que hacer. Además, considero muy idiota el preocuparnos demasiado de las cosas que hemos dejado atrás y de equivocaciones pasadas; creo que los hechos se han producido de esta manera porque solo así podían producirse, y que tal vez las causas de no haberme casado son otras, completamente distintas, que nada tienen que ver con las explicaciones que intento darme a mí misma.

»Es curioso, pero antes de los treinta años yo había renunciado totalmente a un nuevo matrimonio. He tenido muchas ocasiones para hacer lo que han hecho un montón de amigas mías, pero lo he evitado. Tal vez he sido una mujer fría, pero siempre me ha parecido que sin un amor de verdad lo otro era una porquería. Dudo haber inspirado amor verdadero a nadie. Si no he hecho lo que otras muchas han hecho, no creo que haya sido por escrúpulos de orden moral; creo que habría vencido toda clase de escrúpulos, porque para otras cosas no he tenido ninguno. Así han ido las cosas, y parece ser que así debía desenvolverse mi vida. Me consta que de mí se han explicado y hecho correr toda clase de calumnias. La gente no puede comprender que una persona libre como yo, que siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, que ha corrido medio mundo, y que no ha sido ni una clerical ni una *prude*, se haya privado del gusto de dormir con un hombre. Todos los que creen esto de mí se equivocan; no he conocido otro hombre que mi pobre marido, y aún puedo jurar que le conocí muy poco, casi nada. Algunas amigas mías y algunas lecturas me han explicado qué es la sensación del amor en sus intimidades más secretas. Yo, en

resumen, puedo decir que no conozco nada de todo eso; soy casi tan inocente como una criatura antes de la pubertad.

»Tampoco me ha ayudado ninguna idea religiosa. Porque yo creo en la religión que me enseñó mi madre, pero no he querido pensar demasiado en ello. Estoy segura de que si empezase a preocuparme perdería la fe; la que siento ahora es tan débil como la que sentía a los veinte años. Así la he conservado toda la vida. Mi castidad me ha servido tal vez para que siguiese confesándome dos veces al año. Siento muy poca simpatía por los curas, y si me hubiese visto obligada a contarles ciertas cosas, es posible que hubiera dejado de practicar. Como nunca he hecho daño a nadie, mis confesiones son muy cortas y procuro buscar a un cura que no me conozca y termine pronto…

»Todo lo que he hecho en este mundo no ha sido exclusivamente motivado por la vanidad. Ya sé que la vanidad es mi principal defecto, pero me parece que muchas veces he puesto en mis acciones cierto desinterés e incluso un ideal. Si algún valor tiene mi vida es el de no haber sucumbido a la rutina como la mayoría de las mujeres de mi clase. Ya sé que la gente siempre me ha considerado una esnob; tal vez haya una parte de razón en ello: a veces quizás he sido esnob, pero creo que he sido sincera muchísimas más veces. Y que mis acciones, sobre todo, han obedecido a un impulso natural. Tal vez las circunstancias de mi vida y la libertad de que siempre he dispuesto me han ayudado a ser tal como soy.

»Me han interesado los libros y los viajes y la gente con un cierto espíritu, de la misma manera que me han interesado las gracias más efímeras y los detalles más sensibles de las modas y de la vida de relación. He procurado que una persona inteligente encontrase en mi casa un lugar donde posar sus ojos, y he buscado la conversación y la compañía de esas personas inteligentes; también confieso que he buscado la compañía de las personas que no por ser las más idiotas han dejado de ser las más brillantes en la vida ociosa de nuestro país. En ciertas épocas no he querido que nadie me achantara, y me he expuesto a que me llamaran excéntrica o a que me tomasen por loca, e incluso por lo que nunca he sido: una mujer de vida irregular.

»Creo que una mujer que no sea muy femenina no tiene nada que hacer en este mundo. Es cierto que no he sido nada femenina en un sentido esencial de la vida: quiero decir que no he sido maternal; pero en todos los demás sentidos, externamente, espectacularmente, he querido ser más femenina y más exigente que las demás. Me he mirado muchas veces al espejo y sé distinguir perfectamente la belleza de la elegancia; tal vez también es un pecado de mi vanidad el creer que es más importante la elegancia que la belleza.

»Si bien no he tenido hijos y no he podido querer a un hombre tal como yo había soñado, he procurado hacer infinitos favores y he

procurado ser una amiga de verdad. A los sesenta años me doy cuenta de hasta qué punto he sido cándida y hasta qué punto ha llegado mi falta de malicia.

»Estoy segura de que no me han agradecido ninguno de los favores que he hecho; las mujeres con las que he tenido más confianza y afecto, las personas a las que he ayudado moral y materialmente, han sido las que más me han criticado y más calumnias me han levantado. Me doy cuenta de que mis amistades y mi clase social son las que tienen menos imaginación y más malicia. Si he querido intervenir en trabajos culturales y benéficos más activa y personalmente que la mayoría de las señoras, solo han visto en mis actos las ganas de que mi nombre sonase y el deseo de destacar. Inocentemente, en mis viajes he ido a veces en compañía de hombres, buenos amigos y personas discretas, porque considero que con los hombres puedo hablar de todo y no me aburro como con mis amigas íntimas; he conseguido que algún hombre, concediéndome todas las atenciones que se deben a una señora, llegase a tratarme con el desinterés y la cordialidad de un compañero. Los largos viajes que he realizado en estas condiciones me han proporcionado los momentos más amables de mi vida; después me he enterado de cómo he sido criticada por las señoras más finas y espirituales que recibo en casa. He tenido una suerte: no he sufrido demasiado por lo que la gente creía o hablaba de mí; esta independencia de carácter la he heredado de mi madre.

»Sé que tengo una cultura muy limitada, y alguna persona más sincera o menos amable que las demás me ha dado a entender que soy una mujer vulgarísima y que mis ideas no rebasan la más triste banalidad. Nunca he pretendido ser una sabionda, y no envidio el talento de nadie. Me he divertido a mi manera y me he emocionado mucho. Aunque no haya sido una de esas personas llamadas sensibles, he procurado escuchar a las personas que me lo han parecido, para modificar mi gusto, y he conseguido que me gustasen cosas a las que, espontáneamente, me sentía impermeable. Si he gozado de una cierta consideración entre artistas y escritores, ha sido por mi buena voluntad en querer escuchar y aprender y por mi disposición a modificar mi criterio. Ya sé que muchos me han considerado grotesca, ridícula y pretenciosa; pero actuando así he salvado mi vida del aburrimiento, y de paso, con mi nombre o con mi dinero, he hecho algún bien a los asuntos de mi país.

»Lo que más me ha perjudicado ha sido la ligereza, sobre todo la ligereza en el hablar; esto, que se ha interpretado como una desaprensión por mi parte, estoy convencida de que desgraciadamente no es otra cosa que el fruto de mi inocencia y de pensar que los demás son tan bienintencionados como yo misma. Mi amigo X me lo había dicho muchas veces; yo, naturalmente, protestaba. Después, a medida

que han pasado los años, me he convencido de que mi amigo X tenía toda la razón. He sido y soy de una inocencia que da asco.

»A mis sesenta años me encuentro desesperadamente sola; mi fortuna ha menguado mucho, me he visto obligada a ahorrar. Mucha gente se ha apartado de mí, pero no me puedo curar del vicio de interesarme por las cosas, sobre todo por lo que es nuevo y puede traer un cambio para mi país. Muchos amigos me critican el que me haya hecho republicana; dicen que soy una vieja, que debería darme vergüenza hacer el ridículo, y que más valdría que me encerrase en casa. En realidad me he encerrado en casa ya hace años, y en ningún lugar me siento tan a gusto como cerca del fuego, rodeada de mis recuerdos y en compañía de mis pensamientos. Cuando vienen a sacarme de aquí para una excursión o una calaverada, me da vergüenza confesar que ya no soy joven, que me fatigo, que mi mal no quiere ruidos, y por vanidad, ante todo por vanidad, aún sigo como cuando tenía veinticinco años, pero cada día voy perdiendo más el humor.

»Me hubiera gustado saber escribir, me hubiera gustado ser útil a mi mundo redactando unas memorias sobre todo lo que he visto en esta vida, porque mi posición ha favorecido el que conociese a muchas personas, muchas grandezas y muchas miserias. La idea de redactar estas memorias es mi constante tentación; algunas personas me lo han aconsejado, yo creo que de buena fe. Hoy he escrito estas cosas sobre mí para ver si me animo y continúo escribiendo sobre lo que sé de los demás; he querido empezar una historia con unas confesiones desordenadas, y, nada más empezar, ya desfallezco; dudo de que haya sido sincera conmigo misma en lo poco que llevo escrito; tal vez he intentado hacerme la víctima al hablar de mí, tal vez he olvidado decir que en el fondo y la forma no soy otra cosa que una gran egoísta…»

Hortensia Portell acababa de leer la palabra «egoísta», tenía en las manos unas cuantas hojas de papel gruesas, anchas, teatrales, escritas con una caligrafía descuidada y afectadamente viril; repasó con desencanto lo que había concebido hacía un par de meses y había abandonado en el momento en que acudió a su pluma la palabra «egoísta». Hortensia no se había atrevido a repasarlo, encerrado en un cajón entre otras cosas íntimas. Hortensia Portell, con el manuscrito en la mano, consideraba que el intento de escribir aquellas memorias era una puerilidad. ¿Por qué? ¿Qué iba a conseguir? A las supervivientes, las memorias de Hortensia Portell les parecerían una extravagancia póstuma; ni su cadáver hubieran respetado; Hortensia no quería proporcionarles ese placer. Además, tal vez a nadie interesaba lo que ella pudiera escribir sobre su época. Así lo creía Hortensia mientras sopesaba el manuscrito y hacía una mueca de asco

al considerar lo que ella misma había escrito en un momento de inocencia y debilidad.

Hortensia soportaba entonces una serie de preocupaciones suntuarias y económicas. Había vendido algunos de sus cuadros y pensaba desprenderse de muchas otras cosas. Hortensia tenía la intención de retirarse a un domicilio más tranquilo, que no le ocasionase tantos gastos.

Hoja a hoja, el manuscrito que Hortensia tenía en las manos fue a parar a las llamas de la chimenea; este auto de fe literario fue realizado en silencio, secretamente, no sin que el verdugo, al sacrificar las víctimas, sintiera desprenderse de la punta de su corazón cuatro rosas masticadas.

Cuando Hortensia hubo destruido toda su obra sonó el timbre de la puerta, y el criado anunció a la baronesa viuda de Falset.

Concha iba muchas tardes a casa de Hortensia, más que para hacerle compañía, para consultarle cosas referentes a la nueva casa que se construía. Hortensia tenía fama de buen gusto, y Concha confiaba en su criterio. Por entonces Concha estaba atareadísima y no dejaba en paz a su arquitecto; quería un inmueble muy moderno y brillante, que se hiciera notar en toda Barcelona. Concha deseaba sacarle a la vida su jugo hasta desfallecer. Hacía días que le rondaba la mente una idea y no se había atrevido a exponérsela a Hortensia; pero aquella tarde tuvo más valor; era una idea relacionada con la decoración de su casa, y relacionada más que nada con otra persona que era el eje en torno al cual evolucionaban todos los sentimientos y todas las ilusiones de Concha Pujol.

—Oye, Hortensia, ¿qué piensas hacer de tu tapiz?

—Francamente, si me saliera un comprador…

—Te voy a ser clara. Hace ya tiempo que busco un tapiz, pero que no sea una porquería; quiero una cosa que tenga cierto tono, ¿comprendes? Lo necesito para el *hall*, y el tuyo me parece de unas dimensiones que ni pintadas. Perdona, Hortensia, pero como dices siempre que te lo venderías todo y que tu casa te resulta demasiado grande, me he atrevido a hacerte esta pregunta…

—¿Conoces la historia del tapiz…?

—Vagamente…

—Claro, tú eras entonces una niña… ¿Te interesa de verdad este tapiz?

—¿Qué supones, Hortensia? Me interesa, sí; me parece magnífico, me gusta mucho… Comprendo que te apene desprenderte de él…

—No, apenarme, no, no lo creas. La idea de vender esta joya es muy reciente, porque hasta hace poco mi intención era legar el tapiz de los Lloberola a un museo. Casi era un deber de conciencia; pero las

cosas han ido muy mal estos últimos años y lo necesito todo; no puedo ser excesivamente generosa; por eso te he dicho que, si encontrase un comprador, también me desprendería de este tapiz…

—Lo siento mucho, Hortensia; mi pregunta te ha puesto de mal humor, te he hecho pensar en cosas tristes…

—No, mujer, no; al contrario. No intento hacer ningún negocio con el tapiz: sacar lo que me costó y basta. Te aseguro que no me apenará en absoluto. Si quieres que te sea sincera, nunca lo he contemplado a gusto sobre estas paredes; porque a ellos sí les dio pena desprenderse de él. Aquel marqués de Sitjar, que en gloria esté, era un pobre hombre, un simplón, si quieres, pero era un señor; ¡ah, sí!, un señor de los que ya no quedan en Barcelona. Recuerdo, como si fuera ahora, el día en que compré el tapiz. Hace veinte años, imagínate. Pensaba de una manera muy diferente; puedes estar completamente segura de que también la gente de Barcelona hace veinte años era muy diferente, y se daba una importancia a las cosas que ahora haría reír. Actualmente se me considera una mujer anticuada y cargada de escrúpulos, y entonces yo, para los Lloberola y las gentes de su talante, era poco menos que el diablo. ¡Piensa en lo que para él representaba que su tapiz, su joya familiar, fuese a parar a mi casa! Sí, les dio mucha pena, ¡muchísima! El marqués vino a verme porque no tenía otra salida. El pobre hombre se mantuvo correctísimo. Tuve la cara dura de regatearle mucho; se ve que él no estaba hecho para aquello; me lo habría cedido al precio que yo quisiera, aunque le hubiera ofrecido la mitad. Eso sí, en un momento dado, el pobre hombre se echó a llorar; ¡piensa en la humillación para una persona de sus humos! ¡Llorar ante mí! Y no hacía comedia, no. Confieso que entonces estuve un poco dura, sobre todo fue mi orgullo el que me decidió a comprar el tapiz. Después modifiqué un poco los sentimientos; hasta llegué a tener el escrúpulo de que este tapiz era un objeto robado, y que estas figuras bíblicas clavadas en la pared de mi casa protestaban por los ojos, como si por mi culpa se hallaran en la cárcel. ¡Qué quieres, Concha!, soy una romántica y una sentimental, soy un poco tonta. Al fin y al cabo, si lo hubieran vendido a un anticuario les habría estafado de lo lindo; y ahora sabe Dios dónde estaría este dichoso tapiz. Por eso te explico que mi intención era legarlo al museo; pero últimamente he visto cambiar tantas cosas, he visto que en resumidas cuentas todo tiene tan poca importancia y que la vida es de una dureza, de una mala fe, y al mismo tiempo de una indiferencia tal, que igual me da que el tapiz desaparezca, como ha desaparecido el tono de tantas y tantas familias. Mira, Concha, el día de la Virgen de agosto cumplí sesenta años; ya sé que nadie me los echa, pero los tengo, y a mi edad, imagínate, tú eres una cría… A ti aún te ilusiona tu nueva casa y estás en el mejor de los mundos. Por eso, si quieres el tapiz, ya te digo, no

quiero hacer negocio; hoy vale diez veces lo que pagué por él…

—No, no, Hortensia, te lo compraría por su precio, por su precio actual…

—Anda, mujer; siempre he sido un poco pródiga. Creo que ya no tengo edad para cambiar de talante.

Es preciso hacer constar que Hortensia vivía una tarde negra. También que Hortensia estaba perfectamente enterada de lo que había entre Concha Pujol y Guillermo de Lloberola, pero por algo Hortensia era una sentimental aficionada a la comedia. Por eso Hortensia continuó el diálogo así:

—Ahora bien, sé franca: te interesa el tapiz de los Lloberola por algo más que por las dimensiones…

—Ya te he dicho que me hacía mucha ilusión…

—Perdona si me meto donde no me llaman, pero casi te doblo la edad, Concha; quiero decir que yo ya me voy, y tal vez tengo un cierto derecho a aconsejarte, como buena amiga.

—Sabes que eres la única a quien considero una buena amiga… Pero no sé qué supones…

—Yo nada, Concha, nada; solo he pensado que la persona interesada por este tapiz no eres tú precisamente…

—Pues te equivocas, Hortensia; si te ha llegado a oídos alguna calumnia, yo te quiero hablar con el corazón en la mano…

—¡Oh, no!, Concha, no, de ninguna manera, perdóname…, no, no…

—La persona que tú supones…

—No, no; no has de darme explicaciones; te creo, solo faltaría…

—Es que me interesa dártelas. La persona que tú supones nada sabe de lo que hemos hablado; es posible que ni recuerde la existencia de este tapiz de sus abuelos… No le preocupa la familia…

—Verás, yo no le conozco. Creo que una vez estuvo en una fiesta en mi casa, ya hace años; sí, poco antes de morir tu marido… A los de ahora puede decirse que les he perdido el rastro. A su hermana Josefina es a la única a la que he saludado a veces en el golf… Ten en cuenta que todo lo que sé es de referencias.

—En nuestro mundo las referencias acostumbran ser vilezas, Hortensia; lo sabes mejor que yo…

—Sí, es cierto; claro que lo sé; imagínate…

—Pues por eso, Hortensia, por eso. Siempre te he admirado, porque has sido una mujer independiente, porque te has reído de las críticas ajenas, y yo, por mi parte, he procurado, es decir, procuro imitarte. No me importa que me critiquen y digan de mí lo que quieran. Me ilusiona tu tapiz, porque teniéndolo en mi casa nunca pensaré que sea un «objeto robado», ¿comprendes? He cumplido

treinta y seis años, Hortensia, y me parece que aún puedo tener un hijo que se llame como aquel pobre señor, ¿me entiendes?, aquel que se echó a llorar…

—Pero, entonces, Concha, ¿va de veras?

—De veras, me caso; mejor dicho, nos casaremos dentro de cuatro meses; así lo hemos decidido…

—Perdona que te lo diga, Concha, pero me parece que cometes una enorme tontería…

—¿Le conoces?

—No, ya te he dicho que no; pero creo que no necesitáis casaros; te expones a ser muy pero que muy desgraciada…

—No te entiendo.

—Escucha: ¿ese muchacho es tu amante, sí o no…? ¿Te da vergüenza contestarme…? Tal vez la pregunta sea demasiado cruda, perdóname…, pero creo que a mi edad se me puede disculpar la franqueza…

—Bien, Hortensia, no tengo por qué negártelo: es mi amante…

—Entonces, Concha, ¿qué más quieres? ¿Qué necesidad tenéis de complicaros las cosas? ¿No es tuyo? ¿No es completamente tuyo? ¿No dices que no te importa el qué dirán…?

—Hasta cierto punto, Hortensia, hasta cierto punto…

—No, ahora no eres sincera; si te casas es por algo que no es precisamente la opinión de los demás; soy muy cándida, Concha, pero no tanto, créeme…

—No puedes comprenderme, pero intentaré explicarte por qué me caso. Guillermo es un muchacho evasivo, me doy cuenta; a veces se me escapa, no le puedo dominar y necesito ligarlo más a mí, tenerle a mi lado, y él también me necesita, por muchos motivos, ¿comprendes? Si es mi marido, nuestra situación cambiará: él se centrará más, se sentirá más mío que ahora.

—O al contrario, Concha, o al contrario. Veo que eres más romántica que yo…

—Tal vez sí, pero aún hay otra cosa. Puestas a hablar claro, no me avergüenza decírtelo. He notado que varias personas, por mucho que disimulen, no pueden evitar ciertas miradas, no pueden evitar hacerme un papel frío cuando me ven en cualquier sitio hablando con él. Ha llegado a mis oídos la fama que tiene ese muchacho y la fama que a mí me atribuyen…

—Pero, Concha, ¿no quedamos en que eso no te importa? No insistas, por Dios…

—Es que ahora es una cuestión de orgullo. Quiero imponerlo a los ojos de todo el mundo como mi marido, con la cabeza muy alta; quiero darme el gusto de que los que dicen que es un chulo sin

escrúpulos y que yo soy una viciosa le respeten y le admitan en todas partes y le hagan carantoñas, ¿me entiendes? Que le respeten, si no por otra cosa, por mi dinero, porque ya sabes que Guillermo es pobre…

—Te casas… Mejor dicho, compras un marido con tu dinero, compras tu reputación y la reputación de un hombre que te es indispensable… En esto, ¿ves?, es evidente que mi criterio era más romántico… Tú eres más moderna, Concha; ¡sí, mucho más moderna! Supones que dentro de un año, o dentro de dos, tal vez menos, ese muchacho será respetado como tu marido, y que nadie pensará en que de hecho sigue siendo un chulo…

—Pensarán lo que quieran, pero yo viviré satisfecha y tranquila; y le tendré atado, mío…

—¿Con tu dinero…?

—Pero ¿no puedes creer que me quiere mucho, que nos queremos mucho?

—Yo lo pongo todo en duda, Concha… Veo que estás acalorada. Como yo nunca he sentido una pasión así…

—Naturalmente, Hortensia, ya te he dicho que no podrías comprender lo que me sucede… Tal vez haga un disparate. En la vida he hecho muchos disparates; créeme, por uno más…

—En fin, Concha, tienes mi tapiz a tu disposición; comprenderás que me veo aún más obligada a complacerte después de lo que me has dicho…

—Hortensia, te agradecería que…

—¿Quieres decir que de esta conversación… nada? Mira, Concha, padeceré mucho, porque soy una chismosa, no puedo evitarlo; me paso el día de chismorreo durante la comida, a la hora del té, durante la cena, en el golf, en el teatro. Imagina si padeceré al no poder contarles a las personas, que ya conoces, al menos una pizca de la conversación que hemos tenido. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Qué nos va a interesar, como no sea quitarnos la piel los unos a los otros? Comprendo que el tema de tu casamiento sería una bomba, y un éxito que hoy mismo me apuntaría en el Hostal del Sol, donde ceno con Teodora Macaia, Bobby y los Moragues, y hasta creo que vendrá esa fresca de Titina con sus cuñados. Imagínate, Concha, si padeceré callando como una muerta. Pero te juro que nada diré…, te lo juro…

Dos meses después de esta conversación, la noticia de la boda de Concha Pujol, baronesa viuda de Falset, con Guillermo de Lloberola cayó, efectivamente, como una bomba entre el mundo elegante.

En las peñas masculinas se oían estos comentarios: «¡Qué cara más dura…!» «¡Qué cinismo…!» «¡Vaya tragaderas…!» «¡Menudo

bandido…!» «¡Vaya fulana…!» Y otros comentarios que la decencia no permite transcribir. En las peñas femeninas, estrictamente femeninas, se produjeron ocurrencias espirituales, que tampoco permite transcribir la decencia.

Puede decirse que Guillermo de Lloberola aceptó las proposiciones de la baronesa para asegurarse una posición: Guillermo no era capaz de llevar la iniciativa, ni pensó nunca, al empezar su ataque, que aquella aventura pudiera terminar en boda. Guillermo tenía muchos defectos; pero un Lloberola nunca calculaba tanto. Si Guillermo hubiera visto desde un principio el valor de su jugada, se habría acreditado como un buen diplomático; pero Guillermo era más bohemio, desordenado y vividor que otra cosa. La primera vez que Concha le insinuó la idea de la boda, Guillermo frunció el ceño. Se había doblegado a muchas cosas y había perdido la vergüenza; de hecho era un *maquereau*. Aceptaba dinero de Concha, pero eso sucedía dentro del clima turbio e irregular en el que se adormecía Guillermo. El hecho de trocar aquel clima por una situación clara y a pleno sol, el hecho de convertirse en un *maquereau* legal, por medio de una ceremonia grotesca, presidida por la religión católica y el Código Civil en vigor, le daba cierto asco. Muy de tarde en tarde, Guillermo se sentía un Lloberola, y ante la proposición de Concha le parecía que su matrimonio era una vileza imperdonable. Además de tapar con la tapadera más correcta las locuras de una viciosa y un desengañado, aquel matrimonio significaba para Guillermo pasar a ser dueño de la fortuna de un hombre que él había casi asesinado. Guillermo adquiría una carta de grandeza y de consideración a base de una serie de bajezas que tenían más de criminal que de otra cosa. Pero Concha, a despecho de su sangre de piratas y criollas, estaba intoxicada por el aire acobardado de sus relaciones; y Concha quería darse el gusto de convertir unos mordiscos de prostíbulo en una satisfacción de misa de doce y de banda municipal. Concha insistió y exigió; Guillermo cerró los ojos y se fue haciendo a la idea de ser el marido de Concha, de disponer de una gran fortuna, de tener los mejores automóviles y de proporcionarse las mejores escapadas, a espaldas de la sádica y apabullante sexualidad de Concha Pujol.

La época de Guillermo era una época en la que las protestas eran efímeras y el talante de la gente tenía una postura acomodaticia, en la que todo importaba un comino. La única persona a la que Guillermo consultó su caso fue a su amigo Agustín Casals.

Con la llegada de la República, Agustín Casals conquistó una posición importante. Su amistad con José Safont y otros hombres públicos y, sobre todo, sus dotes oratorias y una cierta habilidad en saber moverse, le situaron espléndidamente. Agustín Casals era una buena persona, y hacía tiempo que se preocupaba por Guillermo;

quería encontrar algo, algún cargo que Guillermo pudiera desempeñar; decía que era una lástima que aquel muchacho se estropease, cada día más abocado a un futuro sin salida. Cuando Guillermo le expuso sus proyectos matrimoniales, Agustín pensó más como abogado que como moralista. Agustín conocía a Guillermo, aunque ignorase los detalles más oscuros de su vida, pero sabía perfectamente qué tipo de hombre era su amigo. Si se hubiese tratado de otra clase de persona, de las redimibles, Agustín le hubiera dicho que lo primero que debe conservar un hombre es su dignidad; pero Agustín veía que Guillermo poseía una moral cancerosa, con la que no había nada que hacer. Agustín, como buen abogado, vio aquello como un excelente negocio que, con solo guardar un mínimo de apariencias, aseguraba una buena posición a su amigo. Agustín le aconsejó que fuera al grano, que nadie le agradecería los escrúpulos; que si la gente criticaba sería por lo de que «si la envidia se volviera tiña…».

Guillermo se casó, y cuatro meses después pertenecía a la junta del Ecuestre; se fabricó una gruesa piel de marido ideal y nunca se la quitaba, ni siquiera a la hora de dormir.

Después de comer fumaba unos magníficos habanos enfrentado al histórico tapiz de los Lloberola, y miraba a Concha, agradeciéndole la delicadeza del rescate. Se veía a sí mismo en la figura del Jacob bélico camelando a Isaac y camelando a todo el mundo con su perfil de niño; mientras que aquel Esaú, hirsuto y rojizo, le suscitaba la imagen del imbécil de su hermano Federico, lleno de miseria y de confusión, jugando al tute entre unas hierbas ácidas y desteñidas y alimentando la tuberculosis en el lecho de la mujer de un comerciante de vinos.

En la calle Barberá acababan de matar a un hombre. Él había visto cómo le llevaban dos policías hacia el dispensario; sobre las piedras, la sangre caliente y pisoteada había pasado de las válvulas de un corazón a las suelas de los zapatos y de las alpargatas anónimas. La profanación de la sangre humana es algo que no castigan los códigos de los países modernos. Aquel día en la calle Barberá había bastante sangre profanable, y es que los criminales a veces usan unas balas demasiado impúdicas. En la puerta del dispensario la gente tenía la cara amarillenta, vulgar y oscurecida que pone la gente de Barcelona cuando matan a un hombre en medio de la calle.

Había oído los disparos mientras bajaba la escalera, cuando los escalones usados y envilecidos tenían como una elasticidad de caucho en las plantas de sus pies. En aquel momento los tiros le parecían algo imposible; ni sospechó que fuesen tiros, y siguió bajando la escalera, y al llegar al quicio de la entrada se topó con la visión de un hombre muerto cargado sobre dos policías y con las correrías, los aspavientos y el amontonamiento de público.

En otra ocasión, aquel espectáculo gratuito se le habría clavado en la carne como un mordisco inconsciente, sin ganas de herirle ni de perjudicarle. Pero, en su situación, le pareció que el crimen era premeditado, para que precisamente al salir de aquel portal se encontrase con los ojos del muerto y con los pómulos ocres de los policías.

Tenía dieciocho años y acababa de abandonar un prostíbulo; había estado por primera vez con una mujer.

Ya estaba harto del espectáculo de la calle; lo que había visto era como una mancha de esos ácidos que no se borra fácilmente. A cincuenta metros del dispensario se reconstruía la móvil indiferencia de los rostros, los zapatos, las gorras y las camisas. Camino de la Rambla, las paredes y las tiendas se iban volviendo grises y reservadas como uno que se arregla las mangas y los puños después de una pelea. En la esquina de la calle Unión, las mesitas de la Horchatería Valenciana sudaban el azúcar, las chufas y la modestia de cuatro generaciones. Eran las siete de la tarde y hacía un imprevisto calor de mes de junio, con entoldado de neblina.

En la Rambla, lo que le parecía más comprensivo y más humano eran los claveles reventando en los puestos de las floristas y las bolas del vientre de los pájaros ensartadas por las ramas de los árboles.

Al menos aquellos seres no le escupían a la cara el agresivo egoísmo de la gente que pasaba. Millares de ojos. La Rambla estaba llena. Con esa inconsciencia, esa falta de compasión y el exclusivo sonido de las voces propias que proporciona caminar por la Rambla a cualquier hora del día. La gente no tenía ninguna culpa si le miraban como a uno de tantos, sin preocuparse demasiado de quién era ni de lo que le acababa de suceder.

Se sentó en la terraza de un café y pidió una cerveza; le quedaban ochenta céntimos en el bolsillo: justo para la cerveza y la propina.

En la vida de los hombres hay un momento que se acostumbra a mantener oculto entre neblinas de miedo y de vergüenza, y si se airea, se hace entre compañeros, con insinceridad, infantilismo y grosería. Pasan los años y el hombre distraído, inconsciente o cargado de suficiencia, procura situar el momento al que aludimos en las zonas de la infelicidad, allí donde los actos pierden sabor y color y se aceptan como sosas eventualidades de nuestra vida. No se sabe de ningún ilustre académico, de ningún solemne profesor ni de ningún conferenciante de moda, que haya escogido tal momento como tema para una disertación ante un público selecto. Y, pese a todo, ese momento inconfesable tiene tanta purulencia poética, tanta melancolía condensada o tanta alegría desnuda, que sería difícil, puestos a ser sinceros —si es que los hombres pueden ser sinceros—, encontrar otro que lo igualase en intensidad. Es el momento en que un

muchacho virgen vence al miedo y se entrega a todas las consecuencias de un prostíbulo.

Es inútil que las camisas más elegantes, las conversaciones más metafísicas, el negro entusiasmo soviético y los himnos más desgarrados de ultratumba intenten apartarnos de la milenaria vibración del sexo. Es inútil que un buen tono intelectual o eclesiástico, al referirse a la cuestión sexual, evoque las imágenes de la pantera, el cerdo, la serpiente o el sapo. La desnuda carne de Sigfrido siempre saltará sobre las llamas cuando se trate de cazar la piel de Brunilda dormida. Y siempre será este el eje a cuyo alrededor dará vueltas el hombre de todos los climas, la débil caña que piensa, como decía aquel sublime asceta de arruinados intestinos, loco por las ideas abstractas.

Según las personas, la vida sexual puede ser de un gris linfático o de una musculatura tensa, multicolor, alucinante; pero siempre, incluso en los más imaginativos y más hábiles, cuando se llega a la plenitud y a la madurez, la vida sexual tiene un aire de costumbre y de rutina. Donde se conserva la grandeza poética de la vida sexual, con toda la imprevisión y todo el interés dramático, es en el momento de la iniciación y del descubrimiento.

Los poetas, los predicadores y los chapuceros de cabello escaso hablan de la adolescencia como del oro de nuestro paso por el mundo, como de la edad envidiable, y contemplan el alma humana, en ese punto de joven tallo con toda la savia por definir y encauzar, como si fuese el vestido más lleno de flores y de esperanzas que hemos soportado sobre los huesos. Donde no hay experiencia, ni sentido de la responsabilidad, ni pérdidas económicas, ni calculadas y maduras incisiones de cuchillo, no puede haber color. Esto es aceptado por la literatura académica y por los padres de familia; el *imberbis juvenis*, como decía Horacio, aún es una definición vigente cuando hay que valorar al triste estudiante universitario, al triste aficionado al rugby, al triste rastreador de prostíbulos, al triste hipócrita ante las preguntas paternas, que solo tiene diecisiete años y una confusión roja y negra en forma de monstruo que no puede desplazarse de la zona del pubis, de la del corazón o de la del cerebro.

El adolescente ríe, salta y baila, pero nadie quiere ver la tristeza sexual del adolescente; él mismo se avergüenza de ella y no la confesará a nadie; y cuando hayan pasado los años afirmará que aquella tristeza sexual es una mentira.

En las horas solitarias del adolescente los descubrimientos llegan poco a poco; la inocencia y nuestra limitación —más pedantes en aquella edad que en ninguna otra— quieren rizar los bigotes de la malicia, quieren fingir que nada les asusta, y el corazón palpita como la hoja de un sauce. Las lecturas tienen la eficacia mórbida de la

masturbación; los sueños están más llenos de alcohol entonces que en ningún otro momento de la vida, y los únicos sueños brutalmente poéticos son los de la adolescencia. Sueños que se vengan directamente de la cobardía de la carne inexplorada con el hielo en la espalda y el asco de las poluciones nocturnas; poluciones sin entusiasmo, sin alegría, muchas veces como un castigo, *Ne polluantur corpora*, dice un agrio himno litúrgico que rezan los sacerdotes católicos cuando se acerca la primavera.

Las piscinas, los deportes, los besos maternos y las amenazas negras de los que administran los ejercicios espirituales no son suficiente contrapeso para combatir la erección salvaje. Llegan los compañeros desaprensivos, porque también entre los adolescentes existen los seres puramente gástricos que se comen las preocupaciones como si fuesen un cesto de cerezas, y los compañeros desaprensivos se ríen con todo su impudor del miedo de los preocupados, de su cobardía o de su castidad voluntaria. Muchas veces el remordimiento acompaña al delirio de la imaginación, y los días pasan sin que nada se decida. La copa modelada en el tembloroso pecho de Helena es la copa que sirve para todas las bebidas; ese inexistente cristal perfecto es el que topa por doquier con los dientes de la adolescencia. El tótem fálico de las tribus más remotas es el mismo tótem de los colegios y las universidades actuales. Han querido convencer al adolescente de la existencia del pecado; le presentan el caso concretamente, con las horribles consecuencias materiales. Ciertas pedagogías emplean imágenes convincentes: no dudan en identificar crudamente las catástrofes de las enfermedades secretas con las secreciones más repugnantes, las deformaciones y los dolores más intolerables. Pero no importa; llega un momento en que pasa la vergüenza o la cobardía; la tentación es demasiado cruel, y la desnuda piel de Sigfrido saltará sobre todas las llamas.

Para llegar a ese momento, la adolescencia ha bebido la hiel de la tristeza y de la confusión. Nadie la preparará para este momento con velos solemnes, ni coronas de rosas, ni incienso mágico. Llegará a escondidas, como si hiciera un crimen, afectando indiferencia, pero con las vísceras como badajos de campana. El adolescente no podrá escoger ninguna figura sublime, ninguna decoración de Venusberg; tal vez se agachará sobre las mondas de naranja de la calle más vil y el tufo de amoniaco de una esquina; no tendrá otro remedio que perforar la sombra de la escalerilla que esté al nivel de la reducida suma de plata que lleva entre los dedos. Es tristísimo, pero así es; la revelación de la vulva de Helena llega por estos caminos. Todos lo sabemos; es tan vulgar que, para simular que no le damos importancia, procuramos confeccionar un nudo de corbata perfectamente correcto y escribimos versos que hacen llorar a las señoras más gelatinosas.

El adolescente que perfora la sombra por primera vez en la vida se puede reír de nuestros versos y de nuestras corbatas; acepta como una gracia celestial la sonrisa de una mujer que se gana la vida en el oficio más canalla que existe. Aquella mujer es la guardiana del tesoro, es la que le hace pasar a la salita del prostíbulo y la que le presenta a las tres diosas. Una con la combinación verde, la otra con la combinación amarilla, y la otra con la combinación roja. Entonces, en uno de los cincuenta mil prostíbulos infectos del mundo se repite el juicio de Paris. La manzana que el torturado Paris lleva para ofrecer a la más bella de las tres es todo el misterio de su adolescencia, todo su deseo vergonzosamente reprimido. Paris escoge con rapidez y con fiebre, con las gafas veladas de sangre, y en una hora de fisiología mercantil en la que ella pone un alma tan indiferente como las chuletas a la parrilla que se ofrecen para apagar el hambre del peregrino apasionado, él, el adolescente, inexperto y cándido, escucha por primera vez la fatal sinfonía del sexo, que el arco del diablo toca groseramente sobre las cuerdas tirantes de nuestros nervios.

Cuando pasen los años, el adolescente podrá exigir, podrá ser cruel e idiota con ellas y consigo mismo; pero la temperatura de la primera vez no le permite nada de esto. El vientre de la más ínfima de las prostitutas puede parecer formado en aquella ocasión por los más tiernos pétalos de las más tiernas rosas, como el vientre de Cloe bajo la inexperta embestida de Dafnis.

Y tal vez —porque estas paradojas inútiles son la única telaraña de la que estamos colgados— la última de las prostitutas, ante el Dafnis inhábil de todas las épocas, de la manera más mecánica y más rupestre, segregará un fondo de piedad humana y una asiduidad aparentemente canalla, pero que tiene una mezcla de servil y maternal, una combinación de ángel y bestia, dentro de la que el adolescente enfebrecido se sienta tan cerca de las estrellas, que nunca en la vida ningún amor ni ninguna piel de mujer le podrá ofrecer una escalera más alta. Cuando pase el tiempo, el adolescente hecho hombre no querrá saber nada de aquello; olvidará a su anónima Cloe de precio fijo —muy bajo, naturalmente—, a su primera Cloe. Supondrá como la infamia más vil valorar la intensidad de la primera aventura, sobre la intensidad y la pompa de posteriores amores mucho más literarios. Y es posible que lo que él considere una infamia sea la verdad, esa que los hombres nunca quieren confesar, porque el orgullo no admite las paradojas inútiles.

El muchacho que había oído los dos tiros que terminaron con la vida de un hombre en la calle Barberá, y que después destinaba todo su capital al topacio espumoso de una triste cerveza, acababa de vivir ese momento turbio y poético de nuestra existencia. Como Paris, había escogido entre las tres diosas a una italiana de veinticinco años,

sórdida, de esas que tienen los pulmones dentro de una cisterna y solo respiran emanaciones de cloaca, pero a la que los contactos efímeros y constantes no habían podido aplastar un pecho de sirena, ni le habían quemado en los ojos dos húmedas violetas delicadamente hospitalarias.

Él tenía dieciocho años y le dio vergüenza confesar la verdad, pero ella la comprendió perfectamente. Si la muchacha no hubiera tenido prisa le hubiera hecho los honores, pero en aquella casa de la calle Barberá había trabajo y gente esperando. La prostituta se limitó a dejar en libertad el arrobamiento del muchacho, sin protestas, y a untarle los labios con esa ternura fría y servil que tienen los morros de los rumiantes.

El hecho de tener una mujer desnuda para él solo, en una habitación cerrada, sin testigos, sin censores, sin contenciones, le volvía loco. Los dos años de indecisión, y más que nada de miedo a una enfermedad repugnante, gruñían caninamente sobre una almohada de carne castigada que tenía forma de mujer. La criatura egoísta iba tras la venganza contra los escrúpulos, tras la revelación del goce. No veía nada, solo escuchaba las sensaciones, constataba la secreta armonía nerviosa que va naciendo a un ritmo cafre, hasta llegar a los violines desesperados del espasmo que mueren en un acorde lento y deshinchadísimo. La biología explica con total frialdad estas cosas que el pudor más elemental procura callar; pero él, con las uñas clavadas en la carne de Helena y con los ojos abocados al pozo de su mirada, en aquel *crescendo* que por primera vez en la vida le hacía retumbar los pulmones contra la pared de las costillas, asustado por la sensación inesperada, no se avergonzaba de nada y deseaba emitir un largo grito, que todo el mundo oyese, su grito alegre de macho de dieciocho años que tiene una mujer para él solo, aunque sea una mujer de esas que por las noches se pegan a la chaqueta raída de un ganapán, aunque sea solo por una hora, aunque sea en un prostíbulo, no importaba; nada podía diluir su grito; la sábana más infame, la piel más marcada por la esclavitud, pueden reproducir todos los mitos.

Él, después del deseo de gritar, después de su gran descubrimiento, fue abrochándose la camisa, los dos dedos temblorosos, queriendo contestar a las palabras acanalladas de ella con otras palabras acanalladas de hombre hecho y derecho, de personaje ya de vuelta de todo; pero el corazón, aún lleno del vino de su entusiasmo, le estropeaba las palabras con acentos de crío, inexpertos y luminosos.

En la escalera oyó los tiros y vio al hombre muerto llevado por dos policías, en el preciso momento en que él, *generosus puer*, creía que acababa de tomar posesión de la vida. Después, sin un céntimo, con los labios blanquecinos por la espuma de la cerveza, su cerebro

infantil superponía imágenes contradictorias: unas medias de gasa, el charol de la gorra de un policía, la sangre en el empedrado, un cepillo de dientes colorido con dentífrico de color sanguinolento, la inexpresión jabonosa del agua del bidet, la americana sucia del hombre colgando de los brazos de los dos guardias, el sexo de ella y la boca del muerto, y todo proyectado sobre la móvil cortina de la Rambla, sobre aquel fondo de rostros mecánicos, de mejillas de caucho, de ojos de nebuloso destino, sobre la vida anónima, vulgar e inexplicable.

El amor y la muerte unidos, como en el preludio de Tristán; un amor baratísimo, vergonzoso; un criminal ínfimo asesinado por otro criminal; todo dentro de un barrio purulento y dentro de su corazón de dieciocho años, protegido por una americana teñida de negro, una americana aprovechada, porque él llevaba luto por su abuelo. Hacía seis meses que le había visto tumbado con un uniforme descosido por detrás y con unas apolilladas solapas de satén rojo. ¡Su abuelo! Un ser de un clima muy lejano. Su abuelo, muerto, era una figura de cera, un muñeco repugnante; no le impresionó lo más mínimo; pero aquel muerto de la calle Barberá sí, era auténtico, tenía los ojos abiertos y el pelo lleno de sangre.

Pagó la cerveza. En un piso de la calle Pelayo le esperaba un compañero para estudiar Análisis Matemático, porque aquel crío de dieciocho años estudiaba en la escuela de Arquitectura, era comunista y se llamaba Fernando de Lloberola.

Muchas cosas habían pasado en un año por el cerebro de Fernando de Lloberola.

Cuando salió del colegio de los jesuitas era un muchacho tierno, afectivo, con una vanidad y una inocencia aplastantes. Fernando no se daba cuenta de lo que era en realidad la casa donde vivía; nunca había pensado ni en su padre ni en su madre, ni tenía la más ligera idea sobre don Tomás y la catástrofe familiar. Fernando había vivido esa vida de muchacho a la que los padres de la Compañía de Jesús inyectan todo su sistema cuando encuentran una tierra fértil. Fernando era el primero de la clase; con una inteligencia regular y una memoria prodigiosa, pasaba delante de todos, y a medida que los cursos se sucedían, su condición de alumno modelo era una especie de canonjía que nadie le disputaba. En cuestiones de disciplina cumplía el reglamento a rajatabla, y rarísimas veces hubo que imponerle un castigo. Fue prefecto de la Congregación de San Luis y brigadier de las tres brigadas. Aunque no era excesivamente pelotillero, ni practicaba con excesivo empeño la virtud del espionaje, la mentalidad de Fernando era muy maleable a los dedos ignacianos, herederos de aquella rígida *Ratio studiorum*.

Fernando tenía una fe bastante epidérmica y era tan casto como puede serlo un muchacho sano y normal cuando le brota la pubertad. Nunca se le había ocurrido que se pudiera dudar de lo que le enseñaban los jesuitas en las prédicas, en las lecturas, y sobre todo en los ejercicios espirituales. Esta especie de colada teológica que se hacía a comienzos de curso, con una aparatosa decoración negra, con un lúgubre jadeo de armonium y con aquel *Veni Creator Spiritus* cantado por un ronquido lacrimógeno de voces blancas, no emocionaba profundamente a Fernando. La ciencia de los sermones espetados por el padre que dirigía la opereta del dolor de los adolescentes era la ciencia a la que Fernando estaba avezado. La plática de la muerte, de las penas eternas, y la horrible visión del pecado carnal, en el cerebro de aquel muchachito resbalaban con la frescura del agua idílica. Estaba completamente de acuerdo en todo, y ya sabía que aquellas cosas, para producir cierto efecto en los distraídos, en los rebeldes o en los descarriados por el demonio, se debían exagerar un poco. Los ojos humildes y tiernos de Fernando miraban sin pizca de malicia las gafas ascéticas y el pómulo chupado del padre tal o cual, como si le quisieran decir: «Tú y yo sabemos de qué va y nos entendemos perfectamente; ya puedes apretar, que yo comulgaré con el mínimo de fe y el mínimo de efusión necesarias para ser un alumno perfecto.»

El mundo de Fernando era el mundo exclusivo del colegio, desde las comuniones resplandecientes y teatrales hasta la pelota lanzada con toda la mala fe contra la nariz del chico más gordo y más asno, en las horas de recreo. Estas horas un poco deportivas y libres eran precisamente las más acentuadas en técnica jesuítica, y aquellas en las que el espíritu ignaciano se hacía más patente. Servían para que el muchacho enorgullecido por los méritos personales o por su puesto en las clases o por la consideración de que gozaba entre el profesorado tratara despóticamente al apaleado por la suerte o por su conducta deficiente. En el modo de jugar, de echar patadas o de humillar a un compañero se distinguían los productos acabados de la técnica ignaciana, de los inadaptables, y Fernando era una maravilla; el padre prefecto del colegio podía estar satisfecho. Incluso cuando perjudicaba a un compañero, lo hacía con una falsa unción, con una sonrisa de impunidad y de misericordia. Y no es que fuese hipócrita, ni desabrido, ni sin entrañas, sino todo lo contrario; simplemente creía que aquel modo de comportarse era el normal y correcto, y la única forma de ser un alumno ejemplar.

Cuando salió del colegio, se topó con el mundo de la calle y con otros chicos procedentes de otras temperaturas que no tenían nada de ignacianas. Entonces Fernando empezó a entrever lo que era su familia. Advirtió con horror la inepcia y la infelicidad de su padre y la

estrechez económica que les rodeaba. Los jesuitas le habían despertado una vanidad completamente inútil, completamente pueril; en el primer curso universitario, unos cuantos puñetazos desaprensivos le reventaron la vanidad y le hicieron pisar tierra. Era un muchacho dúctil y comprensivo; vio que el falso mundo que le había creado el colegio no servía para nada. Rápidamente, su fe religiosa se redujo a las mínimas proporciones; continuaba siendo casto, sobre todo por miedo. Asistía a algún espectáculo excitante con otros muchachos como él, pero no se atrevía a cruzar según qué puertas. Los contactos mantenidos con los jesuitas eran un puro cumplido; se ofendió un poco cuando se dio cuenta de que un viejo profesor quería pescarle y hacer nacer en él una vocación religiosa de la que estaba muy alejado.

A Fernando se le hizo odiosa la vida en el piso de la calle Bailén, reaccionó contra el aire que se desprendía del peinado de su madre y los aspavientos clericales de la abuela Carreres. Creía que con el tiempo llegaría a conducirse como un arquitecto original, como un hombre de provecho y de fama, y no lo creía con la vanidad del colegio, sino con una especie de orgullo que le invadía poco a poco. El orgullo de Fernando crecía junto con el espíritu de disgregación familiar; el mismo espíritu de su hermana María Luisa. Después de tres siglos, Fernando era el primer Lloberola que a los diecisiete años sentía un desprecio absoluto por su apellido y por todo lo que había representado su familia.

Dos meses antes de que el muchacho se encontrase con un hombre asesinado al salir de un prostíbulo de la calle Barberá, fue víctima de una crisis que pudo marcar la trayectoria de su vida.

Hacía ya más de un año que su alma se había ido despintando de aquel colorete de fe y prejuicios morales contagiados en el colegio. Fernando era, puede decirse, un chico indiferente y a punto de jugarse el poco pudor y las gotas de castidad que le quedasen con los primeros ojos con que topase en una esquina. Si no se había decidido era porque no se había presentado una ocasión favorable. Pero cuanto más aguachadas estaban su fe religiosa y su tenacidad moral, un acontecimiento extraño le desorientó. Fernando creyó que en él y en su vida más íntima se había producido un hecho sobrenatural. Este hecho sobrenatural suscitó en el alma de Fernando una ambición peculiarísima. Durante meses ya no soñó con ser arquitecto; quería para sí la gloria de san Pablo, pastor de cristianos. Se creía con un cierto derecho a aquella gloria, porque lo que le había sucedido le parecía algo análogo a lo que cuentan las historias que le sucedió al famoso apóstol camino de Damasco.

Cuando Fernando explicó al padre Mainou, de la Compañía de Jesús, sus impresiones íntimas, ni él mismo podía coordinarlas de una

manera lógica. De hecho, nunca pudo precisar lo que le sucedió; lo único claro fue el cambio radical operado en sus sentimientos y en sus actos. Fernando suponía que una noche de turbulencias eróticas se durmió, después de apaciguar su miseria secreta, y unas horas después le despertó una luz especialísima que no podía asegurar si formaba parte de un sueño o si era una luz real. Sin embargo, le dio la impresión física de una luz real que hubiera penetrado en su habitación. Con esta luz, a Fernando le pareció haber distinguido imágenes de cualidad angélica, formas que se adaptaban a su idea plástica, meramente infantil, del mundo de los bienaventurados. La visión que estaba seguro de haber tenido fue muy rápida, duró un instante, en el duermevela; pero le impresionó tan vivamente, que Fernando no dudó ni un instante en imaginar que lo que le había sucedido era de una trascendental importancia. Fernando estaba convencido de que Dios le había llamado de una forma que se salía de los cauces corrientes y que lo presenciado por sus ojos era eso que los teólogos llaman un milagro.

Permaneció desvelado unas horas, haciendo conjeturas sobre la supuesta visión; las consecuencias que extrajo del hecho le obligaron a levantarse enseguida, a dirigirse a la iglesia de los jesuitas y lanzarse materialmente como un perro a los pies del confesionario del padre Mainou.

El padre Mainou le escuchó y le dijo con todo su aplomo que Dios había obrado un milagro para convertirle. Fernando se descompuso, hizo una confesión horripilante; se acusó de todas las miserias carnales, masticando los detallitos que más cuestan de confesar, que mayor resistencia encuentran con la vergüenza, con una especie de sádica fruición. La voluptuosidad de envilecerse y de humillarse la sentía aquel crío con toda la fuerza de una sangre de diecisiete años.

Desde aquel día, Fernando se hundió en un misticismo patológico, con una susceptibilidad nerviosa, con una facilidad para la lágrima que habría dado pena si el chico no hubiera realizado toda clase de esfuerzos para disimular y para que nadie se diera cuenta de su estado ni sospechase su cambio.

Solo estaba tranquilo durante los ratos que pasaba junto al padre Mainou. Cada mañana iba a su encuentro al confesionario, y por las tardes se plantaba en la celda del convento. Allí podía llorar, podía desnudar la puerilidad de su alma con total impudor. El padre Mainou se sentía edificado por aquella conversión, por aquella vida blanda que se entregaba a sus dedos como una cera caliente.

El padre Mainou era una excelente persona, pero en el caso de Fernando se despistó un poco. En vez de darse cuenta de que todo era una niñería, se fió demasiado de las palabras del muchacho y él mismo se dejó llevar por el vuelo tibio y fascinante del milagro. El

padre Mainou no aconsejó ni calma ni serenidad; las lecturas que ofrecía a Fernando eran como una droga, servían para exacerbar su estado patológico. Especialmente *Las confesiones* de san Agustín se les esparcieron como un reguero de pólvora por el espinazo. Hay gente que cree que en la adolescencia ningún libro puede producir un cataclismo sensual tan agudo como una lectura decididamente erótica. El caso de Fernando serviría para desmentir esta opinión vulgar. *Las confesiones* de san Agustín o *La imitación de Cristo* llegaban a producirle al muchacho espasmos indescriptibles. Las personas versadas en la historia de los místicos saben algo de estas terribles y monstruosas explosiones causadas por el deseo del contacto divino. Un ser que se encuentra en el caso de Fernando busca este contacto como puede, y el procedimiento más vivo y más sensible siempre acostumbra ser el dolor físico. Experimentando este dolor y graduándolo hasta el límite de la resistencia, se siente un inefable gozo, una fruición inexplicable, que no puede comprender la persona que no haya vivido momentos parecidos. Por un camino completamente distinto, y aparentemente puro, se llega al masoquismo más cafre, a la ruina, a la trituración de la carne.

El muchacho era víctima de este mal, y el padre Mainou, con la mejor buena fe, no hacía otra cosa que agravarlo. Fernando empezó por analizar todo —hasta lo más insignificante— lo que le era agradable y fue renunciando a ello; se fue privando de todo de una manera tan absurda, que si tenía sed no bebía hasta que no podía más, apreciando la tortura física de la sed. En todo lo que hacía referencia a la vanidad y a la convivencia con sus compañeros, llegó a unos prodigiosos malabarismos para que no se sospechase. A veces las renuncias de Fernando hubieran hecho reír por su puerilidad si el muchacho no hubiera sufrido realmente. Las noches eran trágicas; dormía en una habitación con su hermano Luis, dos años más joven, y que era una criatura blanda y despistada que no se daba cuenta de nada.

Fernando, dentro de la cama, sentía un bienestar que le ofendía y que se le hacía inaguantable; entonces se arrodillaba sobre las baldosas desnudas, y esta posición, que de humillante pasaba a ser dolorosa, le tranquilizaba poco a poco. Procuraba estar inmóvil, y cuando empezaba a agudizarse impertinentemente el dolor en las rodillas, parecía como si los pulmones de Fernando respiraran con más alegría. Otro muchacho que no hubiera pasado por aquel desbarajuste moral, seguramente no hubiera podido resistir dos horas de rodillas sobre las baldosas como él resistía, llegando a un tormento inaguantable. A veces su hermano se despertaba y se le quedaba mirando en tan extraña postura; naturalmente, no vacilaba en soltarle cuatro cosas. En vez de contestar, Fernando se refugiaba en la cama

avergonzadísimo, como si le hubieran atrapado haciendo algo repugnante. Entonces se dormía tranquilo, contento por haber experimentado dolor intenso y humillación ante su hermano, por la burla y las palabras agrias.

Sentía la máxima fruición por las mañanas, cuando iba a comulgar. Durante la infancia, Fernando, incluso en los días más tiernos y celestiales, practicaba este acto de la religión católica de una manera bastante inconsciente, por no decir inconsciente del todo; el recogimiento y el respeto eran consecuencia de una especie de miedo impuesto; toda la parte mágica del sacramento le pasaba desapercibida y diez minutos después desayunaba con gran alegría, sin pensar en nada misterioso ni sobrenatural. El hecho de comulgar le fastidiaba un poco, porque antes debía ir a explicar los pecados, y, aparte de esto, era uno de tantos actos de su vida infantil. Después acabó perdiendo el escaso respeto, y cuando ocurrió su «conversión», ya hacía más de un año que no se acercaba a un confesionario. Pero al iniciarse el cambio, Fernando descubrió toda la fuerza profunda del sacramento; llegó a comulgar con una pasión candente y desgarrada, con sensualismo espeluznante; aquel acto era el único calmante del irresistible escozor del alma.

Durante los primeros días de su cambio, Fernando cayó alguna vez en la práctica de un vicio solitario que él, naturalmente, quería desterrar totalmente. Estas caídas, que no pudo vencer, le produjeron reacciones desesperadas. El padre Mainou no tenía suficientes palabras para confortarle y hacerle comprender que la carne es débil y que no por aquellas tristes caídas debía considerarse el más vil y el más desgraciado de los hombres.

Fernando quería ordenar toda la conmoción de sus dudas; quería planificar el camino y la orientación que debía seguir su vida. Entre tantos renunciamientos una pueril vanidad le dominaba. Fernando soñó con ser un apóstol de Cristo, un desvelador de almas, hasta llegar al martirio, si se terciase. Por una preocupación literaria, se enamoró del hábito terciario de los Padres Capuchinos. Se imaginaba a sí mismo con capucha y barbas predicando el Evangelio en los climas más terribles. Explicó sus ideas al padre Mainou, y entonces el jesuita le insinuó que el máximo renunciamiento, la máxima humildad y el máximo sacrificio se encontraban en la Compañía de Jesús. Le dijo que ninguna otra orden tenía un reglamento tan severo y unas prácticas tan duras como las de los ignacianos, y que a uno que se dispusiera con todas sus fuerzas a alcanzar la santidad ninguna otra institución religiosa le podía ofrecer garantías más sólidas que la de los jesuitas.

Fernando se quedó convencido, y desde entonces se preparó para entrar en el noviciado. El padre Mainou le puso en manos del padre

Masdeu, maestro de novicios de Gandía, que aquellos días estaba en Barcelona por casualidad. El padre Masdeu era un hombre mucho más realista que el padre Mainou; examinó al muchacho concienzudamente y se dio cuenta de que en su caso había al menos un cincuenta por ciento de sugestión y de sensualidad desviada.

Fernando refrenó un tanto sus lirismos ante el padre Masdeu. En la vocación de Fernando intervenía un elemento que no se atrevía a confesarse a sí mismo. Este elemento procedía de la debilidad y la cobardía propias de los Lloberola; era la pasividad y la inepcia para la lucha heredadas de una familia consumida, que hacía doscientos años que no daba golpe.

Fernando, al salir del colegio, se dio cuenta de la miseria y el fracaso de su familia, y si sintió el orgullo de llegar a ser un gran arquitecto y un hombre de valía personal, enseguida menguaron sus entusiasmos y sintió en la médula la holgazanería y la debilidad peculiares de su padre, de su tío y de su abuelo don Tomás. A Fernando, como a todos los Lloberola, le daba miedo la vida, y el problema de la vida y de la necesidad de luchar le quedaba resuelto en el momento de ingresar en una orden religiosa. La orden le mantendría y le daría toda clase de iniciativas. En la vocación de Fernando había un cincuenta por ciento de egoísmo, y es muy posible que este cincuenta por ciento tampoco pasase desapercibido a un hombre tan hábil y tan comprensivo como era el padre Masdeu.

Pese a la desconfianza del padre Masdeu, que en algunos momentos era clarísimo escepticismo, el maestro de novicios no quiso desanimarle. Fernando cada vez parecía más decidido, y el padre Masdeu le dijo que dentro de un mes podía ir a Gandía, no para ingresar en el noviciado, sino para echar un vistazo; allí intentaría poner a prueba su vocación y, si era verdadera, no tendría inconveniente en admitirle.

Fernando había disimulado y no había dicho nada a nadie; soportaba el mes que le había impuesto el padre Masdeu y buscaba un pretexto para su viaje a Gandía; pero un día no pudo dominarse y explicó todo su caso y todos sus anhelos a un amigo, mayor que él, en el que Fernando tenía una absoluta confianza. El amigo de Fernando se quedó como quien ve visiones; pero cuando se dio cuenta de que no se trataba de ninguna broma pesada, le echó en cara, entre otras cosas, que su vocación no era tal vocación, sino cobardía. Fernando se dio un hartón de llorar; su amigo comprendió el estado de debilidad y de desarticulación moral al que le habían llevado sus sugestiones y la influencia del padre Mainou.

El amigo intentó hacerle reaccionar; era un muchacho lo suficientemente inteligente como para ver que Fernando era víctima de una complicidad de contingencias absurdas y que se iba a suicidar

moralmente con la mayor buena fe.

El amigo de Fernando pidió ayuda a un famosísimo padre capuchino que estaba de moda. El padre capuchino habló con Fernando y le dijo cosas sapientísimas, de las que, sin embargo, no estaba del todo ausente el espíritu de rivalidad entre franciscanos y jesuitas. Era tan epidérmica la vocación de Fernando, que los argumentos del padre capuchino la redujeron a menos de la mitad ya en la primera acometida.

Fernando se pasó dos días meditando y mirándose en el espejo, sin poner los pies en el convento de la calle Caspe. Y lo curioso es que aquel castillo de fuegos artificiales que se había construido durante dos meses y todas las convicciones de santidad y de sacrificio lentamente se convertían en pálidas sombras. Sin embargo, Fernando había heredado el orgullo y la tozudez de su padre y le costaba mucho desdecirse y confesar que se había equivocado.

En sus visitas al padre Masdeu, Fernando no encontraba las palabras oportunas, y el padre Masdeu tardó escasos minutos en constatar la infelicidad de aquella criatura. Le dijo que no se torturase, que no padeciese, que podía ser tan santo y tan perfecto viviendo en el mundo y ejerciendo una carrera como poniéndose el bonete negro que llevan los jesuitas sobre la cabeza. Fernando no quería ceder; aún protestó, realizó nuevas experiencias de dolor físico, se aferró como un desesperado a las páginas de *La imitación de Cristo*, pero todo esto ya no era voluntario, eran lamentables masturbaciones cerebrales. El padre Masdeu le dijo que no se empecinara, y que el padre provincial nunca le admitiría en la Compañía de Jesús; que procurase tomar el aire y distraerse.

Fernando lo cumplió al pie de la letra, y por primera vez en la vida sintió toda la fuerza y la alegría de una liberación. La sensación de Fernando fue exacta a la de aquel al que le rompen una cadena que le oprime el pecho y le impide respirar. Fernando volvió a sus vanidades pueriles, a la alegría de los compañeros y a encontrar gusto a los sentidos. El padre Masdeu, pese a su practicismo, no podía sospechar que aquella fe sublime desapareciese en cuatro meses.

No tan solo Fernando abandonó sus proyectos de santidad, sino que abandonó las prácticas religiosas. Le parecía imposible cómo había podido ser víctima de aquellas monstruosas alucinaciones. Se indignó profundamente al recordar las horas que había pasado de rodillas sobre las baldosas; se trató a sí mismo de estúpido y de animal; estaba avergonzadísimo de su incalificable puerilidad. Hizo extensiva esta indignación contra el padre Mainou, que había acabado de engatusarle; es preciso confesar que el padre Mainou tenía cierta culpa, pero no tanta como le atribuía Fernando.

Después el odio abarcó a toda la Compañía de Jesús, a toda la

Iglesia católica, a todo el cristianismo. La maravilla que había sabido ver en el Sermón de la Montaña y en otros pasajes de los Evangelios se convirtió en una sensación de asco. Fernando empezó a leer autores que nunca se había atrevido a empezar; estas lecturas le apasionaban como poco tiempo atrás le había apasionado *Las confesiones* de san Agustín. El *Anticristo* de Nietzsche, que compró por un real, traducido al castellano, en los puestos de Santa Madrona, le descubrió un mundo fresco para pasear por él sus ideas.

Al odiar la doctrina que había aprendido de niño, le parecía vengarse de todas las pesadillas, de todos los sufrimientos de aquellos meses de tortura. El padre Mainou, que era un santo varón y un hombre muy digno, le resultaba el criminal más abyecto del mundo. Un día, en los baños de San Sebastián, se dio cuenta de que le colgaba del cuello una cadenilla de oro con la medalla de la Primera Comunión. Fernando se arrancó la última señal de esclavitud; vaciló un momento, pensando en si la vendería o la empeñaría, pero decidió arrojarla al mar. Su infeliz puerilidad le hizo creer que echando la medallita al mar realizaba una especie de acto heroico.

Cuando llegó la República, y después cuando se disolvió la Compañía de Jesús, Fernando estaba contento como un perro con un hueso, porque aquello indignaba a su familia y, de paso, porque los jesuitas eran los enemigos que habían estado a punto de perderle. Entonces, como muchos estudiantes de su edad, era comunista, y solo le gustaban las películas soviéticas.

Durante la época de odios y de venganzas inofensivas, Fernando continuó con el miedo a las mujeres y a los prostíbulos.

El día en que se decidió, puede decirse que ya estaba completamente calmado. Después de la tarde del asesinato de la calle Barberá, Fernando cambió como una media. Hizo una serie de importantes descubrimientos. Uno de los descubrimientos fue la existencia de su hermana María Luisa.

Efectivamente, el muchacho había estado excesivamente atareado, primero en la confección de un tipo de farsa mística y después un tipo de farsa demagógica, para poder vivir de una manera adecuada su propia personalidad. El contacto con una prostituta y la visión de un hombre asesinado constituyeron el primer puñetazo que le hizo pisar suelo firme.

Fernando nunca se había fijado en su hermana; de niños, cuando jugaban juntos, María Luisa solo era para Fernando una persona algo mayor, un poco más fina y más débil que él. Después la vida del colegio les separó del todo, y aún les separó más la emancipación de María Luisa y el hecho de que ella tratase a su hermano como a un niño. Fernando la consideraba intolerable, le parecía una figura remilgada y suficiente, que a las horas de comer y cenar solo decía

impertinencias a su madre. María Luisa y Fernando se desconocían mutuamente.

Fernando estaba enamorado del amor, pasaba por ese estado propio de los chicos de su edad, en el que una especie de deseo sentimental y erótico vive latente en todas las ideas que el cerebro elabora y en todas las impresiones que se reciben del mundo exterior. El hombre ama sin saber bien lo que ama o lo que quiere; todos los elementos subjetivos se hallan mezclados tierna y confusamente, falta el ser concreto que canalice y separe los elementos. Falta la persona con quien establecer el contacto. Todavía no se ha encontrado la mujer, pero se presiente el perfume; en la claridad, en la música, en las miradas de todas, en la melancolía inexplicable, en los sueños nocturnos, en el agua fresca del baño y en el vuelo de las golondrinas. El hombre solo vive enamorado del amor.

En este estado especial, una noche Fernando miró a su hermana. Para Fernando la vida de aquella muchacha era un misterio. Su clima femenino estaba encerrado herméticamente en un mundo cuya existencia Fernando desconocía. Fernando, sin embargo, adivinó que a él y a su hermana les unía algo concreto: el espíritu antifamiliar, la aversión que ambos sentían por aquel piso de la calle Bailén y por el apellido Lloberola.

Por primera vez en la vida, Fernando habló a su hermana de estas cosas. María Luisa le escuchó con mucha reserva, fingiendo no darle demasiada importancia. Para ella, aquel muchacho todavía era el niño que ella veía con el trajecito de marinero o con pantalones de golf y al que era imposible tomar en serio. Entre dos hermanos cuesta mucho llegar a romper la cáscara de la intimidad familiar, que es precisamente la cosa menos cordial, menos comunicativa, menos humana que existe. En las familias, el afecto y la convivencia tienen esa cohesión fatal e instintiva que se observa en un nido de pájaros o en una madriguera de hormigas, pero falta la simpatía electiva, la chispa de amistad o de amor, eso que crean el sentimiento y la voluntad libres, yendo por el mundo y escogiendo afinidades y correspondencias.

Precisamente por lo que hay de instintivo y fatal en las relaciones familiares, la traición de un hermano siempre es más dolorosa que la de un amigo, aunque uno crea estar mucho más identificado con un amigo que con un hermano, porque la traición de un hermano causa un dolor que es casi físico, y el dolor físico, pese a lo que digan los poetas, siempre obsesiona y perjudica más que todos los dolores morales.

María Luisa mantenía ante Fernando una actitud de falta de cordialidad y de comunicación; además, estaba convencida de que la última persona que la podría comprender era aquel mocoso de

dieciocho años. Sin embargo, a medida que se alargaba la conversación de aquella noche y que María Luisa pasaba del estado de impaciencia al de atención, la muchacha se iba dando cuenta de que aquel muchachito tenía algo personal, y sobre todo un deseo de ser hombre y el rastro de inquietudes positivas dentro de su conciencia. Y lo que captó María Luisa, y fue lo que más le sorprendió, fue el interés que él sentía por ella, una ternura y un afecto que no eran rutinarios, que no obedecían a los años de convivencia ni a la misma sangre, sino que tenían el timbre especialísimo de una voz humana que habla a un ser conocidísimo en determinados aspectos, pero ignorado en otros más importantes, y que de pronto esta voz cambia de inflexión al tratar de los aspectos más importantes que acaba de adivinar como por milagro.

María Luisa comprendió que Fernando pasaba de la condición —según su opinión— infrahumana de hermano a la condición de hombre.

María Luisa no se daba cuenta de que todos los sentimientos de Fernando hacia ella eran consecuencia de aquel estado de enamorado del amor, que en una hermana como María Luisa encontraba reflejos de ese algo inconcreto que le pedían sus nervios. María Luisa no sabía nada de esto y, en caso de que ella hubiera pasado por un estado como aquel, no había sido consciente del mismo, y, más realista, como mujer que era, había encontrado rápidamente otras derivaciones. Fernando hablaba a María Luisa con gran pasión, casi le explicaba detalles íntimos de su vida —siempre con la timidez y la corrección con que se habla a una hermana— que María Luisa no sabía interpretar. María Luisa creía que aquel hermano, que para ella acababa de convertirse en un hombrecito, tal vez era demasiado hombre, tal vez empleaba un lenguaje demasiado vehemente, demasiado desinteresado. Una idea dolorosa pasó por el cerebro de María Luisa. Ella tenía de las cosas del mundo un concepto mucho menos nebuloso que el de su hermano. Entonces —en plena aventura interesada con Bobby— ignoraba la existencia del enamoramiento del amor, pero sabía perfectamente que entre hermanos y hermanas a veces se producía una cosa condenada por los moralistas y llamada incesto. María Luisa consideró posible que aquel muchacho de dieciocho años, todavía en un estado de confesión e inexperiencia sexual, y quién sabe por qué extrañas razones, una de las cuales podría muy bien ser la gracia y la belleza de María Luisa, fuese víctima de una inclinación francamente incestuosa.

Cuando, en una de sus confidencias, Fernando le cogió el brazo desnudo, inocentemente, y María Luisa sintió la palma de la mano un poco sudada adaptándose sobre su piel fresca, con un gesto en el que no pudo disimular la repulsión y el asco retiró el brazo y Fernando se

quedó con la mano muerta, inexpresiva, incongruente, colgada en el aire de la habitación como el ala de un pájaro herido. Fernando miró los ojos de su hermana para comprender aquel rechazo instintivo, aquel gesto agrio en respuesta a su franqueza y efusión. Cincuenta mil veces había cogido los brazos y había besado las mejillas de su hermana sin que se produjera la menor sombra, la menor turbación en los ojos de él ni en los de ella. Y en el momento en que Fernando rompía el hielo, en que buscaba un colaborador humano en su hermana, en que la elevaba a la categoría de un buen amigo, Fernando se encontraba con que María Luisa era presa del asco o del miedo, o de quién sabe qué sentimiento huraño.

Entonces, Fernando, pese a su inocencia, pareció comprender en los ojos de María Luisa la explicación de aquella inconsecuencia. La monstruosa idea de María Luisa se impresionó de una manera vaga en el cerebro de Fernando. Una explicación que le pareció tan poco delicada, casi tan monstruosa como la idea misma. Fernando estaba helado; María Luisa continuaba aturdida, porque la indecisión de Fernando, su aire idiotizado, ante la posibilidad de que María Luisa supusiera aquello de él, aún hacía más viva en ella la suposición.

Los dos hermanos se mantenían en silencio; era imposible hacer ningún comentario sobre la imbecilidad que acababa de ocurrir, sobre aquel malentendido tan absurdo. Fernando, mucho más débil, mucho más sincero que María Luisa, sintió la inaguantable convulsión del sollozo y se escondía la cabeza entre las manos sin poder contener las lágrimas.

El malestar de María Luisa era intenso. El llanto del chico, todos los detalles de su conducta, solo servían para redondear el concepto tenebroso. María Luisa, en vez de sentir repulsión, sintió una piedad especial por aquella criatura, víctima, según ella, de un afecto desviado y morboso. Pero María Luisa no podía decir ni palabra; no tenía nada previsto para un caso como el que suponía su imaginación. Cualquier cosa que hubiera dicho le habría parecido una ofensa. Fernando se encontraba en una situación paralela, pero a la inversa. ¿Cómo era posible que la malicia o la falta de comprensión de su hermana hubiese podido llegar a formarse una idea de él tan incompatible con su naturaleza?

¿Qué podía decir el muchacho, qué aclaración podía imaginar si, inexperto y tierno, con la idea infantil y mágica que tenía de la pureza de su hermana, solo una sílaba de intento de disculpa le hubiera parecido una profanación? Con la cabeza escondida, Fernando aún quería creer que había interpretado mal el gesto de María Luisa, pero si el gesto no decía «aquello», si los ojos no decían «aquello» con una diafanidad espantosa, ¿qué le había pasado a su hermana?

María Luisa interpretó el llanto y los nervios de Fernando como

una reacción ante un paso en falso, una reacción noble, naturalmente. Si el llanto se hubiera visto seguido de imprecaciones, de palabras delatoras, María Luisa se habría visto aún más comprometida: su situación le habría parecido imposible, aunque se tratara de un hermano de dieciocho años. El silencio de Fernando le daba alas, le obligaba a decir algo; María Luisa debía manifestarse ante aquel sollozo, hacer el comentario que fuera, pero no quedar callada, no prolongar la escena de un patetismo desgarrado y absurdo. María Luisa creyó que lo mejor que podía hacer era destruir el mal efecto de su gesto arisco y demostrar que no había concedido importancia a nada, que no se había dado cuenta de nada. Claro que era hacer comedia y que Fernando tampoco lo aceptaría; pero las mujeres creen muchas veces en la eficacia de la mentira y en el disimulo dando la cara. Es la posición más correcta para salvar las catástrofes, de momento tal vez la más eficaz. Después, el tiempo y la reflexión actúan como calmantes, cauterizan con lentitud e insensibilidad y cicatrizan enseguida.

María Luisa habló a Fernando, extrañándose de su llanto, preguntándole qué le pasaba, atribuyendo su estado a un exceso de nervios y recomendándole que se fuese a dormir, y que seguirían hablando de todo aquello que a ella le interesaba mucho. María Luisa hizo el esfuerzo de besarle —en aquel momento la piel de su hermano le horrorizaba— y de tratarle como a un niño, como al niño de siempre que empezaba a tener fantasías de hombre.

Fernando se serenó y abandonó a su hermana. Mintiendo y fingiendo, María Luisa le había liberado de un momento angustioso en el que él no hubiera sabido qué partido tomar. El momento ya había pasado. Nunca más María Luisa y Fernando intentarían explicarse este hecho, que para ojos extraños hubiera podido parecer una pura insignificancia, pero que acababa de abrir un abismo entre los dos hermanos. Más adelante podrían disimular, incluso podrían olvidar y mantenerse mutuamente en una actitud esquiva y correcta, pero la intimidad y la comprensión entre los dos era muy difícil, por poco que siguiesen bajo la influencia de lo ocurrido.

El desencanto de Fernando fue enorme. En el ambiente de su casa y en el área de sus relaciones había descubierto en su hermana el único refugio hospitalario; adivinaba en ella las condiciones más nobles y destacadas de su familia, con las mismas ganas de evadirse y de vivir personalmente que él mismo sentía. Aquella hermana que siempre le había visto como a un niño, podría comprenderle como a un hombre. Poco a poco hubiera podido aspirar a ser el confidente de su hermana; se hacía la ilusión de ayudarla, de incluso mantenerla con su trabajo. A Fernando le parecía que con María Luisa a su lado aquella sombra de femineidad protectora se iba proyectando con una

dulzura inefable sobre todos sus pensamientos. Después de haberse unido con una prostituta y de haber repetido la aventura con otras mujeres, puede decirse que conocía la parte más dramática e intensa de su carne en lucha con la carne de las mujeres; el placer de Helena se había hecho medular y visceral, pero le había dejado una mancha acanallada en la líquida azulina de sus sueños. Fernando no sabía dónde estaba la mujer que tendría aquella parte de ángel y de bestia, para hacerle aún más intensa la sensación visceral, pero compensándola con la melodía infinita de la gran emoción.

Fernando consideraba a su hermana como una garantía; la quería a su lado, la quería como confidente; necesitaba su ternura y su confianza. La presencia de María Luisa le demostraba que podía encontrar en el mundo una mujer como aquella, con sus ojos, con su gracia, pero con el sexo incandescente y con las venas intoxicadas de la pasión que él sentía. Pero nunca Fernando habría podido imaginar ninguna sensación de deseo, ninguna remotísima intención de rebeldía animal, mezclada con la idea casi mística que tenía de su hermana. Fernando se daba cuenta de que había sido María Luisa la que, por un malentendido, por un exceso de malicia, le había destruido la posibilidad de aquel equilibrio de afectos.

Fernando no comprendía que al acercarse a su hermana, al hablarle de sus deseos, de sus dudas, de sus melancolías, al abrirle el corazón, tal vez lo había hecho con una insospechada violencia, de una forma que María Luisa no podía prever y que fatalmente le sorprendería. Fernando aún era un niño, hacía las cosas directamente, tal como se las dictaba su inexperiencia, y él las consideraba normales y naturalísimas. Por eso era imposible que él reconociese un mínimo de culpa o responsabilidad por su parte en el incidente que acababa de ocurrir con su hermana.

Fernando pasó horas de angustia; aquello ya no tenía remedio. María Luisa nunca podría borrar la impresión, nadie podría disuadirla de su convicción. Todas las explicaciones las aceptaría como excusas, solo como excusas. Lo máximo a que Fernando podía aspirar era a una cordialidad ficticia, en la que hermano y hermana vivirían como forasteros. El sueño que él había imaginado era imposible.

Para él María Luisa era un lirio; si Fernando hubiera sospechado lo que su hermana era en el fondo, solo que hubiera sabido algo del verdadero estado de descomposición moral de su hermana, tal vez habría considerado inútil todo el dolor que le ocasionaba aquel incidente absurdo; probablemente el dolor de Fernando hubiera sido otro, no tan tierno, no tan de enamorado del amor, sino más concreto, más positivo, mucho más humano, con ese gusto a ruda que sienten en la boca todos los escépticos exploradores de las cavernas ácidas de la vida.

A medida que pasaban los días, María Luisa llegó a pensar que tal vez se había equivocado. Que tal vez la actitud de Fernando no quería indicar «aquello». María Luisa trató a su hermano con amabilidad y cordialidad, pero Fernando mantenía una actitud distanciada, muy correcta. Fernando encontró otras cosas en su camino. Una de ellas fue la dependienta de zapatería más bonita que entonces se paseaba por Barcelona. Con aquella muchacha Fernando probó un poco el amor que mueve el sol y las estrellas. La dependienta, que por una parte le parecía mucho más natural y humana que María Luisa, tenía todo el sabor de las cosas populares, ese sabor antipático y un poco grosero, estomacal y desgarrado a ratos, pero sincero, despreocupado y vivo. Era el amor con la gracia sudada y eterna de los farolillos, de las charangas de barrio y de las tajadas de sandía. El comunista Fernando encontraba en el sobaco de la zapaterita el perfume integral de la carne anónima, sin pretensiones de nobleza, sin haraganería, sin los marcos dorados por el polvo de la miseria que le herían los ojos en el piso de la calle Bailén.

María Luisa recibió una carta de su padre. Federico, en la carta, hacía de avestruz. No se atrevía a escribir a su mujer; esperaba que María Luisa fuera la más indicada para hacer de mediadora para una reconciliación. Federico empezaba a sentirse enfermo de verdad; la mujer del comerciante de vinos y la hija de los masoveros le habían empobrecido el cuerpo y el alma. El médico de Moià le dijo que su enfermedad no era cosa de risa. El orgulloso e inconsecuente Lloberola decidió vender al precio que fuera lo poco que le quedaba de su finca e inclinarse a los pies de María Carreres.

La vuelta de Federico al piso de la calle Bailén fue imbécil y teatral. Marido y mujer derramaron lágrimas, y la suegra Carreres tuvo que beber grandes cantidades de tila. A Fernando, su padre le parecía el hombre más odioso y grotesco de este mundo.

La vieja Leocadia se iba apagando como un cirio en el convento de Cluny; le ocultaron la enfermedad de Federico y todas las cosas desagradables para que no se afectase; Leocadia vivía en ese transparente y dulce egoísmo de los ancianos que se vuelven como críos y solo se preocupan por las devociones y las insignificancias.

Guillermo, opulentísimo, desde el lecho de Concha Pujol contestaba con algún billete de banco a las cartas serviles y poco literarias de su hermano Federico.

El anacronismo de los Lloberola se había convertido en una gastada cuerda floja por la que había que pasar de puntera y de talón, haciendo toda clase de concesiones, sin principios, sin la menor dignidad.

Federico volvió a darse de alta en el Ecuestre; cuando tenía

algunos recibos atrasados, su hermano, que era de la junta, los pagaba sin decir nada.

Federico hacía todo lo posible para no ver la vida de sus hijos y para no darse cuenta de la acritud de su mujer. Tenía mucho miedo de morir, y los médicos remendaron la enfermedad con inyecciones y amenazas.

María Luisa abusó de la ternura de Bobby, le puso los cuernos descaradamente, y el nombre de esta muchacha estaba a punto de perder el escaso prestigio que le quedaba. Ya eran muchos los que tenían datos concretos de su conducta irregular. María Luisa llegó a dudar de sus procedimientos; temió que tanto vivir al día y con tan pocos remilgos a la larga le llevaría a una catástrofe. Con lo que ganaba en el banco no había ni para empezar, teniendo en cuenta sus ambiciones.

María Luisa se había ilusionado con la idea de una libertad y una despreocupación sin límites. Creía que entre sus relaciones se aceptaría aquella posición moral, y tenía un concepto excesivamente optimista de la sociedad. La literatura y las conversaciones que alimentaban a María Luisa lo digerían todo; parecía que la gente de nuestro país había cambiado considerablemente, pero incluso los muchachos que la citaban como ejemplo de chica moderna y se agotaban bailando con ella y explicándole procacidades, entre ellos la criticaban de arriba abajo y ninguno de ellos hubiera querido por novia o hermana a una muchacha del proceder de María Luisa.

Bobby le habló con toda seriedad de la idea de casarse con ella y María Luisa aceptó en principio. Bobby estaba ciego, estaba convencido del afecto y de la sinceridad de aquella muchacha, y María Luisa, en vez de frenar un poco, al advertir la blandura moral que había producido en el hombre más frío y más correcto del mundo, se envaneció puerilmente. Bobby le parecía una especie de Lewis Stone; admiraba a aquel selecto actor americano que sabía representar perfectamente en las películas el papel de marido comprensivo y moderno. Creía que Bobby también sabría vivir con ella un filme a la moda, en el que María Luisa se reservaba el papel de Greta Garbo.

La fortuna de Bobby era de las más sólidas de Barcelona, y María Luisa se veía embarcada en un yate lleno de tangos, de cocteleras y de chulos espirituales, y ella repartiendo orquídeas, sonrisas y fatalidades, colgada del brazo de un marido inconmovible como el Padre Eterno.

Bobby, completamente engolosinado, decía a todo que sí, hasta que un día empezó a darse cuenta de ciertas cosas. En los diálogos con su conciencia, Bobby quería justificar a María Luisa y ahogar las dudas. Pero una tarde, en la terraza del Colón, ocurrió un pequeño escándalo y entre las muchas personas que se enteraron más de una

fue a contarle lo ocurrido a Bobby con pelos y señales. María Luisa y dos amigas suyas estaban sentadas ante una mesita en el momento cumbre del aperitivo. Cuando las muchachas estaban más divertidas, compareció ante la mesa de María Luisa una entretenida conocidísima de las que montaban guardia en el bar, y dirigió cuatro insultos fulminantes a María Luisa. Además de insultarle, intentó llegarle con las uñas a la cara, y juró que la mataría si no dejaba en paz a cierta persona. Según se dijo, entre los técnicos dicha persona era un oficial de aeronáutica de los mejor peinados y de los más adictos al alcohol. María Luisa tuvo un considerable disgusto, pero no se quedó atrás en el escandaloso diálogo de la terraza.

Aquella fue la gota de agua que colmó el corazón demasiado lleno de buenas intenciones del enamorado Bobby. No hizo ninguna escena de celos, ni siquiera se quejó, pero María Luisa notó todo lo preciso para darse cuenta de que Bobby estaba cansado de ella.

Rosa Trénor, a la que María Luisa veía de vez en cuando, no desesperó de encontrarle un sustituto de las condiciones de Bobby; pero ella temblaba ante la idea de continuar por aquel camino. Una segunda edición como la de Bobby la colocaría en un escalón más bajo, y pronto María Luisa no se atrevería a mantener el equívoco; la cosa estaría demasiado clara y la retirada sería imposible del todo.

María Luisa prefirió contenerse un poco, administrar con más discreción sus aventuras. Hizo una serie de examen de conciencia, y de aquel examen salió amargada, casi convencida de su fracaso.

María Luisa veía que su ocupación en el banco era una carga inaguantable, que cada día se le hacía más pesada. Se había creído capaz de sentir la alegría del trabajo y de la emancipación familiar; se había hecho la ilusión de vivir una existencia a la americana dentro del clima barcelonés. María Luisa solo conocía de América las películas y todo lo veía a través del *week-end*, con helados de fresa, maillots excitantes y muchachos hijos de millonarios, de una infelicidad y de una ternura a prueba de bomba, que se enamoran y firman cheques y contratos de matrimonio y de divorcio como si nada. Su aventura con Pat no sirvió para abrirle los ojos, sino todo lo contrario. María Luisa no solo aceptó las atenciones de Bobby, que al fin y al cabo era una persona correcta, sino que con la mayor ligereza se lió con otros hombres absolutamente indeseables, que no ahorraban detalles cuando explicaban ciertas intimidades de María Luisa. Como en este mundo siempre hay gente dispuesta a meter la pata, en cierta ocasión estuvo en un tris que el propio Federico no oliese con la punta de la nariz una anécdota de su hija que no le hubiera dejado impasible.

María Luisa se dio cuenta por fin de que no había sacado provecho de su emancipación ni de su modernismo; que no era superior ni en

mentalidad, ni en gusto, ni en conocimientos a la mayoría de las muchachas de su clase. Era tan vulgar y tan egoísta como Pat. La única ciencia en la que podía demostrar una cierta aptitud no la prestigiaba. En el caso de María Luisa era dolorosísimo reconocer que sus dos años de libertades y excentricidades no habían servido más que para perder la reputación y para perder una gran parte de su delicadeza y de su frescura personal.

De todas maneras, María Luisa no llegaba a pensar ni con mucho en hacer las paces con el criterio de su madre y resignarse a un camino en todo opuesto al que había seguido hasta entonces. El caso de María Luisa no era el único entre sus relaciones; si bien su manera de comportarse había suscitado escándalo, la mayoría de sus amigas seguían tratándola como si nada ocurriera, y tal vez María Luisa tenía a su favor, por encima de otras chicas como ella, el hecho de haberse permitido determinadas libertades sin hipocresía y sin preocuparse demasiado del secreto. Pese a todo, María Luisa era franca, y tal vez era exigir demasiado de su franqueza el que se comportase con Bobby con una sinceridad absoluta. Si Bobby no hubiera tenido la desgracia de enamorarse tal como se enamoró, habría podido prever que con una muchacha como María Luisa, conocida en las circunstancias en que él la conoció, no iba a encontrar la seguridad de una virgen del martirologio romano. Pero en este mundo la gente más experta y más escéptica a veces es la que acostumbra errar más.

María Luisa pasó una temporada bastante entristecida y bastante mohína. Sus aventuras, llevadas con mucho cuidado, no la distraían. Consideraba a los chicos cada vez más egoístas y solo preocupados por algo que a ella no le importaba. Sin una cierta pasión, las peripecias de *garçonnière* y de *meublé* le parecían estúpidas y monótonas. A los veinte años María Luisa empezaba a cansarse de todo.

El día en que María Luisa, apoyándose con la barbilla en la solapa de Pat, dijo como la cosa más natural del mundo que le estorbaba la virginidad, es muy posible que viese con verdadero horror el panorama de bizcochos y agua con anís de un modestísimo matrimonio burgués, digiriendo las taras maritales y la limitación económica. Dos años después, este matrimonio burgués no le hería la imaginación con el imprevisto resplandor de un bólido, pero tal vez le parecía el único camino practicable para salir de las tinieblas en las que se había metido. María Luisa no había tenido la suficiente valentía como para romper del todo con la rancia untuosidad de su familia. Había sido libre y viciosa a medias; si se hubiese resignado a vivir, el tiempo que fuese, brutal y poéticamente, aceptando todas las consecuencias, el proceder de María Luisa hubiera parecido suicida a mucha gente, pero al fin y al cabo respetable.

Cuando su tristeza interior se le empezaba a pintar en la cara y una

débil relajación muscular iniciaba en el cuerpo de María Luisa la anatómica melancolía de las desencantadas, Federico recibió la visita de un joven bilbaíno que venía a pedirle la mano de su hija.

Era un joven madurito, pero alto y bien plantado, y parecía un excelente sujeto. Le habían traído a Barcelona unos asuntos relacionados con la industria metalúrgica, y hacía tres meses que estaba hospedado en el Nouvel Hôtel de la calle Santa Ana.

El joven bilbaíno conoció a María Luisa en el banco donde ella trabajaba; la siguió, le habló y se enamoró de ella como un perro. Era un hombre primario y expeditivo. María Luisa lo encontró aceptable, y sobre todo le atrajo un cambio de clima, un cambio de decoración y una huida definitiva del piso de la calle Bailén. La posición del joven bilbaíno parecía brillante, y el mundo en el que se desenvolvía era algo más vivo y lleno de interés que la oficina, la familia, las fiestas del Marítimo, los oficiales de aeronáutica y los sórdidos chismorreos sobre la piel y la sangre de María Luisa. Poco tiempo después, María Luisa emigró de Barcelona, casada como Dios manda, con los ojos ligeramente verdosos de esperanza y con la mejilla humedecida por tres lágrimas de María Carreres.

Fernando sintió una gran alegría ante el casamiento de su hermana. Desde la noche de las confidencias y del equívoco, aunque había procurado olvidar, la presencia de María Luisa le oprimía el corazón.

En el bar Colón, unos cuantos muchachos hacían apuestas sobre la forma y la cantidad de los cuernos que llevaría el bilbaíno, con el mismo buen humor con el que se jugaban tres copas de «gin seco» removiendo el cubilete de los dados.

Bobby, mientras fumaba su pipa después de la comida, se hacía cruces al pensar en cómo había podido ser tan idiota de enamorarse de María Luisa. Bobby sonreía y quería mantener fuerte el espíritu, pero en el fondo la decepción de aquel amor le había dejado bastante hundido. Las personas que cenaban con él en el Círculo del Liceo le notaron una cierta intemperancia y una acritud a las que no les tenía acostumbrados. Bobby hablaba de la juventud del país, de los chicos y chicas de la última hornada con un desprecio tal vez excesivamente interesado. Para él, el tono de Barcelona había llegado a una idiotez y una inconsistencia ínfimas.

Bobby se pasaba muchas horas leyendo en casa. Con todo, solo le interesaban los libros de historia; como buen observador y buen escéptico, paladeaba, mezclando con el humo de su pipa, las narraciones referentes a las épocas peores y más críticas y a los personajes más viles.

Cuando salía del Círculo del Liceo le gustaba pasear perezosamente por los barrios que más amaba de Barcelona. Deambulaba por la calle

Ancha y respiraba el olor que llegaba del muelle. El pasaje de la Paz y las calles que desembocaban en la Plaza Real, entonces ya llamada plaza de Francesc Macià, le traían el gusto de una Barcelona comercial adornada con un terciopelo de buen tono. Una Barcelona de gente digna y ahorradora, haciendo uso de una audacia y un empuje que no sabía apreciar en la gente de su tiempo. Además, Bobby apreciaba en todo lo que habían hecho sus abuelos un gusto holgado y señorial, sin pretensiones de originalidad, sin ni una sombra de estupidez. Aquellas piedras impregnadas de drogas y productos coloniales tenían la respiración de las velas de los barcos que iban a América a buscar azúcar y café y de aquellos otros barcos que volvían del puerto de Liverpool cargados de balas de algodón, y, con el aire gris adherido a la madera, contagiaban al comercio del país una cierta corrección y una cierta moralidad británicas.

Bobby se enternecía ante las palmeras de la Plaza Real y del Paseo de Isabel Segunda. No comprendía la antipatía que despertaban las palmeras en los hombres de su generación. Creía que una de las gracias de Barcelona era poder mantener con el clima natural aquel árbol de historiada simetría y de desmayos agudos y balanceantes que había sido el orgullo de todos los jardines de los señores del país. A Bobby las palmeras le producían el efecto de una reminiscencia viva de las colonias perdidas. El escéptico Bobby se sentía atraído por lo elegiaco. De la Rambla le gustaba todo; el barcelonismo de Bobby se alimentaba en la Rambla; allí incluso dejaba de ser escéptico. Creía firmemente que en ninguna ciudad del mundo había una calle tan original, tan viva, tan humana como la Rambla de Barcelona.

El estado del palacio de la Virreina le producía cierta angustia; hubiera querido un respeto y una consideración de carácter religioso para las piedras de aquel palacio. La historia de la Virreina estaba relacionada con la historia de la familia de su madre. Don Manuel de Amat y Junyent, que edificó el palacio, era cuñado de sus bisabuelos, los condes de Sallent, y estaba emparentado con las familias de los Castellbell y de los Maldá. Bobby sabía la vida y milagros del caballero Amat y todas las triquiñuelas y energías que desplegó siendo virrey del Perú. Conocía las relaciones del virrey con una bailarina que se llamaba Micaela Villegas, apodada «la Perricholi». Parece que fue una mujer dominante y extraordinariamente bonita. Con el dinero que pudo salvar de los besos de la Perricholi, el virrey Amat construyó la casa más noble de Barcelona.

Bobby imaginaba que la Perricholi tenía unos ojos y una piel como María Luisa; su pariente Amat, no tan escéptico como Bobby, la debía de arrastrar hasta el muelle de Barcelona y la debía de tener encerrada en este palacio de la Rambla, sin saber que, en el barco que la traía del Perú, la bailarina le había puesto los cuernos con un muchacho de

Cádiz o de Cartagena, experto en cosas de la mar y en mujeres.

A Bobby, siempre tan silencioso, cuando se trataba el tema barcelonés le gustaba lucir su erudición sobre las piedras viejas y la historia de nuestra ciudad. La pereza de Bobby, su pasividad y su sonrisa tenían algo de cementerio amable, por donde en un momento determinado se pasean las sombras de los muertos provistas de pelucas, egoísmos y aventuras delicuescentes. Por eso Bobby era tan antideportivo y aseguraba que el deporte era la cosa más corrosiva, más desmoralizadora y plebeya del mundo. De madrugada, cuando llevaba a dormir su bigotillo enganchado sobre el labio como un poco de rastrojo clorótico y se topaba con las pandillas de excursionistas vestidos de blanco —a veces de un blanco sucio— profanando la Rambla, Bobby creía firmemente que el país no tenía salvación. El deporte había matado el amor lento y bien cocinado. Las muchachas en la playa le daban la impresión de animales andróginos.

Solo las cortas relaciones con Niobe Cases modificaron superficialmente algunos de sus puntos de vista. Cuando Niobe Cases se fue a París, Bobby volvió aún más recalcitrante su mentalidad de boquilla de espuma de mar y ámbar.

Puede decirse que Bobby solo vivía entonces para su madre; era el único afecto positivo, la única persona a quien admiraba un poco, y Bobby, con el corazón en un puño cada mañana, presentía la catástrofe, olía que de un momento a otro se pararían los pulmones de aquella mujer como un reloj cansado.

La viuda Xuclá estaba a punto de cumplir ochenta años, pero tenía la cabeza despejadísima y aún exhibía cierta energía. En aquella época de cambios y conmociones, Pilar, como una gran señora que ya pertenece más a un clima inconmovible que a lo que se cuece cada día, procuraba no interesarse por nada ni comentar ningún acontecimiento. Sus salones de la casa de la calle Ancha, en los que no entraba ni el polvo ni el aire de la calle, estaban llenos de anacronismos, de brillantes péndulos que señalaban los segundos sin inmutarse dentro de un ataúd de cristal y de maderas olorosas. Pilar se hacía traer cada mañana, desde los puestos de la Rambla, grandes ramos de rosas de todos los colores. Solo las rosas no habían cambiado; tenían el mismo perfume y la misma gracia que cincuenta años atrás. Pilar convivía con los espectros de su mundo, reclinando el artritismo sobre el satén perla y cornalina de los sofás intactos. Casi todas las mujeres de su tiempo habían desaparecido. La marquesa de Descatllar hacía tres años que había muerto. Lola Dussay, su cuñada la condesa de Sallent, todas habitaban en el país de las cenizas. Casi nunca se reunían Leocadia Lloberola y ella, porque tanto a la una como a la otra les apenaba el presente. A medida que se le iban las fuerzas, Pilar se volvía más fina, más original, más llena de interés. Un

buen cazador de matices hubiera encontrado en la conversación con Pilar ese verde, ese azul y ese rosa que ya no se fabrican y de los que se ha perdido la fórmula.

La visitante más asidua de Pilar era Hortensia Portell. Hortensia, mucho más fina que todas las señoras que la criticaban, sabía conocer el valor de aquella dama auténtica que sobrevivía a una fauna extinguida. Algunas noches Hortensia cenaba en casa de la viuda Xuclá, y en aquel comedor severísimo, todo él en color capuchón de fraile, con las manchas precisas de la vajilla de plata, Pilar y Hortensia evocaban un escenario sin motores de gasolina y sin bidets policromados, y solo provisto del olor natural de las gardenias y del cosmético de los bigotes masculinos.

Bobby, con los ojos casi cerrados, afectando el aire de un gran aburrido, mantenía la ceniza del puro, fingiendo no seguir la conversación de las dos damas; pero en realidad no se le escapaba ni una sílaba de lo que decía su madre. Presentía que aquella música reumática y fatigada de la conversación de Pilar era como una bebida de primera de la que solo quedaban pocas gotas y era preciso saborearla concienzudamente, escrupulosamente.

Una noche, Pilar, después de cenar, sintió un malestar especial, como si le apretasen delicadamente el corazón. La viuda Xuclá, muy serena, acarició a su hijo y le miró con unos ojos que delataban la cercanía de la muerte. Pilar no se equivocaba; aquello era el anuncio de una angina de pecho que a las pocas horas se la llevaba definitivamente.

Bobby hizo ver como si no le diera importancia. Tenía que llegar aquel momento, pero él no podía hacerse a la idea. Aquella noche, Bobby arrastraba una debilidad, una impotencia y una infelicidad tal, que hasta le daba vergüenza levantarse de la silla y mirarse al espejo.

Acompañó a su madre al dormitorio; ella quería apoyarse en el brazo de Bobby; su memoria, que se iba enturbiando, se esforzaba en separar los recuerdos más tiernos de ella y de aquella criatura que ya empezaba a ser un viejo. Pilar contenía las lágrimas para no destruir el silencio en el que ni ella ni Bobby querían decir nada. Bobby le dio unos golpecitos en la mejilla, y con risa forzada le recomendó que no se dejase dominar por aprensiones ridículas.

Bobby se fue a su habitación asustado; quería decirse a sí mismo que no había motivo, que su madre no tenía nada especial y que tal vez aún viviría mucho tiempo. Pese a estas reflexiones, Bobby se quedó clavado en una butaca sin poder abrir un libro, en espera de no sabía qué, como si estuviese al acecho ante el peligro de unos ladrones invisibles.

El escepticismo y la amargura de Bobby habían llegado al momento patológico. Hubiera querido que sobreviniera de pronto lo

que presentía, porque aún le parecían peores la duda y la amenaza. Por una de esas asociaciones particulares que se tienen de noche en situaciones de enfermedades y de desgaste interno, Bobby escuchaba los péndulos de los relojes del salón, que daban señales de vida en la oscuridad, y le pareció que aquel ruidito era el ritmo del pulso de su madre.

¡El pulso de su madre! Ante el presentimiento de que aquel ritmo vital se acababa para siempre, el hombre de las glaciales indiferencias y del egoísmo seguro descubría toda su insignificancia. Tal vez se daba cuenta entonces de que estaba y siempre había estado ligado a su madre por un invisible cordón umbilical; que respiraba con sus pulmones, que las apreciaciones de su retina eran un reflejo de las miradas y de los gustos anacrónicos de aquella sensible y original octogenaria. El barcelonismo de Bobby no era otra cosa que la veneración inconfesada de todo lo que provenía de Pilar. Ante el presentimiento de que podía perder a su madre, Bobby no unía el miedo y el dolor natural que en un caso parecido invaden a un hombre que pisa el suelo y tiene un corazón libre; el miedo de Bobby era perder la luz que daba color a su personalidad; desaparecida su madre, Bobby no podía ser otra cosa que un astro apagado, que un lamento silencioso en un hemisferio grosero e incomprensivo de dientes chispeantes y mejillas rosadas.

Bobby, pese a su flamante situación y su fortuna, sentía aquella noche un asco total por el aire que le penetraba en los pulmones. Nunca como entonces consideraba inútiles las vanidades de la gente conocida y de todas las cosas que había visto o le habían contado.

Bobby no escatimaba una piedad amarga por los que tienen una ambición o una ilusión cualquiera; por los que creen en su vocación, en su trabajo, en sus facultades de creación y que, tarde o temprano, se han de convencer de la impotencia y el fracaso de todo. Juzgaba desesperadamente grotesca la actitud de los que haciendo política creen hacer algo grande. Bobby se consolaba pensando que él nunca había hecho nada ni se había tomado la molestia de interesarse por nada. Había peleado lo mínimo y había criticado lo mínimo a las personas y las cosas. Le habían engañado muy poco; sin apasionarse, sin decidirse nunca, se iría al otro mundo bastante limpio de claudicaciones y desengaños.

Bobby no recordaba que cuatro o cinco meses atrás se había vuelto como un crío por una muchacha que, desde el primer momento, le consideró con un exclusivo fin utilitario.

Bobby no se daba cuenta de que la acritud de los pensamientos solo obedecía a su temperamento de hombre mimado, de hombre que siempre había tenido lo que había querido, y que se rebelaba ante una desgracia natural como la muerte de su madre.

Bobby, cansado de ideas negras, se durmió tumbado sobre una butaca y tuvo un boceto de sueño, de esos que llegan cuando el estómago trabaja penosamente. Se despertó rápido, pensando en quién sabe el tiempo que hacía que dormía; en total habían pasado diez minutos. Bobby se dirigió a la habitación de su madre. Pilar descansaba con la respiración un poco lenta; él le quiso poner la mano sobre la frente, pero tuvo miedo de despertarla. No sabía qué hacer; consideraba exagerado llamar al médico a aquellas horas. En resumidas cuentas, tal vez no era nada; no veía a su madre ni peor ni mejor que otras noches, y Bobby empezó a tener la impresión de que tanto él como su madre se habían sugestionado gratuitamente. Bobby decidió meterse en la cama, y, después de dar unas cuantas vueltas, se durmió sin pena ni gloria. Casi a las seis de la madrugada su criado entró precipitadamente a despertarle. Pese a la reacción de última hora, Bobby no se sorprendió, incluso le pareció que lo que le decía el criado era precisamente lo que él soñaba en el momento preciso en que le habían despertado. Cuando entró en la habitación de su madre, lo que le había parecido normal le sobresaltó como un horror imprevisto. Su madre muerta tenía la piel de un color que él era incapaz de imaginar. Probablemente hacía dos horas que había sobrevenido el trance, y es muy posible que ni ella se hubiera dado cuenta, puesto que la camarera que velaba cada noche en la puerta no oyó ningún ruido extraño ni grito especial. La muerte trató a Pilar Romaní con su gesto más amable y menos doloroso.

El servicio movilizó los coches y los teléfonos. La primera en llegar fue Hortensia Portell. Hortensia estaba realmente emocionada, y con los dedos algo torpes fue ella quien amortajó el cadáver de Pilar. Bobby, pegado al espectro amarillento de su madre, no quería ver a nadie; Hortensia le cogió por el brazo para apartarle de aquel espectáculo inútil.

Bobby le besó la mano con un agradecimiento infinito; solo Hortensia y él podían comprender la gracia y la belleza de un cuerpo de ochenta años que, helándose poco a poco, se llevaba el aire más excelso de una Barcelona que ya había pasado.

—Eres una buena amiga, Hortensia, eres una buena amiga…

Pilar Romaní cerró los ojos una madrugada del mes de julio. En el terrado de la casa de la calle Ancha los vencejos y las golondrinas lanzaban sus chillidos indiferentes.

Los puestos de la Rambla estaban repletos de rosas blancas y rojas, de aquellas rosas de las que Pilar Romaní decía que eran exactamente iguales que las rosas de su tiempo.

En la Rambla se percibía un olor mezcla de noctámbulos, de excursionismo y de democracia. Los taxis amarillos se llevaban a dormir los restos de la tristeza y de la prostitución.

Entre las rosas rojas caminaba, un poco inseguro, un hombre gris, de mejillas indefinidas, de edad indefinida, con el estómago lleno de whisky y con el corazón lleno de rosas rojas…

CINCO COMENTARIOS A «VIDA PRIVADA»

BARCEGARRA Y SAGARLONA

Las ciudades son más duraderas que sus habitantes. Los ciudadanos mueren sin previo aviso, con buen ánimo las más de las veces, persuadidos de que no serviría para nada dar la lata o buscar algo de compasión. ¿Quién, en la ciudad, atendería su lamentación? Lo más probable es que llamaran a la policía.

Pero si bien las ciudades son longevas, solo nacen gracias a unos pocos ciudadanos que las inventan. No es cierto que las ciudades sean el producto de todos sus habitantes, así como un cocido es el resultado de cuanto se le echa al puchero. La mayor parte de los ciudadanos viven en su ciudad como podrían vivir en cualquier otro lugar o debajo de un pino. Nada excepto la supervivencia les importa, y por lo tanto la ciudad es para ellos una glándula mamaria de hormigón armado. No vaya a creerse que ese nivel de mera subsistencia es cosa de pobres; quienes más viven de ese modo animal y bullicioso, que toma caracteres dantescos los fines de semana, son, justamente, los trivialmente ricos.

Algunos ciudadanos, sin embargo, aceptan su condición de inventores y con notable fatiga inventan una ciudad. Eso hizo Dickens con Londres, Musil con Viena, Joyce con Dublín, Scott Fitzgerald con Nueva York, Pérez Galdós con Madrid, Balzac con París y tantos otros con otras tantas ciudades. Tampoco son tantas. No exageremos. Son tan solo medio centenar. Si añadimos los pueblos, no llegarán al millar.

Aquellas ciudades que no han contado con un inventor sufren el hastío de la temporalidad sin fin y viven escupidas de la vida del espíritu. En ellas se puede uno encontrar muy a gusto. Es posible que la vida en Mindanao o en Luxemburgo sea algo prodigioso. Pero no podemos imaginarlo, de manera que lo negamos rotundamente. En cambio sí podemos imaginar la vida, diminuta pero alzada sobre coturnos trágicos, de un pequeño pueblo siciliano, gracias al príncipe de Salina.

Barcelona ha tenido y sigue teniendo un buen número de inventores. Es quizás la ciudad española más inventada si tachamos las policromías artesanales de Sevilla. Hay una Barcelona de Pla y

otras de Gaziel; una de Puig i Ferreter, pero otra de Soldevila; también hay una Barcelona de Mandiargues, de Orwell, de Simon, y así sucesivamente.

Pero de todas ellas la más convincente hasta la fecha es la de Sagarra, porque se limita a un punto de vista exacto y duro como el diamante. Los restantes inventores han acudido a una fantasía casi aérea, con panorámicas tremendas sobre la totalidad de la población, abarcando todo el recinto urbano en un impresionismo oceánico. O bien han presentado una Barcelona con aspecto extranjero. Como Puig i Ferreter, cuya Barcelona se parece al Bilbao de Baroja. O como la de Soldevila, que parece Montpellier.

Sagarra, en cambio, agarró por el cuello un segmento en extinción, la pequeña nobleza y la alta burguesía de preguerra, y logró proponer un cuadro (clínico) de tal exactitud que todavía hoy es pertinente. Porque aquellos aristócratas se extinguieron, pero los actuales propietarios de la finca catalana se comportan exactamente igual, lo que quiere decir que Sagarra tocó una fibra eterna, y no solo sociológica, del músculo barcelonés. Esa fibra bronca, de voz áspera, untuosa como un párroco faldero; fibra morena y correosa que mira con sonrisa satisfecha al violinista del metro y le arroja dos pesetas desde la altura beocia de un cigarro puro.

Dada la velocidad con la que Barcelona se precipita en el sepulcro de las ciudades prescindibles, novelas como la de Sagarra nos recuerdan que una vez, hace ya muchos años, hubo una Barcelona totalmente ajena a las subvenciones y a las cuchilladas entre burócratas.

FÉLIX DE AZÚA

BOBBY XUCLÁ CAMINANDO ENTRE ROSAS, EN LA RAMBLA

Si tuviera que escoger una imagen emblemática de *Vida privada* no sabría si quedarme con el perro disecado que luce una liga de Rosa Trénor en el cuello, con Pilar de Romaní en su lecho de muerte o con Bobby Xuclá perdiéndose entre rosas rojas y el tráfago de la Rambla, asumiendo su soledad y el fin de una estirpe.

Estas y otras imágenes del texto de Sagarra y su relación pertinente con el cine despertaron doblemente mi interés por una novela tan polémica y distinguida, que yo había conocido tardíamente y mal. Hace unos diez años acepté colaborar con Paco Betriu y Gustau Hernández en la adaptación cinematográfica de *Vida privada* destinada a una serie para TVE, y entonces hice una relectura, esta vez en la versión castellana de Manuel Vázquez Montalbán y José Agustín Goytisolo. Inútilmente, en esa primera relectura, me esforcé en aplicar sobre el texto el «ojo de la cámara»: la fuerza de la prosa anulaba cualquier disposición previa del lector que no fuera su entrega total y absoluta. Eso decía mucho en favor de la novela y me di cuenta en el acto; pero, en relación con mi tarea de adaptador, me asaltaron toda clase de recelos. Conversaciones previas con Jaime Gil de Biedma, encargado de supervisar los diálogos, ya me habían alertado sobre un riesgo frecuente en esos trasvases demasiado fieles entre literatura y cine —Jaime, al que le irritaban y a la vez le divertían mucho los trazos de brocha gorda con los que Sagarra pintó algunos personajes secundarios, como el canónigo Claramunt, era partidario de respetar y aun potenciar la caricatura—. Dejando de lado el trato a menudo inclemente que el autor dispensa a sus criaturas, a las que desmenuza cuando no vapulea sin la menor compasión mediante una prosa implacable y magistral, la fuerza de la novela se impone de tal modo, venía a decir Jaime, y yo compartía su criterio, la radiografía de esta Barcelona y de esta fauna social posee tanto vigor visual y verbal —pecando a ratos de exceso, pensábamos—, la dinámica narrativa opera con tanto ímpetu y eficacia, incluso en las descripciones y digresiones y hasta en los diálogos a veces tan prolijos, en fin, que el talento, la lengua y ocasionalmente la mala uva de Sagarra para hacernos «ver»

lo que cuenta son tan poderosos y convincentes, que lo que hay que hacer es sencillamente un trasplante lo más limpio y fiel posible del libro a la película.

Yo tenía mis dudas —siempre las tengo—, y si no recuerdo mal, y según suele ocurrir, el director acabó imponiendo su criterio, pues él era el máximo responsable de la adaptación y de la serie. Pero ciertamente asunto y diálogos eran en muchos pasajes de la obra de una plasticidad y una resonancia casi teatral —dicho sea sin ánimo peyorativo—, cualidad nada extraña en un poeta y dramaturgo tan formidablemente dotado: recuerdo perfectamente cómo, en su momento, analizando a fondo los diálogos pudimos observar —o mejor dicho: nos «saltó al oído»— que parecían escritos más para ser dichos que para ser leídos. Hacíamos la prueba de leerlos en voz alta y siempre salían airosos. La fuerza, la vivacidad y la gracia que emana de ese verbo proviene en ocasiones de una vena lírica que debía de resultarle familiar al público que frecuentaba las plateas y los gallineros de la gran Barcelona teatral de los años veinte y treinta, cuando triunfaban en escena las obras de Sagarra; otras veces, de la tradición novelística del XIX, que naturalmente Sagarra conocía a fondo, y que culminó en su querido Proust. Sagarra se muestra tal vez poco riguroso en la estructura de los subtemas y un tanto severo en el enfoque que aplica a sus criaturas —Marcos Ordóñez, en su interesante ensayo, habla muy acertadamente de cierta «ferocidad en la mirada: la acidez extrema de la primera parte, a la hora de describir a los personajes, ese vuelo en círculos de águila desdeñosa que de súbito desciende sobre su presa…»—, pero, conforme avanza la novela y sus personajes derivan fatalmente hacia la ruina, la soledad o la muerte (todo ello servido siempre a caballo de una fulgurante imaginación verbal, una soberbia precisión en el manejo del idioma catalán), el tema central se resuelve en una serena y conmovedora aceptación de la derrota más íntima, aquella que tiene que ver con los sueños, y cuya imagen emblemática bien podría ser, como ya he dicho al principio, la de Bobby Xuclá, «un hombre gris, de mejillas indefinidas, de edad indefinida», alejándose entre rosas rojas Rambla abajo: tres líneas escuetas para un buen final.

Vida privada es una referencia obligada al hablar de narrativa catalana. Un punto y aparte. Y esto es así, según opinión bastante extendida, no solo por sus méritos estrictamente literarios. Aunque la literatura es y será siempre, en el fondo, una cuestión de gustos, ahí queda ciertamente ese elegante desafío social que supuso la publicación de la novela, esa certera diana en el corazón más rancio de la ciudad y ese reto al futuro. Pero a mí me gusta imaginar a Sagarra enarcando una ceja, un poco displicente y desdeñoso frente a tanta significación social y cultural —incluido el escándalo— otorgada

a su novela, me gusta imaginarlo en la barra del Savoy saboreando su aperitivo y meditando acerca de esa verdad secreta que toda obra encierra para su creador y que él conocía bien, esa convicción íntima que está por encima de la sociología y de los caprichos de la moda y que Vladimir Nabokov supo expresar tan certeramente: «Lo que pone a una obra de creación auténtica al abrigo de las larvas y del moho no es su importancia social, sino únicamente su arte.»

JUAN MARSÉ

LA VISIÓN IRREVERENTE DE JOSEP MARIA DE SAGARRA

Josep Maria de Sagarra se conducía como un perfecto caballero y escribía como un perfecto salvaje; su ejemplo se echa en falta hoy en día, cuando lo contrario es, por desgracia, lo habitual. *Vida privada* ilustra lo antedicho. Pocas novelas producen en el lector una sensación similar de desconcierto: leyéndola no sabemos a qué estamos asistiendo, si al espectáculo de una sociedad demente vista por un testigo lúcido o a la magistral descripción de una época hecha por un demente. A menudo se tiene la sensación de estar asistiendo a la representación de un drama clásico (sensación, por lo demás, inevitable: nadie puede negarle a Sagarra un conocimiento profundo del teatro clásico universal) cuyos actores y actrices hubieran sido reemplazados por orates voluntariosos que, aun habiendo memorizado su papel a la perfección y representándolo con profesionalidad y convencimiento, dejan traslucir todo el tiempo su pintoresca y patética condición. No es un efecto buscado ni el fruto de una técnica caprichosa, sino algo funcional, tal vez deliberado, en cualquier caso la única forma cabal de describir un mundo absurdo, que sin duda Sagarra conocía, detestaba y amaba, y del que quería dejar una imagen tanto más real cuanto más deformada. Vista desde la perspectiva actual, la Barcelona de la época en que Sagarra sitúa *Vida privada* debía de parecer una ciudad superflua y provisional, sin otra razón de ser que la propia supervivencia ni otro sustento que la creencia compartida en la propia perdurabilidad. En equilibrio inestable entre un pasado incierto y un futuro aún más incierto, amenazada desde fuera y desde dentro, la trama social era tan rígida y las normas de conducta tan estrictas y formales, que si por una parte nadie podía sustraerse de su cumplimiento, por otra parte cualquier espabilado podía imitarlas sin gran esfuerzo y obtener considerables beneficios de la impostura. Mitad salón mitad burdel, baile de máscaras a bordo de un buque a la deriva, la crónica de aquella sociedad y aquella época solo podía ser el resultado de una estrecha colaboración entre Thomas Mann y el loco Carioco. Este es el resultado sorprendente que consigue Sagarra fundiendo la prosa

serena y fluida de un historiador romano con el humor desgarrado de la taberna portuaria. El resultado no es solo un retrato verídico, divertido y disolvente de aquella Barcelona, sino un estilo inseparable de la abundante literatura de Barcelona y sobre Barcelona surgida en los años posteriores: por distintos que sean los temperamentos literarios, afectivos o ideológicos de sus autores, en todas las narraciones en que aparece Barcelona apunta el garabato barroco y melancólico de Sagarra, como si por las ruinas de aquellos ambientes arrasados por las guerras, la ruina y el olvido, los fantasmas de aquellos barceloneses holgazanes, atolondrados y rijosos continuaran, al margen de la realidad y de espaldas al mundo, igual que entonces, divirtiéndose y martirizándose mutuamente con sus trapisondas.

EDUARDO MENDOZA

MI LECTURA DE «VIDA PRIVADA»

Josep Pla me dijo en cierta ocasión que, para escribir bien en catalán, debía yo bucear una y otra vez en la obra de Sagarra. No tengo el menor inconveniente en ratificar el consejo de Pla, y en considerarme adscrito al culto Sagarra por tradición familiar, como he contado en numerosas ocasiones. Fue el verso sagarriano la primera manifestación artística que me alcanzó en mi infancia y la que todavía hoy continúo asociando con una verdadera manifestación popular. Mientras otros hablaban de poesía de resistencia, lo cierto es que la de Sagarra es la única que resistió a nivel de calle.

Vidal Alcover escribió en cierta ocasión que Sagarra fue el último de los grandes poetas aristocráticos que llegó al pueblo. Acabo de confirmarlo con mi propia experiencia, desarrollada al tiempo que asistía a la consabida purga ideológica o estética, que de todo hubo en la desdichada viña del Señor. Pero Sagarra fue un escritor de genio tan variado que en alguno de sus aspectos tenía que resultar invulnerable.

En la actualidad parece haber salido definitivamente del «purgatorio de los escritores», ese terreno absolutamente neutro en que las obras más reputadas van a encerrarse después de la muerte de su autor, a la espera del paso de los años y del veredicto de las generaciones (a veces, un veredicto fatal). No creo que nadie deba asustarse en el caso de una novela como *Vida privada*. Como toda la obra narrativa de su autor, trasciende el purgatorio y se hace pregonera de elementos de normalidad cultural con mayor solemnidad incluso que antes. En Francia, tierra que suele dar bombo y platillo a este tipo de recuperaciones —ahora mismo con Paul Morand—, esta sería una afirmación completamente innecesaria. En Cataluña, en España, vivimos inmersos en la necesidad de recordatorios permanente, lo cual genera urgencias agotadoras. Ya a finales de los años sesenta, en una de las modélicas entrevistas de Baltasar Porcel en *Serra d'Or* decía Salvador Espriu: «Hay que revisar con urgencia el teatro de Sagarra y determinar las cuatro o cinco obras importantes que contiene, independientemente de sus extraordinarias y maravillosas traducciones y adaptaciones.»

¿Sagarra regresa *en beauté*? Yo diría que, en el caso de *Vida*

privada, hablar de regreso es baladí por la sencilla razón de que nunca se ausentó. Incluso en épocas de ostracismo —un ostracismo real, cuyos culpables es posible y divertido localizar—, el prestigio de esa novela siempre permaneció intocado. Mientras se abominaba del teatro, y aun de la obra poética, algunas voces autorizadas mantenían la preeminencia de *Vida privada* como obra imprescindible y piedra de toque de experiencias posteriores. Recuerdo esforzadas campañas como la de Lluís Permanyer, adentrándose en lo especializado. También la pertinaz recomendación de Joaquim Molas o Pere Gimferrer, por hablar de estudiosos posteriores a la propia generación de Sagarra, ajenos a su momento histórico y, por tanto, a polémicas de uso inmediato y casero. Lejos del ruido que armó en su momento, los redescubridores de *Vida privada* en los últimos años sesenta intuían en ella la posibilidad de una maniobra cultural muy propicia para enderezar los siempre vacilantes terrenos de la novela catalana. Debo decir que si bien tuve presentes los lejanos consejos de Pla en el terreno de los aspectos lingüísticos de la experiencia sagarriana, lo mismo ocurrió con *Vida privada* en un sentido estructural: dejando aparte algunos libros de Llorenç Villalonga, dudo que exista otra novela catalana que me haya influido en tal medida durante los años de mi aprendizaje.

No es este el lugar para decidir los alcances de la obra maestra, y aun su durabilidad, pero siempre es tiempo para preguntarse sobre su vigencia. No permite dudas la de *Vida privada*. Se adscribe a modelos narrativos que hemos aprendido a asociar con lo absoluto, y si bien la asombrosa ubicuidad del relato y la perfección de la prosa no son méritos menores, tampoco conviene subvalorar el hecho de que la herencia literaria, la tradición tan magníficamente asumida, está llevada hasta un grado de perfección que nunca deja de asombrarnos. Sea cual sea el veredicto crítico *up to date*, lo cierto es que *Vida privada* cumple, con la maduración de los años, todas las exigencias de la novela total.

TERENCI MOIX

LA MAGDALENA DE JOSEP MARIA DE SAGARRA

Casi todos los renacimientos nacional literarios ligados al Romanticismo tuvieron en la poesía y en los llamados «poetas nacionales» la piedra angular de la constitución de la nueva sociedad literaria. El catalán no fue una excepción, y la raza de los «poetas nacionales» se perpetúa hasta Espriu. Pero no solo de poesía vive una lengua literaria, y la búsqueda de una prosa catalana «renaixentista» y «postrenaixentista» fue casi una consigna estimulada por los más escuchados creadores del gusto: D'Ors y Carner, citados para no agotar un censo algo más amplio. La irrupción de Pla fue saludada como la llegada de un innovador de la prosa necesario, pero que no ultimaba la aspiración de una nueva novela conectada con los códigos de modernidad establecidos por los Joyce, Huxley, Proust, Martin Du Gard…, los novelistas europeos que marcaban el norte para la orientación de los escritores catalanes conectados con la vanguardia europea. Tuvo que ser Josep Maria de Sagarra quien acertara en la adopción de un punto de vista novelesco y un sistema narrativo compensador de la exigencia voluntarista de una «nueva novela», y sesenta años después de la publicación de *All i salobre* o *Vida privada*, superado el carácter de novelas síntoma de las necesidades perecederas de una sociedad literaria, la vigencia de ambas novelas está fuera de discusión, y *Vida privada* especialmente es obligada selección a la hora, siempre un poco ridícula, de elegir la marca de whisky, la marca de ser humano y las novelas que uno se llevaría a una isla desierta.

Si en *Paulina Buxareu*, Sagarra —no olvidemos que compone con Verdaguer y Maragall el tríptico de la poseía a la vez fundacional y popular— realiza un ensayo general de novelar, en *Vida privada* resuelve satisfactoriamente todos los requisitos para conseguir una gran novela: el punto de vista de un personaje-fabulador que describe, para algunos como un *aristòcrata desmenjat* y para otros como un Alcibíades burlón, las servidumbres y miserias de la evolución de la primera gran sociedad urbana barcelonesa moderna propiamente dicha; un idioma ensayado en el poema narrativo que no renuncia a la

tecnología poética pero que supera esa disfunción a veces tan evidente en los poetas —novelistas entre la vaguedad polisémica de la palabra poética y las exigencias lógicas del sistema narrativo; un talento no tan común en muchos escritores, incluso en buenos escritores, para impregnar de su personalidad la singularidad unitaria de la novela como sistema. No es una cuestión de estilo, es la presencia bien encarnada en el cuerpo novelístico de la personalidad del autor. Sagarra-personaje es el Sagarra narrador, y así como en su tiempo esta circunstancia fue aprovechada para buscar en *Vida privada* el valor añadido de los personajes reales encubiertos y juzgados por la acidez crítica del autor, sesenta años después ese valor morboso ha desaparecido y los personajes han adquirido la más definitiva, duradera dimensión literaria. En un excelente ensayo sobre *Vida privada*, Fuster marcaba la relación de la novela, y del punto de vista narrativo en general de Sagarra, con el Huxley de *Contrapunto*, novela que despertó entusiasmos casi exclusivamente contemporáneos, como también los despertara *Un mundo feliz*. Huxley y Proust, porque para meterse en los salones de la burguesía primorriveriana que amaneció republicana se necesitaba una especial sensibilidad para la magdalena, y detrás de la acidez, la implacabilidad de todo Sagarra, aparece la nostalgia de una magdalena cuyo sabor solo él había probado, en el supuesto caso de que esa magdalena hubiera existido alguna vez.

MANUEL VÁZQUEZ M

NOTAS

[1] *Sagarra, vist pels seus íntims*, Edhasa, Barcelona, 1982; 2.ª ed. corregida, La Campana, Barcelona, 1991.

[2] Battistelli, Florencia, 1926.

[3] *Literatura catalana contemporània*, Curial, Barcelona, 1971.

[4] «Fa cosa de mig segle», *La Vanguardia*, 29-12-87.

[5] «Baile de máscaras», prólogo a *Falsas memorias*, de Llorenç Villalonga, Mondadori España, Madrid, 1988.

[6] Traducida al castellano por Rafael Marquina: *Ajo y salobre*, Mundo Latino, Madrid, 1930.

[7] «Notes sobre *Vida privada», Els Marges*, n.° 22/23, Barcelona, 1981.

[8] Otro gran libro que el lector castellano de hoy debería conocer cuanto antes. Hay una traducción de 1942, inencontrable: *El camino azul: viaje a la Polinesia*, Editorial Juventud, colección «Tierras y Mares». Escrito originalmente en catalán, no aparecerá tal como fue concebido -*La ruta blava: viatge a les mars del sud*- hasta 1964, dos años después de la muerte de Sagarra, en Biblioteca Selecta, con fotografías del propio autor.

[9] Una selección de dichos artículos aparecería en 1959 bajo el título de *Cola de gallo*, en Destino, colección «Ancora y Delfín», n.° 162.

[10] En 1987, Joan de Sagarra prepararía para Grijalbo una selección de la edición castellana de las *Memorias*, con prólogo de Vicente Aleixandre, complementada con algunos artículos de «Antepalco»: *Retratos*, una serie de evocaciones que van desde Rubén Darío hasta Francis Carco.

[11] Lo cuenta Xavier Bru de Sala en «*Vida privada*, el cas d'una novel·la molt exemplar», Quadern de Cultura, *El País*, 17-7-83.

[12] Baste un ejemplo: la frase inicial de la novela. Donde Sagarra escribió «*Els parpres, en obrirse, varen fer un clac*…», Oliver reescribe «*Les parpelles, en obrir-se, van fer un sorollet*…». Justificación de Oliver, según le escuchó el propio Bru de Sala: «Es que Sagarra escribía muy

mal.»

[13] «Sagarra com a símtoma», *El Correo Catalán*, 11-11-80.

[14] Lástima que sus loables palabras se quedaran en eso: cuando Joan de Sagarra le propuso, a principios del 83, la edición en castellano de *Vida privada* en Seix Barral, donde ejercía de director literario, le contestó que «no interesaba».

[15] En catalán *a treure taques* (a quitar manchas). Eufemismo con el que se indica que un objeto de valor está empeñado.

[16] Baja de San Pedro: calle del casco antiguo de Barcelona donde la nobleza rural construyó sus caserones residenciales a partir del siglo XVII.

[17] Payés: hombre del campo; el que se dedica al cultivo de la tierra. Peyorativamente equivale a la voz castellana «palurdo».

[18] Masovero: el que ocupa un manso propiedad de otra persona y cuida de sus tierras a cambio de la mitad de los frutos. Masovería: la casa que ocupa el masovero y también el contrato que el propietario establece con aquel.

[19] Círculo del Liceo: club social barcelonés de la alta burguesía, anexo al teatro del mismo nombre.

[20] *Hereu*: heredero, primogénito varón de la familia catalana.

[21] *Carnestoltes*: el último día de Carnaval. El pueblo lo celebraba alegremente con jolgorio callejero y comilonas.

[22] *Remença; pagès de remença*: vasallo sujeto a redención personal y grabado con onerosas servidumbres. La *remença* fue abolida en 1496.

[23] Círculo Ecuestre: club social barcelonés formado por aristócratas. Originariamente dedicado a la práctica del deporte ecuestre. Posteriormente degeneró en un club de juego.

[24] Suizo: famoso restaurante, situado entre la Rambla y la Plaza Real.

[25] Paralelo: nombre popular de la avenida del Marqués del Duero, de Barcelona, por la que pasa un paralelo geográfico. Centro tradicional de los espectáculos frívolos. Alejandro Lerroux, agitador popular y político radical, sobrenombrado «emperador del Paralelo» por los periódicos satíricos, hizo de ese barrio su cuartel general y el de sus seguidores, los llamados «jóvenes bárbaros».

[26] Las Planas: hondonada boscosa de Vallvidrera, a media hora de ferrocarril de Barcelona, donde acude la gente del pueblo para celebrar jiras campestres.

[27] San Sebastián, baños de: baños públicos abiertos en la playa de la Barceloneta, en la parte oriental de la ciudad.

[28] Ensanche: núcleo urbano de Barcelona, construido a principios del siglo, principal residencia, hasta antes de la guerra civil,

de la alta y media burguesía.

[29] Sant Pol de Mar: pueblo del Maresme. Los pueblos y villas de la costa catalana fueron cuna de gentes que emigraron a América en busca de fortuna; los que la conseguían acostumbraban regresar a su pueblo, donde solían radicarse después de construir cómodas residencias.

[30] *Pesca a l'encesa*: pesca al candil. Sistema de pesca nocturno muy practicado en el litoral catalán por el que se atrae a los peces con una tea encendida, o una luz de acetileno, petróleo, etc.

[31] Bonanova: barrio residencial barcelonés formado originariamente por pequeñas villas o «torres» con jardín, en torno a la iglesia de Nuestra Señora de la Bonanova, al pie de la montaña del Tibidabo.

[32] El Call: genéricamente, callejón. Es el nombre que se dio antiguamente a la judería o barrio judío de Barcelona. En la actualidad todavía existe la calle del Call.

[33] Serafí Pitarra: seudónimo del comediógrafo Frederic Soler (Barcelona, 1839-1895). Principal fundador del teatro catalán renacido; fue muy prolífico y alcanzó una enorme popularidad.

[34] Ramon Martí i Alsina: pintor catalán (Barcelona, 1826-1894). Sobresalió en el paisaje y ha tenido una gran influencia sobre la pintura catalana del primer cuarto de siglo.

[35] Miércoles de Ceniza: en tal día, era una costumbre muy arraigada en Barcelona el medieval «entierro de la sardina» como befa de la disposición cuaresmal de no comer carne.

[36] *La Atlántida*: poema épico de Jacint Verdaguer. Partiendo del mito del continente hundido en el mar, el gran poeta catalán canta al descubrimiento de América.

[37] *Romaní*: «romero» en catalán.

[38] Can Soler: figón del barrio de pescadores de la Barceloneta, descubierto por escritores y artistas, hacia 1925, y puesto de moda como restaurante típico. Aún existe en la actualidad.

[39] Vino de Alella: producto de las viñas del término municipal de este nombre, en la comarca del Maresme, y que ha acreditado un vino blanco llamado «marfil».

[40] *Lliga Regionalista*: partido político catalán, aparecido hacia 1906, aglutinó elementos catalanistas moderados, de derechas. Su primer jefe fue Enric Prat de la Riba, y en él sobresalieron políticos como Francesc Cambó, Ventosa i Calvell, Duran i Ventosa y Puig i Cadafalc.

[41] *Pomells de Joventut*: movimiento asociativo para niños y adolescentes, creado por el escritor Josep M. Folch i Torres, en torno a su revista infantil *En Patufet* y su colección de novela rosa. El

movimiento aspiraba a ser una pequeña escuela de civismo y virtudes cristianas.

[42] Enric Prat de la Riba: político y publicista catalán (Castellterçol, 18701917). Luchó, desde muy joven, por las reivindicaciones políticas de Cataluña. En 1907, erigido presidente de la Diputación de Barcelona, tras hábiles esfuerzos consigue, en 1913, la aprobación de la Mancomunidad de las cuatro Diputaciones Catalanas, de cuyo organismo fue elegido presidente. Autor de *La nacionalitat catalana*, libro que define y renueva la doctrina catalanista.

[43] Marqués de Foronda: personaje influyente durante la Dictadura de Primo de Rivera; presidente de la Compañía de Tranvías de Barcelona. El pueblo llamaba «forondas» a los tranvías.

[44] En castellano en el original.

[45] Barrio de Barcelona que va desde las Reales Atarazanas hasta la calle Conde del Asalto. Hasta hace treinta años fue el centro del vicio y la clandestinidad y aún hoy conserva algo de ello. Llegó a ser atracción de turistas y tema de reportajes y libros por parte de numerosos escritores nacionales y extranjeros.

[46] Arco del Teatro: callejuela barcelonesa que parte de un arco abierto a la Rambla de Santa Mónica y atraviesa el llamado «barrio chino».

[47] En castellano en el original.

[48] Puerta de la Paz: muelle del puerto de Barcelona situado al final de la Rambla, donde se alza el monumento a Colón.

[49] República Catalana: alusión a la proclamación de la República Catalana por Francesc Macià, en 1931, desde el balcón de la Diputación, en la plaza de San Jaime, que desde entonces y hasta 1939 se llamó plaza de la República.

[50] Jurisconsulto y político catalán (Barcelona, 1823-1907).

[51] Perseverante: miembro de las Ligas de Perseverancia, asociaciones religiosas cuyo objeto es la práctica y el fomento de los ejercicios espirituales.

[52] Peñas blancas: asociaciones de ultraderecha que se constituyeron como reacción ante la proclamación de la Segunda República española.

[53] Estat Català: partido político formado por separatistas catalanes.

[54] Francesc Macià: militar y político catalán. (Vilanova i La Geltrú, 1859-Barcelona, 1933). En 1906 se adhirió al movimiento de Solidaridad Catalana. En 1907 renuncia a su carrera militar, en la que había alcanzado la graduación de teniente coronel. Diputado en Cortes, renuncia en 1915 al acta, por oponerse a una serie de

presupuestos militares. Perseguido políticamente, se exilia en París. En 1926, con un grupo de exiliados catalanes armados, intenta pasar la frontera por Prats de Molló. Vuelve a España en 1931 y el 14 de abril proclama la República Catalana. Tras posteriores conversaciones con el Gobierno central, acepta la promesa de un inmediato Estatuto de Autonomía para Cataluña. Quedó como presidente de la Generalitat, cargo que ostentaba a su muerte. Popularísimo, el pueblo le llamaba «l'Avi» (el abuelo).

[55] Lluís Companys: abogado y político catalán (Tarrós, 1883-Barcelona, 1940). Empezó como periodista y abogado de los sindicatos obreros. En 1917, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, y en 1920, diputado a Cortes. Inició la Unió de Rabassaires, partido político formado por los *rabassaires* (o sea los campesinos que cultivaban viñedos bajo el contrato llamado de *rabassa morta*, por el que el propietario cedía sus plantaciones a un cultivador hasta la muerte de la cepa, a cambio de percibir aquel una parte del fruto. Los *rabassaires* estimaban oneroso este contrato y reivindicaban la posesión de la tierra cultivada, bajo determinadas condiciones). El Gobierno provisional de la República (1931) lo nombró gobernador civil de Barcelona. Ardiente defensor del Estatuto de Autonomía. Más tarde fue presidente del Parlamento catalán; en 1933, ministro de Marina en uno de los Gobiernos presididos por Azaña. A la muerte de Francesc Macià, presidente de la Generalitat. En febrero de 1936 recobra la libertad y es restituido a su puesto. Durante la guerra civil se mantuvo en su cargo hasta el fin de la contienda. Se refugió entonces en Francia, pero en 1940 fue llevado a España, donde se le condenó a muerte, siendo ejecutado en el castillo de Montjuïc.

[56] Esquerra: el autor se refiere a la Esquerra Republicana de Catalunya, partido político, catalanista y republicano, de izquierda, que fue mayoritario durante la República, y dirigido por Francesc Macià y luego por Lluís Companys.

[57] Bases de Manresa: en 1892 se celebró en Manresa una asamblea convocada por la Unió Catalanista en la que fue presentado y discutido un «Proyecto de Bases para la organización regional de Cataluña». Este documento fue el primer paso dirigido a la consecución de la autonomía de Cataluña.

[58] Bernat Metge: institución de estudios clásicos, fundada por Francesc Cambó y que lleva publicados más de doscientos volúmenes de clásicos griegos y latinos.

[59] «Aquel que no esté triste que no se preocupe de mis versos.»

[60] *Pubilla*: heredera.

[61] *La Soli*: con esta abreviatura era llamado por el pueblo el diario *Solidaridad Obrera*, de tendencias anarquistas.

[62] Josep M. Folch i Torres: novelista y autor dramático catalán

(Barcelona, 1880-1950). Dirigió la revista infantil *En Patufet*, publicó centenares de novelas para niños y adolescentes y estrenó numerosas comedias del mismo carácter. Alcanzó una gran popularidad.